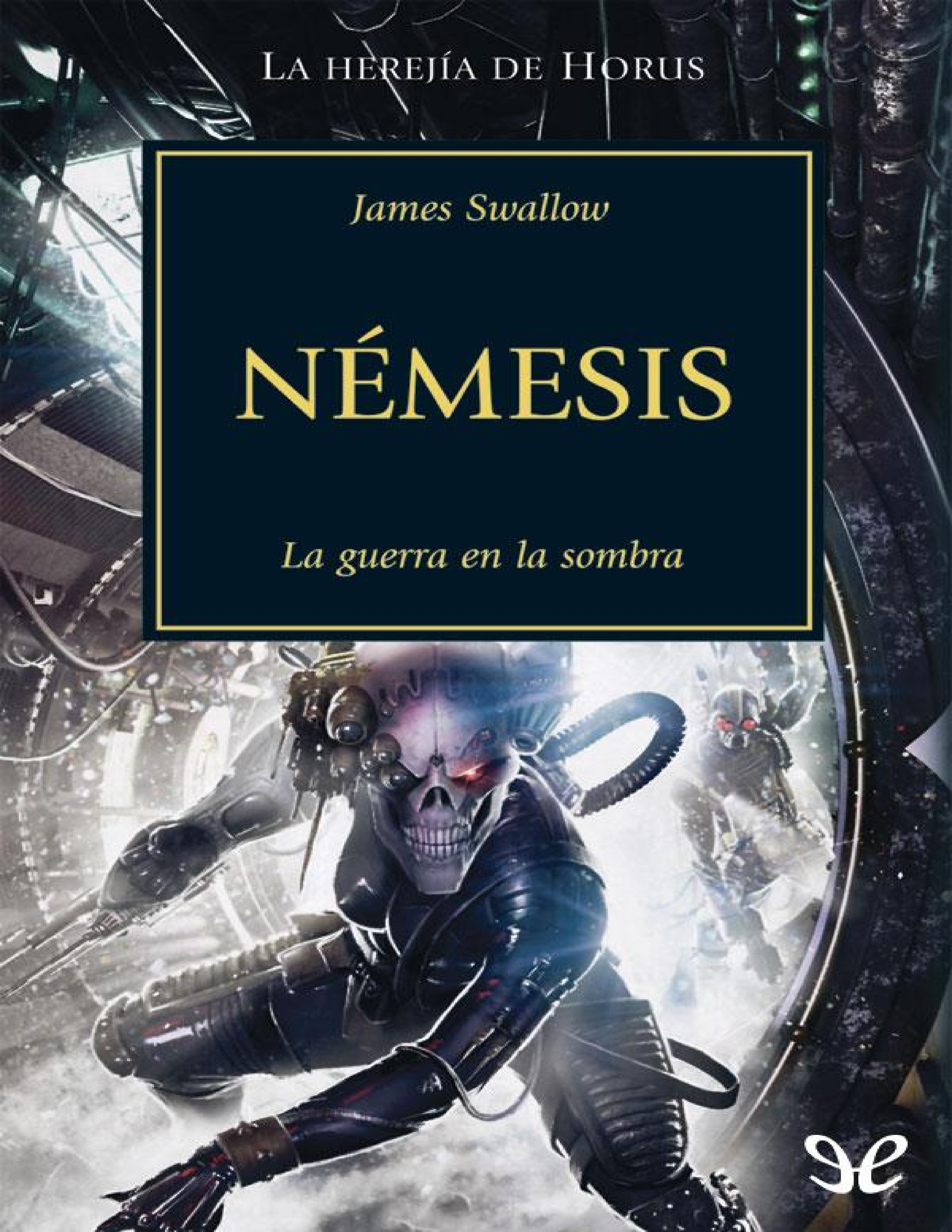

La herejía de Horus
James Swallow
NÉMESIS
La guerra en la sombra

Censurados en el Concilio de Nikaea por su uso de la hechicería, Magnus el Rojo y su Legión de los Mil Hijos se retiran a su mundo natal de Prospero para continuar con sus artes arcanas en secreto. Pero cuando su desgraciado Primarca prevé la traición del Señor de la Guerra Horus y avisa al Emperador con los poderes que les ha prohibido utilizar, el Señor de la Humanidad envía a su hermano Primarca Leman Russ a atacar Prospero. Pero Magnus ha visto más allá de la traición de Horus, y las revelaciones presenciadas cambiarán el destino de la Legión de los Mil Hijos y de su Primarca para siempre.



James Swallow

Némesis

La guerra en la sombra

Warhammer 40000. Herejía de Horus 13

ePUB r1.4

epublector 08.10.13

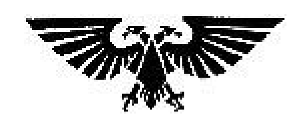

WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *Nemesis*
James Swallow, 2010
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2011

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



Para Aaron y Katie.
Cielos despejados y buena caza



LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada: los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una nueva era de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en el primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhombres que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador a una

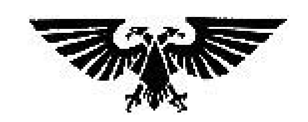
victoria tras otras. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno de ellos capaz de superar a un centenar o más de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en el nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus.

Llamado El Glorioso, la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, es igual que un hijo es para él. Es el Señor de la Guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin par, un diplomático eminente.

Cuando las llamas de la guerra se extienden por toda la galaxia, los paladines de la humanidad se venir enfrentados a su mayor desafío.



DRAMATIS PERSONAE

Fuerza de ejecución

ERISTEDE KELL	Asesino al mando, Clado Vindicare.
JENNIKER SOALM SECLUSA	Clado Venenum
«EL GARANTINO» NIQUILADOR	Clado Eversor
FON TARIEL INFOCITO	Clado Vanus
KOYNE SOMBRA	Clado Callidus
IOTA PROTÍFAGA	Clado Culexus

Oficio Asesinorum

GRAN MAESTRO DE LOS ASESINOS	Un Alto Señor de Terra
MAGÍSTER VINDICARE	Señor y director primus, Clado Vindicare
MAGISTRA VENENUM	Señora y directora primus, Clado Venenum
MAGÍSTER EVERSOR	Maestre y director primus, Clado

	Eversor
MAGÍSTER VANUS	Maestre y director primus, Clado Vanus
MAGISTRA CALLIDUS	Señora y directora primus, Clado Callidus
MAGÍSTER CULEXUS	Maestre y director primus, Clado Culexus

Legio Custodes

CONSTANTIN VALDOR	Capitán general y custodio jefe

La Legión de los Puños Imperiales

ROGAL DORN	Primarca de los Puños Imperiales
EFRIED	Tercer capitán

Los Hijos de Horus

HORUS LUPERCAL	Primarca de los Hijos de Horus
MALOGHURST	Palafrenero del primarca
LUC SEDIRAE	Capitán de la Decimotercera Compañía
DEVRAM KORDA	Sargento veterano, Decimotercera Compañía

La Legión de los Portadores de la Palabra

EREBUS	Primer Capellán de los Portadores de la Palabra

Personajes imperiales

Malcador	el Sigilita Regente de Terra
Yosef Sabrat	Bailío de Iesta Veracrux
Daig Segan	Bailío de Iesta Veracrux
Berts Laimner	Alto Bailío de Iesta Veracrux
Kata Telemach	Estatúder de Iesta Veracrux
Erno Sigg	Ciudadano imperial
Merriksun Eurotas	El barón del vacío de Narvaji, agente nuntius (Sector Taebiano)
Hyssos	Agente de seguridad, Consorcio Comercial Eurotas
Perrig	Psíquica autorizada, Consorcio Comercial Eurotas
Capra	Ciudadano de Dagonet
Terrik Grohl	Ciudadano de Dagonet
Liya Beye	Ciudadana de Dagonet
Lady Astrid	Sinope Ciudadana de Dagonet

A aquellos que desafían al Imperio, sólo el Emperador puede juzgarlos por sus crímenes. Sólo en la muerte se puede recibir el Juicio del Emperador.

Máxima del Oficio Asesinorum

El monstruo se vanaglorio de lo que haría cuando conquistara el hogar del rey dios, sin saber que Némesis lo había oído y había tomado buena nota de sus palabras.

extraído de los textos del
antiguo poeta terrano Nonnus

Vivimos en paz y fingimos que es así. Sin embargo, lo cierto es que siempre hay guerras que rugen invisibles a nuestro alrededor, más allá del límite de nuestra visión. La mayor insensatez es que nadie quiere conocer la verdad. Toda persona será feliz si es capaz de vivir su propia vida mientras los cañones silenciosos cortan el cielo por encima de su cabeza.

atribuido al rememorador
IGNACE KARKASY



PRIMERA PARTE

EJECUCIÓN



UNO
LECCIÓN OBJETIVA
TÁCTICAS DE ENGAÑO
LA ESTRELLA

Gyges Prime era un mundo asesinado, ya muerto, convertido en poco más que unas ascuas de color ceniciento. Alrededor del campamento, la roca negra y porosa se extendía hacia el horizonte oculta por una capa baja de niebla. Aquella neblina era todo lo que quedaba de las ciudades machacadas hasta quedar convertidas en polvo radioactivo por los incontables bombardeos efectuados desde la órbita. Se habían vaciado arsenales enteros de proyectiles nucleares para ejecutar al planeta, y en esos momentos, el cadáver cada vez más frío que era ese mundo estaba envuelto en su propio sudario, una neblina radioactiva pálida y ponzoñosa que lo sofocaba todo.

Allí, en el mismo cañón donde los invasores habían aterrizado, las grandes paredes rocosas los escudaban todo lo posible de los vientos abrasadores que recorrían el paisaje destrozado. Cualquier persona, como los soldados que se habían quemado y arrugado como el papel en aquel infierno, habría muerto menos de una hora después de permanecer en

mitad de aquella pesadilla, si hubiera logrado sobrevivir tanto tiempo. Sin embargo, los invasores no sufrían esa debilidad.

Para ellos, la letalidad que se había apoderado de toda la atmósfera de Gyges Prime era poco más que una irritación leve. Una vez acabaran su misión en aquel lugar, regresarían a sus naves de combate, que los esperaban en la órbita del planeta, y se limpiarían de las túnicas y de las armaduras el hedor de aquel planeta muerto como cualquier otro se quitaría el barro seco de una bota sucia. Simplemente lo harían, y no pensarían nada más al respecto. No se pararían a reflexionar que el aire que pasaba por sus pulmones en esos momentos estaba cargado con las partículas que eran todo lo que quedaba de los restos mortales de cada uno de los hombres, mujeres y niños que habían habitado en Gyges Prime.

El planeta había muerto, y con su muerte había cumplido un propósito. La docena de otros mundos colonia que formaban el sistema Gyges, todos ellos más valiosos y poblados que Gyges Prime, mirarían a través de sus mnemoniscopios y contemplarían cómo se enfriaba y se apagaba aquella ascua. «¿Por qué atacar ese mundo y no otro más importante?». Era la pregunta que los demás planetas se habían hecho cuando las naves de combate pasaron de largo por encima de ellos. La respuesta era: para dar una lección.

Tobeld no prestó atención a nada de ello mientras paseaba a la sombra de las carpas temporales que se habían instalado bajo las alas de los Stormbirds ensogados al suelo. Oyó entre el bordoneo de las cuerdas y el restallido de la tela sacudida por el viento el murmullo de las conversaciones de los guerreros que se encontraban cerca. Ya habían comenzado a llegar mensajes desde las naves situadas en órbita. Los demás planetas, las plataformas orbitales y la flota defensiva del sistema se habían rendido, uno tras otro. Doce planetas poblados por millones de habitantes habían entregado su libertad sin una sola muestra de desafío.

«Lección aprendida».

La toma del sistema. Gyges había sido un asunto rápido y casi anodino. Sin duda, en los años venideros no sería más que una simple posdata o una nota a pie de página en los anales de la guerra. La flota de combate no

había sufrido prácticamente daño alguno, nada que le importara al arquitecto de aquel conflicto, del que aquel pequeño acontecimiento era poco más que un fragmento. Gyges no era más que una parada en el camino, un camino que había comenzado en el sistema Isstvan y que se abriría paso a través de la galaxia en dirección a Terra. Gyges no era más que otra pisada en ese camino, bajo la cual la sangre de millones de personas no dejaba huella alguna. Por pura lógica de combate, no existía ninguna razón para que los invasores bajaran a la superficie del planeta, pero a pesar de ello, lo habían hecho. Aquel pequeño grupo había descendido a la superficie por razones que sólo se podían suponer.

Tobeld ahogó una tos con la mano al mismo tiempo que se bajaba un poco más el borde de la capucha para apagar el sonido. Notó la mucosidad y el sabor cobrizo en la boca. La radiación había empezado a matarlo en el mismo momento que bajó de la lanzadera, a él y a los demás siervos que se habían trasladado desde la nave insignia para atender las necesidades de los invasores. Todos los siervos habrían muerto para cuando llegara la puesta de sol. Sabía que compartiría ese destino, pero era un precio que merecía pagarse. Tobeld había utilizado en la penumbra de su cápsula dormitorio de la nave de combate una parte de los elementos de su equipo de armamento para fabricar una fuerte dosis de compuesto antirradiación. El resto lo había dedicado a crear el preparado que había metido en el interior de la ampolla de un dedo de largo que llevaba atada al interior de la muñeca. Se había esforzado por eliminar los demás elementos del equipo, pero temía que alguien descubriera los restos. Además, el compuesto antirradiación ya había dejado de actuar. Le quedaba poco tiempo.

Pasó por detrás de los motores de una nave de desembarco y a través de la neblina oscura divisó el pabellón de mayor tamaño, una carpa baja levantada con tela no reflectante. Por un instante, el viento alzó uno de los faldones de la entrada y le mostró un breve atisbo de lo que ocurría en su interior. Vio el reflejo de las llamas danzarinas de una hoguera sobre unas placas de ceramita pulida, y unas siluetas húmedas que parecían cataratas vivientes de sangre. El soplo de brisa se desvaneció y aquello se ocultó de

nuevo a su vista. Sin embargo, aquel pandemonio de impresiones le provocó un estremecimiento.

Tobeld dudó un momento. Tendría que cruzar terreno despejado para llegar desde el Stormbird al pabellón, y no podía permitirse que le dieran el alto y lo interrogaran. Después de tanto tiempo, estaba a punto de entrar en la fase final de su misión. No podía producirse ni un solo fallo. Nadie había llegado tan lejos. No podía arriesgarse a fracasar.

Tobeld inspiró temblorosamente una bocanada de aire envenenado. Había sacrificado todo un año solar de su vida para aquella misión, y había abandonado la identidad falsa que había pasado media década construyendo, la de un noble de rango inferior dentro de un clan de funcionarios de cocina. Se había mostrado más que dispuesto a desprenderse de aquella identidad para adoptar una nueva dada la tremenda importancia de la misión que le habían encomendado, y mediante una serie de pasos cautelosos, con dosis de venenos tanto sutiles como fulminantes para allanar el camino, Tobeld había conseguido entrar en servicio a bordo del crucero de batalla *Espíritu Vengativo*, la nave insignia de Horus Lupercal.

Habían pasado dos años desde la traición en Isstvan, la sangrienta puñalada por la espalda que había iniciado abiertamente la insurrección de Horus contra el Imperio y contra su padre, el Emperador de la Humanidad. Durante ese periodo de tiempo, su progresión imparable por la galaxia se había acelerado. Como demostraba lo ocurrido aquel mismo día, todos y cada uno de los sistemas estelares por los que pasaban las naves de combate de Horus le juraban lealtad o eran arrasados. Miles de planetas, unidos tras la Gran Cruzada, estaban divididos entre mantenerse fieles a la lejana Terra y a un Emperador ausente o a un Horus victorioso al que seguía un ejército de caudillos guerreros. La perspectiva que Tobeld lograba desde su ventajoso puesto de observación en las cubiertas inferiores le mostraba toda una horda de hermanos renegados que consolidaban su poder de un modo gradual pero cruel. Horus se apoderaba de un sector galáctico tras otro con mano de hierro. No hacía falta ser un estratega para darse cuenta de que el señor de la guerra estaba agrupando

sus fuerzas para el avance que ya estaba a punto de llevar a cabo: una ofensiva final contra la propia Terra hasta llegar a las puertas del Palacio Imperial.

No podían permitir que Horus diera ese paso.

Al principio le había parecido un objetivo imposible de abatir. Se trataba del mismísimo señor de la guerra, un primarca, un semidiós guerrero, y Tobeld no era más que un humano. Sin duda, un asesino de habilidad y sutileza superlativas, pero un ser humano al fin y al cabo. Atacar directamente a Horus a bordo del *Espíritu Vengativo* hubiera sido una locura, algo imposible. Tobeld se afanó a bordo de la nave insignia durante casi cinco meses antes de ver siquiera de lejos al propio señor de la guerra, y el ser que vio aquel día era de tal magnitud que lo hizo retroceder trastabillando mientras una pregunta le quemaba la mente: «¿Cómo se puede matar a alguien así?».

Los venenos convencionales eran inútiles contra la constitución biológica de cualquier astartes. Eran capaces de beberse el veneno más potente con la misma tranquilidad con que Tobeld bebía vino. Sin embargo, Tobeld estaba allí precisamente porque los venenos eran su especialidad. Podía ser veloz, podía ser paciente. Podía escapar a cualquier detección manteniéndose inactivo. Era uno de los mejores artesanos tóxicos del dado Venenum. Durante su etapa de aprendizaje había creado destilados letales con los componentes más básicos y sencillos, y había acabado con decenas de objetivos sin dejar rastro alguno. Poco a poco se fue convenciendo de que sería capaz de lograrlo si el destino le concedía aunque sólo fuera una oportunidad.

El arma para ello se encontraba en el interior de la ampolla. Tobeld había creado un agente binario, una combinación de geles acelerantes moleculares en la que se encontraba suspendido un ejemplar vivo de un devorador de agua baalita que había sido alterado genéticamente. Se trataba de una forma de vida de consistencia fluida muy agresiva que era capaz de absorber en cuestión de segundos toda la humedad que albergaba cualquier clase de tejido vivo. Cuando Horus anunció que encabezaría el grupo que iba a descender a la superficie de Gyges Prime, Tobeld oyó la

llamada del destino en sus palabras. Era su oportunidad. Su única oportunidad.

A bordo del *Espíritu Vengativo* se oían toda clase de rumores y suposiciones, sobre todo en las cubiertas inferiores, que era donde se afanaban los siervos humanos y los servidores biomecánicos. Los tripulantes murmuraban sobre los extraños acontecimientos que ocurrían en las cubiertas ocupadas por los astartes. Hablaban de cambios, de apariciones y de peculiaridades de ciertas partes de la nave. Tobeld oyó rumores sobre las llamadas «logias» donde tenían lugar esos cambios. Oyó hablar de ciertos ritos que se realizaban en la superficie de los planetas conquistados, unos actos que lo repugnaban tanto por su similitud nauseabunda con la idolatría primitiva como por los indicios de comportamientos inhumanos y horribles. Aquellos que hablaban sobre esos asuntos a menudo desaparecían poco después, y no dejaban nada a su paso más que el miedo en el ambiente.

Se concentró en su arma y se quedó a la escucha esperando que amainara el viento. Horus estaba allí mismo, a poco más de una docena de pasos de él, en el interior de un pabellón con su círculo de fieles más cercanos: Maloghurst, Abaddon y los demás. Estaban realizando el ritual desconocido para el que habían bajado hasta el planeta. Estaba cerca, más cerca que nunca. Tobeld se preparó y se obligó a sí mismo a hacer caso omiso del dolor que le atenazaba la garganta y las articulaciones. Una vez entrara en la tienda de mando, vaciaría la ampolla en la jarra de vino que Horus tenía a su lado y llenaría las copas del señor de la guerra y de sus hermanos de batalla de rango superior. Un trago sería suficiente para infectarlos… y esperaba que también fuera suficiente para matarlos, aunque Tobeld no tenía ninguna duda de que no viviría para ver cómo cumplía con éxito su misión. La fe que tenía en sus propias capacidades tendría que ser suficiente.

Había llegado el momento. Salió de la sombra del ala del Stormbird, y oyó una voz.

—¿Es éste?

Una respuesta, firme y helada, surgió de algún punto cercano a él en mitad de aquella neblina de humo.

—Así es.

Tobeld intentó dar media vuelta, pero ya había empezado a despegarse del suelo levantado por una sombra que lo empequeñecía enormemente. Era una gigantesca silueta de forma humana con una armadura de color gris acero que lo había agarrado con un puño por el cuello de la túnica. De la penumbra surgió un rostro pétreo pero de expresión burlona que era una masa de ángulos unidos para formar unas facciones que encerraban una amenaza apenas contenida. Los ojos estaban rodeados ra que lo observaban con una mirada penetrante.

—¿Adónde vas, hombrecillo?

Tobeld se quedó asombrado de que un individuo tan enorme hubiera sido capaz de acercársele en un silencio absoluto.

—Mi señor, iba a…

Apenas pudo articular las palabras. Tenía la garganta tan seca como el viento que azotaba la llanura, y el astartes, al agarrarlo, le había ceñido con fuerza el tejido de la túnica contra el cuello. Se retorció en busca de aliento, pero no lo hizo con demasiada fuerza por temor a que el traidor pensara que estaba realizando alguna clase de intento inútil por defenderse y respondiera con violencia al gesto.

—Calla, calla —dijo la otra voz.

Una segunda figura, con un aspecto todavía más fornido y letal que la primera, surgió del humo. Tobeld posó de inmediato los ojos en los grabados intrincados y en los medallones enjoyados que cubrían la placa pectoral del segundo astartes. Eran símbolos de un rango superior y sellos de lealtad entre los guerreros de la Legión de los Hijos de Horus. Sin embargo, reconoció de inmediato sin necesidad de aquellos símbolos el rostro sonriente y la mata de cabello rubio. Era Luc Sedirae, el capitán de la Decimotercera Compañía.

—No nos entretengamos mucho con esto —dijo Sedirae.

El capitán cerró y abrio la mano derecha con un gesto ausente. No la llevaba cubierta con el guantelete de la armadura, lo que dejaba a la vista

de todo el mundo la prótesis de acero negro galvanizado y bronce bruñido que sustituía a la extremidad original que había perdido. Se decía que se la habían cortado durante el combate contra la Guardia del Cuervo librado en Isstvan, y el capitán mostraba con orgullo el resultado de la herida, igual que si fuera una condecoración.

Tobeld volvió a mirar al guerrero que lo tenía agarrado por la túnica y se fijó en los símbolos de la Decimotercera Compañía de su armadura.

Entonces, ya tarde, lo reconoció. Era Devram Korda, uno de los lugartenientes de Sedirae. Tampoco era que saber aquello le fuera a servir de mucho. Intentó de nuevo hablar…

—Mis señores, tan sólo quiero cumplir con mi deber…

Pero le pareció que las palabras se le atascaban en la garganta, y Tobeld tosió al pronunciarlas acompañadas de un jadeo gorgoteante.

Un tercer astartes apareció a la espalda de Korda, bajo las sombras de la aeronave. Había seguido el mismo trayecto que Tobeld había recorrido momentos antes. El asesino también lo reconoció. Llevaba puesta una armadura del color de la sangre seca, y el rostro del individuo era semejante a una tormenta atrapada en unas facciones humanas. No fue capaz de mirar aquellos ojos.

Erebus.

—Su deber —repitió el primer capellán de los Portadores de la Palabra como si reflexionara sobre ello—. No ha mentido.

La voz de Erebus era suave, casi amable, y apenas se alzaba por encima del gemido del viento de Gyges.

Tobeld parpadeó y sintió que una oleada de terror le inundaba el cuerpo. Se aferró a ella, atrapado por la certidumbre que le heló el alma en ese instante. Erebus sabía quién era en realidad. De algún modo, siempre lo había sabido. Todos aquellos subterfugios sutiles, cada uno de los elementos impecables del entrenamiento que había utilizado… El portador de la palabra se acercó hasta él con un caminar confiado que le indicó al asesino que todo eso no había servido para nada.

—¡Mi deber es servir al señor de la guerra! —barbotó en un intento desesperado por ganar tiempo, aunque fuera tan sólo un momento más de

vida.

—Cállate —le advirtió Erebus, silenciándolo antes de que pudiera decir nada más. Luego miró hacia la tienda de mando—. No tiene sentido que molestemos al gran Horus. Se… disgustaría mucho.

Korda hizo girar a Tobeld como lo haría un pescador que evaluara una pieza decepcionante un momento antes de lanzarla de vuelta al mar.

—Es tan débil —comentó—. Si ya se está muriendo. Los devoradores de huesos del aire ya están carcomiendo su interior.

Sedirae se cruzó de brazos.

—¿Y bien? —le preguntó a Erebus—. ¿Esto es alguno de tus juegos, portador de la palabra, o tenemos algún motivo de peso para atormentar a este siervo? —Frunció los labios—. Me estoy aburriendo.

—Es un asesino —le explicó Erebus—. Un arma, en cierto modo.

Tobeld se dio cuenta demasiado tarde de que lo habían estado esperando.

—No… no soy más que un siervo —jadeó.

Ya había empezado a dejar de sentir las extremidades y comenzaba a tener borrosa la vista por la fuerza de la presa de Korda sobre su cuello.

—Mentira —le replicó el portador de la palabra, y la acusación salió chasqueante de sus labios.

El pánico derribó las barreras de la escasa fuerza de voluntad que le quedaba a Tobeld, y sintió que se derrumbaba. Perdió todo sentido de la racionalidad y se entregó al terror con la reacción de un animal. El entrenamiento que había recibido, el control que se le había imbuido en la schola desde que era poco más que un niño, se desintegró bajo una simple mirada de los ojos fríos e inmisericordes de Erebus.

Tobeld flexionó la muñeca y la ampolla se deslizó hasta la palma de la mano. Se agitó con fuerza bajo el puño de Korda y pilló levemente por sorpresa al astartes, al que intentó clavar el cilindro de cristal. Los sensores de movimiento de la matriz cristalina de la ampolla respondieron al instante y abrieron una hendidura diminuta en el extremo romo, lo que permitió la salida de una serie de agujas de punta monomolecular. Cada una de aquellas varillas era poco más gruesa que un cabello humano, y

eran capaces de atravesar incluso la resistente epidermis de un astartes. Tobeld intentó matar a Devram Korda clavándole la ampolla en la piel cubierta de cicatrices de su rostro, pero falló, y volvió a intentarlo. Lo hizo sin pensar, del mismo modo que actuaría un mecanismo demasiado veloz sin guía alguna.

Korda le propinó a Tobeld una bofetada con el dorso de la mano, y lo hizo con tal fuerza que le partió la mandíbula y le hundió buena parte del cráneo. Un ojo del asesino quedó aplastado de inmediato, y el impacto del golpe le recorrio todo el cuerpo. Tras un momento eterno, se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo, y que la sangre que le salía a chorros de la boca y de la nariz, que le habían quedado destrozadas, formaba un charco cada vez mayor.

—Erebus tenía razón, señor —dijo Korda con voz pastosa y lejana.

Tobeld se aferró con la mano engarfiada a la arena negra y a la roca pulida. Vio con el ojo que le quedaba la ampolla, con el contenido intacto, en el sitio donde había caído tras escapársele de los dedos. Alargó la mano hacia ella para acercarse poco a poco.

—Sí que la tenía —oyó responder a Sedirae, quien dejó escapar un suspiro—. Últimamente parece tenerla siempre.

El asesino alzó la cara, y el dolor que le provocó aquel simple movimiento le pareció casi insuperable. Vio unas siluetas que fluían entre la neblina y la sangre. Unos ojos de expresión helada lo miraron, y lo consideraron indigno.

—Acaba ya con esto —dijo Erebus.

Korda titubeó.

—¿Mi señor?

—Haz lo que dice tu primo, hermano sargento. Esto ya me está cansando —le contestó Sedirae.

Una de las siluetas aumentó de tamaño y se acercó, y Tobeld vio una mano cubierta de acero tomar del suelo la ampolla.

—Me preguntó qué hará esto.

La ampolla relució bajo la luz cuando el astartes bajó de golpe el arma del asesino e inyectó su contenido en la piel abrasada del brazo de Tobeld.

Sedirae contempló con la actitud indolente y aburrida de alguien que había visto ya muchas formas de morir cómo perecía el ilota. Lo observó todo porque sentía interés por saber si aquella muerte le mostraría algo diferente respecto a las demás muertes que había presenciado… Y así fue, hasta cierto punto.

Korda le puso una mano sobre la boca para ahogar sus gritos mientras el cuerpo del ilota se retorcía y se encogía sobre sí mismo. El capitán de la Decimotercera había ahogado a un mutante en un lago helado durante una batalla de la Gran Cruzada que se libró en la luna Caslon. Había mantenido la cabeza de la criatura deforme bajo la superficie de las aguas oscuras hasta que había muerto. Aquella escena, la del ilota pereciendo bajo los efectos del veneno, le recordó esa muerte. El siervo encapuchado estaba muriendo por resecamiento, si algo así era posible. Sedirae vio allá donde el cuerpo estaba al descubierto cómo la carne pálida y quemada por la radiación se volvía de color gris cadáver antes de perder toda cohesión. La piel adquirio un aspecto semejante al papel al mismo tiempo que se pegaba a los huesos a medida que los músculos se atrofiaban en apenas unos instantes. Incluso la sangre que se había derramado sobre la tierra oscura se volvió vaporosa y finalmente se volatilizó sin dejar atrás nada más que restos resecos carentes de toda humedad. Korda apartó la mano y la sacudió, lo que provocó una lluvia de restos polvorientos que se perdieron en el viento.

—Una muerte muy dolorosa —comentó el sargento tras examinarse los dedos—. ¿Ves aquí? —Mostró una marca diminuta en la ceramita de una de las articulaciones del guantelete—. Me mordió en su agonía final. Como si le fuera a servir de algo.

Sedirae miró hacia la entrada de la tienda de mando. Nadie había salido para ver qué ocurría allí. Dudaba mucho que Horus y el resto del Mournival ni siquiera se hubieran dado cuenta de que se había producido esa muerte. Después de todo, tenían mucho de que ocuparse. Tenían tantos planes y proyectos que dirigir…

—Voy a informar al señor de la guerra —se oyó decir a sí mismo. Erebus dio un paso para acercarse.

—¿Crees que es necesario?

Sedirae miró de nuevo al capellán. El portador de la palabra tenía la habilidad de captar la atención directa de cualquiera cuando quería, como si fuese capaz de atraer la mirada hacia él igual que un agujero negro arrastraba la luz y la materia hacia su interior para devorarla. También era capaz de lograr lo contrario, y podía convertirse en un fantasma en mitad de una estancia llena de gente haciendo que las miradas pasasen de largo sobre él como si no estuviera allí. Cuando Sedirae era sincero consigo mismo, admitía que la presencia de Erebus lo intranquilizaba. El capitán de la Decimotercera no era capaz de quitarse de encima la inquietud que le enturbiaba el pensamiento cada vez que el portador de la palabra decidía hablar. A pesar de la lealtad que había jurado a los Lobos Lunares, rebautizados como los Hijos de Horus, no era la primera vez que Sedirae se preguntaba por qué el señor de la guerra necesitaba tener tan cerca a Erebus para llevar a cabo su insurrección, justa y necesaria, contra el Emperador. Era una de las muchas dudas que lo asaltaban en esos días. La carga que representaban parecía crecer con cada mes que las fuerzas del señor de la guerra pasaban allí, en las profundidades del espacio, mientras el trofeo que representaba la propia Terra se mantenía fuera de su alcance.

Soltó un bufido y señaló con un gesto al cadáver.

—Alguien acaba de intentar matarlo. Sí, primo, yo diría que a Horus Lupercal le parecería un asunto digno de su interés.

—Dime que no eres tan ingenuo como para creer que se trata de la primera vez que intentan algo semejante contra el señor de la guerra.

Sedirae entrecerró los ojos al oír el tono despreocupado, casi indiferente, con el que Erebus habló del asunto.

—Estoy casi seguro de que ha sido el primero en acercarse tanto a él.

—Unos cuantos pasos más y habría entrado en la tienda —musitó Korda.

—La distancia es muy relativa. La letalidad es el factor clave —le respondió Erebus.

Korda se puso en pie.

—Me pregunto quién lo enviaría.

—El padre del señor de la guerra —contestó Erebus de inmediato—. O si no fue una orden directa del Emperador, lo decretó uno de sus lacayos.

—Pareces estar muy seguro de eso, pero Horus se ha creado muchos enemigos —apuntó Sedirae.

El portador de la palabra sonrio levemente e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nada de preocupaciones hoy. —Inspiró profundamente—. Entre los tres acabamos con esta amenaza antes de que supusiera un problema. No hace falta que lo convirtamos en uno después de haberlo resuelto. —Erebus señaló con un gesto del mentón la tienda de mando—. El señor de la guerra tiene por delante toda una galaxia que conquistar. Ya tiene de por sí mucho en lo que concentrarse. ¿Quieres distraer a tu primarca con este asunto tan trivial, Sedirae? —le dijo mientras movía lo que quedaba del cuerpo con la punta del pie.

—Creo que debería ser el propio señor de la guerra quien tomase una decisión al respecto —replicó Sedirae con voz irritada y frunciendo los labios—. Quizá…

Recuperó el control sobre sí mismo y se calló, y de ese modo evitó expresar lo que estaba pensando.

—¿Quizá? —repitió Erebus. Lo hizo de inmediato, como si ya supiera lo que habría seguido a esa primera palabra—. Expresa lo que piensas, capitán. Todos los presentes somos hermanos. Todos somos hermanos de la misma logia.

Sedirae meditó durante un largo momento sobre las palabras que pugnaban por salirle de los labios, y finalmente las pronunció:

—Quizá, portador de la palabra, si no le escondiéramos asuntos como éste a Horus, el señor de la guerra querría avanzar de un modo más directo. Quizá si no lo mantuviéramos ignorante sobre las amenazas que penden sobre nuestra campaña, tomaría…

—Una ruta directa hacia el Segmentum Solar, ¿verdad? —Le dio la impresión de que Erebus cruzaba la distancia que los separaba sin ni

siquiera moverse—. Ésa es la raíz de todo, ¿verdad? Piensas que el paso medido con el que avanzamos es demasiado lento. Querrías empezar a asediar el Palacio Imperial mañana mismo.

—Mi capitán no es el único que piensa de ese modo —intervino Korda con cierto entusiasmo.

—Un mes sería suficiente —insistió Sedirae con una mueca en la que dejó al descubierto los dientes—. Se podría hacer. Todos nosotros lo sabemos.

La sonrisa de Erebus se ensanchó.

—Estoy seguro de que desde el punto de vista de los guerreros de la Decimotercera sin duda sería así de fácil. Pero te aseguro que no lo es. Todavía queda mucho por hacer, Luc Sedirae. Quedan muchas piezas por colocar, muchos factores que todavía no están preparados.

El capitán soltó un bufido de rabia.

—¿Qué quieres decir? ¿Que debemos esperar a que las estrellas estén en la posición correcta?

La sonrisa desapareció del rostro del portador de la palabra para ser sustituida por una expresión ceñuda.

—Exactamente eso, primo. Exactamente eso.

La repentina frialdad de la voz de Erebus hizo que Sedirae se lo pensara un momento.

—Entonces es evidente que carezco de tu capacidad de visión —admitió a regañadientes—. Como tampoco logro ver cuál es el sentido de esta estrategia tan carente de acción.

—Mientras sigamos al señor de la guerra, todo será como debe ser —le indicó Erebus—. La victoria no tardará en llegar. —Se quedó de pie al lado del cadáver, que había comenzado a deshacerse convertido en polvo arrastrado por el viento—. Quizá antes incluso de lo que podríamos esperar cualquiera de nosotros.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Korda.

—Una obviedad del arte de la guerra. —Erebus no apartó la mirada del asesino muerto—. Si alguien puede utilizar una táctica contra nosotros, eso quiere decir que nosotros también podemos utilizarla contra él.

El amanecer llegó acompañado de nubes, y las joyas resplandecientes de las Estrellas Taebianas empezaron a desvanecerse primero bajo el brillo ambarino del sol naciente, y luego bajo la intensa luz azul que barrio la oscuridad de la noche anterior. Yosef Sabrat se mantuvo pegado a una de las ventanas de la estrecha cabina del coleóptero mientras se cerraba un poco más el cuello del abrigo largo que llevaba puesto. La larga estación veraniega de Iesta Veracrux se había acabado por completo, y el nuevo otoinvierno llenaba todo el horizonte acercándose de forma lenta pero inflexible. Se sentía con claridad allí arriba, en el frío cielo matutino. Las lluvias descargarían toda su furia en cuestión de semanas, y sería justo a tiempo. La cosecha de ese año sería una de las mejores de todos los tiempos, o eso decía todo el mundo.

La aeronave dio un salto en al aire al atravesar una turbulencia y Yosef rebotó en el asiento. Al igual que ocurría con la mayoría de los vehículos en servicio dentro del Centinelia, era una nave antigua pero bien cuidada, una de las numerosas máquinas que databan de la Segunda Fundación y la gran migración colonial. Las turbinas de rotor situadas detrás del compartimento de pasajeros zumbaban de forma incesante. El tono del motor cambió cuando el piloto efectuó un leve viraje hacia babor. Yosef dejó que la gravedad le girara la cabeza y miró más allá de los dos cazadores, que eran los otros dos únicos pasajeros, a través de la pulida superficie vítrea del puesto de observador, que estaba vacío.

Los escasos jirones de nubes blancas se dispersaron y le permitieron ver mejor. En esos momentos estaban pasando por encima del cañón Breghoot, donde la majestuosa pared de piedra roja se hundía hasta unas profundidades a las que llegaba poca luz diurna, incluso cuando el sol estaba en lo más alto del cielo. Las terrazas de los viñedos ya se estaban abriendo, y los abanicos de dispositivos solares de los techos se desplegaron como las velas negras de un bajel marino. Más allá, colgada de los enormes enrejados de viñedos de un kilómetro de largo que se extendían por el borde de los riscos, la oleada de follaje verde parecía una

catarata de color esmeralda congelada en mitad de la caída. Yosef supuso que si hubieran volado a menor altitud habría sido capaz de ver las figuras de los cosechadores y sus autómatas de cerámica que se movían entre las estructuras para recoger el botín que les ofrecía todo el entramado de viñas.

El coleóptero saltó de nuevo al cruzar otra turbulencia. Se enderezó y rodeó desde una buena distancia las torres de habitáculos que se alzaban en la cima del risco para adentrarse en el cielo cada vez más claro. Los lados de aquellos esbeltos minaretes estaban cubiertos de estuco blanco, y la mayoría de los postigos todavía estaban cerrados sobre las ventanas, como ignorando al nuevo día que había llegado. Casi toda la población de la capital estaba aún dormida a aquella hora tan temprana, y Yosef envidiaba mucho a toda aquella gente. La taza de cafeína que se había tomado a toda prisa aquella mañana, su único desayuno, le estaba revolviendo el estómago. Había dormido bastante mal esa noche, algo que empezaba a ser bastante habitual en los últimos meses, así que cuando el mensaje lo había despertado de su letargo sin sueño, casi se había sentido agradecido. Casi.

El zumbido del motor se volvió más agudo cuando la aeronave aceleró y sobrevoló a baja altura y gran velocidad los bosques que rodeaban los aeródromos de la ciudad. Yosef contempló como la alfombra de color verde y marrón pasaba rápidamente bajo el aparato e intentó no distraerse con ella.

Una palabra de la conversación que mantenían en voz baja los cazadores le llegó sin aviso previo. Frunció el entrecejo y la desechó esforzándose por no escuchar. En vez de eso, intentó concentrarse en el sonido de los motores, pero no lo logró. La palabra, el nombre, había sido susurrado de un modo furtivo, por miedo a invocarlo.

Horus.

Cada vez que lo oía le daba la impresión de que se trataba de una maldición de alguna clase. Aquellos que lo murmuraban lo hacían encogidos por el miedo, atenazados por la extraña creencia de que si pronunciaban aquel nombre, sufrirían el castigo inmediato de una

autoridad invisible. Aunque quizá no se trataba de eso, quizá se debía a la sensación de repugnancia que provocaba la propia palabra, la sensación de que esa combinación de sonidos provocaría el vómito si se pronunciaba en voz alta. El nombre le inquietaba. Había sido durante mucho tiempo un sinónimo de nobleza y heroísmo, pero su significado se había trastocado, y a Yosef le resultaba imposible por completo ubicarlo en una categoría dentro de su forma de pensar analítica y cuidadosa.

Por un momento consideró la posibilidad de reprender a sus hombres, pero luego lo pensó mejor. A pesar del esplendoroso presente que iluminaba a la sociedad floreciente de Iesta Veracrux, había sombras en ella, y algunas de esas sombras eran más profundas de lo que muchos querrían saber. En lo últimos tiempos, esas sombras eran más largas y oscuras que antes, y la gente sentiría miedo y dudas por ello. Era de esperar.

El coleóptero se elevó para salvar la última barrera de altos pinos ophelianos y viró hacia el entramado de torres, pistas de aterrizaje y casamatas que constituían el puerto principal de la ciudad.

Los miembros de la Centinelia tenían autorización para aterrizar donde quisieran, a diferencia de los vuelos civiles, obligados a posarse en la pista que les asignaran, por lo que el piloto voló con agilidad a través de un par de gigantescos globos cautivos de carga a medio inflar para aterrizar en una plataforma de ferrocemento de una anchura apenas mayor que la aeronave. Apenas habían bajado Yosef y los dos cazadores de la rampa de desembarco cuando el chorro de propulsión del motor se convirtió en un breve huracán y la aeronave se alejó de regreso al cielo. Yosef se cubrio los ojos con la palma de la mano para protegerse de la nube de polvo y hojas que provocó el despegue mientras observaba cómo se alejaba la nave.

Metió una mano en el interior del abrigo para sacar la varilla de mando que llevaba colgada de una cadena y dejó que la delgada barra de plata quedara visible sobre el pecho. Pasó el pulgar con gesto ausente a todo lo

largo de la superficie mientras observaba con atención la zona. A diferencia de los cazadores, que sólo llevaban una placa de bronce cuando estaban de servicio urbano o de patrulla, la vara del bailío indicaba su cargo de agente de investigación.

Los dos cazadores llegados en la aeronave se reunieron con un grupo de individuos uniformados que estaban delimitando con mucho cuidado un entramado de búsqueda en la zona circundante. Yosef vio detrás de ellos un colocador de barreras automatizado que estaba desplegando con movimientos pesados a lo largo del límite de la zona de búsqueda un cable grueso del que colgaban banderines de advertencia. Un rostro familiar le llamó la atención.

—¡Señor!

Skelta era un individuo alto y delgado, con un aspecto que algunos miembros de la Centinelia comparaban de forma poco amable con el de un roedor. El cazador se le acercó con rapidez y un poco encorvado a pesar de que el coleóptero ya se había marchado. Skelta parpadeó con el rostro serio y algo pálido.

—Señor —repitió.

El joven ansiaba ser ascendido desde las tareas de servicio urbano al siguiente rango de la Centinelia, el de operaciones de investigación, por lo que siempre se esforzaba por presentar un aspecto serio y pensativo cuando se encontraba en presencia de un superior. Yosef no encontraba el valor suficiente para decirle que no poseía la agudeza necesaria para ese ascenso. No se trataba de que fuera un mal agente, pero a veces mostraba la clase de ignorancia que le provocaba a Sabrat picores en la palma de las manos.

—Cazador —le respondió con una inclinación de cabeza—. ¿Qué es lo que tenemos aquí?

Una expresión sombría cruzó el rostro de Skelta, algo que iba más allá de su habitual comportamiento contenido, y Yosef la captó de inmediato. El bailío había acudido al lugar pensando que se trataría de algún crimen corriente, pero la fugaz expresión de Skelta le hizo pensárselo mejor, y no

por primera vez a lo largo de esa mañana, se preguntó en qué se habría metido.

—Es… bueno… —El cazador se calló y tragó saliva con dificultad. La mirada le quedó desenfocada por un momento, como si estuviera pensando en otra cosa—. Creo que será mejor que lo vea usted mismo, señor.

—Muy bien. Enséñemelo.

Skelta lo condujo a través de las ordenadas filas de las cápsulas de carga de madera. Cada una de ellas era un bloque octogonal del tamaño de un coche terrestre de tamaño pequeño. El olor a vino ya madurado le llegaba desde todos lados. Empapaba aquellos grandes contenedores, incluso las losas de piedra de la pista de aterrizaje. Sin embargo, aquel olor cálido y agradable le pareció asfixiante y demasiado fuerte ese día, casi como si estuviera intentando ahogar el olor de algo mucho menos agradable.

Oyó cerca de allí los ladridos incesantes de unos perros, y luego el grito de un hombre, al que siguió una retahíla de gruñidos y de gañidos.

—Son perros vagabundos del puerto, señor. Los ha atraído el olor —le explicó el cazador—. Llevamos alejándolos a patadas desde que amaneció. —Todo aquello pareció desagradar al joven agente, así que cambió de tema—. Creemos que hemos identificado a la víctima. Hemos descubierto algunos documentos cerca de la escena del crimen, permisos, licencias y cosas así. Se llamaba Jaared Norte. Un conductor de transporte.

—Creen haberlo identificado —repitió Yosef—. ¿Por qué no están seguros?

Skelta levantó el cable de la barrera para que pasara el bailío y siguieron caminando por la propia escena del crimen.

—Todavía no hemos podido realizar una identificación segura, señor —le aclaró el cazador—. Los clínicos ya se encuentran en camino para analizar la dentadura y las muestras de sangre. —Skelta tosió de forma deliberada—. Verá, es que… no tiene cara, señor. Y hemos encontrado algunos dientes sueltos… Pero no estamos seguros de que… Bueno, de que fueran suyos.

Yosef no hizo comentario alguno al oír aquello.

—Siga.

—Hemos interrogado al capataz de Norte. Al parecer, Norte salió del trabajo ayer por la noche a su hora habitual y se dirigió a casa, con su mujer y su hijo. No llegó.

—¿Fue la mujer quien avisó?

Skelta negó con un movimiento de cabeza.

—No, señor. Por lo que se ve, últimamente discutían. A su contrato de matrimonio tan sólo le quedaban algunos meses de duración, y eso estaba provocando roces entre ellos. Ella pensó que probablemente se habría quedado bebiéndose la paga.

—¿Eso lo ha comentado el capataz?

El cazador asintió.

—Envié una patrulla a cada una de sus casas para confirmar sus declaraciones. Estoy esperando sus informes.

—¿Norte estaba borracho cuando lo mataron?

Skelta no pudo evitar esta vez que un estremecimiento le recorriera el cuerpo.

—Espero por su bien que fuera así. Habría sido una suerte para el pobre.

Yosef captó el miedo en las palabras del cazador. Los asesinatos no eran infrecuentes en Iesta Veracrux. Después de todo, era un mundo relativamente próspero gracias a la industria vinícola, y los individuos que bebían, o que buscaban dinero, a menudo cometían errores que llevaban al derramamiento de sangre. El bailío había visto muchas muertes, algunas de ellas brutales, muchas de ellas sórdidas, todas y cada una de ellas trágicas a su manera, pero todas ellas comprensibles. Yosef sabía muy bien lo que era el crimen: una debilidad del propio yo. También sabía de los detonantes que podían hacer aparecer esa debilidad: los celos, la locura, la pena… pero el peor de todos era el miedo.

Y en esos tiempos había mucho miedo en Iesta Veracrux. Allí, en el extremo del Segmentum Ultima, al otro lado de la galaxia respecto al Trono de Terra, sus habitantes se sentían alejados y desprotegidos mientras se libraban todas aquellas guerras y se fijaban las líneas de combate sobre

unos mapas en los que no aparecía el planeta por su escasa importancia. El Emperador y su consejo parecían estar muy lejos de ellos, y la cercana tormenta de la insurrección que se abría paso ciega e invisible en las estrellas cercanas lo cubría todo con una capa de aprensión acechante. La gente veía en cada esquina sombría el fantasma de lo desconocido.

Tenían miedo, y las personas con miedo se convertían con facilidad en gente enfurecida que dirigía su terror contra cualquier ofensa, ya fuese real o imaginaria. El asesinato de ese día no era más que la última de las muchas muertes que se habían producido en Iesta Veracrux a lo largo de los meses anteriores: homicidios por trivialidades, suicidios, ataques producto del pánico ante amenazas imaginarias… Aunque la vida seguía como siempre, bajo la superficie yacía un ánimo sombrío que embargaba a toda la población, aunque todos fingieran que no era así. ¿Habría sido Jaared Norte una última víctima de ese estado de ánimo? Yosef pensó que era lo más probable.

Doblaron una esquina formada por contenedores apilados y llegaron a un pequeño patio rodeado de filas de cajas. Otro globo cautivo de carga flotó lentamente sobre ellos y los cubrio por un momento con su gran sombra ovalada. Un puñado de cazadores se dedicaba a recoger huellas dactilares del lugar. Un par de ellos procedía de la oficina documental y estaban utilizando una serie de complejos aparatos forenses y trazadores sensoriales mientras otro hablaba por un comunicador de tamaño considerable provisto de una gran antena. Skelta cruzó la mirada con uno de los documentadores, y el agente le respondió con un gesto de asentimiento atribulado. Detrás de todo aquel grupo se encontraba el almacén estrecho pero de gran altura que tenía las puertas abiertas de par en par. El bailío vio de inmediato las manchas marrones que cubrían las puertas metálicas.

Frunció el entrecejo y miró a su alrededor, a los agentes de la Centinela, con abrigos y gorras de plato de ese mismo color oxidado.

—¿Los arbites están ahí dentro? —preguntó Yosef al mismo tiempo que señalaba el almacén con un gesto del mentón.

Skelta soltó un bufido despreciativo.

—No, los arbites no han aparecido por aquí, señor. Se les ha llamado, tal y como indica el reglamento. El departamento del gran mariscal no estaba disponible, pero nos han pedido que los mantengamos informados.

—Seguro que sí —dijo Yosef, torciendo el gesto.

A pesar de toda la palabrería altanera y los ideales moralistas que proclamaban a voces los Adeptus Arbites, esa rama en concreto del Adeptus Terra parecía menos interesada en realizar tareas policiales que en parecer interesada en realizar dichas tareas. Los agentes de la Centinelia habían sido los encargados de vigilar y proteger el sistema Iesta desde los tiempos de la creación de la colonia en la Primera Fundación, y el establecimiento de una oficina del Adeptus Arbites durante la Gran Cruzada no había cambiado gran cosa el estado de la situación. El gran mariscal y los agentes de su servicio parecían más que satisfechos con mantenerse dentro de su torre imponente y permitir que la Centinelia actuara como siempre lo había hecho y solucionara los problemas «locales». A lo largo de los veinte años de servicio que Yosef Sabrat había cumplido, todavía no había conseguido entender qué era lo que los arbites no consideraban un asunto «local». El funcionamiento de todo aquello parecía encontrarse en un nivel de entendimiento muy superior a la capacidad del bailío. Miró a Skelta.

—¿Tenemos alguna idea de cuál ha sido el arma utilizada?

Skelta volvió a mirar a la agente documentadora, como si le pidiera permiso para hablar.

—No con exactitud. Para empezar, sin duda se trata de un arma de filo. Quizá se hayan utilizado… otras herramientas.

El poco color que le quedaba en la cara a Skelta desapareció, y volvió a tragar saliva.

Yosef se detuvo en el umbral del almacén. Un hedor semejante al de un matadero, cargado de sangre y de heces, le asaltó el olfato e hizo que se le estremecieran las aletas de la nariz.

—¿Algún testigo? —quiso saber.

Skelta señaló hacia arriba, hacia una torre de iluminación.

—Hay grabadores de imagen en los postes de iluminación, pero no captaron nada. El ángulo de visión no es lo bastante pronunciado como para lograr una identificación.

El bailío almacenó aquella información para un uso futuro: quienquiera que hubiera cometido el asesinato conocía la distribución de los edificios del puerto.

—Revisa todos los demás grabadores en un radio de medio kilómetro, saca los cilindros de memoria y que unos cuantos reclutas repasen el contenido. Quizá tengamos suerte. —Aspiró profundamente, teniendo buen cuidado de hacerlo por la boca—. Bueno, vamos allá.

Entró en el almacén, y Skelta lo siguió tras un instante de duda. El interior estaba envuelto en la penumbra, ya que la única luz procedía de los escasos rayos solares que entraban difuminados a través de los cristales de algunas ventanas bajas y los potentes focos concentrados de las lámparas portátiles. Cuatro emisores de campo de aspecto desgarbado y apoyados sobre trípodes formaban las esquinas de un cuadrado irregular, y un leve brillo amarillento conectaba a cada uno con los que tenía a sus lados. La membrana de energía permeable permitía que los objetos de cierta masa o con cierto nivel de energía cinética la atravesaran sin problemas, pero retenía las partículas y la materia microscópica para ayudar a la investigación de los forenses de campo.

La arruga de preocupación de Yosef se convirtió en un fruncimiento de ceño cuando se acercó. La zona delimitada por los emisores parecía vacía a primera vista. Cruzó la barrera y el hedor en el aire se intensificó.

Miró por encima del hombro y vio que Skelta no lo había seguido. En vez de eso, se había quedado en posición de firmes con la mirada puesta en cualquier otro sitio que no fuera la escena del crimen.

El suelo de piedra estaba cubierto de sangre oscura, y en el amplio charco de líquido carmesí se distinguían unas pequeñas siluetas carnosas esparcidas sin orden alguno. Vio trozos serpenteantes que debían de ser parte de los intestinos, pedazos relucientes de lo que probablemente eran restos de órganos que reflejaban la luz y otros trozos de color blanquecino cubiertos de fluidos. Era una muestra sacada del tajo de cualquier

carnicero, piezas que se habían tirado no por tener prisa, sino por no tener interés.

El bailío sintió una oleada de asco y de confusión en igual medida, pero la contuvo y procuró que se impusiera su capacidad investigadora. Observó el lugar en busca de impresiones y de indicios. Aquello lo habían llevado a cabo con cuidado y precisión. No se trataba de un crimen pasional, o de un asesinato de oportunidad. El delito se había cometido con tranquilidad, con frialdad, sin miedo a ser descubierto. Yosef escrutó en la oscuridad mientras ya se formaba en su mente la primera pregunta.

¿Cómo se había logrado cometer aquella brutalidad sin hacer suficiente ruido como para alertar a alguien? Con tanta sangre derramada, ¿se habría manchado el asesino?, ¿habría dejado algún rastro? ¿Y dónde…? ¿Dónde estaba…?

Yosef se detuvo en seco y parpadeó. La superficie del charco de sangre se movía levemente, cruzada por unas pequeñas olas de un lado a otro. Oyó aquí y allá un débil chapoteo provocado por salpicaduras.

—Esos restos… —empezó a decir, y luego se volvió hacia Skelta—. No hay suficientes como para formar un cuerpo. ¿Dónde está el cadáver de Norte?

El cazador se había tapado la boca con una mano y con la otra señaló lentamente hacia arriba. Yosef alzó la mirada al techo, y allí vio el resto de Jaared Norte.

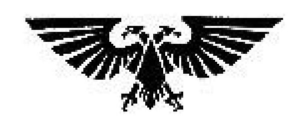
El cuerpo del conductor estaba abierto de un modo que al bailío le recordó las prácticas de un forense, o más bien una variante muy extrema de los cortes utilizados en un examen post mórtem. Alguien había usado unas varillas de hierro parecidas a los pesados pernos que empleaban los obreros de la construcción para asegurar los elementos de algunos edificios a las paredes rocosas verticales y había clavado a Norte al techo del almacén. Tenía una en cada tobillo y otras dos le atravesaban los antebrazos. Las cuatro extremidades habían quedado desplegadas formando una equis. Luego el asesino había efectuado unos cortes oblicuos en el torso para separar la piel de los músculos, incluidos los del cuello y de la cara. Aquellos cortes habían creado algo semejante a unos

banderines de pellejo con la punta clavada en el techo: uno a cada costado, otro por debajo de la entrepierna y el último cubriendo la máscara ensangrentada en la que había quedado convertido el rostro de la víctima. Otras cuatro varillas fijaban la punta de esos pliegues sangrantes de piel. Del interior del cuerpo del individuo colgaban jirones de carne y puntas rotas de hueso en dirección al charco de sangre, y de sus extremos goteaban los fluidos que acababan en el suelo.

—¿Ha visto alguna vez algo parecido? —logró preguntarle Skelta con voz entrecortada por el asco—. Es horrible.

Lo primero que le vino a la cabeza a Yosef era que parecía una obra de arte, una escultura. Alguien había convertido al conductor en una estrella de ocho puntas clavada a las placas metálicas oscuras del techo del almacén.

—No lo sé —contestó el bailío con un murmullo.



DOS
LA MORTAJA
ENMASCARADO
UN ARMA MUY COMÚN

El Palacio Imperial era más una ciudad que una fortaleza. Era inmenso y lleno de elementos decorativos a lo largo y ancho de su enorme tamaño; cubierto de torres, pináculos y gigantescos monolitos de piedra y oro que recortaban de forma irregular el horizonte de un extremo a otro. Los territorios de la región, que durante los milenios pasados habían formado un rompecabezas de naciones estado y de distintas soberanías, estaban enterrados bajo la poderosa unidad del Imperio de la Humanidad y bajo su mayor monumento. Los dominios del palacio abarcaban asentamientos enteros y ciudades satélite, desde los confines de la Ciudad de los Suplicantes hasta los terrenos de las Cúpulas Elíseas, a través del mayor espaciopuerto de todo el Sistema Solar hasta llegar al impresionante espectáculo que era la Puerta de la Eternidad. Millones de personas se afanaban en el interior de sus murallas al servicio del Imperio, y muchas pasaban toda su vida sin salir del zigurat arcológico plateado en el que habían nacido, servido y muerto.

Aquello era el corazón resplandeciente y palpitante de todo el destino de la humanidad, el trono y el lugar de nacimiento de la especie que había dominado la galaxia, y su esplendor y solemnidad eran tales que nadie sería capaz jamás de describirlas simplemente con palabras. Terra y su grandeza eran la joya de la corona imperial, brillante y eterna.

Y sin embargo, en el interior de una metrópolis que podría hacerse pasar por un continente, existía una miríada de habitaciones fantasmales y de estancias secretas. Había lugares hasta los que no llegaba la luz, y algunos de ellos se habían creado con ese propósito en concreto.

Existía una cámara llamada la Mortaja. Cualquier persona que hubiera podido estudiar los planos de los atrevidos artistas que diseñaron las primeras piedras de la gigantesca ciudad habría sido incapaz de encontrar rastro alguno de la estancia o de sus entradas dentro de los confines del Palacio Interior. Aquel lugar no existía a todos los efectos, e incluso aquellos que conocían su existencia eran incapaces de señalar su localización en un mapa. Si uno no era capaz de localizar la Mortaja, era porque no debía hacerlo.

Habían muchos caminos que llevaban a la estancia, y cada uno de los que se reunían allí conocía como mucho dos. Estaba el pasadizo secreto oculto tras los trampantojos de las Galerías Porticadas; el hueco que se abría detrás de la catarata de la Puerta Annapurna; el pasillo ciego situado cerca del Gran Planetario; el capricho arquitectónico de Salomón y el botón disimulado en el ascensor zafiro del Balcón Occidental. Todos éstos, y unos cuantos más, no se utilizaban desde hacía siglos. Los que eran convocados a la Mortaja llegaban a un laberinto de pasillos continuamente cambiantes que anulaban cualquier intento de fijarlos en la memoria. Una vez allí, un mecanointelecto los conducía por el lugar, pero nunca dos veces por la misma ruta. De lo único que se podía estar casi seguro era de que la estancia se encontraba en lo alto de una torre, en una de las miles que se mantenían vigilantes y en fila por todos los bastiones interiores del palacio, pero incluso eso era una suposición basada en la débil luz solar que se filtraba a través de las cortinas, gruesas como velas de barco, que cubrían los grandes ventanales ovalados de la estancia. Algunos

sospechaban que esa luz era en realidad una artimaña, una iluminación filtrada a través de cristales especialmente diseñados para ello o incluso algo totalmente artificial. Quizá la estancia se encontraba a gran profundidad bajo el suelo, o quizá había más de una, y todas ellas eran idénticas, tan parecidas que sería imposible distinguirlas entre sí.

Una vez en su interior, no había lugar más seguro en Terra, aparte del salón del Trono del propio Emperador. Nadie podría oír lo que se dijera en un lugar que no existía, que no se podía encontrar. Las paredes de la cámara, cubiertas por unos paneles de caoba oscura adornados con elementos decorativos minimalistas y unos cuantos globos luminosos, albergaban diversas capas de artefactos que lograban que la estancia y todo lo que había en su interior fueran completamente imperceptibles a la vista o al oído de cualquier posible espionaje. Había contramedidas que anulaban las frecuencias de detección de radiación, aparatos que absorbían el sonido, el calor y la luz, y todo ello junto a fragmentos de tejido neurológico vivo que emitían el equivalente telepático a la estática en todo el espectro psíquico. Se rumoreaba incluso que la cámara estaba rodeada de un campo de disrupción que dislocaba el espacio-tiempo varias fracciones de segundo, lo que permitía que el lugar existiera un instante en el futuro y fuera del alcance del resto del universo.

Dentro de la Mortaja había una mesa, un largo octógono de madera de palisandro, y sobre ella había un sencillo proyector hololítico que iluminaba con un brillo suave a los hombres y mujeres que se encontraban allí. Seis de aquellas personas estaban sentadas alrededor de un extremo de la mesa, mientras que la séptima estaba sola en el otro extremo. La octava figura no estaba sentada, sino que se mantenía de pie más allá del alcance de la luz, satisfecha con ser poco más que una alta silueta compuesta de sombras y de ángulos.

Las siete personas sentadas a la mesa tenían rostros de porcelana con incrustaciones de metales preciosos. Las máscaras que llevaban puestas les cubrían la cara desde las cejas hasta el cuello, y al igual que la estancia en la que se encontraban, aquellos artefactos eran mucho más de lo que parecían ser a primera vista. Cada máscara disponía de la tecnología más

avanzada, desde bibliotecas de datos hasta multitud de sensores, incluidas armas diminutas pero letales, y cada una de ellas mostraba un aspecto diferente, que era el reflejo de su portador. Tan sólo el individuo sentado a la cabecera de la mesa mostraba un rostro sin adorno alguno. La máscara era sencilla, de plata, y apenas tenía dibujadas las cejas, la nariz, los ojos y la boca. En su superficie pulida se reflejaban las listas de datos que aparecían en la imagen hololítica, que giraba con lentitud para que todos los de la estancia pudieran leerlas.

Lo que aparecía en ella era preocupante y decepcionante en igual medida.

—Entonces, ha muerto —dijo una voz de mujer, aunque el tono se filtró a través de un emisor fractal que hizo que su registro vocal fuese imposible de identificar. Su máscara era de color negro y se ceñía a la piel casi como una capucha de seda. Sólo los enormes rubíes ovalados que hacían las veces de ojos rompían esa ilusión óptica—. Este informe lo deja muy claro.

—Un juicio de valor rápido, como siempre —dijo un susurro ronco, también filtrado del mismo modo, emitido por una máscara inmóvil que se asemejaba a un cráneo hidrocefálico y distendido—. Deberíamos esperar a tener la certeza, magistra callidus.

Los ojos de rubí miraron fijamente hacia el otro lado de la mesa.

—Mi estimado magíster culexus, ¿cuánto creéis que debemos esperar? ¿Hasta que la rebelión llegue a nuestras puertas? —fue la tensa respuesta. Luego volvió sus ojos enjoyados hacia la otra mujer sentada a la mesa, una figura con el rostro cubierto por una elegante máscara de terciopelo verde y dorada, decorada con líneas de perlas con forma de lágrima y esmeraldas oscuras—. El agente de nuestra hermana ha fracasado. Tal y como pronostiqué que ocurriría.

La mujer de la máscara verde se envaró y luego se reclinó sobre el respaldo del asiento, como si quisiera alejarse de la ira de la callidus. Su respuesta fue seca y helada.

—Querría hacer notar que ninguno de los presentes ha sido capaz de situar a un agente operativo a tan poca distancia del señor de la guerra

como lo ha conseguido el Clado Venenum. Tobeld era uno de mis mejores estudiantes, a la altura de la misión que se le había encomendado…

Se oyó un gruñido de desprecio procedente de un individuo fornido que se cubría el rostro con una máscara fabricada de hueso y metal que representaba un cráneo con dos grandes colmillos.

—Si estaba a la altura, ¿cómo es que el señor de la guerra sigue con vida? Todo ese tiempo se ha perdido… ¿para qué? ¿Para proporcionar a los traidores un nuevo cadáver que puedan depositar a los pies del señor de la guerra? —Soltó un sonido semejante a un salivazo.

La magistra venenum entrecerró los ojos tras la máscara.

—Por poca consideración que le tengas a mi Clado, mi querido eversor, tus logros hasta la fecha no te dan derecho precisamente a pavonearte. —Se irguió un poco—. Hasta ahora, tu contribución a nuestra tarea ha consistido únicamente en unas cuantas muertes explosivas y sangrientas.

La máscara con colmillos la miró fijamente, y todos notaron la furia que emanaba del individuo que la llevaba puesta.

—¡Mis agentes han provocado el miedo! —exclamó—. ¡Cada muerte ha decapitado a un elemento rebelde clave!

—Por no mencionar los innumerables daños colaterales —añadió una voz seca y adusta. El comentario surgió de un individuo que llevaba una máscara de espía estándar, igual a las utilizadas por los agentes francotiradores del Clado Vindicare—. Necesitamos la habilidad de un cirujano para extirpar al Architraidor, no una bomba incendiaria.

El magíster eversor soltó un gruñido bajo.

—Cuando llegue el día en el que alguien invente un rifle que te permita disparar desde la seguridad de tu silla y alcanzar a Horus a media galaxia de distancia, entonces podrás salvarnos a todos. Pero hasta que llegue ese día, ¡quédate escondido detrás de tu mira telescópica y mantente callado!

La sexta figura de uno de los extremos de la mesa carraspeó e inclinó la cabeza hacia un lado. Su máscara, fabricada a partir de una serie de

capas de material vítreo, reflejaba imágenes granuladas y aleatorias que titilaban en la penumbra.

—Si me permiten el magíster culexus y la magistra callidus… —empezó diciendo el magíster vanus—. Las máquinas de predicción de mi Clado y nuestros infocitos más eficaces han llegado a la conclusión, basándose en todos los datos disponibles y las simulaciones de pronóstico, que la probabilidad de que Tobeld sobreviviera para cumplir la misión era de un cero coma dos por ciento. El margen de error es insignificante. Sin embargo, es una mejora en cuanto a aproximación al objetivo respecto a las demás operaciones del Oficio Asesinorum hasta la fecha.

—Un kilómetro o un centímetro no importan si no se mata al objetivo —siseó el magíster culexus.

La magistra callidus apartó la vista de la mesa y miró al individuo de la máscara plateada.

—Quiero activar a un nuevo agente. Se llama M'Shen, y es una de las mejores de mi Clado…

—¡Tobeld era el mejor del Venenum! —la interrumpió el magíster vindicare con una rabia repentina—. Lo mismo que Hoswalt era el mejor de los míos, lo mismo que el eversor envió al mejor de los suyos, ¡y así sucesivamente! Estamos arrojando a nuestros mejores estudiantes a una picadora de carne. ¡Los enviamos a ciegas y únicamente medio preparados! Los lanzamos contra Horus ¡y él ni siquiera parece enterarse! —Negó con la cabeza con gesto sombrío—. ¿A esto nos hemos visto reducidos? ¿A escuchar el catálogo de fracasos de cada uno de nosotros cada vez que nos reunimos? —El individuo enmascarado abrio los brazos de par en par en un gesto que abarcaba a sus cinco compañeros—. Todos recordamos aquel día en el monte Venganza. El pacto que realizamos a la sombra de la Gran Cruzada, el juramento que hicimos y que dio vida al Oficio Asesinorum. Durante decenios hemos perseguido mediante el sigilo y el engaño a los enemigos del Emperador. Les hemos demostrado que no existe lugar alguno en el que se puedan esconder para ponerse a salvo. —El magíster vindicare miró al magíster vanus—. ¿Qué fue lo que dijimos aquel día?

Vanus contestó de inmediato y su máscara titiló.

—«Ningún mundo escapará de mi ley. Ningún enemigo escapará de mi furia».

El magíster culexus asintió con solemnidad.

—Ningún enemigo… —repitió—. Ningún enemigo salvo Horus, por lo que parece.

—¡No! —rugió la magistra callidus—. Yo puedo matarlo. —El hombre de la máscara plateada se mantuvo en silencio y ella siguió hablando con voz implorante—. ¡Lo mataré! ¡Sólo necesito que me deis vuestro permiso!

—¡Tú también fracasarás! —le replicó el magíster eversor—. Mi clado es el único capaz de cumplir la misión. ¡El único lo bastante implacable como para acabar con la vida del señor de la guerra!

De repente, dio la impresión de que cada magíster y magistra de la reunión estaba a punto de lanzar un discurso similar, pero antes de que pudieran hacerlo, la máscara plateada resonó con una sola orden.

—¡Silencio!

Los presentes en la estancia se quedaron callados de inmediato, y el gran maestro de los asesinos inspiró profundamente antes de hablar de nuevo.

—Esta rivalidad y estas riñas no sirven para nada en absoluto —empezó diciendo con voz tranquila y firme—. A lo largo de toda la historia de este grupo, jamás nos hemos encontrado con un objetivo cuya eliminación precisara más de una misión. Hasta la fecha, el problema Horus se ha cobrado la vida de ocho agentes de los seis distintos clados primarios. Cada uno de vosotros sois el primero de vuestro clado, los fundadores… ¡Y aquí estáis, repartiendo codazos para conseguir la supremacía en vez de cerrar con éxito la misión que tan desesperadamente necesitamos cumplir! Exijo una solución que nos libre del traicionero y problemático hijo del Emperador.

El magíster eversor fue el primero en hablar.

—Pondré en activo todos los agentes de los que dispongo en mi Clado. Todos ellos, y todos al mismo tiempo. Si debo invertir todas y cada una de

las vidas de mis agentes para matar a Horus, que así sea.

Por primera vez desde que se reunieron allí, la figura silenciosa con la túnica encapuchada hizo un sonido: un leve gruñido de desacuerdo.

—Nuestro visitante quiere decir algo —apuntó el magíster vanus. El gran maestro de los asesinos inclinó la cabeza hacia las sombras.

—¿Es cierto?

El individuo encapuchado se movió un poco, lo suficiente como para que su silueta quedara mejor definida por la luz de los globos, pero no tanto como para que se pudiera distinguir con claridad el rostro que se ocultaba bajo la capucha.

—Ninguno de ustedes es soldado —declaró con una voz grave y retumbante que se oyó por toda la estancia—. Están tan acostumbrados a actuar en solitario, tal y como exigen sus misiones, que se han olvidado de una regla que rige todos los conflictos: una fuerza doblada es una fuerza cuadruplicada.

—¿No es lo que acabo de decir? —soltó el magíster eversor. El encapuchado hizo caso omiso de la interrupción.

—Los he escuchado hablar a todos. He visto sus planes para la misión. No tienen ni un solo defecto; sencillamente no son suficiente. —Hizo un gesto de asentimiento—. Ningún asesino que actúe sólo, sin importar su entrenamiento, sin importar el Clado del que proceda, podrá eliminar al Architraidor con sus propios medios. Sin embargo, la unión de varios asesinos… —Asintió de nuevo—. Eso quizá sí que sería suficiente.

—Un grupo de ataque… —musitó el magíster vindicare.

—Una fuerza de ejecución —lo corrigió el gran maestro—. Una unidad de élite con miembros escogidos para que cumplan la misión.

El magíster Vanus frunció el entrecejo tras su máscara.

—Algo así… No existe ningún precedente de nada parecido. El Emperador no dará su aprobación.

—¿Ah, no? ¿Qué es lo que te hace estar tan seguro de eso? —le preguntó la magistra callidus.

El señor del Clado Vanus se inclinó hacia adelante y las perturbaciones de su máscara de imágenes se agitaron con mayor fuerza.

—El velo del secreto es lo que preserva todo lo que somos —insistió —. Hemos actuado en las sombras del Imperio durante décadas, en los límites del conocimiento del Emperador, y por buenos motivos. Le servimos con actos de los que será mejor que no sepa nunca nada para mantener su noble pureza, y para hacerlo existen ciertas normas que siempre hemos seguido. —Miró al individuo encapuchado—. Un código ético. Unas reglas de enfrentamiento.

—Es cierto —apuntó la magistra venenum—. El despliegue de un asesino es un asunto muy delicado y no se debe tomar a la ligera. En el pasado hemos enviado dos o tres asesinos en la misma misión, pero sólo cuando las circunstancias eran extremas. Además, siempre pertenecían al mismo Clado, y siempre lo hacíamos tras largas deliberaciones.

Vanus estaba asintiendo.

—Seis al mismo tiempo, y de cada uno de los clados principales. No esperéis que el Emperador lo autorice. Es que simplemente… no debe ser.

El señor de los asesinos se quedó callado durante un largo momento, luego unió los dedos formando una pirámide con las manos y se llevó la punta a los labios de su máscara plateada.

—Lo que yo espero es que el director primus de cada uno de los clados obedecerá mis órdenes sin cuestionarlas. Estas «reglas» de las que hablas, magister vanus… Dime, ¿Horus Lupercal las sigue con tanta firmeza como tú? —No alzó la voz, pero su tono indicaba que no había desacuerdo posible—. ¿Crees que el Architraidor se reprimirá y no utilizará una táctica que resulte ofensiva a las gentes de la corte? ¿Por qué no debe ser?

—Bombardeó a sus propios hermanos, incluso a algunos de sus propios guerreros, hasta convertirlos en polvo. Dudo mucho que se contenga ante nada —declaró el magister vindicare.

El gran maestro asintió.

—Si queremos matar a este enemigo, no podemos vernos constreñidos por los límites morales que nos han guiado en el pasado. Debemos atrevemos a pasarlos por alto. —Se quedó callado un momento—. Y lo haremos.

—Mi señor… —empezó a decir el magíster vanus al mismo tiempo que alargaba una mano.

—Que se cumpla la orden —lo interrumpió el hombre de la máscara plateada con un tono de voz que no admitía discusión alguna—. Doy por finalizada esta reunión.

Los demás salieron de la estancia a través de los distintos accesos a la Mortaja, y las águilas psibernéticas que anidaban en un lugar oculto del techo de la estancia la sobrevolaron para asegurarse de que no hubiera nuevos artefactos de escucha en el lugar. Sólo entonces se permitió el gran maestro de los asesinos dejar escapar un largo suspiro. Después, con cuidado, se llevó las manos a la máscara y se la quitó. Las almohadillas térmicas que la mantenían pegada a la piel se desactivaron de inmediato. Sacudió la cabeza, lo que soltó una larga melena de cabellos grises que le llegó hasta los hombros, cubiertos por la tela de una túnica de aspecto corriente.

—Creo que necesito beber algo —musitó.

La voz no se parecía en absoluto a la que había salido de los labios de la máscara, pero era de esperar. El señor de los asesinos era un fantasma entre los fantasmas, y los jefes de los distintos clados sólo sabían que era uno de los Altos Señores de Terra. Sin embargo, respecto a cuál de los miembros del consejo del Emperador era, tan sólo tenían suposiciones. Solamente cinco personas conocían la verdadera identidad del señor del Oficio Asesinorum, y dos de ellas se encontraban en esa estancia.

Un esclavo mecanizado se le acercó con pasos lentos y le ofreció una taza de cristal con grabados dorados que contenía té negro con un chorrito de coñac.

—¿Quieres algo, amigo mío?

—Si no le importa al Sigilita, prefiero no tomar nada —respondió el encapuchado.

—Como quieras.

El hombre que se sentaba a la derecha del Emperador, el individuo que ostentaba el cargo de Regente de Terra, observó con atención su rostro surcado de arrugas de preocupación en la curvatura del cristal. Malcador volvía ser él mismo, una vez desaparecido el disfraz de gran maestro de los asesinos. Esa identidad había quedado guardada hasta la próxima vez que la necesitara.

Tomó un gran sorbo del té y lo saboreó. Suspiró otra vez. El efecto producido por los aparatos antipsíquicos de la estancia no era suficiente como para afectarlo de un modo grave, pero su presencia era comparable al zumbido de un insecto invisible que no dejaba de irritar los bordes de su visión espectral. Malcador se preguntó, como hacía en otras ocasiones, si los jefes de los clados tenían alguna idea de quién era él en realidad. El Sigilita sabía que si concentraba su voluntad en ello, podría descubrir cuál era el rostro verdadero de cada uno de los directores primus, pero nunca lo había intentado. Nunca había existido esa necesidad. El frágil estado de gracia existente entre los distintos dirigentes del Oficio Asesinorum había servido para mantener un comportamiento honorable en todos ellos. Ni uno solo de los magísteres o magistras podría saber jamás con seguridad si sus colegas, sus subordinados, ni siquiera sus amantes, estaban detrás de las máscaras que tenían junto a ellos en la mesa. El grupo había nacido envuelto en la oscuridad y el secreto, y sólo podía seguir existiendo mientras se cumplieran las reglas que habían dado lugar a esa existencia.

Unas reglas que Malcador acababa de incumplir.

Su compañero salió finalmente a la luz y quedó completamente a la vista al rodear la mesa con pasos lentos y tranquilos. El encapuchado era muy alto, y se alzó por encima del Sigilita, todavía sentado, como una montaña. Era tan grande como un guerrero del Adeptus Astartes, y el hombre que había observado la reunión se convirtió en una amenaza hecha carne al salir de la oscuridad. Se movió con una elegancia y una agilidad tales que el tejido de su túnica de color fluía como el agua. Una mano, de piel bronceada y cubierta de cicatrices, se elevó hasta la cabeza y se bajó la gran capucha que ocultaba un cráneo rapado a excepción de un manojo de cabello recogido en una cola de caballo. Un rostro de expresión ceñuda

que sugería estrechez de miras quedó al descubierto. Bajo el cuello de la túnica se veían unas insignias de tejido dorado con la forma de un relámpago.

—Di lo que piensas, capitán general —lo invitó Malcador al captar su aura—. Veo cómo surge la inquietud de tu cuerpo como el humo de una hoguera.

Constantin Valdor, jefe custodio de la Legio Custodes, le lanzó una mirada bajo la que cualquier persona normal se habría sentido aniquilada.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir —le contestó Valdor—. Para bien o para mal.

El guerrero posó una mano sobre la mesa y pasó un dedo con gesto ausente por la superficie. Miró a su alrededor. Malcador no tuvo duda alguna de que el custodio había pasado buena parte del tiempo en la estancia intentando averiguar dónde se encontraba exactamente.

El Sigilita ocultó una sonrisa pálida tomando otro sorbo del té agridulce.

—Debo confesar que no esperaba que hicieras nada aparte de observar —comentó—. En vez de eso, interrumpiste el desarrollo habitual de ataque y parada verbal que suele producirse en estas reuniones.

Valdor se quedó callado un momento, sin mirarlo.

—¿Por qué me habéis hecho venir, mi señor?

—Para observar. Quería pedirte consejo después de…

El custodio se volvió y lo interrumpió.

—No me mintáis. No me hicisteis venir simplemente para que me quedara callado. —Valdor lo miró con atención—. Sabíais exactamente lo que diría.

Malcador le mostró por fin la sonrisa.

—Tenía… algún indicio sobre ello.

Valdor apretó los labios.

—Espero entonces que estéis satisfecho con el resultado.

El Sigilita sintió que el guerrero estaba a punto de marcharse y se apresuró a hablar de nuevo para retenerlo.

—Debo admitir que estoy sorprendido hasta cierto punto. Después de todo, eres la representación de la fuerza y la nobleza imperiales. Eres el guardaespaldas personal del Señor de la Tierra, un guerrero cuya pureza aspiran alcanzar todos. Y debido a todo eso, creí que tú más que nadie habrías considerado las tácticas del Asesinorum como algo… —Se calló un momento mientras buscaba la palabra adecuada—. Turbio, incluso deshonroso, ¿no?

La expresión del rostro de Valdor cambió, pero no para mostrar irritación, tal y como esperaba Malcador. En vez de eso, sonrio sin alegría.

—Si eso ha sido una finta para ponerme a prueba, Sigilita, ha sido muy mala. Esperaba mucho más de vos.

—Ha sido un día muy largo —se disculpó Malcador.

—La Legio Custodes ha llevado a cabo muchos actos que vuestros asesinos no nos hubieran creído capaces de hacer. Los jefes de los clados no son los únicos que tienen libertad para actuar bajo… condiciones especiales.

—Vuestro reglamento especifica con mucha claridad cuáles son los límites de la responsabilidad de vuestra legio.

Malcador notó que estaba empezando a fruncir el entrecejo. Aquella conversación no marchaba por los derroteros que él esperaba.

—Como vos digáis —le contestó Valdor con una ligereza engañosa—. Mi deber es salvaguardar la vida del Emperador de la Humanidad por encima de cualquier otra cuestión. Es algo que se ha logrado de muchas maneras. El exterminio del hijo traidor Horus Lupercal y de la amenaza inminente que representa, sin importar cómo se logre, es algo que sirve para el cumplimiento de mi deber.

—Entonces, ¿de verdad crees que un grupo de ataque formado por asesinos podrá lograrlo?

Valdor encogió levemente sus enormes hombros.

—Creo que tienen alguna posibilidad de lograrlo si se acaba con este enfrentamiento sin sentido entre los clados.

Malcador volvió a sonreír.

—¿Lo ves, capitán general? No mentí. Quería esa clase de capacidad para opinar. Ya me la has dado.

—No he terminado de hablar —replicó el guerrero—. El magíster vanus tenía razón. Esta misión no le va a gustar en absoluto al Emperador cuando sepa de su existencia, y se enterará en cuanto yo le cuente todas y cada una de las palabras que se han pronunciado hoy aquí.

La sonrisa del Sigilita se desvaneció de inmediato.

—Eso sería un error, custodio. Una grave falta de juicio por tu parte.

—No seréis tan arrogante como para pretender saber más que él, ¿verdad? —le contestó Valdor con un tono de voz que se había endurecido.

—¡Por supuesto que no! —replicó a su vez Malcador, perdiendo la calma—. Pero sabes muy bien que para proteger la integridad de Terra y a nuestro señor hay ciertas cosas que deben mantenerse en secreto. El Imperio se encuentra en un momento muy delicado, y los dos lo sabemos. Todo el esfuerzo que hemos invertido en la Gran Cruzada y en la misión encomendada por el Emperador se encuentra en el peligro más absoluto por culpa de la insurrección de Horus. ¡Los combates que se están librando ahora mismo no son simples campos de batalla situados en planetas lejanos! Se están librando en nuestros corazones y en nuestras mentes, y en otros lugares menos tangibles. Pero ahora tenemos la oportunidad de luchar en la sombra, invisibles e inadvertidos. ¡Podemos cumplir esa sangrienta misión sin que tengamos que hacer arder la galaxia para lograrlo! Un final rápido. La cabeza de la serpiente cortada de un solo golpe. —Inspiró profundamente—. Pero puede que muchos lo consideraran algo innoble y lo utilizarían contra nosotros. Y que un padre autorizara la ejecución de su propio hijo… Quizá eso ya sería ir demasiado lejos. Y por eso hay ciertas cosas que no se pueden decir fuera de esta cámara.

Valdor cruzó sus fornidos brazos sobre el pecho y se quedó mirando fijamente a Malcador.

—Esa afirmación tiene todo el aspecto de ser una orden. Pero me pregunto, ¿quién la da? ¿El Señor de los Asesinos o el Regente de Terra?

Los ojos del Sigilita brillaron en la oscuridad.

—Decídelo tú mismo —fue su respuesta.

Antes de la llegada de la luz del Emperador, el edificio del cuartel de la Centinelia había sido un lugar de idolatría y de adoración de los ancestros. En la antigüedad, los cuerpos de los ricos y de aquellos a los que se juzgaba merecedores del honor eran enterrados en las criptas excavadas bajo el salón principal, y cada esquina y rincón del edificio estaba abarrotada con estatuas de mal gusto y objetos extravagantes. Los claustros y las naves conducían a las diferentes capillas de las numerosas deidades que los colonos de la Primera Fundación habían llevado consigo al partir de la Vieja Tierra. Las criptas se habían convertido en celdas y en depósitos de datos, en armerías y en almacenes de suministros. Las capillas tenían unos inquilinos distintos, unos iconos llamados seguridad y vigilancia, y prácticamente todas las supuestas obras de arte y los ídolos habían desparecido. Tan sólo unos cuantos objetos se habían salvado de la destrucción para acabar albergados en un museo como muestras de un pasado mucho menos sofisticado. Todo aquello había pasado mucho antes de que Yosef Sabrat naciera. Apenas quedaba un puñado de ciudadanos en Iesta Veracrux que fueran capaces de recordar cualquier vestigio del pasado que incluyera un elemento religioso.

El uso de la catedral como lugar para la administración de justicia también era apropiado para un edificio como aquél. Era un lugar tan impresionante para albergar a los miembros de la Centinelia como lo había sido para los sacerdotes desaparecidos largo tiempo atrás.

Sabrat recorrio el largo eje que formaba la sala central y pasó por delante del recinto abierto de espera, donde los ciudadanos guardaban cola y discutían con los desafortunados cazadores a los que les había tocado efectuar servicio de oficina. Luego cruzó el punto de control, donde un vigilante servidor armado de semblante impasible le recorrio el rostro con un barrido de luz láser verde antes de dejarlo pasar. Saludó con un gesto del mentón a un grupo de bailíos del distrito Occidental. Todos estaban reunidos alrededor de un tablero de juego del molyno con cupones de pago

en la mano, y lo animaron a unirse a la partida. En vez de eso, subió por la escalera en espiral que llevaba hasta la segunda planta.

Los pisos superiores casi constituían un edificio dentro del propio edificio, un fortín de múltiples niveles que se había construido en el interior de la inmensa nave principal, semejante a un hangar, y que se adaptaba a los límites de la estructura. La estancia se encontraba en el mismo estado desastrado de desorden medio controlado de siempre, con las pilas de grueso papel de viña y de pictografías dispuestas en diversos montones que conformaban una especie de orden incoherente. Sólo hacía falta saber interpretarlo.

En el centro de la estancia se alzaba una columna cubierta de conexiones de comunicación de bronce, de la que salían manojos de cables recubiertos de goma que serpenteaban hasta llegar a las mesas de control o a las mesas hololíticas. Uno de los cables terminaba su recorrido en un equipo de escucha que el compañero de equipo de Yosef, que estaba reclinado en el respaldo de una silla, tenía colocado en la cabeza. Escuchaba con los ojos cerrados y jugueteaba con los dedos y gesto ausente con el aquila dorada de la cadena que llevaba alrededor de la muñeca.

Yosef se detuvo delante del individuo y lo llamó.

—Daig. —Al ver que no le respondía, el bailío chasqueó los dedos con fuerza delante de su cara—. ¡Despierta!

El bailío Daig Segan abrio los ojos y dejó escapar un suspiro.

—No estaba durmiendo, Yosef. Estaba pensando profundamente. ¿Nunca has pensado así?

Se quitó los auriculares y alzó la vista para mirarlo. Yosef oyó el leve parloteo de una voz artificial que salía de los diminutos altavoces y que recitaba el texto del informe de un incidente con un tono monótono y chasqueante.

Daig era físicamente el opuesto a su compañero de equipo. Sabrat tenía una estatura ligeramente superior a la media, era estrecho de hombros, con el cabello de color rubio rojizo y siempre iba bien afeitado. Segan era un individuo bajo y corpulento, con unos carrillos y una papada carnosa, y su

cabello rizado sin peinar remataba un rostro con una expresión sempiterna de melancolía. Suspiró de nuevo, como si llevara sobre los hombros el peso entero del mundo.

—No merece la pena escucharla por segunda vez —comentó mientras desenchufaba el cable de la conexión de la columna con un tirón de la muñeca—. Los informes de Skelta son tremendamente aburridos, y da igual que los lea la máquina o que los lea él en persona.

Yosef frunció el entrecejo.

—Lo que he visto esta mañana no era aburrido en absoluto.

Bajó la mirada y vio una serie de pictogramas de la escena del crimen cometido en el almacén. Incluso en los tonos negros y blancos más sencillos, el horror allí representado no disminuía en absoluto. Los charcos de sangre estaban en todas y cada una de las imágenes, y verlas de nuevo hizo que la memoria sensorial se apoderara de la mente del bailío, quien parpadeó con fuerza para eliminar esa sensación de su cerebro.

Daig se fijó en ello.

—¿Estás bien? —le preguntó, frunciendo el ceño en un gesto de preocupación—. ¿Necesitas un momento para recuperarte?

—No —respondió Yosef con voz firme—. Dijiste que tenías algo nuevo para mí.

Daig negó con la cabeza.

—No es tan nuevo en realidad. Más bien es la confirmación de algo que ya sospechaba. —Rebuscó durante unos momentos entre los papeles y las placas de datos hasta que encontró un manojo de páginas impresas—. El análisis de los cortes dio como resultado que coinciden con un tipo de hoja cortante industrial.

—¿Un instrumento médico?

Yosef recordó la impresión que había tenido. Las líneas de los cortes de mutilación parecían algo casi clínico. Sin embargo, Daig hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—En realidad, vitivinícola. —El otro bailío rebuscó ahora en una caja que tenía a los pies y sacó un maletín de plástico. Lo abrio y dejó a la vista un cuchillo curvado de aspecto peligroso que tenía el mango tallado a fin

de darle una superficie rugosa—. Me he traído uno del almacén de pruebas para tener una muestra que podamos estudiar.

Yosef lo reconoció de inmediato, y cerró las manos para contener el impulso de empuñarlo. Era un cuchillo de cosecha, una de las herramientas más comunes del planeta y del que se fabricaban millones de ejemplares para que lo utilizara el enorme ejército de obreros agrícolas de Iesta Veracrux. En todos los viñedos se utilizaban cuchillos como aquél, y eran tan comunes como los racimos de uvas que solían cortar. Por supuesto, al ser tan común, era el arma más utilizada para los asesinatos en Iesta Veracrux, pero Yosef jamás había visto que un cuchillo así se utilizara para un asesinato tan rebuscado como el del muelle del espaciopuerto. Utilizar un arma tan burda para unos cortes tan precisos requería tanto una habilidad enorme como una buena cantidad de tiempo.

—En nombre de Terra, ¿a qué nos enfrentamos? —musitó.

—Se trata de un ritual —le respondió Daig con una certidumbre que pareció salir de la nada—. No puede ser otra cosa.

Dejó a un lado el cuchillo y señaló con un gesto los archivos esparcidos por el lugar. Aparte del alud de papeleo que había provocado el asesinato del espaciopuerto, había paquetes de microfichas y otros pictogramas llegados desde las subjefaturas de unos distritos de baja estofa colindantes. Los habían marcado y enviado de forma automática en cuanto los informes del crimen se enviaron por el sistema de alerta planetario. Se habían producido otros asesinatos, y aunque la naturaleza de los mismos no era exactamente igual que la de Jaared Norte, ciertos elementos de un método similar aparecían en cada uno de ellos. Daig sugirio que el asesino se estaba «perfeccionando» con cada asesinato y que cada vez se sentía más confiado en lograr lo que quería con sus actos.

Aquélla no era la primera vez que se producían asesinatos en serie en Iesta Veracrux, pero éstos eran completamente distintos a todos los anteriores de un modo que Yosef no era capaz de explicar.

—¡Por las estrellas!, lo que no me puedo ni imaginar es cómo ese cabrón consiguió subir a ese pobre hasta el techo —dijo una voz a sus espaldas.

Yosef y Daig se dieron la vuelta y vieron al alto bailío Berts Laimner con un puñado de pictogramas en una de sus manazas. Laimner era un individuo fornido de piel oscura que siempre mostraba una sonrisa en el rostro, aunque fuera leve, como en esos momentos, a pesar de estar contemplando imágenes de la espeluznante muerte de Norte. Sin embargo, esa expresión amable no era más que un gesto hipócrita que ocultaba un carácter egoísta y relamido.

—¿Tú qué opinas, Sabrat? —le preguntó a continuación.

Yosef respondió de un modo evasivo.

—Es algo que estamos investigando, alto bailío.

Laimner soltó una breve risa que irritó mucho a Yosef, y luego dejó los pictogramas.

—Bueno, espero que tengas una respuesta mejor guardada en la manga —dijo antes de señalar a una entrada situada al otro lado de la estancia—. La estatúder está justo ahí fuera, y quiere estar al día de este asunto.

A Daig se le escapó un leve gemido, y Yosef notó un tremendo cansancio en su interior. Si la comandante de la jefatura había decidido participar en el caso, los investigadores sabían con toda certeza que aquel asunto les iba a resultar el doble de difícil.

La puerta se abrio como si las palabras de Laimner hubieran sido un hechizo de invocación, y la estatúder Kata Telemach entró en la oficina seguida por un ayudante que casi iba pegado a ella. La aparición de Telemach provocó el mismo efecto que si alguien le hubiera dado una sacudida a todos los presentes, y cada uno de los bailíos y de los cazadores se afanó por simular que estaba muy ocupado y trabajando de forma diligente. Ella no mostró señal alguna de haberse dado cuenta, y en vez de eso se dirigió directamente hacia Yosef y Daig. La estatúder vestía un uniforme de ceremonia bien planchado, y colgada del cuello llevaba una varilla de oro con una sola banda plateada en el centro.

—Señora. Acababa de decirles a los bailíos Sabrat y Segan el interés que mostráis en el caso —le comunicó Laimner.

La comandante parecía distraída. Tenía un rostro anguloso y una mirada penetrante.

—¿Algún avance? —les preguntó.

—Estamos montando una investigación sobre pruebas firmes —respondió Daig, que era tan bueno dando respuestas evasivas como su camarada. Luego tragó saliva—. Sin embargo, existen ciertas circunstancias relativas a la jurisdicción del caso que quizá sean problemáticas en el futuro.

Estaba a punto de seguir cuando captó la mirada que Telemach le lanzó a Laimner: «¿No te habías encargado de eso ya?».

—Eso no será problema alguno, bailío. Acabo de tener una reunión con el gran mariscal de los Adeptus Arbites.

—Vaya, ¿sí? —Yosef tuvo que esforzarse para que no se colara sarcasmo alguno en su voz.

Telemach siguió hablando.

—Los arbites tienen trabajo de sobra en estos momentos. Están inmersos en una serie de operaciones por todo el planeta. No es necesario que este… caso sea una carga más para ellos.

«Operaciones». Era una palabra que parecía ser la preferida para describir las acciones del Adeptus Arbites en Iesta Veracrux. Se trataba de un término de significado abierto, sin matiz alguno, que disfrazaba lo que realmente estaban haciendo: registrar el planeta entero desde las ciudades inferiores hasta los niveles superiores en busca de la más mínima muestra de sedición contra el Imperio y de apoyo a Horus. Se estaban dedicando a aplastar sin piedad alguna cualquier indicio que pudiera dar lugar a una traición.

—No es más que un cuerpo —apuntó Laimner de un modo casi despreocupado.

—Exacto —confirmó la estatúder—. Y para ser sincera, creo que la Centinelia está mejor preparada para este tipo de trabajo policial. Los arbites no han nacido en este planeta, y nosotros sí. Lo conocemos mejor de lo que ellos jamás lo conocerán.

—Así es —asintió Yosef.

Telemach les sonrio con gesto tenso.

—Quiero que esto se resuelva de un modo rápido y definitivo. Creo que al gran mariscal y a sus jefes de Terra les vendría bien algo que les recordara que los ciudadanos de Iesta podemos resolver nuestros propios problemas.

Yosef asintió al oírlo, en parte porque sabía qué era lo que se suponía que debía hacer, y en parte porque Telemach acababa de confirmarle la verdadera razón por la que quería que aquel caso se resolviera con toda rapidez. No era ningún secreto que la estatúder ansiaba el cargo de margrave, el mando supremo de las fuerzas de la Centinelia desplegadas por todo el planeta, y para lograrlo, el titular del cargo en esos momentos, al que algunos rumores también identificaban como su amante, tendría que ascender al único puesto al que podía llegar, el de gobernador imperial del planeta. El único rival serio del margrave para ese puesto era el gran mariscal del Adeptus Arbites. El hecho de mostrar una actitud implacable respecto a un crimen como aquél contaría mucho cuando llegara el momento adecuado de elegir al nuevo ocupante del puesto.

—Estamos investigando todas las pistas de interés —le comunicó Laimner. La estatúder se dio unos cuantos golpecitos en el labio con un dedo.

—Quiero que presten una atención especial a cualquier posible relación con esos fanáticos religiosos que están apareciendo en las Cascadas y en Breghoot.

—La Teogonía —apuntó Laimner, solícito, y luego soltó un leve bufido—. Un grupo muy extraño.

—Con el debido respeto, no son ni siquiera fanáticos, tan sólo… —empezó a decir Daig.

Telemach no le dejó terminar la frase.

—El odio se extiende por todas partes allá donde logra enraizarse, bailío. El Emperador no nos trajo la Gran Cruzada en vano. No permitiré que la superstición arraigue en esta ciudad ni en ninguna otra bajo mi supervisión. ¿Está claro? —Miró fijamente a Yosef—. La Teogonía es un culto subversivo, prohibido por las leyes imperiales. Caballeros, quiero que encuentren la relación que tiene con este crimen.

«Tanto si existe como si no», pensó Yosef.

—Entonces, ¿han captado bien qué es lo que quiero? —insistió ella.

Yosef asintió de nuevo.

—Por supuesto, señora. Haremos todo lo posible.

Telemach soltó un bufido.

—Será mejor que haga algo más que eso, Sabrat.

Luego dio media vuelta y Laimner se apresuró a seguirla no sin antes lanzarles una leve sonrisa al pasar al lado de ambos.

—Es sólo un cuerpo —repitió Yosef, imitando con tono agudo la voz del alto bailío mientras miraban cómo se alejaban—. Lo que quiere decir es que éste y los demás asesinatos sólo los han sufrido ciudadanos que no eran importantes, así que a nadie le preocupa.

Exhaló profundamente.

La expresión del rostro de Daig se había vuelto más pesimista de lo habitual.

—¿De dónde se ha sacado toda esa estupidez sobre la Teogonía? —murmuró—. ¿Qué tendrán que ver con esos asesinatos? Lo único que Telemach sabe de esa gente lo ha sacado de los rumores que corren por ahí, que no son más que basura inventada a partir de las habladurías y de la intolerancia.

Yosef alzó una ceja.

—Pero sabes más que ella sobre eso, ¿no?

Daig se encogió de hombros.

—Por supuesto que no —respondió tras un momento de pausa.

Yosef volvió a la sala de estar después de poner a dormir a Ivak y se sentó al lado del radiador. Sonrio al ver que su esposa ya le había servido una copa de su vino preferido, y tomó un sorbo mientras ella ponía en marcha el autolavado en el cuarto de atrás.

Yosef se quedó mirando fijamente el movimiento espeso de la bebida y dejó que su mente divagara. En los remolinos del fluido vio extraños

océanos, inmensos y desconocidos. Por alguna extraña razón, ver aquello lo relajó, y esas perturbaciones le tranquilizaron el ánimo.

Cuando Renia tosió, Yosef alzó la vista sobresaltado y se le derramó un poco de líquido por el borde de la copa. Su mujer había entrado en la sala, pero se encontraba tan ensimismado en sus pensamientos que ni siquiera se había dado cuenta de ello. Ella lo miró con expresión preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí.

Renia no le creyó. Quince años de amor por una persona le proporcionaban la capacidad intuitiva para darse cuenta de que ocurría algo. Y precisamente por eso, no insistió. Su esposa sabía en qué consistía su trabajo, y sabía que él hacía todo lo posible por dejarlo en la jefatura cuando volvía a casa. Comprensiva, le hizo una sola pregunta:

—¿Necesitas hablar?

Tomó un sorbo de vino antes de contestar sin mirarla.

—Todavía no.

Renia cambió de tema, aunque no lo suficiente como para que Yosef se sintiera tranquilo.

—Hoy ha ocurrido algo en la schola de Ivak. Han sacado a un chico de la clase.

—¿Por qué?

—Ivak ha dicho que fue por un juego que habían organizado los chicos mayores. Lo llamaban «El señor de la guerra y el Emperador». —Yosef dejó a un lado la copa de vino mientras Renia hablaba. Ya sabía lo que iba a contarle—. Ese chico hizo de señor de la guerra. Los profesores de Ivak lo oyeron e informaron sobre ello.

—¿A los arbites?

Renia asintió.

—La gente ha empezado a hablar. O ha dejado de hacerlo del todo.

Yosef apretó los labios.

—Todo el mundo se siente inseguro —dijo al cabo de unos momentos —. Todo el mundo tiene miedo de lo que se encuentra más allá del horizonte… Pero este tipo de situaciones… Es una estupidez.

—He oído rumores. Cosas que cuenta la gente que conoce a gente de otros planetas, de otros sistemas.

Él había oído los mismos rumores, susurrados en las esquinas de la jefatura por individuos que no eran capaces de mantener bajo su tono de voz. Había rumores en uno y otro sentido. Llegaban noticias de hechos terribles, de acontecimientos horribles, y a veces los mismos acontecimientos se atribuían tanto a aquellos que servían al señor de la guerra como a aquellos que seguían fieles al Emperador.

—La gente que solía hablar con libertad ya apenas me dirige la palabra —añadió Renia.

—¿Porque soy tu marido? —Frunció el entrecejo cuando ella asintió—. ¡No soy un arbites!

—Creo que los hombres del gran mariscal están empeorando la situación. Antes se podía hablar de cualquier cosa, no había ninguna cuestión que no se pudiera discutir de forma abierta y sin cortapisas. Pero ahora…, después de la insurrección…

Su voz se fue apagando hasta que se calló del todo.

Renia necesitaba algo de él, alguna clase de respuesta tranquilizadora que apaciguara sus preocupaciones, pero Yosef descubrio que no tenía ninguna. Abrio la boca para decir algo, sin estar seguro de qué sería, pero en ese momento, procedente del exterior llegó el sonido de un cristal al romperse contra unos ladrillos.

Se puso de pie inmediatamente y de una zancada se plantó al lado de la ventana para mirar a través de los paneles. Oyó unas voces enfurecidas. Allá abajo, donde la calle pasaba zigzagueante por delante de la escalera de entrada a la casa, había un grupo de cuatro jóvenes que rodeaban a un quinto y blandían botellas como si fueran garrotes. Mientras observaba, el joven apaleado trastabilló hacia atrás sobre los cristales rotos y cayó sentado.

Renia ya estaba abriendo la vitrina de madera donde se encontraba la terminal de alarma. Lo miró con expresión interrogante, y él asintió.

—Llama.

Yosef agarró el abrigo largo del colgador de la pared del recibidor.

—¡Ten cuidado! —le gritó ella mientras se marchaba.

Yosef oyó el sonido de unos pasos en la escalera que tenía a su espalda. Se volvió con una mano en el pomo de la puerta y vio la silueta de Ivak en la penumbra.

—¿Papá?

—Vuelve a la cama —le dijo al chico—. Volveré dentro de un momento.

Se colgó del cuello la insignia de su cargo y salió a la calle. Para cuando llegó a la pelea, el grupo ya había empezado a propinarle puñetazos al joven que estaba en el suelo. Oyó varios gritos y, una vez más, el nombre, aullado como si fuera una maldición sangrienta: Horus.

El quinto joven estaba sangrando e intentaba protegerse la cabeza con los brazos. Yosef vio que uno de los atacantes situados a su derecha le propinaba un puñetazo con todas sus fuerzas y tumbaba de espaldas al chaval.

El bailío hizo un movimiento brusco con la muñeca y el mango de la porra que llevaba en la funda de la manga le cayó en la mano. El arma de metal se extendió con un siseo amenazante hasta cuadruplicar su longitud original. Sintió que lo invadía la rabia.

—¡Centinelia! —gritó al mismo tiempo que lanzaba un golpe de barrido contra la rodilla del atacante que tenía más cerca.

La porra impactó de lleno y el joven se desplomó de inmediato. Los demás reaccionaron y retrocedieron. Uno de ellos tenía en la mano medio ladrillo, y lo sopesó como si estuviera pensando en lanzarlo. Yosef observó sus rostros, y aunque todos llevaban cubierta la nariz y la boca con unos pañuelos, los reconoció de inmediato. Eran operarios de vía, individuos jóvenes que trabajaban en las terminales de carga. De día hacían su trabajo en los monorraíles de transporte que enlazaban los espaciopuertos con los viñedos, y por la noche se metían en problemas y cometían delitos de poca importancia. Sin embargo, aquéllos se encontraban en la zona residencial, fuera de su lugar de actuación habitual. Al parecer, había sido su víctima lo que los había llevado hasta allí.

—¡Espóselo! —gritó uno de ellos, señalando con el dedo al joven herido—. ¡Es un traidor! ¡Eso es lo que es! ¡Un cabrón traidor!

—No… No lo soy… —logró articular el joven.

—¡Los de la Centinelia no se libran! —gruñó el joven que tenía medio ladrillo en la mano—. ¡Están todos metidos en lo mismo!

Le arrojó el ladrillo con un gruñido. Yosef logró desviarlo con la mano, pero a pesar de ello sufrio un golpe de refilón en la sien que lo hizo tambalearse. Los jóvenes aprovecharon el momento y echaron a correr para perderse detrás de la esquina de la calle.

Yosef se sintió poseído durante una fracción de segundo por una furia tan violenta que lo único que deseó en ese momento fue echar a correr en pos de los matones y dejarlos tirados y ensangrentados sobre los adoquines, pero logró contener el impulso y en vez de eso se inclinó sobre el joven para ayudarlo a ponerse en pie. La mano del chaval estaba húmeda por la sangre que salía del corte que se había hecho al caer sobre los cristales rotos.

—¿Estás bien? —le preguntó el bailío.

El joven dio un paso hacia atrás tambaleándose para alejarse de él.

—No… no me haga daño.

—No te haré ningún daño. Soy un agente de la ley.

Todavía le zumbaba el interior del cráneo por el golpe de refilón del ladrillo, pero estaba lo suficientemente atento para ver que el joven llevaba un bolsillo lleno de panfletos rojos. Le agarró la mano y sacó una de aquellas hojas impresas. Era un panfleto de la Teogonía, una página llena de un texto denso, de un lenguaje rebuscado y términos que no significaban nada para él.

—¿De dónde has sacado esto? —quiso saber.

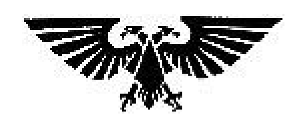
Yosef vio bajo la luz de las farolas cómo el rostro del joven se volvía completamente pálido. El miedo que apareció en su rostro fue superior al que había mostrado cuando aquellos matones lo atacaron con piedras y botellas.

—¡Déjame en paz! —le gritó, y empujó al bailío con las dos manos.

Yosef perdió el equilibrio, en parte debido al dolor de cabeza que sufría, y trastabilló antes de caer. Meneó la cabeza para intentar quitarse el dolor de cabeza y vio que el joven huía corriendo hasta que desapareció en mitad de la noche. Soltó una maldición mientras intentaba ponerse en pie.

La mano del bailío se posó sobre algo que había en el suelo, algo con un borde curvo y afilado. Al principio pensó que se trataba de un trozo de vidrio, pero la luz se reflejaba de un modo distinto en su superficie. Yosef se fijó con más atención en el objeto y vio lo que era realmente. Soltado en mitad de la pelea, caído del bolsillo de… «¿Cuál de ellos?», se preguntó.

Era un cuchillo de cosecha, desgastado por el uso y el paso del tiempo.



TRES
LO QUE DEBE HACERSE
LA LANZA
INTERVENCIÓN

Valdor entró en la sala de entrenamientos desnudo hasta la cintura y con la lanza guardiana echada al hombro. Sentía la frescura del metal de la alabarda llena de elementos decorativos contra la piel desnuda. Sin embargo, lo que le esperaba en la estancia no eran los seis robots de combate que había programado para el entrenamiento de esa mañana. Tan sólo había una figura vestida con una túnica de faena. Se trataba de un individuo alto y de espaldas anchas, lo bastante grande como para sacarle una cabeza al jefe custodio, incluso sin la armadura de combate.

La figura se dio la vuelta y dio la espalda de un modo casi despreocupado a una estantería llena de armas parecidas a la que empuñaba Valdor. Pasó un dedo por el borde de la hoja afilada que estaba acoplada debajo del mecanismo del bólter pesado instalado en la punta del mástil de acero, y lo estudió del mismo modo que un mercader avispado evaluaría un rollo de seda fina antes de comprarlo.

El custodio dudó unos instantes sobre el protocolo que debería seguir. Por norma, la sala de entrenamiento pertenecía a la Legio Custodes, por lo que podía considerarse parte de su territorio. Que alguien que no era un custodio apareciera allí sin aviso previo era… una falta de cortesía. Sin embargo, la naturaleza del visitante, ya que Valdor se resistía a considerarlo un intruso, hizo que se tuviese que plantear esa cuestión. Finalmente, decidió detenerse en el borde del cuadrilátero de combate y realizar una leve reverencia. Prefirio quizá excederse en la muestra de respeto que quedarse corto.

—Mi señor.

—Un arma interesante —le respondió su interlocutor con voz resonante y medida—. Parece estar demasiado decorada, con un aspecto incluso algo arcaico. Cualquiera que juzgara con precipitación podría llegar a pensar que no es eficaz.

—Todas las armas tienen la capacidad de ser efectivas si las empuña la mano adecuada.

—La mano adecuada. —La figura centró por fin toda su atención en Valdor.

Bajo la luz fría y dura que atravesaba las ventanas, el rostro de Rogal Dorn, primarca de los Puños Imperiales, parecía tallado en granito puro.

Valdor sintió por un brevísimo instante la tentación de ofrecerle al primarca la oportunidad de utilizar la alabarda bólter de los custodios, pero el sentido de la prudencia le indicó que lo mejor era callarse. Nadie desafiaba al señor de toda una legión de astartes a un combate de entrenamiento, sin importar lo informal que fuera la ocasión. No al menos que se estuviera dispuesto a continuar con ese desafío hasta donde quiera que lo llevara.

—¿Por qué estoy aquí? —dijo Dorn, haciendo la pregunta que Valdor no se atrevía a hacer—. ¿Por qué estoy aquí en vez de estar ocupándome de mi deber en las murallas del palacio?

—¿Deseáis hablar conmigo?

Dorn no hizo gesto alguno, como si no hubiera oído la pregunta de Valdor. El primarca alzó la mirada hacia el techo decorado que se extendía

sobre ellos, que estaba cubierto por un fresco que representaba una escuadrilla de motocicletas a reacción, pilotadas por custodios, que sobrevolaba la Ciudad de los Suplicantes.

—He asolado este lugar, Valdor. He convertido este palacio en una fortaleza en nombre de la seguridad. He reemplazado las obras de arte por baterías de cañones, los jardines por zonas de disparo, la belleza por la letalidad. ¿Comprendes el motivo?

Algo en el tono de voz de Dorn hizo que el custodio empuñara con más fuerza su arma.

—Debido a la guerra. Para proteger a vuestro padre.

—No me siento orgulloso de esta desolación, pero es lo que debe hacerse, ya que cuando Horus llegue a Terra, que lo hará, debemos enfrentarnos a él con todas nuestras fuerzas. —Dio un paso hacia el custodio—. Con toda nuestra fuerza. Nada inferior a eso será suficiente.

Valdor se mantuvo callado y Dorn lo miró fijamente, con una expresión que reflejaba exigencia. A lo largo de ese momento de silencio, ambos se midieron el uno al otro, del mismo modo que estudiarían la disposición de un campo de batalla antes de entrar en combate.

El primarca fue el primero en romper el silencio cada vez más largo.

—Este palacio y yo… nos conocemos ya muy bien, y no se me escapa lo que ocurre en sus estancias, tanto las visibles como las invisibles. —Frunció sus grandes cejas en un gesto que dio a entender que había tomado una decisión—. Tú y yo vamos a hablar claro.

—Como deseéis —le respondió el custodio.

Dorn siguió mirándolo fijamente.

—Sé que los clados de asesinos y sus verdugos en la sombra están organizando una operación a gran escala. Lo sé —insistió—. Sé que estás involucrado en esa operación.

—No formo parte del Oficio Asesinorum. No conozco sus planes.

Aquello era como mucho una verdad a medias, y Dorn lo sabía.

—Siempre te he considerado un hombre de honor, capitán general —le respondió el primarca—. Sin embargo, tal y como he aprendido a un coste

muy elevado, a veces es necesario revisar la opinión que se tiene sobre el carácter de otra persona.

—Si lo que decís es cierto, comprenderéis que se trata de un asunto que debe tratarse con el mayor secretismo posible.

Un brillo peligroso destelló en los ojos de Dorn.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que si nadie me ha informado de algo así, es porque no debo saber nada al respecto? —Dio otro paso hacia Valdor, quien siguió inmóvil. La expresión pétrea e inalterable del primarca era en realidad más inquietante que cualquier clase de gesto de rabia—. Me parece discutible el motivo que impulsa algo tan clandestino. Soy un adeptus astartes, un guerrero de nacimiento. No apoyo las tácticas propias de los cobardes.

Valdor bajó el extremo de la lanza hasta dejarlo apoyado en el suelo.

—Lo que unos consideran una cobardía, otros lo consideran un método expeditivo.

La expresión del rostro de Dorn cambió un instante cuando hizo una mueca con la boca.

—Ya me he cruzado con los agentes del Oficio Asesinorum en el campo de batalla. Ninguno de esos encuentros ha terminado bien. Sus puntos de vista suelen ser demasiado… estrechos de miras. Son herramientas más adecuadas para las intrigas de la corte y los juegos imperiales que para la guerra. —Dorn cruzó los brazos sobre el pecho—. Habla, custodio.

Valdor se envaró.

—No… puedo decir nada al respecto.

Durante unos instantes, la tensión que apareció en el rostro del primarca reverberó por toda la estancia, y los nudillos de Valdor se pusieron blancos cuando apretó con fuerza el astil de la lanza guardiana. Luego, Dorn le dio la espalda.

—Es una desgracia.

El custodio se irritó por el tono despreciativo del señor de los Puños Imperiales.

—Todos queremos lo mismo. Mantener a salvo al Emperador —le dijo al primarca.

—No —le replicó Dorn al mismo tiempo que alzaba la mirada hacia los ventanales y soltaba un suspiro—. Tu tarea principal es proteger la vida del Emperador de la Humanidad por encima de cualquier otra consideración. La mía y la de mis hermanos es proteger al Imperio.

—Es lo mismo —insistió Valdor.

Sin embargo, captó en su voz una incertidumbre que no se esperaba.

—No lo es —contestó el primarca mientras se marchaba—. Estrechez de miras, custodio. —Dorn se detuvo en el umbral y le habló una última vez sin mirar atrás—. No hemos acabado con esta conversación, Valdor.

A Cirsun Latigue le gustaba imaginarse que el aerodirigible era de su propiedad. Cuando partía de la capital de Iesta por la noche e iniciaba el tranquilo viaje de regreso a su casa en las Cascadas, le gustaba situarse al lado de la ventana de la pequeña góndola que colgaba bajo el globo en forma de puro, y desde allí contemplaba cómo pasaban las torres de habitáculos. Se imaginaba también cómo los obreros de las industrias de servicios y los operarios de los viñedos lo veían pasar lentamente con rostros de envidia ante la presencia de alguien tan importante. La góndola tenía el mismo tamaño que un vagón de monorraíl, pero estaba decorada con lujo y equipada con grandes sillones y autómatas situados en los huecos adecuados, desde donde ofrecían bebidas y otros servicios. Casi siempre se utilizaba para atender a los clientes más importantes o para los viajes de urgencia de los directivos de mayor rango, pero la mayor parte del tiempo la nave estaba posada en tierra sin prestar servicio alguno.

El aerodirigible no era suyo, por mucho que así lo desease. Pertenecía, como le decía a menudo su mujer para recordárselo, al Consorcio Comercial Eurotas, y aunque una de las ventajas de su cargo en la compañía era que podía utilizar la aeronave de forma habitual, en su fuero interno sabía que jamás ascendería lo suficiente como para poseer de verdad algo de semejante valía.

Era algo en lo que no le gustaba pensar, lo mismo que en su mujer, y eso ocurría bastante a menudo. A pesar de un salario considerable como revisor de datos de rango superior, de su maravillosa casa en uno de los distritos más elegantes de la zona residencial, de la schola privada para los niños… a pesar de todo ello, su esposa no apreciaba la vida que llevaba. La pasión que Latigue sentía por la aeronave de la compañía era su reacción contra eso. Cuando se encontraba a bordo, se sentía libre, aunque fuera por un corto periodo de tiempo. Además, gracias a la correcta aplicación de unos cuantos sobornos y favores en forma de algunos impresos de órdenes de carga con la dirección deliberadamente errónea, uno de los tecnólogos del Consorcio le había enseñado lo sencillo que era ajustar el cerebro mecánico de la nave, dócil y simple, para que la dirigiera hacia lugares que luego no aparecían en su diario de a bordo. Entre esos lugares se encontraba el distrito de la Medialuna Blanca, donde la gente siempre era solícita y complaciente, y para alguien tan acaudalado como Latigue, un gasto más que asequible.

Sonrio al pensar en ello mientras oía el suave zumbido rítmico de la hélice de la nave, que en ese momento sobrevolaba Spindle Canyon, y pensó en ordenar un cambio de rumbo. Su esposa se encontraba en una de aquellas partidas interminables que se celebraban en uno de sus ridículos clubes sociales, así que no tendría que aguantar una serie de gruñidos evaluadores de la tardanza ni miradas con ojos entrecerrados cuando llegara a casa. Se preguntó qué le impedía seguir viajando un poco más. ¿Por qué no volar hasta la Medialuna Blanca? El atrevimiento de la idea le hizo sonreír, y empezó a darle vueltas a esa posibilidad. Latigue se inclinó hacia adelante y se pasó la lengua por los labios mientras acercaba una mano al panel de control.

Fue en ese momento cuando se fijó por primera vez en el objeto. Se encontraba en el asiento que estaba al otro lado. Era una bola pequeña de forma peculiar, muy semejante a una vaina de semillas. Acercó con cautela una mano y le dio un golpecito con el dedo… y palideció. El objeto estaba tibio al tacto y parecía estar hecho de carne.

Latigue sintió que la bilis le subía a la garganta y notó el sabor ácido de la carne a medio digerir que había tomado al mediodía. Sin embargo, no pudo evitar alargar el brazo una vez más, pero esta vez tomó el objeto en la mano.

Vio bajo la luz que atravesaba las ventanas de la góndola que la bola estaba cubierta de líneas y que tenía una textura muy extraña. La hizo rodar en la palma de la mano de un lado a otro, y se la acercó a la cara para verla mejor.

Soltó un grito cuando se abrio. Una ranura apareció a lo largo de la esfera y dejó a la vista un ojo de aspecto horriblemente humano que había permanecido oculto por aquella cobertura carnosa. Giró sin que Latigue lo moviera, y éste se dio cuenta de que lo estaba mirando directamente, y con algo que parecía una expresión de reconocimiento.

Se sintió invadido de repente por una tremenda sensación de repugnancia y lanzó lejos de sí la esfera, que desapareció debajo de un sillón. Confuso y asqueado, de repente lo único que quiso fue posar la nave en tierra. El ambiente del interior de la góndola se había vuelto asfixiante y caluroso, y Latigue sintió como el sudor le empapaba el cuello alto de la chaqueta de brocado.

Todavía estaba intentando aceptar lo que le acababa de ocurrir cuando una de las paredes de la cabina comenzó a moverse. El tapizado de terciopelo, tanto el estampado de color rojo clarete y el bordado de color dorado, fluyeron y se ondularon como el aceite en la superficie del agua. Algo estaba surgiendo de la pared de la cabina, y su silueta se volvió más firme y clara a cada momento que pasaba.

Latigue vio cómo surgían una cabeza y un torso, y también unas manos rematadas por unos dedos muy largos. En los puntos de contacto con la pared desde donde surgía aquella criatura se producía un curioso efecto semejante a la ebullición, y la luz se reflejó en algo parecido a la piel de un lagarto.

De la mente de Latigue escapó toda capacidad de raciocinio. En vez de intentar huir, se acurrucó en el hueco formado por un asiento y la esquina más alejada de la cabina, con la espalda pegada a la ventana. La cabeza de

la criatura se volvió hacia él, atraída por el movimiento. El camuflaje epidérmico de las paredes de terciopelo se transformó en un color carmesí oscuro, semejante al del cuero teñido o incluso a la de un cuerpo despellejado. La figura se separó por fin del todo de la pared apoyándose en unas piernas largas y delgadas. Su cráneo coloreado estaba rematado en la parte frontal por un morro con una mandíbula inferior peculiar, en forma de arado. Los dientes de plata estaban inclinados hacia atrás formando varias hileras largas. Las cuencas oculares no albergaban ojos, tan sólo eran unos pozos oscuros.

Latigue tosió con repugnancia cuando el olor mezcla de sangre y de sulfuro procedente de la criatura lo envolvió por completo. Luego vomitó de forma explosiva y se echó a llorar como un niño.

—¿Qué es lo que quieres? —gimió suplicante cuando de repente fue capaz de hablar de nuevo—. ¿Quién eres?

La respuesta fue lejana y ronca, con un tono de voz extraño, como si la hubieran sacado de una gran profundidad.

—Soy… Lanza —dijo, aunque sonó más como una pregunta que como una contestación.

La criatura dio un primer paso hacia él. En una mano llevaba un arma de filo curvo.

El transporte cruzó rugiente las corrientes térmicas que ascendían desde la superficie de la llanura atalántica. En el interior del compartimento de carga de la aeronave, el costillar al descubierto del fuselaje crujía al doblarse ante el tremendo empuje de las cápsulas impulsoras. Bajo la panza del transporte corría la superficie borrosa de un desierto sin rasgos distintivos específicos, y unos torrentes de arena rojiza transportada por el viento se alzaban desde el suelo polvoriento para intentar atraparlo. En un pasado muy lejano, miles de años atrás, aquella región se encontraba en las profundidades de un océano inmenso, uno de los muchos que cubrían la superficie de Terra. Lo único que quedaba ya de aquello eran unos cuantos mares interiores que apenas merecían ese calificativo. Eran poco más que

unos lagos de barro de un tamaño cada vez menor que estaban rodeados de ciudades formadas por caravanas. La mayor parte de las inmensas llanuras habían sido invadidas por las enormes masas de los complejos urbanos del mundo del Trono, pero todavía quedaban grandes zonas de las que nadie era propietario y en las que no se respetaba ley alguna. Aquellas regiones estaban cubiertas de colinas agrestes esculpidas por mares ya olvidados, y sus desfiladeros estaban abarrotados de restos de los naufragios de naves antiguas. Apenas quedaban ya escasos y valiosos lugares en Terra que se pudieran considerar naturaleza salvaje, pero aquél era uno de ellos.

La piloto de la aeronave poseía una gran pericia. Se encontraba aislada en la cápsula de mando situada en la proa, donde estaba conectada a un sillón de vuelo que traducía cada uno de sus impulsos neurales en minúsculos movimientos de los alerones de la nave o en leves aceleraciones de los motores. El rumbo de la nave era directo y veloz. Cruzaba aquella zona árida en dirección al lejano agrupamiento urbano que coronaba las cimas de la cordillera Ayzor. Seguía una ruta muy conocida por muchos de los pilotos más atrevidos. Aquellos que preferían rutas más seguras volaban a mucha mayor altitud, en los pasillos aéreos autorizados y controlados por los agentes del Ministorum y del Adeptus Terra. Sin embargo, eso tenía un coste muy elevado tanto en tiempo como en combustible, y para los pilotos independientes, que trabajaban con unos márgenes de beneficio muy ajustados, a veces la decisión más arriesgada era la mejor decisión. Los peligros de una ruta como aquélla eran las tormentas de óxido y los temporales, pero también había algunos de origen humano. El enorme erg atalántico también albergaba bandas de forajidos y clanes salvajes de buscadores de chatarra.

A primera vista, el cargamento que transportaba la aeronave no tenía nada de especial. Sin embargo, cualquiera que se fijara con más atención se daría cuenta enseguida de que aquello era un simple peso muerto, algo con lo que justificar el curioso plan de vuelo del transporte. La verdadera carga de importancia a bordo de la nave eran los dos pasajeros, y eran tan diferentes entre sí que resultaba difícil de creer que los hubiera enviado la misma agencia.

Constantin Valdor estaba sentado con las piernas cruzadas en el hueco existente entre dos contenedores cúbicos de agua purificada, sobre el suelo del compartimento de carga. Su masa corporal estaba disimulada en parte gracias a la indefinición que formaba sobre su cuerpo una capa de arena, que ocultaba por completo una armadura ablativa articulada. No tenía nada que ver en absoluto con el equipo de combate majestuoso y sofisticado que solía llevar. La armadura carecía de complejidad alguna, y estaba cubierta de marcas y melladuras debidas a un largo uso. El artefacto que cubría el cuerpo de Valdor se esforzaba por mantener su propia forma, casi como si estuviera intentando contener el cuerpo fornido del custodio. Al lado tenía un rifle láser largo cubierto de runas tribales de los tecnómadas y una mochila de exploración en la que llevaba suministros y equipo de supervivencia, aunque lo primero tan sólo era para mantener las apariencias. Gracias a su fisiología y a su metabolismo modificados, Valdor podría sobrevivir durante semanas en aquellas planicies desiertas simplemente con la humedad del rocío que absorbiera de la propia tierra o del escaso alimento que le proporcionaran los insectos que encontrara. Sin embargo, el rifle le vendría bien sin duda. Todo el disfraz de Valdor estaba pensado para crear una falsa imagen, no lo bastante elaborada como para pasar un escrutinio profundo pero lo suficiente como para permitirle no levantar sospechas de inmediato. El custodio ya lo había hecho con anterioridad en muchas ocasiones, tanto en los juegos de sangre como en misiones de otra clase e importancia. Pensó que aquello no era muy distinto.

Al otro lado del compartimento de carga, sentado incómodamente sobre una silla plegable de tela que retemblaba cada vez que la aeronave cruzaba una turbulencia, el compañero de viaje de Valdor estaba inclinado sobre su brazo derecho. El individuo, de menor envergadura, llevaba puesta una capa de arena semejante a la del custodio, y estaba concentrado en un panel de texto hololítico que salía proyectado de un guantelete cibernético que llevaba sujeto a la altura de la muñeca. Con la otra mano manipulaba las formas de la matriz hologramática. Se llamaba Fon Tariel. La luz emitida por el texto le proporcionaba algo de color a su piel pálida

y olivácea y a sus ojos redondos y oscuros. Una cola trenzada le servía para ocultar las rejillas de bronce que tenía situadas en la parte posterior del cráneo, donde las conexiones de interfaz relucían al lado de los implantes de memoria y de datafilia. A diferencia de los miembros de las cohortes del Mechanicum, que se entregaban voluntariamente y por completo a la unión de la carne y la máquina, los implantes de Tariel eran discretos y sencillos.

Valdor lo observó con atención a través de las rendijas de los párpados, aunque con cuidado para no ser descubierto. El Sigilita le había presentado a Tariel de un modo que le había dejado muy claro que no aceptaría que objetara en absoluto su elección. Aquel pequeño individuo era la contribución del magíster vanus a la fuerza de ejecución. Era uno de los reclutas más recientes del clado, con el cráneo repleto de datos y rebosante de ganas de servir. A los que eran como Tariel se los llamaba infocitos. Eran básicamente máquinas de computación humanas, pero se encontraban en el extremo opuesto respecto a los autómatas servidores carentes de toda voluntad. En cuestiones de estrategia y de táctica, la capacidad de resolución de un infocito no tenía rival. Eran los agentes como él quienes conformaban la existencia del Clado Vanus como la facción recabadora de inteligencia dentro del Oficio Asesinorum. Se decía que ninguno de ellos había cometido un solo error de juicio. Valdor consideraba que aquello no era más que otro elemento de desinformación. Sin embargo, la creación y la difusión de propaganda también era uno de los puntos fuertes del Clado Vanus.

El custodio captó con el rabillo del ojo el movimiento de un pictógrafo de vigilancia que estaba acoplado en el techo del compartimento de carga. Ya se había fijado con anterioridad que se detenía en él más de lo que debería, pero en esos momentos el aparato se había quedado apuntando directamente sin moverse hacia donde él se encontraba. Valdor vio sin necesidad de mover la cabeza que Tariel se había dado la vuelta de un modo que tapaba la holopantalla con su propio cuerpo.

El custodio frunció los labios y se puso en pie de un solo impulso para luego cruzar como una exhalación la corta distancia que los separaba.

Tariel reaccionó movido por el pánico, pero Valdor se le echó encima y lo agarró del brazo. La imagen hhololítica mostraba lo que veía en ese momento el pictógrafo, que estaba centrado en el custodio. El cuerpo de Valdor estaba rodeado de flujos de datos que informaban de los patrones biológicos y los movimientos del cuerpo. Tariel había conseguido invadir los sistemas de seguridad internos de la aeronave para satisfacer su propia curiosidad.

—No me espíes —le advirtió al infocito—. Valoro mucho mi privacidad.

—No me podéis culpar —barbotó Tariel—. Me preguntaba quién erais.

Valdor pensó en ello un momento sin soltarlo. Ambos habían subido al transporte en silencio, sin intercambiar una sola palabra hasta ese mismo momento. No se sintió sorprendido de que la prudencia de Tariel se hubiera visto vencida por su ansia de conocimiento. Los infocitos tenían la misma relación con la información en estado bruto que un adicto con su droga. Se sentían poseídos ante la posibilidad de conseguir datos nuevos, y harían cualquier cosa con tal de obtenerlos y estudiarlos. Valdor no era capaz de imaginarse cómo habían logrado compensar esa necesidad con la obsesión del Asesinorum por un secretismo casi absoluto. Quizá eso explicaba el carácter tan peculiar del Clado Vanus y de sus agentes.

—De acuerdo. ¿Quién soy? —le preguntó—. Si ahora te he pillado vigilándome con ese pictógrafo, seguro que has estado haciendo eso, y más, desde que salimos de la Ciudad Imperial.

—Soltadme la mano, por favor. Me estáis haciendo daño.

—No te hecho nada todavía —le replicó Valdor, pero lo soltó.

El infocito asintió tras un momento.

—Sois Constantin Valdor, capitán general de la Guardia Custodia, con un margen de error inferior al catorce por ciento. Lo he deducido a partir de los datos físicos y de los archivos existentes, junto a muestras extraídas de diferentes flujos de información.

Tariel se lo mostró todo. Había obtenido datos de fuentes tan diversas como las asignaciones de los itinerarios de tráfico, las listas de suministros alimenticios adquiridos por los almacenes del Palacio

Imperial, las rutas que seguían los autómatas de limpieza, los archivos de renovación procedentes de las forjas donde se reparaban los robots que Valdor había destrozado esa misma mañana… Al guerrero no le pareció más que una larga franja de estática, pero el infocito manejó todo ello sin esfuerzo aparente.

—Es… impresionante —admitió Valdor—. Aunque no da la impresión de tratarse de la obra de un asesino.

En el rostro de Tariel apareció una expresión tensa al oír aquello.

—El Clado Vanus ha eliminado a muchos de los enemigos del Imperio. Cumplimos con nuestra parte de la tarea, lo mismo que vos, capitán general.

Valdor se inclinó un poco sobre Tariel.

—¿Y a cuántos de los enemigos de Terra has matado tú en persona, Fon Tariel?

El infocito se quedó callado un momento, y parpadeó.

—¿Del modo que vos consideráis una eliminación? A ninguno. Sin embargo, he sido clave en la anulación absoluta de cierto número de objetivos.

—¿Por ejemplo?

Durante un momento pensó que el infocito se negaría a contestar, pero luego Tariel comenzó a hablar con rapidez y concisión, como si estuviera leyendo una descarga de datos.

—Os daré un ejemplo: el elector Corliss Braganza de la colonia Tritón B.

—Me suena el nombre. Un delincuente y un criminal.

—En efecto. Descubrí a través de unos programas que hallamos durante un arrastre de información rutinario que el elector estaba malversando fondos imperiales como parte de un plan para financiar una trama contra varios miembros de rango superior del Ministorum. Lo que intentaba era construir una base de poder mediante la cual pretendía influir en la política colonial del Imperio. Inserté mediante una serie de programas fantasma cierto material de naturaleza explosiva en los cúmulos de datos personales de Braganza. El descubrimiento de esos

informes falsos hizo que muriera a manos de sus camaradas conspiradores, quienes al matarlo revelaron sus propias identidades.

Valdor recordó lo ocurrido con Braganza. Se había visto implicado en la muerte brutal de una joven de origen noble, y después de que aparecieran pruebas irrefutables que lo condenaban a pesar de todas sus protestas de inocencia, el mismo electorado de Tritón que lo había votado para el cargo se volvió en su contra. Al parecer, Braganza había muerto de forma accidental durante su traslado a un asteroide penitenciario.

—Filtraste los detalles del traslado de prisión.

Tariel asintió.

—El asesinato que menos pruebas deja es aquel que otro realiza por ti sin darse cuenta de tu incitación al acto.

El custodio se lo reconoció con un gesto de asentimiento.

—No le encuentro fallo alguno a tu lógica —le dijo al mismo tiempo que daba un paso atrás para proporcionarle cierto espacio propio al infocito y que se relajara—. Si dispones de tantos datos a mano, quizá puedas decirme algo sobre el individuo al que hemos venido a buscar.

—Eristede Kell —contestó Tariel de inmediato—. Del clado Vindicare. Actualmente se encuentra en un despliegue de larga duración con el objetivo de erradicar los grupos criminales exourbanos de la zona delimitada atalántica. Se encuentra entre los agentes con mayor porcentaje de éxito de todos los operativos especiales desplegados sobre el terreno. Cincuenta y dos objetivos eliminados y confirmados, entre ellos el tirano de Daas, la reina Mortog Haeven, el general eldar Sellians nil Kaheen, el hermano capitán…

Valdor alzó una mano para interrumpirlo.

—No necesito conocer su ficha. Necesito conocerlo a él.

Tariel pensó durante unos momentos, pero antes de que tuviera tiempo de contestar, un destello llameante visible a través de una de las portillas de observación llamó la atención de Valdor. El custodio se volvió hacia ese punto con todos los sentidos de alerta disparados.

Lo que vio en el exterior era una franja de vapor blanco rematada por un proyectil de color rojo intenso. La estela trazó un recorrido en espiral a

medida que centraba su puntería en la nave. Las sirenas de alarma por fin sonaron, aunque tarde, para advertir del peligro. Apenas había captado el destello de luz y de llamas cuando el transporte se vio sacudido por un tremendo impacto resonante y viró hacia estribor en un giro muy cerrado. El compartimento de carga comenzó a llenarse de humo, y Valdor oyó el chirrido del metal al desgarrarse.

Ninguno de los dos llevaba puesta sujeción alguna, por lo que rodaron dando tumbos por el suelo del compartimento cuando la aeronave se vio arrastrada por un torbellino de polvo de óxido.

Cada vez que Yosef visitaba el valetudinario se sentía algo inquieto, como si la cercanía respecto a un lugar de curación fuera capaz de hacerlo enfermar de forma espontánea. Era consciente de que a otras personas, aquellas que no trabajaban en las fuerzas del orden, les ocurría algo parecido cuando se encontraban cerca de agentes de la ley: se sentían culpables de forma súbita aunque no hubieran cometido ninguna clase de delito. La sensación era bastante fuerte, lo suficiente como para que si Yosef sufría en alguna ocasión un dolor o una afección que hubiera sido mejor que revisara un médico, la repugnancia que le provocaba esa idea era tan intensa que prefería aguantar y esperar a que se pasase.

Por tanto, era muy desafortunado que buena parte de sus tareas lo obligaran a visitar de forma regular la mayor clínica de la capital, y esas visitas siempre eran al lugar más inquietante de sus múltiples estancias: el mortuorio. Era un lugar frío como el invierno, con el suelo de madera clara y las paredes cubiertas de paneles del mismo material. Todas esas superficies estaban protegidas por gruesas capas de barniz resistente a los fluidos en las que se reflejaba la luz blanca sin tamiz alguno de las bandas luminosas del techo, lo que daba lugar a una iluminación brillante y desagradable en todos y cada uno de los rincones de la estancia.

Los muertos se conservaban de pie a lo largo de toda la sala en el interior de unos tubos suspensores llenos de líquido que salían de unos compartimentos del suelo o que bajaban desde unos silos del techo. Las

placas de datos cubiertas de escarcha mostraban una serie de etiquetas de códigos de colores que indicaban cuáles eran los cuerpos recién llegados, cuáles se habían apartado para efectuar autopsias más exhaustivas y cuáles debían entregarse ya para que las familias pudieran efectuar los últimos rituales de inhumación.

Daig se quitó el gorro mientras cruzaban la estancia serpenteando entre los servidores médicos y los clínicos de rango inferior. Yosef hizo lo mismo y se colocó el gorro de lana marrón enrollado bajo una de las charreteras.

Habían acudido al lugar para ver a Tisely, una mujer extremadamente delgada con el cabello del color de la paja y que tenía el cargo de enlace superior entre el mortuorio y la Centinelia. Los miró mientras se acercaban y les hizo un gesto de asentimiento algo lúgubre. Era una doctora excelente, y una investigadora patológica magnífica, pero además era una de las personas más fúnebres que Yosef Sabrat hubiera conocido jamás. Se esforzó por recordar un solo momento en el que Tisely no hubiera mostrado un estado de ánimo sombrío.

—Bailíos —les dijo a modo de saludo, y luego hizo el mismo comentario de siempre—: Me sorprende que hayan logrado llegar. El tráfico es muy malo a esta hora de la mañana.

—Es cosa del tiempo —le respondió Daig con el mismo tono de voz —. Hace tanto frío como en el espacio.

Tisely asintió con expresión solemne.

—Oh, sí. —Dio unas palmaditas en uno de los tubos suspensores—. Vamos a llenar más de éstos con aquellos que no puedan comprar combustible para calentarse este invierno.

—El gobernador debería bajar los tributos —añadió Daig con el mismo tono pesimista—. No es justo con los ancianos.

La doctora se dispuso a continuar la conversación, pero antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo de entrar en una espiral de quejas mutuamente refrenadas sobre el tiempo, el gobierno, la cosecha y cualquier otro tema, Yosef los interrumpió.

—¿Tiene otro cuerpo para nosotros?

Tisely asintió de nuevo y cambió de conversación de un modo fluido.

—Cirsun Latigue, varón, cincuenta años terranos. Destripado como una gaviota de los riscos.

—¿Ésa es la causa de la muerte? —quiso saber Yosef mientras estudiaba el rostro que había al otro lado del cristal—. ¿Por los cortes?

—Al final, sí —le contestó Tisely con un suspiro—. Se lo hicieron lentamente, con un cuchillo de un solo filo, como los demás.

—¿Y lo desplegaron, como en el caso Norte, en forma de estrella?

—Sobre un sofá largo muy caro, en la góndola de un aerodirigible. Pero esta vez no lo clavaron a la superficie. —Le informó de los detalles de aquel asesinato horrible exactamente en el mismo tono de voz con el que se había quejado del tráfico—. Éste va a ser bastante problemático.

Yosef se mordisqueó los labios. Había repasado el resumen del informe sobre el escenario del crimen de camino al valetudinario. La esposa de la víctima, que en esos momentos se encontraba varios pisos por encima de ellos sumida en un sueño sedado después de sufrir un ataque de histeria, había vuelto a casa la noche anterior y había encontrado la aeronave posada sobre el césped de su jardín. El cerebro del piloto mecánico todavía esperaba con paciencia a que alguien le diera la orden de que volviera al hangar, una orden que no había llegado a recibir. En el interior de la cabina del aerodirigible, cada metro cuadrado de las paredes, del suelo y del techo estaba cubierto de salpicaduras de la sangre de Latigue. Alguien había pintado la estrella de ocho puntas una y otra vez por todas partes con la sangre de su víctima.

Daig repasó la placa de datos sin dejar de juguetear con la cadena que llevaba en la muñeca.

—Latigue era un ciudadano normal, pero de cierta importancia, aunque tampoco demasiada. Trabajaba para Eurotas.

—Lo que en cierto modo complica la situación —apuntó Tisely.

Lo dijo como si no fuera más que un inconveniente sin importancia, pero de hecho, la cuestión de quién era el jefe de Cirsun Latigue tenía el potencial suficiente como para hacer que la investigación que estaba llevando a cabo Yosef con aquellos asesinatos en serie se escapara de su

control. Había mantenido la esperanza de que el informe superficial que había efectuado el cazador de la escena del crimen se equivocase en aquel punto, aunque en su fuero interno sabía que no sería así. «No voy a tener tanta suerte», se dijo a sí mismo. Ya era bastante malo que la estatúder se hubiese interesado por el caso, pero que aquella víctima fuese un miembro importante del Consorcio Eurotas añadía toda una nueva serie de problemas a los investigadores.

Latigue y todos lo que eran como él formaban parte del personal planetario de un noble interestelar, que posiblemente era el ciudadano más acaudalado en varios años luz a la redonda de aquel mundo. El honorable barón del Vacío Merriksun Eurotas era el dueño de una flotilla de comerciantes independientes que recorría las rutas de los sistemas estelares que rodeaban Iesta Veracrux. Poseía numerosos intereses financieros y mercantiles en muchos planetas, y su consorcio básicamente controlaba todo el comercio entre los sistemas locales y la mayor parte del transporte interplanetario de mercancías. Eurotas tenía entre las amistades de su círculo interno a almirantes, a miembros de la Navis Nobilite e incluso a uno de los Señores de Terra. Su casa comercial se remontaba a los tiempos de la Vieja Noche, y se decía que el permiso mercantil hereditario que poseía su familia lo había ratificado en persona el propio Emperador. Se lo tenía en tan alta estima que actuaba como agente nuntius del Adeptus Terra, el enlace de la corte imperial de todas las colonias humanas del sector Taebiano.

—Tisely, si pudiéramos mantener en secreto la identidad de la víctima, aunque sólo fuera unos pocos días, nos ayudaría en… —empezó a decir en voz baja mientras se acercaba a ella en un gesto conspirativo, pero la mujer ya había empezado a negar con la cabeza.

—Intentamos que la información se mantuviese reservada, pero… —La doctora se calló—. Bueno, la gente habla, y el personal de Latigue lo vio todo.

Yosef sintió que se le hundía el ánimo.

—Entonces, ¿lo sabe el Consorcio?

—En realidad, es peor que eso. Han reclamado que se les devuelva el aerodirigible directamente desde el departamento de pruebas después de utilizar sus influencias con el margrave.

—No pueden hacer eso… —dijo Daig con gesto de sorpresa.

—Ya lo han hecho —lo interrumpió Tisely—. Y ya han enviado a personal clínico del Consorcio para que se haga cargo de la custodia del pobre Cirsun. —Dio unos cuantos golpecitos en el tubo rodeado de neblina —. Probablemente se habrán visto retenidos en ese maldito tráfico. Si no, ya habrían llegado y se lo habrían llevado.

Yosef entrecerró los ojos.

—Esto es un asunto de la Centinelia. Es un asunto de Iesta.

Sintió que su furia ardía con una llama lenta y helada cuando recordó las palabras que Telemach había pronunciado en el cuartel de la Centinelia, y un día después, su superiora había dejado sus convicciones a un lado para hacer todo lo posible por agradar y apaciguar al Consorcio, ya que Iesta Veracrux suministraba vinos a todo el Segmentum Ultima, y sin Eurotas, la economía del planeta moriría al mismo tiempo que las propias viñas.

Al cabo de un momento, Daig soltó una maldición, lo que le valió una mirada reprobatoria de Tisely.

—Y esto no acaba ahí —añadió la doctora, como si quisiera martirizarlos—. Los superiores de Latigue han enviado un comunicado astropático al propio barón del Vacío. Al parecer, se ha tomado un interés personal en este asunto.

Yosef sintió que perdía todo el color del rostro.

—Eurotas… ¿va a venir?

—Oh, no lo dudes. De hecho, me han llegado rumores de que algunos de sus agentes personales ya viajan por la disformidad de camino aquí.

Yosef no pudo evitar que aquella sensación de inquietud se apoderara de nuevo de sus entrañas y respiró profundamente una bocanada del aire helado y antiséptico del lugar. Alargó la mano en un gesto repentino de ira y le arrebató la placa de datos a Daig para mirarla fijamente.

—Esto ya no es una investigación. Es un maldito cáliz envenenado.

Valdor recuperó la conciencia con un sobresalto y contuvo un ataque de tos. Sintió un gran peso sobre el torso y vio que unos grandes montones de materia arenosa lo rodeaban por doquier. También notó un calor tremendo, cercano e intenso, que le abrasaba la piel. Captó en la boca el hedor acre del combustible al arder.

El custodio comprobó su estado físico y tan sólo encontró una leve dislocación entre las contusiones que había sufrido por el choque contra el suelo. Giró con cuidado el antebrazo hasta que se encajó de nuevo en el hueco de la articulación. Luego lo movió para ver en qué estado se encontraba y notó que el dolor disminuía. Valdor apoyó las dos manos contra el peso que lo mantenía aprisionado, una sección del fuselaje, según pudo ver, y la levantó hasta echarla a un lado.

Se puso en pie rodeado de llamas y de vaharadas de humo gris. Valdor recordó el momento del impacto tan sólo como una oleada de imágenes fugaces acompañadas de destellos de dolor mientras el compartimento de carga giraba a su alrededor a medida que el transporte caía en barrena contra el suelo arenoso. Había oído gritar a Tariel, y no vio señal alguna del infocito cerca de donde él se encontraba. Valdor comenzó a caminar esquivando los montones de metal roto y humeante al mismo tiempo que sentía el calor del promethium ardiente que se extendía por el paisaje. Varias secciones del transporte yacían formando una línea que desaparecía en las ondulaciones de la llanura rojiza y rodeaban el surco que había abierto la aeronave al estrellarse, perdiendo piezas por el camino antes de detenerse del todo.

Vio algo que le resultaba familiar. Era la cápsula de la cabina, pero su forma ovoide estaba partida y aplastada. La superficie interior de la cubierta acristalada estaba cubierta de sangre, y Valdor supo de inmediato que la piloto no había conseguido sobrevivir al choque del aterrizaje forzoso. Se volvió a uno y otro lado. Las llamas que lo rodeaban eran elevadas y rugían con furia, y no disponía de mucho espacio para moverse. Miró a su alrededor y descubrio lo que le pareció ser la parte más estrecha

de aquella muralla de fuego. Corrio hacia ella a toda velocidad y en el último segundo antes de alcanzarla saltó y la atravesó. La capa de arena se prendió de inmediato.

Aterrizó con fuerza contra el suelo al otro lado de los restos llameantes y rodó para quedarse luego en cuclillas. Se quitó la capa de un tirón mientras las llamas se apoderaban de ella por completo y la arrojó lo más lejos posible. Alzó la mirada jadeante y fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba solo.

—Bueno, bueno, ¿qué es lo que tenemos aquí? —dijo una voz áspera.

Contó un total de ocho. Llevaban el equipo variopinto propio de las bandas de buscadores de chatarra. Vestían unas armaduras cuyas piezas habían sacado de una docena de procedencias distintas, y tenían las caras tapadas con filtros respiradores y capuchas. Todos empuñaban armas de gran calibre, en su mayor parte diferentes versiones de ametralladoras, pero también vio un par de carabinas láser de cañón doble y la silueta inconfundible de un rifle de plasma preparado para disparar. Los vehículos en los que viajaban eran tan dispares como el resto del equipo: un par de plataformas caminantes de cuatro patas además de varios veloces corredunas, de neumáticos grandes y anchos, y un transporte aerodeslizador.

Valdor estudió la situación con la precisión táctica de un guerrero avezado. Sólo eran ocho, ocho humanos, aunque era probable que algunos de ellos poseyera implantes incrementadores de reflejos, quizá incluso alguna placa de blindaje subdérmica, pero sólo eran ocho. Estaba completamente seguro de que podría matarlos a todos en menos de sesenta segundos, y eso si se tomaba su tiempo para hacerlo.

Sólo había dos cosas que le impedían lanzarse al ataque. La primera era el individuo que veía de pie a través de la escotilla de la cabina del transporte y que ocupaba la montura de un multiláser de cinco cañones. Ese artillero disponía de un campo de tiro despejado que estaba centrado directamente sobre Valdor, y a pesar de toda su resistencia física, el custodio sabía que sin su armadura habitual para protegerlo, el arma pesada lo abatiría antes de que diera diez pasos.

Lo segundo era Fon Tariel. Su rostro era una máscara de costras de sangre y de moratones. Estaba de rodillas delante de uno de los vehículos caminantes, y uno de los buscadores de chatarra le apuntaba directamente a la espalda con un rifle.

—¡Ja! —oyó que exclamaba el infocito—. Ahora sí que lo vais a lamentar.

Valdor frunció el entrecejo y siguió mirando a su alrededor sin hacer caso de la banda para estudiar el terreno en todas las direcciones. Entrecerró los párpados para mirar hacia el horizonte más cercano. Era difícil ver a través de la neblina baja de arena rojiza que flotaba en el aire, pero sus ojos estaban alterados genéticamente para tener una vista más aguda.

—Levanta las manos —le dijo el buscador que empuñaba el rifle de plasma.

Valdor había supuesto que poseer el arma más potente era una indicación de que se trataba del jefe, y aquello se lo confirmó. Volvió a hacer caso omiso sin dejar de mirar hacia lo lejos.

—¿Estás sordo, bicho raro?

El custodio vio a lo lejos, a un kilómetro de distancia, quizá un poco más, un destello breve. Era el brillo de un objeto metálico sobre una planicie rocosa baja. Contuvo una sonrisa y se volvió hacia la banda de buscadores de chatarra colocándose de modo que pudiera ver la colina de cima plana y a los miembros de la banda.

—Te he oído —le dijo al jefe.

—Es un tipo grande. ¿Será uno de esos aberrantes? —comentó uno de los individuos armados con carabina.

—Podría ser —admitió el jefe—. ¿Es eso lo que eres, bicho raro?

Tariel le gritó con la voz cargada de miedo:

—¿A qué estás esperando? ¡Ayúdame!

—Sí, ayúdalo —se burló el que empuñaba el multiláser sobre el transporte—. Venga, a ver si te atreves.

—Acabáis de cometer un error muy grave —les dijo Valdor, hablando con lentitud y mucha claridad—. Esperaba poder aterrizar en el erg y

buscaros, pero habéis tomado la iniciativa, y eso es de admirar. Visteis una presa y os lanzasteis al ataque. —Miró con más atención y vio otra arma sin servidor en la parte posterior del transporte aerodeslizador. Era el tubo de un lanzacohetes antiaéreo que apuntaba hacia el cielo—. Un disparo con suerte.

—Nada de suerte. No sois los primeros que caéis, ni seréis los últimos —le contestó el jefe.

—Creo que no estoy de acuerdo —le replicó Valdor—. Como ya he dicho, habéis cometido un error. Habéis llamado la atención del Emperador.

Decir aquello provocó una oleada de miedo en toda la banda, pero el jefe se apresuró a ahogar ese sentimiento.

—Mierda y polvo, bicho raro, no eres más que un mentiroso. A nadie le importa lo que pasa aquí, a nadie, ni a las personas normales ni al puñetero Emperador. Si de verdad le importara, habría bajado hasta aquí para compartir con nosotros un poco de esa gloria suya.

—Venga, matémoslos ya —dijo el artillero del transporte.

—¡Valdor! —barbotó Tariel, atenazado por el miedo—. ¡Por favor!

Nadie aparte de él lo vio, pero el destello de la colina brilló una vez y luego otra.

—Voy a deciros quién soy. Me llamo Constantin Valdor, capitán general de la Legio Custodes, y tengo en mis manos el poder de mostrar el descontento del Emperador.

El jefe de la banda soltó un bufido que más parecía una risa despreciativa.

—¡Lo que tienes es el cerebro dañado!

—Te lo demostraré. —Valdor alzó un brazo y apuntó con un dedo al artillero del multiláser—. En nombre del Emperador, muerte —declaró con voz tranquila.

Un instante después, el pecho del artillero estalló convertido en un surtidor de trozos de carne y chorros de fluidos corporales.

El miedo que había provocado la mención del Emperador volvió multiplicado por diez. Valdor señaló al individuo que apuntaba con un rifle

a Tariel.

—Y muerte —repitió.

El cuerpo del buscador de chatarra se partió a la altura de la espina dorsal con un crujido húmedo, y luego se desplomó sobre la arena.

—Y muerte, muerte, muerte…

El custodio bajó el brazo y se quedó quieto mientras otros tres miembros de la banda caían con el cuerpo destrozado.

Tariel se echó de bruces al suelo mientras el resto de los miembros de la banda echaban a correr invadidos por el pánico. Unos se dirigieron hacia los vehículos mientras que otros buscaron desesperados algún sitio en el que ponerse a cubierto. Valdor vio que uno de ellos se subía de un salto a un corredunas y ponía en marcha el motor. El vehículo se puso en marcha con un salto. El parabrisas se astilló y quedó cubierto de una capa de sangre antes de que el corredunas cayera en un barranco poco profundo, donde se estrelló contra el suelo. Los demás murieron mientras huían.

Un rugido furioso llamó la atención de Valdor. Se volvió un poco y vio al jefe de la banda, que corría hacia él a una velocidad superior a la de un humano normal. Era evidente que poseía implantes potenciadores, tal y como había sospechado desde el principio. El buscador de chatarra le estaba apuntando al pecho con el rifle de plasma, y a una distancia tan corta, el disparo le abriría una herida mortífera.

Valdor no hizo nada y se limitó a permanecer de pie. Un momento después, como si se tratara de la obra de un dios travieso, el rifle salió despedido de las manos del jefe de la banda y se alejó volando por el aire con el mecanismo interno destrozado y lanzando grandes chorros de chispas blancas y azules.

Sólo entonces Valdor se movió, y avanzó para partirle el cuello al individuo con un golpe cortante del canto de la mano. El último miembro de la banda cayó al suelo y se quedó inmóvil.

El sol ya bajaba hacia el horizonte cuando un trozo del desierto se separó del suelo y adquirio la forma de la silueta de una persona. La superficie de

una capa de camaleonina reverberó con una escala de colores que iban desde el rojo óxido hasta el negro más intenso. La figura que dejó a la vista era musculosa y llevaba puesto un mono de camuflaje. No se le veía la cara debido a la máscara metalizada que la tapaba. El visor de color verde de la máscara observó con atención a Valdor y a Tariel, que se habían refugiado del sol a la sombra del aerodeslizador. El individuo llevaba a la espalda un rifle largo y delgado que probablemente mediría lo mismo que él. Valdor lo saludó con un gesto de asentimiento.

—Eristede Kell, supongo.

—No lleva puesto el uniforme, capitán general. Apenas logré reconocerlo —le dijo el francotirador con un tono de voz bajo.

Valdor alzó una ceja.

—¿Hemos coincidido en alguna ocasión?

El tirador hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, pero lo conozco. Y lo que hace —contestó, y miró al infocito.

—Vindicare —le dijo Tariel a modo de saludo con voz seca.

—Vanus —fue la respuesta.

—Siento curiosidad por saber algo. ¿Cómo sabía que estaría observando lo que ocurría?

—Ya llevas cierto tiempo en este sector. Era lógico pensar que habías visto el impacto. —El custodio hizo un gesto, señalando el terreno que los rodeaba—. Quería encontrar a alguna de tus presas para encontrarte a ti, pero por lo que se ve, se alteró el orden de los factores, aunque no el resultado.

Tariel miró a Valdor.

—¿Por eso no los atacó? Podría haber acabado con todos ellos, pero no hizo nada. —Torció la boca en un gesto de disgusto—. ¡Me podrían haber matado!

—Pensé en dejar que ocurriera, pero luego pensé que era mejor no hacerlo —comentó el francotirador con un tono de voz despreocupado—. Sabía que si un par de personas tan dispares habían llegado hasta aquí, tenía que haber una buena razón.

—¡Casi fallaste al del rifle de plasma! —le replicó el infocito.

—No, no lo hizo —lo corrigió Valdor con una media sonrisa. El francotirador inclinó la cabeza hacia un lado.

—Yo nunca fallo.

—Has venido a la zona atalántica sin tu equipo de comunicación —le dijo Valdor.

—Las transmisiones se pueden detectar —le explicó Kell—. Habría revelado mi posición a las bandas.

—A eso se debe nuestro método tan poco corriente para localizarte.

Tariel entrecerró los ojos.

—¿Cómo supiste cuándo debías disparar?

—La mira telescópica de su arma incluye un lector de labios —le informó Valdor, contestando por el tirador—. Creo entender que tu misión no tiene un plazo formal de ejecución.

—He acabado de forma sistemática con todas las bandas de incursores con las que me he encontrado. Todavía me queda bastante tarea por delante, y es un entrenamiento bastante bueno.

—Pues tienes una nueva misión —le dijo Tariel—. Los dos la tenemos.

—¿De verdad? —Kell se llevó una mano a la cara y se quitó la máscara, lo que dejó a la vista un rostro curtido y de facciones marcadas coronado por un cabello negro cortado a cepillo. Los ojos mostraban una mirada brillante sobre una nariz ligeramente ganchuda—. ¿Quién es el objetivo?

Valdor se puso en pie y sacó un tubo de bengala magnética de un compartimento que tenía en la placa pectoral de la armadura. Luego lo apuntó hacia el cielo.

—Todo a su debido tiempo —dijo, y disparó.

Kell entrecerró los ojos.

—¿Sera usted quien dirija esta operación, capitán general?

—No —le respondió el custodio, haciendo un gesto negativo con la cabeza mientras la bengala se encendía y provocaba la aparición de numerosas sombras danzarinas a su alrededor—. Serás tú.



CUATRO
SANGRE
ARMAS
ROSTRO Y NOMBRE

Los ruidosos rotores del coleóptero impedían cualquier conversación con un tono de voz normal en la cabina, por lo que Yosef se vio obligado a gritar al oído a Daig para conseguir algo parecido a una sensación de privacidad.

—Lo que no tengo claro es el patrón que sigue —le dijo.

Daig tenía abierto en el regazo un archivador de compartimentos en abanico, y con una mano sostenía unas hojas y con la otra manejaba una gruesa placa de datos.

—¿Qué patrón?

—Exacto —le contestó Yosef—. No existe ninguno. Cada vez que nos hemos encontrado con un maníaco enloquecido que se ha dedicado a matar en serie de este modo, siempre poseía su propia lógica, aunque fuera muy retorcida. La víctima moría porque al asesino le recordaba a su padrastro maltratador, o porque las voces que oía en su cabeza le decían que todas las personas que llevan alguna prenda verde son malvadas… —Señaló con

un dedo el informe de los casos—. Pero ¿cuál es la relación entre estas víctimas? ¿Entre Latigue, Norte y los demás? Todos proceden de estratos sociales distintos, hay mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, altos y bajos… —Yosef negó con la cabeza—. Si existe algo en común entre todos ellos, yo todavía no he sido capaz de verlo.

—Bueno, no te preocupes por eso —le respondió con tranquilidad Daig —. Seguro que habrá un montón de gente dispuesta a compartir teorías insensatas sobre lo que ha ocurrido. Ya puedes apostar lo que quieras a que después de la muerte de Latigue el sistema de alertas planetario va a estar más que activo.

Yosef soltó una maldición en voz baja. Con todo lo que había pasado y lo que tenía en la cabeza no se había parado a pensar en que si el Consorcio Comercial Eurotas se había involucrado en el caso, era más que seguro que las agencias de noticias de Iesta ya se habían enterado de todo lo ocurrido.

—Como si no tuvieran ya bastantes temas funestos con los que agobiar a la gente, vamos a añadir a las preocupaciones de todo el mundo el temor a acabar con un cuchillo en las tripas en cualquier callejón oscuro.

Daig se encogió de hombros.

—En realidad, probablemente desviará la atención de los ciudadanos de los problemas más graves. No hay nada como tener un asesino suelto en tu patio trasero para mantenerte concentrado en el presente y en los asuntos más mundanos y cercanos.

—Eso depende de lo grande que sea tu patio trasero, ¿no?

—Bien pensado —aceptó su camarada mientras revisaba con lentitud solemne los paneles de datos instalados en la placa. Se detuvo en un párrafo de texto muy denso y entrecerró los ojos—. Vaya. Esto es interesante. Toma, lee —le dijo mientras le entregaba la placa de datos.

—Informes del análisis de sangre —musitó Yosef.

Era el informe sobre el escenario del asesinato de Latigue. Las múltiples pruebas confirmaban que los fluidos que salpicaban las paredes de la góndola procedían del cuerpo de ese pobre desgraciado. Al menos, prácticamente todos los fluidos. Había un rastro en mitad de la muestra del

informe, algo que uno de los servidores médicos había recogido por casualidad. Era un único rastro de sangre que no concordaba con las demás muestras.

Yosef sintió un leve estremecimiento de emoción al leer aquella información, pero lo contuvo de inmediato por temor a llamar a la mala suerte en esa oportunidad que Daig había señalado y que podía ser su primer avance importante en la investigación.

—Tampoco coincide con ninguna de las víctimas anteriores —le dijo su compañero. Alargó la mano hacia el intercomunicador—. Voy a avisar al cuartel para que pasen el resultado por la base de datos de ciudadanos…

Sin embargo, con la misma rapidez con que se había encendido, la chispa de emoción que Yosef había sentido se apagó al leer la nota añadida al final del informe.

—No pierdas el tiempo. Tisely ya ha puesto a su gente a trabajar en eso.

—Ah —dijo Daig con una expresión neutra en el rostro—. Debería habérmelo esperado. Ella es así de eficiente. No hay suerte, ¿verdad?

Yosef negó con la cabeza. La búsqueda de una identidad entre los ciudadanos había dado «desconocida». Eso significaba que, o bien el asesino no estaba registrado, lo que era algo realmente improbable en Iesta Veracrux, o venía de otro lugar. Pensó en ello durante unos momentos.

—No es de este planeta.

—¿Qué?

—Ese carnicero. No es de Iesta.

Daig lo miró fijamente.

—Es una teoría un poco arriesgada.

—¿De verdad? Eso explicaría por qué la sangre no se encuentra en la base de datos. Explica cómo es capaz de cometer los asesinatos sin dejar prácticamente rastro alguno.

—¿Con tecnología de otro planeta más avanzado?

Yosef asintió.

—Admito que no tenemos mucha base para una teoría así, pero es una vía de investigación, y con Telemach echándonos el aliento en la nuca,

necesitamos que nos vean hacer algo, lo que sea. Es eso o quedarnos con los brazos cruzados a la espera del próximo asesinato.

—Podríamos mantenernos al margen —sugirio Daig—. Me refiero a que si los agentes que Eurotas ha enviado ya están en camino… ¿por qué no esperamos a que lleguen y les pasamos el caso? Seguro que tienen más y mejores recursos que nosotros.

Yosef lo miró con acritud.

—¿Recuerdas lo que tenemos grabado en la varilla que indica nuestro rango, eso que dice «para servir y proteger»? Se nos llama investigadores por algo.

—Sólo era una idea —respondió Daig.

Yosef captó que faltaba algo en lo que su compañero le decía, algo que se callaba, y lo observó atentamente. Para cualquier otro, la expresión agria que mostraba en ese momento el rostro de Segan Daig no era distinta a la habitual que tenía día y noche, pero Yosef llevaba mucho tiempo siendo su compañero, y era capaz de captar estados de ánimo en el otro bailío que a otros les resultarían completamente invisibles.

—¿Qué es lo que no me estás contando, Daig? Hay algo en este caso que te está reconcomiendo desde que nos lo pasaron. —Yosef se le acercó un poco—. No fuiste tú, ¿verdad?

Daig soltó un bufido entrecortado que fue lo más parecido a una risa que llegó a expresar en ningún momento, pero se puso serio de nuevo casi de inmediato. Tras un momento de silencio, apartó la mirada.

—Tú y yo hemos visto muchas cosas, pero esto es diferente. Da una sensación diferente. No me pidas que sea objetivo con este caso, porque no puedo serlo. Creo que en estos asesinatos hay algo más que una simple… locura humana.

Yosef torció el gesto.

—¿Estás hablando de alienígenas? Porque no hay ni un solo alienígena con vida en todo el sector.

Daig hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No —respondió exhalando un suspiro—. Ni siquiera yo mismo estoy seguro de lo que quiero decir. Pero… después de lo de Horus…

Una vez más, Yosef notó la tensión repentina que provocaba el nombre cada vez que se pronunciaba.

—Si hay algo de lo que estoy seguro, es de que no fue él quien lo hizo.

—Pero hay rumores —insistió Daig—. La gente habla de planetas que se han declarado leales al señor de la guerra, y esos mundos han dejado de tener comunicación con los demás poco después. Los que logran marcharse antes de que se produzca ese silencio total cuentan cosas. Cuentan cosas sobre lo que ocurrio en esos planetas. —El bailío dio unos golpecitos con el dedo en las pictografías de las escenas de los crímenes —. Cosas como éstas. Sé que tú has oído los mismos rumores.

—No son más que rumores. No son más que los miedos de la propia gente. —Yosef se preguntó si lo que decía estaría sonando de un modo convincente. Inspiró profundamente—. Y nada de eso nos proporciona pista alguna sobre lo que estamos investigando.

—Ya veremos —contestó Daig con ánimo sombrío.

De repente, a Yosef se le ocurrio algo y alargó la mano hacia el intercomunicador.

—Sí, sí que lo veremos. —Apretó el botón que lo ponía en contacto con el piloto del coleóptero—. Cambio de planes —dijo con voz repentinamente animada—. No regresamos al cuartel. Llévenos al complejo Eurotas.

El piloto confirmó la orden y la aeronave viró al mismo tiempo que el zumbido de los rotores se hacía más profundo. Daig lo miró con una expresión de confusión.

—Los agentes de Eurotas no estarán aquí hasta dentro de un par de días. ¿Qué quieres hacer?

—Por lo que parece, todo el mundo quiere tener contento a Eurotas. Creo que deberíamos sacarle provecho a eso —le replicó Yosef.

Aterrizaron en una pista rodeada de árboles que se encontraba dentro de los muros del complejo que rodeaba al edificio del Consorcio. Era evidente el deseo de destacar por encima de los estilos arquitectónicos

habituales en Iesta, que era el habitual en las grandes mansiones de la zona, ya que la casa Eurotas había sido diseñada siguiendo el diseño de la escuela de Cygnus, que recordaba los numerosos palacios coloniales de los primeros decenios de la Gran Cruzada. Era un edificio abierto y de aspecto veraniego, lleno de patios y de cúpulas, con fuentes y pequeños jardines que contrastaba por completo con el frío anunciador del invierno de esa mañana.

Apenas habían terminado de bajar por la rampa de desembarco del coleóptero cuando fueron recibidos por una mujer delgada vestida con el uniforme verde botella y plateado propio de la compañía comercial. Detrás de ella, pero a una distancia discreta, se encontraban dos individuos con el mismo uniforme, pero ambos tenían el doble de masa corporal que la mujer y el rostro oculto por unos infovisores. Yosef no vio que llevaran armas, pero sabía sin duda alguna que tendrían. Una de las muchas ventajas de las que disfrutaba el Consorcio gracias a su poder por todo el sector Taebiano era que se le permitía hacer caso omiso de las leyes locales planetarias que el barón del Vacío considerase perjudiciales para sus negocios, y entre ellas se incluían los reglamentos sobre armas de Iesta Veracrux.

La mujer habló antes de que Yosef tuviera tiempo de abrir la boca en un claro y firme intento de establecer de inmediato las reglas que habría que seguir en aquella visita imprevista.

—Me llamo Bellah Gorospe, y soy la directiva de enlace del Consorcio. Tendremos que resolver esto con rapidez —le dijo con una sonrisa falsa—. Me temo que debo asistir a una reunión muy importante dentro de muy poco tiempo.

La mujer hablaba con el acento suave propio del Segmentum Ultima, lo que la clasificaba de forma automática como alguien que no había nacido en Iesta.

—Por supuesto —le respondió Yosef con voz apaciguadora—. No tardaremos mucho. La Centinelia necesita acceder a la base de datos del Consorcio relativa a los pasajeros y a los manifiestos de tripulación de las naves estelares que han llegado a Iesta Veracrux.

Gorospe parpadeó. Se había quedado sorprendida por lo directo de la petición, y no se negó de inmediato.

—¿Qué nave?

—Todas —añadió Daig, siguiéndole el juego a Yosef.

La siguiente respuesta de Gorospe fue negarse de forma automática, tal y como esperaban que hiciera.

—Eso es imposible. Esos datos son propiedad exclusiva del Consorcio Comercial Eurotas y no se pueden entregar a ninguna autoridad con jurisdicción local —Gorospe pronunció la palabra «local» como si fuera sinónimo de «irrelevante»—. Si desean efectuar una petición relativa a una información necesaria sobre algún ciudadano de Iesta, es probable que pueda facilitársela. En cualquier otro caso, me temo que no será posible.

La directiva hizo ademán de dar media vuelta para marcharse.

—¿Conocía a Cirsun Latigue? —le preguntó Yosef.

Aquello detuvo de inmediato a Gorospe, aunque ésta logró disimular muy bien las dudas que la asaltaron.

—Sí. Trabajamos juntos en alguna ocasión. —La directiva apretó los labios—. ¿Tiene alguna importancia?

—Estamos investigando la posibilidad de que quienquiera que sea el asesino esté embarcado en una venganza contra los empleados del barón Eurotas.

Aquello era una mentira tremenda, pero Yosef obtuvo con ella la respuesta que esperaba. La mujer parpadeó, y resultó evidente a todas luces que se estaba preguntando si ella sería la siguiente. El bailío estaba absolutamente seguro de que todos los que trabajaban en aquel lugar estaban al corriente del modo horrible en que había muerto Latigue, sin importar si debían saberlo o no.

—Creemos que es posible que el asesino haya llegado al planeta a bordo de una de las naves del Consorcio Eurotas.

Si el asesino procedía de otro planeta, aquello era innegable. El Consorcio era el dueño de todas las naves interestelares que llegaban a Iesta Veracrux, y para cumplir las leyes de tránsito imperiales, todos los viajeros debían someterse a comprobaciones médicas rutinarias para

impedir la propagación de cualquier cepa potencialmente contagiosa de una biosfera concreta de un planeta a otro. Esos datos aparecerían en los archivos del Consorcio.

Era evidente que Gorospe no sabía cómo actuar. Su intento de encargarse con rapidez de los agentes de la Centinelia y deshacerse de ellos para regresar a sus tareas se había desmoronado. Yosef se imaginó que en esos momentos estaba pensando hacer frente a aquello pretextando la necesidad de la presencia de una autoridad superior.

—Los agentes de seguridad autorizados por el Consorcio llegarán en cincuenta y cinco horas. Les sugiero que regresen pasado ese tiempo y se lo soliciten a ellos.

—No era una solicitud —le señaló Yosef—. Y dada la frecuencia con la que se están produciendo esos asesinatos hasta el momento, podrían cometerse dos, o incluso tres, antes de que lleguen. —Mantuvo en todo momento un tono de voz tranquilo—. Creo que hasta el propio barón admitiría que el tiempo es un elemento clave en esta investigación.

—El barón ya está en camino —le comentó Gorospe con una voz distante y ausente que sonaba medio incrédula.

—Estoy seguro de que el barón querrá que se haga todo lo posible para solucionar esta circunstancia tan desafortunada —apuntó Daig—. Y con rapidez.

Gorospe volvió a mirar a Yosef.

—Por favor, ¿podría repetirme qué es lo que necesita, bailío?

Yosef contuvo las ganas de sonreír, y en vez de eso le ofreció la placa de datos.

—Aquí encontrará que existe un rastro de sangre sin identificar. Necesito que lo introduzca en la base de datos del Consorcio y que lo coteje en busca de alguna concordancia.

La ejecutiva tomó la placa de datos que le ofrecía y su sonrisa afectada apareció de nuevo.

—Por supuesto, el Consorcio hará todo lo que le sea posible para ayudar a la Centinelia en el cumplimiento de sus deberes. Por favor, esperen aquí.

Se alejó con rapidez, pero dejó a los dos individuos de la compañía para que los vigilaran.

Daig esperó unos momentos antes de mirar a su compañero.

—Cuando Laimner se entere de hemos venido aquí sin autorización expresa, lo primero que va a hacer es degradarnos a servicio de patrulla a pie en los barrios bajos.

—No, lo primero que hará será cubrirse ese culo tan gordo que tiene con Telemach para que ella no le eche la culpa de cualquier posible lluvia de mierda que nos caiga encima, pero no podrá hacer nada respecto al tema de la jurisdicción si le llevamos alguna prueba concluyente.

Daig contempló cómo Gorospe desaparecía en el interior del edificio principal.

—Ya sabes que existen bastantes posibilidades de que no nos traiga nada que nos sirva.

Yosef lo miró fijamente.

—Bueno, en ese caso, nuestras carreras estarán acabadas.

Daig asintió con expresión fúnebre.

—Me alegro de que los dos lo tengamos tan claro.

El aire nocturno era cálido y húmedo como la sangre. La atmósfera estaba en calma y la sensación era opresiva, casi algo palpable que rodeaba y asfixiaba a Fon Tariel. Suspiró y utilizó un pañuelo de microporos para secarse el sudor de la cabeza antes de volver a concentrarse en las capas apiladas de paneles hololíticos que flotaban sobre su guantelete cogitador.

El francotirador se encontraba al otro lado de la estancia escasamente amueblada, bajo la sombra de una ventana situada en el otro extremo. Estaba sentado con las piernas cruzadas y con el rifle largo apoyado en el hueco de un codo. Kell le habló sin volverse.

—¿De verdad te incomoda tanto el calor que no puedes estarte quieto ni siquiera un momento? ¿O todos esos tics nerviosos son algo propio del Clado Vanus?

Tariel le soltó un bufido al vindicare.

—Es el calor —le dijo a modo de explicación—. Me siento… ensuciado por él.

El infocito miró a su alrededor. A juzgar por los restos que se veían, la estancia había sido el espacio central de un domicilio de tamaño pequeño antes de que el lugar quedara destruido por lo que parecía ser una combinación de incendio y de colapso estructural. En el techo había grandes agujeros que permitían el paso de la llovizna tibia que dejaba caer la capa de nubes bajas, y de las grietas del suelo surgía una serie de olores que los sensores olfativos implantados en Tariel determinaron que se trataba de efluvios humanos, carne de roedor quemada y combustibles fósiles contaminados. El edificio se encontraba en las profundidades de uno de los villorrios de los guetos del bloque yndonésico, donde los ciudadanos de casta baja se apilaban casi unos encima de los otros, como ratas en un nido.

—Supongo que no saldrás mucho del santuario de tu Clado —le dijo Kell.

—Nunca ha sido necesario —le contestó Tariel a la defensiva.

Tanto él como sus colegas infocitos y criptócratas habían tomado parte en numerosas operaciones, pero en todas ellas habían estado presentes de un modo telemático desde el propio santuario, o a bordo de una nave autorizada por el Oficio Asesinorum. La posibilidad de un despliegue en persona directamente en la zona de operaciones era increíblemente remota.

—Ésta es mi, bueno, mi segunda salida —añadió.

—Y la primera fue cuando Valdor te llevó con él para buscarme.

—Sí.

Kell soltó un gruñido sarcástico.

—Menudas anécdotas llenas de detalles picantes vas a contar cuando vuelvas a tu colmena, abejita.

La expresión del rostro de Tariel se endureció.

—No te burles de mí. Estoy aquí sólo porque me necesitas. No encontrarías a la muchacha sin mi ayuda.

El francotirador siguió sin mirarlo y mantuvo los ojos pegados a la mira telescópica del rifle largo.

—Es cierto —admitió—. Lo que me pregunto es por qué tienes que estar aquí, conmigo, para ayudarme.

Tariel se había hecho esa misma pregunta desde que el capitán general Valdor le había dado el mando de la misión al vindicare y les había ordenado que viajaran hasta el trópico. De lo único que podía estar seguro era de que la confidencialidad de la operación tenía tanta importancia que no se podían arriesgar a la interceptación de cualquier comunicación transmitida desde el bloque yndonésico hacia el santuario del Clado Vanum. También se había preguntado qué clase de enemigo sería capaz de amenazar con penetrar en la mejor red de seguridad informativa de todo el Imperio, pero tampoco tenía respuesta para esa pregunta. Además, la simple posibilidad de que una amenaza semejante pudiera existir lo intranquilizaba enormemente.

—Cuanto antes lo hagamos, antes podremos marcharnos de aquí y antes podremos separarnos —declaró con total sinceridad.

—Tardará lo que tenga que tardar —le contestó Kell—. Espera a que el objetivo se te ponga a tiro.

El infocito no estaba de acuerdo con aquella idea, pero no lo expresó. En vez de eso, se concentró de nuevo en los hololitos y los fue pasando como si se tratara de páginas de cristal que flotaban suspendidas en el aire. Cualquier otra persona que estuviera mirando tan sólo habría visto cómo movía las manos en el aire. Tariel había sintonizado las imágenes en una frecuencia visual que sólo podían captar sus lentes retinales implantadas.

La penetración en la red de sensores locales le había costado un poco, pero no había sido algo que él pudiera considerar un desafío. El infocito envió un pequeño enjambre de moscómatas de red, compuestas de metal orgánico, para que se abrieran paso royendo cualquier cable óptico que encontraran y luego le enviaran los flujos cargados de datos que localizaran en esa red. Cada una de esas moscas por sí misma era un artefacto muy poco sofisticado, pero al actuar en masa, como una red propia, la información que el enjambre enviaba se podía cohesionar hasta

formar una imagen completa de lo que estaba ocurriendo en la zona que los rodeaba. Tariel ya había dibujado mapas y esquemas de las estructuras más cercanas, de los flujos de tráfico de humanos y de vehículos. En esos momentos se estaba abriendo paso en los códigos de varios cientos de lentes monitoras desplegadas por toda la zona.

Los yndonésicos llamaban a aquella área urbana los callejones rojos, y la zona era el centro de lo que podía denominarse de un modo eufemístico la búsqueda de intereses hedonistas. La confederación de señores de la guerra locales permitía un comportamiento de moral mucho más relajada que incluso los propios códigos legales del lugar, ya bastante permisivos de por sí. A cambio, obtenían un porcentaje elevado de los beneficios proporcionados por los turistas buscadores de placeres que llegaban desde todos los puntos de Terra y del Sistema Solar. Tariel no se explicaba cómo era posible que se permitiera la existencia de un lugar como aquél en el mundo del Trono, lo mismo que la existencia de las tribus de bandidos que se había encontrado en la planicie atalántica. El infocito consideraba a la Terra imperial un mundo-nación unido y glorioso. Eso era lo que veía a través de las pantallas vítreas de sus monitores desde la seguridad de su santuario, pero en esos momentos, allí, en el exterior…, se había dado cuenta de la existencia de numerosos rincones oscuros y sucios que no coincidían con su visión del Imperio.

En el guantelete sonó un breve zumbido.

—¿Ya lo has conseguido? —le preguntó Kell.

—Estoy en ello —le contestó Tariel.

Las moscómatas de red habían llegado hasta una subtrama profunda de cilindros de imagen que se encontraban ocultos varias capas por debajo de los más visibles y obvios. Se vio asaltado de inmediato por un torbellino de imágenes procedentes de las estancias protegidas del interior de un edificio de gran altura situado al otro lado de la plaza. Eran imágenes de hombres, mujeres y otros humanos de género indefinido que estaban realizando entre sí actos de una naturaleza repugnante y a la vez fascinante.

—Ya tengo… acceso —musitó—. Comienzo el… barrido de búsqueda de concordancia de imágenes.

El patrón facial que Valdor le había proporcionado a Tariel pasó por todas las imágenes, una tras otra, en busca de una coincidencia. El infocito se esforzó en mantener un punto de vista objetivo, pero las imágenes que estaba viendo lo hicieron sentirse incómodo. Incluso se sintió más inmundo por su causa que por la suciedad y la humedad del aire nocturno.

De repente, allí estaba: la piel morena de la muchacha era más oscura bajo la luz de las lámparas de la estancia iluminada de rojo donde la había encontrado el programa buscador.

—Localización confirmada —le dijo a Kell.

—Bien. Ahora tenemos que encontrar un modo de ponernos en contacto con ella antes de que la maten.

Iota se encontró con que estaba en la habitación después de abrir los ojos. Se había preguntado si todavía estaría allí cuando los abriera, y así fue. Aquello le confirmó una hipótesis: que las sensaciones que estaba teniendo no eran una alucinación sino la propia realidad. Era algo difícil de aceptar hasta cierto punto. Si hubiese comprendido mejor el estado en el que se encontraba, quizá no habría permitido algunas de las libertades que se habían tomado con su cuerpo. Sin embargo, había sido algo necesario para asegurar la credibilidad de su identidad falsa en los callejones rojos. Recordaba aquellas actividades de un modo bastante vago, como si fuesen un sueño medio olvidado. Los implantes personales que había utilizado para reforzar su falsa identidad estaban desmoronándose igual que un montón de arena, y le costaba mucho recordar algún momento en concreto.

No era importante. La capa de falsedad se estaba disolviendo, y bajo ella se encontraba su verdadero yo con toda su fuerza. Iota no era una placa en blanco, como pensaban aquellos que no comprendían del todo el modo en que actuaba su Clado. No. Ella era un fluido dentro de una botella

que era ella misma, una forma sin definir, una forma que necesitaba unas instrucciones, un espacio que llenar.

Estudió con atención la habitación carmesí. Tenía las paredes cubiertas de grandes colgaduras de terciopelo que mostraban detalles eróticos tejidos con hilo de oro. La gran cama ovalada prácticamente surgía de una gruesa alfombra. Unos globos lumínicos flotantes proporcionaban una iluminación sensual. Una ventana con postigos era la única entrada para la luz natural.

Los hombres encargados de aquella casa de concubinas parecían atrapados en una especie de equilibrio entre atracción y repulsión respecto a ella. El don de Iota hacía que se sintieran incómodos sin que ellos mismos supieran el motivo. Quizá era la sensación de lejanía que mostraban sus ojos oscuros, o el silencio que formaba parte de su ser habitual. Se manifestara como se manifestase, el don de Iota era más que suficiente como para intranquilizarlos. A algunos les gustaba, ya que les parecía placentera aquella sensación inquietante, lo mismo que les gustaría la sensación de notar un escorpión que les recorriera la espalda desnuda. Sin embargo, la mayoría preferían evitarla. Les daba miedo sin que ni siquiera fueran capaces de precisar qué era lo que les causaba temor.

Iota se tocó el torque ornamental que lucía sobre la piel oscura del cuello. Si en realidad supieran que apenas sentían su don… Sin el artefacto amortiguador que llevaba incorporado en un compartimento oculto del collar, el vacío helado de su interior se habría extendido sin control alguno.

Olisqueó el aire perfumado. Se sentía extraña sin su equipo, pero eso era algo que le ocurría siempre. El vestido de seda que le cubría el cuerpo era fino como una gasa, y olvidaba continuamente que lo tenía puesto. Se llevó la mano derecha, la mano de matar, a la cabeza y enterró los dedos entre las coletas de reluciente cabello negro para luego juguetear con gesto ausente con las trenzas que nacían en el cuero cabelludo mientras se preguntaba cuánto tardaría en llegar el asesinato. Sus ojos vagaron por la

estancia hasta posarse en la caja de madera colocada sobre la cama, y fue entonces cuando tuvo su respuesta.

La otra mujer entró en la habitación caminando con paso masculino. En la nuca llevaba una corona emisora. La delicada filigrana que formaba psibercircuitos y el resto de tecnología implantada relucía con un brillo suave. Se alzaba por encima de la pequeña Iota como una torre de casi dos metros de alto con aquellas botas de grandes tacones y cuero azul brillante. Su cuerpo bien formado y voluptuoso era evidente a través del corsé corto que llevaba puesto, que no hubiera parecido más que unas cuantas tiras de cuero si se lo hubiese quitado y lo hubiera dejado sobre la cama. En una mano empuñaba un artefacto que se asemejaba a una tonfa bulbosa con un extremo rematado por una cuchilla afilada y el otro cargado de una energía chasqueante.

La mujer soltó un bufido despreciativo al acercarse a Iota. La expresión de su rostro era desagradable y no encajaba con aquellos rasgos tan bellos. Iota se fijó en los pequeños estremecimientos nerviosos que le sacudían los músculos de las comisuras de los labios y la punta de la nariz provocados por el funcionamiento de la corona.

—Eres nueva —le dijo la mujer con una voz algo pastosa.

Iota se limitó a asentir sin levantar la cabeza y en actitud pasiva.

—Me han dicho que hay algo raro en ti —añadió la mujer al mismo tiempo que alargaba una mano para tomar la de Iota—. Que eres diferente. —La sonrisa desagradable se hizo más ancha—. Disfruto con las cosas que son diferentes.

En ese momento estuvo segura. Existía una pequeña posibilidad de que no se tratase de él, pero el Clado había invertido demasiados esfuerzos y recursos en insertarla en el lugar apropiado y en el momento adecuado como para que se produjera un error en esa última etapa de la misión. La voz pertenecía a la mujer, pero las palabras y la personalidad que la hacía actuar así en esos momentos pertenecían a Jun Yae Jun, vástago de una de las Nueve Familias del bloque yndonésico y un general señor de la guerra. También era, como habían demostrado los informes de inteligencia, un impostor que se había convertido en un traidor al Trono Imperial al violar

el edicto de Nikaea, además de ser sospechoso de estar involucrado en un culto contrasecular.

—Vamos a jugar —le hizo decir Jun a la mujer.

El señor de la guerra se encontraba en el otro extremo de la conexión de la corona emisora, no muy lejos de allí, con el cuerpo en reposo mientras obligaba a su propia conciencia a habitar en el cuerpo de la mujer. Aquello era un juego que le encantaba al señor de la guerra: utilizar a una marioneta de carne y hueso para satisfacer sus propios apetitos. Iota sabía que muchos de los guardianes del santuario de su propio Clado consideraban algo repugnante lo que Jun hacía, pero ella apenas sentía algo más que una leve curiosidad hacia él, la misma indiferencia casi clínica que impregnaba todas sus relaciones con los demás humanos.

Iota se preguntó si la mujer que Jun controlaba de ese modo conservaría la conciencia durante el proceso, y de qué modo la afectaría eso en el plano psicológico, pero aquellas preguntas carecían de importancia. Tenía un asesinato en el que concentrarse.

—Espera —le dijo—. Tengo algo para ti. Un regalo —afirmó mientras señalaba la caja de madera.

—Dámela —fue la orden inmediata.

Iota dejó que el vestido de gasa le cayera desde los hombros y recogió la caja para acercársela mientras la segunda visión de Jun recorría su cuerpo de arriba abajo. Los sensores genéticos abrieron los pestillos y se la ofreció con una mano como si fuera una camarera que le presentara una bandeja llena de comida. Se llevó la mano de matar al torque para quitárselo de la garganta.

—¿Qué es esto? —Un eco vago de la confusión de Jun apareció en el rostro de la mujer—. ¿Una máscara?

La luz de los globos se reflejó sobre un cráneo metálico. Uno de los ojos era un rubí centelleante, pero el otro era un racimo de lentes de un color zafiro lechoso salpicado de álabes chatos y de antenas de aspecto extraño.

—Algo así —asintió Iota.

El torque se soltó con un chasquido suave y en ese mismo momento Iota sintió una oleada repentina de frialdad que la recorrio de un extremo a otro del cuerpo, como si alguien hubiera abierto la compuerta de un embalse en su interior. Durante un cierto tiempo ya no necesitaría contenerla dentro, no tendría que mantener encerrado en su cuerpo ese vacío.

Jun emitió un extraño sonido a través de la mujer, algo que fue mitad grito, mitad gañido, y un instante después, la matriz psicoactiva de la corona comenzó a emitir siseos y chasquidos. La tonfa se escurrio entre los dedos sin fuerza de la marioneta humana. Los cristales psiónicos del artefacto se partieron con un repiqueteo desordenado y chasqueante. La mujer se tambaleó sobre los tacones finos y altos de las botas para luego desplomarse sobre la cama, donde empezó a gemir y a llorar.

Iota inclinó la cabeza hacia un lado para oír mejor. El mismo coro de gemidos le llegó de una estancia tras otra por el pasillo del burdel a medida que el efecto anulador de su propio yo se extendía.

Saltó sobre la cama antes de que la conexión se rompiera del todo y pegó la cara al rostro de expresión angustiada de la mujer para mirarla fijamente a los ojos.

—Quiero besarte —le dijo a Jun.

Al otro lado de la ventana y de la propia escalera de acceso al edificio del burdel, las puertas de un bloque residencial barriobajero vulgar y corriente se abrieron de par en par y una marea de personas aterrorizadas salió en tromba a la calle. Todas ellas iban a medio vestir con ropas que delataban que eran demasiado ricos como para ser habitantes de la zona.

Iota se bajó de la cama con un salto ágil y extendió el mono de combate que estaba doblado debajo del casco en forma de cráneo. Se lo puso con una facilidad propia de la práctica y por último se colocó el casco. Notó una sensación tranquilizadora al hacerlo.

La mujer llorosa barbotó una última palabra antes de que el dominio mental de Jun se deshiciera del todo.

—Cu… Cu… Culexus.

Pero Iota no se había quedado a esperar que acabara de pronunciarla. En vez de eso, se lanzó contra la ventana, atravesándola con una explosión de cristales y maderas rotas, para cruzar el espacio que la separaba del otro edificio.

Yosef estudió con atención los alrededores de la pista de aterrizaje mientras esperaban a que Gorospe regresara. Las fuentes, que habitualmente soltaban chorros de agua de colores, estaban secas, y cuando se fijó un poco más, vio que los jardines, habitualmente bien cuidados, mostraban grandes señales de deterioro. Incluso había zonas muertas en los otrora impolutos campos de césped. Por lo que se veía, el Consorcio había descuidado el mantenimiento de los detalles menos importantes. Se preguntó qué relevancia tendría aquello en el esquema general de la situación.

Daig ya había intentado trabar conversación con uno de los miembros del cuerpo de seguridad. Había recurrido al truco habitual de quejarse sobre el tiempo, pero el guardia no había mostrado interés alguno en hablar con él.

—Llevan unos uniformes muy bonitos —le comentó cuando regresó al lado del coleóptero—. ¿Crees que tienen que comprárselos?

—¿Por qué? ¿Estás pensando cambiar de trabajo?

Daig se encogió de hombros.

—O quizá tomarme una temporada sabática. Más bien una temporada muy larga en algún lugar tranquilo —dijo al mismo tiempo que alzaba la mirada al cielo, aunque luego la bajó de nuevo.

Yosef sintió de nuevo algo extraño en su compañero, y le hizo la pregunta que había estado acosándolo desde hacía tiempo.

—¿Crees que vendrá aquí?

—¿El señor de la guerra?

—¿Quién si no?

De repente, el aire que los rodeaba pareció inmovilizarse por completo.

—Los arbites dicen que los astartes se encargarán de resolver la situación —le respondió Daig, pero el modo en que lo dijo dejó bien a las claras que ni él mismo se lo creía.

Yosef frunció el entrecejo. Tras hacer la pregunta, descubrio que ya no podía dejar de pensar en ello.

—Me sigue costando entenderlo. La idea de que uno de los hijos del Emperador se haya rebelado contra su propio padre…

Era algo que le parecía irreal, como si la lluvia se rebelase contra las nubes.

—Laimner dice que no existe alzamiento alguno. Insiste en que tan sólo se trata de una estrategia de desinformación lanzada por el Adeptus Terra para mantener preocupados a los planetas más alejados en el espacio y así mantenerlos también leales al Trono. Después de todo, una población temerosa es una población sumisa.

—Nuestro querido alto bailío es un estúpido.

—Eso no te lo discutiré —le contestó Daig con un gesto de asentimiento—. Aunque también es cierto que no hay nada más chocante que la idea de que el señor de la guerra se haya sublevado contra su propio padre. ¿Qué razón tendría para ello, aparte de que lo haya atacado alguna clase de enfermedad mental?

Yosef notó que una sensación helada le recorría el cuerpo, como si de repente una nube hubiera tapado el sol.

—No es una cuestión de locura —le contestó sin saber de dónde le habían salido esas palabras—. Después de todo, cualquier padre puede equivocarse.

Captó un gesto de irritación en la cara de Daig.

—Eso será en los padres normales. El Emperador es mucho, mucho más que eso.

Yosef pensó durante un momento qué responderle, pero en ese instante centró su atención en Gorospe, que ya regresaba. La expresión de prepotente neutralidad que siempre procuraba tener se había visto sustituida por un semblante ceñudo dominado por la inquietud y la irritación a partes iguales. Se preguntó qué sería lo que habría encontrado

que había provocado un cambio tan profundo en su actitud. Llevaba en la mano la placa de datos que le habían entregado, junto a una página de papel.

—¿Tiene algo para nosotros? —le preguntó.

Gorospe dudó un momento, y luego les indicó con un gesto seco a los guardias de seguridad que se retiraran. Cuando los tres se quedaron a solas, miró fijamente a los dos bailíos.

—Antes de que sigamos hablando, deben asegurarme unas cuantas cosas. No les proporcionaré ninguna clase de información si se niegan a cumplir las condiciones que voy a exponerles. ¿Lo han entendido?

—Soy todo oídos —le respondió Yosef.

Gorospe fue enumerando las condiciones una por una al mismo tiempo que levantaba uno a uno los largos dedos de manicura impecable de una mano.

—Esta reunión nunca ha tenido lugar. Cualquier intento en otro momento posterior de sugerir que se ha producido será considerado una difamación. Bajo ninguna circunstancia revelarán el modo en que estos datos les llegaron a las manos en ninguno de los informes oficiales sobre la investigación de este caso, ni ahora ni después en ninguna clase de jurisdicción legal. Y por último, pero lo más importante, el nombre del Consorcio Comercial Eurotas no se relacionará de ningún modo con el sospechoso de su investigación.

Los dos bailíos intercambiaron una mirada.

—Supongo que no me queda más remedio que aceptar sus condiciones.

—Deben hacerlo los dos —insistió ella

—Vale, muy bien —contestó Daig asintiendo, aunque con gesto precavido.

Gorospe les devolvió la placa de datos y desdobló la hoja de papel. Yosef vio un párrafo de texto y la imagen de un individuo con aspecto de matón con barba de varios días y unos ojos hundidos.

—Hemos encontrado una coincidencia entre la muestra de sangre que nos han proporcionado y un individuo incluido en nuestros archivos

biomédicos. Se llama Erno Sigg, y sabemos que se encuentra en Iesta Veracrux.

Yosef alargó una mano para tomar el papel, pero ella lo apartó.

—¿Era uno de los pasajeros de alguna de sus naves? —le preguntó.

Cuando Gorospe no le contestó de inmediato, Daig adivinó de qué se trataba.

—Eso es el informe personal de un empleado, ¿verdad? Sigg no era un pasajero. Trabaja para ustedes.

—¡Ah! —exclamó Yosef, asintiendo a su vez al comprenderlo de repente—. Bueno, eso aclara mucho las cosas, ¿verdad? Lo último que querría el barón del Vacío sería que el buen nombre de su clan se relacionara con un psicópata asesino.

—Erno Sigg no es un empleado del Consorcio —replicó Gorospe—. No forma parte de nuestro personal desde hace cuatro ciclos lunares. Su servicio y su relación con el clan se cancelaron a perpetuidad después de un… incidente.

—Siga.

Gorospe miró el papel.

—Sigg fue despedido después de un suceso violento ocurrido en una de las estaciones comerciales que el Consorcio tiene en el espacio profundo.

—Apuñaló a alguien —aventuró Yosef, y cuando ella abrio los ojos un poco más se dio cuenta de que había acertado—. ¿Lo mató?

Gorospe hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No se produjo muerte alguna. Pero utilizó… un arma.

—¿Dónde está ahora mismo?

—No aparece en ningún informe.

Daig frunció los labios en un gesto de disgusto.

—Así que decidieron despedirlo. Se limitaron a soltar a un individuo violento en nuestro planeta sin ni siquiera avisar a las autoridades locales. Estoy seguro de que encontraría a algún juez que lo calificaría de comportamiento peligroso e irresponsable.

—No lo ha entendido. A Sigg lo soltaron tras un periodo de detención adecuado a la gravedad de su comportamiento. —Gorospe le echó otro

vistazo al papel—. Según el informe de nuestro personal de seguridad, estaba arrepentido de verdad. Se ofreció voluntario para entrar al cuidado de un grupo de rehabilitación de una organización caritativa de Iesta Veracrux. Por eso nos pidió que lo dejáramos en este planeta.

—¿Qué organización es ésa? —le preguntó Daig.

—El archivo indica que se trata de un grupo informal llamado la Teogonía.

Yosef soltó una maldición en voz baja y le arrancó el papel de la mano.

—Deme eso. Ya nos encargaremos nosotros del asunto a partir de ahora.

—¡Recuerden lo que me han prometido! —insistió ella con las mejillas enrojecidas, pero los bailíos ya habían dado media vuelta para regresar al coleóptero.

El señor de la guerra Jun Yae Jun se puso en pie de un salto desde el sofá de ornamentación recargada en el que había estado tumbado. La túnica se le abrio cuando manoteó en dirección a los asistentes que tenía a su alrededor. Barbotó y gruñó mientras se arrancaba la maraña de mecadendritos dorados que le rodeaban la cabeza y se le adentraban en los oídos, en las fosas nasales y en la boca.

—¡Quitadme todo esto! —aulló sin dejar de manotear, lo que provocó que derribara el narguile, las copas de vino y las botellas que había encima de la mesa abarrotada.

Logró finalmente liberarse de todos los cables con un tirón agónico y miró a su alrededor en busca de su guardia personal. Jun oyó los sonidos violentos y cargados de pánico que llegaban de las estancias situadas alrededor de su propia habitación. Algo había salido terriblemente mal, y una oleada de terror crecía a cada instante en su interior. Ese terror se convirtió en furia cuando descubrio que su guardaespaldas estaba en el suelo, apoyado en las manos y en las rodillas, mirando fijamente un charco de vómito. Jun le propinó una fuerte patada.

—¿Qué estás haciendo en el suelo? ¡Ponte en pie! ¡Ponte en pie y protégeme, escoria inútil!

El guardaespaldas se puso en pie tambaleándose como un borracho.

—Hay una tremenda oscuridad —musitó—. Ha caído un telón negro.

El individuo sufrio otra arcada y vomitó un chorro de bilis. Jun le dio otra patada.

—¡Se supone que tenías que protegerme! ¿Por qué me has fallado?

El señor de la guerra tenía la cara enrojecida por la ira que lo embargaba. Había desobedecido las leyes imperiales. Sin pedir permiso o autorización del Adeptus Terra, Jun había puesto a su servicio un guardaespaldas que no sólo poseía habilidades de combate, sino también una cierta capacidad psíquica. Su asesino a sueldo había sido su secreto mejor guardado durante meses, pero al parecer lo habían descubierto.

—¡Ahí fuera hay un culexus! ¿Sabes lo que eso significa? —le preguntó a gritos.

El guardaespaldas asintió.

—Lo sé.

El señor de la guerra no se creyó lo que le contaron la primera vez que mencionaron ese dado, cuando le explicaron lo que significaba ese nombre. Comprendía la existencia de los psíquicos, los humanos que poseían el don, algunos opinaban que era una maldición, del contacto con la disformidad. La esencia de un psíquico ardía con una luz brillante en la dimensión del immaterium y conectaba para siempre el mundo de la carne con el mundo de lo etéreo. Pero si los psíquicos formaban un extremo absoluto del espectro, y los humanos normales eran las breves velas que ardían en el punto medio, ¿qué era lo que había en el extremo opuesto de ese espectro? ¿La oscuridad?

Los llamaban parias. Se decía que en uno de cada mil millones de nacimientos se daba a luz a un niño que no poseía alma. Mientras que el espíritu de un psíquico brillaba con la luz de una estrella, cada uno de los parias era un agujero negro. Eran la antítesis de los psíquicos hecha carne. Eran como el hielo al fuego, la oscuridad a la luz.

Y al igual que había ocurrido con tantas cosas, el Imperio de la Humanidad le había encontrado una utilidad a semejantes aberraciones. El Clado Culexus recogía parias allá donde los encontraba, y corrían rumores de que incluso los criaban en cadena dentro de tanques de síntesis en unos talleres genéticos secretos que se encontraban en las regiones más desoladas de Terra. Jun Yae Jun jamás había creído aquello hasta ese momento, y lo consideraba una falsedad creada para provocar miedo en los reyes y regentes que gobernaban bajo la égida del Emperador. Sin embargo, pocos momentos antes había conocido el terror, y con él llegó la revelación de la verdad.

Jun corrio trastabillando hacia la puerta, pero unas manos lo agarraron de la túnica.

—¡Mi señor de la guerra, por favor! —le suplicó el asistente. El individuo alto y flaco le habló con rapidez—. ¡Deteneos! No hemos acabado el juego. Todavía tenemos que celebrar el derramamiento de fluidos para luego recogerlos. ¡El sacramento!

El señor de la guerra se dio media vuelta y se quedó mirando al asistente. Al igual que los demás encargados de dirigir aquella clase de diversiones sórdidas para los dueños de los callejones rojos, iba vestido con tiras de seda y llevaba el cuerpo pintado con colores brillantes. Su piel estaba cubierta de numerosos dibujos repetitivos con la forma de un disco, una vara y unas lunas, crecientes y decrecientes, enfrentadas una a la otra. Aquella imagen no le decía nada a Jun. Intentó apartar de un empujón al individuo, pero éste se negó a soltarlo.

—¡No debéis marcharos! —exclamó el asistente con un gruñido—. ¡Todavía no! —insistió a la vez que se agarraba con fuerza al brazo del señor de la guerra para retenerlo.

Jun le escupió y sacó una daga del bolsillo.

—¡Suéltame! —le rugió un momento antes de clavarle tres veces el arma en el cuello con una serie de movimientos veloces.

El señor de la guerra lo dejó moribundo en el suelo y se abrio paso hasta llegar al pasillo. El guardaespaldas se mantuvo a su lado, aunque con

el rostro pálido y sudoroso y sin dejar de murmurar para sí mismo a cada paso que daba.

—¡Tu comunicador! ¡Dame tu comunicador! —le rugió Jun.

El guardaespaldas lo obedeció mientras le brotaba un reguero de sangre del ojo derecho, en algo parecido a un surco de lágrimas rojas.

El señor de la guerra se abrio paso a empujones entre los demás clientes del burdel sin dejar de propinar tajos a diestro y siniestro al mismo tiempo que daba una orden por el micrófono del comunicador.

—¡Guardia aérea! —dijo a gritos—. ¡Despliegue de aeronaves para un ataque de zona! ¡Ya, ya, ya!

—¿Localización? —le preguntó la voz preocupada del coordinador desde el complejo de edificios ocupado por el clan Yae.

—¡Los callejones rojos! ¡Borradlos del mapa!

—¿No os encontráis en esa zona, mi señor?

—¡Hazlo ya!

Era el único modo de asegurarse de que el culexus muriera. No le quedaba ninguna otra alternativa.

Kell contuvo el aliento y se quedó a la escucha en el interior del apartamento en ruinas. Los sensores auditivos de la máscara espía detectaron por encima del alboroto procedente de la calle el sonido de unos motores gravíticos.

—Vanus, ¿has captado eso?

—Cañoneras —le informó Tariel tras estudiar los hololitos—. De la clase Ciclón. Veo que entran en formación de ataque.

En el rostro de Kell apareció una mueca de disgusto y sacó el cargador que tenía dentro de su arma en ese momento para recargarla rápidamente con otro tipo de munición.

El señor de la guerra cruzó el patio y alzó la mirada hacia la noche lluviosa cuando la primera andanada de cohetes impactó contra los

edificios que rodeaban la plaza. Un puño gigantesco de llamas anaranjadas y humo negro rodeó la más alta de aquellas torres de habitáculos de baja estofa. Varios chorros de fuego salieron proyectados del incendio que se produjo a continuación y provocaron nuevos infiernos allá donde cayeron.

El guardaespaldas seguía detrás de él, aunque cegado por un dolor de cabeza rugiente. Apenas era capaz de mantenerse en pie y de caminar en línea recta, pero con un esfuerzo sobrehumano, el psíquico consiguió llegar hasta el vehículo terrestre que los esperaba aparcado cerca de la entrada. El aparato estaba rodeado de cadáveres que habían muerto bajo las descargas defensivas del sistema autónomo de seguridad del propio vehículo. Ese mismo sistema lo reconoció, por lo que el servidor encargado de conducir el aparato les abrio las puertas en forma de ala de gaviota para permitir que tanto el guardaespaldas como el señor de la guerra entraran. Otra andanada impactó en el techo del burdel, cerca de ellos, y lanzó una lluvia de tejas que se hicieron pedazos contra la cubierta blindada del vehículo.

—Sácame de aquí. No te detengas ante nada —le ordenó Jun al servidor.

El guardaespaldas ya había entrado a medias en el vehículo cuando de repente empezó a toser y escupió un chorro de sangre por la boca. Se dio la vuelta, con el dolor de cabeza ardiendo como un fuego helado, y vio a lo lejos una figura femenina de color negro reluciente que bajaba de un salto desde el tejado hasta el suelo del patio. Irradiaba un haz de energía invisible que hacía que parte de la lluvia a su alrededor se vaporizara para convertirse en niebla.

—¡Mátala! ¡Mátala! —le gritó el señor de la guerra con voz aguda y llena de terror.

El psíquico notó que le ponía un pie en la espalda, y un momento después, Jun lo empujó fuera del vehículo de una patada y lo hizo caer de rodillas al suelo. La puerta se cerró de golpe y el interior quedó aislado por completo.

La asesina culexus se acercó mientras el guardaespaldas se ponía en pie de nuevo. El psíquico vio como la lluvia bajaba deslizándose por el

contorno del casco en forma de cráneo y caía goteante desde la órbita del solitario ojo rubí como si fuera un chorro de lágrimas. El guardaespaldas buscó en su interior, en lo más profundo de su ser, más allá del dolor llameante, más allá de la horrible oleada de vacío que amenazaba con ahogarlo, y encontró un aliento de fuego. Lo soltó.

El chorro pirocinético cobró existencia al surgir por la punta de sus dedos extendidos. La descarga llameante impactó de lleno en la culexus y la hizo retroceder sacudiendo la cabeza cubierta por el casco metálico, pero la diminuta esperanza que el psíquico sintió murio casi al instante cuando el fuego se desvaneció como si lo hubieran absorbido los artefactos del siniestro equipo de la asesina.

Se dio cuenta de que el vehículo avanzaba a trompicones a su espalda, pero no fue capaz de apartar la mirada de aquel cráneo anguloso y sonriente. El racimo de implantes oculares de color zafiro titiló y la mirada implacable del arma llamada animus speculum quedó fijada en él.

La energía pura y salvaje absorbida desde el mismo plano de la disformidad y del ataque anulado del psíquico, salió disparada en ese mismo instante. El chorro surgió centelleante del cañón psíquico y lanzó por los aires al guardaespaldas del señor de la guerra hasta estamparlo contra una pared del patio. Su cuerpo empezó a arder desde dentro mientras todavía caía hacia el suelo, y las llamas consumieron su carne y sus gritos.

Jun Yae Jun no dejó de chillarle de forma incoherente al servidor de conducción mientras éste arrollaba a los peatones con las barras delanteras del morro del vehículo. El aparato llegó a la calle justo al mismo tiempo que otra andanada de cohetes convertía en escombros los callejones rojos. El servidor aceleró y encaró el vehículo hacia el puente que los llevaría de regreso al complejo del clan Yae.

Un borrón negro quedó recortado contra la luz de una explosión, y el parabrisas blindado del vehículo se agrietó cuando una descarga de fuego de color índigo lo atravesó. Varios trozos de cristal polimerizado se desprendieron para acabar formando una capa asfixiante de plástico

sobrecalentado sobre el servidor. El vehículo giró fuera de control y se estrelló contra un bolardo.

Jun tiró enloquecido de la manilla de la puerta para abrirla, y luego la apuñaló varias veces con la daga, presa de un ataque de pánico.

La culexus atravesó con tranquilidad el parabrisas destrozado y lo desarmó con un gesto casi despreocupado. El señor de la guerra se orinó encima cuando el cráneo se le acercó un poco más.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento. Lo siento…

—Bésame —lo interrumpió ella con una voz carente de toda emoción.

El cráneo plateado se pegó a los labios de Jun, y un dolor agónico le recorrio todo el cuerpo. Cayó hacia atrás y escupió una vaharada de polvo. El dolor en estado puro le acuchilló las extremidades a medida que la carne se ennegrecía hasta convertirse en un polvo denso que se desmoronó ante sus propios ojos, hasta que dejó de verlo cuando éstos se pudrieron en las cuencas oculares y se secaron hasta desaparecer. La energía vital de Jun Yae Jun salió absorbida, devorada por la matriz de energía incorporada al mono de combate de la asesina, hasta que no quedó nada de él salvo una mezcla de reseca materia irreconocible.

Iota salió del vehículo del objetivo, y de repente, la zona en la que se encontraba quedó cubierta por una cegadora luz blanca. El chorro impulsor de un motor antigravitatorio golpeó el suelo y barrio la suciedad junto a los restos del señor de la guerra. Los sensores de su casco captaron cómo el sistema de puntería de la cañonera centraba todas sus armas en ella, y la culexus se quedó quieta mientras se preguntaba si sería posible que ella muriera.

Al instante siguiente vio una línea de luz en el espectro infrarrojo cuando un proyectil perforante atravesó la cubierta blindada de la cañonera y le reventó la cabeza tanto al piloto como al artillero. El sistema de piloto automático de la Ciclón se activó de inmediato al captar que no había nadie a los mandos e hizo descender la aeronave hasta que aterrizó con suavidad.

Unos segundos después, dos individuos, uno con el equipo de combate propio de los vindicare y el otro con un mono de combate sencillo, salieron de uno de los edificios humeantes. Iota los miró un momento y luego volvió a concentrarse en los incendios que se extendían por doquier.

El francotirador empezó a sacar los cuerpos de la cabina de la cañonera mientras el otro individuo se le acercaba con paso cauteloso.

—¿Iota? ¿Protífaga, clado Culexus?

—Pues claro que es ella. No seas necio, Tariel —le dijo el vindicare.

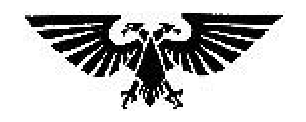
—Tienes que venir con nosotros —la informó el individuo llamado Tariel, y luego señaló a la cañonera, donde el francotirador ya se estaba poniendo a los mandos.

Iota se pasó un dedo sobre los dientes metálicos de su máscara.

—¿Tú también me quieres besar?

El individuo se quedó pálido.

—¿Quizá en otro momento?



CINCO
MIEDOS
LIBERACIÓN
INOCENCIA

—¿Esposo?

La mano de Renia sobre su hombro sacó a Yosef del letargo sin ensoñaciones en el que había caído mientras estaba sentado a la mesa de la cocina. Se sobresaltó tanto que casi tiró la taza de té negro que tenía junto a la mano, pero logró enderezarla con rapidez sin derramar una sola gota. Dirigió una débil sonrisa a su mujer.

—Je. Esta vez he sido más rápido.

La esposa de Yosef se arrebujó un poco más en la bata acolchada que llevaba puesta y se sentó frente a él. Ya era muy tarde, bastante avanzada la noche, y la casa estaba a oscuras a excepción de un único lumen situado sobre la mesa. Tenía una pantalla de bordes angulosos que daba forma de cono al chorro de luz que emitía, por lo que todo lo que estaba más allá de esa zona quedaba reducido a unas siluetas borrosas en la oscuridad.

—¿Ivak también está despierto?

—No. Sigue dormido, y eso me alegra. Con todo lo que está pasando, tiene muchas pesadillas.

—¿Ah, sí? —preguntó Yosef, y de inmediato lo embargó una sensación de culpabilidad—. En estos últimos días he estado muy ausente…

—Ivak lo comprende —lo interrumpió Renia—. No te oí entrar —le comentó a continuación.

Yosef asintió y contuvo las ganas de bostezar.

—El niño y tú ya estabais dormidos. No quería despertaros, así que me hice una taza de té… —Tomó un sorbo de la taza y se dio cuenta de que ya estaba frío.

—¿Y después te quedaste dormido en la silla? —Renia chasqueó la lengua levemente—. Yosef, lo haces demasiado a menudo últimamente —lo amonestó su esposa mientras se apartaba de los ojos algunos mechones de cabello de color cobrizo.

Yosef asintió.

—Lo siento. Es esta investigación. Es… inquietante —le respondió con un suspiro.

—Eso he oído —asintió Renia—. Los canales de comunicación hablaron sobre eso bastante tiempo, hasta que llegaron las noticias sobre Dagonet. Ahora sólo se habla de eso.

Yosef parpadeó.

—¿De Dagonet? —preguntó extrañado.

Ese planeta era socio comercial de Iesta Veracrux, y se encontraba a unos pocos años luz a lo largo de las rutas mercantiles del sector Taebiano. Formaba parte de un sistema que orbitaba alrededor de una pálida estrella amarilla. Según la escala interestelar del Imperio de la Humanidad, Dagonet era prácticamente un vecino. Le pidió a su esposa que le explicara qué pasaba, ya que tanto Daig como él habían pasado el día concentrados en la investigación de los asesinatos en serie en una búsqueda infructuosa de información sobre Erno Sigg. Ninguno de los dos había encontrado nada que no fuera algún informe médico o algún archivo por detenciones.

Yosef se dio cuenta de algo por primera vez desde que Renia lo despertó de su letargo: su esposa le estaba ocultando algo, y cuando habló,

fue evidente lo que le ocurría. Estaba preocupada.

—Han llegado algunas naves a nuestro sistema procedentes de Dagonet —le contó Renia—. Los monitores de la Fuerza de Defensa Planetaria no fueron capaces de hacerse cargo de ellas porque eran demasiadas.

Yosef sintió un estremecimiento peculiar de miedo en el pecho.

—¿Naves de combate?

Ella negó con la cabeza.

—Transportes, naves de crucero, ese tipo de embarcaciones. Todas eran de Dagonet. Algunas casi no lograron salir de la disformidad de una sola pieza. Todas iban sobrecargadas de pasaje. Yosef, las naves estaban llenas de refugiados.

—¿Por qué han venido hasta aquí?

Nada más hacer la pregunta, supo cuál era la respuesta más probable. Desde que comenzaron a extenderse por todo el sector los rumores sobre la insurrección galáctica, el gobierno de Dagonet se había mostrado llamativamente reacio a exponer su opinión sobre el asunto.

—Estaban huyendo. Al parecer, se ha producido un alzamiento en el planeta. La población se enfrenta respecto a su… lealtad. —Dijo la palabra como si le resultara extraña, como si la idea de serle desleal a Terra fuese un concepto completamente inconcebible para ella—. Es una revuelta.

Yosef frunció el entrecejo.

—El gobernador de Dagonet no permitirá que la situación se escape de su control. Los clanes de la nobleza no permitirán que el planeta caiga sumido en la anarquía. Si el Ejército Imperial o los Adeptus Astartes tienen que intervenir allí…

Renia hizo un movimiento negativo con la cabeza al mismo tiempo que colocaba una mano sobre la de su esposo.

—No lo entiendes. Fueron los propios clanes de Dagonet los que comenzaron la revuelta. El gobernador emitió un comunicado formal de apoyo al señor de la guerra. Los nobles se han declarado a favor de Horus y se niegan a someterse a las leyes de Terra.

—¿Qué?

Yosef se sintió mareado de repente, igual que si se hubiera levantado con demasiada rapidez.

—Es el pueblo llano el que se enfrenta a los rebeldes. Dicen que se ha producido un tremendo derramamiento de sangre en las calles de la capital. Los soldados se enfrentan a los soldados, y la milicia se enfrenta a los guardias de los clanes. Los que pueden huyen a bordo de cualquier nave abarrotada en la que sean capaces de embarcar.

Yosef se quedó sentado y en silencio mientras digería aquella información. Tuvo que admitir que existía cierta lógica en aquella cadena de acontecimientos. Había visitado Dagonet en su juventud, y recordaba que los habitantes del planeta al único al que celebraban más que a Horus Lupercal era al propio Emperador. Las estatuas en honor al señor de la guerra estaban por doquier, y los nativos de Dagonet lo llamaban «el libertador». Los archivos históricos indicaban que durante los primeros años de la Gran Cruzada, emprendida para reunir las colonias perdidas de la humanidad, Dagonet se encontraba bajo el dominio cruel de un sacerdote rey tirano que gobernaba el planeta mediante el miedo y la superstición. Horus había llegado a Dagonet a la cabeza de su legión de Lobos Lunares y había liberado el planeta, y había logrado la victoria con un solo proyectil, el que disparó contra el tirano para matarlo. Había sido uno de los triunfos más celebrados del señor de la guerra, y con ello se había asegurado ser reverenciado para siempre como el salvador de Dagonet.

No era entonces de extrañar que los clanes aristocráticos que en esos momentos gobernaban el planeta le entregaran su lealtad a Horus en vez de a un Emperador lejano que jamás había puesto el pie en su planeta. Yosef volvió a fruncir el ceño.

—Si ellos siguen a Horus…

—¿Será Iesta el siguiente planeta? —Renia terminó la pregunta por él —. Terra está muy lejos de aquí, Yosef, y nuestro gobernador no tiene una voluntad más fuerte que los dirigentes de Dagonet. Si los rumores son ciertos, es posible que el señor de la guerra esté más cerca de lo que nos creemos. —Su esposa alargó las manos de nuevo y tomó las suyas, y Yosef

se dio cuenta esta vez de que las de Renia temblaban—. Dicen que los Hijos de Horus ya están de camino hacia Dagonet para tomar el control de todo el sector.

Yosef se esforzó por recuperar una parte de su voz firme y tranquilizadora, el modo de comportarse que le habían inculcado durante su formación como bailío y que debía utilizar cuando los ciudadanos acudieran a él en momentos de peligro.

—Eso no va a ocurrir. No hay nada a lo que debamos temer.

La expresión del rostro de Renia, una mezcla del amor que sentía por él por el simple hecho de tratar de protegerla mezclado con un miedo abyecto, le indicó que, a pesar de sus esfuerzos, no había conseguido convencerla.

La nieve química de la zona áktica caía en copos grandes pero suaves manchados de amarillo a causa de los contaminantes atmosféricos producto de miles de años de industrialización, y golpeaba con un ritmo leve contra la cubierta de la cabina de la aeronave. Más allá del morro en forma de bala del transporte sólo se veía una capa monótona de cielo gris y la tormenta incesante. Eristede Kell echó un vistazo a aquel panorama y luego se dio media vuelta para bajar desde la cabina elevada a la pequeña zona para viajeros situada detrás.

—¿Cuánto tiempo falta? —le preguntó Tariel, que estaba sentado y sujeto por el arnés en un asiento de aceleración. En las manos de dedos finos sostenía un rompecabezas lógico a medio terminar.

—No mucho —respondió Kell, que le contestó de un modo vago deliberadamente.

El vanus torció el gesto, irritado, y jugueteó con el complejo nudo del rompecabezas lógico sin prestarle verdadera atención.

—Cuanto antes lleguemos, mejor me sentiré.

—¿Te pone nervioso viajar? —le preguntó el francotirador con un tono de voz levemente divertido.

Tariel captó el tono de voz y le lanzó una mirada feroz.

—La última aeronave en la que volé se estrelló en mitad del desierto. Eso no es que me haya predispuesto favorablemente a ese tipo de viajes. —Dejó a un lado el rompecabezas, y Kell se dio cuenta sorprendido de que el vanus lo había solucionado sin hacer ningún esfuerzo aparente. Luego, Tariel se levantó la manga para utilizar el guantelete cogitador—. Sigo sin entender para qué hago falta aquí. Debería haber regresado con Valdor.

—El capitán general tiene asuntos propios a los que también debe atender. De momento, sólo podemos contar con nosotros mismos —le aclaró el francotirador.

—Eso parece —respondió Tariel al mismo tiempo que lanzaba una mirada desconfiada hacia el otro extremo de la cabina, donde estaba sentada la chica, Iota.

El infocito se había situado todo lo lejos que pudo de ella sin salir del compartimento de pasajeros de la aeronave.

Por su parte, la culexus parecía estar completamente concentrada en los remaches del mamparo junto al que se sentaba. Pasaba sus largos dedos por la superficie una y otra vez, de un lado a otro. Parecía ensimismada en aquellos movimientos repetitivos, casi autistas.

—Se trata de la seguridad operativa —le explicó Kell—. Las órdenes de Valdor fueron muy específicas al respecto. Reunimos al grupo que él quiere y nadie debe enterarse de eso.

Tariel se quedó callado un momento, y luego se le acercó un poco.

—Sabes lo que es ella, ¿verdad?

—Una paria. Sí, sé lo que eso significa —le replicó el francotirador. Pero el vanus hizo un gesto negativo con la cabeza.

—A Iota la han designado como una protífaga. No es humana, Kell, como tú o como yo. La chica es una replicante.

—¿Un clon? —El francotirador se volvió para mirar a la chica—. Crear algo así no me parece fuera del alcance de las capacidades de ese clado.

A pesar de ello, se preguntó cómo lo habrían logrado los genomaestros. Kell sabía que los biólogos del Emperador eran

extremadamente hábiles y poseían conocimientos increíbles, pero crear un ser humano, entero y real, a partir de unas células en un tubo de ensayo…

—¡Exacto! —insistió Tariel—. Un ser sin alma. Ella es algo más cercano a un alienígena que a un ser humano.

En los labios de Kell apareció una breve sonrisa.

—Le tienes miedo.

El infocito apartó la mirada.

—He de confesarte, vindicare, que le tengo miedo a la mayoría de las cosas. Ése es el equilibrio de mi vida.

Kell aceptó aquella respuesta con un gesto de asentimiento.

—Dime, ¿te has visto cara a cara alguna vez con un asesino eversor?

El rostro de Tariel tomó un color ceniciento. El tono de sus mejillas pareció intentar igualarse a la nieve polar que se veía por las portillas de observación de la aeronave.

—No —respondió con un susurro.

—Cuando eso ocurra, ése será el momento en el que conozcas el verdadero significado del miedo.

—Ahí es adonde vamos —apuntó Iota. Los dos habían creído que la muchacha estaba absorta en cualquiera que fuese la realidad privada que existía en el interior de su mente, pero en ese instante le dio la espalda al mamparo y les habló como si hubiera participado en todo momento en la conversación—. A recoger al que llaman el Garantino.

Kell entrecerró los ojos.

—¿Cómo sabes su nombre?

Todavía no había hablado del siguiente asesino que aparecía en la lista de Valdor.

—Los del Clado Vanus no son los únicos que saben cosas —dijo, inclinando la cabeza hacia un lado para mirar a Tariel—. Los he visto. A los del clado Eversor. —Iota posó la mano sobre el casco con forma de cráneo que estaba a su lado, en un asiento de pasajero vacío—. Son todos iguales. Son la rabia destilada. En su estado puro —añadió, sonriéndole al infocito.

Tariel miró fijamente al francotirador.

—¿Para eso hemos venido aquí, a este páramo helado? ¿Para recoger a uno de ellos? —Se estremeció—. Una cabeza de combate ciclónica sería más segura.

Kell no le hizo caso.

—Sabes el nombre del eversor. ¿Qué más sabes? —le preguntó a Iota.

—Algunas piezas del rompecabezas —le contestó ella—. He visto lo que deja detrás. Los rastros de sangre y de carne despedazada, los vestigios del paso del asesino vengativo. —Señaló con un gesto a Tariel—. Sabes que el infocito tiene razón. El Garantino es un arma de terror mayor que ninguno de nosotros.

El modo natural y con tono pragmático con el que dijo aquello hizo dudar a Kell. La sensación de intranquilidad que acosaba al vindicare desde que Valdor apareciera en el desierto con todas sus órdenes y con aquella autoridad investida por el propio señor de los asesinos no había hecho más que aumentar, y la culexus había dado en el clavo respecto a lo que la provocaba. Todos eran asesinos solitarios, cada uno a su manera. Aquella idea de reunirlos lo incomodaba. No era el modo en que debían hacerse las cosas. Y en algún punto de lo más profundo de su mente, Eristede Kell se dio cuenta de que también tenía miedo de adónde lo podían llevar aquellas órdenes.

—¡Vindicare! —Se volvió al oír que el piloto lo llamaba por el nombre de su clado—. El control de aproximación no responde. ¡Algo va mal!

Tariel musitó algo sobre su mala suerte cuando Kell pasó a su lado en dirección a la cabina. El piloto ya estaba haciendo virar a la aeronave en un giro pronunciado. Bajo ellos, detectable tan sólo por un leve cambio de tonalidad en la nieve química, captó el paisaje desolado y desigual de la llanura áktica a través del torbellino de hielo y viento. Allí, aunque apenas era visible, vio un búnker de poca altura de ferrocemento, y sólo gracias a las líneas rojas desgastadas por el clima pintadas en los bordes exteriores y al parpadeo continuo de las balizas localizadoras se podía determinar su posición. Sin embargo, en el lugar donde debía encontrarse la forma hexagonal del silo de aterrizaje tan sólo se veía un foso negro del que salía

una humareda oscura y el brillo intermitente provocado por unas grandes llamaradas.

Kell oyó el sonido de las voces embargadas por el pánico que sonaban a través de los auriculares del piloto, y cuando volvieron a virar, captó los destellos de varios disparos en el interior del silo. Apretó la mandíbula, porque en ese momento se dio cuenta de que aquello no era un accidente. Sabía exactamente lo que había ocurrido.

—Vaya. Lo han despertado —dijo Iota a su espalda, expresando así en voz alta lo que pensaba Kell—. Ha sido un error.

—Bájanos —le ordenó el francotirador al piloto.

Éste abrio los ojos de par en par detrás del visor de vuelo.

—¡El silo está en llamas y no hay ningún otro sitio donde posarse! ¡Tenemos que abortar la misión!

El vindicare negó con la cabeza.

—¡Aterriza en la nieve!

—Si hago posar la nave ahí, posiblemente no podré hacerla despegar de nuevo —le replicó el piloto—. Y si…

Kell lo acalló con una sola mirada.

—¡Si no resolvemos esta situación de inmediato, para cuando amanezca mañana por la mañana todos y cada uno de los asentamientos dentro de un radio de cien kilómetros será un matadero! —Señaló a la llanura helada—. ¡Aterriza este cacharro ahí, y hazlo ya!

En vez de volver al conglomerado de apartamentos en el que vivía solo, cerca del extremo occidental del parque radial, Daig Segan tomó un transporte público en dirección al distrito del mercado viejo. A esa hora de la noche, ninguno de los puestos se encontraba abierto para vender sus productos, pero el lugar era un hervidero de actividad. Los encargados se dedicaban a repartir y colocar la mercancía y se preparaban para el turno de la mañana mientras movían las cajas sobre carretillas por el suelo de baldosas, ahora resbaladizo por la capa de agua que había quedado tras la limpieza.

Daig cruzó el espacio cubierto del mercado hasta la otra parada de transporte y tomó el primero que pasó. Estudió con atención el vagón mientras el monorraíl avanzaba sobre la línea encajada en la superficie de la calle adoquinada. Recorrio cuidadosamente con la mirada los rostros de los demás pasajeros en un largo escrutinio propio de un policía cauteloso. Tan sólo había unos cuantos: tres jóvenes con el mono de trabajo propio de los descargadores, con aspecto cansado y serio; una pareja de ancianos, que se dirigía de vuelta a casa, y algunos hombres y mujeres también con ropa de trabajo. Ninguno de ellos hablaba. Todos tenían la mirada perdida en la lejanía o miraban con ojos de expresión vacía a través de las ventanas del vagón. Daig captó la tensión que emanaba de todos ellos, el miedo indefinido. Se manifestaba en el mal genio que predominaba por doquier, en esas miradas vacías, en los silencios quebradizos y en los suspiros cargados de desesperanza. Todos los pasajeros, y todos los que eran como ellos, contemplaban un horizonte iluminado por los lejanos fuegos de la guerra, y se preguntaban cuándo los alcanzaría ellos. Daba la impresión de que todo el planeta Iesta Veracrux estuviese conteniendo el aliento mientras la sombra de la rebelión se acercaba cada vez más. Daig apartó la mirada de los pasajeros y contempló cómo iban pasando las calles.

Dejó transcurrir tres paradas antes de bajarse de nuevo. Tomó otro transporte para regresar al mercado, y se bajó justo cuando el vagón se ponía en marcha de nuevo para salir del mercado. El bailío cruzó al trote la calle y miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie lo seguía. Luego, con el gorro calado hasta las cejas, se adentró en un callejón mal iluminado y se dirigió hacia una puerta de metal sin señal ni identificación alguna.

Alguien abrio un pequeño postigo y un rostro redondo y rubicundo lo miró, mostrando una amplia sonrisa al reconocerlo.

—Daig. Hace bastante tiempo que no te vemos.

—Hola, Noust. —Saludó con gesto distraído—. ¿Puedo entrar?

Le respondió el crujido de la puerta al abrirse. Daig cruzó el umbral.

El interior era cálido y Daig parpadeó unas cuantas veces con los ojos llorosos mientras la piel helada de la cara se recuperaba un poco del frío de la noche. Noust le entregó una taza de lata con un poco de vino tibio, y el bailío lo siguió por una escalera de acero. Una oleada de música suave los recibió a medida que bajaban.

—Me preguntaba si habrías cambiado de opinión —le comentó Noust—. A veces ocurre. La gente se cuestiona las cosas después de aceptar la creencia. Se parece al arrepentimiento del comprador —añadió con una risa seca.

—No se trata de eso —afirmó Daig—. Es que me ha resultado imposible venir. Es el trabajo. —Dejó escapar un suspiro—. Debo tener mucho cuidado.

Noust le dirigió una mirada por encima del hombro.

—Por supuesto que debes tenerlo. Todos nosotros debemos tenerlo, sobre todo en la situación especial en la que nos encontramos. Él lo comprende.

Daig suspiró de nuevo sintiéndose culpable.

La escalera los llevó hasta un sótano de techo bajo. Habían pegado lúmenes a las paredes a lo largo del eje principal de la estancia. También habían colocado una serie de filas de asientos, desde sillas plastiformadas hurtadas de complejos de oficinas hasta sofás desgastados sacados de casas abandonadas, pasando por cajas de almacenaje cortadas de mejor o peor modo. Las sillas-asientos dispuestas en una semicircunferencia alrededor de una mesa cubierta por un paño. En algunas de ellas se veían pilas de panfletos impresos en rojo.

La estatúder Telemach habría pagado mucho por saber dónde se encontraba aquel lugar, aunque sólo era uno más de un puñado que estaban escondidos por todo Iesta Veracrux. No había ninguna clase de símbolo que mostrara dónde estaba, ni había que conocer contraseñas secretas ni hacer ninguna señal especial para poder entrar. Era tan fácil como que aquellos que debían conocer la existencia de aquellos lugares los encontraban por sí mismos, o si no, los conducían hasta allí los que pensaban del mismo modo. A pesar de todo lo que insistía la estatúder, a

pesar de todos los rumores y de las habladurías estúpidas que se decían sobre lo que ocurría en aquellos sótanos y criptas ocultas, no se llevaban a cabo actos horribles, ni se celebraban ritos sangrientos o ceremonias siniestras. Los miembros de la Teogonía no eran más que personas normales y corrientes, simplemente eso. Pensó en todo ello mientras frotaba con la yema del pulgar el aquila dorada que llevaba en la pulsera de la muñeca.

Sobre la mesa habían colocado un viejo proyector holográfico que zumbaba y emitía una señal parpadeante. Una imagen teñida de azul de Terra flotaba sobre el aparato y mostraba un ciclo acelerado del paso del día a la noche. Al lado del proyector había un libro abierto en una página determinada. El volumen estaba impreso en papel de hoja de viña normal y corriente, y lo habían encuadernado sin tapa ni cubierta alguna. Por lo que Daig sabía, uno de los amigos de Noust, que trabajaba en el turno de noche de una imprenta, había utilizado los sobrantes de otros encargos y el tiempo libre que le había quedado entre los trabajos que debía realizar para los clientes habituales para imprimir copias de ese libro.

Las páginas estaban gastadas por el paso de numerosas manos, y el propio Daig deseó tomarlo en las suyas y hojearlo para sacar consuelo de ellas. Sabía que con sólo pedirlo Noust le daría una copia del libro para su uso personal, pero tenerlo en su casa, donde alguien lo podría descubrir por casualidad o por error… Si eso ocurría, una gente que no comprendía el verdadero significado de lo que estaba escrito en sus páginas lo utilizaría para acusarlo. No podía arriesgarse a que eso ocurriera.

Noust apareció a su lado.

—Has elegido un buen momento. Estábamos a punto de iniciar una lectura. ¿Quieres participar?

Daig alzó la mirada. Vio que había pocas personas en el sótano. A algunas las conocía, mientras que otras no le resultaban tan familiares. Captó un rostro nuevo, y lo reconoció: era un cazador del cuartel. El individuo le devolvió la mirada con expresión cautelosa, pero Daig hizo un gesto de asentimiento para transmitirle una sensación de confianza.

—Por supuesto —respondió.

Un joven con la mano vendada recogió el libro y se lo entregó al amigo de Daig. En la primera página se veía el único elemento decorativo del documento, tremendamente austero, por lo demás.

En grandes letras rojas se leía *Lectio Divinitatus*.

Si el Garantino había tenido un nombre de verdad alguna vez, eso había sido mucho tiempo atrás y apenas tenía ya importancia. Tanto el concepto de «pasado» como el de «futuro» eran nociones extrañas y abstractas para el eversor. Eran ideas que, si hubiera sido capaz de detenerse y reflexionar sobre ellas, tan sólo le habrían provocado confusión, y como todo lo demás que lo afectaba, furia.

Toda la existencia del eversor era un estado permanente de «presente» furioso, y los asuntos relativos al antes y el después se limitaban a los sucesos más transitorios. Antes, tan sólo unos momentos antes, había decapitado a un guardia que había intentado atraparlo con una especie de cañón lanzarredes. Un momento después, saltaría la distancia que lo separaba del punto donde no llegaba la pasarela móvil para la recogida de aeronaves y aterrizaría en mitad del grupo de técnicos que huían hacia una puerta. El Garantino abarcaba de ese modo la naturaleza del pasado y del futuro, pero ir más allá en ambos sentidos no servía para nada.

Su modo de vida era simplemente existir en el fragor del combate. Tenía un vago recuerdo de otros momentos, los momentos en los que estaba sumergido en los tanques de fluidos amnióticos mientras las máquinas curativas de su Clado le curaban las heridas o le modificaban los inyectores de estimulantes o las glándulas secretoras de drogas que tenía repartidas por todo el cuerpo. Los momentos en los que en el letargo sin sueños que se producía entre misiones y los flujos de datos hipnogógicos se desplegaban en el interior de su mente igual que capullos florecidos rebosantes de información, cuando los perfiles de los objetivos se conectaban a los estados de ánimo que le provocarían estallidos de éxtasis con cada muerte y descargas de placer con cada coordenada de la misión

que alcanzara, y con descargas dolorosas cada vez que se apartara del programa establecido.

Sin embargo, nada de eso había ocurrido en esta ocasión. Reflexionó sobre ello tras completar la maniobra de salto, después de que sus músculos potenciados se relajaran para absorber el impacto del aterrizaje. La fuerza arrasadora de su llegada mató a uno de los técnicos fugitivos de inmediato. Giró sobre sí mismo y las afiladas garras de sus manos y pies abrieron venas a su alrededor. El rictus sonriente de su máscara de acero quedó cubierto de manchas humeantes de sangre mientras buscaba en su interior un programa, un conjunto de condiciones de victoria.

No había nada de eso. Rebuscó con mayor profundidad y se sumergió todo lo que pudo en su raquítico «pasado», una hora como mucho. Recordó ese momento. Un despertar súbito. La vaina de tránsito que lo mantenía en el interior de su espacio silencioso, semejante a una matriz; el lugar donde podía esperar en esos lapsos intemporales que precedían a sus gloriosas liberaciones… se había roto de forma repentina. ¿Habría sido un error, o quizá se debía a otra causa? ¿Una acción del enemigo? Esta hipótesis era la que, por eliminación, los parámetros de actuación del Garantino le indicaban que debía asumir. Razonó, dentro de su escasa capacidad para hacerlo, que si lo hubieran despertado por cualquier otra razón, sin duda los hipnogógos se habrían asegurado de que conociera el motivo.

Sin embargo, no había nada. Ningún parámetro, tan sólo el brusco despertar, y para un eversor, estar despierto significaba estar inmerso en la gloria de la matanza. Una combinación de estimulantes y de psicofármacos de combate le recorría de forma abrasadora la corriente sanguínea, acompañados de fuertes dosis de drogas como el psiconte, la furia y el espoleo, sintetizadas por los implantes biofarmacológicos compactos que llevaba en el abdomen. En condiciones normales, el Garantino estaría armado con algo más que con las garras implantadas en el cuerpo y su máscara yelmo. Llevaría puesta su armadura cubierta de servosistemas. Que no dispusiera de ese equipo tan sólo cambiaba el modo en que se enfrentaba a sus víctimas. Se había apoderado y había utilizado varias ametralladoras ligeras hasta que se les había acabado la munición.

Luego las había usado para matar a golpes a sus víctimas, pero las ametralladoras no tardaban en romperse debido a la violencia con la que propinaba esos golpes, por lo que se vio obligado a deshacerse de ellas al poco tiempo.

Le dio un puñetazo a un individuo con tal fuerza que le destrozó el cráneo, y luego saltó por encima de una barricada improvisada con tal rapidez que los defensores fueron incapaces de apuntarle con sus rifles. Los mató con sus propias armas antes de seguir corriendo para adentrare en el complejo.

Algunas partes del edificio le hubieran resultado familiares si el Garantino hubiese sido capaz de frenar el ritmo enloquecido de sus pensamientos, si hubiese sido capaz de frenar su ansia asesina durante un momento, pero era incapaz de lograr ninguna de las dos cosas.

Ante la ausencia de órdenes concretas, sin ningún objetivo claro al que atacar, el eversor se limitó a hacer aquello para lo que lo habían entrenado, así que siguió matando de forma indiscriminada para luego continuar avanzando cuando no quedaba nadie con vida hasta encontrar al siguiente grupo de objetivos, y al siguiente y al siguiente, siempre inmerso en el presente.

Daig se sintió aliviado por la visita, pero no había acudido a la reunión por motivos personales. El bailío se llevó a un lado a Noust mientras los demás charlaban, y ambos compartieron unas copas de vino caliente y algunas preguntas.

Noust escuchó en silencio la explicación de Daig sobre el caso que estaba investigando, y asintió cuando el bailío terminó.

—Conozco a Erno Sigg. Supuse que ésa era la razón por la que has venido a verme. Su cara aparece en todas las cadenas públicas de noticias. Dicen que se le busca para ayudaros en vuestras «pesquisas».

Daig contuvo un gesto de rabia. Laimner, cumpliendo órdenes de Telemach, había filtrado de forma deliberada la imagen de Sigg a los medios públicos en un intento tosco y poco inteligente de hacerlo salir al

descubierto, pero en todo caso, lo que parecía haber logrado era que el individuo se escondiera más todavía. Noust siguió hablando.

—Es una persona atribulada, de eso no hay duda. Podría decirse que se trata de alguien que carece de guía propia, pero para eso está la Teogonía, para ayudar a las personas como él. Se enteró de la existencia de nuestro libro mientras estaba encarcelado gracias al tripulante de una nave. Erno encontró otro camino con nosotros. —Apartó la mirada—. Al menos, durante cierto tiempo.

Daig se le acercó.

—¿Qué quieres decir?

Noust volvió a mirarle.

—¿Me lo preguntas tú, Daig Segan? ¿O me lo pregunta el bailío de la Centinelia?

—Los dos —le contestó Daig—. Esto es muy importante. Sabes que no te haría todas estas preguntas si no lo fuera.

—Sí, es cierto. —Noust dejó escapar un suspiro—. Esto es lo que ocurrio. Durante cierto tiempo, Erno solía venir de forma habitual e intentaba darle sentido a su vida. Quería enmendar sus errores. Se estaba esforzando en ser una persona mejor que el matón frustrado e iracundo que había dejado atrás, en el espacio. Es un camino muy largo, pero él lo sabía. Sin embargo, luego sus visitas se espaciaron.

—¿Cuándo ocurrio eso?

—Hace unas pocas semilunas. Unas dos, quizá. Cuando lo vi, parecía inquieto. Me dijo que iba a tener que pagar por todo lo que había hecho. —Noust se quedó callado unos momentos mientras revisaba sus recuerdos—. Me dio la impresión de que alguien… No sé cómo decirlo. ¿Qué alguien lo estaba siguiendo? Estaba irritable, paranoico. Todos los antiguos malos rasgos de su carácter habían vuelto.

Daig se frotó la barbilla con la mano.

—Es posible que haya matado a unas cuantas personas.

Noust miró asombrado al bailío.

—No. Jamás. Quizá en su pasado más lejano, pero no ahora. No es capaz de hacer algo semejante. Ya no. Te lo juro en nombre del propio

Dios Emperador.

—Tengo que encontrar a Erno —afirmó Daig—. Si es inocente, necesitamos demostrarlo. Tenemos… tengo que proteger todo esto —insistió mientras señalaba con un gesto lo que los rodeaba—. He encontrado mi camino en la vida en este lugar. No puedo perderlo.

Daig se imaginó lo que llegaría a ocurrir si Telemach o Laimner conseguían atrapar a Sigg: lo harían confesar como fuera en una celda de interrogación y encontrarían la puerta que llevaba hasta ese sótano. En aquel mundo secular regido por la razón no había posibilidad alguna de revelar la Verdad Imperial, la innegable realidad de la divinidad cegadora del Emperador. La iglesia, ya que eso era en realidad el sótano, y con ella el resto de lugares semejantes, serían destrozados, quemados, y las palabras del *Lectio Divinitatus*, que habían transformado por completo a Daig Segan cuando las leyó por primera vez, serían borradas y nadie podría volver a escucharles. Utilizarían a Sigg y a sus crímenes como excusa para llevarlo todo a la hoguera.

—El Emperador protege —le dijo Noust.

—Y yo lo ayudaré a hacerlo si me das la oportunidad —insistió el bailío—. Dime dónde se esconde Erno Sigg.

Noust apuró la copa de vino.

—De acuerdo, hermano.

Oyó a su espalda el repiqueteo rugiente de las ráfagas de disparos automáticos y más gritos. Iota se detuvo en seco y los pies le resbalaron sobre el suelo metálico al hacerlo. Inclinó la cabeza hacia un lado y dejó que los sentidos automatizados del casco con forma de cráneo tomaran lecturas del entorno para pasarle luego el análisis de la información. El Garantino ya estaba muy cerca. Le había llamado la atención al aparecer en mitad de un pasillo. Le había permitido que la viera con toda claridad antes de echar a correr. El eversor sabía reconocer de inmediato a otro asesino en cuanto lo veía, y ella era sin duda alguna el vector de amenaza más serio que el asesino furioso se había encontrado desde su despertar.

Empezó a perseguirla, pero eso no le impidió detenerse para acabar con cualquier miembro del personal de las instalaciones que tuviera la mala suerte de cruzarse en su camino. Los asesinos del clado Eversor eran así. A pesar de la violencia sanguinaria que desplegaban y de su brutalidad instintiva, seguían siendo metódicos. No dejaban testigos a su espalda, tan sólo cadáveres.

Iota se mantuvo a la espera sobre la punta de los pies, preparada para salir corriendo en cuanto el eversor la viera de nuevo. Por lo que el infocito había conseguido obtener de la información contenida en los cogitadores de la base, se había producido un accidente catastrófico. Al parecer, había tenido lugar durante la extracción del Garantino de una de las cámaras criogénicas situadas a gran profundidad bajo el manto de hielo áktico. La criocápsula que albergaba al asesino en su estado de hibernación había partido una tubería de fluido, y el reventón del conducto había cubierto de congelante a los encargados de la operación de traslado, los cuales habían fallecido congelados en un instante. Para cuando llegó otro equipo de operarios a la zona de traslado, la cápsula ya había quedado vacía y el Garantino se había despertado. Incluso en su estado de semiletargo y sin arma alguna, el eversor acabó con todo el nuevo grupo.

Los tecnólogos del clado cometieron el error fatal de intentar arreglar en primer lugar la fuga de líquido congelante. Sin embargo, era comprensible que tomasen esa decisión, ya que esas instalaciones albergaban a otros agentes de campo del Clado Eversor protegidos en sus respectivas cápsulas criogénicas. Si no se hubiera arreglado ese problema, todos los compañeros del Garantino habrían acabado despertándose también. Por desgracia, el tiempo que dedicaron a estabilizar los compartimentos de almacenaje le permitió al Garantino descongelarse del todo y comenzar a matar a todos los seres vivos que trabajaban en esas instalaciones.

—Culexus, ¿dónde te encuentras? —le preguntó Tariel con una voz que apenas era un susurro en el comunicador interno del casco.

—Área ocho, primer nivel, en dirección oeste. Esperando —le informó Iota.

—He logrado acceder al archivo de los sistemas principales —continuó el infocito, claramente impresionado por su propia hazaña—. Estoy cerrando todas las compuertas estancas que deja atrás a medida que va avanzando.

Iota bajó la mirada a la combiarma que llevaba acoplada a la muñeca derecha, una pistola de dardos de cañones múltiples, y la estudió detenidamente durante un momento.

—No es un animal, vanus. Se dará cuenta de que intentas dirigir sus pasos.

—Tú consigue que siga respondiendo a tus movimientos —fue la respuesta de Tariel.

Iota no dijo nada más, porque en ese preciso instante el Garantino dobló en tromba la esquina del pasillo. La superficie del mono de combate que cubría su cuerpo fornido y musculoso se ondulaba con cada uno de sus movimientos. De los bordes posteriores de la máscara metálica surgían pequeñas vaharadas de vapor blanco que se condensaban en el aire frío. Cuando el eversor se movió de nuevo, Iota vio los puntos donde tenía la piel al descubierto y la silueta de los implantes que se encontraban debajo. El Garantino estaba cubierto de los pies a la cabeza de sangre humana. El eversor se detuvo con un ronquido retumbante parecido al de un motor, y al mirarla emitió una pequeña risa. En una mano empuñaba una carabina de proyectiles sólidos, y del extremo romo del cañón goteaba un líquido rojo.

Durante un breve momento pensó en intentar razonar con él, pero desechó la idea con la misma rapidez con la que se le ocurrio. Corrían rumores de que todos y cada uno de los asesinos del Clado Eversor tenía un meme de suspensión de violencia codificado en el interior de su mente, una serie de palabras sin sentido que los dejarían fuera de combate o que incluso podrían mandarlos a una muerte neurológica si se pronunciaban en voz muy alta. Sin embargo, si eso era cierto, Iota estaba convencida de que el asesino iracundo ya se habría asegurado de que cualquier tecnólogo de la base que supiera ese código no fuese capaz ni de murmurarlo.

El Garantino la señaló con el extremo del arma.

—Tú. Rápida —le dijo con voz ronca.

Quizá se trataba de una amenaza, la promesa de que iba a acabar con ella en muy poco tiempo, o quizá era un elogio a su agilidad y un reconocimiento de que Iota había sido su primer desafío verdadero desde que despertara. No importaba lo que fuera. Un segundo después de decirlo, el Garantino se lanzó a la carga contra ella como un grox enfurecido.

Iota disparó contra él una ráfaga de agujas vítreas al mismo tiempo que daba una voltereta hacia atrás apara alejarse un poco más de él. Los proyectiles relucientes repiquetearon al chocar contra el torso del eversor y se quedaron clavados en los músculos del pecho, pero el asesino enfurecido se limitó a gruñir y a quitárselos de un manotazo.

Iota se detuvo delante de una gran compuerta oval que daba al exterior del complejo en el mismo instante que Tariel le hablaba de nuevo.

—¿Está ahí? —le preguntó con nerviosismo—. Tengo… ciertas dificultades en captar la localización exacta del Garantino.

Iota asintió para sí misma. Entre los numerosos implantes colocados bajo la piel de cada eversor se encontraban amortiguadores pasivos de sensores que eran capaces de confundir las lecturas de la mayoría de los detectores de barrido convencionales.

—Vaya que si está aquí —le contestó Iota—. Va a matarme en menos de ciento diez segundos.

Aquella previsión la había basado en la observación de la rapidez con que había matado a las demás víctimas.

—¡Estoy en ello! —exclamó el infocito con un nuevo tono de urgencia en la voz.

—Tranquilo, no te des prisa —le replicó ella.

El eversor se detuvo e inclinó la cabeza hacia un lado para observarla con detenimiento. Iota inspiró profundamente y se concentró. Dejó que la matriz de energía incorporada en su mono de infiltración se activase, lo que le permitió aumentar el alcance de su capacidad de influencia más allá del plano material y entrar en el éter de la disformidad. Sin embargo, el proceso era lento. Si se hubiera enfrentado a un psíquico, lo habría dejado seco en un instante. Habría absorbido todos los poderes de su oponente

para aumentar los suyos propios. Sin embargo, en aquel momento y lugar, no había disponible más que la energía cotidiana del aire, el calor y la vida. Notó cómo el iris del ojo del animus speculum se abría poco a poco, pero se dio cuenta de inmediato que no estaría preparado a tiempo.

El otro asesino se rio con un gruñido antes de agacharse para arrancar una barra de metal de un pilar de apoyo. La barra se rompió entre una lluvia de chispas. Luego la blandió como si fuera una maza y echó a correr de nuevo hacia ella.

En ese mismo instante, la compuerta que Iota tenía a la espalda se abrio con el sonido chasqueante de un mecanismo hidráulico pesado y del crujido del hielo al partirse. Una turbonada de aire polar y de nieve rugió a su alrededor procedente del exterior. La tormenta inundó durante unos momentos el pasillo y cubrio todo el espacio con su blancura.

La energía que contenía el animus ya casi estaba preparada, pero tal y como ella había predicho, el Garantino la alcanzó, y esta vez no dudó.

Antes de que Iota tuviera tiempo de lanzar ni la más mínima fracción del poder del arma psíquica, el eversor le propinó un golpe con la barra en mitad del pecho con tal fuerza que la culexus salió despedida de espaldas y aterrizó en el suelo del patio exterior cubierto de nieve. Iota notó como se le rompían unas cuantas costillas con una percepción algo distante. Cayó en mala postura en una pequeña hondonada formada en la nieve y escupió un chorro de saliva ensangrentada en el interior de su casco. El hecho de que no estuviera muerta le dejaba muy claro que antes quería jugar un rato con ella.

Lo llamaban el Garantino porque se decía que era nativo del Arco Garante, un cúmulo estelar del interior de la Nube de Oort cercano al Vacío de Perseo. Era un psicópata de nacimiento que había matado a todos los habitantes de su asteroide natal, y lo hizo cuando todavía era un crío que apenas sabía leer. No era de extrañar que el clado Eversor se hubiera sentido encantado de hacerse con su tutela.

Iota intentó ponerse en pie, y vio a través de las lentes ópticas de su casco otro rostro de rictus cadavérico. El Garantino la agarró por un tobillo y la lanzó al otro lado del patio sin ningún esfuerzo aparente. Esta

vez, la fuerza del impacto se vio amortiguada por un gran montículo de nieve, pero a pesar de todo, el choque le reverberó por todo el cuerpo y soltó un pequeño grito de dolor. El vanus no paraba de vociferarle por el microrreceptor algo sobre cerrar la compuerta, pero para ella eso no tenía importancia. Iota se concentró en que el animus estuviera finalmente preparado para disparar a toda potencia. Si les fallaba el plan, tendría que ser ella quien matara al eversor, quien tendría que destrozarle la mente en constante estado febril y furibundo con una descarga de energía pura de disformidad.

El eversor echó a correr una vez más hacia ella sin dejar de reírse, y en el último momento dio un salto. A Iota le dio la impresión de que el tempo se ralentizaba mientras la silueta borrosa caía hacia ella. En ese instante captó un fuerte estampido y, de repente, la caída del Garantino se vio desviada. Se dobló hacia la derecha, como si alguien hubiera tirado de él mediante una cuerda invisible.

La culexus vio la herida humeante en el pecho del asesino iracundo mando éste cayó y retrocedió tambaleante sobre los pies rematados por garras mientras se recuperaba del efecto del ataque. Iota movió la cabeza, que le daba vueltas, en busca del atacante, y finalmente lo encontró. Una blanca figura titilante estaba de pie sobre una de las casamatas cercanas y empuñaba un rifle largo. La coloración blanca se desvaneció y pasó a ser completamente negra cuando el vindicare desactivó de forma deliberada la capa de camaleonina que lo cubría, lo que lo permitió al eversor verlo con toda claridad. Se echó el rifle al hombro de nuevo cuando el asesino enfurecido rugió. Al parecer, de momento se había olvidado completamente de Iota.

El eversor se lanzó una vez más a la carga y el rifle tronó por segunda vez. En el primer disparo había utilizado un proyectil de impacto cinético, el tipo de bala que podía destrozar el bloque motor de un transporte gravitatorio o convertir a un individuo sin armadura en un montón de carne picada. Eso había sido suficiente para llamar la atención del Garantino. El siguiente disparo atravesó silbando el aire helado como una mancha borrosa e impactó contra el pecho del eversor. El proyectil era en

realidad un dardo pesado fabricado a partir de un vidrio de gran densidad. Incluía un depósito de gel en su interior, que se inyectaba mediante presión en el cuerpo del objetivo en el momento del impacto. Sin embargo, no era una droga ni un veneno. El cuerpo de cualquier eversor era un infierno químico en el que interactuaban decenas de psicofármacos de combate, y ninguna clase de veneno o de sedante habría sido suficiente para detenerlo o ralentizarlo. La materia gelatinosa de los proyectiles era un fluido orgánico con una función muy diferente: cuando era expuesto al oxígeno, creaba una potente descarga de bioelectricidad, de tal potencia que era capaz de dejar aturdido a un ogrete.

Se trataba de un ataque que no pretendía ser letal, y el Garantino pareció enfurecerse más todavía al darse cuenta de ello, como si se hubiera sentido insultado de que alguien empleara un arma tan inofensiva contra él. Se arrancó el dardo y siguió corriendo. Kell disparó otra vez e impactó en el mismo punto exacto con una precisión increíble. Abrio fuego de nuevo, y luego una tercera vez más. El eversor ni siquiera se tambaleó, aunque de la herida sangrante del pecho no dejaban de salir chorros de chispas azules.

Iota notó por un momento una rara punzada de miedo. ¿Cuántos proyectiles como ésos tendría el vindicare en el cargador de su rifle? ¿Serían suficientes? Hizo caso omiso del vanus, que seguía chillándole al oído, y contempló la escena mientras los chasquidos de los disparos eran absorbidos por el susurro de la nevada.

El eversor subió de un salto al lugar donde se encontraba el vindicare y le lanzó un golpe de barrido con una mano rematada por garras, pero le falló el equilibrio. Llevaba clavada en el pecho la docena de dardos que le había disparado el francotirador, así que el golpe sólo logró partir en dos el rifle de Kell y lanzar por los aires ambos trozos. Iota se puso en pie y lo apuntó con el animus, pero si disparaba en ese momento, el vindicare se vería afectado por el halo del impacto.

Súbitamente, el eversor perdió toda agresividad. El Garantino se tambaleó hacia atrás al sucumbir por fin al efecto de la andanada de disparos que había recibido. Intentó golpear por última vez a Kell, pero

falló, y el impulso del ataque lo hizo caer del tejado de la casamata blindada y se estrelló en el suelo del patio.

Iota se le acercó con paso prudente, con el cuerpo inclinado hacia adelante. No se sentía nada convencida. El francotirador bajó de la casamata para confirmar que su objetivo había caído.

—¿Lo habéis dejado fuera de combate? —oyó preguntar a Tariel.

—Mierda, espero por nuestro bien que así sea —murmuró Kell.

Daig detuvo el vehículo a los pies de la colina y apagó el motor.

—Mejor ir a pie desde aquí —dijo.

La luz previa al amanecer daba a su rostro un aspecto fantasmal.

Yosef lo miró fijamente.

—A ver, dime otra vez cómo has conseguido esta pista. Dime otra vez: por qué me has sacado casi a rastras de la cama, una cama a la que apenas me he acercado estos últimos días, te recuerdo, para acabar viniendo a este viñedo abandonado mientras el resto de nuestros conciudadanos duerme.

—Ya te lo he dicho —le replicó Daig con un tono adusto muy poco propio de él—. Se trata de un informador. Vamos. No podíamos arriesgarnos a venir en una aeronave por si acaso a Sigg le daba por huir… Y a lo mejor ni siquiera está aquí.

Yosef salió con él al frío aire y se detuvo un momento para comprobar el cargador de la pistola. Luego alzó la mirada hacia la parte superior de la colina baja. Al otro lado de las pesadas puertas de hierro, lo que había sido la bodega vinícola Blasko no era más que una cáscara cubierta de malas hierbas. Había quedado destrozada por un tremendo incendio tres temporadas atrás, y el edificio principal, situado en la zona meridional, todavía estaba sin reparar, y así se mantenía, vacío e inhóspito. La humedad de la atmósfera previa al amanecer sacaba al aire el olor madera quemada, todavía presente en los restos.

—Si crees que Sigg está aquí, deberíamos haber traído algo de apoyo —apuntó Yosef.

—Es que no estoy seguro de que se encuentre aquí —insistió Daig.

—Vaya, ese informador tuyo no parecer ser completamente de fiar.

Aquel comentario le valió una mirada hosca por parte de su compañero.

—Ya sabes lo que ocurrirá si comento lo más mínimo sobre esto en la jefatura. Laimner vendrá de inmediato y tomará este lugar al asalto.

A Yosef no le quedó más remedio que mostrarse de acuerdo, y si Laimner intervenía y la información de Daig no daba resultado alguno, serían los dos bailíos los que en realidad pagarían el fracaso de la operación.

—Vale, pero no dejes de mantenerme informado.

Daig lo miró de nuevo, pero esta vez la expresión de su mirada era una súplica.

—Yosef, no te suelo pedir muchos favores, pero te voy a pedir uno ahora. Confía en mí y no me preguntes nada. ¿De acuerdo?

Yosef hizo un gesto de asentimiento tras unos instantes.

—De acuerdo.

Entraron en el viñedo a través de una brecha en la valla y siguieron la senda que llevaba hasta el edificio principal. El suelo estaba salpicado de pequeñas ramas rotas y puñados de hojas mojadas. Yosef miró hacia su derecha y vio el terreno ennegrecido que se extendía formando terrazas escalonadas. Esos espacios habían estado repletos de viñas antes del incendio, pero en ese momento había poco más que matojos y malas hierbas. Yosef frunció el entrecejo. Todavía tenía una botella de vino de oporto de la bodega Blasko en casa. Había sido un viñedo muy bueno.

—Por aquí —le dijo Daig, señalándole un cobertizo. Yosef dudó un momento mientras su vista se ajustaba a la penumbra, y sus ojos captaron detalles que no encajaban con el lugar. Aquí y allá vio señales de movimiento reciente, lugares en los que la tierra se había visto alterada por el paso de un ser humano. A cualquier observador que hubiera mirado desde las puertas del viñedo se le habrían pasado por alto aquellas señales, pero allí, tan cerca, eran evidentes. Yosef recordó los asesinatos de Norte y de Latigue, y se metió la mano en el bolsillo del abrigo para palpar la

empuñadura de la pistola. Se sintió tranquilizado por la reconfortante presencia del arma.

—Tenemos que atraparlo con vida —dijo con un susurro.

Daig lo miró mientras sacaba una unidad de detección térmica del interior de la chaqueta.

—Por supuesto —le contestó al mismo tiempo que lo movía a su alrededor para intentar captar una señal de calor.

Encontraron al sospechoso dormido en el interior del cobertizo del tonelero. Estaba tumbado en el lecho formado por un barril a medio terminar. Los oyó acercarse y se puso en pie de un salto con una expresión de pánico en el rostro. Yosef centró el chorro cegador de la linterna en su cara y lo apuntó cuidadosamente con la pistola.

—¡Erno Sigg! —gritó—. Somos bailíos de la Centinelia. Debemos someterte a la ley. Quédate donde estás y no te muevas.

El individuo casi se derrumbó directamente en el suelo por el ataque de terror que lo invadió. Sigg agitó los brazos y se tambaleó antes de desplomarse contra su refugio improvisado. Luego consiguió recuperar el equilibrio con un esfuerzo físico más que evidente. Levantó las manos temblorosas, y vieron que en la derecha sostenía una lámpara antigua de combustible sólido.

—¿Han… han venido a matarme?

Yosef no se había esperado una pregunta así. Ya se había enfrentado a asesinos en otras ocasiones, más de las que en realidad le hubiera gustado, pero el comportamiento de Sigg no se parecía en absoluto a nada que hubiera visto antes en una situación parecida. Exudaba temor en oleadas, como si fuera el calor de una hoguera al aire libre. Yosef rescató en una ocasión a un chico que había permanecido secuestrado durante semanas en el sótano de una bodega. La expresión del rostro del muchacho la primera vez que vio la luz era idéntica a la de la cara de Erno Sigg en ese preciso instante. El hombre parecía una víctima.

—Eres sospechoso de un delito muy grave —le advirtió Daig—. Tienes que venir con nosotros.

—¡Ya he pagado por lo que hice! ¡No he hecho nada malo desde entonces! —le replicó Sigg, quien luego miró a Daig—. ¿Cómo me han encontrado? ¡Me he escondido tan bien que ni siquiera él podía saber dónde estaba!

Yosef se preguntó a quién se referiría con ese «él».

—No tengas miedo —le dijo en tono cercano y tranquilizador—. Si eres inocente, lo demostraremos.

—¿Lo harán? —preguntó con voz débil y temerosa, como lo haría un niño.

Entonces, Daig dijo algo que parecía estar fuera de lugar en un momento como ése, pero a pesar de ello, las palabras tuvieron un efecto sedante sobre Sigg, y todo su cuerpo se relajó de forma visible.

—El Emperador protege —le dijo Daig.

Yosef miró un momento a su compañero, y cuando volvió los ojos hacia Sigg, descubrio que éste lo estaba mirando a su vez.

—He cometido muchos actos de los que no estoy orgulloso, pero eso se acabó —le dijo—. No he hecho nada de lo que me acusan las noticias. Jamás he matado a nadie.

—Te creo, Erno —le dijo Yosef.

Pronunció las palabras antes siquiera de ser consciente de que era lo que pensaba. Por extraño que pareciera, lo cierto era que lo creía, y con una, certeza tal que lo sorprendió por su fuerza. Sabía por instinto que Erno Sigg les había dicho la verdad. Yosef se sintió muy intranquilo porque fue incapaz de discernir de dónde procedía aquella convicción tan profunda pero en esos momentos no tenía tiempo para reflexionar sobre ello.

El techo del cobertizo del tonelero era una cubierta de metal corrugado y de cristal, con partes deformadas o rotas por la acción del antiguo incendio. De repente, cuando el viento del amanecer cambió de dirección, el aire se llenó de un tremendo ruido. Yosef reconoció el zumbido chasqueante de los rotores de los coleópteros una fracción de segundo antes de que el penetrante brillo de las lámparas de sodio iluminara el suelo. El resplandor de los focos atravesó los cristales cubiertos de

manchas y de hollín y los agujeros del techo. Una voz amplificada repitió la orden que Yosef le había dado a Sigg al entrar. Luego se oyó movimiento en el exterior.

El bailío alzó la vista y se protegió los ojos con la palma de la mano. Distinguió las siluetas borrosas de varios cazadores que bajaban desde las aeronaves que se mantenían en vuelo estático. Todos empuñaban grandes rifles mientras descendían por los cables.

Bajó la mirada y vio una expresión de rabia pura en la cara de Sigg.

—¡Cabrones! —les gritó enfurecido—. ¡Hubiera ido con vosotros! ¡Me mentisteis! ¡Me mentisteis!

Daig alargó un brazo hacia Sigg.

—¡No, espera! —intentó calmarlo—. ¡No los llamamos! ¡Vinimos solos…!

Sigg los insultó una vez más y arrojó la lámpara de combustión con un gesto salvaje. La lámpara se estrelló contra el suelo y se partió con un crujido de cristales en el mismo instante en que las partes todavía intactas del techo se hundían bajo el peso de los cazadores. El contenido ardiente de la lámpara se extendió por el suelo cubierto de restos de barriles y de astillas mientras llovían los trozos de tejado, y una tremenda llamarada humeante se alzó hacia el cielo. Yosef empujó a Daig a un lado cuando una nueva lengua de fuego surgió y empezó a devorar las pilas de trozos de madera podrida y los sacos amontonados que los rodeaban.

Daig intentó seguir a Sigg, pero el fuego ya había formado una muralla entre ambos, y el chorro de aire procedente del aleteo constante de los rotores de los coleópteros lo alimentó, haciendo que aumentara su fuerza. Sigg se desvaneció en mitad del calor y del humo.

Los cazadores todavía estaban soltando los fiadores de los cables cuando Yosef se les echó encima. Uno de ellos ya estaba pidiendo una unidad de extinción de incendios. El bailío vislumbró el rostro de Skelta entre ellos y lo agarró por el cuello de la chaqueta.

—¿Quién os ha ordenado entrar? —le gritó para hacerse oír por encima del sonido de los rotores—. ¿Quién cojones me ha estropeado la operación?

Pero ya sabía la respuesta antes de que Skelta le contestara.



SEIS
ULTIO
MENTIRAS Y ASESINATO
LA MUERTE DE REYES Y REINAS

El Oficio Asesinorum les entregó la nave sin mayor ceremonia. Al igual que aquellos a los que servía, la nave tenía una identidad cambiante. En esos momentos, mientras se dirigía hacia la órbita de Júpiter, sus gallardetes y sus balizas señalizadoras indicaban que se trataba de la *Hallis Faye*, una nave cisterna de transporte de oxígeno procedente de Ceres que se dirigía a un asentamiento de la Coalición Belter. Su nombre clave, que le habían revelado a Kell y a los demás cuando embarcaban, era *Ultio*.

La apariencia externa de la *Ultio* era semejante a la de cualquiera de las naves de transporte ligero que viajaban por los miles de vías espaciales de velocidad sublumínica que existían entre los diferentes sistemas estelares del Imperio. Se trataba de un diseño tan común que era casi invisible por su vulgaridad. Era la coartada perfecta para una nave al servicio del Oficio Asesinorum. Era pequeña si se la comparaba con los

gigantescos cruceros estelares que componían las flotas de la Armada Imperial y de las casas comerciales independientes, pero también era un engaño de proa a popa. La nave tenía forma de tridente achatado, y en el casco principal, lo que parecía ser el espacio para la carga, lo ocupaban en realidad los mecanismos de impulsión de un diseño muy avanzado de motor interestelar de disformidad. La nave se había construido alrededor de aquel motor antiguo, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos. En realidad, tan sólo la parte frontal de la sección de proa, en forma de flecha, albergaba camarotes y compartimentos. Ese módulo, con una silueta alargada y curvada hacia atrás, como una aeronave atmosférica, podía separarse del resto de la nave para posarse en cualquier planeta como si fuera una cañonera normal. Las secciones de la tripulación del interior de la *Ultio* eran estrechas y estaban abarrotadas. Los camarotes eran tan pequeños como las celdas de una prisión, con pasillos hexagonales y una cubierta de vuelo configurada con generadores de gravedad que permitían que cada centímetro cuadrado de superficie se pudiera utilizar.

La nave tenía una tripulación permanente de tres miembros, a los que se sumaba el número creciente de miembros de la fuerza de ejecución. Ninguno de los tres tripulantes se podía considerar totalmente humano. Kell se dirigió hacia la popa consciente de que bajo sus pies el astrópata de la nave se encontraba dormido en una cámara de vacío. Él mismo se había obligado a entrar en un estado de letargo. Del mismo modo, el navegante de la *Ultio*, que solía quedarse en la parte posterior de todo el entramado de mecanismos de la sección de generadores, había decidido sumirse en un sueño profundo dentro de una cámara contrapsíquica semejante. Los dos habían manifestado un profundo descontento por la presencia de Iota a bordo, pero se les denegó la petición de que permaneciera encerrada o drogada y mantenida en estasis. Kell apenas era capaz de imaginarse el grado de perturbación que provocaría en los sentidos psíquicos del navegante y del astrotelépata el aura negativa y fantasmal que emitía la culexus. Incluso él, que carecía de toda habilidad psíquica, se encontraba tremendamente inquieto si permanecía en presencia de la paria durante

mucho tiempo. Iota había accedido a llevar puesto el collar amortiguador durante todo el viaje, pero ni siquiera ese artefacto era capaz de anular por completo el efecto perturbador de su paso allá donde fuera.

El tercer miembro de la tripulación de la *Ultio* era el menos humanos de todos ellos. Kell todavía recordaba la extraña expresión de fascinación y horror entremezclados que apareció en la cara de Tariel cuando vio al piloto de la nave estelar. Ya no quedaba carne humana en el cuerpo del piloto. Al igual que los venerables dreadnoughts de los Adeptus Astartes, el ser que antaño había sido humano, muchos cientos de años atrás, se había convertido en unos cuantos trozos de carne acoplados en el interior de un cuerpo de hierro y acero. En algún lugar de lo más profundo de los sistemas del bloque computacional que llenaban la zona posterior de la cubierta de la tripulación permanecía lo único que quedaba de él: unas cuantas partes del cerebro y manojos de ganglios nerviosos. Ahora él era la *Ultio*, y la *Ultio* era él. El casco exterior era su piel y el fuego del reactor de fusión era su corazón palpitante. Kell intentó comprender lo que sería entregar la propia conciencia a los brazos de la máquina, pero no lo logró. Hasta cierto punto estaba horrorizado ante la simple idea de semejante unión, pero lo que él pensaba al respecto no tenía ninguna importancia. Tanto el piloto, como el navegante, el astrópata y los demás miembros del grupo debían servir a los intereses del Oficio Asesinorum: cumplir y no preguntar.

Kell se detuvo delante de una compuerta. Sus botas dejaron de resonar contra el suelo metálico de rejilla.

—*Ultio*. ¿El Garantino ha despertado? —preguntó al aire.

—Afirmativo.

La voz del piloto cibernético le respondió desde un altavoz que tenía sobre la cabeza. Sonó con el tono monocorde de un comunicador vocal sintético.

—Abre la compuerta —ordenó.

—De inmediato —fue la respuesta—. Alerta de peligro. Campo de gravedad incrementada en el interior. No cruce el umbral.

La compuerta se abrio deslizándose hacia abajo, y una oleada de aire estancado y cargado del hedor de un sudor químico salió al pasillo. El eversor estaba sentado en el suelo de forma incómoda en el interior del compartimento, y jadeaba por el esfuerzo. El asesino colérico levantó la cabeza con un esfuerzo visible y se quedó mirando a Kell.

—Cuando salga de aquí, voy a rajarte de arriba abajo —le dijo, obligando a las palabras a salir.

Kell apretó los labios en un gesto sonriente, pero no se le acercó más. Aunque el Garantino no estaba atado al suelo mediante cadenas o grilletes, le era imposible ponerse en pie. Las placas gravitatorias situadas bajo el suelo del compartimento que ocupaba el eversor estaban activadas muy por encima del nivel habitual de fuerza, lo que aplastaba al asesino contra el suelo por el simple peso de su propio cuerpo. Las venas se le dibujaban en la piel mientras su físico modificado se esforzaba por mantenerlo con vida. Un humano sin implante alguno habría muerto con los pulmones colapsados o por aplastamiento de órganos una hora después de entrar en el compartimento.

El Garantino llevaba dos días allí, sometido a un régimen de drogas antipsicóticas y restauradores neuronales. Kell lo observó con atención.

—Debe ser difícil para alguien como tú. La duda. La incertidumbre —le dijo.

—No hay duda alguna en mi interior —le respondió jadeante el eversor—. Déjame levantarme y lo verás.

—Me refiero a la misión. —Eso provocó un levísimo indicio de titubeo tras la máscara con forma de cráneo del Garantino—. Despertarse sin instrucciones… Eso no puede haber sido fácil para alguien como tú.

—Mataré —le replicó el eversor.

—Así es —admitió el vindicare—. Y matarás y matarás y matarás hasta que seas destruido. Pero todo será para nada. No merecerá la pena.

El Garantino emitió un gruñido de esfuerzo e intentó lanzarse hacia adelante con las garras, hacia la puerta.

—Te mataré a ti —bufó—. Eso merecerá la pena.

Kell contuvo el impulso instintivo de dar un paso atrás.

—¿Eso crees?

—Te partí el arma, ¿verdad? —murmuró el eversor mientras el sudor le bajaba de modo profuso por el cuello desnudo—. Una pena. ¿La… apreciabas mucho?

Kell no mordió el anzuelo. Su valioso rifle largo lo habían fabricado los armeros de Isher siguiendo fielmente sus precisas instrucciones, y le había servido durante muchos años.

—No era más que un arma.

—¿Cómo yo?

Kell extendió los brazos a los lados.

—Como todos nosotros. —Kell se quedó callado un momento antes de continuar—. Ese accidente que te despertó antes de tiempo… El vanus Tariel me ha explicado que tardaríamos demasiado tiempo en hacerte entrar de nuevo en hibernación y hacerte pasar por toda la hipnoprogramación y el condicionamiento. Así pues, o te tiramos al espacio empezamos de nuevo con otro asesino de tu clase, o encontramos…

—¿Otro modo de hacerlo? —lo interrumpió el asesino iracundo, quien se rio entre toses—. Si mi clado me eligió para llevar a cabo una misión, fuese la que fuera, es que yo soy el que necesitáis. No podréis lograrlo sin mí.

—Me veo obligado a darte la razón. —Kell sonrio levemente de nuevo. El Garantino no era un matón descerebrado, a pesar de que las apariencias indicasen lo contrario—. Iba a decir un modo de llegar a un acuerdo.

El otro asesino se rio con un esfuerzo doloroso.

—¿Qué me puedes ofrecer que sea mejor que arrancarte la cabeza de los hombros, francotirador?

El vindicare se quedó mirando fijamente los grandes ojos inyectados sangre del eversor.

—Todavía no nos han comunicado nada de forma oficial, pero sólo puede haber una razón para que los dirigentes de los clados nos hayan reunido. Un objetivo. Y estoy seguro de que querrás estar allí cuando muera.

Le dijo el nombre, y el Garantino sonrio tras la máscara de calavera con grandes colmillos.

Yosef tenía los puños cerrados con fuerza, y tuvo que contenerse para no echar un brazo atrás y arrancarle de un puñetazo la media sonrisa con la que el alto bailío Laimner lo miraba. Por un momento se imaginó que lo agarraba de los rizos cubiertos de gomina y le golpeaba la cara una y otra vez contra el suelo embaldosado del cuartel hasta convertírsela en un guiñapo ensangrentado. La intensidad de la rabia que sentía era sorprendentemente aguda, y tuvo que concentrarse para no dar rienda suelta a su furia.

Laimner no dejaba de mover la mano delante de la cara de Daig mientras repetía de cien formas distintas que todo aquello era culpa de Segan por no haber seguido los canales de mando reglamentarios, por no haber solicitado las unidades de refuerzo necesarias. Llevaba diciendo lo mismo desde que habían salido del viñedo Blasko.

—¡El sospechoso se os escapó! —bramó Laimner—. ¡Lo teníais y se os escapó! —Miró fijamente a Yosef—. ¿Por qué no le disparaste? En la pierna, por ejemplo. Ni siquiera intentaste derribarlo.

—Podría haber salido con él por la puerta principal —le replicó Daig, furibundo—. ¡Iba a rendirse!

Laimner se volvió de nuevo hacia él.

—¿Eres estúpido? ¿De verdad lo creías? —Señaló con un dedo la pila de pictogramas procedente de las escenas del crimen que estaba sobre su mesa—. Sigg os estaba engañando. Quería jugar con vuestros cuerpos hasta destrozarlos, ¡y casi le dejáis hacerlo!

Yosef consiguió controlarse y le espetó una pregunta:

—¿Cómo sabían dónde nos encontrábamos?

—No seas estúpido tú también, Sabrat —le replicó Laimner—. ¿De verdad crees que la estatúder iba a dejar que os encargarais de un caso tan importante como éste sin seguiros el rastro en todo momento?

Yosef vio que Daig se quedaba pálido, pero no le prestó mayor atención. En vez de eso, insistió.

—Teníamos una pista sólida… ¡y de una fuente fiable! Podríamos haber traído a Sigg para interrogarlo, ¡pero entonces llegó con esa banda de matones y lo estropeó todo!

—¡Cuidado con lo que dices, bailío! —le replicó a su vez Laimner. Se pasó un dedo de forma deliberada por la varilla que indicaba su rango—. Recuerda con quién estás hablando.

—Si quiere ocuparse personalmente de este caso, hágalo, pero si no es así, ¡no se dedique a sabotear la labor de los agentes investigadores! —le soltó Yosef.

Laimner volvió a sonreír con expresión burlona.

—No hacía más que cumplir las órdenes de Telemach.

Yosef torció la boca en una mueca de desagrado.

—Bueno, pues gracias por dejar eso bien claro. Pensaba que habían sido su incompetencia y su falta de buen juicio lo que haría fracasar esta investigación, pero por lo que se ve, el problema viene de más arriba.

—¡Insubordinado hijo de…!

Skelta entró en tromba antes de Laimner tuviera tiempo de acabar la frase.

—¡Está aquí, señor! El… agente. El agente del barón.

La actitud de Laimner cambió en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué? ¡Pero se suponía que no llegarían hasta mañana por la mañana!

—Bueno. —Skelta señaló hacia la puerta—. Sí. No.

Yosef se volvió y vio a dos personas que entraban en pos del cazador. La primera era un hombre de piel de ébano de la misma estatura de Sabrat, pero más ancho de tórax, con el aspecto fornido de un jugador de rudabola. El cabello de color ceniciento le caía hasta los hombros en una melena espesa. Llevaba puesto un monóculo oblongo de exposición de datos que casi ocultaba una pequeña cicatriz que tenía sobre el ojo derecho. A su lado caminaba una mujer delgada y pálida con el cráneo rapado y cubierto de tatuajes intrincados. Los dos lucían el mismo uniforme verde y

plateado que Yosef le había visto llevar a Bella Gorospe, pero las bocamangas del hombre mostraban una especie de símbolo decorativo que debía de ser una indicación del rango del individuo. Se fijó en que la mujer llevaba un broche dorado que tenía la forma de un ojo abierto. Cuando la miró, ella alzó la cabeza para mirarlo a su vez, y Yosef se percató de que llevaba un collar de hierro alrededor del cuello, parecido al que se utilizaría para tener dominado a un animal peligroso. Le pareció algo fuera de lugar en una persona como ella.

El recién llegado escrutó la habitación con la mirada. Algo en su comportamiento le indicó a Yosef que había oído todo lo que se había dicho durante la discusión que había tenido lugar antes de su entrada. La mujer siguió mirándolo fijamente. Se dio cuenta de que resultaba difícil calcularle la edad.

Laimner recuperó la compostura con rapidez e hizo una leve reverencia.

—Agentes. Es un placer tenerlos en Iesta Veracrux.

—Me llamo Hyssos —dijo el hombre con un tono de voz solemne. Señaló con un gesto a la mujer—. Ella es mi compañera, Perrig.

Daig no había dejado de mirar fijamente a la mujer.

—Es una psíquica —barbotó por fin—. El ojo. Eso es lo que significa —añadió, dándose unos golpecitos en el mismo punto donde ella llevaba el broche.

Yosef también se dio cuenta de que ese símbolo del ojo se repetía de un modo sutil en los tatuajes de la mujer. Su primera reacción fue de incredulidad. Todos los ciudadanos del Imperio sabían, incluso los de los planetas más atrasados, que los psíquicos estaban prohibidos. El propio Emperador en persona, en un concilio celebrado en el planeta Nikaea, había vetado el uso de personas con capacidades psiónicas, incluso entre sus legiones de marines espaciales. Se permitía la existencia de algunas clases de psíquicos bajo el más estricto de los controles del Imperio, como, por ejemplo, los navegantes, que guiaban a las naves a través del immaterium, o los telépatas, que permitían la comunicación entre los distintos planetas. Sin embargo, a la inmensa mayoría se los consideraban

brujos mentales, aberraciones peligrosas e inestables que debían ser perseguidas y neutralizadas. Yosef jamás se había visto cara a cara con un psíquico hasta ese día, y Perrig lo intranquilizó sobremanera. La forma en que lo miraba le hacía sentir que era transparente. Tragó saliva cuando por fin Perrig apartó la mirada.

—Mi señor barón tiene permiso del Consejo de Terra para emplear a un psiónico autorizado —le explicó Hyssos a Daig—. Las habilidades mentales de Perrig me son extremadamente útiles en mi trabajo.

—¿Y qué clase de trabajo es el suyo? —inquirio Daig.

—La seguridad, bailío —le contestó.

El tono de voz de Hyssos dejó bien claro que conocía el nombre de todas y cada una de las personas que se encontraban en la estancia.

Yosef hizo un gesto de asentimiento o para sí mismo. Sabía que el clan Eurotas poseía un gran poder e influencia por todo el Segmentum Ultima, pero jamás habría llegado a creer que fueran tan grandes. Que concedieran semejante autorización para dispensarlo del cumplimiento de una ley tan rígida como el edicto de Nikaea era muy significativo. No pudo evitar preguntarse qué otras reglas y leyes podría pasar por alto e incumplir el barón.

—Esperaba que se dirigieran directamente al complejo Eurotas —comentó Laimner en un intento por recuperar el control de la conversación—. Han debido de tener un viaje muy largo y…

—No ha sido tan largo —lo interrumpió Hyssos sin dejar de estudiar la habitación con la mirada—. El barón no tardará en llegar y querrá un informe completo sobre la situación. No veo razón alguna para retrasarnos.

—¿Cuándo… llegará? —logró tartamudear Skelta.

—Dentro de un día. Quizá menos —respondió Hyssos.

La respuesta hizo que Laimner se sobresaltara. El alto bailío se pasó la lengua por los labios en un gesto de nerviosismo.

—Bien, en ese caso, tendré preparado un informe detallado. —Sonrio levemente—. Dispondré que para la llegada del barón podamos realizar una reunión completa y minuciosa…

—Disculpe —lo cortó Hyssos, interrumpiéndolo de nuevo—. Los investigadores de este caso son los bailíos Sabrat y Segan, ¿no es así?

—Bueno, sí, es cierto —contestó Laimner. Era evidente que no sabía cómo debía comportarse con el agente de Eurotas—. Pero yo soy el agente de mayor rango del cuartel y…

—Pero no es un agente de investigación —lo atajó una vez más Hyssos con voz firme y tranquila. Miró un momento a Yosef a través del monóculo—. El barón prefiere que la información le llegue lo más directa posible desde su fuente de origen. De la persona más cercana al asunto.

—Por supuesto —admitió Laimner con voz tensa al darse cuenta por fin de que lo estaban dando de lado—. Deben actuar como crean más conveniente.

Hyssos hizo un gesto de asentimiento.

—Eso se lo prometo, alto bailío. Perrig y yo ayudaremos a Iesta Veracrux a llevar a ese asesino ante la justicia en el plazo más breve de tiempo. Por favor, transmítale ese mensaje en mi nombre a la estatúder al margrave.

—Por supuesto —repitió Laimner con una sonrisa forzada y falsa.

Salió de la estancia sin decir ni una sola palabra más, pero no sin antes lanzarle una última mirada furibunda a Yosef mientras cerraba la puerta.

Yosef ya se sentía agotado por todo lo que ya había ocurrido a lo largo del día, a pesar de que apenas acababa de comenzar. Dejó escapar un suspiro y apartó la mirada, pero se encontró con que Perrig lo estaba mirando fijamente otra vez.

Cuando habló, su voz resonó de un modo melodioso, algo que contrastaba con el fuego que brillaba en sus ojos.

—Aquí existe algo horrible —les dijo—. La oscuridad se condensa en los bordes de nuestra percepción. Mentiras y asesinatos. —La psíquica suspiró—. Todos lo han visto.

Yosef apartó la vista con un gran esfuerzo y le hizo un gesto de asentimiento a Hyssos.

—¿Por dónde quieren empezar?

—Dígamelo usted —le contestó el agente.

La *Ultio* entró en el campo de gravedad del gigante gaseoso y cruzó el complejo entramado de órbitas que describían las lunas exteriores de Júpiter. Era casi un sistema solar en miniatura, en el que el centro lo constituía el planeta gigante en vez de un astro llameante. La nube de satélites y asteroides troyanos que lo rodeaban estaban cubiertos de colonias humanas, de factorías y de forjas, y todo el sistema obtenía energía de la radiación que emanaba del inmenso planeta para extraer riquezas minerales que ni siquiera los largos siglos de explotación habían conseguido agotar. Júpiter era el astillero de Terra, y su cielo siempre estaba repleto de naves. Los muelles espaciales y las factorías alrededor de Ganimedes y de otra docena de satélites de menor tamaño trabajaban sin descanso para construir naves de todo tipo, desde interceptores monoplaza de la clase Rayen hasta los gigantescos acorazados de mando de flota de la clase Emperador.

A la *Ultio* debería haberle sido fácil pasar desapercibida en una zona tan abarrotada de naves y de monitores orbitales de todo tipo, pero la seguridad era extrema y la sospecha aparecía por todos los puntos cardinales. Durante las primeras etapas de la insurrección, una alianza de conspiradores, formada por traidores del Adeptus Mechanicum y por astartes de la legión de los Portadores de la Palabra, habían construido en secreto una nave inmensa a la que habían bautizado con el nombre de *Abismo Furioso*. Lo habían hecho en un astillero clandestino del asteroide satélite Thule. El pequeño satélite jupiterino había resultado despedazado durante el despegue explosivo de la nave traidora, y los restos que habían quedado todavía orbitaban en el extremo del sistema planetario. Sin embargo, la onda expansiva de la destrucción de Thule y el incidente del *Abismo Furioso* aún eran perceptibles. Por ello, la *Ultio* avanzó con cautela y procuró no provocar incertidumbre alguna. Se esforzó por no llamar la atención. Con la seguridad que ofrecía su disfraz, la nave pasó bajo la sombra de los hábitats de Yocasta y Ananké para luego adentrarse en la órbita de los satélites galileanos. Cruzó por delante de la luna océano

artificial Europa, y de la masa burbujeante anaranjada que era Io. Luego siguió un rumbo lento pero directo que lo llevó a cruzar las bandas de nubes de color naranja sucio, de color oscuro y de color gris crema en su descenso hacia la Gran Mancha Roja.

Una gran rueca flotaba sobre ella, bañada por su brillo carmesí. La estación espacial Saros se asemejaba a un candelabro de cristal que alguien hubiera separado de su montura y hubiera soltado en el vacío para que captara y reflejara la luz de las estrellas. A diferencia de las demás instalaciones industriales y coloniales, Saros era una estación de recreo, donde la élite de Júpiter podía encontrar respiro y asueto lejos del trabajo en los astilleros y en las manufactorías. Se decía que sólo las estaciones orbitales de Venus eran capaces de superar en lujo a la estación espacial Saros. Eran famosas sus avenidas de oro y plata, sus jardines de gravedad cero y hectáreas de extensión, sus auditorios, y el que se proclamaba como el mejor edificio de ópera aparte del que albergaba el Palacio Imperial.

La estación espacial cubrio todo el campo de visión de la cabina de mando de la *Ultio* a medida que la nave se fue acercando.

—¿Para qué hemos venido? —preguntó Iota en un tono desabrido.

—Para recoger a nuestra siguiente recluta —le respondió Tariel—. Koyne, del clado Callidus.

El Garantino, que estaba en la parte posterior de la cabina de mando, agachó la cabeza para no darse con el techo.

—¿Para qué necesitamos a uno de ellos? —preguntó con voz rasposa llena de desprecio.

—Porque es lo que ordena el señor de los asesinos —le replicó Kell in ni siquiera volverse.

El vanus apartó la mirada de las pantallas desplegadas en el aire alrededor de su guantelete.

—Según mis informes, ahora mismo se está celebrando un importante acontecimiento cultural. Un recital del opus *Edipo Neo*.

—¿El qué? —bufó el eversor.

—Es una representación teatral que incluye danza, música y oratoria —explicó Tariel sin hacer caso del tono burlón—. Es un encuentro social de gran importancia en la zona jupiterina.

—Debo de haber perdido mi invitación en algún lado —gruñó el eversor.

—¿Y esa tal Koyne está ahí abajo? —Iota se acercó hasta una de las portillas de observación y pegó las manos a la cubierta mientras observaba con atención la estación Saros—. ¿Cómo reconoceremos a una asesina callidus sin rostro entre tantos rostros?

Kell repasó con atención los protocolos de toma de contacto que le habían proporcionado, y frunció el entrecejo.

—Pues tenemos que… mandar flores.

Gergerra Rei lloró como un niño cuando Yocasta se dirigió hacia su muerte.

Los nudillos se le pusieron blancos por la fuerza con que apretó la balaustrada del palco flotante que el teatro le había proporcionado. A su espalda, los centinelas mecánicos de su manípulo personal permanecían inmóviles e insensibles mientras los labios de su señor temblaban con un jadeo anhelante. Rei se inclinó hacia adelante, casi como si pudiera convencerla con su voluntad de que soltara la horca de cable de acero y no la colocara alrededor de su delgado cuello. Un grito comenzó a formarse en su garganta y quiso llamarla, pero fue incapaz.

El noble ya había visto aquella ópera en otras ocasiones, y aunque siempre le había gustado la representación, jamás se había sentido tan arrebatado como aquella noche. La obra se representaba una vez cada dos años, y en cada ocasión era un espectáculo ostentoso y lujoso al que acudían decenas de gobernantes, nobles y personajes de alto rango, pero lo más importante siempre era la obra.

Todos los miembros de la élite de la sociedad jupiterina compartían el mismo temor respecto al espectáculo de ese año. Al principio tan sólo eran los más pesimistas, que insistían en que la obra no debería representarse

debido al conflicto que sacudía al Imperio, pero cuando la diva Solipis Mun murio debido a un trágico accidente en una esclusa de aire, muchos coincidieron aduciendo que debía anularse como muestra de respeto hacia la fallecida.

Sin embargo, para ser sincero, Rei no echaba de menos la actuación de la diva Mun. Había representado a Yocasta con energía y pasión, pero después de tantas funciones, su caracterización del personaje se había vuelto repetitiva y descuidada, sin matices. Sin embargo, aquella nueva reina, aquella nueva Yocasta, una mujer procedente de los salones de Venus, según tenía entendido, había decidido tomar el papel y le había insuflado una nueva vida. Durante el primer acto dio la impresión de que imitaba el estilo de Mun, pero no tardó en desarrollar plenamente su propia interpretación del personaje, y al hacerlo eclipsó por completo a la diva fallecida, y de tal modo que Rei se olvidó de su predecesora a medida que la ópera se dirigía hacia su final. La nueva actriz también había traído consigo una nueva dirección, y la representación había pasado del estilo habitual de vestuario moderno a una moda extrañamente atemporal en los atuendos. Todos mostraban colores metálicos y curvas suaves que a Rei le resultaron muy atrayentes.

En ese momento, con el escenario empapado en una luz de un color rojo sangriento y con los destellos procedentes de la Gran Mancha Roja situada al otro lado de las claraboyas, el personaje de Yocasta se quitaba la vida mientras la orquesta tocaba una serie de acordes ominosos. Rei había tenido la esperanza, contra todo sentido lógico, de que la obra se apartara de repente del guión que conocía tan bien, pero no fue así. El cuerpo de la actriz se desvaneció por un lateral del escenario y comenzó la escena final de la ópera, pero Rei se dio cuenta de que era incapaz de centrarse en el trágico destino que sufría el pobre y cegado Edipo. El actor principal se entregó del todo en el acto final, y consiguió que todo el público se pusiera en pie con un huracán de aplausos.

Rei sólo logró recuperar la compostura y se apartó aturdido de la balaustrada cuando el palco flotante regresó a la balconada superior y se acopló con un chasquido suave.

La actriz realmente lo había conmovido. A Rei casi le había dado la impresión de que la nueva Yocasta sólo actuaba para él. Casi hubiera jurado que en el momento exacto del suicidio del personaje, ella lo había mirado directamente a los ojos y había llorado con él.

El rango social de Rei le otorgaba de forma automática una invitación a la fiesta posterior a la representación que se celebraba en el auditorio. Habitualmente no asistía a este tipo de celebraciones, ya que prefería la compañía de sus propias máquinas a la de los pavos vanidosos que constituían la mayor parte de los individuos que querían codearse con la comunidad artística de Júpiter. Sin embargo, esa noche no declinaría la invitación. Quería conocerla.

La fiesta estaba embargada por un ánimo eufórico, exultante con la emoción transmitida por la energía de la actuación, como si todavía resonase por todo el edificio después de que la última nota musical se hubiese apagado. Los críticos de las agencias de comunicación esperaban a que les llegase su turno de felicitar al director y al actor que había representado el papel del angustiado rey, pero todos ellos lo hacían mientras miraban a su alrededor con la esperanza de llegar a ver a la verdadera estrella de la actuación, la reina de aquella noche, la nueva Yocasta.

Todos los nobles invitados eran conscientes de ello mientras las conversaciones se alternaban entre las alabanzas a la ópera y las discusiones sobre la rebelión y las presiones que eso había provocado sobre Júpiter y sus astilleros. Las heridas abiertas por el incidente de Thule no se habían cerrado del todo aún a pesar de los mensajes tranquilizadores enviados desde el Consejo de Terra, a pesar de las purgas discretas y de las culpas repartidas. Se seguían cruzando acusaciones de un lado a otro. Algunos culpaban al señor de la guerra de aquel acto tan bajo, tan pérfido y tan criminal. Otros, que hablaban en voz muy baja, se preguntaban si el Emperador no habría permitido que aquello ocurriera para así tener una excusa y dominar a los jupiterinos con mano más férrea

todavía. Todos y cada uno de los procesos de desarrollo de las forjas estaba centrado en la construcción de una maquinaria militar pensada para detener el avance de los traidores, pero muchos opinaban que eso estaba desangrando a Júpiter. Aquellos que se planteaban estas cuestiones también se planteaban otros asuntos. Sobre todo, se preguntaban cómo había sido posible que un gran grupo de trabajo formado por miembros del Adeptus Mechanicum y del Adeptus Astartes del bando traidor hubiera conseguido construir una nave de las dimensiones del *Abismo Furioso* sin que nadie alertara de su deslealtad.

¿Era posible que Júpiter albergara a simpatizantes de los rebeldes? Ya había ocurrido con el Mechanicum de Marte, y algunos murmuraban que incluso entre unos cuantos de los señores de la guerra de las naciones supuestamente unificadas de Terra. Las preguntas no cesaban de cruzar una y otra vez la estancia, pero se interrumpieron de inmediato cuando Gergerra Rei hizo su aparición.

Rei tenía un aspecto magnífico con la túnica bordada con circuitos propia de un lord del Adeptus Mechanicum. Todos conocían su rango como magíster de la secta Kapekan de la Legio Cibernética. Tenía bajo su mando personal a dos cohortes completas de mecanoides de combate, y sus tropas habían luchado en muchas batallas de renombre durante toda la Gran Cruzada al lado de los Lobos Lunares y el señor de la guerra.

Como muchos de los miembros de la Legio Cibernética, a Rei le disgustaban las burdas mejoras realizadas con artefactos llenos de maquinaria que tan comunes eran en sus colegas del Adeptus Mechanicum. Prefería implantes más sutiles, que no desfiguraran o hicieran desaparecer su aspecto humano, aunque aquellos que conocían bien a Rei sabían que la poca humanidad que le quedaba aparecía en raras ocasiones, y siempre de forma muy fugaz.

Detrás de él, caminando con fluidez, llegaron sus guardaespaldas, un manípulo de tres unidades de robots de la clase Cruzado que habían sido modificados. Cada una de las máquinas de aspecto insectoide estaba pintada como si fuera una obra de arte, y era una variante simplificada del robot estándar de combate, ya que sólo iban armados con un sable de

energía discretamente envainado y un rifle láser. Lo acompañaba un cuarto robot, pero éste se había construido siguiendo sus directrices específicas para que tuviera forma femenina y una superficie de cromo pulido. Caminaba a su lado y le hacía las veces de asistente.

Nadie hablaba sobre lealtad y fidelidad cuando Rei estaba cerca. Sus máquinas eran capaces de captar un susurro en mitad de una multitud rugiente, y aquellos que se atrevían a sugerir que Rei no era un siervo fiel del Emperador vivían lo suficiente como para arrepentirse de haberlo hecho.

El magíster del Mechanicum tomó una copa de brandy de Vega y picoteó unos cuantos dulces que le ofrecían los sirvientes en bandejas muy ornamentadas. Antes de llevárselos a la boca, su asistente mecánico olisqueaba con delicadeza cada uno de los pequeños bocados. La cabeza del robot llevaba incorporado un aparato sensor capaz de captar cualquier rastro de veneno. La máquina hizo un gesto negativo con la cabeza en cada una de las ocasiones, por lo que comió y bebió, pero ninguna de aquellas viandas sació el ansia que realmente lo invadía. Rei se dedicó a hablar unos instantes con el director del teatro, aunque fue una charla vacía y meramente formal. Ninguno de los dos quería pasar demasiado tiempo en compañía del otro. A Rei simplemente no le interesaba, y el director estaba sin duda tremendamente preocupado al no saber la razón por la que el señor kapekano había decidido por fin aceptar la invitación que había rechazado durante tanto tiempo. Sin embargo, ambos sabían que debían cumplir el ritual del saludo en aras de las apariencias.

—¿Mi señor Rei?

Se dio la vuelta y vio que se le había acercado un sirviente, un joven vestido con el uniforme Saros que mostraba una expresión nerviosa en el rostro. Pasó con precaución al lado de los robots guardaespaldas sorteándolos para entregarle una tarjeta, y ése fue su error. El sirviente no esperó a que le contestara, e intentó entregarle la tarjeta antes de que le dieran permiso para acercarse.

La ayudante de Rei dio un paso con un leve siseo hidráulico, y con un movimiento fluido agarró la mano que el sirviente había alargado hacia su señor y se la rompió por la muñeca. Los huesos se partieron con un crujido húmedo y el rostro del sirviente palideció por el dolor. Se tambaleó y probablemente se habría caído al suelo si la máquina no lo hubiera mantenido en pie.

—¿Qué es esto? —le preguntó Rei.

El sirviente le contestó con los dientes apretados.

—Un… un mensaje para vos, señor… —Jadeó y lo miró con expresión suplicante—. Por favor, sólo hice lo que la dama me pidió…

—¿La dama? —El corazón de Rei palpitó con fuerza—. Dámelo.

La asistente tomó la tarjeta y se la llevó a los labios de cromo. Luego la lamió con una lengua que desconcertantemente parecía muy humana, esperó un momento, y luego se la entregó a su dueño. Si alguien hubiera cubierto la superficie de la tarjeta con toxinas de contacto, ese gesto las habría destruido.

El señor del Mechanicum contuvo el temor que amenazaba con extenderse a sus manos mientras leía la caligrafía lánguida de aquella mano femenina. Sólo ponía una palabra: «Venid». Le dio la vuelta y vio la dirección de uno de los apartamentos que el teatro de la ópera reservaba para los artistas invitados.

—¿Ocurre algo? —le preguntó el director con el rostro lleno de preocupación.

Por toda contestación, Rei le puso en las manos la copa de brandy y se marchó. Los robots lo siguieron, y el sirviente se dejó caer de rodillas mientras se agarraba con la mano sana la muñeca destrozada.

Los apartamentos se encontraban a poca distancia en elevador neumático; tres niveles dentro de las cubiertas residenciales más exclusivas de la estación espacial Saros. Rei poseía su propia morada orbital en Calisto, por lo que no disponía de residencia en Saros, pero había visitado aquellas estancias en más de una ocasión durante algunas de sus numerosas

relaciones, por lo que sabía hacia dónde debía dirigirse. La presencia de su manípulo impidió que nadie se atreviera a estorbarlo y a retrasarlo, por lo que no tardó en llegar a la puerta en cuestión. Su asistente llamó, y los servomotores de la puerta la abrieron sin un solo ruido.

Del interior surgió una voz sedosa.

—Entre.

Rei dio un paso… y titubeó. El pulso se le había acelerado como el de un muchacho durante su primer enamoramiento, y por mucho que le gustara aquella sensación, seguía siendo quien era. Sus enemigos ya habían intentado utilizar a varias mujeres como armas para acabar con él, y las había enterrado a todas. ¿Podría ser éste un nuevo intento de matarlo? Sintió que se le resecaba la garganta. Mantuvo la esperanza de que no fuera así. El extraño y efímero vínculo que había sentido con la actriz le había parecido muy real, y la sola posibilidad de que aquello se hubiera producido simplemente para matarlo le dolía profundamente.

Durante un largo momento titubeó en el umbral y contempló la posibilidad de dar media vuelta y marcharse, de tomar el elevador neumático de vuelta a los muelles y subirse a su nave particular para irse y no regresar jamás.

Sólo pensar en ello le hizo sentir una cuchillada en el estómago, y en ese preciso instante, ella habló de nuevo:

—¿Mi señor?

Captó el reflejo de sus propias preguntas y miedos en sus palabras.

Su asistente pasó por delante de él, y Rei se dispuso a seguirla, pero dudó de nuevo. Aunque se cumpliera lo que él esperaba de esta noche gloriosa, seguía sin poder permitirse perder de vista la realidad de la vida. Se volvió hacia los robots de combate y pronunció una serie de palabras de mando. Los elementos del manípulo se apresuraron a tomar posiciones de vigilancia alrededor de la puerta del apartamento, con las armas preparadas y las cabezas, semejantes a mantis, inclinadas para no dañar las lámparas que colgaban del techo.

Rei entró por fin en la estancia y quedó sobrecogido por la visión que venía ante él.

Lo primero que pensó fue: «¡No está muerta!». Eso era indudable, por supuesto. Tan sólo había sido una representación, pero para él fue tremendamente real. La mujer estaba de pie, vestida todavía con el atuendo regio de su personaje. La piel perfecta de su cuerpo esbelto y ágil era visible a través del plateado diáfano de su vestido. Los destellos metálicos acentuaban sus pómulos y las formas almendradas de sus ojos oscuros. Hizo una reverencia antes de apartar la mirada.

—Mi señor Rei. Temí que no quisierais visitarme. Temí haberme atrevido demasiado…

—Oh, no —la interrumpió Rei con la boca seca—. No. El honor es todo mío… —Logró sonreír—. Mi reina.

Ella alzó los ojos para mirarlo y le respondió con una sonrisa. Fue una Sión maravillosa.

—¿Me llamaréis así, mi señor? ¿Puedo ser vuestra Yocasta? —le dijo mientras jugueteaba con la leve cortina de seda que separaba las estancias del apartamento.

Él se sintió atraído de inmediato y cruzó la superficie blanca y esponjosa de la gruesa alfombra que cubría el suelo de la antesala.

—Eso es algo que me gustaría mucho —le respondió Rei en voz baja.

La mujer, su Yocasta, miró a la sirviente mecanoide.

—¿Ella se unirá a nosotros?

La clara invitación que encerraba su pregunta hizo que Rei parpadeara sorprendido.

—Ah… No. —Se dio la vuelta—. Espera aquí —le ordenó con voz seca al robot.

Su Yocasta sonrio de nuevo y desapareció en la estancia que había al otro lado. Rei le devolvió la sonrisa y se detuvo un instante para desabrocharse la túnica. Miró a su alrededor y vio un ramo de rosas saturninas frescas que todavía estaban protegidas por el envoltorio. Dejó la prenda tirada al lado de las flores y la siguió al dormitorio.

Yocasta no lloró mientras Gergerra Rei se dirigía hacia su muerte.

La reina lo rodeó con sus brazos largos y suaves cuando él entró. Se puso de puntillas para pegar el cuerpo al suyo, para aplastar sus senos contra su pecho, para amoldarse a él. La sonrisa confusa del señor del Mechanicum era temblorosa, y jadeó en busca de aire. Aquella reacción era la esperada. Su reciente amor apasionado por Yocasta, ya que de eso se trataba, de la recreación más exacta y pura de la liberación de elementos neuroquímicos, era el resultado final de muchas semanas de un bombardeo de feromonas cuidadosamente planificado. Habían descargado sobre Rei cantidades ínfimas de sustancias análogas a la metadopamina y a la serotonina, y lo habían hecho una y otra vez. Las dosis eran tan bajas que ni siquiera los sensores ultrasensibles de su asistente mecánica fueron capaces de detectarlas. La acumulación de las dosis lo empujó a un comportamiento casi obsesivo, y eso se combinó con el modelo fisiológico basado en su gusto en lo referente a parejas de cama femeninas. Con todo aquello, la trampa estaba armada y cargada de miel.

Yocasta rodeó la nuca de Rei con una mano y le hizo agachar la cabeza para acercarla y darle un beso en los labios. Él se estremeció cuando recibió la caricia, y se entregó por completo. Fue muy fácil.

Gergerra Rei había participado en la construcción del Abismo Furioso. Lo había hecho de un modo que no se pudiera demostrar ante un tribunal de justicia, de un modo que no lo relacionara de forma directa con la propia traición, pero sí lo suficiente como para que los guardianes del Imperio estuvieran seguros del hecho. Fuera cual fuese su crimen exacto, quizá la transferencia de ciertos sobornos, la desviación de materiales y obreros, el permiso concedido a naves que no deberían haber pasado… el magíster de la secta Kapekan había obedecido las órdenes del traidor llamado Horus Lupercal.

Yocasta llevaba una pequeña arma escondida debajo de la lengua, y la empujó hacia arriba hasta sostenerla con firmeza entre los dientes apretados. Lamió la placa de disparo, y eso fue lo único que hizo falta para que el pistósculo abriera fuego. El proyectil, del tamaño de una aguja, penetró a través del paladar de Rei y se fragmentó, lo que permitió que los filamentos de alambre monomolecular estallaran hacia fuera. Atravesaron

la carne de la cavidad nasal y subieron hasta el prosencéfalo, la parte delantera del cerebro, donde convirtieron en pulpa todo lo que tocaron. Rei se desplomó hacia atrás y cayó sobre la cama mientras los chorros de sangre y de materia cerebral deshecha le salían por la boca y por las fosas nasales. Su cuerpo se hundió entre las sábanas de seda, y luego resbaló arrastrándolas hasta el suelo, lo que dejó al descubierto el cadáver de la actriz cuyo rostro había amado de un modo tan ardiente.

Su asesina se movió con rapidez y se desprendió de la ilusión de la imagen de la muerta mientras el cadáver del objetivo comenzaba a enfriarse.

La carne se modificó levemente y el rostro de Yocasta se volvió menos definido, hasta parecer más un bosquejo en un papel que una verdadera cara. La asesina escupió el pistósculo y se olvidó de esa arma. Luego deslizó sus afiladas uñas por el interior de uno de sus poderosos muslos. Una hebra de la piel se separó para dejar al descubierto una cavidad húmeda. Los largos dedos de la asesina sacaron un rollo y un mango del interior. Sacudió con delicadeza el artefacto y se dirigió hacia las cortinas de seda. Rei había muerto de un modo silencioso, pero sin duda la asistente mecánica era lo bastante inteligente como para realizar cada pocos segundos un escaneo pasivo de la estancia en busca de latidos de corazón, y si detectaba únicamente un corazón en vez de dos…

El rollo se desenvolvió hasta formar una estrecha cinta de metal de aproximadamente un metro de longitud. En cuanto quedó extendida por completo, la hoja se volvió rígida. Se la llamaba «espada de memoria», y la aleación con la que estaba forjada era capaz de ablandarse y endurecerse simplemente con pulsar un botón.

A Koyne le gustaba la espada de memoria. Le encantaba su escaso peso. También le gustaba lo que era capaz de hacer. La hoja trazó un arco salvaje en el aire y cortó la delgada cortina de seda. El movimiento alertó al mecanoide, pero no consiguió reaccionar con la rapidez suficiente. Koyne le clavó la punta de la espada en el pecho de cromo y atravesó la envoltura blindada que protegía el módulo de biocortex que actuaba como

cerebro del robot. El aparato emitió un débil pitido y el mecanoide se convirtió en una estatua rígida e inmóvil.

La asesina dejó la espada donde la había clavado y se tomó un momento para prepararse para el siguiente movimiento. Koyne conocía tan bien a Gergerra Rei como a la actriz que representaba a la reina Yocasta, y adoptaría su forma con la misma facilidad. Los miembros del clado Callidus despreciaban el uso de la palabra «mimetismo». Era un término demasiado pobre para abarcar la sincronía absoluta que cualquier callidus conseguía con sus engaños. Mimetizarse con algo era imitarlo, fingir serlo. Koyne se convertía en el propio disfraz, habitaba todas y cada una de las identidades, aunque sólo fuera por un breve espacio de tiempo.

La callidus era una escultura que se tallaba a sí misma. Los implantes biológicos y las grandes dosis del fármaco mutágeno conocido como metamorfina permitían que la piel, la carne y los músculos se volvieran flexibles y moldeables. Aquellos que no lograban controlar la libertad que otorgaba se desplomaban convertidos en monstruosidades amorfas, en criaturas semejantes a estatuas de cera derretidas que eran poco más que montones de huesos y órganos. Sin embargo, aquellos que eran capaces de controlar ese don, como Koyne, podían convertirse en cualquier persona.

La asesina se concentró y se convirtió en un ser neutro, en una forma gris asexuada con una superficie lisa y prácticamente sin rasgo alguno. La callidus no recordaba cuál había sido su sexo al nacer. Ese dato era irrelevante cuando resultaba posible ser hombre o mujer, joven o viejo, o incluso humano o alienígena, si se deseaba.

Fue en ese momento cuando Koyne se fijó en las flores. Las había entregado un mensajero poco antes de que llegara Rei. La asesina se acercó a ellas y contó el número de pétalos de cada rosa, además de tener en cuenta su color. Un gesto parecido a la irritación cruzó el rostro indefinido de la asesina, y Koyne se dirigió hacia el cubículo de comunicación situado en la pared de enfrente. Marcó la secuencia secreta de codificación que le habían transmitido a través de la disposición de las flores.

La respuesta fue casi inmediata, lo que implicaba que había una nave muy cerca.

—¿Koyne? —dijo una voz masculina y áspera.

La callidus copió de inmediato el tono de voz antes de contestar.

—Habéis roto mi protocolo de silencio.

—Hemos venido a ayudarte a cumplir tu misión con la mayor rapidez posible. Tienes nuevas órdenes.

—Oídme bien, estúpidos. No tengo ni idea de quiénes sois, ni tampoco sé cuál es la autoridad que creéis tener, pero estáis poniendo en peligro el cumplimiento de mi misión y me estáis estorbando. —En la cara de Koyne apareció una mueca de disgusto, una expresión desagradable en aquel rostro gris—. No necesito que me ayudéis en nada de nada. No volváis a interrumpirme.

La callidus cortó la comunicación y se dio media vuelta. Aquel comportamiento carecía de toda profesionalidad. El clado sabía muy bien que una vez un asesino comenzaba una misión no se podía poner en peligro su tapadera excepto en las circunstancias más extremas, y sin duda alguna, la impaciencia de alguien no era motivo suficiente para ello.

Koyne se sentó y se concentró en Gergerra Rei, en su voz, en su forma de caminar, en todo el conjunto del individuo. Su piel se arrugó y se movió hasta engrosarse. Los implantes se movieron poco a poco para añadir masa y volumen. La asesina fue cambiando de un momento a otro.

Pero la transformación no había finalizado cuando los tres robots de combate atravesaron la puerta en busca de un objetivo.

Kell se quedó mirando el comunicador que tenía delante.

—Bueno, eso no ha sido precisamente muy educado —murmuró.

—La arrogancia es uno de los rasgos de carácter más comunes en el clado Callidus —le explicó Iota.

El Garantino miró a Kell desde el otro extremo del abarrotado puente de la *Ultio*.

—¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Llevarla a una función? ¿Quizá a cenar? —El enorme asesino gruñó irritado—. Bájame a la estación espacial. Te traeré a esa bicha escurridiza cambiaformas aunque sea a trozos.

Sin embargo, antes de que Kell tuviera tiempo de responderle, la luz de alarma de uno de los sensores se encendió y empezó a parpadear. Tariel movió varios hololitos que rodeaban su guantelete y en el rostro se le dibujó un gesto de preocupación.

—La nave ha captado descargas de energía cerca de donde se encuentra Koyne. —Alzó la cabeza para mirar más allá del morro de la nave, donde la estación espacial Saros flotaba en el espacio—. Puede que la callidus esté en apuros.

—Deberíamos ayudarla —comentó Iota.

—Koyne no quería ninguna clase de ayuda. Eso lo dejó bien claro —le contestó Kell.

Tariel señaló con un gesto una de las pantallas.

—Los magnosensores del auspex muestran la existencia de varias unidades mecanoides en la zona. Son robots de combate, vindicare. Si la callidus queda acorralada…

Kell alzó una mano para que se callara.

—El señor de los asesinos la eligió por una buena razón. Consideremos que su huida del lugar es una prueba, ¿de acuerdo? Ya veremos lo buena que es esa tal Koyne.

El Garantino profirio un bufido bronco de diversión.

Koyne logró llegar hasta la avenida privada del exterior de los apartamentos tan sólo con algunas heridas leves. La callidus había conseguido recuperar la espada de memoria del cadáver metálico de la asistente de Rei. Se dio cuenta demasiado tarde de que debía existir un biocórtex de reserva protegido en el interior de la máquina, uno capaz de lanzar un mensaje de advertencia al resto del manípulo de guardaespaldas de Rei. Koyne estaba segura de que en esos precisos instantes ya había

más robots dirigiéndose hacia donde ella se encontraba procedentes de la nave del señor del Mechanicum. Todos se habrían activado con el protocolo de letalidad máxima tras la muerte de su dueño. La directiva principal sería muy simple: buscar y destruir al asesino de Gergerra Rei.

Si hubiera tenido más tiempo… Si Koyne hubiera podido completar su cambio en Rei, eso habría sido suficiente para engañar a los sentidos automáticos de las máquinas, al menos habría ganado suficiente tiempo para llegar al punto de extracción y salir de la estación espacial. A Rei y a la actriz los habrían encontrado días más tarde, junto a todas las pruebas que Koyne había preparado para crear la escena de un asesinato con suicidio compartido por un par de amantes con una relación condenada al fracaso. Tenía el tono teatral justo que atraía a la élite intelectual de la estación espacial Saros.

Pero todo aquel esfuerzo para reunir pruebas no había servido para nada. Koyne huía cojeando y con un dolor ardiente en la pierna debido a la herida que le había provocado el impacto de refilón de un disparo láser. La callidus se asemejaba a un modelo inacabado de arcilla gris rosácea. Se encontraba a mitad entre su aspecto neutro básico y la forma del señor del Mechanicum.

Un grupo de juerguistas apareció en dirección opuesta, y Koyne se lanzó a la carrera hacia ellos. Mantuvo la mirada fija en el más cercano con toda la intensidad que pudo y se imaginó que su identidad era la de la propia asesina. La callidus oyó el retumbar de las pisadas de los estilizados robots de combate que se habían lanzado en su persecución mientras se comunicaban entre sí con el chasqueante lenguaje del código máquina.

El pequeño grupo reaccionó ante aquella persona desconocida, y la alegría pasó en un instante a convertirse en una confusión colectiva. Koyne concentró hasta el más mínimo gramo de control mental en adoptar el rostro del ciudadano, o al menos, en algo parecido, y se mezcló con el resto de la gente.

Los robots se detuvieron y bloquearon el paso, con las armas apuntando hacia adelante, y los ojos de facetas múltiples de sus módulos

sensoriales examinaron en profundidad el gentío. Los juerguistas perdieron parte de su buen humor ante la amenaza evidente por parte del manípulo de máquinas.

Koyne sabía muy bien lo que ocurriría a continuación. Se trataba de algo inevitable, pero al menos aquellos momentos de duda le proporcionarían un poco de tiempo. La callidus buscó una ruta de huida a su alrededor, y encontró un pasillo lateral que llevaba hacia una cúpula de observación. Empezó a abrirse paso a empujones entre la gente.

Fue en ese momento cuando las máquinas abrieron fuego contra la multitud. Al ser incapaces de identificar con absoluta seguridad a su objetivo entre tantas personas, pero con la certidumbre de que el asesino de su dueño se encontraba entre ellos, los robots tomaron la decisión más lógica: matarlos a todos para que no hubiera duda alguna del cumplimiento de la misión.

Koyne corrio a través de los ciudadanos dominados por el pánico mientras los disparos láser cruzaban el aire y los abatían. La asesina entró de un salto en el pasillo y corrio hacia el extremo sin salida. La luz roja procedente de la tormenta jupiterina se filtraba a través del ventanal de observación, lo que desdibujaba los bordes de los objetos y lo cubría todo con una capa carmesí.

El tiempo de nuevo. Muy, muy poco tiempo. La callidus se concentró y se provocó una arcada para abrir un estómago secundario y vomitar un paquete que contenía un material blanco y pastoso. Koyne desgarró con manos temblorosas la delgada membrana que lo cubría y dejó que el aire entrara en contacto con el ladrillo blando que había en su interior. El objeto comenzó a ennegrecerse y a derretirse de inmediato, y la asesina se apresuró a pegarlo a la superficie vítrea de la cúpula.

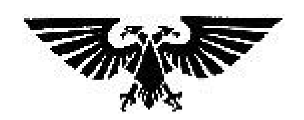
Los robots continuaron la persecución. Los disparos ya habían cesado, y sus perseguidores avanzaron por el corredor. Koyne distinguió sus enormes sombras moviéndose sobre las paredes a medida que se acercaban.

La asesina se sentó en el suelo, en mitad de la estancia, y se olvidó de la cara del ciudadano, de la cara de Gergerra Rei y de la reina Yocasta. En

vez de en eso, se concentró en algo muy antiguo. Koyne permitió que la metamorfina ablandara su carne hasta convertirla en una masa también pastosa que fluyó hasta endurecerse y transformarse en algo semejante a la quitina de los insectos. Expulsó el aire de su interior, compactó los órganos y los apretó entre sí. Su cuerpo se fue transformando en una masa de carne oscura, pero no con la rapidez suficiente.

El manípulo de robots de combate entró en la cúpula de observación justo en el momento en que el paquete de plasma termorreactivo completaba su ciclo de oxigenación y se autodetonaba. La explosión destrozó la cubierta de vidrio blindado de la cúpula, y todo lo que había en su interior salió disparado hacia el espacio. Las máquinas guardaespaldas de Rei se alejaron girando sobre sí mismas en el vacío mientras las escotillas de seguridad bajaban rápidamente de forma automática para aislar y sellar el pasillo. El cuerpo de Koyne, envuelto por una cáscara de su propia piel, salió con ellos hacia la oscuridad.

Allí fuera, la *Ultio* se acercó un poco más.



SIETE

AVISO DE TORMENTA
UNA VIEJA HERIDA
EL OBJETIVO

Yosef Sabrat se sentía completamente perdido y fuera de su mundo.

La sala de audiencias era lo suficientemente grande como para que en ella cupiera tres veces toda su casa, y estaba decorada con tales objetos de lujo que probablemente su valor igualaba el precio de todas las casas de su distrito si se vendieran al mismo tiempo. Era una galería de tesoros y ornamentos procedentes de toda la región septentrional del Segmentum Ultima. Había esculturas con hologramas explicativos procedentes de Delta Tao y de Pavonis, tapices y bordados de Ultramar, piezas artísticas llegadas desde las colonias de la Franja Oriental, trípticos con pictogramas maravillosos en marcos de plata, cristal, oro, acero, bronce… El contenido de aquella única estancia era más que suficiente para dejar en evidencia incluso al museo más fabuloso de Iesta Veracrux.

Al pensar en su planeta natal, Yosef tuvo el impulso reflejo de alzar la mirada hacia la ventana oval que se abría sobre su cabeza. El planeta flotaba en el vacío sumido en un silencio majestuoso. El lado diurno

comenzaba a aparecer a medida que el amanecer iluminaba las franjas verdes y azules del océano cerca de su ecuador. A pesar de toda la belleza que mostraba, no podía evitar que lo embargara la sensación de que colgaba sobre él como una especie de carga de proporciones monumentales, a punto de caerse y aplastarlo en el mismo instante en que perdiera la concentración. Apartó la mirada y vio que Daig estaba a su lado. El otro bailío lo miró a su vez, pero la expresión del rostro de su camarada era mortecina.

—¿Para qué hemos venido hasta aquí arriba? —le preguntó Daig en voz baja—. Fíjate bien en este sitio. Sólo los adornos de los aparatos de iluminación serían más que suficientes para pagar el rescate de un gobernador. Jamás me había sentido tan humilde en toda mi vida.

—Sí, sé lo que quieres decir. Tú estate tranquilo y callado y asiente con la cabeza en los momentos adecuados.

—¿Te refieres a que no intente quedar mal, verdad?

—Sí, algo así.

Hyssos estaba a pocos metros de ellos. Murmuraba para sí, y Yosef supuso que el agente disponía de algún tipo de comunicador implantado que le permitía subvocalizar y enviar mensajes de voz con la misma facilidad con que los cazadores de la Centinelia utilizaban los aparatos de comunicación estándar. Era algo que le había quedado claro: las riquezas de Eurotas habían permitido al barón y a su clan adquirir lo mejor de todo lo que quisieran. Le había quedado patente desde el momento en el que la lanzadera del Consorcio aterrizó en el patio del complejo de edificios. La elegante nave con forma de cisne aterrizó de un modo tan preciso que apenas hizo que se movieran las copas de los árboles. Sin embargo, Yosef pensó que esa abundancia de medios no concordaba con el descuido que había visto el día anterior en ese mismo complejo. Pensó en ello durante unos momentos y tomó nota mentalmente de que debía prestarle más atención a ese detalle en el futuro.

La lanzadera los había llevado con rapidez a la órbita más extrema del planeta, donde se encontraba la gran nave insignia de casco elíptico del Consorcio Eurotas, la *Iubar*, que era además el palacio espacial del

comerciante independiente que dirigía la compañía. Un puñado de naves menores atendía a la *Iubar* igual que unas doncellas atenderían a una reina, y Yosef las consideraba menores sólo porque la nave insignia era inmensa. Cualquiera de aquellas naves de apoyo tenía un tonelaje muy semejante al mayor de los cruceros de protección de sistemas de la Fuerza de Defensa Planetaria de Iesta.

La psíquica, Perrig, se había quedado en el planeta. Había insistido en que la llevaran a la bodega Blasko para efectuar un barrido sensorial. Hyssos les explicó que Perrig poseía la habilidad de adivinar el pasado más reciente que había afectado a los objetos simplemente poniéndoles las manos encima, y esperaban que fuera capaz de captar el rastro psíquico de Erno Sigg en el lugar. Le habían encomendado a Skelta la misión de escoltarla, y el pánico silencioso que apareció en el rostro del joven cazador fue tan evidente como la luz del día. El bailío se quedó asombrado del modo tan despreocupado con que trataba el asunto de los poderes sobrenaturales de Perrig. Hablaba de ella del mismo modo que Yosef o Daig comentarían la habilidad de los agentes documentales en la escena de un crimen, como un compañero de investigación que poseyera una serie de talentos únicos y propios.

Las horas posteriores a su llegada, y a su descortés desestimación de la ayuda ofrecida por Laimner, Hyssos se había lanzado de cabeza a estudiar el caso de los asesinatos en serie y había absorbido cada elemento de información que había podido revisar. Yosef sabía que aquel individuo ya había recibido toda la información que el Consorcio Eurotas había podido ofrecerle (¿cómo si no iba a saber los nombres de todos los agentes implicados si Gorospe y los suyos no se lo hubieran dicho?), pero a pesar de ello, seguía intentando formarse una opinión del asunto.

Daig durmió unas cuantas horas en el cuarto de descanso, pero Yosef se sintió atrapado por el apasionamiento tranquilo de Hyssos y se sentó con él para repetirle todos los pensamientos y las impresiones que había tenido durante la investigación. Las preguntas que le hizo el agente estuvieron llenas de intuición y carecieron de toda artificialidad. Hizo que el bailío pensara de nuevo en ciertas pruebas y suposiciones, y Yosef

descubrio que le empezaba a caer bien. Le gustaba la falta de prepotencia de Hyssos, su modo directo de comportarse… y, sobre todo, le gustaba porque se había dado cuenta de inmediato de la pasta de que estaba hecho Berts Laimner.

—Aquí hay algo que se nos escapa —le había comentado Hyssos mientras tomaban una taza de cafeína humeante—. Los asesinatos de Sigg y esa especie de trabajos artísticos con los cadáveres… No tienen sentido.

Yosef se había mostrado de acuerdo. Sin embargo, poco después había llegado un mensaje del mando central. El barón había llegado, y el gobernador casi estaba preso de un ataque de nervios. Normalmente, la visita de alguien tan importante como el barón Eurotas hubiera tenido una tremenda importancia, y se habría convertido en un festival de comercio para los mercaderes de Iesta y para las clases adineradas, en un día de diversión para los trabajadores y el pueblo llano, pero no habían tenido tiempo de preparar nada. Cuando la lanzadera los llevó a la órbita siguiendo las órdenes de Hyssos, el gobierno estaba preso de la agitación y de la confusión mientras intentaba organizar de forma apresurada un recibimiento que tuviera un mínimo de pompa para que la ceremonia pareciera planeada desde el principio.

Laimner intentó una última vez participar y subir a bordo de la lanzadera. Les dijo que Telemach le había ordenado que se encargara en persona de informar al gobernador, que por conciencia profesional no podía quedarse en el planeta y permitir que un oficial de rango inferior cargara con esa responsabilidad. Miró directamente a Yosef al decirlo. E bailío se imaginó que Telemach desconocería por completo la existencia de la lanzadera y de la orden de subir a la órbita, ya que probablemente estaría demasiado inmersa en los preparativos de la bienvenida junto a margrave, el gobernador imperial y el mariscal como para saber nada de aquello. Pero, una vez más, Hyssos se había mantenido firme en su empeño de impedir que el alto bailío utilizase la investigación para promocionarse ante sus superiores, y lo dejó en tierra mientras se marchaba con los dos humildes bailíos en dirección a la nave.

Aquélla sería una experiencia que Daig jamás olvidaría. Era la primera vez que salía del planeta, y la habitual expresión adusta de su rostro se había visto sustituida por una de resignado temor.

Hyssos los llamó para que se dirigieran hacia el otro extremo de la vasta galería, donde se alzaba un estrado y varias sillas de audiencia delante de una amplia arcada. En el interior del arco se veía un friso tallado en jade rojo de Dolanthia. La obra artística, que por sí sola tendría el tamaño de la fachada de la casa de Yosef, mostraba una escena en la que se veía como los mercaderes interestelares realizaban sus negocios viajando de planeta en planeta para comerciar y extender la luz del Imperio. En el centro, una escultura del Emperador de la Humanidad se alzaba por encima de todo lo demás. Estaba inclinado hacia adelante, con la mano tendida con la palma hacia abajo. Delante de él, de rodillas, se encontraba un individuo con los ropajes de un patriarca de los comerciantes independientes, que sostenía un libro abierto bajo la mano del Emperador.

Daig contempló el conjunto artístico y se le escapó un jadeo de asombro.

—¿Quién… quién es ese hombre?

—El primero de los Eurotas —le contestó Hyssos—. Era el comandante de una nave de guerra que sirvió al Emperador hace ya muchos siglos, un individuo con una gran capacidad de entrega y un enorme valor. Como muestra de respeto por sus servicios, el Emperador le concedió libertad para viajar por el espacio y le otorgó el título de comerciante independiente.

—Pero el libro… —insistió Daig al mismo tiempo que lo señalaba—. ¿Qué es lo que está haciendo con el libro?

Yosef se acercó un poco más y entonces se dio cuenta de a qué se refería Daig. En la estatua se veía con claridad lo que sólo podía ser un corte en la mano que el Emperador tenía con la palma vuelta hacia abajo. Una gota de sangre, representada por un rubí redondeado y tallado de una pieza, parecía caer hacia las páginas del libro abierto.

—Eso es su licencia de comercio —dijo una voz a sus espaldas, acompañada de unos pasos que se acercaban.

Yosef se dio la vuelta y vio a un hombre de rostro aguileño y porte imperioso que llevaba los mismos ropajes que la figura del friso. Un grupo de guardaespaldas y de asistentes caminaba detrás de él siguiendo sus pasos, pero el individuo no les prestaba atención alguna.

—Es su patente de corso, y el documento que permite a mi clan cruzar las estrellas en nombre de la humanidad. Nuestro señor supremo lo ratificó con una gota de su propia sangre en el documento. —Señaló con un gesto a su alrededor—. Guardamos el libro de forma segura a bordo de la *Iubar*, tal y como hemos hecho una generación tras otra.

Daig también miró a su alrededor, como si por un momento hubiera creído posible ver el propio objeto en sí, pero un instante después, un gesto de decepción le cubrio el rostro, y apretó la mandíbula.

—Mi señor —lo saludó Hyssos con una reverencia, un gesto que los bailíos imitaron un segundo más tarde—. Caballeros, permítanme presentarles a su excelencia Merriksun Eurotas, barón del Vacío de Narvaji, agente nuntius del sector Taebiano, señor del Consorcio Comercial Eurotas…

—Basta, basta —lo interrumpió Eurotas, acompañado con un gesto de la mano—. Oiré esa retahíla mil veces más antes de bajar a la superficie. Dejémonos de formalidades y vayamos al grano de la cuestión. —El barón miró fijamente y con expresión calculadora a Yosef y a Daig antes de hablar de nuevo—. Quiero que les quede claro cuál es mi deseo, caballeros. La situación en Iesta Veracrux es muy delicada, y lo mismo ocurre en muchos planetas de las Estrellas Taebianas. Se avecina una tormenta. Una guerra provocada por una insurrección, y cuando roce estos planetas con el fuego de su paso se producirán incendios y muertes. Las habrá. —Parpadeó y se quedó callado un momento. Aquellas palabras las había pronunciado con un extraño tono de emoción, pero lo borró de inmediato sin apenas esfuerzo—. Estos asesinatos… provocan una mayor tensión y miedo en una ciudadanía ya de por sí atenazada por un terror

lento e implacable. La gente se vuelve violenta cuando tiene miedo, y eso es malo para la estabilidad social, y malo para los negocios.

Yosef asintió lentamente para mostrar que estaba de acuerdo. Por lo que parecía, el comerciante independiente comprendía cuál era la situación mejor que los propios superiores del bailío. De repente lo asaltó un pensamiento estremecedor: ¿estaba ocurriendo eso mismo en otros planetas? ¿Habría visto Eurotas la misma secuencia de acontecimientos en otros lugares del sector Taebiano?

—Quiero que encuentren a ese asesino y lo lleven ante la justicia —declaró a modo de conclusión Eurotas—. Caballeros, este caso es muy importante. Si lo resuelven, harán saber a la gente que nosotros… que el Imperio… sigue al mando en este planeta. Si fracasan, le abrirán las puertas de par en par a la anarquía. —Empezó a darse la vuelta para marcharse—. Hyssos les proporcionará todo aquello que necesiten.

—¿Señor? —Daig dio un paso hacia el comerciante independiente—. ¿Señor barón?

Eurotas se detuvo, y cuando se dio la vuelta para mirar al bailío, lo hizo con una ceja alzada y una expresión de altanería en el rostro.

—¿Quiere preguntarme algo?

—¿Por qué le importa? Me refiero a nuestro planeta —soltó Daig sin apenas respirar.

En los ojos del barón apareció una repentina mirada de irritación, y Yosef oyó cómo Hyssos inspiraba profundamente y contenía el aliento.

—Dagonet está a punto de caer. ¿Lo sabe? —Daig asintió, y el barón siguió hablando—. Y no es sólo Dagonet. Kelsa Secundus. Bowman. Nueva Mitama. Todos penden de un hilo. —Eurotas cruzó una mirada con Yosef, y durante un momento el noble le pareció un hombre mayor y cansado—. Erno Sigg era uno de mis empleados. Sobre mis hombros pesa una parte de la responsabilidad por su conducta. Sin embargo, hay algo más que eso. Mucho más. —Yosef sintió que la mirada del comerciante lo dejaba clavado donde estaba—. Caballeros, estamos solos en este asunto. Solos frente a la tormenta.

—El Emperador protege —dijo Daig en voz baja.

Eurotas lo miró con una expresión curiosa.

—Eso dicen —le contestó al cabo de unos momentos.

Un instante después se marchó dando por cerrada la audiencia, y dejando la cabeza de Yosef más llena de preguntas que de respuestas.

Lo primero que sintió Fon Tariel cuando se abrio la puerta en forma de ala de gaviota de la aeronave fue el torbellino de olores. El interior del compartimento de pasajeros se vio inundado por aromas florales fuertes y embriagadores arrastrados por el aire cálido. Parpadeó bajo la intensa luz diurna que entraba, y siguió a Kell con paso cauteloso hacia… fuera lo que fuese aquel lugar.

A diferencia del clado Eversor, al que no le había importado facilitarle la localización exacta de una de sus instalaciones en Terra, el clado Venenum dejó absolutamente claro y sin posibilidad de equivocación alguna que los miembros de la fuerza de ejecución no podrían acudir por su propia cuenta a una de sus instalaciones. La magistra del clado había sido inflexible al respecto: sólo se concedería permiso para entrar a dos miembros del grupo, y ambos debían hacerlo sin armas ni equipo alguno.

Tariel se había ido fijando en el comportamiento de Kell, y se dio cuenta de que el vindicare se sentía extremadamente incómodo sin llevar un arma encima. El infocito comprendía muy bien la intranquilidad que sentía el francotirador. Él también se había visto obligado a dejar en la *Ultio* todos sus aparatos, y se notaba extrañamente desnudo sin su guante cogitador. La mano de Tariel acariciaba de vez en cuando el antebrazo desnudo en un gesto involuntario del que ni siquiera era consciente.

El viaje a bordo de la aeronave venenum sin marca o insignia alguna no les había proporcionado ninguna pista sobre la localización de la instalación llamada el Huerto. El compartimento de pasajeros carecía de ventanillas, así que no tuvieron modo alguno de saber el rumbo de la aeronave. Tariel se sintió desesperado cuando se dio cuenta de que el cronómetro y la magnetobrújula que llevaba implantados en el cuerpo estaban siendo anulados. Al bajarse de la nave, ambos entraron en

funcionamiento de nuevo, lo que le provocó una sensación de mareo momentánea.

Miró a su alrededor. Se encontraban sobre un pequeño cuadrángulo de aterrizaje situado en la parte superior de un amplio zigurat de metal, justo por debajo del techo formado por las copas de unos grandes árboles de hojas gruesas que brillaban como si estuvieran talladas en jade oscuro. El olor de la jungla era más intenso allí fuera; los nódulos procesadores olfativos de su cráneo incrementado y modificado se esforzaban por filtrar e identificar todos aquellos aromas. Tariel supuso que se encontraban en algún lugar en lo más profundo de las selvas de Mérica, pero tan sólo se trataba de una deducción especulativa. No tenía modo alguno de saberlo con certeza.

Un individuo vestido con un kimono de color verde pálido y con la cara tapada con una máscara de cuadros blancos y negros salió de una escalera que se abría en un hueco del lado del zigurat y les indicó con un gesto que lo siguieran. A Tariel no le importó que Kell fuera el primero en hacerlo, y los tres bajaron por la escalera. La luz del sol se fue atenuando a medida que descendían y se alejaban del dosel formado por las copas de los árboles, y acabó convirtiéndose en haces de un brillo amarillo apagado llenos de motas de polvo y el revoloteo ajetreado de los insectos.

En el suelo de la jungla los esperaba un sendero de losas grises circulares. Empezaron a recorrerlo en pos del individuo del kimono verde, que caminaba con paso seguro y confiado. Tariel avanzaba con actitud más cautelosa y no dejaba de mirar a un lado y a otro las matas de plantas de colores llamativos que crecían sobre cada centímetro cuadrado del terreno. Vio pequeños artilugios mecánicos que trabajaban y se movían entre ellas. Lo que a primera vista parecía ser una simple extensión de plantas era en realidad un jardín natural cuidadosamente atendido. Los aparatos robóticos se ocupaban de unas mientras recolectaban otras.

Se detuvo para observar con mayor atención un curioso capullo delgado que no reconoció y que sobresalía de la corteza de un árbol muy alto. Se inclinó sobre la planta.

—Yo no lo haría, vanus.

El individuo del kimono le puso con suavidad una mano en el hombro y tiró de él hacia atrás. Antes de que le pudiera preguntar el motivo, el venenum hizo un extraño sonido chasqueante con los labios, y como respuesta, a aquel pequeño capullo le salieron unas patas parecidas a alambres y se alejó hacia arriba por el tronco del árbol.

—Son arañas miméticas, de Beta Comea III. Se adaptan muy bien al clima de Terra. Su veneno provoca una forma de fiebre hemorrágica en los humanos.

Tariel retrocedió y parpadeó. Miró a su alrededor de nuevo y comenzó a extraer datos de los cilindros de información para clasificar las plantas que lo rodeaban. Había ricinos, dulcamaras, adelfas; *cerbera odollam*, digitalis y cerezas de Jerusalén; cicuta, consolida y decenas de otras plantas similares, todas ellas cargadas de veneno. Mantuvo las manos pegadas al cuerpo a partir de ese momento, y no se desvió ni un milímetro del sendero hasta que llegaron a un claro, aunque la palabra «claro» era escasamente apropiada, ya que el lugar estaba repleto de enredaderas y de matojos. En mitad de la zona se alzaba una casa vieja, que sin duda tenía miles de años de antigüedad. También estaba envuelta por las lianas y ramas que surgían de la jungla, y Tariel se dio cuenta de que semejante revestimiento vegetal sería muy efectivo como cubierta de ocultación ante los sensores orbitales y los aparatos ópticos de detección.

—No es lo que me esperaba —musitó Kell mientras seguían al individuo hacia la entrada cubierta de hiedra.

—Parece ser una mansión —le comentó el infocito—. Tan sólo puedo hacer una estimación de la época en la que se construyó. La selva la ha hecho suya.

Tariel había esperado encontrar en su interior el mismo desorden natural que en el exterior, pero estaba equivocado. Las estancias del edificio habían sido aisladas de los elementos y de la fauna local y se habían reformado para que recuperaran el aspecto original. Tan sólo la penumbra del interior, debida a la escasa luz solar que atravesaba las ventanas, indicaba cuál era la realidad. Llevaron al vanus y al vindicare a una antesala, donde los esperaba un servidor. El ilota utilizó una varilla

sensora con un extremo bulboso para explorarles el cuerpo de arriba abajo. Lo comprobó todo, desde el sudor hasta las exhalaciones, en busca del más mínimo rastro de toxinas. El individuo del kimono les explicó que aquello era necesario para mantener el equilibrio de venenos del propio Huerto.

De la antesala pasaron a lo que antiguamente debió de haber sido un salón. A lo largo de las paredes había numerosas jaulas de fino material vítreo, una hilera tras otra, y todas daban al interior de la estancia. A Tariel se le erizó el vello de la piel cuando divisó cientos de especies de reptiles venenosos, de ofidios y de insectos, cada uno en su medio ambiente propio creado en el interior de las jaulas. El infocito se movió hasta colocarse en el centro de la estancia, situándose de forma instintiva m el punto más alejado de las puertas de las jaulas.

Una criatura con un extraño caparazón iridiscente sacudió el cuerpo dentro de su confinamiento y eso le llamó la atención. El brillo de la quitina sacó a la superficie de su mente un recuerdo cercano. La carne de la callidus tenía el mismo aspecto cuando la recogieron del vacío del espacio sobre Júpiter. La asesina cambiaformas había realizado una transformación realmente extraña: se había convertido en una criatura deformada, casi semejante a un feto, para sobrevivir a la nada mortífera del espacio. La piel de Koyne había sufrido un proceso de transformación y había pasado de ser carne a algo parecido a la materia de un hueso, o de un diente. Tariel recordó la sensación inquietante que había tenido al tocarla, y se estremeció de nuevo. Volvió la mirada hacia Kell.

—¿Crees que la callidus sobrevivirá?

—A los de su clase les cuesta morir. Son demasiado orgullosos como para fallecer de un modo tan poco glorioso —le respondió el vindicare en tono adusto.

Tariel meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Koyne no es un hombre. No es macho ni hembra. —Frunció el entrecejo—. Bueno, ya no.

—La nave curará… eso, sea lo que sea. Una vez el envenenador se una al grupo, ya tendremos organizada la fuerza de ejecución… —afirmó Kell con una voz que se fue apagando poco a poco.

Tariel se imaginó que el francotirador se estaba haciendo la misma pregunta que él: «Y después, ¿qué?». La incógnita de quién iba a ser el objetivo al que debían eliminar entre todos ellos no tardaría en quedar desvelada, y el vanus se sentía preocupado por la posible respuesta.

«Sólo puede ser…».

Aquella línea de pensamiento se vio interrumpida por el regreso del individuo vestido con el kimono, que lo hacía acompañado por otra persona que llevaba la cara inclinada hacia el suelo. Tariel dedujo que se trataba de una mujer por el modo de caminar. Sí, se trataba de una mujer joven, más o menos de la misma edad que él.

—Por orden del director primus de nuestro Clado y del gran maestro de los asesinos, se os conceden los servicios de nuestra seclusa Soalm, artista tóxica de primer rango.

La mujer levantó la cabeza y lanzó una mirada dura y desafiante al vindicare. En el rostro de Kell apareció una expresión de puro asombro y soltó un jadeo de sorpresa.

—¿Jenniker?

La venenum irguió el cuerpo.

—Acepto la misión —contestó con un tono de voz lleno de decisión.

—No —gruñó Kell cuando el asombro dio paso a la furia—. ¡No lo harás! —Luego miró fijamente al hombre del kimono—. ¡No vendrá en esta misión!

El individuo inclinó la cabeza hacia un lado.

—La magistra venenum en persona fue quien la eligió. No hay error posible, y no está en vuestra mano desafiar su autoridad.

Tariel observó con una fascinación confusa cómo la actitud tranquila y mordaz habitual en Kell se derrumbaba para convertirse en una rabia feroz.

—¡Yo soy el comandante de la misión! —le espetó—. Tráeme a otro de los internos ahora mismo.

—¿Es que se pone en duda mi capacidad? —bufó—. Desafío a cualquiera a que encuentre alguien mejor que yo.

—No la quiero, y no hay más que hablar —contestó Kell con un gruñido sin mirar a Soalm.

—Me temo que el asunto no se acaba ahí —le respondió el hombre con voz tranquila—. Como ya he dicho, no tiene la autoridad suficiente para rechazar a la persona asignada por la magistra a esta misión. Soalm ha sido la elegida. No hay otra alternativa. —Señaló a la puerta—. Ya pueden irse.

El hombre salió de la estancia sin decir ni una sola palabra más.

—¿Soalm? —Kell pronunció el nombre de la mujer con voz sibilante y sin ocultar la rabia que sentía—. Así es como debo llamarte ahora, ¿no?

Tariel tardó unos momentos en darse cuenta, pero luego le resultó evidente que los dos asesinos compartían alguna clase de suceso desagradable. Se concentró y pensó en todo lo que había logrado aprender sobre Eristede Kell desde el comienzo de la misión para intentar encontrar una pista sobre aquello. Se preguntó si habrían sido camaradas de armas o amantes. Sus edades eran lo bastante cercanas como para que hubieran sido educados en la misma scholam antes de que los clados los eligieran para el entrenamiento en las artes del asesinato.

—Acepté ese nombre para honrar a mi mentor —le replicó la mujer con voz algo irritada—. Comencé una vida nueva cuando me uní a mi clado. Me pareció que era lo más apropiado.

Tariel asintió. Muchos de los huérfanos elegidos para comenzar el entrenamiento del Oficio Asesinorum entraban en los clados sin una identidad a la que pudieran realmente llamar propia, y a menudo adoptaban los nombres de sus mentores y enseñantes.

—¡Pero con ello has deshonrado a nuestra familia! —le espetó Kell.

De repente, durante un breve instante, la expresión de desafío de la mujer se desvaneció para dejar al descubierto el remordimiento y la tristeza que guardaba en su interior. Entonces, Tariel se dio cuenta del parecido entre ambos.

—No, Eristede —le respondió ella con voz suave y tranquila—. Eso fue lo que tú hiciste cuando elegiste matar inocentes en nombre de la

venganza. Pero nuestros padres están muertos, y no hay matanza ninguna que nos los pueda devolver.

Pasó al lado de Kell, que se había quedado aturdido, de camino hacia la puerta, y salió a la selva llena de olores.

—Es tu hermana —barbotó Tariel, incapaz de quedarse callado. Los datos surgieron en tromba de sus cilindros de información—. Eristede y Jenniker Kell, hijo e hija del virrey Argus Kell del ducado de Thaxted, huérfanos tras la muerte de sus padres en una disputa local…

El vindicare se le echó encima con una mirada furibunda en los ojos y lo obligó a retroceder hasta una jaula llena de escorpiones.

—Si le cuentas algo de esto a los demás, te arranco la vida con mis propias manos. ¿Entendido?

Tariel asintió con energía al mismo tiempo que levantaba las mane para protegerse.

—Pero… la misión…

—Ella hará lo que yo le ordene —le replicó Kell, cuya rabia había empezado ya a disminuir.

—¿Estás seguro?

—Cumplirá las órdenes. Lo mismo que haré yo.

Kell retrocedió un paso y Tariel captó un vacío en los ojos del francotirador, una incertidumbre que era el reflejo idéntico de la que había viste en los ojos de su hermana.

La *Iubar* tenía varias cubiertas llenas de máquinas cogitadoras que ronroneaban como gatos pacientes. Se veían grupos de progitores que iban de un lado a otro entre ellas llevando tubos de memoria cristalina y rollos de cilindros ópticos. Según les informó Hyssos, aquellos aparatos se utilizaban para reunir datos de las condiciones financieras existentes en los diversos mundos que se encontraban en las rutas comerciales del Consorcio Eurotas, y que luego se utilizaban para realizar modelos de pronóstico con los que predecir qué productos necesitaría un planeta

determinado al cabo de unos meses, unos años o incluso unos decenios más tarde.

—¿Qué vamos a hacer con todos estos aparatos? —le preguntó Daig, a quien nunca le había gustado la idea de que hubiera máquinas que hacían el trabajo mejor que un ser humano.

Hyssos señaló con un gesto del mentón una de esas máquinas.

—Me han concedido la autorización necesaria para el uso de ese módulo. Ahora mismo está filtrando y analizando las diversas informaciones que le llegan procedentes de las redes de vigilancia de Iesta Veracrux.

—¿Pueden hacer eso desde aquí? —preguntó Yosef, quien sintió una curiosa punzada de preocupación que no fue capaz de precisar. El agente hizo un gesto de asentimiento.

—La recepción de datos es bastante lenta debido a la incompatibilidad de los sistemas, pero hemos conseguido cierto nivel de paridad, aunque sólo sea lo suficiente para revisar los flujos de tráfico en la capital, para comparar la información que poseemos sobre el sospechoso con los movimientos de sus conocidos y asuntos parecidos.

—Ya tenemos a cazadores en el planeta haciendo eso mismo —insistió Daig—. Los ojos y los oídos humanos son siempre la mejor fuente de datos.

Hyssos asintió.

—Estoy completamente de acuerdo. Sin embargo, estas máquinas pueden ayudarnos a reducir el campo de nuestras pesquisas. Son capaces de hacer en unas pocas horas lo que cualquiera de su cuartel y sus cazadores tardarían semanas en realizar. —Daig no le respondió, pero Yosef se dio cuenta de que no estaba en absoluto convencido—. Apretaremos el cerco —continuó diciendo el agente—. Sigg no se escapará una segunda vez, se lo prometo.

Yosef se volvió para mirarlo fijamente en busca de alguna clase de reproche en el comentario, pero no encontró nada parecido. A pesar de ello, se sentía inquieto, y no tuvo más remedio que expresarlo.

—Eso suponiendo que Sigg sea el asesino.

Todavía recordaba perfectamente el rostro del sospechoso cuando habló con él en el cobertizo del tonelero, la certidumbre que había sentido de que el miedo y la desesperación que se veían en la cara de Erno Sigg eran auténticos. Parecía más bien una víctima.

Hyssos le devolvió la mirada.

—¿Tiene algo que añadir, bailío Sabrat?

—No.

Yosef apartó la mirada y vio que la expresión de su compañero Daig era indescifrable. Las dudas que albergaba no eran sólo sobre Sigg. Recordó lo que el otro bailío había dicho en el cobertizo y su reciente cambio de comportamiento. Estaba claro que Daig le ocultaba algo, pero no se le ocurría ninguna manera de hacérselo decir.

—No —repitió al cabo de un instante—. De momento.

Lo que los demás llamaban «zona de reunión» era en realidad poco más que un hangar de almacenamiento modificado. Iota no le veía sentido a que el cambio de nombre supusiera tanta diferencia. La *Ultio* era una embarcación muy extraña. La asesina todavía estaba intentando comprenderla, pero la nave no la dejaba hacerlo. La *Ultio* fingía ser una cosa cuando en realidad era otra muy distinta. Era un ensamblado de tecnologías de un tipo escaso y extraordinario y de aparatos secretos que se habían unido en un único conjunto, al que habían encomendado una misión y al que habían soltado en la oscuridad. Pensó que, en ese sentido, la nave era igual que ella. Casi podrían haber sido parientes.

La mente del interior de la nave le respondía cuando Iota le hablaba, aunque contestaba algunas preguntas y otras no. La asesina acabó cansándose de las conversaciones sin salida e intentó encontrar otro modo de entretenerse. Como prueba para sus habilidades de sigilo, comenzó a explorar los recovecos más estrechos y escondidos de la *Ultio* y a vigilar el compartimento médico donde la callidus se estaba recuperando en el interior de una cápsula terapéutica. Cuando no estaba haciendo ninguna de esas dos actividades, o meditando, Iota pasaba el tiempo dedicándose a

cazar arañas en los rincones oscuros de la nave. Las atrapaba y las metía en un tarro que se había llevado del comedor. Hasta ese momento, todos sus intentos de que las arañas formaran alguna especie de sociedad rudimentaria habían fracasado.

Divisó una de ellas en el reborde de una consola y la atrapó con un movimiento ágil y diestro. Después, con una crueldad producto de su aburrimiento, le arrancó todas las patas una por una para saber si sería capaz de caminar sin ellas.

Kell entró en la estancia. Fue el último en llegar. Tariel, el infocito, que llevaba un buen rato atareado con el proyector hololítico, parecía curiosamente callado. El vanus se había comportado así desde que él y el vindicare regresaron de Terra con el último de los reclutas, una mujer que se llamaba a sí misma Soalm. La recién llegada tampoco hablaba mucho. Parecía tener una constitución muy delicada para ser una asesina. Eso era lo que muchos pensaban cuando veían a Iota por primera vez, pero la frialdad de su aura sobrenatural solía ser más que suficiente para destruir esa percepción falsa en menos de un segundo. La masa fornida del Garantino ocupaba toda una esquina del lugar, con el mismo aspecto que un can enfurecido que los desafiara a que se atreviesen a invadir su espacio. Estaba jugueteando con un trozo de metal afilado, los restos de una herramienta, según creía Iota. Se pasaba la improvisada cuchilla entre los dedos de la misma mano con una destreza increíble. El eversor también estaba aburrido, y eso lo irritaba mucho. Iota había acabado dándose cuenta de que todos y cada uno de los estados de ánimo del Garantino no eran más que rabia, en mayor o menor grado. Koyne estaba sentada en una silla metálica de rejilla. Los rasgos planos y de bordes lisos del rostro de la callidus parecían una cara sin acabar que alguien hubiera empezado a tallar en una pastilla de jabón. Contempló a la sombra asesina durante unos momentos, y Koyne sonrio brevemente a Iota antes de que su piel se oscureciera para adquirir casi la misma tonalidad parda de la culexus. Sin embargo, aquel momento de complicidad quedó interrumpido por Kell, quien dio unos cuantos golpecitos con la mano enguantada en una de las vigas de apoyo del techo bajo.

—Ya estamos todos aquí —declaró el vindicare. Paseó la mirada por todos los presentes deteniéndose un momento en cada uno de ellos. Iota se dio cuenta de que, en realidad, lo había hecho con todos menos con Soalm —. La misión comienza ahora.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Koyne con una voz parecida a la de Iota.

Kell señaló con un gesto del mentón a Tariel.

—Ha llegado el momento de saberlo.

El infocito activó una secuencia de código en clave en la unidad proyectora y un haz de píxeles holográficos brilló hasta adquirir una falsa solidez en mitad de la estancia. Apareció la figura de un hombre alto y musculoso vestido con una túnica sencilla. Tenía el rostro marcado por unas cuantas cicatrices y llevaba la cabeza rapada a excepción de una franja de cabello cortado a cepillo en mitad del cráneo. Si la imagen era una representación fidedigna, era sin duda más grande todavía que el Garantino. El holograma chasqueó y retembló, e Iota reconoció los patrones delatores que indicaban la presencia de líneas de codificación de un nivel elevado. Aquello era una transmisión en tiempo real, lo que quería decir que procedía de otra nave en órbita o de la propia Terra.

Kell asintió en dirección al holograma en un gesto de respeto.

—Capitán general Valdor. Estamos listos para ser informados cuando lo crea conveniente, señor.

Valdor le devolvió el saludo.

—El gran maestro de los asesinos me ha encomendado esa tarea. Dada la naturaleza tan especial de esta misión, nos pareció que lo más adecuado era que alguien ajeno al Asesinorum la supervisara.

El custodio los miró a todos con una expresión valorativa. Iota se imaginó que Valdor se encontraba en mitad de una representación hololítica de la estancia y de todos los que estaban en ella.

—Queréis que lo matemos, ¿verdad? A él, nada menos —declaró el Garantino sin más preámbulo mientras clavaba el puñal improvisado en el mamparo que tenía al lado de la cabeza—. No nos andemos con remilgos.

Todos sabemos de quién se trata, aunque ninguno lo haya dicho en voz alta.

—Tu capacidad de deducción es increíble, eversor —le dijo Valdor, aunque su tono de voz dejó bien claro que aquello era de todo menos un elogio—. Vuestro objetivo será el antiguo señor de la guerra de los Adeptus Astartes, el primarca de los Lobos Lunares, el architraidor Horus Lupercal.

—Ahora se los llama los Hijos de Horus —musitó con la voz cargada de incredulidad—. Por el Trono. Entonces, es verdad…

La venenum carraspeó para indicar su desacuerdo.

—Si a mi señor custodio no le importa, debo cuestionar lo acertado de la misión.

—Di lo que piensas —le ordenó Valdor.

—Todos los clados han oído los rumores sobre las misiones a las que se les ha encomendado cumplir esa directiva, y que han fracasado. Mi camarada de clado Tobeld fue el último al que enviaron a esa misión insensata, y murio como todos los demás. Incluso me cuestiono si se podría llegar a eliminar a ese objetivo.

—La prima Soalm ofrece un argumento de peso —comentó Koyne—. No estamos hablando de un señor feudal cualquiera que se ha descarriado. Hablamos de Horus, el primero de todos los hijos del Emperador. Muchos lo consideran el mayor de los primarcas.

—Tienes miedo —bufó el Garantino—. Qué sorpresa.

—Por supuesto que temo a Horus —le replicó Koyne, imitando la voz ronca y malhumorada del eversor—. Hasta un animal le tendría miedo al señor de la guerra.

—Nunca se ha organizado una fuerza de ejecución como la que se encuentra en esta estancia —declaró Kell, irrumpiendo en la conversación, lo que llamó la atención de todos los presentes—. No desde los días en que los primeros señores juraron cumplir el pacto al servicio del Emperador en la cima del monte Venganza. Somos un eco de ese día, de esas palabras, de esa intención. Horus Lupercal es el único objetivo digno de un grupo como el nuestro.

—Bonitas palabras, pero no tienen ningún sentido sin una dirección adecuada —le replicó Soalm. Se volvió de nuevo hacia la figura del Valdor —. Lo repetiré: ¿cómo vamos a cumplir una misión como ésta después de que tantos agentes hermanos del Asesinorum hayan sido sacrificados en vano ante un objetivo tan invulnerable?

—Horus dispone de legiones de guerreros fieles que lo rodean —apuntó Tariel—. Tiene astartes, naves de guerra, fuerzas del Adeptus Mechanicum y de la Legio Cibernética, eso por no mencionar la soldadesca que ha jurado lealtad a su estandarte. ¿Cómo vamos siquiera a poder acercarnos para matarlo?

—Será él quien se acerque a vosotros —le contestó Valdor con una leve sonrisa helada—. Quizá algunos os habréis preguntado a qué se debe la premura con la que se ha organizado esta fuerza de ejecución. Se ha hecho así para reaccionar a tiempo a una información que nos ha llegado y que indica que el traidor se pondrá directamente en vuestro punto de mira.

—¿Cómo? —preguntó Koyne.

—Según han calculado lord Malcador y el Consejo de Terra, el asesinato de Horus en este punto de la rebelión provocará que las fuerzas traidoras queden completamente desorganizadas y logrará que la sublevación se disuelva antes de que pueda avanzar hasta el Sistema Solar. Los agentes del Imperio que operan en secreto en el sector Taebiano nos han informado de que es probable que Horus haya planeado llevar su nave insignia, el *Espíritu Vengativo*, hasta el planeta Dagonet para atraer más adeptos. Creemos que las fuerzas del señor de la guerra utilizarán Dagonet como cabeza de puente desde la que asegurarse la lealtad de todos los planetas de las Estrellas Taebianas.

—Si saben que va a ocurrir eso, mi señor, ¿por qué no envían una flota de combate a Dagonet en vez de mandarnos a nosotros? —le preguntó Soalm—. Envíen a los cruceros de batalla y las legiones de astartes, no a seis asesinos.

—Quizá podría ir el mismo Emperador… —murmuró Koyne.

Valdor los miró a ambos con expresión feroz.

—¡Lo que haga el Emperador lo decide él y nadie más que él! ¡Y las flotas y las legiones leales tienen sus propias batallas que librar!

Iota asintió.

—Ya veo. Nos envían a nosotros debido precisamente a esa falta de certidumbre. El Imperio no se puede permitir enviar flotas de combate a una zona por una simple probabilidad.

—Sólo somos seis, pero juntos podremos lograr lo que no han conseguido un millar de naves de combate —insistió Kell—. Es mucho más fácil que una sola nave llegue inadvertida a Dagonet a través de la disformidad que lo haga toda una flota. Seis asesinos… los mejores de cada clado… pueden llevarle la muerte. —Se calló un momento—. Recordad lo que todos juramos sin importar el clado al que perteneciéramos: «No habrá enemigo capaz de escapar a la ira del Emperador».

—Llevaréis a la *Ultio* hasta el sector Taebiano —añadió Valdor—. Os infiltraréis en Dagonet y estableceréis múltiples vectores de ataque. Cuando llegue Horus, acabaréis con él con la máxima letalidad.

—Mi señor.

Efried hizo una profunda reverencia y se mantuvo a la espera.

El murmullo de la voz del primarca sonó como un trueno lejano que llegara por encima de la cordillera del Himalaya.

—Habla, capitán de la Tercera.

El astartes alzó la mirada y vio que Rogal Dorn se encontraba de pie en la balconada, desde donde contemplaba el sol poniente. La luz dorada se derramaba sobre cada torre y almena del Palacio Imperial, y coloreaba los metales relucientes y el mármol blanco con una impactante tonalidad ámbar. El espectáculo era impresionante, pero lo estropeaba la visión de las enormes masas cúbicas que formaban los reductos defensivos acoplados y las barbacanas erizadas de artillería, que sobresalían como colmillos grises recortados en una boca de expresión feroz. El palacio del pasado, el magnífico edificio de aspecto glorioso capaz de desafiar

cualquier crítica y el paso del tiempo, estaba irremediablemente unido al palacio del presente, una fortaleza de apariencia brutal preparada para resistir al más mortífero de todos los enemigos, un enemigo que todavía no había hecho acto de presencia en la superficie de Terra.

Efried sabía que el señor de su legión estaba preocupado por las posiciones defensivas y las fortificaciones que el Emperador le había ordenado construir sobre la belleza del Palacio Imperial. A pesar de que el capitán veía la misma majestuosidad tanto en el palacio como en la fortaleza, sabía que el gran Dorn creía hasta cierto punto que estaba empobreciendo aquel lugar al convertirlo en un conjunto sólo apto para la guerra. El primarca de los Puños Imperiales solía acudir con frecuencia a aquella balconada tan elevada para observar las murallas y, se imaginaba Efried, para esperar la llegada de su hermano traidor.

El capitán carraspeó para aclararse la garganta.

—Mi señor, os traigo un mensaje de los sirvientes del capítulo. Los informes sobre los preparativos se han confirmado, lo mismo que los relativos a los incidentes acaecidos en el bloque yndonésico y en la estación espacial Saros.

—Sigue.

—Acertasteis al ordenar la vigilancia del custodio. Se ha visto al capitán general Valdor entrar de nuevo en una reunión secreta en la Mortaja con todos los directores primus de los clados del Oficio Asesinorum.

—¿Cuándo ha sido? —le preguntó Dorn sin volverse para mirarlo. El primarca siguió contemplando la puesta de sol.

—Hoy mismo —le informó Efried—. En cuanto se acabó la reunión, alguien envió una transmisión a un punto del espacio en una órbita cercana, probablemente a una nave. Mis tecnomarines lamentan informar que les fue imposible decodificar el mensaje.

—No había necesidad de intentarlo —le indicó el primarca—. De hecho, haberlo logrado hubiera supuesto una violación de ciertos protocolos, y ésa es una línea que los Puños Imperiales no cruzarán. Al menos todavía.

Efried se llevó la mano a la barba recortada que adornaba su rostro.

—Como digáis, mi señor.

Dorn se quedó callado un largo instante, y cuando el capitán empezaba a preguntarse si eso era una indicación de que debía retirarse, el primarca habló de nuevo:

—Así es como se empieza. ¿Lo entiendes, capitán? La podredumbre se asienta con actos como éste. Con guerras que se libran entre las sombras en vez de a la luz. Con unos conflictos en los que no existen reglas de conducta ni enfrentamiento. Donde no hay líneas que no se puedan cruzar. —Se volvió por fin hacia su oficial—. Donde no hay honor alguno.

El sol se ocultó tras el horizonte a su espalda, y las sombras se apoderaron de la balconada.

—¿Qué debemos hacer? —le preguntó Efried.

El capitán obedecería cualquier orden que su primarca le diera simplemente con murmurarla, sin dudarlo ni cuestionarla en absoluto. Sin embargo, el primarca no le contestó a la pregunta.

—Sólo puede existir un objetivo para todos estos preparativos, para esta acumulación de fuerzas. El Oficio Asesinorum planea matar a mi hermano traidor Horus.

Efried pensó en ello durante unos momentos.

—¿Eso no sería bueno para nuestra causa?

—Eso le podría parecer a los que son estrechos de miras —le replicó el primarca—. Pero ya he visto lo que un proyectil deja destrozado a su paso. Y déjame que te diga esto, hermano capitán: derrotaremos a Horus…, pero si muere del modo que pretende el Asesinorum, las consecuencias serán terribles, y estarán más allá de nuestra capacidad de control. Si Horus muere a manos de un asesino, se producirá un tremendo vacío de poder en el propio núcleo de la flota traidora, y ahora mismo no podemos predecir quién lo llenará y qué venganza terrible se tomarán por el asesinato. Mientras viva mi hermano, mientras él se encuentre al mando de las legiones traidoras, seremos capaces de predecir lo que va a hacer. Podemos hacer frente a Horus, podemos derrotarlo en condiciones de igualdad. Lo conocemos bien. —Dorn soltó un suspiro—. Lo conozco. —Movió la

cabeza en un gesto negativo—. La muerte del señor de la guerra no detendrá este enfrentamiento.

Efried lo escuchó con atención y luego asintió.

—Podríamos intervenir. Podríamos decirle a Valdor y a los señores de los clados que lo sabemos todo.

—¿Con qué pruebas, capitán? —Dorn negó de nuevo con la cabeza—. Tan sólo tengo sospechas y rumores. Si fuera tan impetuoso como Russ o como Khan, eso sería más que suficiente… Pero somos los Puños Imperiales, y cumplimos a rajatabla las leyes imperiales. Debemos tener una prueba concluyente.

—Entonces, ¿qué ordenáis, mi señor?

—Que los siervos mantengan la vigilancia. —Dorn alzó la mirada hacia el cielo cada vez más oscuro—. De momento, observaremos y esperaremos.



OCHO

ASCUAS Y CENIZA

JUGUETES

DESENMASCARADO

La estancia que le habían cedido a Perrig tenía un tamaño y unas dimensiones razonables, y la última de las cuatro que le habían ofrecido. La psíquica había rechazado las otras tres de inmediato debido a su negatividad lumínica inherente o a su cercanía a aglomeraciones indisciplinadas de pensamiento. En la segunda había muerto una mujer unos ciento siete años antes. Se había suicidado al descubrir un embarazo no deseado. La asistente, Gorospe, había mirado asombrada y con una expresión de consternación a Perrig cuando ésta la informó de ese hecho. Al parecer, ningún miembro del personal del Consorcio Eurotas conocía que el edificio de Iesta tuviera un pasado tan sórdido.

Sin embargo, aquella estancia era tranquila. El murmullo que percibía con sus sentidos era apagado, y Perrig se notó todo lo cerca de su equilibrio que era posible en un lugar tan cargado de mentes que zumbaban sin cesar. La psíquica efectuó los ejercicios de alineamiento y fue poco a poco sacándolas a todas con delicadeza de su paisaje mental.

Neutralizó toda aquella disrupción mediante la aplicación de una suave melodía anuladora, algo semejante a una contraoleada que enmascarara ese sonido átono.

Se tocó con un gesto inconsciente el collar que llevaba al cuello mientras lo hacía. No era más que algo metálico, un objeto que se mantenía cerrado alrededor de su garganta mediante una sencilla tuerca que ella podía abrir con un simple giro de los dedos. Sin embargo, tenía un significado para aquellos que lo miraban, para aquellos que leían las palabras del edicto de Nikaea grabadas con ácido en su superficie de hierro negro.

En cierto modo, era una marca de esclavitud, aunque sólo la llevaba para que los demás se sintieran tranquilos en su presencia. No era un anulador de poderes, y no era algo que estuviera preparado para inutilizar sus habilidades psíquicas. Lo llevaba al cuello porque de ese modo, aquello que temían sus poderes eran capaces de mantenerse a su lado y, a pesar de ello, dormir tranquilos, falsamente convencidos de que ese objeto los protegería de sus facultades sobrenaturales. La textura de la superficie de metal le proporcionaba algo en lo que concentrarse, y un instante después se dejó arrastrar hacia su interior.

Lo último que miró antes de cerrar los ojos fue el cronómetro que había colocado sobre una mesa cercana. Hyssos y los agentes de la ley locales habían regresado de la *Iubar* hacía ya varias horas, pero no había vuelto a ver a ninguno de ellos desde la audiencia que les había concedido el barón. Se preguntó qué estaría haciendo Hyssos en esos instantes, pero se resistió a la tentación de extender un tentáculo de pensamiento en su busca. La capacidad telepática de su compañero era muy escasa, tan sólo la familiaridad que tenía con su mente le permitía sentirlo con cierto grado de certidumbre. Lo cierto era que el deseo de Perrig por estar cerca de Hyssos lo único que le había provocado siempre era sólo melancolía. En una ocasión había estudiado sus pensamientos, cuando estaba dormido y con la guardia bajada, y vio que no tenía sospecha alguna de la extraña devoción que la psíquica sentía por su guardián. No comprendía en absoluto aquel apego tan peculiar, que no se podía considerar amor pero

tampoco otra cosa. Ella había decidido que era mejor así. La psíquica prefería no pensar en lo que podría llegar a ocurrir si Hyssos lo supiera. Lo más probable sería que la separaran de él. Quizá incluso la devolvieran a una de las naves negras, de donde la había sacado el barón Eurotas.

Perrig hizo a un lado esos pensamientos y se concentró de nuevo en el asunto que tenía entre manos. Cerró los ojos con fuerza y obligó a la calma a que regresara a su lugar.

La psíquica se arrodilló en el duro suelo de madera de la estancia. Había colocado a su alrededor, en una semicircunferencia muy cuidadosa, varios objetos que había recuperado entre los escombros de la vieja bodega. Eran unas cuantas piedras, un botón de latón de un abrigo largo, una envoltura pegajosa de papel de un vendedor callejero de piezas de carne cocinada y un panfleto rojo con un texto escrito en el dialecto local del gótico imperial. Perrig los fue tocando por orden, de un extremo a otro. Se detuvo en algunos, mientras que a otros volvió poco después. Utilizó los objetos para formarse una imagen rompecabezas del sospechoso, pero en aquella simulación había unos agujeros tremendos. Había puntos donde no era capaz de sentir en toda su dimensión quién era Erno Sigg.

El botón exudaba miedo. Lo había perdido cuando huía del fuego y del aullido de los coleópteros.

Las piedras. Las había tomado del suelo y había jugueteado con ellas en las manos. También las había arrojado de un extremo a otro del cobertizo una y otra vez, y el aburrimiento y la energía nerviosa de aquel entretenimiento habían marcado sus auras, inertes aparte de eso.

El papel estaba impregnado de hambre y de pánico. La imagen en este caso era muy distinta. Había robado la comida mientras el vendedor estaba de espaldas a él, y se había sentido convencido de que lo pillarían y lo arrestarían.

El panfleto estaba cargado de amor. De amor o un sentimiento parecido, al menos del modo en que Perrig lograba captarlo. Aunque «dedicación» sería el concepto más correcto, con casi una textura de rectitud.

Titubeó con el trozo de papel en la mano. Miró a través de los párpados cerrados el espectro de emociones que generaba. Sigg era un individuo complejo, y Perrig tuvo dificultades para encajar en su mente las piezas que tenía de él. Enterrado en un lugar profundo y desconocido de Sigg yacía el eco lejano de una violencia terrible, pero también se encontraba bajo la sombra de dos enormes fuerzas opuestas. A un lado se encontraba un gran sentimiento de esperanza, incluso de redención, como si creyese que podría salvarse; al otro, un temor igualmente poderoso ante algo que lo perseguía, ante su propia condición de víctima.

La psicometría de Perrig no era una ciencia exacta, pero durante sus años como investigadora había desarrollado un agudo sentido para seguir sus propios instintos. Fue ese sentido el que le dijo que Erno Sigg no mataba por placer. En cuanto esa idea le cristalizó en la mente, Perrig sintió que llegaban los primeros indicios borrosos de la dirección que debía seguir. Dejó que una mano agarrara el estilo que tenía a un lado y empezó a escribir en la placa de datos que tenía preparada en el suelo. La mano le temblaba a medida que la escritura automática empezaba a plasmar un texto desigual en una letra de rasgos finos.

Sin embargo, la otra mano no se separó del panfleto. Recorrio con los dedos el reborde y jugueteó con el papel desgastado en busca de los lugares donde había sido doblado y desdoblado con delicadeza una y otra vez. Se preguntó qué importancia tendría aquel objeto para Sigg, ya que lo había guardado con tanto cuidado, y sintió el fantasma de la angustia que lo embargó cuando lo perdió.

Así sería como lo encontraría. El pesar que lo atenazaba salía de su interior como un estandarte que ondeara en el viento. El estilo se movió de forma automática de un lado a otro de la placa, con voluntad propia.

Notó que aumentaba su confianza. Encontraría a Erno Sigg. Lo haría, y entonces Hyssos se sentiría satisfecho de lo que ella había hecho y…

El corazón le dio un salto en el pecho y se le escapó un jadeo de sorpresa. Había agarrado el estilo con tal fuerza que lo había llevado más allá de su capacidad para soportar la presión y se partió en dos, y los extremos rotos se le clavaron en la palma de la mano. De repente, Perrig

se puso a temblar de la cabeza a los pies, y sabía cuál era el motivo. En el fondo de su mente se había mantenido a la espera un pensamiento al que ella no se había atrevido a enfrentarse, algo que se había esforzado por evitar lo mismo que cualquiera procuraría no rozar con nada una quemadura profunda en la piel.

Sin embargo, en ese momento se vio atraída hacia el pensamiento y tocó los bordes descoloridos de aquella contusión psíquica, y encogió el cuerpo al sentir los leves pinchazos de dolor que le provocaba.

Lo había sentido tras llegar a Iesta Veracrux. Perrig se había imaginado al principio que era algo que tan sólo se debía a la transición que había sufrido su mente al pasar de la paz controlada de su refugio a bordo de la *Iubar* a la novedad rugiente de la abarrotada capital planetaria.

No era cierto. Ella había querido creer que era eso.

El temblor aumentó a medida que se atrevió a concentrarse en ello. Una sombra oscura se cernía en el límite mismo de su percepción, muy, muy cerca de ella. Más cerca que Erno Sigg. Mucho, mucho más cerca, más de lo que sospechaba Hyssos o cualquiera de los dos investigadores de Iesta.

Perrig notó una humedad repentina en las fosas nasales y en la mejilla. Le llegó un olor tibio y cobrizo. Parpadeó hasta abrir los ojos y lo primero que vio fue el panfleto. Era de un color rojo intenso, carmesí, y las palabras que había escritas en el papel se habían perdido bajo aquella tonalidad. Perrig jadeó con fuerza y alzó la mirada desde donde estaba arrodillada, y vio que la estancia y todo lo que albergaba se había vuelto rojo, rojo y rojo. Dejó caer el estilo roto y se pasó la mano por la cara. De los bordes de las cuencas oculares surgió un fluido espeso. No eran lágrimas, sino sangre.

Se puso en pie impulsada por una oleada de terror y pisó con la bota la placa de datos. La pantalla vítrea se partió bajo su peso. La estancia le pareció húmeda y asfixiante, con las superficies resbaladizas como la carne de una res recién sacrificada. Perrig se lanzó hacia la única ventana que había y alargó la mano hacia el cordón que corría las cortinas. Ansiaba abrirla y tomar una bocanada de aire fresco.

Las cortinas estaban hechas de rojo y de sombras, y se abrieron como pétalos cuando ella se acercó. Algo semejante a la figura de un ser humano se desplegó y quedó suspendida del techo colgando de unas piernas delgadas. Los pesados cortinajes cayeron con un ruido sordo al suelo de madera, donde la figura se expandió, húmeda y brillante por los aceites que la cubrían. El nombre de la criatura se imprimió en la superficie suave de la mente de Perrig, y ella se vio obligada a pronunciarlo en voz alta para expurgarlo de su interior ante el horror que representaba.

—Lanza…

Una mandíbula extensible de dientes y espinas óseas creció en la cabeza de aquella monstruosidad. Una llama estigia, visible sólo para aquellos que hubieran nacido con la maldición de la percepción psíquica, envolvió un rostro deformado y los pozos negros que eran sus ojos. En un solo instante, Perrig supo qué era lo que había cometido todos esos asesinatos, qué manos habían cortado con delicadeza los cuerpos de Jaared Norte, de Cirsun Latigue y de todos los demás que habían muerto por su voluntad.

La psíquica retrocedió, incapaz de hablar. Lo que ella más deseaba era taparse los ojos y apartar la mirada, encontrar un lugar donde esconder el rostro para no verse obligada a mirar aquella criatura, a Lanza, pero no había sitio al que ir. Incluso si se arrancaba los ojos de las órbitas, su visión psíquica permanecería, y el aura de aquella criatura monstruosa continuaría asfixiándola.

Se dio cuenta con horror que aquella criatura quería que ella la mirara con toda la percepción que le permitía su talento psíquico. Proyectaba la necesidad de que ella fuera testigo de lo que iba a pasar, y ese deseo tiraba de ella como la atracción de la gravedad de un sol oscuro.

Lanza murmuró algo para sí mismo. Cuando Perrig había tocado la mente de otros asesinos en el pasado, siempre le había repelido la alegría repugnante con la que cometían sus actos. Sin embargo, en Lanza no vio nada parecido. La psique del monstruo era un estanque de tinta negra, sin ningún rasgo sobresaliente, sin que la afectaran la locura, la lujuria o la furia más pura. Era algo casi inerte, que se movía bajo la guía de una

certidumbre inquebrantable. Le recordó por un instante la mente ordenada de Hyssos. El asesino compartía el mismo carácter tenaz e imperturbable que lo hacía dirigirse hacia sus objetivos…, Era casi como si estuviera cumpliendo una serie de órdenes.

Y a pesar de ello la dejó entrar. Perrig sabía que si se negaba a hacerlo, Lanza la destriparía allí mismo. Intentó con desesperación atravesar el miasma helado que la rodeaba y proyectar con toda su fuerza una llamada aterrorizada a su guardián ausente, pero al hacerlo también permitió que su mente se dirigiera hacia Lanza para ganar algo de tiempo, aunque quizá lo hiciera horrorizada y fascinada a la vez ante la verdadera naturaleza del monstruo.

Lanza no se mostró reservado y se abrio por completo a ella. Lo que Perrig vio la repugnó más allá de lo que jamás sería capaz de expresar. Al asesino lo habían creado así. Era de naturaleza humana, pero estaba tan corrompido que su origen exacto no se podía determinar, y lo envolvía una madeja de materias vivas que parecían sacadas de las profundidades aullantes de la propia disformidad. Quizá se trataba de un capricho cruel de la naturaleza, o quizá de una criatura creada por un genio retorcido, pero lo cierto era que Lanza carecía de alma. Sin embargo, no se parecía en absoluto a ninguna clase de psiónico con el que se hubiera encontrado Perrig anteriormente.

Era un paria negro, la expresión definitiva de una fuerza psíquica negativa. Perrig siempre había creído que aquel tipo de criaturas no eran más que una hipótesis, una simple conjetura, una pesadilla enloquecida producto de las mentes de teóricos delirantes y de perturbados hechiceros. Pero allí estaba, delante de ella, observándola, respirando el mismo aire mientras Perrig lloraba sangre.

En ese momento, Lanza alargó una mano cuyos dedos eran cuchillas y tomó la mano de Perrig. Ella aulló cuando un dolor ardiente le recorrio todos los nervios del cuerpo. El asesino le cortó de un tajo el pulgar derecho con una facilidad insolente y se lo llevó consigo. Jugueteó con su trofeo mientras Perrig se apretaba la mano herida con la otra para evitar que siguiera saliendo sangre del muñón.

Lanza se metió el pulgar en la boca llena de dientes y se lo pasó de un lado a otro antes de masticar la carne y el hueso como si fuera un bocado exquisito. Perrig se desplomó y se quedó sentada en el suelo cubierto de manchas de sangre. La cabeza empezó a darle vueltas cuando captó el efecto del repentino cambio psiónico que recorrio al asesino.

Los dos vacíos negros de sus ojos la miraron fijamente y se convirtieron en dos espejos ahumados. En ellos vio reflejada su propia mente, la energía de sus propios poderes psiónicos burbujeando y retorciéndose, copiada y multiplicada por mil. Lanza había probado su sangre, el código genético vivo de su ser, y ahora ya la conocía. Tenía su impronta.

Perrig retrocedió a rastras mientras sentía cómo el coro de zumbidos de su mente y el de la mente del asesino se unían en una sincronía estremecedora, cómo las órbitas de sus poderes se movían hacia un alineamiento perfecto. Perrig aulló de nuevo y gritó suplicante que parara, pero Lanza se limitó a inclinar la cabeza hacia un lado y dejar que la energía siguiera aumentando.

Ella se dio cuenta de que Lanza no había matado de ese modo desde hacía mucho tiempo. Las otras muertes habían sido vulgares, sin nada que destacar. Él quería hacerlo para demostrarse que todavía era capaz de lograrlo, lo mismo que un soldado dispararía todo un cargador para comprobar la precisión de su arma. Perrig se dio cuenta demasiado tarde de que ella era lo único en muchos años luz a la redonda que podría haber representado una amenaza para el asesino, pero ya era demasiado tarde.

Un instante después, se unieron en el antiespacio que se abría entre ellos. Perrig fue incapaz de impedir que su poder psiónico se desencadenara y se lanzara por sí mismo contra Lanza, que lo esperaba con los brazos abiertos. El asesino lo absorbió todo, hasta la última gota de energía, y lo hizo con la misma facilidad con la que respiraba.

Sin moverse en absoluto, Lanza descargó todo aquello, todo lo que era Perrig. La fuerza de sus poderes sobrenaturales regresó aumentada y convertida en un huracán feroz y silencioso.

La mujer se convirtió en cenizas que se deshicieron un instante después.

La *Ultio* avanzó a toda velocidad a través de los fuegos abrasadores e insaciables del immaterium y atravesó los corredores de la disformidad más allá de los límites del Segmentum Solar. El navegante ciego de la nave la llevó a través de rutas muy poco conocidas, unos pasajes que apenas aparecían en los mapas y que los estamentos superiores del Imperio no incluían en las cartas estelares que se entregaban a la mayoría de almirantes y capitanes. Se trataba de unas rutas muy veloces pero traicioneras, unas vías que atravesaban aquella dimensión atemporal que las naves de mayor tamaño no podían seguir, ya que el brillo de la luz de las almas de unas tripulaciones tan numerosas habrían atraído de inmediato a las tormentas vivientes que giraban y rotaban, mientras que la *Ultio* pasó junto a ellas sin que nada notara su presencia. La nave fantasmal apenas estaba allí en realidad. El campo Geller disponía de una opacidad tan afinada y sus motores tal potencia y velocidad que las inteligencias torpes y depredadoras que moraban en el espacio disforme tan sólo se percataban de su presencia por la estela que dejaba tras de sí. La *Ultio* voló hacia Dagonet mientras los días pasaban y los relojes marchaban hacia atrás en Terra. Según algunos cálculos, en realidad ya estaba allí.

La fuerza de ejecución que viajaba a bordo se reunió una vez más, pero esta vez lo hizo en un compartimento situado en un lateral del corredor que recorría en toda su longitud los gigantescos impulsores de la nave estelar.

Kell lo observó todo, como siempre hacía.

El Garantino seguía jugueteando con su arma improvisada. Había continuado trabajando en ella hasta crear una larga hoja afilada que tendría la longitud del brazo de una persona.

—¿Qué es lo que quieres, vanus? —preguntó.

Tariel le sonrio con gesto nervioso y señaló un gran contenedor de carga que ocupaba el espacio de toda una pared del compartimento.

—Esto… gracias a todos por venir —dijo, mirando a su alrededor, a Kell, a Iota y a los demás—. Ahora que se nos ha encomendado oficialmente la misión, tengo permiso para continuar con la siguiente fase de mis órdenes.

—Explícate —le exigió Koyne.

El infocito se frotó las manos.

—El señor de los asesinos en persona me ordenó que entregara todo este material al grupo, pero sólo después de que estuviéramos todos y sólo después de que la *Ultio* hubiera salido del Sistema Solar. —Se acercó a un teclado que el módulo de carga llevaba incorporado y pulsó una serie de símbolos—. Yo seré el encargado de vuestro equipo.

El eversor levantó la cabeza de golpe, y su estado de ánimo cambió de la insolencia a una concentración semejante a la de la luz de un láser.

—¿Estás hablando de armas? —le preguntó casi salivando.

Tariel asintió.

—Entre otros elementos de equipo. Esta unidad contiene todo el material que necesitamos para la misión que nos espera.

—¿Tú sabías algo de todo esto? —le preguntó el Garantino a Kell con actitud amenazadora—. ¿Resulta que estaba jugando con unos restos penosos cuando tenía todo un cargamento de combate a bordo conmigo?

Kell hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Yo suponía que nos equiparían cuando llegáramos al planeta objetivo.

—¿Por qué nadie me dijo que teníamos una armería a bordo de este cacharro? —Tariel se agachó cuando el Garantino lanzó la cuchilla improvisada. El arma se clavó en una viga que estaba cerca del infocito—. ¡Dame un arma ahora mismo! ¡Me siento desnudo sin una puñetera arma!

—Vaya, eso sí que sería una imagen encantadora —musitó Soalm.

—Es que las necesita —le explicó Iota con voz distraída—. Siente de verdad una especie de dolor emocional cuando lo separan de sus pistolas,

como a un padre al que le arrancaran de los brazos a su hijo.

—Voy a enseñarte lo que es arrancar —le bufó amenazante el Garantino a Tariel—. Yo mismo me encargaré de arrancar algo.

—¡Apertura!

Tariel casi gritó la palabra, y el dispositivo que controlaba el cierre del contenedor siseó al deslizarse sobre un mecanismo hidráulico bien engrasado. El módulo de carga se abrio a lo largo en dos mitades que giraron hacia atrás. Lo que quedó a la vista fueron estanterías llenas de armas, de equipo de apoyo y de toda clase de dispositivos de combate.

En el rostro del Garantino apareció una expresión que se acercaba a la alegría.

—Hola, bonita, bonita —murmuró mientras se acercaba a una estantería, donde lo esperaba una pistola de aspecto pesado y ornamentación variada, y también decorada con unas alas metálicas y varias sondas sensoras. La tomó en la mano y la sopesó. Una risa helada surgió de su boca cuando los marcadores genéticos le cosquillearon por todo el cuerpo al comunicarse brevemente con los microcircuitos lobulares que tenía implantados en el cerebro, que confirmaron su identidad y su misión.

—La combipistola Executor —dijo Tariel mientras parpadeaba con rapidez al extraer información de un fondo mnemónico situado en su córtex profundo—. Doble función balística como arma bólter y pistola lanzaagujas que…

—¡Ya sé lo que es! —gruñó el Garantino antes de que tuviera tiempo de terminar la descripción—. Nos conocemos muy bien —añadió mientras la acariciaba como si fuera una mascota.

Kell les habló de nuevo.

—Tomad todo lo que necesitéis, pero aseguraos de que vais a utilizar lo que os lleváis. Regresad a vuestros compartimentos y preparad vuestro equipo para un despliegue inmediato. No tenemos ni idea de cuándo llegaremos nosotros y cuándo lo hará nuestro objetivo.

—Puede que incluso nos esté esperando —comentó Koyne mientras se dirigía hacia otra estantería de armas—. Las mareas de la disformidad a

menudo fluyen contra el tiempo.

El Garantino recogió con afán y a brazadas piezas de equipo, empezando por varias bandoleras llenas de granadas de fusión, para segur con un puño neuronal de aspecto siniestro y un sistema de sensores de vigilancia. Soltó otra risotada gutural y empuñó de un manotazo una espada carnicera de extremo romo, y luego se la colocó debajo del brazo_

—Estaré en mi camarote —dijo entre risas, y se marchó con toda su carga.

Iota observó al eversor mientras se alejaba.

—Miradlo bien. Casi parece… feliz.

—Todos los niños necesitan sus juguetes —contestó Soalm.

La culexus miró de reojo las estanterías repletas de equipo antes de dar media vuelta.

—Yo no. Ahí no hay nada que necesite. —Miró a la venenum y se dio unos cuantos golpecitos en la sien—. Yo ya tengo mi arma.

—Sí, el animus speculum —asintió Soalm—. He oído hablar de él, pero se trata de algo etéreo, ¿no? Su uso depende tanto del poder del oponente como del poseedor de esa arma, o eso me han dicho.

Iota apretó los labios en una pequeña sonrisa.

—Lo que tú digas.

Tariel se les acercó con nerviosismo.

—Sí… sí que tengo una pieza de equipo para ti, culexus —le dijo el infocito al mismo tiempo que le ofrecía una caja blindada cubierta de runas de advertencia—. Si me haces el favor…

Iota abrio la tapa e inclinó la cabeza hacia un lado. En el interior de la caja había una docena de granadas de metal negro.

—Vaya. Explosivos. Qué vulgar.

—No, no —replicó Tariel—. Se trata de una tecnología nueva. Es un arma experimental que todavía no se ha probado en el campo bajo condiciones operativas. Es obra de los técnicos de mayor grado de tu Clado.

La mujer sacó una de las granadas y la olisqueó. Luego entrecerró los ojos.

—¿Qué es esto? Huele igual que la muerte de los soles.

—No tengo la autorización necesaria para conocer todos los detalles —admitió el infocito—. Sin embargo, lo que sí sé es que estos artefactos contienen una forma muy escasa de materia particulada que inhibe la capacidad de utilizar poderes psiónicos en una zona localizada.

Iota observó con atención la granada durante un largo momento y jugueteó con el tirador de activación antes de mirar por fin a Tariel con expresión lánguida.

—Me las llevaré —le dijo, y le quitó la caja de las manos.

—¿Qué es lo que tienes para los demás en esa encantadora caja de juguetes? —le preguntó Koyne con cierta despreocupación mientras blandía dos espadas de memoria.

Las dos armas tenían unas hojas curvadas y gráciles que cambiaban de ángulo en mitad de la estocada mientras la callidus cortaba el aire con ellas.

—Cepas de toxinas.

El vanus apretó una tecla y un cinto festoneado de estiletes de vidrio surgió de un tambor de almacenaje sellado que estaba marcado con símbolos de peligro biológico.

Koyne dejó a un lado las espadas y alargó una mano hacia ellos, y entonces se dio cuenta de que Soalm había hecho lo mismo. La callidus se interrumpió y le hizo una pequeña reverencia.

—Te pido disculpas, prima. Por supuesto, tú eres la más experta en venenos.

Soalm le respondió con una sonrisa forzada y sin alegría alguna.

—No, por favor. Escoge tú primero. Llévate lo que quieras.

Koyne alzó una mano.

—No, no, en absoluto. Tú primero, por favor. Insisto.

—Como quieras.

La venenum sacó cuidadosamente una de las dagas y le dio unas cuantas vueltas entre los dedos. La sostuvo en alto a contraluz y siguió dándole vueltas para que los fluidos coloreados del interior de la hoja de

cristal cargada de veneno fluyeran de un lado a otro. Inspiró profundamente al cabo de unos momentos.

—Son de buena calidad. Serán más que suficientes para acabar con cualquier persona que se interponga entre nosotros y Horus.

La callidus tomó unas cuantas de aquellas dagas de cristal.

—Sí, pero ¿qué hay de aquellos que no son personas normales? ¿Qué hay del propio Horus?

Soalm apretó los labios.

—Cualquiera de éstos sería poco más que la picadura de un mosquito para el señor de la guerra. —Miró a Tariel—. Yo mismo me prepararé mis armas.

—También tenemos esto —le ofreció el vanus al mismo tiempo que le entregaba una pistola.

El arma se componía de una serie de tubos finos de bronce con un bulbo cristalino en el lugar donde normalmente se encontraba el cargador de una pistola corriente. Soalm la empuñó y estudió la rejilla de malla metálica que sustituía al habitual cañón de una pistola.

—Una pistola bacteriológica —comentó al mismo tiempo que la sopesaba con la mano—. Esto sí que puede ser útil.

—La dispersión del veneno se puede ajustar, desde una neblina vaporizada hasta un proyectil gelificado —le indicó Tariel.

—¿Estás segura de que sabes cómo utilizar eso? —le preguntó Kell.

Soalm levantó el brazo en un gesto relampagueante para adoptar una posición de disparo y apuntó directamente a la cara del vindicare.

—Creo que algo me acuerdo, sí —le replicó antes de dar media vuelta para marcharse mientras la pistola giraba con rapidez sobre su delicada mano.

Mientras eso ocurría, Koyne había descubierto una caja totalmente distinta a las demás que había almacenadas en el contenedor. Parecía más bien una concha en forma de caracola, y el único mecanismo visible para su apertura era el dibujo de una mano trazado sobre la materia ósea del cierre: la huella de tres dedos extremadamente largos y de un pulgar doble.

—No tengo ni idea de lo que puede ser —admitió Tariel—. Me refiero a la caja. Casi da la sensación de ser…

—¿Alienígena? —lo interrumpió Koyne—. Pero eso está prohibido, vanus, así que, ¡no puede ser!

Se oyeron una serie de crujidos leves a medida que la mano derecha de la callidus se alargaba y cambiaba de forma. Los dedos humanos se transformaron y se unieron hasta que la extremidad se acabó pareciendo a la huella alienígena. Koyne apretó la mano contra la superficie del contenedor y éste se abrio con un leve siseo. De la abertura salieron pequeños regueros goteantes de un líquido de color púrpura que cayeron sobre el suelo metálico. El interior de la caja tenía un aspecto más orgánico e inquietante todavía. Allí dentro había una especie de lecho de un tejido carnoso y empapado de aquel líquido púrpura, y sobre eso yacía un arma fabricada con un material cerámico ennegrecido pero semejante al hueso. Era grande, y parecía desequilibrada por la forma. La parte delantera del cañón rodeaba un cristal tallado en múltiples facetas del color verde mar del jade antiguo.

—¿Qué es eso? —le preguntó Tariel, con una repugnancia más que evidente.

—En mi clado lo llamamos de muchas maneras —le contestó Koyne —. Lo que hace es destrozar la mente, desgarrar el intelecto y el pensamiento hasta dejarlos despedazados. Aquellos a los que toca quedan convertidos en cascarones vacíos. —La callidus alargó la mano para ofrecérselo al vanus, quien retrocedió de inmediato—. ¿Quieres echarle un vistazo en profundidad?

—No en esta vida —le replicó Tariel tajante.

Koyne se humedeció los labios con una lengua de color pálido mientras colocaba de nuevo el arma en su concha. Luego la levantó con un brazo y les hizo una reverencia.

—Y ahora, si me lo permiten, me retiro.

Kell miró al vanus mientras Koyne se alejaba.

—¿Qué hay de ti? ¿O los de tu Clado prefieren no llevar ninguna clase de arma?

Tariel negó con la cabeza mientras su rostro recuperaba su tono de piel normal.

—Dispongo de mis propias armas, sólo que no son tan obvias y evidentes como las vuestras. Llevo un proyector de electropulso incorporado en mi guantelete cogitador. Además, dispongo de mis acompañantes, las psiberáguilas, los ratojos y los enjambres de moscómatas de red.

Kell recordó los contenedores que había visto en otros lugares a bordo de la *Ultio*, donde los roedores, las aves de presa y otros animales con modificaciones cibernéticas dormían durante todo el viaje en estado de hibernación, a la espera que la voz de su amo los despertara.

—Esas cosas no conseguirán salvarte la vida.

El vanus volvió a hacer un gesto negativo con la cabeza.

—Créeme cuando te digo que no estoy dispuesto a dejar que nada ni nadie se acerque lo suficiente como para intentar matarme. —Dejó escapar un suspiro—. Y ya que hablamos de eso… También tengo armas para ti.

—Ya perdí mi arma —le replicó Kell con no poco rencor—. Gracias al eversor.

—La han recuperado —le explicó Tariel mientras abría una caja alargada—. Mira.

Cada vindicare utilizaba un rifle que estaba configurado exclusivamente para su biomasa, su estilo de disparo, el movimiento intrínseco de su cuerpo, incluso para coincidir a la perfección con el ritmo respiratorio de cada francotirador. Kell sintió que perdía una parte de su cuerpo cuando el Garantino le había destrozado el rifle en la nieve del Áktico, y sin embargo, dentro de la caja había un rifle de francotirador que se parecía enormemente al arma que había sido su compañera inseparable durante años. Se parecía, pero también iba más allá.

—Un Exitus —musitó antes de inclinarse para pasar una mano por la superficie lisa y mate del cañón del arma.

Tariel fue desgranando los componentes individuales del arma.

—Mira telescópica con poliimagen espectrocópica. Cargador de tambor para la munición. Cubierta refrigerante de nitrógeno. Unidad

supresora de sonido. Estabilizador giroscópico de equilibrio. —Se calló un momento—. Hemos recuperado todas las piezas originales de tu antiguo rifle y las hemos incorporado en éste.

Kell se limitó a asentir. Se fijó en que la empuñadura y parte del apoya-mejillas estaban desgastados de un modo imposible en un arma de fuego recién fabricada. Al lado de aquel rifle largo, sobre la superficie de terciopelo rojo del estuche, había una pistola de diseño similar. A lo largo del lado inferior de la caja se veía una fila tras otra de balas colocadas de forma individual pero reunidas por grupos con códigos de colores.

—Es impresionante. Pero tendré que ajustar la mira.

—Bueno, seguro que tendrás muchas oportunidades para practicar tus habilidades antes de que se presente Horus —le dijo Soalm, quien en realidad no se había marchado de la estancia, sino que se había quedado apoyada en una pared mientras el francotirador y el infocito hablaban.

—Haremos lo que tengamos que hacer —le respondió Kell sin volverse para mirarla.

—Aunque nos destruyamos a nosotros mismos al hacerlo —le replicó a su vez su hermana.

El francotirador apretó la mandíbula, y en ese momento su mirada se posó en la frase que el rifle llevaba grabada en el delgado cañón. Alguien había escrito con un cuidado exquisito el Dictatus Vindicare, la máxima de la que se enorgullecía su Clado: «Exitus Acta Probat».

—El fin justifica los medios —dijo Kell.

Lo que vio en la habitación no era una clase de muerte que Yosef Sabrat hubiera llegado a imaginarse jamás. Los asesinatos de Latigue en la aeronave y de Norte en los muelles de carga habían sido actos horribles que lo habían repugnado hasta la médula, pero que no lo habían afectado mentalmente. Sin embargo, aquel… aquel… horror era algo muy distinto.

La gran mancha de cenizas negras se extendía por toda la zona central de la habitación de Perrig, y lo hacía desde el punto donde los ropajes que llevaba puestos habían caído al suelo. Lo que cubrían las partículas negras

de la pila de cenizas de ese punto era un collar de hierro que todavía tenía colocado el tornillo de cierre que lo mantenía cerrado. Entre ese mismo montículo de cenizas se veían las agujas plateadas de algunos implantes neurales que brillaban bajo la luz de las lámparas.

—No… no lo entiendo —tartamudeó Gorospe, que se encontraba unos cuantos pasos detrás de los investigadores. Yosef estaba en el pasillo junto a los cazadores, que iban de un lado a otro confusos, sin saber qué hacer—. No lo entiendo —repitió—. ¿Dónde está esa… mujer?

Casi había dicho «bruja». Yosef percibió cómo los labios de Gorospe casi formaban esas palabras, y le lanzó una mirada furibunda. La asistente del Consorcio lo miró con los ojos abiertos de par en par, con una expresión lúcida, y Yosef sintió que las manos se le cerraban formando unos puños casi en un acto reflejo. Gorospe se mostraba insensible, con una actitud casi despreciable, ante la muerte de la psíquica, y Yosef tuvo que contenerse para no agarrarla por el cuello y estrellarla contra la pared para luego gritarle lo estúpida que era. En vez de eso, inspiró profundamente.

—Está ahí. No se ha ido a ninguna parte. Eso es lo único que queda de ella.

Yosef se volvió y la dejó atrás. Pasó al lado de Skelta, y el cazador le hizo un gesto de asentimiento a modo de saludo.

—Hemos recibido un aviso del bailío Segan, señor. Lo llamaron, aunque no estaba de servicio, y ya se encuentra en camino.

Yosef respondió con otro gesto de asentimiento y dio un paso con cautela para atravesar la barrera de campo y entrar en la habitación. Tuvo mucho cuidado de no estorbar el trabajo de los pequeños autómatas de rastreo que escaneaban la zona con sus pictógrafos y sus láseres de medición. Hyssos estaba en cuclillas y miraba a su alrededor: a las paredes, luego a la ventana y, por último, a los restos de ceniza. Estaba de espaldas la entrada, y Yosef lo oyó respirar de forma entrecortada. Era casi un sollozo.

—¿Necesita estar… a solas un momento?

Nada más decir aquello, Yosef se sintió un completo idiota. Por supuesto que lo necesitaba. Acababan de asesinar a su compañera de un modo brutal, de una manera horrible y desconcertante.

—No —le respondió Hyssos—. Sí —dijo un momento después—. No, no… Ya habrá tiempo para eso…, después. —El agente levantó la asta. Tenía los ojos brillantes—. ¿Sabe? Creo que en el último momento… Creo que llegué a oírla —comentó mientras se señalaba una de las trenzas del cabello.

Yosef se fijó en la semicircunferencia que formaban los objetos en el suelo, en las piedras, en el papel.

—¿Qué es todo esto?

—Focos. Objetos que están imbuidos con alguna clase de resonancia emocional del sujeto en cuestión —le explicó Hyssos—. Perrig los lee muy bien. Los leía —se corrigió de forma automática y con voz ausente.

—Lo siento.

Hyssos asintió.

—Me dejará que mate a este individuo cuando lo encontremos —le dijo a Yosef con voz tranquila y controlada—. Por supuesto, una vez estemos completamente seguros de que es culpable —añadió—. Pero su muerte, dejará que sea a mis manos.

Yosef sintió que enrojecía y se violentaba un poco.

—Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

Apartó la mirada y vio los sitios de la otra lejana pared, la que estaba a su espalda, donde habían pintado los símbolos. No los había visto al entrar en la habitación. Al igual que las pinturas de sangre que encontraron en el interior del aerodirigible o la silueta que había formado el cuerpo desgarrado de Jaared Norte, había estrellas de ocho puntas por todas las paredes de color claro. Por lo que parecía, el asesino de Perrig había utilizado los residuos que habían quedado del cuerpo de la mujer a modo de tinta, y había repetido el mismo símbolo una y otra vez.

—¿Qué significa? —musitó Hyssos.

El bailío se pasó la lengua por los labios. De repente, se le habían quedado secos. Notó una sensación extraña, un cosquilleo en la base del

cráneo, parecido a un dolor de cabeza sordo provocado por un exceso de cafeína y por la falta de aire fresco. Aquellos símbolos eran lo único que era capaz de ver, y tuvo la impresión de que la respuesta estaba en ellos, y que la encontraría en el momento que fuera capaz de hallar el modo correcto de verlos. No se trataba de algo diferente a los problemas de matemáticas de los libros de scholam de Ivak. Tan sólo había que resolverlos para comprenderlos.

—Sabrat, ¿qué quiere decir? —le insistió Hyssos—. Esta palabra.

Yosef parpadeó, y el momento pasó. Volvió la vista hacia el investigador. Hyssos había sacado algo de entre los restos de ceniza. Era una placa de datos con la pantalla rota y cubierta de grietas. Por increíble que pareciera, la imagen seguía funcionando, aunque se apagaba de forma intermitente.

Yosef la tomó con cuidado, procurando no tocar las superficies manchadas de ceniza. La pantalla táctil todavía recordaba las palabras que habían grabado sobre ella, y se las mostró en un centelleo casi demasiado veloz como para captarlas.

—Una de las palabras es «Sigg». ¿La ve? —le indicó Hyssos.

Así era, y debajo de ella había un garabato que parecía ser un intento por formar otra serie de letras, pero que estaba demasiado desfigurado. Sin embargo, encima del nombre se veía con claridad otra palabra bien escrita.

—«Whyteleaf». ¿Es el nombre de alguien?

Yosef negó con la cabeza. Supo al instante a qué se refería la palabra.

—No es una persona, es un lugar. Lo conozco bien.

Hyssos se puso en pie de un salto.

—¿Está cerca de aquí?

—En las colinas bajas. Es un viaje corto en coleóptero.

El breve sentimiento de pena y tristeza del investigador del Consorcio había desaparecido por completo.

—Tenemos que ir allí ahora mismo. Las lecturas de Perrig pierden validez con el paso del tiempo. —Dio unos golpecitos con un dedo sobre la placa rota—. Si ella sintió que Sigg se encontraba en ese sitio, con cada

momento que desperdiciemos aquí aumenta el riesgo de que huya de nuevo.

Skelta oyó el final de la conversación.

—Señor, no disponemos de otras unidades en la zona. Las unidades de refuerzo están ocupadas con una pelea de cargadores que se les fue de las manos en los muelles aéreos, y los destacamentos de seguridad se están preparando para el carnaval del comercio.

Yosef tomó una decisión.

—Cuando llegue Daig, dile que se encargue de la escena del crimen y que mantenga a Laimner ocupado. —Después se dirigió hacia la puerta sin mirar atrás para saber si Hyssos lo seguía—. Nos llevamos la aeronave.

El agente del Consorcio ya había perdido a compañeros en otras ocasiones, y en cada una de ellas le había resultado difícil aceptarlo, como ocurría en ese momento, pero en el caso de la muerte de Perrig había algo más que eso. Tenía la misma sensación que si le hubieran disparado y el proyectil se hubiera clavado en mitad de su alma. Se quedó con la mirada perdida en las nubes bajas y oscuras que se extendían más allá de las alas del coleóptero, y se esforzó por analizar sus propias reacciones emocionales ante lo que había ocurrido, pero no logró nada. Perrig siempre fue una buena camarada, de fiar, y a él le gustaba su compañía. Ella jamás lo había presionado para que hablara de su pasado, ni había intentado sacarle más información de la que él le había querido dar. Hyssos siempre se había sentido respetado en su presencia y honrado por su actitud competente, por su inteligencia tranquila y sosegada.

Perrig había muerto. Bueno, aquello era peor que la muerte, porque ni siquiera había quedado un cadáver, tan sólo un puñado de cenizas negras, un masa de materia pulverizada que no tenía parecido alguno con el ser humano que él conocía. Sintió una fuerte punzada de culpabilidad. Perrig siempre le había entregado su confianza de una manera total y absoluta, y él no había estado a su lado para protegerla cuando más lo necesitaba. La

investigación había pasado de ser un asunto meramente profesional a tratarse de algo personal, e Hyssos dudaba de sí mismo en esos momentos.

Si tuviese que considerar la situación desde un punto de vista externo, si fuese un observador pasivo, Hyssos habría ordenado de inmediato que un agente en esas circunstancias fuera apartado del caso y se asignara un nuevo equipo investigador procedente de las fuerzas de seguridad del Consorcio, y él sabía muy bien que ése era el motivo por el que todavía no había enviado ningún informe oficial al barón sobre la muerte de Perrig, ya que el propio Eurotas ordenaría exactamente lo mismo.

Sin embargo, era Hyssos quien estaba al frente en ese momento, y conocía muy bien los riesgos que corrían. Se tardaría demasiado en hacer llegar otro agente y ponerlo al corriente de la situación. Por muy competentes que fueran los agentes locales, como era el caso de Sabrat, no se podía confiar en que los superiores del bailío supieran manejar el asunte con toda la celeridad que era necesaria.

Sabía que todo aquello no eran más que pequeñas mentiras con las que intentar engañarse. Todas tenían un cierto grado de verdad, pero lo cierto era que, en el fondo, lo único que él quería en esos momentos era matar como un animal rabioso al asesino de Perrig.

Hyssos entrelazó las manos para evitar cerrarlas formando puños. Su aspecto exterior de tranquilidad no había cambiado en absoluto, pero en su fuero interno se sentía iracundo. El agente miró a Sabrat mientras la aeronave empezaba a descender en una amplia espiral para aterrizar.

—¿Qué es Whyteleaf? —le preguntó al bailío.

—¿Qué? —le replicó Sabrat, quien se volvió de repente y lo miró furibundo, como si el agente del Consorcio hubiera proferido un insulto personal muy grave. Un instante después parpadeó y aquella furia extraña se desvaneció—. Ah, sí. Es un almacén vitivinícola. Muchas de las bodegas de menor tamaño guardan sus caldos más añejos allí, en grandes barricas, para que maduren sin que nada los perturbe.

—¿Cuántos empleados tiene?

Sabrat negó con la cabeza con un cierto aire distraído.

—Está… Todo está automatizado. —Los patines de la aeronave se deslizaron sobre el suelo cuando aterrizó—. ¡De prisa! —exclamó el bailío al mismo tiempo que se ponía de pie de un salto—. Si el coleóptero se queda demasiado tiempo en el mismo sitio, Sigg sabrá que hemos venido a por él.

Hyssos lo siguió por la rampa de bajada y ambos salieron a una pequeña tormenta de polvo y de hojas secas provocada por la propulsión de los motores de la nave. Vio que Sabrat le hacía un gesto cortante al piloto, y un instante después el coleóptero ascendía de nuevo hacia el cielo dejándolos agachados bajo el repentino viento huracanado del despegue.

Hyssos frunció el entrecejo mientras el sonido se alejaba.

—No sé si eso ha sido buena idea. Nos habría venido bien disponer de otro par de ojos.

El bailío ya se alejaba caminando por el tejado del almacén sobre el que los había depositado el coleóptero.

—Sigg logró huir la última vez. —Movió la cabeza en un gesto negativo—. ¿Quiere que vuelva a pasar?

Sabrat lo dijo casi como si el agente fuese el culpable de que hubiese ocurrido.

—No, por supuesto que no —le respondió Hyssos en voz baja a la vez que desenfundaba la pistola y sacaba un auspex de mano de uno de los bolsillos interiores de la chaqueta—. Será mejor entonces que nos separemos, para buscarlo.

Sabrat asintió mientras se ponía en cuclillas para abrir un pequeño escotillón de acceso que había en el tejado.

—De acuerdo. Vaya bajando por las diferentes plantas hasta que nos encontremos en el sótano. Si lo encuentra, dispare al aire.

Antes de que Hyssos tuviera tiempo de contestarle, el bailío se dejó caer por el hueco del escotillón y desapareció en la oscuridad.

Hyssos inspiró profundamente y siguió avanzando hasta encontrar otro hueco de acceso en el otro extremo del almacén. Se detuvo un momento para ponerse unas gafas amplificadoras y luego se adentró en la oscuridad.

Había muy poca luz en el interior del almacén, pero las gafas amplificadoras le solucionaron aquel inconveniente. Las grandes zonas en sombras quedaron transformadas en un paisaje de manchas blancas, grises, verdes y negras. Hyssos bajó hasta el suelo de la hilera superior y vio las siluetas de las inmensas barricas de almacenaje que se alzaban a su alrededor. Unos gigantescos bastimentos de madera curvados formaban las paredes de aquellos enormes barriles. El olor a vino, fuerte y áspero, lo impregnaba todo. Hasta el aire cálido estaba empapado de ese aroma.

Avanzó con pasos cuidadosos, pero las botas hacían crujir los trozos de azúcar cristalizado que se encontraban entre los huecos de las planchas del suelo. La madera no dejaba de emitir crujidos suaves y gimientes. Llevaba el auspex, un aparato pequeño con forma de libro adornado, abierto y unido al cinturón mediante un enganche. El mecanismo sensor emitía un lento pulso luminoso, y el hecho de que la cadencia no se alterase en absoluto era una indicación de que no había ninguna señal de vida humana dentro de su radio de exploración. Hyssos se preguntó por qué la presencia de Sabrat no aparecía en la pantalla, pero pensó que se debería a la presencia en el almacén de grandes cantidades de metal y al escaso alcance del aparato.

El agente no paraba de pensar en la placa de datos que había encontrado en la habitación de Perrig y que la psíquica había dejado a medio anotar. Por la situación en la que se encontraba entre las cenizas, supuso que probablemente la tenía en la mano cuando le llegó la muerte. Perrig había visto a Erno Sigg entre los objetos focales que se había llevado de la bodega Blasko y lo había rastreado a través del etherium hasta dar con ese lugar, Whyteleaf. Pero la otra palabra, la tercera línea de la placa… ¿qué significado tendría? ¿Qué era lo que había intentado decir? ¿Cómo era posible que hubiera muerto de ese modo?

Al cabo de unos instantes no pudo aguantar que aquellas preguntas quedaran sin respuestas y utilizó la mano libre para sacar la placa rota de un bolsillo.

«Otro error de juicio», le dijo una voz desde el fondo de su mente. La placa de datos era una prueba pericial, y a pesar de eso se la había llevado de la escena del crimen. Hyssos se subió las gafas hasta la frente y estudió con atención la placa rota en la penumbra. Las letras apenas eran visibles, pero él conocía muy bien el estilo de escritura firme y redondeada. Si encontrara el modo de mirarlo de otra forma, de verlo con otros ojos…

«Lanza».

Aquello lo golpeó como un chorro de agua helada. Fue un momento repentino de comprensión. Sí, estaba seguro. El trazo recto de las consonantes y el más redondeado de las vocales… Sí.

Pero ¿qué querría decir?

El siguiente paso que dio provocó un sonido pegajoso y húmedo, y algo en la suela de la bota tiró del pie, como si el suelo estuviera cubierto por una capa de pegamento.

Hyssos olisqueó el aire, y se preguntó si alguno de aquellos gigantescos barriles tenía un escape, pero un momento después, un olor metálico y mohoso invadió el aire y ahogó el aroma dulzón del interior del almacén. Guardó de nuevo la placa en el bolsillo y se puso otra vez las gafas con cautela.

Y allí delante, pintado con tonos verdes fríos, se veía un friso compuesto de huesos y trozos de carne. Al otro lado de la curva de una de las cubas de madera, debajo de una viga de apoyo ancha, en una sombra que jamás se vería perturbada por la luz del día de Iesta, vio con claridad un cuerpo destripado.

El cadáver estaba completamente abierto. Lo habían desollado para poder arrancar las entrañas, los músculos y los huesos. Los trozos sanguinolentos que quedaban de la víctima estaban organizados de modo que parodiaran una forma humana. Los órganos y los huesos habían sido colocados en distintas disposiciones, y algunos habían acabado unidos en unas fusiones nuevas y horribles. Por ejemplo, vio unas cuantas costillas que sobresalían como dagas de la carne húmeda de un hígado de color pálido. El hueso pélvico estaba envuelto con una tira formada por los intestinos, mientras que a uno de los pulmones esponjosos lo recubrían los

nervios arrancados de los músculos. La sangre lo rodeaba por doquier formando un charco casi seco. Era una pátina pegajosa que se había mezclado con los vertidos de vino y que sin duda se había filtrado a través del suelo de aquel nivel y del siguiente. Miles de litros de un licor madurado con esmero habían quedado inservibles al verse contaminados por lo que había ocurrido allí.

Alguien se había dedicado a pintar estrellas de ocho puntas en el borde de aquel mar de sangre, sobre las planchas de madera blanda. Hyssos divisó una silueta que le llamó la atención de inmediato. Era una cara. Avanzó con mucho cuidado, y sintió que la bilis le subía a la garganta con cada sonido de succión que hacían las botas al pisar la sangre. El agente entrecerró los ojos y desenganchó el auspex del cinturón para que sus sensores estudiaran la capa de sangre.

Era la cara de Erno Sigg. La habían arrancado de la parte delantera del cráneo y la habían tirado al suelo como si no fuera más que una simple máscara de cartón.

El pitido del auspex le hizo apartar la mirada de aquel horror. Hyssos había recibido la formación precisa de los tecnólogos del Consorcio para que fuera capaz de interpretar la información obtenida con aquel aparato, y observó cómo los datos iban apareciendo en la pequeña pantalla. Por lo que se veía, la sangre se había derramado varios días antes, incluso puede que una semana atrás. La atrocidad que se había cometido con el cuerpo de Erno Sigg se había realizado mucho antes del asesinato de Perrig, y de eso no cabía duda alguna. El auspex era incapaz de mentir.

Hyssos se tragó la repugnancia que sentía y colgó de nuevo el aparato de escaneo del cinturón para alzar la pistola. Notó que el dedo se tensaba más sobre el gatillo. Le temblaba la mano, y no se sintió capaz de hacer nada para impedirlo.

En ese momento le llegó el sonido de unos pasos. Una sombra se separó de la oscuridad del otro lado del lago de sangre seca y se dirigió hacia él. Hyssos reconoció el paso firme del bailío de Iesta, pero se dio cuenta de que caminaba sin precaución alguna sobre la sangre. Las botas

pisotearon con una serie de chasquidos húmedos la masa pegajosa y aceitosa.

—Sabrat, ¿qué está haciendo, hombre? —le dijo Hyssos con una repugnancia más que evidente—. ¡Mire a su alrededor! ¿Es que no lo ve?

—Lo veo —fue la respuesta. La voz sonó como el crujido de un papel seco al arrugarse.

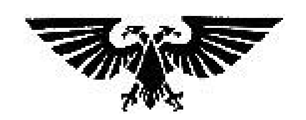
Hyssos tuvo la sensación de que las gafas eran una venda, y se las quitó de un tirón.

—¡Por Terra, Yosef, vas a contaminar el escenario del crimen! ¡Retrocede!

—Yosef ya no está aquí —dijo la voz, esta vez con un tono húmedo y fluido, transformada—. Yosef se ha ido.

El bailío salió de la penumbra, y el agente vio algo diferente. En aquel rostro cambiante que no dejaba de fluir como el aceite en el agua tan sólo había dos pozos negros que le devolvían la mirada.

—Me llamo Lanza —dijo aquel horror. La cara no tenía ojos, ya no era humana.



NUEVE
DAGONET
SUPOSICIÓN
CAÍDA

Las órbitas que rodeaban Dagonet estaban repletas con los restos de las naves que habían intentando abandonar la superficie. En su mayoría eran embarcaciones diseñadas para su uso como yates de recreo o como lanzaderas, o barcazas de transporte que llevaban materiales a los satélites cercanos. Muchas de las naves que intentaban huir habían sido destruidas por las fragatas del sistema de defensa estelar, que habían bloqueado los vectores de salida y las habían destrozado con los disparos de los cañones láser. Sin embargo, la mayoría habían fracasado al ir demasiado sobrecargadas o no estar preparadas para los rigores de abandonar una órbita cercana al planeta, por lo que habían quemado los motores o habían perdido la atmósfera interior. El espacio estaba lleno de ataúdes metálicos que descendían gradualmente en espiral hacia el mundo que seguía girando bajo ellas. Los habitantes que quedaban en el planeta las veían caer envueltas en llamas dejando tras ellas una estela de restos ardientes mientras atravesaban la atmósfera, y eran un recordatorio de lo que le

podría ocurrir a todo aquel que desobedeciera las nuevas órdenes del gobernador.

La *Ultio* avanzó con leves impulsos de los motores convencionales tras salir de la disformidad cerca del grueso cinturón de asteroides del sistema Dagonet. La tecnología de camuflaje que protegía a la nave era tan avanzada que el halo que la rodeaba resultaba casi impenetrable. De ese modo esquivó con facilidad los grandes cruceros en manos traidoras y a sus nerviosas tripulaciones, hasta que encontró un refugio seguro dentro de la estructura vacía de una estación solar orbital que había quedado abandonada. Dejaron anclada la sección de los motores principales en un lugar donde estaría relativamente a salvo, junto al astrópata y al navegante de la nave, y el módulo delantero se separó para tomar una configuración semejante a la de una nave de transporte rápido o a la de una cañonera de vigilancia orbital. El cerebro del piloto obtuvo información de las naves traidoras mediante una serie de escaneos para alterar los electropigmentos que cubrían el casco del módulo, y para cuando la nave del Asesinorum se posó en el espaciopuerto de la capital del planeta mostraba el mismo esquema de color verde y azul de las fuerzas militares locales, incluida el aquila imperial tachada de forma burda que se veía en todas las naves renegadas.

Kell le ordenó a Koyne que se quedara al lado del sistema de comunicaciones, lista para contestar a la torre de control. La callidus ya llevaba cierto tiempo escuchando fragmentos de mensajes captados en los distintos canales de comunicación gracias al complejo sistema de espionaje de Tariel, y era capaz de realizar una imitación creíble del acento de Dagonet, pero nadie llegó a ordenarles que se identificaran.

La torre de control había volado en mil pedazos, y todo el complejo de pistas de aterrizaje y despegue estaba cubierto por el humo que salía de los hangares envueltos en llamas. También ardían algunos incendios pequeños en otras zonas, y los restos destrozados de las naves que no habían conseguido despegar yacían estrellados contra las terminales de salida y los almacenes de suministro. El eco de los disparos y de las explosiones de las granadas resonaba a través de las pistas vacías.

Kell bajó por la rampa de desembarco y utilizó la mira telescópica de su nuevo rifle largo para explorar el perímetro.

—El combate se ha librado hace poco —comentó el Garantino mientras lo seguía por la rampa—. Todavía huele a sangre y a cordita.

—Se han marchado —informó el francotirador sin dejar de pasar el visor sobre los cadáveres de los soldados y de los civiles que yacían allí donde habían muerto.

Era difícil saber con seguridad quién había disparado contra quién. Dagonet se encontraba inmerso en una guerra civil, y para cualquier recién llegado resultaba casi imposible distinguir dónde estaban los leales y dónde los traidores. El destello de un disparo láser procedente del interior de una de las enormes terminales del espaciopuerto le llamó la atención, y se volvió hacia allí en el mismo instante que el chasquido del aire sobrecalentado le llegaba tan sólo un momento después.

—Pero no se han ido demasiado lejos. Siguen luchando dentro de los edificios. Tenemos suerte de que este lugar sea un campo de batalla. Eso nos libra de tener que dar muchas explicaciones.

Se echó el rifle al hombro mientras Tariel se atrevía a bajar unos cuantos pasos por la rampa de desembarco.

—Vindicare, ¿qué vamos a hacer ahora?

Kell subió de nuevo a la nave. El resto de la fuerza de ejecución estaba reunida en la cubierta inferior y lo miraba fijamente.

—Tenemos que conseguir información. Hay que saber exactamente lo que está ocurriendo aquí.

—Las señales de comunicación estelares de Dagonet se cortaron hace ya bastante tiempo —apuntó Tariel—. Quizá si consiguiéramos un prisionero al que pudiéramos interrogar…

Kell asintió y señaló con un gesto del mentón a Koyne.

—Callidus, estás al mando hasta que volvamos.

—¿Volvamos? —repitió Soalm con énfasis.

El francotirador volvió a señalar con la barbilla, pero esta vez fue al Garantino.

—Nosotros dos. Vamos a rastrear el espaciopuerto para ver qué encontramos.

—Ah, bien —exclamó el eversor al mismo tiempo que se frotaba las manos rematadas por garras—. Por fin algo de ejercicio.

—¿Estás seguro de que los dos seréis suficientes para eso? —insistió Soalm.

Kell hizo caso omiso de la pregunta y se acercó a Koyne.

—Procura mantenerlos con vida, ¿de acuerdo?

En el rostro de Koyne apareció un gesto pensativo.

—Vindicare, todos los del grupo somos lobos solitarios. Si aparece el enemigo, mi primer instinto será salir corriendo y dejarlos atrás.

Kell no mordió el anzuelo de aquella provocación.

—Entonces considera la orden como una prueba de si tu juramento de lealtad puede más que tus instintos.

El abrigo largo de Sabrat revoloteó con fuerza cuando aquel horror dobló las rodillas para saltar por el aire en dirección a Hyssos. El agente oyó cómo la prenda chasqueaba igual que una lona bajo un fuerte viento mientras retrocedía sin dejar de disparar. Los proyectiles deberían haber acertado en el centro de aquella masa en movimiento, pero en vez de eso, atravesaron limpiamente el aire.

La criatura que se llamaba a sí misma Lanza aterrizó a su lado y le propinó un fuerte golpe que lo hizo salir despedido. El agente del Consorcio se estrelló contra una pila alta de botellas de gran tamaño, que salieron disparadas y rodando en todas direcciones debido al impacto. Un tremendo dolor le recorrio la espina dorsal cuando se volvió e intentó ponerse en pie de nuevo.

Lanza tiró a un lado el abrigo largo y luego, con una serie de movimientos cuidadosos que parecían completamente fuera de lugar en un monstruo de aspecto tan horrible, se fue desabotonando la camisa blanca que llevaba debajo para arrojarla también lejos. La criatura quedó desnuda de cintura para arriba, y fue entonces cuando Hyssos vio que todos los

músculos de aquel cuerpo se retorcían y cambiaban de forma mientras la piel adquiría un tono rojo cereza, parecido al color del cuero curtido. También contempló horrorizado lo que parecía ser la silueta de unas manos que empujaban desde el interior del costillar del pecho del monstruo, y el perfil de un rostro que aullaba…, el rostro de Yosef Sabrat.

Los brazos al descubierto se hincharon y aumentaron de tamaño hasta adquirir unas proporciones gigantescas. Los manos se transformaron hasta que quedaron convertidas en unas palas de carne rígida y vítrea, en las que los dedos de cada una de ellas se fusionaron para formar una cuchilla de hueso de la que colgaban manojos de tejido nervioso de color rosáceo.

Hyssos levantó la pistola y apuntó con cuidado al punto donde un ser humano tendría el corazón y abrio fuego, pero el monstruo bajó los brazos de inmediato y detuvo el disparo. El agente captó el hedor a matadero que desprendía la criatura, y vio que el agujero humeante que se había abierto en uno de los brazos se llenaba de fluido y se cerraba en cuestión de segundos.

El cuerpo de la criatura era un caos. Se retorcía y palpitaba del modo más repugnante imaginable, y se sintió convencido de repente de que había algo en el interior de esa carne, algo que se esforzaba por salir.

El rostro sin ojos lo miró fijamente, y la enorme mandíbula se abrio de par en par. De ella cayeron unos gruesos hilos de baba, y en ese momento Hyssos recuperó el habla.

—Tú los has matado a todos.

—Sí —le contestó la criatura con un sonido gorgoteante.

—¿Por qué? —quiso saber el agente, que retrocedió todo lo que pudo hasta que quedó atrapado contra la masa de botellones caídos—. En nombre de Terra, ¿qué eres?

—No hay Terra —le contestó con unas palabras que rezumaban una diversión horrible y perversa—. Sólo terror.

Hyssos vio de nuevo la silueta de la cara, pero esta vez presionando la parte de los hombros hinchados de Lanza. Tuvo la certeza absoluta de que le estaba gritando, de que le suplicaba algo…

«Huye —pronunciaron los labios sin emitir sonido alguno—. Huye, huye, huye, huye…».

Alzó de nuevo la pistola con un brazo tembloroso mientras sentía que la sangre se le helaba. Apretó la empuñadura con las dos manos y apuntó a la cabeza. Hyssos había presenciado a lo largo de su vida muchas cosas que desafiaban toda explicación fácil y lógica, desde extrañas formas de vida alienígenas hasta las visiones imposibles del espacio disforme pasando por los potenciales más siniestros del ser humano, pero aquella criatura ocupaba sin duda el primer lugar de la lista que formaban todas esas experiencias. Si el infierno existía de verdad, aquello era algo que habían arrancado de las profundidades del averno para dejarlo suelto en el mundo material.

Lanza levantó los brazos convertidos en espadas óseas y las hizo chirriar frotándolas entre sí.

—Uno más —declaró—. Un paso más cerca.

—¿Más cerca de qué? —le preguntó con una voz que apenas era un susurro.

La criatura se lanzó de nuevo a por él e Hyssos le disparó en plena cara.

Lanza ni se inmutó. El primer tajo amputó la mano derecha de Hyssos desde la mitad del antebrazo, y la pistola salió disparada con la extremidad. La segunda estocada le atravesó el músculo, las costillas y el pulmón antes de que el arma ósea saliera por la espalda acompañada de un tremendo chorro de sangre arterial de color rojo oscuro.

Hyssos todavía no estaba muerto cuando Lanza comenzó a despedazarlo. En su último momento consciente oyó el sonido de su propia carne al ser desgarrada y devorada.

Oyeron desde lejos el estampido de los disparos y el sonido de los gritos mientras se acercaban al combate. Un retumbar cadencioso llegaba cada pocos segundos del otro lado de la explanada abierta, procedente de un cañón automático emplazado en ese punto.

Se habían encontrado con numerosos cadáveres a lo largo del camino, y el eversor se había detenido en cada uno de los lugares donde se había combatido para comprobar si algunos de los que habían muerto lo habían hecho con un arma interesante en las manos. Sin embargo, no encontró nada que quisiera llevarse, ya que casi todos llevaban ametralladoras sencillas de la clase Nire o rifles láser corrientes. Al Garantino no le gustaban las armas láser. Eran demasiado frágiles, pesaban demasiado poco y tendían a estropearse cuando las utilizabas de forma frenética. Lo que le gustaba era la impresión de certidumbre que proporcionaba un arma de proyectiles sólidos, la reconfortante sensación del retroceso cada vez que disparaba, el retumbar profundo de los proyectiles que salían del cañón de la pistola o el siseo cortante de los proyectiles de aguja. La voluminosa combiarma que llevaba empuñada era perfecta para él. Era su deseo y voluntad forjados en una sola pieza de metal.

Contempló durante un momento la pistola Executor que tenía en la mano mientras se mantenía agazapado al lado de una gran urna de terracota que estaba partida, y acarició la empuñadura. El deseo de disparar contra algún objetivo, contra cualquier objetivo, era casi imposible de refrenar. Aquella sensación de impaciencia resonó en los chips que tenía instalados en los lóbulos cerebrales y notó que las glándulas químicas del cuello se enfriaban al producir una sustancia calmante que relajaría el latido acelerado de su corazón.

—Eversor. —La voz del francotirador resonó en el microrreceptor que llevaba incorporado en la máscara de cráneo—. Hay un grupo de irregulares hacia el sur. Están situados debajo del cronógrafo roto que se encuentra cerca de la entrada del monorraíl. Se han atrincherado ahí, y tienen un arma pesada.

El Garantino miró a su alrededor y al otro lado de la urna hasta que vio la pared destrozada donde se encontraba el cronógrafo. Gruñó para confirmar que lo había visto, y Kell continuó hablando:

—Están conteniendo a una unidad de soldados de la Fuerza de Defensa, y no quedan muchos de éstos. Espera y observa.

La última frase hizo que el eversor soltara una risotada.

—Ah, no.

Se puso en pie de un salto y en sus oídos resonó el siseo de los inyectores de estimulantes. Un instante después notó que le corría fuego por las venas. El Garantino abrio los ojos de par en par tras la máscara y todo su cuerpo vibró como una cuerda tensada que alguien hubiera pulsado. Kell le dijo algo por el comunicador, pero a él le sonó igual que si fuera el zumbido de un insecto.

El Garantino corrio para luego saltar desde una balconada que daba a la explanada. Cayó desde una altura de dos pisos para aterrizar sobre la parte superior del cronógrafo roto, que colgaba de unas vigas ancladas en el techo. El peso de su cuerpo y el impulso de la caída hizo que se desgajaran, y toda la montura se desplomó hacia el suelo con él todavía encima. Siguió allí hasta que el conjunto se estrelló contra la superficie de losas detrás del emplazamiento improvisado del cañón automático. El cronógrafo estalló en pedazos y lanzó a su alrededor engranajes y trozos de letrero, y la onda expansiva del impacto hizo tambalearse a los individuos que disparaban el cañón.

Kell los había llamado «irregulares», lo que significaba que no eran soldados, al menos en el sentido oficial. Su percepción incrementada por las drogas captó los detalles completos de todos y cada uno de ellos de un solo vistazo. Llevaban puestas piezas de armaduras, algunas pertenecientes a la Fuerza de Defensa Planetaria y otras a las fuerzas del Adeptus Arbites, y las armas que empuñaban tenían el mismo origen variado. Al ver aquel monstruo enorme con rostro de calavera que había caído desde el cielo sobre ellos, los individuos que manejaban el cañón automático se pusieron de inmediato a darle la vuelta sobre el trípode en el que estaba montado para apuntarlo hacia él.

El asesino soltó un rugido y se lanzó contra ellos. Su aullido se perdió bajo el trueno retumbante de la pistola Executor. Los proyectiles del arma reventaron los cuerpos de sus oponentes con unos estallidos carmesíes, y un instante después estaba entre ellos lanzando zarpazos con las garras de su puño neuronal. Las garras abrían la carne de aquellos a los que tocaban y los enviaba al suelo, donde se retorcían sometidos a las convulsiones

frenéticas de una muerte dolorosísima. A los miembros de la dotación del cañón automático los mató atravesándoles el pecho con el puño. Luego, como si se le hubiera ocurrido de repente, propinó una patada al arma montada sobre el trípode, que cayó rodando al suelo.

Se echó a reír de nuevo mientras le temblaba todo el cuerpo por la descarga química que lo inundaba. A través de la niebla provocada por la adrenalina vio que los individuos con uniformes de la Fuerza de Defensa Planetaria se asomaban con cautela por encima de las protecciones donde se habían puesto a cubierto, y que momentos después avanzaban hacia él empuñando las carabinas láser en posición de disparo. Hizo una reverencia teatral antes de hablarles:

—Es un rescate. Consideradlo un regalo del señor de Terra.

—¡Idiota! —La voz de Kell atravesó con un restallido el velo de sus pensamientos lanzados a toda velocidad—. ¡Míralas las placas pectorales!

El Garantino lo hizo, y vio que todos aquellos soldados de la Fuerza de Defensa Planetaria llevaban tachada el aquila imperial, con lo que expresaban su rechazo a la autoridad del Emperador. Empezaron a disparar contra él, y el Garantino se echó a reír de nuevo al mismo tiempo que se lanzaba contra la andanada de rayos láser con la Executor por delante.

Lanza comió de un modo metódico. Deglutir la comida de los humanos mientras había permanecido en estado de letargo había sido suficiente para mantener el cuerpo biológico de su camuflaje exterior, pero el verdadero ser del asesino empezaba a pasar hambre. Engullir la carne del trabajador de los muelles y del empleado del Consorcio le había servido para contener cierto tiempo aquellas ansias devoradoras, pero eso no había sido suficiente para satisfacerlo por completo. Además, la destrucción de la telépata le había costado una gran cantidad de energía.

Sin embargo, estaba alimentándose otra vez, y era una comida completa. Los huesos se partían bajo sus dientes afilados, los órganos que mordía como si fueran frutas maduras todavía estaban húmedos y tibios, y

además tenía cubos de sangre para beber. El ansia quedaría saciada. Sí. Sería suficiente.

Lanza oyó en lo más profundo de los túneles de su cerebro el eco de los sollozos y de los gritos de la mente fantasma que le servía de camuflaje y que se veía obligada a ser testigo de todos sus crímenes desde la jaula donde la tenía encerrada. Aquel ente no era capaz de darse cuenta de que ya no era más que sonido, que ya no era un ser con vida y que carecía de poder alguno para influir en el mundo exterior. Mientras Lanza poseyera el control, seguiría siendo así.

Yosef Sabrat no era más que la última de una larga lista de capas que cubrían el aspecto maleable de Lanza, igual que un tinte derramado sobre un lienzo de seda. El cuerpo del asesino estaba completamente impregnado con la sustancia viva de un depredador de la disformidad, y era más demonio que ser humano, por lo que no obedecía las leyes del universo material. Era una forma sin forma, pero no como aquellos humanos idiotas que utilizaban sustancias químicas para manipular su carne y sus huesos y que se consideraban inteligentes por ello. Lo que Lanza era iba más allá de la naturaleza del disfraz, más allá de una simple transformación. Las antiguas teologías, ya prohibidas, tenían una palabra para denominar el acto según el cual las deidades tomaban forma humana: lo llamaban «encarnación».

Una vez saciado, recogió lo que quedaba de Hyssos y llenó cuidadosamente un barril con los restos. Le había quitado la ropa y el equipo al agente con mucho cuidado y lo había dejado todo apartado para así poder utilizarlo más tarde. Tiraría la carne del cadáver desde el tejado del almacén de vinos, por lo que caería en el fondo de las quebradas que se abrían allí al lado, donde los torrentes la arrastrarían hasta el mar. Sin embargo, antes de todo eso, tenía que realizar unas cuantas tareas más.

Lanza sacó de uno de los inmensos barriles destinado a la maduración del vino un gran huevo carnoso y utilizó los dientes para abrirlo de un desgarrón. Unos chorros de gases repugnantes salieron a toda presión, y del interior surgió un hombre desnudo que cayó sobre el suelo de madera. Aquel saco había crecido a partir de una semilla que Lanza había plantado

en el pulmón de un borracho callejero y sin hogar que había encontrado poco después de llegar a Iesta Veracrux. Gracias a la brujería de los señores del monstruo, la semilla había consumido al vagabundo para crear el huevo, que era en realidad una membrana embrionaria de estasis, donde Lanza había podido guardar el cuerpo de Yosef Sabrat a lo largo de los dos meses anteriores.

Vistió a Sabrat con la ropa que había llevado puesta durante el tiempo en que aquella personalidad se había mantenido en primer plano, y entretanto el saco se fue disolviendo hasta convenirse en un simple vapor. La membrana había cumplido muy bien su función. El cadáver del bailío estaba tan fresco que parecía que acabaran de matarlo. Ningún medio de detección humano indicaría lo contrario. La herida punzante que le atravesaba el corazón comenzó a sangrar de nuevo, y Lanza colocó el cuerpo con cuidado para que todo el escenario estuviera dispuesto antes de sacar el cuchillo de cosecha de un pliegue de su carne y meterlo en la herida.

Se entretuvo un momento en asegurarse de que la herida perforante que Sabrat tenía en el paladar no fuera visible. La probóscide dura como el hierro que se lo había atravesado había llegado hasta el cerebro del agente de la ley, de donde había absorbido todas las cadenas de sustancias químicas que componían sus recuerdos y su personalidad. Luego, la piel demoníaca de Lanza se había transformado siguiendo el patrón de esos marcadores y había cambiado hasta convertirse en Sabrat. El cambio fue tan fuerte, tan profundo, que cuando Lanza le entregó el control del cuerpo a esa transformación, la personalidad del camuflaje no fue simplemente una máscara que el asesino se puso, sino una identidad viva y consciente. Un personaje ficticio tan perfecto que hasta creía ser real, y lo bastante vital como para que un escaneo psíquico rutinario no fuese capaz de ver que se trataba de una falsedad.

A pesar de ello, había sido conveniente matar a la psíquica en cuanto tuvo ocasión, no sólo para protegerse de cualquier posible sospecha, sino también para obligar a actuar a los investigadores. Esa fase del plan ya se había completado y la identidad de Yosef Sabrat había cumplido su

cometido a la perfección. Lanza no tardaría en comenzar a desprenderse de ese camuflaje, y por fin podría librarse de los irritantes procesos mentales y morales del individuo, su repugnante sentido de la compasión, el repulsivo sentimiento de cariño respecto a sus compañeros, a su descendencia y a su compañera de cama. A partir de ese momento, Lanza sólo mostraría un rostro, y no volvería a entregarse jamás a la personalidad de otro ser humano. Casi temblaba por la impaciencia. Tan sólo faltaban unos cuantos pasos más y estaría a distancia de ataque de su objetivo.

El asesino se arrodilló al lado de la cabeza de Hyssos, al que había decapitado con un tajo horizontal a la altura del cuello, y la tomó en las manos. Emitió un gorgoteo gutural y extendió la probóscide desde el paladar blando de su boca hasta el ojo derecho de la cabeza. Atravesé la cuenca ocular y se adentró profundamente en la cabeza del agente del Consorcio en busca de las regiones de la masa cerebral del individuo muerto que albergaban su personalidad, que se desvanecía por momentos.

Lanza lo absorbió con fruición y por completo.

Koyne se quitó el monóculo y lo metió en uno de los bolsillos de la chaqueta de oficial que el infocito le había quitado a uno de los cadáveres que encontraron entre las pistas de aterrizaje. Encajaba bien en la cuenca ocular, aunque si hubiera sido necesario, un pequeño ajuste de las vejigas mórficas llenas de fluido que la callidus albergaba bajo la piel le permitirían a la asesina alterar su masa corporal y sus dimensiones para que se acomodara un poco mejor.

—¿Cómo propones que nos metamos ahí dentro? —preguntó Iota.

La culexus casi era invisible entre las sombras que se extendían al lado de la ventana rota, y tan sólo la curva gris acerada de su casco de cráneo sonriente se distinguía bajo la luz de la luna. Su voz poseía un tono peculiar, metálico, cuando hablaba desde el interior de su capuchón psíquico, como si a Koyne le llegara desde una distancia muy lejana.

—Por la puerta delantera —le contestó la callidus.

Koyne siguió observando a los individuos que caminaban de un lado a otro delante del comunicatorio. Estudió el movimiento cauteloso de sus pasos y analizó todas las señales visibles en su lenguaje corporal. No lo hizo sólo por la posibilidad de tener que infiltrarse, sino también para captar cuál era su estado de ánimo. Las placas de datos que habían encontrado en lo que quedaba de los cadáveres de la patrulla de soldados traidores muertos a manos del Garantino le habían proporcionado a la fuerza de ejecución el dato de la existencia de aquella instalación. Era lo más parecido a una guarnición que había en varios kilómetros a la redonda, y Kell no estaba dispuesto en esa fase de la operación a permitir que el grupo se alejara de la relativa seguridad que ofrecía el módulo de la *Ultio* para recorrer el largo camino que llevaba hasta la capital, situada muchos kilómetros al sur. La metrópolis en sí, la de mayor tamaño de todo Dagonet, era claramente visible, recortada contra el horizonte del cielo cada vez más oscuro del anochecer. Algunas de las torres más altas todavía estaban humeantes, mientras que otras se habían derrumbado contra las contiguas, como si fueran borrachos que se apoyaran en un compañero de parranda. Sin embargo, ya no se veían ráfagas de disparos trazadores cruzando el aire, ni nubes provocadas por explosiones ni escuadrillas de naves de asalto que la sobrevolaran rugientes. Parecía en calma, o al menos tan en calma como podía estarlo cualquier ciudad de un mundo sumido en una guerra civil.

Cuando Koyne le preguntó al vindicare de qué se había enterado durante su patrulla de exploración, el eversor había sonreído de oreja a oreja y el francotirador le había contestado con un tono que no admitía réplica.

—Se ha complicado.

La callidus no lo dudó, ya que había aprendido a lo largo de cientos de misiones de campo operativas, muchas de ellas en zonas azotadas por conflictos, que lo que los generales llamaban la «verdad sobre el terreno» a menudo no era en absoluto verdad. Tanto para el soldado como para el asesino, la única ecuación de la que siempre formaba parte la verdad era el sencillo vector de disparo entre un arma y su objetivo. Pero en esos

momentos, Koyne y la paria, Iota, se encontraban sobre el terreno, y la capacidad anuladora e inquietante de la culexus era la que protegía a la sombra asesina de cualquier posible detección psíquica.

—Tariel estaba en lo cierto respecto a su evaluación del edificio —comentó Iota mientras un rotorplano pasaba zumbando por encima de ellas —. Hay una astrópata ahí dentro.

—¿Te ha detectado?

Iota negó con la cabeza, y el casco hinchado con forma de cráneo se movió de un lado a otro.

—No. Creo que se halla sometida a la influencia de unos supresores químicos.

—Bien —dijo Koyne al mismo tiempo que se ponía en pie—. No queremos que se dé la alarma antes de que hayamos acabado aquí.

Luego la callidus se concentró en una forma mental y la marcó sobre su garganta, donde las cuerdas vocales se transformaron alterando sus dimensiones para imitar a la perfección el tono de voz de un oficial al que había oído en una de las comunicaciones interceptadas.

—Pongámonos en marcha.

La cambiaformas era tan buena como ella misma proclamaba.

Iota se mantuvo pegada a las sombras y a los tejados bajos de las casamatas fortificadas del espaciopuerto mientras seguía a la callidus. Desde allí contempló cómo Koyne se convertía en una réplica perfecta de un comandante traidor de la Fuerza de Defensa Planetaria, y cruzó la entrada del puesto de guardia exterior del comunicatorio sin ni siquiera levantar la más mínima sospecha. En un momento dado, Iota perdió de vista a la callidus, y cuando instantes más tarde un individuo con uniforme de la Fuerza de Defensa Planetaria de Dagonet se acercó hasta donde ella se encontraba escondida, preparó el lanzaagujas que llevaba incorporado a la muñeca para acabar con él en silencio e impedir que diera la alarma.

—Iota. Déjate ver —le dijo una voz completamente distinta.

La culexus salió a la luz.

—Me gustan tus trucos —le dijo Iota.

Koyne le sonrio con la cara de otra persona y le abrio una puerta.

—Es por aquí. He mandado a buscar al relevo a los guardias del ascensor, así que no tenemos mucho tiempo. Tienen encerrado al astrópata en uno de los niveles subterráneos.

—¿Por qué la has cambiado? Me refiero a la cara —le preguntó Iota mientras avanzaban por los pasillos mal iluminados.

—Me aburro con facilidad —contestó Koyne un momento antes de detenerse delante de un ascensor—. Es éste.

La callidus alargó la mano para apretar el botón, pero en ese mismo instante se abrieron las puertas e inundaron el pasillo con un torrente de luz. Los dos soldados que estaban dentro del ascensor vieron la silueta oscura de la culexus y alzaron las armas para disparar.

Lanza se tragó de un bocado el ojo que le quedaba a Hyssos antes de dejar la cabeza perforada del muerto entre los demás restos del agente. Luego giró con rapidez el cuerpo y arrojó lo que quedaba de él a la quebrada, y observó cómo caían hacia el fondo.

Regresó al interior del almacén y evitó estropear la belleza de la sangrienta obra de arte que había realizado con el cadáver de Erno Sigg. Había utilizado al pobre Sigg como su banco de pruebas y su víctima propiciatoria. Lo había empujado prácticamente hasta la locura antes de destruirlo por completo. El individuo había cumplido a la perfección su propósito. Lanza avanzó un poco más y comprobó de nuevo que el cuerpo de Yosef Sabrat estaba colocado de la forma adecuada, sin que pareciera un artificio. Las pruebas que se había ido inventando a lo largo de las semanas anteriores también estaban esparcidas a su alrededor, dispuestas de tal manera que, cuando fueran descubiertas, llevarían de forma indefectible a los investigadores de la Centinelia a una conclusión única e innegable: el asesino de Jaared Norte, de Cirsun Latigue, de Perrig, de Sigg y de todas las demás víctimas no había sido otro que su camarada, el bailío Sabrat.

Compuso una expresión solemne con el rostro que había adquirido para comprobar su funcionamiento, pero no tenía ningún espejo a mano para ver qué aspecto tenía su nueva cara. Lanza se toqueteó con los dedos el semblante, el mismo del agente del Consorcio Eurotas. Se sentía extraño e incompleto. La mezcolanza de los nuevos recuerdos y la nueva personalidad que había absorbido del cerebro de Hyssos estaba cuajando en el mismo lugar donde se encontraban los de Sabrat, lo que le provocaba un cierto vértigo mental. Al parecer, tendría que purgar la férrea personalidad del bailío antes de lo que tenía previsto.

Lanza suspiró profundamente y luego se dejó caer al suelo para sentarse con las piernas cruzadas. Recurrio a las disciplinas de control que con tanto dolor le había inculcado su amo y concentró toda su fuerza de voluntad, visualizándola como una línea de fuego venenoso entrelazada con hielo de color negro.

Se adentró en las profundidades de sus pensamientos y encontró la jaula que buscaba. La abrio y rebuscó en su interior para reunir los restos mentales que quedaban de Yosef Sabrat. Sonrio cuando el miedo surgió resonante de aquella personalidad temblorosa cuando ésta por fin se dio cuenta de que era evidente que su muerte absoluta se acercaba. Un momento después comenzó la purga. Arrancó, desgarró y destruyó todo lo que aquel individuo había sido. Vomitó todas y cada unas de las trazas repugnantes y empalagosas de emoción que albergaba, y fue eliminando poco a poco la esencia repelente de Sabrat.

Lanza se concentró tanto en aquella tarea que no se dio cuenta de que ya no estaba solo hasta que oyó la voz.

Koyne movió la mano con un veloz gesto de lanzamiento, y el estilete cargado de toxinas que llevaba oculto en un pliegue de la muñeca cruzó con rapidez el aire y se clavó en el estómago del soldado que estaba a la izquierda. El líquido que contenía la hoja de cristal era un agente que devoraba toda la materia orgánica que tocaba, desde las fibras naturales

hasta el propio cuero curtido. El individuo se desplomó sobre el suelo, donde comenzó a disolverse.

El otro soldado se vio envuelto por una luz blanca que brilló a lo largo del pasillo cuando Iota le puso una mano en el pecho y lo empujó de espaldas hacia el interior del ascensor. Koyne contempló de un modo desapasionado cómo el siniestro poder de la culexus rodeaba al hombre por completo y lo destruía. El grito silencioso del hombre reverberó unos momentos antes de que se convirtiera en una masa de un material parecido al papel quemado. Tras unos instantes, un leve remolino de humo oscuro y húmedo era lo único que delataba la muerte del individuo. El otro soldado infortunado ya no era más que un charco de fluidos que se vaciaba poco a poco por el suelo de rejilla del ascensor.

Una vez la callidus se sintió segura de que la toxina se había agotado y se había consumido por completo al matar a aquel desgraciado, echó a un lado con un empujón de la bota la serie de empastes dentales, botones de metal y hebillas de plástico que eran lo único que quedaba del soldado. Koyne alzó luego una mano y rompió el lumen en forma de burbuja que iluminaba el interior del ascensor y apretó el botón que las haría descender.

Bajaron en silencio y en la oscuridad durante unos momentos, y a Koyne le dio la impresión de que la culexus se disolvía en la negrura hasta desaparecer, y eso a pesar de que se encontraba justo a su lado.

—Se llamaba Mortan Gautami —dijo Iota de repente—. Jamás se lo contó a nadie, pero su madre era capaz de ver el futuro en sus propios sueños. Él también poseía una parte de esa capacidad precognitiva, pero le gustaban demasiado las sustancias narcóticas, lo que le impidió que pudiera acceder a ese potencial. —El casco con forma de cráneo se volvió levemente—. Utilicé esa energía, que se mantenía intacta, para destruirlo.

—Me apuesto algo a que conoces los nombres de todos los objetivos con los que has terminado —comentó Koyne con un cierto tono de crueldad en la voz.

—Por supuesto. ¿Tú no? —quiso saber la culexus.

La callidus ni siquiera se dignó contestarle. El ascensor llegó al nivel subterráneo al que se dirigían, y los dos centinelas que montaban guardia en el exterior cayeron muertos bajo sendos golpes rápidos y letales.

En mitad de la estancia construida con ferrocemento había una cámara esférica de contención, y de cada punto de su superficie surgían manojos de cables. Frente a ellos había una compuerta de hierro con sistema de iris que los miraba como si fuera un ojo cerrado, y se llegaba hasta ella mediante una pasarela corta que emergía del propio suelo del subnivel. Koyne se acercó a la compuerta y empujó la palanca de apertura. Del interior le llegó un sonido agudo y débil, y la callidus creyó al principio que se trataba de una fuga de aire a presión. Un momento después, las hojas de hierro se retrajeron y fue evidente que aquello en realidad era un chillido aullante y agudo.

Koyne se asomó un poco para mirar hacia el interior de la cámara y vio a un astrópata de piel grisácea como la de un cadáver. Se había pegado a la pared interna opuesta de la esfera de contención y miraba fijamente con sus ojos ciegos a Iota.

—Mente vacía —barbotó entre aullidos—. Un sudario negro. Pensamiento venenoso.

La callidus golpeó el umbral de la compuerta con la culata de una pistola que había robado.

—¡Eh! —le gritó Koyne con su voz de oficial—. Deja de lloriquear. Te lo voy a poner fácil: o me das toda la información que necesito, o la dejo encerrada ahí dentro contigo.

El astrópata hizo la señal del aquila, como si eso fuera alguna especie de rito ancestral de protección que lo defendería de cualquier mal. Dejó de aullar poco a poco, y el psíquico le contestó por fin con una voz surgida de una garganta reseca.

—Que se mantenga lejos de mí.

Iota captó lo que se necesitaba en ese momento y se alejó para regresar hasta el ascensor, pero manteniendo la distancia suficiente para oír lo que se decía.

—¿Mejor así? —le preguntó la callidus.

Aquello le valió a Koyne un débil gesto de asentimiento.

—Te diré todo lo que quieres saber.

La asesina no tardó en enterarse de que el astrópata era uno de los pocos que todavía seguían con vida en el sistema Dagonet. Los rebeldes habían comenzado a cortar todas las líneas de comunicación con Terra en mitad de la precipitada confusión provocada por el alzamiento contra el Emperador y del proceso de aislar el planeta de la galaxia y del Imperio. Sin embargo, algunos de los nobles, de reciente ascenso al poder, se habían opuesto en secreto a la medida y se habían asegurado de que al menos siguieran con vida algunos telépatas con capacidad para comunicarse a distancias interestelares. Aquél era uno de ellos, aunque lo mantenían completamente aislado de cualquier medio de ponerse en contacto con los que eran como él. Estaba ansioso por comunicarse con alguien, y en cuanto empezó a hablar con su voz monótona y rasposa, el astrópata pareció incapaz de detenerse.

El psíquico habló de la situación en la que se encontraba la guerra civil. Tal y como les había informado el capitán general Valdor en la última reunión que celebraron con él, Dagonet era un mundo clave dentro de la estructura política y económica del sector taebiano, y si caía por completo bajo el dominio del señor de la guerra, eso marcaría el comienzo de un efecto dominó, ya que lo mismo harían un planeta tras otro de ese eje comercial. Todo bastión leal de aquel sector del espacio estaría en peligro. Las fuerzas fieles al Emperador habían enviado en los primeros compases de la rebelión una serie de señales desesperadas a los Adeptus Astartes y a la Armada Imperial, pero ninguno de aquellos mensajes había recibido respuesta alguna.

Koyne absorbió toda aquella información sin decir nada. Tanto las naves del almirantazgo como las de las legiones de los astartes fieles al Emperador tenían sus propias batallas que librar, y muy lejos de las Estrellas Taebianas. Ninguna de ellas intervendría en aquel conflicto. A pesar de todos los desastres y la destrucción que podría llegar a causar la caída de Dagonet y de sus planetas hermanos, el Imperio tenía conflictos y campañas mucho más importantes en ese momento de la rebelión que

aquel problema. Al rescate de Dagonet no acudiría ninguna cruzada repleta de héroes. El astrópata pasó a continuación a describir lo que había ocurrido en la guerra civil hasta esos momentos, y la callidus recordó algo que se había dicho a bordo de la *Ultio* mientras viajaban hacia Dagonet.

La guerra civil era en realidad una desbandada, y eran los leales al Emperador los que se estaban llevando la peor parte. Las fuerzas que habían jurado lealtad a Horus estaban a escasos días de derrotar por completo toda resistencia imperial.

Dagonet ya estaba perdido.

El bailío Daig Segan. Lanza recordó gracias a la memoria de Sabrat que aquel individuo era tan testarudo como huraño, y a pesar de su aspecto general de torpeza, era problemáticamente perceptivo.

—¿Yosef? —preguntó en voz alta el bailío mientras atravesaba la penumbra con una linterna en una mano y una pistola en la otra—. ¿Qué es ese hedor? Yosef, Hyssos… ¿estáis ahí?

Segan los había seguido hasta Whyteleaf a pesar de las órdenes que había dado Sabrat, aunque el hombre no se había dado cuenta en absoluto de que quien lo dirigía de forma sutil era el propio Lanza bullendo bajo la superficie de sus pensamientos. El asesino captó en su interior el sonido apagado de los gritos de la esencia de Sabrat, que se esforzaba por hacerse oír. Aunque pareciera increíble, esa personalidad intentaba desafiarlo. Estaba luchando para evitar ser borrado.

El cuerpo de Lanza, cubierto por la carne simulada de Hyssos, se estremeció. La purga era un proceso complicado, una tarea delicada en la que necesitaba emplear toda su concentración. No podía permitirse ninguna clase de interrupción, no en ese preciso instante, no cuando se encontraba en una coyuntura tan crítica…

—¿Hola?

Segan estaba cada vez más cerca. En cualquier momento pisaría la escena del crimen que Lanza había preparado con tanto esmero y cuidado. Pero era demasiado pronto. ¡Demasiado pronto!

Lanza oyó con toda claridad cómo Sabrat empezaba a reírse de él. El monstruo sintió una furia repentina y se propinó a sí mismo un puñetazo en la cara. El dolor del golpe hizo que el fantasma de la voz se quedara en silencio. La mejilla y la cuenca ocular del ojo derecho se aflojaron y cayeron mientras intentaban conservar la forma de la impronta de Hyssos.

Lanza se puso en pie y fue al encuentro de Segan mientras éste seguía acercándose. La linterna del otro bailío lo iluminó, y oyó la exclamación de sorpresa del individuo.

—¡Hyssos! ¿Dónde está Yosef? —Segan lo miró fijamente—. ¿Qué le ha pasado en la cara?

—Nada. Todo va bien —le respondió la voz del agente.

El bailío no pareció nada convencido.

—¿No huele eso? Es el olor a sangre, a mierda y a toda clase de… —En ese momento la linterna de Segan iluminó la chaqueta del agente, que todavía estaba cubierta de sangre húmeda—. ¿Está herido?

Lanza ya estaba a su lado.

—Tengo una tarea para ti —le replicó—. Una función que debes cumplir. ¿Por qué has venido cuando te dije que te quedaras en la ciudad?

—Fue Yosef quien me dijo que me quedara, no tú —le replicó Segan en un tono carente de respeto. Además, la expresión de su rostro se volvió suspicaz—. No sigo tus órdenes, aunque todos los demás se sobresalten cada vez que ese maldito barón tose.

—Pero deberías haberte quedado en la ciudad —insistió Lanza—. Ahora tendré que recomponer todo el escenario del crimen.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber el bailío.

—Ven y lo verás.

Lanza alargó de improviso una mano y lo agarró del cuello del uniforme. Aquello pilló completamente por sorpresa a Segan, quien se tambaleó, y eso fue lo único que necesitó el asesino para hacerle perder por completo el equilibrio y arrojarlo al otro extremo de la estancia.

Segan se estrelló con fuerza contra el suelo y su pistola salió disparada repiqueteando hacia la oscuridad, mientras él resbaló hasta detenerse justo

en el borde del amplio charco de sangre. El bailío reaccionó con un agudo grito de espanto.

—¡Trono!

Fue entonces cuando vio el cuerpo de Sabrat, y a Lanza lo invadió una sensación momentánea de victoria cuando notó que algo moría en el interior de Segan. Una parte de la voluntad del bailío se encogió ante el espectáculo del cadáver de su compañero.

—¿Yosef…?

—Fue él quien cometió todos los asesinatos. Es algo terrible —comentó Lanza.

Segan lo miró presa de la ira.

—¡Mentiroso! ¡Jamás! Yosef Sabrat es un buen hombre, él jamás… jamás…

Lanza frunció el entrecejo.

—Sí. Ya sabía que no lo aceptarías. Ésa era tu función. Tenía que haber alguien en la Centinelia que se esforzara por buscarle fallos a esa explicación, de lo contrario, habría llegado a parecer falsa. Pero lo has estropeado todo al venir. Tendré que compensarlo de algún modo.

Por fin, en el rostro del bailío apareció un gesto de comprensión.

—Tú. Has sido tú quien ha hecho todo esto.

—Yo lo hice todo —asintió Lanza, riéndose. Dejó que su rostro cambiara y se transformara y sus ojos se convirtieron en dos pozos de negrura—. Yo lo hice todo.

La sangre desapareció del rostro de Segan cuando Lanza se le acercó. El monstruo dejó que la transformación ocurriera con lentitud. El bailío sacó algo dorado y brillante con dedos temblorosos del interior de la bocamanga y se aferró a ello como si fuera la llave que abriría una puerta que le permitiría escapar de todo aquel horror que lo rodeaba. El pequeño hombrecillo huraño se había quedado clavado en el sitio, inmovilizado por el terror.

—El Emperador protege —exclamó en voz alta—. El Emperador protege.

Lanza abrio las fauces llenas de colmillos.

—No, la verdad es que no lo hace —le contestó el asesino.

El lejano estampido seguido de una explosión de los disparos de mortero llegaba con claridad hasta la cubierta de vuelo del módulo de la *Ultio* a través de las compuertas de ventilación abiertas en el techo que dejaban entrar el aire húmedo y cargado de suciedad.

El informe encriptado de Koyne, transmitido en una sola descarga a través de un comunicador de rayo de banda estrecha les había llegado poco después de la puesta de sol y había confirmado los peores temores de Tariel. La misión se había acabado antes siquiera de que pudiera empezar. Así se lo dijo a Kell y a los demás, lo que le valió un gruñido amenazador del Garantino.

—¡Enclenque! —rugió el eversor—. ¡No tienes ni un gramo de valor! ¡Siempre con miedo de mancharte la túnica en el campo de batalla! —El enorme asesino se inclinó hacia él en otro gesto amenazante. Se había quitado la máscara, y su rostro marcado por las fracturas y las cicatrices era más impresionante todavía que el cráneo metálico—. Las circunstancias de cada misión siempre acaban cambiando, ¡pero nosotros nos adaptamos y nos abrimos paso como sea!

—«Nos abrimos paso como sea» —repitió el vanus—. Quizá no has comprendido con claridad las palabras del mensaje de Koyne. ¿Es que las palabras con muchas sílabas te confunden?

El Garantino se puso en pie y entrecerró los ojos.

—Repite eso si te atreves, cara de culo.

—¡Esta guerra se ha acabado! —le respondió casi a gritos Tariel—. ¡Ya podemos dar por conquistado el planeta! Horus ya tiene Dagonet. ¿Es que no lo ves?

—Horus ni siquiera ha puesto un pie en Dagonet —le replicó Soalm.

El infocito se volvió hacia ella.

—¡Exacto! ¡El señor de la guerra ni siquiera ha venido, y a pesar de eso, ya está aquí!

—Haz que hable claro —le soltó el eversor a Kell—. Si no lo hace, le voy a cortar la lengua.

—No se trata de Horus, sino de lo que él representa —le explicó el francotirador.

Tariel asintió con energía.

—A la nobleza traidora de este planeta ya no le hace falta ver a Horus. La influencia del señor de la guerra se extiende sobre Dagonet como un eclipse que estuviera tapando la luz del sol. Están combatiendo en su nombre por el miedo que le tienen, y eso ya es más que suficiente. Y cuando ganen, le habrán ahorrado el trabajo a Horus. Eso mismo exactamente es lo que está ocurriendo a lo largo y ancho de toda la galaxia, en cada mundo que se encuentra demasiado lejos de Terra y del dominio del Emperador. —El infocito tembló un poco por la repentina frustración que sintió en lo más profundo de su ser—. Cuando Dagonet caiga en manos rebeldes, Horus dejará de interesarse por este lugar y continuará adelante, ya que su avance lo habrá llevado un paso más cerca de las puertas del Palacio Imperial…

—Horus no llegará a venir a Dagonet —lo interrumpió Soalm al darse cuenta de lo que implicaba la explicación de Tariel—. No tendrá necesidad de hacerlo.

El infocito asintió de nuevo.

—Así es, y todo lo que hemos preparado, todo el sentido de esta misión, no valdrá absolutamente para nada.

—Perderemos nuestra oportunidad de matarlo —declaró Kell.

—Exacto —le replicó Tariel, y se volvió para mirar fijamente al Garantino—. ¿Lo entiendes ahora?

La expresión del rostro del eversor cambió, y tras un momento, asintió a su vez.

—Pues entonces, lo que debemos hacer es asegurarnos de que tenga que venir a Dagonet.

Soalm se cruzó de brazos.

—¿Y cómo te propones que logremos eso? Una vez el gobernador de este planeta jure lealtad a la insurrección, quizá el señor de la guerra envíe

a alguien para que plante su estandarte en este mundo, pero no será nadie más importante que un almirante estelar o alguien de ese rango. No prescindirá de un solo marine espacial para un simple asunto de protocolo administrativo.

El Garantino soltó un bufido de humor cruel.

—Y luego decís que yo soy el más lerdo de todos, ¿verdad? Muchacha, has pasado por alto la respuesta más obvia para este problema. Si Horus no está dispuesto a venir a una guerra que ya ha terminado, entonces, será mejor que nos aseguremos de que la guerra no termine.

—Hablas de prolongar de forma deliberada esta guerra civil —apuntó Kell con un tono de voz neutro.

—Lo atraeremos hasta nosotros —continuó explicando el eversor, que empezó a entusiasmarse con la idea y dejó a la vista los colmillos—. Vamos a convertir la conquista de Dagonet en un asunto tan complicado e incómodo que no tendrá más remedio que venir hasta aquí para ocuparse personalmente del asunto.

Tariel meditó unos cuantos segundos sobre la idea. Sin duda, se trataba de un plan algo primitivo y nada sutil, pero tenía su mérito. Además, hasta podía funcionar.

—Dagonet tiene un significado especial para el señor de la guerra. Es el lugar donde obtuvo una de sus primeras victorias. Si a eso le unimos su indudable valor estratégico… Sí, podría ser más que suficiente. Para él sería un deshonor permitir que este planeta se escapara a su control.

El vanus oyó unos pasos al otro lado del puente y alzó la mirada. Lo que vio fue a Iota entrando en la cubierta de vuelo seguida por un hombre al que no reconoció y que llevaba puesto el uniforme de la Fuerza de Defensa Planetaria.

—Tranquilo, vanus —le soltó el individuo, y el tono cínico con el que habló sólo podía pertenecer a Koyne—. He de suponer que habréis considerado que la lectura de mi informe es toda una sorpresa, así que, ¿qué es lo que me he perdido?

—¿Os habéis marchado del sitio sin mayor complicación? —les preguntó Kell.

Iota asintió.

—¿Cuál es la hora local? —quiso saber.

—Las catorce cuarenta y nueve —le contestó Tariel de forma automática, ya que el cronoimplante de su cuerpo se había sincronizado con la hora estándar de Dagonet.

—Somos seis en total —siguió diciendo el Garantino—. Cada uno de nosotros por su cuenta ha matado a gobernantes y ha destruido reinos sin ayuda alguna. ¿Tan difícil lo tendríamos para echar un poco más de Leña a este incendio?

—¿Y qué pasa con los habitantes de Dagonet? —le preguntó Soalm—. Seguro que se verán atrapados en ese fuego cruzado.

El otro asesino apartó la mirada sin mostrar preocupación alguna.

—Serán daños colaterales.

—¿Cuál es la hora local? —preguntó de nuevo Iota.

—Las catorce cincuenta. ¿Por qué me la sigues preguntando…?

La pregunta de Tariel se vio interrumpida por un destello de luz a lo lejos, al que segundos más tarde le siguió el retumbar de una explosión.

—En nombre de Hades, ¿qué ha sido eso? —exigió saber Kell—. ¿El… comunicatorio?

—Se ha producido una sobrecarga en el generador principal de energía. Procuré que pareciera que ha sido obra de los luchadores por la libertad del planeta —le explicó Koyne—. No podíamos permitirnos dejar rastro alguno de nuestra presencia. Ni supervivientes.

La sonrisa del Garantino se ensanchó más todavía.

—¿Lo veis? Ya hemos empezado.



DIEZ
CUESTIONES DE CONFIANZA
FUGA
BANDERA FALSA

—No corras. Si echas a correr y te ven, lo sabrán.

Beye le lanzó una mirada con los ojos entrecerrados bajo la gorra de campaña.

—No estoy corriendo. Te aseguro que te darías cuenta de ello si echase a correr. Esto no es más que caminar con energía.

Él lanzó un bufido y la agarró con fuerza del brazo con una mano para obligarla a caminar con más lentitud.

—Bueno, pues baja las revoluciones a un simple paseo. Procura tener un aspecto despreocupado. —Grohl miró a su alrededor, a los puestos del mercado, mientras pasaba entre ellos—. Procura que parezca que quieres comprar algo.

Pasri, que estaba a su lado, torció el gesto.

—Pero ¿qué es lo que quieres que compremos? —le preguntó la antigua soldado al mismo tiempo que fruncía la nariz cubierta de cicatrices.

Lo cierto era que ella tenía razón. La mayoría de los puestos estaban vacíos, abandonados por unos propietarios que o bien tenían demasiado miedo como para salir de sus casas o bien se habían quedado sin productos después de que los nobles proclamaran la ley marcial e impusieran los puestos de control que se extendían por todas las vías que salían de la ciudad. Beye no pudo evitar mirar a su espalda por encima del hombro. A lo lejos, lo que antaño había sido la torre cuartel del destacamento de Adeptus Arbites asignado a la capital estaba envuelta por una fina capa de humo. El aquila imperial tachada era visible a través de la neblina, y el aullar áspero de las sirenas de la policía les llegaba arrastrado por el viento.

—No te quedes mirando —la apremió Grohl.

—¿No quieres que nos confundamos con el entorno? Pues vale, todo el mundo está mirando —le contestó ella.

Tampoco había mucha gente por los alrededores. Los pocos que se habían atrevido a aventurarse en las calles de la capital de Dagonet se mantenían lejos de los caminos cubiertos de escombros y se dedicaban a sus propios asuntos. Nadie se reunía en grupos de más de cuatro personas por temor a los edictos que amenazaban con arrestar y detener a cualquiera que fuera sospechoso de «reunirse por razones de sedición».

Beye casi se echó a reír al pensar de nuevo en ello. La sedición era un acto de traición contra un orden existente, y si ella, Grohl, Pasri y el resto del escaso grupo eran algo, era precisamente la antítesis absoluta de esa idea. Eran ellos los que defendían la causa de la autoridad por derecho, la de la potestad del Emperador. Habían sido los clanes de nobles y ese gobernador débil quienes se habían convertido en rebeldes, quienes habían rechazado la autoridad de Terra y le habían jurado lealtad a…

Alzó los ojos al pasar por un cruce de caminos, y allí, en la isleta situada en el centro, vio la estatua del señor de la guerra que seguía levantada e intacta a pesar de todos los combates callejeros que se habían librado. Se alzaba por encima de ella, erguido con una mano hacia adelante en gesto de ayuda y con la otra apuntando hacia el cielo una pistola bólter de proporciones enormes. Beye torció el gesto al fijarse en

las velas votivas y en las pequeñas ofrendas que habían dejado a los pies del pedestal aquellos que estaban ansiosos por mostrar su devoción al nuevo régimen que se había impuesto.

Grohl se detuvo en el cruce de calles y se pasó una mano por la escasa barba mientras paseaba la mirada de un lado a otro. Al cabo de unos momentos, tomó una decisión.

—Por allí.

Beye y Pasri lo siguieron y cruzaron la vía del monorraíl en dirección a un callejón estrecho que se abría entre dos tiendas que tenían los cierres echados. Logró no encogerse en un gesto de miedo cuando un rotorplano de patrulla sobrevoló rugiente los tejados de la zona con las sirenas aullando a toda potencia.

—No nos está buscando a nosotros —dijo Pasri de forma automática.

Sin embargo, al momento siguiente, Beye captó un cambio de sonido en el motor de la aeronave, que había dado la vuelta y había empezado a buscar un lugar donde posarse.

—¿Estás segura?

Grohl soltó una palabrota. Toda la operación había sido una serie ininterrumpida de errores desde el principio hasta el final. El primer contratiempo había sido que el individuo que debía conducir el camión pesado no llegó al punto de encuentro, lo que los obligó a improvisar. Tuvieron que utilizar unas barras y unas cuerdas para mantener en su sitio el volante y el acelerador del vehículo, porque, por supuesto, Grohl jamás habría considerado la posibilidad de sacrificarse por la causa en un objetivo tan vulgar. El segundo problema se presentó cuando al acercarse descubrieron que las tropas de los clanes habían cambiado de lugar las barricadas que tenían colocadas habitualmente, y que ese cambio hacía imposible que pudieran lanzar el vehículo en línea recta hacia las puertas del cuartel. Y para terminar, cuando la carga de explosivos químicos preparados de forma improvisada había estallado, la explosión había sido poco más que una deflagración de luz y de sonido, y Beye comprobó que los daños que le había causado al edificio habían sido superficiales en el mejor de los casos.

Había mantenido la esperanza de que al menos lograrían escapar de las fuerzas de seguridad, ya que si los capturaban, el fracaso sería total y completo. Beye sabía que cada aeronave de patrulla transportaba equipos de nueve agentes acompañados de cibermastines y de drones espía. Sintió en el pecho las primeras palpitaciones heladas producto del pánico cuando se imaginó el interior de una celda de interrogatorios húmeda y oscura. No volvería a ver a Capra en la vida.

Grohl echó a correr, y ella lo siguió de inmediato con Pasri pegada a sus talones mientras se mantenía atenta a los ladridos metálicos de los perros modificados. Pasó a toda velocidad entre dos contenedores de basura en dirección a una calle lateral. En ese momento, una mujer con una capucha y un sarong salió por una puerta y alzó la vista para mirarlos. Beye se sintió sorprendida por la palidez de su rostro. La fuerte luz solar de Dagonet bronceaba a todos aquellos que vivían en la zona templada del planeta, y eso implicaba que aquella mujer era una noble recluida en sus posesiones o alguien procedente de otro planeta, y ninguna de esas dos clases de personas eran las que se solían ver en aquella parte de la ciudad.

—Les pido disculpas —les dijo, y su acento confirmó de inmediato que se trataba de alguien que no era nativo de Dagonet—. ¿Podrían ayudarme un momento?

Grohl casi resbaló, pero luego siguió corriendo y pasó de largo por delante de ella.

—Quítate de en medio —le espetó a la desconocida.

Beye también siguió adelante. Oyó a lo lejos los aullidos de los cibermastines y vio que Pasri miraba hacia atrás con una expresión indescifrable en la cara.

—Como quieran —dijo la mujer al mismo tiempo que extendía los brazos.

Beye captó el brillo de unas pequeñas bocachas metálicas en sus muñecas, y cómo la mujer apretaba los labios e inhalaba profundamente por la nariz. De aquellas bocachas surgió una neblina vaporosa que envolvió a todos por completo.

El suelo que pisaba Beye adquirio de repente la misma consistencia que la goma y trastabilló tambaleándose, y se dio cuenta de que a Grohl le pasaba lo mismo. Pasri soltó un débil grito y se desplomó en el suelo.

Beye también cayó desplomada cuando su cuerpo se negó a obedecer su voluntad, y mientras lo hacía, vio que la mujer pálida sonreía y se lamía las gotas de aquella neblina vaporosa que se le habían quedado pegadas a los dedos.

—Ya está —dijo, aunque sus palabras acabaron convertidas en el eco de un zumbido.

Beye perdió el sentido por completo.

El acre hedor químico de unas sales de amoníaco le hizo recuperar de repente la conciencia, y Beye se vio asaltada por un fuerte ataque de tos. Alzó la cabeza sin dejar de parpadear y luego exploró la estancia mirando a su alrededor. Esperaba encontrarse las típicas paredes de color verde claro propias de un cuartel del Adeptus Arbites, pero en vez de eso lo que vio fue el interior en penumbra de una especie de almacén. Los rayos de luz se colaban a través de los agujeros abiertos en el tejado de láminas de plastek.

Estaba atada a una silla, con las manos detrás de la espalda y los tobillos a las patas de la propia silla. Grohl estaba atado del mismo modo a su derecha, y delante de ella se encontraba Parsi, que le devolvió la mirada con una expresión de miedo incontrolable. Grohl la miró a su vez con el rostro convertido en una máscara de calma rígida y forzada.

—No digas nada —le ordenó—. Pase lo que pase, no digas nada.

—Justo en el momento que dijiste —dijo una nueva voz.

—Por supuesto —respondió otra, la de la mujer pálida—. Puedo programar el tiempo de actuación de mis toxinas hasta el segundo, si es necesario.

Beye enfocó la mirada y vio que la mujer del sarong estaba charlando con un joven de aspecto extraño que parecía llevar puesto algo semejante a un equipo de combate. En esos momentos estaba utilizando un aparato que

llevaba montado sobre el antebrazo un guantelete que emitía una holopantalla parpadeante. Los dos miraron a los prisioneros, porque eso eran, aunque Beye no se había dado cuenta hasta ese momento, y luego miraron por encima de ellos a algo que estaba más allá de sus cabezas.

Beye oyó un movimiento y sintió que alguien se colocaba de pie a su espalda.

—¿Quién está ahí? —preguntó sin poder contenerse.

Una tercera persona rodeó a los prisioneros y se puso a la vista de los tres. Era un individuo de estatura elevada que iba vestido con un mono negro cubierto de parches blindados y de bolsas con material. En la cadera llevaba enfundada una pistola de aspecto pesado y de un diseño que Beye jamás había visto. Su rostro aquilino habría sido hermoso de no ser por la tremenda dureza que reflejaba su mirada.

—Vuestros nombres —les exigió.

Grohl emitió desde el fondo de su garganta un gruñido cargado de desprecio. El joven con el aparato en el antebrazo inspiró profundamente y habló de nuevo.

—Liya Beye. Terrik Grohl. Olo Pasri.

—Los nobles tienen informes sobre todos y cada uno de vosotros —les dijo el individuo de rostro agresivo—. Hicimos varias copias de la base de datos que tenían sobre la resistencia cuando destruimos el comunicatorio kappa seis.

—¿Lo hicisteis vosotros? —exclamó Pasri.

—¡Cállate! —le bufó Grohl—. ¡No hables!

Beye se mantuvo en silencio. Al igual que sus dos compañeros, no había dejado de preguntarse qué era lo que había ocurrido en kappa seis desde que pocos días antes aparecieron las primeras noticias sobre el hecho en los comunicados oficiales, en los que se anunciaba aquel «ataque cobarde y traidor perpetrado por los terroristas». Capra había decidido al cabo de un tiempo que o bien se trataba de una operación realizada por una célula independiente que no conocían o bien de algún tipo de accidente que se había producido en las instalaciones y que los nobles habían decidido achacarles a ellos.

—No tenemos nada que ver con esos radicales de la resistencia. Sólo somos ciudadanos normales —declaró Pasri, volviendo a hablar. El joven soltó un bufido burlón.

—Por favor, no insultes a mi inteligencia.

—Las cosas os van bastante mal, ¿no? —comentó el hombre sin hacer caso de la interrupción—. Cada vez está más cerca el momento en que encontrarán vuestro escondite, más cerca de dar con Capra y con todas los jefes de la célula.

Beye se esforzó por no mostrar reacción alguna al oír el nombre, pero no lo logró. El hombre se volvió hacia ella.

—¿Cuántos de los vuestros se han rendido en estas últimas semanas? ¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Cuántos han aceptado la oferta de amnistía tan: para ellos como para sus familias?

—Es mentira —exclamó Beye sin poder contenerse y sin hacer caso del siseo furibundo de Grohl—. Los que se entregan son ejecutados.

—Por supuesto que lo son —le confirmó el hombre. Luego señale con un gesto del mentón al joven—. Si hasta tenemos pictografías de las escuadras de fusilamiento. —Se calló un momento—. Vuestro movimiento de resistencia…

—Si se le puede llamar así —lo interrumpió el joven con un bufido de desprecio.

—Vuestro movimiento está al borde mismo del colapso —siguió diciendo el hombre—. Capra y su núcleo de confianza de luchadores por la libertad son lo único que os mantiene de una sola pieza. Además, los nobles saben que en realidad sólo tienen que sentarse a esperar. —Dio unos pasos por delante de la fila que formaban los tres—. Tan sólo esperar, hasta que os quedéis sin suministros, sin munición, sin esperanza. Todos estáis agotados, y os habéis visto empujados a seguir más allá de vuestros límites. Estáis hambrientos y exhaustos. Ninguno de vosotros se atreve a decirlo en voz alta, pero todos y cada uno de vosotros sabéis que es la verdad. Ya habéis perdido, lo único que ocurre es que no queréis admitirlo.

Aquello fue más de lo que Grohl pudo soportar sin romper sus propias reglas.

—¡Anda y que te jodan, cabrón lameculos de los nobles!

El individuo alzó una ceja.

—No somos… ¿Lameculos de los nobles, has dicho? No estamos al servicio de los nobles de este planeta. —Se inclinó un poco hacia adelante y sacó algo de debajo de la pieza de armadura que llevaba al cuello: era un disco de identidad que llevaba colgando de una cadena—. Servimos a un señor muy distinto.

Beye reconoció de forma inmediata la silueta de una placa de sello imperial, un aparato de reconocimiento bioactivado que estaba sincronizado genéticamente con su poseedor. En la superficie relucía el grabado de un aquila de dos cabezas. No se podía falsificar o duplicar, ni siquiera robárselo a su propietario, ya que en ese caso quedaba inutilizado por completo. Cualquiera que llevara una de esas placas era sin duda un soldado al servicio del Emperador de la Humanidad.

—¿Quiénes sois? —les preguntó Parsi con cautela.

El individuo se señaló a sí mismo.

—Soy Kell. Ellos son Tariel y… Soalm. Somos agentes del Imperio y de la autoridad de Terra.

—¿Por qué nos habéis dicho vuestros nombres? Sólo lo haríais si estuvieseis a punto de matarnos —le dijo Grohl con los dientes apretados.

—Consideradlo un gesto de confianza —le contestó la mujer de tez pálida—. Nosotros ya sabemos quiénes sois vosotros. Y para ser sincera, que sepáis nuestros nombres no representa ninguna clase de amenaza seria.

Beye se inclinó hacia adelante.

—¿Y por qué estáis aquí?

Kell señaló con un gesto de la barbilla a Tariel. El joven sacó un pequeño cuchillo plegable y se acercó hasta donde estaba Parsi. Le cortó las ataduras y luego procedió a hacer lo mismo con Grohl.

—Cumplimos la orden dada por el Emperador. Hemos venido a socorrer a Dagonet y a sus habitantes en estos tiempos de crisis. —Beye tuvo la certeza de que la mirada que intercambiaron Soalm y Kell antes de que éste volviera a hablar de nuevo implicaba que había algo más que eso

—. Hemos venido a ayudaros a hacer frente a la insurrección de Horus Lupercal y a la de cualquiera que se haya unido a su bando.

Grohl se frotó las muñecas.

—Entonces, seguro que querréis que os llevemos hasta la guarida secreta de la resistencia, y os gustaría que os presentáramos en persona a Capra. Lo que esperáis es que nos abramos por completo para así matarnos a todos de un solo golpe, ¿no? —Volvió la cabeza y escupió al suelo—. No somos ni traidores ni estúpidos.

Tariel terminó de cortar las cuerdas de Beye y le ofreció una mano para que se pusiera en pie, pero ella rechazó su ayuda. El infocito no insistió, y en vez de eso le entregó una placa de datos.

—Toma. Sabes cómo utilizarla, ¿verdad? Tu archivo dice que antes de que comenzara la insurrección trabajabas en el Administratum como registradora de datos en la oficina de asuntos coloniales.

—Así es —le confirmó Beye.

Tariel le señaló un archivo de texto dentro de la memoria de la placa.

—Me parece que deberías echarle un vistazo a ese documento, y por favor, comprueba los marcadores de seguridad para que estés segura de que no se ha modificado de ningún modo.

Kell se acercó a Grohl.

—Terrik Grohl, estoy convencido de que no eres un traidor, pero también de que te han engañado.

—¿De qué estás hablando? —estalló Grohl.

—Porque lo cierto es que sí hay un traidor en este sitio —añadió Kell.

En ese mismo instante, y a mayor velocidad de lo que fue capaz de seguir la vista de Beye, la mano del agente imperial subió desde la cintura empuñando la pistola de forma cuadrangular y aspecto mortífero, y mató a Pasri de un solo disparo a quemarropa en el corazón.

Beye soltó un grito de horror al mismo tiempo que Grohl daba un paso hacia Kell.

Tariel dio unos cuantos golpecitos en la placa.

—Lee el archivo —le repitió a Beye.

—Y luego que alguien registre a vuestra buena amiga Olo… —añadió Soalm.

Grohl se encargó de hacerlo mientras Beye revisaba la información de la placa. Para cuando acabó de leer el archivo, su rostro había palidecido por completo y Grohl ya había encontrado el aparato de escucha sin cables que la otra mujer llevaba escondido entre la ropa. El archivo, que era el original y sin modificar, tal y como le había asegurado Tariel, incluía informes de los soldados de los clanes de nobles que hablaban de un confidente dentro de la propia resistencia. Capra hacía tiempo que sospechaba de la existencia de una filtración, pero no había sido capaz de descubrir de quién se trataba. Según el último informe, Olo Pasri había aceptado revelar la localización de la principal zona segura de los luchadores de la libertad, pero estaba dando largas a la entrega de los rebeldes porque esperaba una recompensa mayor y la garantía de un pasaje para otro planeta.

Beye le contó todo aquello a Grohl, quien la escuchó con una expresión rígida, casi pétrea, en el rostro. Tras unos largos momentos, habló de nuevo:

—No me fío de ti —le dijo a Kell—. Podrías haber montado incluso esto para descubrir el refugio de la resistencia. Todo con tal de ganarte nuestra confianza.

—Grohl… —empezó a decir Beye, pero Kell levantó una mano para acallarla.

—No, tiene razón. Con el tiempo y el esfuerzo necesarios podríamos haber organizado algo como esto. Si yo estuviera en tu lugar, tendría las mismas sospechas. —Se quedó callado unos instantes, pensativo—. Bueno, así pues, por lo que se ve, vamos a tener que ganarnos vuestra confianza.

—Hará falta una demostración —sugirio Soalm.

Kell asintió.

—Dadnos un objetivo.

Lanza pasó la palma de la mano por la superficie de cuero de grox del brazo del sillón en el que se encontraba sentado. Los dedos que acariciaron la piel lustrosa y curtida eran un eco perfecto de la carne del cuerpo de Hyssos. La sensación era agradable, y aquello le hizo darse cuenta de que había pasado demasiado tiempo en estado de letargo y que había carecido de los placeres más sencillos que ofrecía la conciencia, esa misma conciencia que se había mantenido prácticamente en hibernación mientras el fantasma mental de Yosef Sabrat ocupaba su cuerpo. Marioneta y titiritero, director y actor, con los papeles cambiados. Se había cansado de eso.

Al menos, de momento sólo tendría que fingir ser alguien, y no convertirse literalmente en ese alguien. Alzó la mirada y vio su reflejo en la vitrina de cristal que estaba detrás de la mesa de la estatúder Kata Telemach. La cara de color ébano de Hyssos le devolvió la mirada.

Telemach hizo girar su gran sillón de respaldo alto para apartarse de la consola de comunicación que tenía en la mesa y colgó el voluminoso auricular. Cerca de ella, de pie como un centinela con sobrepeso, se encontraba la figura voluminosa del alto bailío Berts Laimner, quien se mantenía en un silencio muy poco común en él. Lanza se imaginó que todavía estaría intentando procesar todos los desenlaces posibles que implicaba el reciente descubrimiento de que Yosef Sabrat era el asesino en serie que se había mantenido escondido entre ellos, y que estaría decidiendo cuál de esos desenlaces le convendría más. Sentía un odio bastante especial contra aquel individuo, pero cuando se concentraba en ese sentimiento, Lanza no estaba seguro de si ese odio salía de él o de Yosef Sabrat. El temperamento del bailío se había enfrentado al del propio asesino, y esos momentos amenazaban con hacer saltar al primer plano al monstruo oculto.

Inspiró profundamente y dejó a un lado aquellos pensamientos considerándolos triviales. Volvió a concentrarse en Telemach, que seguía

sentada y con la mirada fija en el manojo de documentos que tenía en la mano.

—¿Cómo ha podido pasar algo así en mi cuartel, bajo mi mando? —exigió saber.

Lanza pensó que esa reacción era la típica de aquella mujer. Lo primero en lo que pensaba no era en cómo era posible que se hubiera producido aquella tragedia, ni tampoco en que era imposible que un buen hombre como Sabrat fuera el asesino. No. A pesar de toda la muerte, de todo el derramamiento de sangre y el terror que se había extendido por la ciudad, su primer impulso era preocuparse en qué lugar la dejaría todo aquello. Telemach se volvió hacia Laimner para fulminarlo con la mirada.

—¿Y bien?

—Es que… nunca sospechamos, en ningún momento, que el asesino pudiera ser un agente de la ley.

La estatúder estaba a punto de espetarle algo más cuando Lanza intervino con la voz de Hyssos.

—Para ser justos, ¿cómo iban a imaginarse algo así sus propios compañeros, mi señora? Sabrat era un miembro condecorado de la Centinelia, con más de un decenio de servicio a su espalda. Conocía extremadamente bien todos los procedimientos y protocolos. Conocía todos los puntos ciegos y las fisuras en el sistema.

Laimner asintió de inmediato.

—Sí, así es. Tengo varios equipos de la oficina de documentación en el caso, y están revisando todas y cada una de sus investigaciones a lo largo de su carrera. Ya han encontrado pruebas de manipulación de pruebas, de falsificación de documentos…

Había sido Lanza quien se había dedicado a colocar todas aquellas pruebas a lo largo de las semanas anteriores. No tardarían en descubrir nuevos asesinatos que él había dispuesto de manera que se pudieran achacar al fallecido bailío, desde la muerte de ciudadanos normales y corrientes hasta comerciantes de cierta importancia, incluso el de un cazador joven de ese mismo cuartel. Lanza había matado a todos y cada uno de ellos y se había apropiado de sus personalidades durante un breve

periodo de tiempo para irse abriendo camino hasta la identidad que poseía en ese momento. Había ido paso a paso.

—Tan sólo era cuestión de tiempo que alguien lo descubriese y lo atrapasen —continuó explicando HyssosLanza, y dio unos cuantos golpecitos en la bolsa de pruebas que contenía el cuchillo de cosecha—. Me he topado con esta clase de criminales en unas cuantas ocasiones. Todos se vuelven descuidados tras un cierto periodo de tiempo, ya que quedan convencidos de su superioridad.

Telemach tomó en la mano una de las pictografías más repugnantes de la escena del crimen que se había cometido en los muelles aéreos y las blandió delante de la cara de Hyssos. Lanza tuvo que contener el impulso de lamerse los labios.

—Pero ¿qué hay de… todo esto? —Señaló con un dedo la hermosa perfección de los símbolos de ocho puntas que había pintado con la sangre de la víctima—. ¿Qué significan?

Lanza captó el sentimiento de miedo que albergaban sus palabras, y disfrutó con ello. Sí, la estatúder comprendía las formas más habituales y sórdidas de la muerte, en las ocasiones en que un humano acababa con otro humano por asuntos sin importancia como el dinero o el poder, la rabia o la lujuria, pero era incapaz de imaginarse la posibilidad de que alguien pudiera matar en nombre de algo mayor… o para satisfacer a algo. Lanza sintió el deseo de explicárselo. Quiso contarle que su visión del cosmos, semejante a la que tendría un insecto, era patéticamente ingenua, que estaba ciega ante las realidades que le habían mostrado a él en el Delfos de Davin, o que más tarde le había enseñado su amo y señor.

En vez de eso, hizo que el rostro del agente adquiriera una expresión grave, de preocupación.

—Sabrat no actuó solo en todos estos asesinatos. Su compañero, Segan… Había un pacto de camaradería entre ellos.

—Eso encaja con las pruebas —comentó Laimner—. Lo que no tengo claro es el motivo por el que Yosef lo mató.

—¿Por alguna clase de desacuerdo? —sugirio Hyssos—. De lo único que estoy seguro es de que ambos planearon que me quedara a solas con

ellos dos en Whyteleaf. Allí me vi obligado a contemplar cómo Sabrat acababa con la vida de Segan antes de que también intentara matarme a mí. Casi… —En ese momento se estremeció, tal y como lo había preparado—. Casi me mata a mí también —acabó con un susurro.

—Pero entonces…, ¿qué son esos símbolos? —insistió Telemach.

—Todos estos asesinatos tenían un trasfondo ritual. —Se quedó callado un momento para efectuar una pausa cargada de dramatismo—. ¿Qué es lo que saben de un grupo llamado la Teogonía?

Apenas pronunció aquella palabra, en el rostro de la estatúder apareció una mueca de desprecio burlón.

—¿Esos religiosos atrasados? —Miró de nuevo a Laimner—. Ya dije que tenían algo que ver con todo esto. ¿No lo dije? ¡Lo sabía!

Lanza asintió.

—Según tengo entendido, se trata de una especie de secta fundamentalista. Al parecer, Daig Segan era el intermediario entre la Teogonía y Sabrat, y deduzco que los asesinatos que Sabrat cometió con su ayuda estarían motivados probablemente por una serie de creencias retorcidas.

—¿Habla de sacrificios humanos? —exclamó sorprendido Laimner—. ¿En un planeta civilizado como éste? ¡Estamos en el trigésimo primer milenio, no en la prehistoria!

Fue Telemach quien le contestó de inmediato.

—La religión es igual que un cáncer. Puede aparecer sin previo aviso.

Lanza se preguntó durante un momento qué tremendo daño habría sufrido aquella mujer en el pasado debido a las creencias de otra persona. Debió ser algo muy doloroso, sin duda alguna, ya que era evidente que Telemach odiaba con todas sus fuerzas cualquier asunto que se relacionara con la religión.

—Les recomiendo que actúen cuanto antes contra ese grupo —les advirtió al mismo tiempo que se ponía en pie—. Los servicios de comunicación del planeta ya se han enterado de algunos detalles del caso. Supongo que todos aquellos que tienen alguna relación con la Teogonía no tardarán en sufrir la ira de los más fanáticos.

Laimner asintió.

—La esposa de Sabrat y su hijo ya han sufrido ataques. Envié a Skelta a su casa… y me ha informado de que los han perseguido y los han apedreado.

—Investiga si tienen alguna relación con el caso —insistió Telemach—. Quiero a todos los sospechosos de pertenecer a la Teogonía detenidos antes de que caiga la noche para ser interrogados.

Lanza se irguió y alisó la pechera de la chaqueta de Hyssos en un gesto reflejo que había copiado de la memoria muscular del propio agente.

—Veo que lo tienen todo bajo control. También tienen mi informe. Puesto que el asunto está resuelto, ya puedo marcharme.

Laimner hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Espere, todavía no puede. Quedan por efectuar ciertos trámites y diligencias… Hay que testificar delante de un tribunal. Tendrá que quedarse en Iesta para hacer una declaración formal.

—El barón del Vacío no desea que me quede.

Lo único que tuvo que hacer Hyssos fue mirar fijamente a Telemach, y la estatúder cedió de inmediato.

—Por supuesto, agente —se apresuró a decir, como si jamás se le hubiera ocurrido la posibilidad de desafiar al barón Eurotas o a uno de sus agentes—. Si se diese el caso de que necesitásemos su declaración, sería suficiente con que enviase un comunicado mediante el Consorcio. Atrapamos al asesino, y eso es lo único que importa.

Hyssos asintió y se dirigió hacia la puerta. Oyó a su espalda como Laimner hablaba de nuevo.

—La gente se sentirá más segura a partir de ahora.

No sonó como la afirmación de un hecho, sino más bien como una declaración con la que el alto bailío intentaba convencerse de ello.

En el rostro cambiado de Lanza apareció una breve sonrisa. El miedo que había desencadenado en las calles de Iesta Veracrux no desaparecería con tanta facilidad.

Goeda Rufin estaba disfrutando en esos momentos del tremendo cambio de situación.

Antes, cuando el gobernador todavía obedecía las órdenes de Terra y los nobles se limitaban a quejarse en voz baja, Rufin estaba claramente destinado a seguir siendo un suboficial de bajo rango dentro de las Fuerzas de Defensa Planetaria de Dagonet. Su vida consistía principalmente en evitar cumplir con todas las obligaciones que pudiera, las pocas que tenía, y descargar todas sus tareas en los pobres soldados de menor rango que tenían la desgracia de encontrarse bajo su mando en el parque de vehículos. Rufin no se había planteado regresar a la vida civil desde el día en que se había alistado después de que un juez le ofreciera la elección de ir a un correccional o de prestar servicio en las Fuerzas de Defensa Planetaria. Lo que no había conseguido era eliminar su deseo de que llegara el día en que lo ascendieran al codiciado rango de oficial. Nunca se le llegó a ocurrir que su ignorancia superaba con creces cualquier ventaja que pudieran suponer sus escasas habilidades. Rufin era sencillamente incapaz de hacerse a la idea de que jamás había ascendido más porque era un mal soldado. Era un peso muerto para la guarnición de la ciudad, y todo el mundo parecía ser consciente de ello menos él. Si alguien prestaba atención a lo que Rufin decía, daba la impresión de que existía una enorme conspiración entre los oficiales de rango superior para mantenerlo en lo más bajo de la escala de mando mientras otros individuos ascendían en esa misma escala. Él consideraba a esos individuos mucho menos merecedores del ascenso, a pesar del enorme número de pruebas que demostraban que sí lo eran, pero Rufin no era de esas personas que permitía que los hechos probados modificaran sus opiniones.

Era mezquino y ofensivo con los oficiales superiores, pero siempre a sus espaldas. Se entretenía escribiendo mensajes obscenos y anónimos sobre ellos en las paredes de los lavabos de los barracones, y cumplía a regañadientes todas y cada una de las órdenes que le daban. Se vengaba de un modo rastrero de ésa y de una docena de formas distintas.

Ése era el motivo principal por el que Goeda Rufin se encontraba el despacho de su comandante cuando tuvo lugar la liberación. Así llamaban, «la liberación», el sangriento día del alzamiento que acabó los rebeldes triunfantes declarando que Dagonet había quedado libre yugo del dominio imperial y que se unía a las filas del señor de la guerra Horus.

Ese día, Rufin estaba en el despacho, donde lo habían dejado olvidado, esperando. Lo habían enviado allí para que recibiera un castiga disciplinario, ya que alguien lo había oído insultar a sus superiores una vez más, y si se hubiese tratado de cualquier otro día, lo más probable habría sido que acabara expulsado de las Fuerzas de Defensa Planetaria por todos los problemas que había causado.

Sin embargo, mientras esperaba, oyó como empezaba el tiroteo, y vio que en el patio de armas se enfrentaban soldados a soldados. Los guerreros de la guarnición del palacio, con los uniformes cubiertos de tachaduras que borraban los símbolos del aquila imperial, estaban matando a todos los individuos que jamás le habían caído bien. Ya se había escondido lo mejor que pudo en el despacho de su oficial superior cuando lo vio entrar corriendo, y al darse cuenta de su presencia, empezó a darle órdenes. Lo seguían de cerca dos de los soldados del palacio, y al verlos. Rufin se dio cuenta por fin de cuál era la situación. Cuando su comandante volvió a ordenarle a voz en grito que lo ayudara, Rufin empuñó la daga decorativa que el oficial utilizaba como abrecartas y se la clavó en la espalda. Más tarde, el jefe de las tropas rebeldes le estrechó la mano y le ofreció un rotulador para que se tachara los emblemas imperiales del uniforme.

Consiguió los galones de oficial gracias a aquel acto, y todos los soldados que se rindieron con él los recibieron también. Eso o un disparo láser en la nuca. Después de que todo se calmara, quedó claro que el nuevo regimiento necesitaría oficiales para llenar los huecos que habían dejado los muertos en las filas diezmadas. Rufin lo aceptó encantado. Ya fuera al Emperador o al señor de la guerra, le importaba muy poco a quién tuviera que saludar. No sentía respeto por ninguno de los dos.

A Rufin lo cambiaron de destino y dejó atrás el parque de vehículos. Su nuevo mando era el «campo de seguridad por circunstancias de

emergencia» que se había establecido en la estación central de monorraíl de la capital. Los trenes de pasajeros no habían circulado desde que los nobles habían ordenado interrumpir los sistemas de transporte, pero les habían encontrado una nueva utilidad, ya que cada uno de ellos servía como prisión para cientos de civiles y de militares idiotas que se habían atrevido a desafiar el nuevo orden.

Rufin era el amo y señor de todo aquello, y caminaba de un extremo a otro de las pasarelas suspendidas en el aire por encima de los andenes abarrotados para así asegurarse de que todos y cada uno de ellos supieran que él poseía el poder sobre la vida y la muerte, que ejercía con palizas y ejecuciones absolutamente aleatorias. Cuando no se dedicaba a ejercitar su brutalidad bestial y a intentar combatir su aburrimiento, Rufin paseaba por los almacenes de munición de los niveles inferiores, que antaño habían sido los pozos de mantenimiento de las locomotoras. Le gustaba estar allí abajo, rodeado del olor a cordita y a metal de las armas. Estar rodeado de tanta potencia de fuego lo hacía sentir como un soldado de verdad.

Entró en la cúpula de observación situada por encima de lo que antes había sido la plaza central de la estación y vio que el oficial de guardia se estaba tomando una taza de té negro. Lo miró fijamente.

—¿Situación? —le preguntó casi a gritos.

El oficial miró su cronógrafo.

—Se efectúa una llamada de comprobación cada hora en punto, señor. Eso significa que falta un cuarto de hora para la siguiente.

Apenas había acabado de decir aquello cuando el altavoz situado sobre sus cabezas emitió varios chasquidos al activarse.

—¿Antes de tiempo? —comentó Rufin.

—¡Control! —gritó una voz aterrorizada por el comunicador—. Creo… creo que quizá haya un problema.

—Puesto dos, repita… —empezó a decirle el oficial de guardia, pero Rufin le arrebató el micrófono.

—¡Aquí el comandante de la base! —rugió—. ¡Explíquese!

—El recluta Zejja acaba de… bueno, acaba de caerse de la muralla sur, y Tornol no contesta a su comunicador.

Por el canal de comunicación les llegó a continuación y con gran claridad un sonido semejante a un zumbido rápido y bajo al que un segundo después siguió un resoplido húmedo, para terminar con el ruido sordo de un cuerpo al caer.

Rufin le devolvió violentamente el micrófono al oficial de guardia. No sabía qué hacer exactamente.

—Señor, ¿intento ponerme en contacto con los demás puestos de control? —le preguntó el oficial mientras contenía un ataque de tos.

—Sí —respondió Rufin, asintiendo con la cabeza. Sonaba a que ésa fuera la decisión más apropiada en ese momento—. Hazlo.

Entonces, y sin previo aviso, el antiguo panel de mando de la estación, que se había mantenido inactivo, se activó por completo. Las líneas de color que indicaban las vías, los bloques de iluminación que representaban a los vagones, todo comenzó a chasquear y a chirriar a medida que se encendía.

Rufin miró con expresión preocupada a través de las ventanas de la cúpula de observación y oyó el murmullo de una docena de motores eléctricos al ponerse en funcionamiento todos al mismo tiempo. El sonido reverberó por los amplios espacios techados con cristales que formaban los andenes y los pasillos. Los prisioneros que había allí abajo comenzaron a ponerse en pie de forma apresurada, esperanzados por el sonido. Rufin desenfundó la pistola por puro acto reflejo y apretó la empuñadura.

—¿Qué es lo que está pasando? —exigió saber.

El oficial de guardia estaba mirando las consolas que tenía delante de él con una expresión de pasmo.

—Es… es imposible —repitió antes de toser de nuevo—. Todos los controles remotos de los sistemas de la estación fueron cerrados, y hasta se cortaron las redes de tableado. —Tragó saliva con dificultad, y en su amplia frente comenzaron a aparecer unas gruesas gotas de sudor—. Creo que alguien intenta hacer que se muevan los trenes.

Allí abajo, los tableros de cobre batido donde anunciaban las salidas de todos los andenes comenzaron a soltar chasquidos formando un coro repiqueteante a medida que mostraban un destino tras otro, y luego se

detuvieron todos al mismo tiempo con un chasquido restallante mostrando la misma frase: «Final del trayecto».

Los prisioneros vieron aquellas palabras y estallaron en gritos de alegría. Rufin comenzó a insultarlos, y en ese momento vio a uno de sus soldados que corría por el andén con una ametralladora pesada en las manos. El soldado estaba aproximadamente a unos veinte metros de los prisioneros, que seguían lanzando vítores, cuando su pecho estalló con una explosión roja y silenciosa, y un instante después, se desplomó.

En la mente de Rufin se produjo por fin la secuencia correcta de pensamientos.

—¡Nos atacan!

Cuando se volvió para empezar a darle órdenes al oficial de guardia, vio que el individuo yacía inerte en la silla, con los ojos y la boca muy abiertos, y que miraba al techo sin verlo. Rufin captó un extraño olor floral en el aire que emanaba del cuerpo del oficial, y extendió una mano con gesto cauteloso para tocarle la cara, que tenía un tacto ceroso y húmedo. El cuerpo del oficial se desplomó hacia adelante y tiró la taza de té. El olor floral le llegó con más fuerza desde el charco de líquido que se formó en el suelo. Rufin se llevó una mano a la boca.

—¡Veneno! —gritó.

Dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta de la cúpula para alejarse a toda prisa de allí. Las veloces pisadas resonaron con fuerza contra el suelo de rejilla de la pasarela elevada.

Lanza alargó una mano y frotó el borde del tapiz decorado entre las yemas de los gruesos dedos de Hyssos. La imagen representada era un complejo dibujo del Emperador en el momento que mataba con una gigantesca espada flamígera a un alienígena semejante a un toro.

Puso los ojos en blanco ante la pomposidad fatua de aquella supuesta obra de arte y se apartó del tapiz al mismo tiempo que se frotaba las manos para desprenderse de las fibras de tejido que se habían desprendido. Estaba absolutamente prohibido tocar aquel objeto, pero no había nadie en

la sala de audiencias que lo pudiera ver. El asesino se preguntó distraído si el residuo que había dejado la piel demoníaca de su carne de camuflaje sobre el tapiz sería capaz de contaminar y de deshacer aquel antiguo tejido. Deseó que así fuera. Le divirtió mucho la idea de que los humanos que iban a bordo del *Iubar* echaran a correr por todos lados presas del pánico cuando vieran que el tapiz empezaba a ennegrecerse y a desmenuzarse.

Echó un vistazo por las ventanas de observación mientras paseaba por la estancia. La curva de Iesta Veracrux se alejaba por debajo de la quilla de la nave a medida que giraba para dirigirse hacia el espacio profundo. Lanza no lamentó en absoluto ver cómo desaparecía. Había pasado demasiado tiempo en ese mundo viviendo entre las trivialidades de la civilización humana mientras representaba media docena de personalidades diferentes. Lanza había mostrado muchos rostros desde su llegada al planeta: un vagabundo, un tendero, una prostituta callejera, un cazador y un bailío. Había vivido la mentira que suponían sus existencias ridículas y sin sentido. Había apilado sus cadáveres, y los de muchos más, para levantar la escalera que le había permitido llegar hasta donde se encontraba en esos momentos.

Unos cuantos asesinatos más. Una, o quizá dos, encarnaciones más, y ya estaría cerca de su objetivo. De hecho, la mayor presa de toda la historia. Lo recorrio un estremecimiento de impaciencia. Lanza estaba ansioso, pero contuvo aquella emoción, y luego la ahogó. No era el momento de quedarse deslumbrado ante la magnitud de su misión. Todavía tenía que mantenerse concentrado.

Semejante desliz habría sido problemático en el pasado. Estaba convencido de que aquella clase de pensamientos eran los que habían permitido a aquella muchacha, la psíquica, captarlo aunque fuera de forma vaga en Iesta. Sin embargo, Perrig era ya poco más que una pila de cenizas metida en una urna colocada en la Cámara del Descanso de la *Iubar*, por lo que esa clase de amenaza había desaparecido, al menos de un modo momentáneo. Lanza sabía por los recuerdos de Hyssos que el barón Eurotas había invertido mucho esfuerzo y mucho dinero en sus influencias

para conseguir una excepción en las severas leyes imperiales sobre la prohibición del uso de psíquicos, unas leyes producto del miedo. Dada la situación económica del Consorcio, aquello era algo que no se iba a repetir a corto plazo. La siguiente vez que se enfrentara a un psíquico, estaría preparado.

Sonrio con malicia. Aquello era algo que no se había esperado, y lo había sacado de los pensamientos más profundos del agente. Era el secreto del barón del Vacío, y la explicación del aspecto descuidado del complejo de edificios que el Consorcio tenía en la superficie de Iesta. A pesar de toda la magnificencia y pomposidad aparatosa que el clan mercantil mostraba al resto de la galaxia, lo que se rumoreaba en los pasillos y en las cámaras de sus naves era que la buena fortuna de la casa Eurotas se desvanecía. No era de extrañar por tanto que el señor del clan estuviera tan desesperado por conservar cualquier brizna de poder que le quedara todavía.

Aquella información aclaraba muchas cosas. Lanza había sabido desde el principio que si mataba al número suficiente de empleados del Consorcio Eurotas, y si lograba que pareciera que Erno Sigg era el asesino, el barón, tarde o temprano, enviaría a un agente para que investigara el asunto. Lo que no se esperó nunca fue que acudiera en persona.

La situación debía de ser muy grave…

Lanza se detuvo delante del friso de jade rojo y alargó una mano para tocarlo. Pasó un dedo por encima de la escultura de la licencia de comercio. Aquel lugar estaba repleto de bienes preciados y costosos, de eso no cabía ninguna duda. Si Lanza fuese un ladrón, podría robar tantas riquezas como para necesitar varias vidas para gastarlas. Sin embargo, el asesino tenía puestas sus miras en algo muchísimo más valioso que aquellos preciosos cachivaches. Lo que él quería era la clave para el mayor asesinato de todos los tiempos.

El orgullo presuntuoso del comerciante irritaba sobremanera a Lanza. Allí mismo, en aquella estancia, había multitud de objetos por los que se podría obtener una enorme riqueza si se sacaran al mercado. Sin embargo,

Eurotas era el tipo de noble que prefería comer carne de rata y consumirse antes que perder los símbolos ostentosos de su grandeza.

Y como si aquel pensamiento hubiese sido una invocación, las puertas de la sala de audiencias se abrieron para dar paso al barón del Vacío, que parecía estar profundamente irritado. Se quitó con un movimiento de hombros la chaqueta que había llevado al bajar al planeta y se la arrojó a un miembro del grupo de servidores y de asistentes humanos que lo seguían de cerca.

—Hyssos —se limitó a decir al mismo tiempo que le hacía un gesto con la mano para que se le acercase.

Lanza imitó la reverencia habitual que solía realizar el agente y se acercó de inmediato.

—Mi señor. No me esperaba que vuestra lanzadera regresase a la *Iubar* después de que partiéramos de la órbita.

—Te mandé un mensaje —le contestó Eurotas al mismo tiempo que negaba con la cabeza—. Tu implante comunicador debe de estar estropeado.

Hyssos se tocó el cuello.

—Ah. Por supuesto, mi señor. Me encargaré de que lo arreglen.

El barón se dirigió a un armarito de cristal y lo señaló con un gesto. Un mecanismo interior sirvió una cantidad generosa de vino en una copa de cristal que se apresuró a agarrar y de la que bebió un largo trago. Tan largo que lo engulló de golpe, sin paladearlo.

—Hemos acabado nuestra visita a este mundo —le comunicó Eurotas, quien pasó a mostrarse de un humor huraño y melancólico—. Una visita que nos ha costado la vida de nuestra querida Perrig. —Negó con la cabeza de nuevo y luego miró fijamente a Hyssos con una expresión acusadora en los ojos—. ¿Sabes lo que me costó Perrig? Una luna, Hyssos. Tuve que ceder la propiedad de toda una puñetera luna al Adeptus Terra tan sólo para que estuviera a mi servicio.

Empezó a cruzar la estancia de suelo de mosaico y el armarito se alzó sobre unas ruedas metálicas doradas y lo siguió rodando de forma obediente.

Lanza buscó qué decir, algo apropiado.

—Tuvo una buena vida con nosotros. Todos valoramos mucho su contribución al clan.

El barón se volvió para mirar al planeta.

—No había forma de que el gobernador se callara —comentó—. Querían que nuestra flota permaneciera en órbita durante una semana más, y dijo algo sobre «ayudar a estimular la economía local…». —Soltó un bufido de desprecio—. La verdad es que no aguantaba todas esas celebraciones que me habían preparado, así que me marché sin más. Tengo cosas más importantes que hacer, ya sabes, al servicio del Imperio y asuntos así.

Lanza asintió con gesto pensativo y decidió ahondar en el bajo estado anímico del barón.

—Es la mejor decisión, mi señor. Tal y como está la situación en el sector, tiene sentido que el clan mantenga la flotilla en movimiento. No dejar de moverse es mantenerse a salvo.

—A salvo de él. —Eurotas tomó otra copa de vino—. ¡Pero a pesar de eso, ese cabrón del señor de la guerra está acabando con nosotros poco a poco! —Alzó un poco más la voz—. ¡Cada planeta al que somete nos cuesta una fortuna en divisas del Trono, divisas que no podremos recuperar! —Por un momento pareció que el barón estaba a punto de decir algo que se podría haber considerado una declaración sediciosa, pero se contuvo, como si se sintiera atemorizado ante la posibilidad de que alguien más lo oyera, y la expresión de su rostro cambió—. Nos dirigiremos al límite exterior del sistema y luego navegaremos hasta el punto de encuentro en la nébula Punta de Flecha.

Lanza ya sabía cuál sería el siguiente espaciopuerto en el que atracarían, pero lo preguntó de todas maneras.

—¿Qué tenemos pensado hacer allí, mi señor?

—Esperaremos a que se reúna por completo toda la flota del clan, y mientras esperamos, se nos unirá una nave procedente de Sotha. A bordo viaja un grupo de rememoradores bajo la protección del Emperador. Los

escoltaré en persona hasta la propia Terra, tal y como me lo ha pedido el Consejo.

—Así pues, la seguridad de los rememoradores tiene una gran importancia para nosotros —declaró Lanza—. Organizaré todos los preparativos necesarios para asegurarnos de que se encuentran a salvo desde el momento en el que suban a bordo hasta que los desembarquemos en el Palacio Imperial.

Eurotas apartó la mirada.

—Sé que harás todo lo que sea necesario.

Lanza tuvo que contener un enorme deseo de sonreír. El camino ya estaba abierto, y ahora lo único que necesitaba era recorrerlo por completo hasta llegar al final. Hasta las mismísimas puertas de la fortaleza del Emperador…

NO

La voz le restalló en los oídos igual que un cristal roto, y Lanza se sobresaltó.

NO NO NO

El barón no parecía percibir esa voz El asesino notó un cosquilleo peculiar en las manos y bajó la mirada para observarlas. Durante un momento terrible, la piel le burbujeó y se puso roja antes de volver a adquirir el tono oscuro propio de Hyssos. Se apresuró a esconderlas detrás de la espalda.

NO

En ese instante, el eco le dejó bien claro de dónde procedía aquella voz. Lanza volvió hacia su propio interior la mirada y lo sintió allí, moviéndose de un lado a otro como el mercurio.

Sabrat. Lanza había creído hasta ese momento que la purga que había interrumpido el idiota del camarada del bailío se había completado, pero aquella certidumbre se derrumbó al verlo allí. Todavía quedaba una mínima fracción de la conciencia de aquel estúpido honorable oculta en las profundidades sombrías de la mente del asesino. Una parte de la conciencia falsa que había llevado puesta no había quedado expurgada. Se adentró un poco más y se sintió repugnado al entrar en contacto con

aquello, con la moralidad nauseabunda y repulsiva del muerto que le manchaba la mente. Borboteaba como un chorro de bilis mientras se esforzaba por salir hasta sus pensamientos superficiales. Era un grito de recriminación lleno de odio.

—¿Hyssos? —Eurotas lo estaba mirando fijamente—. ¿Te encuentras bien?

—Yo…

NO NO NO NO

—No —casi escupió la palabra Lanza. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y con un tremendo esfuerzo de voluntad, recuperó el control sobre sí mismo—. No, mi señor. Ha sido… un momento de fatiga, nada más.

El asesino silenció los gritos con un enorme esfuerzo físico y dejó escapar una exhalación temblorosa.

—Ah. —El barón se le acercó y le dio unas palmadas afectuosas en el hombro—. Tú eras quien estaba siempre más cerca de Perrig. No es vergonzoso sentirse afectado por la muerte de la psíquica.

—Gracias. Ha sido algo difícil. ¿Sería posible, con vuestro permiso, que me tomara un descanso? —preguntó Lanza, aprovechando el momento.

Eurotas le contestó con un gesto de asentimiento muy paternal.

—Hazlo. Quiero que te encuentres descansado cuando lleguemos al punto de encuentro.

—Así será, mi señor.

Lanza le hizo otra reverencia y se marchó. Nadie lo podía ver, pero llevaba las uñas clavadas profundamente en la superficie blanda como la cera de la palma de las manos, pero no salía sangre de la carne desgarrada.

Rufin encontró otro panel intercomunicador en el entresuelo de la estación y lo utilizó para mandar un mensaje de alerta a todos los puestos. Sin embargo, lo único que consiguió con aquello fue sentir más miedo todavía, ya que los únicos soldados que le respondieron fueron los que estaban de

guardia en el arsenal. Les ordenó que mantuvieran las posiciones y echó a correr hacia donde ellos se encontraban. Si lograba llegar hasta ese lugar antes de que lo hicieran los terroristas, podría abrir los cierres de seguridad y sacar todas las armas grandes y letales que hasta ese momento no había tenido oportunidad de utilizar. Allí abajo había cañones automáticos, lanzagranadas, lanzallamas… Abrasaría a esos cabrones lealistas por atreverse a molestarlo, vaya que sí…

Bajó por una escalera de caracol cerrada y eso le dejó a la vista los andenes occidentales. Los monorraíles que estaban en esa zona se estaban llenando de prisioneros antes de cerrar las puertas y ponerse en movimiento, al parecer por voluntad propia, para llevar a la libertad a todos esos reclusos. Los primeros vagones en salir habían destrozado las barricadas que bloqueaban las vías. Ya no había forma de impedir una evasión a gran escala, pero eso a Rufin no le importó en absoluto. Dejaría que se escaparan siempre que él pudiera conservar las armas.

Llegó a los niveles inferiores y descubrio que los soldados que tenían que estar en el primer puesto de guardia habían desaparecido. En su lugar tan sólo había unas pilas de ropa y unos montones de ceniza húmeda, todo iluminado por el brillo parpadeante de las franjas luminosas del techo. El aire del pasillo era frío y opresivo, y Rufin echó a correr de nuevo impulsado a salir del aquel sitio por una presión helada que parecía una sombra que le cayera sobre el alma.

Dobló la esquina y siguió corriendo hacia el puesto de seguridad de la armería. Allí había seis soldados, y todos tenían el rostro pálido y sudoroso por el miedo. Lo vieron aparecer a la carrera y le indicaron con gestos que no dejara de correr, como si lo persiguiera algo que sólo ellos eran capaces de ver.

—¿Qué es lo que ha pasado ahí atrás? —soltó, descargando su ira contra el primer soldado que se le acercó—. ¡Habla, maldita sea!

—Aullidos, señor. Unos aullidos como jamás habíamos oído. Salían del propio Hades, señor.

El miedo de Rufin se impuso a la rabia y le propinó una bofetada de revés al soldado.

—¡No digas estupideces! ¡Son los terroristas!

En ese preciso instante, el suelo bajo ellos estalló hacia arriba, y los paneles de rejilla metálica que lo formaban salieron disparados en todas direcciones al mismo tiempo que una figura enorme emergía de los túneles de mantenimiento que había debajo. Rufin vio una calavera con la boca sonriente llena de colmillos hecha de plata sin bruñir, y un instante después, una pistola gigantesca. Un simple disparo del arma impactó en uno de los guardias con tanta fuerza que lo lanzó de espaldas contra otro soldado, y la fuerza cinética los empujó a los dos hacia una pared curvada, contra la que se estrellaron y donde quedaron convertidos en dos guiñapos sanguinolentos.

Rufin retrocedió trastabillando mientras la silueta oscura se convertía en un borrón difuso que rugió de un modo inhumano. Las armas de los guardias escupieron una lluvia de disparos, pero la andanada no pareció cambiar la situación a su favor. Se oyeron ruidos de desgarramiento y de chapoteo, acompañados de los estampidos de los disparos de bólter, junto al sonido espeso de la carne al comprimirse bajo la presión antes de romperse la piel y que los músculos estallaran. Algo cruzó el aire silbando y golpeó a Rufin en mitad del pecho.

Cayó de rodillas y se desplomó contra la pared parpadeando por la sorpresa. Igual que si fuera una daga pintada con sangre, un fémur humano roto, recién arrancado del cadáver todavía caliente, le sobresalía del pecho. Rufin vomitó una baba negra y pegajosa y sintió que comenzaba a morir.

La figura con rostro de calavera se le acercó con todo el cuerpo tembloroso por la adrenalina y lanzó un salivazo a través de la rejilla de la boca.

—Oh, vaya, creo que me lo he cargado —dijo con voz retumbante.

Rufin oyó que alguien chasqueaba la lengua con tono desaprobatorio, y una segunda figura, de aspecto más humano que el asesino con garras, apareció ante él.

—Es el comandante de la base. Lo necesitamos para abrir el depósito de armas.

—¿Y qué? —le replicó el individuo con cara de cráneo—. ¿No podría hacer uno de tus trucos?

—Esto no es un juego de salón para que tú te diviertas, eversor.

Oyó un suspiro, y a continuación un sonido semejante al del cuero viejo al ser retorcido. Rufin vio a través de una mirada cada vez más borrosa un reflejo de su cara, ¿o no lo era? Le dio la impresión de que le estaba hablando.

—Di cómo te llamas —le dijo el rostro-espejo.

—Ya sabes… quién soy —logró decir jadeante—. Somos Goeda Rufin.

—Sí, eso es —le respondió la voz, que también sonó como la suya.

El rostro-espejo se apartó de él y se dirigió hacia el nicho donde se encontraba el control del mecanismo de cierre, al lado de la escotilla de acero que mantenía seguro el depósito de armas. Rufin recordó que era un lugar inexpugnable. El cogitador de seguridad acoplado al sistema necesitaba reconocer tanto su rostro como su impronta vocal antes de abrirse.

«Mi cara y mi voz…».

—Goeda Rufin —dijo el espejo, y la escotilla de la armería soltó un chasquido cuando comenzó a abrirse.

Rufin se esforzó por comprender cómo era posible que aquello hubiera sucedido, pero seguía sin encontrar la respuesta en el momento en el que su corazón dejó finalmente de palpitar.

El punto de encuentro era una vía secundaria que se encontraba al lado de un depósito de almacenamiento situado a los pies de las colinas, a bastantes kilómetros de la capital. Bajo la dirección de Tariel, los sencillos cerebros de los monorraíles habían obedecido todas sus órdenes y habían recorrido una serie de rutas veloces por todo el sistema de comunicación, y con ello consiguieron confundir a los drones espía que las Fuerzas de Defensa Planetaria habían enviado para seguirlos. En esos momentos ya habían llegado todos los vagones, y estaban vaciando su carga humana mientras el sol se ponía tras las colinas.

Kell observó como los miembros desharrapados de la resistencia reunían a la gente en grupos. Algunos eran recibidos con los brazos abiertos, como si fueran hermanos perdidos que hubieran vuelto a la familia, mientras que otros formaban partidas que tomarían direcciones distintas y se esconderían bien con la esperanza de resistir hasta que terminara el conflicto. Vio que Beye y Grohl se movían entre los grupos. La mujer le hizo un gesto de asentimiento para darle las gracias, pero él, por toda respuesta, siguió mirándola fijamente de un modo valorativo.

Kell comprendía la posición de Grohl. A pesar de que habían cumplido la misión que les había encomendado, y de paso borrar del mapa un arsenal de armas de los traidores, Grohl seguía sin ser capaz de confiar en ellos.

«Porque tiene razón en no hacerlo», le dijo una voz en su interior. Era una voz que hablaba con las palabras de su hermana. Los rebeldes creían que Kell y los demás miembros de su grupo eran una especie de unidad de avanzadilla, un destacamento de exploración compuesto por agentes especiales a los que habían enviado a la vanguardia de un plan imperial para retomar Dagonet en nombre del Emperador. Como tantas otras cosas respecto a los asesinos, aquello era mentira.

Un hombre con la cabeza cubierta por una capucha surgió del grupo de rebeldes y le dijo algo a Beye, pero fue la reacción de Grohl la que delató la identidad del recién llegado: el repentino giro de la cabeza, la tensión que se apoderó de su cuerpo.

Kell se irguió un poco más cuando el individuo se le acercó y se quitó la capucha. Era un hombre calvo y musculoso, con un tono de piel moreno y una mirada penetrante. El vindicare se fijó en la punta visible de los complejos tatuajes que le asomaban en la parte baja del cuello. Kell le ofreció la mano.

—Capra.

—Kell.

El guerrillero aceptó el gesto y se estrecharon las manos aferrándose las muñecas el uno al otro.

—Según tengo entendido, debo darle las gracias al Emperador por esto —comentó, señalando con un gesto del mentón en dirección a los vagones —. Y a ti.

—El Imperio nunca le da la espalda a sus ciudadanos —le contestó Kell—. Hemos venido a ayudaros a ganar esta guerra.

El rostro de Capra se ensombreció.

—Puede que hayáis llegado demasiado tarde. Mi gente está muy dispersa, son demasiado pocos y están muy cansados. —Lo dijo en voz baja, para que nadie más que ellos lo oyera—. Lo que mejor nos vendría es que nos ayudaran a encontrar un modo seguro de salir del planeta y que algunos de nosotros volviéramos como consejeros tácticos con la fuerza de reconquista.

Kell no apartó la mirada de los ojos del jefe guerrillero.

—Esto lo hemos logrado en un solo día. Imagínate lo que podríamos hacer entre todos en el futuro si unimos nuestras fuerzas.

Capra desvió la mirada hacia donde se encontraba el resto de la fuerza de ejecución, que esperaba en silencio.

—Beye tenía razón. Forman un grupo impresionante. Quizá… Quizá con todos vosotros a nuestro lado tengamos una posibilidad de ganar.

—Es más que una posibilidad —insistió Kell—. Es una certeza.

La expresión del rostro de Capra cambió por fin, y el cansancio y la duda se desvanecieron y se vieron sustituidos por una nueva fuerza, por una nueva expresión decidida. Ansiaba con tantas ganas que fueran su salvación, era tan palpable, que Kell casi lo podía tocar en el aire. Capra asintió.

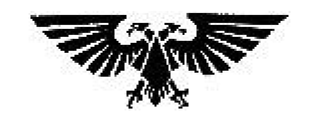
—El destino de Dagonet se encuentra en nuestras manos, amigo mío. No abandonaremos a nuestro planeta.

—No —le contestó Kell.

Capra se dio media vuelta y se alejó para llamar a sus guerrilleros. Los reunió y comenzó a arengarlos con una oratoria cargada de fervor.

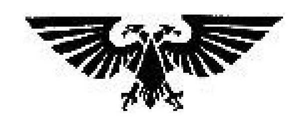
Sin embargo, los rebeldes no sabrían la verdad, no hasta que fuera demasiado tarde: el destino de Dagonet no era más que un medio para conseguir un fin.

Colocar al architraidor Horus en el punto de mira del rifle de Eristede Kell.



SEGUNDA PARTE

DESGASTE



ONCE

OCULTO

SACRIFICIO

JAULAS

Las cavernas se encontraban en las profundidades de los cañones de un paisaje rocoso y agreste que los nativos de Dagonet llamaban el Tajo. Desde la perspectiva de alguien que estuviera en el suelo era imposible discernir a qué se debía ese nombre, pero en las alturas, visto desde las lentes de uno de los drones aéreos que los rebeldes habían capturado, el significado era obvio. El Tajo era una quebrada de proporciones gigantescas abierta en un eje de este a oeste que cruzaba los páramos de roca que se extendían más allá de la capital. Su silueta se asemejaba a un tremendo hachazo que alguien hubiera propinado a la superficie del paisaje. Allí no había caminos, sino sendas silvestres y senderos de caza medio escondidos que serpenteaban hasta adentrarse en unos barrancos que ocultaban las bocas de un complejo de cuevas. En el pasado, miles de años atrás, aquello había sido el lugar donde se había emplazado la primera colonia de Dagonet, donde los recién llegados de Terra se habían cobijado en la penumbra mientras las tecnologías terraformadoras

convertían el medio ambiente hostil del planeta en algo más habitable para los seres humanos. Los rebeldes habían regresado a aquellas estancias de piedra, pues sabían con certeza que en aquellas profundidades no habría nada capaz de sacarlos, aparte de un bombardeo que convirtiera las colinas en polvo.

Jenniker Soalm caminó por los túneles sinuosos con el rostro tapado por la capucha. Pasó a través de cámaras excavadas en la roca con cortes de rayos láser. En la mayoría de las entradas de esas estancias colgaban cortinas de malla metálica, aunque algunos de esos accesos estaban cerrados con pesadas escotillas resistentes a explosiones. El interior de las cuevas se encontraba sumido en un eterno estado de penumbra, iluminado tan sólo por el brillo difuso de las cápsulas biolumínicas fijadas en intervalos regulares al techo de piedra. La gente de Capra, algunos de ellos guerrilleros, pero en su mayoría civiles, e incluso algunos niños, pasaron a su lado mientras caminaba.

Soalm captó atisbos de la vida diaria de la resistencia a través de las rendijas abiertas en las cortinas o de las escotillas entornadas. Vio a Beye y a unos cuantos más alrededor de una mesa de campaña cubierta de pilas de mapas; un poco más allá se encontró con un arsenal improvisado lleno de armas arrebatadas a las Fuerzas de Defensa Planetaria; luego vio a un cocinero flacucho que levantó la vista de su tarea: remover la sopa espesa que estaba calentando en un caldero de hierro enorme. También había un grupo de refugiados agrupados alrededor de un brasero, y cerca de ellos, un par de niños que jugaban, ignorantes al parecer de la situación tan lúgubre en la que vivían. Esto último no la sorprendió mucho, ya que los rebeldes no tenían muchas opciones a la hora de decidir dónde se podían esconder los suyos.

Poco después vio una estancia secundaria que había sido convertida en algo parecido a una enfermería, justo al lado de un taller donde unas figuras envueltas en sombras trabajaban en un artefacto artesanal del que salían conexiones y cables serpenteantes. Soalm captó un olor familiar al pasar por delante: el de los explosivos químicos.

Oyó que una escotilla se cerraba mientras se aproximaba, y se volvió para mirar de qué se trataba. Un momento antes de cerrarse, uno de los hombres de Capra la miró sin expresión alguna en los ojos desde el interior de la estancia. Por encima del hombro del individuo vio un soldado ensangrentado que estaba atado a una silla y llevaba puesto el uniforme de uno de los clanes de los nobles. Un instante después, toda la escena desapareció de su vista. Se detuvo al oír unos pasos apresurados a su espalda.

Soalm se dio la vuelta y vio que se trataba de un par de niños refugiados, que se le acercaron con los ojos abiertos de par en par por el atrevimiento y por el miedo. Ambos llevaban puestos unos uniformes costrosos que les estaban demasiado grandes. Le fue imposible decidir si eran niños o niñas.

—Eh —le dijo el más alto de los dos—. El Emperador te envió, ¿verdad?

La venenum asintió.

—Sí, en cierto modo.

Sus rostros mostraron expresiones de sobrecogimiento.

—¿De verdad que es igual que en las pictografías? ¿Un gigante?

Soalm les sonrio.

—Es más grande todavía.

El otro niño parecía a punto de decir algo cuando un adulto dobló la esquina y los miró con expresión ceñuda.

—Sabéis que no deberíais estar en esta zona. ¡Volved a vuestros estudios!

Los dos niños echaron a correr y desaparecieron por donde habían llegado. Soalm se volvió para mirar fijamente al individuo.

—¿Está buscando algo? —le preguntó él con recelo.

—Sólo estaba paseando —admitió la venenum—. Necesitaba un rato para… pensar.

El hombre señaló hacia la espalda de Soalm al mismo tiempo que se quedaba donde estaba, bloqueándole el paso.

—Lo mejor sería que volviera por allí.

El individuo habló con cierto tono de duda, como si no estuviera seguro de poseer la autoridad necesaria para decirle lo que debía hacer.

La fuerza de ejecución había encajado de un modo curioso en el grupo de guerrilleros rebeldes. Soalm y los demás se habían ganado algo parecido a una aceptación precavida, pero poco más que eso, a lo largo de las semanas posteriores a la liberación de los reclusos del campo de prisioneros de la ciudad. Obedeciendo las órdenes de Kell, cada uno de ellos había puesto sus habilidades especiales al servicio de la causa rebelde. Todos los días solicitaban la pericia técnica de Tariel, y Koyne mostró una aptitud natural en la enseñanza de sus tácticas de combate a unos hombres y mujeres que hasta pocos días antes no habían sido más que tenderos, granjeros y profesores. Mientras tanto, Iota y el Garantino desaparecían a veces durante días enteros, y los únicos indicios que tenían de sus actividades eran los informes que interceptaban en los sistemas de comunicaciones enemigos y en los que se hablaba de puestos de avanzada destruidos o de patrullas enteras destripadas por atacantes invisibles. Por lo que se refería a su hermano, se mantenía alejado de ella y se dedicaba a elaborar planes de batalla con Capra, Grohl y Beye.

Soalm también cumplía con su parte de las tareas, pero a medida que iban pasando los días, se sentía más y más preocupada. Era cierto que estaban ayudando a los rebeldes a conseguir muchas victorias, no sólo allí, sino a través de otras células de guerrilleros por todo el planeta, pero todo aquello estaba basado en una mentira. Si no hubiese sido por la llegada de los asesinos, la guerra en Dagonet ya se habría acabado. En vez de eso, estaban recrudeciéndola, estaban inyectando violencia nueva en un conflicto que ya tendría que haber terminado.

La venenum era muy precisa en sus misiones. Era de una exactitud quirúrgica y limpia. Las palabras «daño colateral» eran un término que ella se negaba a incluir en su vocabulario, pero allí estaban todos, y su presencia era más dañina para los habitantes del planeta que las propias armas de los nobles.

El hombre le señaló de nuevo un punto a su espalda.

—Por allí —le repitió.

Aquello la hizo salir de su ensoñación momentánea, y Soalm se dio cuenta de que el individuo intentaba esconder algo.

—No. Me parece que no —le replicó la venenum.

Antes de que el hombre pudiera reaccionar, ella lo echó a un lado y siguió avanzando hacia la esquina del pasillo, que era cada vez más estrecho e iba adquiriendo una pendiente suave. El hombre alargó el brazo para detenerla, y Soalm dejó caer en el dorso de su mano una gota de líquido procedente de uno de los dispensadores que llevaba en la muñeca. El efecto fue inmediato: el individuo se puso pálido y se desplomó cuando los músculos de las piernas se negaron a obedecerlo.

El pasillo daba a otra caverna ancha y de techo bajo. En mitad de aquel espacio escasamente iluminado había un conducto termal del que salía un brillo cálido y anaranjado. Circundándolo había varias filas de sillas y algunos cojines y alfombras recuperados de otros lugares. Allí se había congregado un grupo de personas alrededor de una anciana que tenía un libro abierto en las manos. Soalm tuvo la impresión de que había interrumpido una obra en mitad de la representación.

Cuando la anciana vio a la asesina, en su rostro apareció una expresión atemorizada. El grupo que atendía sus palabras era una mezcolanza de personas procedentes de todos los ámbitos del campamento rebelde. Dos de ellos, ambos guerrilleros, se pusieron en pie de un salto y se dirigieron hacia Soalm con una actitud amenazante.

La asesina alzó los brazos para defenderse, pero la anciana los detuvo a todos con un grito.

—¡No! ¡Quietos! ¡No habrá violencia en este lugar!

—Mi señora… —empezó a decir otro de los miembros del grupo, pero la anciana lo silenció con un simple gesto antes de ponerse en píe con un gesto de esfuerzo evidente.

Soalm captó el eco de una vida llena de gracia y de fuerza en el rostro de la anciana. Atravesó el círculo que formaba el grupo y se enfrentó a la asesina.

—Soy… Era lady Astrid Sinope, y no te tengo miedo.

Soalm inclinó la cabeza hacia un lado.

—Eso no es cierto.

La actitud aristocrática de Sinope se desvaneció.

—No… No, supongo que no. —Se recuperó un poco—. Desde que Beye nos dijo que estabais en Dagonet, supe que llegaría este momento. Sabía que uno de vosotros nos encontraría.

—¿Uno de nosotros?

—Los guerreros del Emperador —le explicó la aristócrata—. Capra nos dijo que erais instrumentos de su voluntad, así que, adelante, haz lo que debas.

—No entiendo de que… —empezó a decir Soalm, pero la noble siguió hablando y la interrumpió.

—Sólo te pido que muestres misericordia con mis amigos presentes —le dijo al mismo tiempo que sostenía en alto el pesado libro con las dos manos—. Fui yo quien trajo esto a Dagonet. Lo traje hasta ellos, hasta la resistencia, cuando huí de la traición cometida por mi antiguo clan noble. Si debe haber alguien que sufra por ello, entonces esa persona debo ser yo, y sólo yo. —Los ojos le brillaron cargados de lágrimas que no derramó—. Si tengo que suplicarte, lo haré. Por favor, no les hagas daño por mi culpa.

Nadie dijo una sola palabra mientras Soalm pasaba entre los dos guerrilleros y se acercaba hasta la anciana y tomaba el libro de sus manos temblorosas. Luego leyó en voz alta:

—«El Emperador protege».

—Sólo buscamos consuelo en su nombre —le dijo Sinope, que habló con la voz convertida en un susurro—. Sé que está prohibido hablar de Él en esos términos, de su obra divina, pero tan sólo lo hacemos entre nosotros. ¡No intentamos hacer proselitismo ni buscar nuevos conversos! —Sinope entrecruzó los dedos—. Somos muy pocos. Sólo aceptamos a aquellos que vienen por voluntad propia. ¡No le hacemos daño a nadie con nuestras creencias!

Soalm recorrio con la punta de los dedos las páginas de aquel texto denso y solemne.

—Son seguidores del *Lectio Divinitatus*. Creen que el Emperador es un dios viviente, el único dios.

Sinope hizo un gesto de asentimiento.

—Y moriré defendiendo esa creencia, si es que hace falta. Pero prométeme que seré la única en morir. ¡Por favor!

La venenum lo entendió por fin.

—No he venido para eliminarlos —le explicó Soalm—. Yo… ni siquiera sabía que estabais aquí.

Notó a su alrededor una extraña sensación, la de una serie de acontecimientos que se producían más allá de su control.

—Pero te enviaron desde Terra… —dijo uno de los guerrilleros.

—Sí, pero no por esto —le contestó la venenum al mismo tiempo que se daba la vuelta para mirar fijamente a lady Sinope. Alzó el brazo al mismo tiempo y se echó hacia abajo la manga—. Y la verdad es que hasta este mismo momento no sabía el motivo exacto. —Soalm le mostró una pequeña pulsera dorada que llevaba puesta en la muñeca. De la cadena colgaba un dije con la forma de un aquila imperial—. Pero ahora… Ahora creo que ya tengo una idea.

—Es una de los nuestros. Ella cree —musitó uno de los guerrilleros.

El rostro de Sinope se iluminó por la alegría.

—Oh, hija mía. Él te ha enviado. Es Él quien te ha enviado a nosotros.

Soalm le devolvió el libro y se limitó a asentir.

Kell levantó la vista cuando los miembros del grupo entraron en la cámara central como un torrente de energía y de júbilo. Pasaron serpenteando entre las pilas dispersas de suministros y de contenedores, y la gente se detuvo en sus tareas para sonreírles al ver que habían vuelto. Todavía llevaban consigo el olor a cordita, a humo de leña y a sudor. Recorrio el grupo con mirada experta y vio que habían vuelto todos, y que tan sólo habían sufrido algunas heridas leves. El jefe de la escuadra, un antiguo piloto llamado Jedda, se acercó hasta donde se encontraba Capra, al lado de una consola de comunicación, y le dio un fuerte abrazo de oso.

—¿Lo habéis conseguido? —le preguntó Capra.

—¡Vaya que si lo hemos conseguido! —le contestó Jedda entre risotadas. La emoción del combate todavía teñía su voz. Sus camaradas del grupo quisieron compartir aquel momento y también se echaron a reír—. ¡La información de Tariel era exacta al milímetro! Volamos las vigas de apoyo del puente y todo el tren de carga se desplomó al vacío. ¡Cientos de soldados de los clanes, una docena de aerodeslizadores pequeños y de camiones blindados del mismo tipo, todo convertido en chatarra en el fondo del río!

—Eso les va a doler —bufó uno de los otros—. ¡Los nobles pedirán cabezas esta noche!

Capra se volvió e hizo un gesto de asentimiento en dirección a Kell.

—Da las gracias a tu hombre. De hecho, da las gracias a todos los miembros del grupo. Hace un mes ni se me habría pasado por la cabeza que pudiera llegar a decir esto, pero la verdad es que creo que los tenemos a la defensiva. Los datos y la formación que nos habéis dado han permitido a la resistencia efectuar ataques coordinados por todo el planeta. Los nobles ya se están tambaleando.

—El error que cometieron fue dejarse llevar por la arrogancia —comentó Koyne mientras se acercaba para unirse al grupo. Todos los guerrilleros se apartaron para dejar pasar a la callidus. Los seguía intranquilizando el rostro blando y sin rasgos que mostraba en aquella cara absolutamente neutral—. Creían que ya habían ganado, y por eso bajaron la guardia. No se esperaban que contraatacarais de un modo simultáneo. Los habéis desestabilizado por completo.

—Nosotros os ayudaremos a mantener la presión —le dijo Kell al jefe de la resistencia—. Lo único que hemos hecho hasta ahora es enseñaros cómo encontrar los huecos en su armadura. Tenéis que seguir ensanchando esos huecos hasta que se parta.

Jedda asintió con vehemencia.

—Hoy no hemos perdido a ningún hombre. Si seguimos así, la gente que todavía no se ha decantado por ningún bando se unirá a nosotros. —Miró a Kell y le sonrio—. ¡A este paso, para cuando llegue esa flota ya no les quedará nada por hacer!

—Hay que mantener la esperanza —respondió Koyne, lo que le ganó una mirada de Kell.

—¡Capra! —Beye cruzó la cámara al trote—. ¡Grohl ha vuelto!

Kell vio al guerrillero de rostro ceñudo que la seguía de cerca mientras se quitaba la capucha y la capa. Llevaba una mochila desgastada al hombro.

—¿Vienes de la capital? —le preguntó Jedda—. ¡Esta noche hemos montado un ruido del demonio, Terrik! ¿Lo habéis oído allá en las torres?

El ánimo triunfal del antiguo piloto chocó contra el semblante pétreo de su camarada sin provocar efecto alguno.

—Sí, sí que lo hemos oído —le replicó Grohl. Dejó la mochila sobre una caja que se utilizaba como mesa improvisada y arrojó la capa a un lado en un gesto lleno de irritación—. El gobernador ha emitido un mensaje por todos los canales de comunicación. Dice que se trata de una declaración.

Todo el grupo quedó en silencio. Kell vio que la situación se hacía extensiva a todos los presentes en la cueva que se encontraban a la distancia suficiente como para oír aquello.

—Veamos de qué se trata —le dijo Capra.

Grohl abrio la mochila y sacó un cilindro de memoria, del tipo comercial que había en cualquier casa de renta media en cualquier planeta civilizado.

—Uno de nuestros contactos lo grabó de un canal público de comunicación. Se repite de forma periodica cada hora en punto. —Jedda se acercó para tomarlo, pero Grohl no lo quiso soltar—. Quizá deberías verlo en otro lugar más… privado.

Capra lo pensó durante unos momentos, pero luego hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Si está en los canales de comunicación, todos los demás lo saben. Nuestra gente también debería saberlo.

Jedda tomó el cilindro y lo insertó en un proyector hololítico. El aparato emitió un zumbido y proyectó la imagen fantasmal de un individuo vestido con un uniforme de gala muy recargado y una gorra de

plato llena de trencillas bordadas. Estaba de pie delante de un atril, y Kell se fijó en que la pieza de mobiliario tenía estampado un ojo abierto con la pupila vertical rasgada: el símbolo de los Hijos de Horus.

—El gobernador Nicran. Me pregunto dónde habrá grabado esto. Seguro que escondido en el sótano de su mansión —dijo Jedda con voz burlona.

—¡Cállate y escucha! —le ordenó Grohl.

Kell observó con atención la imagen mientras el gobernador desgranaba una serie de alabanzas vacías y de halagos despreciables hacia sus amos, los señores de los clanes. Estudió la expresión del político, y por un momento se imaginó ese rostro dentro del punto de mira de su rifle largo Exitus. Nicran tenía todo el aspecto de ser un individuo desesperado. El francotirador se concentró en la parte importante de la declaración.

—«Ciudadanos de Dagonet. Me he sentido profundamente preocupado al enterarme de la muerte de muchos de los valientes soldados de las Fuerzas de Defensa Planetaria en una serie de ataques crueles perpetrados por la resistencia. Esos mismos ataques se han cobrado la vida de muchos ciudadanos inocentes…».

—Y una mierda —bufó Jedda—. ¡Sólo han caído soldados de los clanes!

—«Felicito a nuestros soldados por su vigilancia y reconozco su valentía —continuó diciendo Nicran—. Sin embargo, debo prestar atención a sus comandantes cuando me dicen que el enemigo que albergamos en nuestro seno es un peligro claro y grave que todavía tenemos que vencer. Así pues, en vez de prolongar esta lucha terrible y perder inútilmente más vidas de Dagonet, he pedido que nos envíen ayuda».

—¿Qué querrá decir con eso? —murmuró uno de los guerrilleros de Jedda.

Kell se mantuvo imperturbable, a sabiendas de que Koyne lo estaba mirando fijamente.

El silencio se había apoderado de todos los presentes en la cueva, que estaban pendientes de las palabras de Nicran.

—«Hace varios siglos, cuando Dagonet se encontraba oprimida bajo el dominio de los corruptos reyes sacerdotes, nos enfrentamos a una crisis parecida. Y en aquel entonces, lo mismo que ahora, un guerrero acudió en nuestra ayuda. Un señor de la guerra que nos liberó del miedo y del terror».

El gobernador parpadeó y se pasó la lengua por los labios. Kell notó una curiosa sensación de impaciencia y de cosquilleo en el dedo índice, el que apretaba el gatillo.

—«Ciudadanos, hoy me ha llegado un mensaje de la flota de los Hijos de Horus. Vienen a Dagonet a liberarnos de nuevo, y el gran héroe Horus Lupercal vendrá a la cabeza de esa flota. No tengáis miedo. El castigo que los astartes infligirán a los rebeldes será rápido y terrible, pero tras ese castigo vendrá la liberación que tanto ansiamos, la liberación del verdadero ser, la liberación del dominio asfixiante impuesto por un Emperador lejano e indiferente. Ésa será nuestra liberación».

Grohl pulsó una tecla del proyector y la imagen se desvaneció.

—Ahí lo tenéis.

Dio la impresión de que algo había absorbido todo el aire de la cueva. La declaración de Nicran había dejado sumidos a los guerrilleros en un silencio estupefacto. Jedda fue el primero en hablar:

—Astartes… —susurró. Había desaparecido todo rastro de su euforia anterior—. ¿Cómo que van a venir? —Miró a Capra—. No… no podemos luchar contra marines espaciales. Los soldados de los clanes son una cosa, pero la élite del señor de la guerra…

—No se parecen a nada que hayamos visto en nuestra vida —añadió Grohl—. Son seres sobrehumanos alterados genéticamente. Son armas vivientes. Unos ángeles de la muerte. Un solo puñado de ellos es capaz de aplastar ejércitos enteros…

—¿Y qué es lo que deberíamos hacer entonces? —les espetó Beye, enfurecida—. ¿Nos rendimos ahora mismo? ¿Nos pegamos un tiro y así les ahorramos el trabajo?

—Nos matarán a todos —insistió Grohl—. La única esperanza que tenemos es disolver nuestras fuerzas y entremezclarnos con el resto de los

ciudadanos. O eso, o huir del planeta antes de que lleguen las naves de guerra de Horus. —Se volvió para mirar fijamente a Kell—. Porque nuestra salvación no llegará antes que llegue el señor de la guerra, ¿verdad?

—Capra, Grohl tiene razón —admitió Jedda con voz abatida—. Contra unos seres humanos normales tenemos alguna oportunidad de vencer, pero contra esos dioses de la guerra contra quienes no podremos hacer nada…

—No son dioses —le gruñó Kell, lo que acalló a Jedda—. No son invulnerables. Sangran como cualquiera de nosotros. Pueden morir. —Le devolvió la mirada a Grohl—. Incluso Horus puede morir.

Capra asintió lentamente.

—Kell tiene razón. Los astartes son un enemigo formidable, pero se los puede derrotar. —Miró al vindicare—. Dime que se los puede derrotar.

—Yo he matado a un marine espacial —le respondió Kell. En el rostro inacabado de Koyne se produjo un movimiento que se asemejaba a una expresión de sorpresa. Kell hizo caso omiso del gesto y siguió hablando—. Y sigo con vida.

—Capra… —empezó a decir Grohl, pero el jefe de la resistencia lo hizo callar con un gesto.

—Tengo que pensar con tranquilidad sobre todo esto —les dijo—. Beye, ven conmigo.

Capra se marchó con la mujer, y Kell lo observó mientras se alejaba. Grohl miró con furia al vindicare antes de marcharse también, acompañado de Jedda y de los demás guerrilleros.

Kell recogió el cilindro de memoria y lo sopesó en la mano.

—¿De verdad eliminaste a un astartes? —quiso saber Koyne.

—Ya conoces las reglas —le replicó Kell sin mirarla—. Los objetivos de un clado son asunto suyo.

La callidus soltó un bufido.

—En realidad, no importa. Aunque realmente lo hicieras, no es más que una verdad entre un montón de mentiras adornadas. Ese de ahí, Grohl, es el más listo de todos. Los Hijos de Horus los destruirán y de paso

convertirán este planeta en una enorme pira funeraria. Ya he visto cómo luchan los astartes.

Kell se dio la vuelta hacia la sombra y se le acercó.

—El señor de la guerra va a venir a este mundo. Eso es lo único que importa.

—Ah, claro, y para cuando Capra y los demás que han decidido confiar en ti se den cuenta de que eso es lo único que en realidad queremos, ya será demasiado tarde. —La otra asesina se inclinó hacia él—. Déjame preguntarte una cosa, Kell: ¿no sientes ninguna clase de remordimiento por lo que estamos haciendo? ¿No sientes ninguna clase de pena por esta gente?

El vindicare apartó la mirada.

—El Imperio apreciará su sacrificio en lo que vale.

Los aposentos que pertenecían al agente Hyssos a bordo de la *Iubar* eran predeciblemente mortecinos, tal y como Lanza había esperado que fueran. Tan sólo se veían algunos detalles de su personalidad aquí y allá: un armarito con unas cuantas botellas de amasec de buena calidad, una estantería con libros de plastipapel que trataban sobre una variedad de temas muy amplia y unos cuantos bosquejos de mediana calidad que al parecer había dibujado el propio Hyssos. Lanza torció la boca en un gesto de disgusto ante las pretensiones del muerto. Quizá se creía que era alguna clase de guerrero poeta, que de día se mantenía vigilante para proteger a la gente del clan Eurotas y de noche se dejaba llevar por su vena artística.

Sin embargo, la verdad no se acercaba ni por asomo a una idea tan digna. Lanza rebuscó entre el laberinto de recuerdos entremezclados que había robado del cerebro muerto de Hyssos y encontró un buen número de incidentes en los que el agente de seguridad se había visto obligado a utilizar sus habilidades como detective para suavizar situaciones en las que se había visto envuelto a veces el Consorcio con las fuerzas de la ley locales a lo largo del eje comercial taebiano. A veces, las tripulaciones y los oficiales de las naves de Eurotas cometían delitos en otros planetas, y

era Hyssos quien se veía obligado a encontrar nativos de esos planetas a los que echarles la culpa o a encontrar a las personas adecuadas a las que sobornar. Él se encargaba de limpiar los trapos sucios que el barón del Vacío y su familia dejaban atrás, y en cierto modo, Hyssos se odiaba por ello.

Lanza había formado unos cuantos ojos de más y los dejó vagabundear por la estancia en busca de aparatos de espionaje. Tras no encontrar nada, los reabsorbió y descansó, lo que permitió que su aspecto exterior se relajara. La materia carnosa que envolvía su cuerpo perdió algo de definición. A cualquiera que lo estuviera observando en ese momento le habría dado la impresión de que estaba mirando una imagen que se había desenfocado. Notó una suave llamada de la piel demoníaca. Quería sangre fresca, aunque lo cierto era que siempre quería sangre fresca. Lanza permitió que algunos restos de Hyssos que había guardado en el estómago secundario salieran para que aquella envoltura viva los absorbiera, tras lo cual, se acalló.

Se sentó en el escritorio que estaba situado frente a la alcoba. Sobre la superficie de la mesa había desplegadas media docena de placas de datos, y cada una de ellas mostraba niveles de información sobre la *Iubar*. Había planos de cubiertas, protocolos de seguridad, diagramas de conductos, rutinas de patrulla de los servidores, hasta una copia de los itinerarios diarios del barón. Los largos dedos de Lanza, semejantes a patas de araña, pasaron suavemente sobre los montones. Extrajo alguna placa durante unos momentos, para luego apilarla de nuevo antes de elegir otra. En su mente empezó a formarse una estrategia, y cuanto más pensó en ella, más se dio cuenta de que tendría que ponerla en práctica lo antes posible.

La nave insignia de la flota del comerciante independiente había salido del torbellino de la disformidad cerca de una estrella de neutrones de la Línea Cascada para ajustar el rumbo y dejar recuperarse los impulsores antes de partir de nuevo hacia el punto de encuentro en Punta de Flecha. No pasarían allí más de un día, y una vez se pusieran en marcha de nuevo y la *Iubar* regresara al immaterium, el flujo de energía de los generadores del campo Geller de la nave interferirían con los planes de Lanza, que

pretendía entrar en el santuario personal del barón Eurotas. El flujo de esos generadores tenía el desgraciado efecto secundario de entrar en conflicto con la piel demoníaca, lo que provocaba que algunas de sus características más útiles quedaran inservibles. Así pues, tendría que hacerlo pronto…

NO

Lanza se encogió por la impresión y todo su cuerpo retembló por una repentina oleada de dolor. El aullido resonante lo atravesó como si fuera un disparo láser.

NO NO NO NO NO NO

—¡Cállate! —chilló al mismo tiempo que se apartaba de un empujón del escritorio y sacudía con fuerza la cabeza—. ¡Cállate!

La voz de su interior quiso gritar de nuevo, pero él la apagó expulsando una gran bocanada de aire y llevando al límite su fuerza de voluntad. Lanza la sintió durante un momento en su interior, en lo más hondo de la negra profundidad de su espíritu. Era una luz titilante, una parte diminuta del alma de Yosef Sabrat, que estaba atrapada y furiosa.

El asesino se dejó caer al suelo de la estancia, inclinó la cabeza y cerró los ojos. Se adentró en sí mismo y dejó que sus pensamientos se hundieran en su interior. Fue una sensación semejante a sumergirse en un océano de aceite denso y oscuro, pero en vez de resistirse, Lanza permitió que lo llenara, y disfrutó de la sensación de ahogamiento.

Se metió de lleno en el vacío de su propia mente destrozada en busca de lo que le era ajeno, de lo que era humano, de los colores mentales de un hombre muerto. Era una tarea difícil. El débil eco de todas y cada una de las vidas que había destruido y después imitado seguía persistiendo en algún lugar de su interior. Sin embargo, todas ellas habían sido purgadas mediante los ritos adecuados, y lo que quedaba no era más que una impronta hueca semejante a las sombras chamuscadas que aparecían en las paredes tras el destello de una bola de fuego nuclear. Sin embargo, quedaba algo de Yosef Sabrat en su interior. Era algo tenaz que se negaba de forma obstinada a permitir que Lanza lo purgara, y que se aferraba furiosamente a la existencia.

Y allí estaba, ese brillo en la penumbra. El ánima de Lanza se arrojó contra el resplandor con los colmillos preparados para desgarrarlo en pedazos. El asesino lo encontró envuelto en un recuerdo, en un momento…, el de un dolor ardiente. Se echó a reír cuando se dio cuenta de que estaba experimentando el instante en el que había atravesado el corazón de Sabrat con una cuchilla de hueso, pero esta vez lo hacía desde el punto de vista de la víctima.

La agonía era cegadora… y le resultó familiar. Lanza titubeó. Sí, conocía muy bien ese dolor lacerante, esa sensación. La conocía a la perfección. El recuerdo de Sabrat era un eco de uno que él mismo había sufrido, un recuerdo del pasado del asesino.

Lanza se dio cuenta, ya demasiado tarde, de que el fragmento del alma de Sabrat se le había escapado camuflado con mucha astucia en la semejanza de recuerdos y, también demasiado tarde, de que eso lo había arrastrado hacia su propio pasado. Había regresado a la experiencia que lo había convertido en el monstruo que era.

De vuelta a la jaula. Al dolor y a la jaula…

Oyó voces en el exterior. Los guerreros con armadura se movían y hablaban. Eran ángeles de la guerra y señores de las armas. Eran almas negras. Eran bestias.

Voces.

—¿Es esto? —Era un comandante, un señor de guerreros. Era obvio por el tono de voz y el modo de comportarse. Lo obedecías. Sí.

—Así es, mi señor —le respondió el que estaba herido—. Se trata de un paria según los registros dejados por las Hermanas del Silencio, pero se trata de algo que jamás había visto en toda mi vida. Por lo que se ve, ellas tampoco sabían muy bien qué era. Lo más probable es que estuviera destinado a ser destruido.

El señor que iba a ser su amo se le acercó. Vio un rostro cargado de asombro y de odio.

—Capto el olor a brujo en esta cosa. ¿Cómo es que no murio con el resto de la tripulación y del cargamento?

—Las naves negras del Emperador son embarcaciones muy resistentes. Era inevitable que unos cuantos sobrevivieran a nuestro bombardeo.

Se produjo una pausa, durante la cual él respiró con jadeos cortos mientras intentaba oír lo que decían las voces.

—Cuéntame qué fue lo que hizo.

Le llegó el susurro de un suspiro, cansado y temeroso.

—Eso me atacó. Me arrancó un dedo. Con los dientes.

Una risa burlona.

—¿Y lo dejaste seguir con vida?

—Lo habría destruido de inmediato, mi señor, pero es que… Es que ha matado al codiciario. Al hermano Sadran.

La risa burlona se interrumpió de inmediato.

—¿Cómo? —preguntó la misma voz, pero teñida ahora por la cólera.

—Le arrancó una oreja a Sadran. Se la comió, se la tragó de un solo bocado. Esa criatura se quedó ahí, esperando a que la mataran, y Sadran… —Se nota que al guerrero herido le cuesta encontrar las palabras adecuadas para explicarlo—. Sadran descargó toda su furia contra la criatura, y esa ira se reflejó en ella.

—Se reflejó… —repitió la voz, que ahora parecía interesada.

—Por el fuego, mi señor. Sadran quedó consumido por sus propias llamas.

Las siluetas se movieron entre las sombras al otro lado de los barrotes de la jaula.

—Nunca me he encontrado con un paria que fuera capaz de hacer algo semejante… —El amo se le acercó y él pudo verlo con claridad por primera vez—. Eres una criatura muy especial, ¿verdad?

—Debe tratarse de un nacimiento tremendamente fortuito —comentó el guerrero herido—. O quizá es el producto de un fallo en los experimentos del Adeptus Astra Telepática.

Una sonrisa se ensanchó en la penumbra.

—También puede ser una oportunidad.

La criatura se acercó a los barrotes, lo que le permitió extender el límite de sus sentidos etéreos hacia el comandante.

—Deberíamos matarlo ahora mismo —dijo la voz del herido.

—Yo seré quien tome esa decisión.

La criatura tocó una mente, y por primera vez en toda su vida descubrio algo que era más maligno que él mismo. Era un alma estigia, negra rodeada de negrura, que había sido iniciada en unas dimensiones que estaban más allá de su entendimiento.

—Mi señor Erebus… —intentó discutir el guerrero herido, pero el amo lo silenció con una sola mirada.

—Hermano capitán, quiero que cumplas las siguientes órdenes —le dijo el de negro corazón—. Debes borrar todo rastro de que en algún momento estuvimos aquí, y quiero que te asegures de que esta nave desaparece en el vacío. Recogeré lo que vinimos a buscar… y me llevaré de paso a este amigo que hemos encontrado. —Aquel llamado Erebus sonrio de nuevo—. Creo que le encontraremos alguna utilidad.

Cuando el otro guerrero se marchó, el amo se inclinó hacia él.

—¿Tienes nombre? —le preguntó.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había hablado, y tardó unos instantes en formar la palabra, pero por fin lo consiguió.

—Lanza.

Erebus hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien. Te voy a enseñar tu primera lección: yo soy tu amo.

El guerrero se convirtió en un borrón. En su mano apareció un cuchillo, y ese cuchillo desapareció para reaparecer clavado en el pecho de Lanza, y el dolor era cegador, lacerante.

—Yo soy tu amo —dijo Erebus una vez más—. Y a partir de ahora sólo matarás a los que yo te diga.

Lanza retrocedió tambaleándose. Asintió para mostrar su lealtad. El dolor lo llenó, llenó la jaula.

El dolor y la jaula…

El momento se fragmentó como un cristal quebradizo y Lanza se irguió de un salto espasmódico. Las piernas se le tensaron y se extendieron al máximo, lo que hizo que se cayera de espaldas de la silla. Se puso en pie a trompicones y captó su imagen reflejada en un espejo. El aspecto que tenía Hyssos era pastoso, semejante al de la arcilla sin cocer. Torció el gesto en una mueca de esfuerzo e intentó concentrarse, pero el reencuentro con aquel fragmento de memoria y el fogonazo de su pasado se le habían clavado en lo más profundo de su ser. Descubrio que estaba jadeando, y que la piel demoníaca de sus manos comenzaba a burbujear y a tomar un color carmesí.

—¿Agente? —Alguien llamó a la puerta de su camarote—. He oído un grito. ¿Se encuentra bien?

—¡Estoy bien! —respondió—. Es que… me caí de la cama. No pasa nada.

—¿Está seguro? —insistió la voz, a la que reconoció como la de uno de los oficiales de guardia de esa cubierta.

—¡Lárgate ya! —le chilló.

—Sí, señor —le contestó el oficial tras unos momentos, y a continuación oyó el sonido de unos pasos que se alejaban.

Lanza se acercó al espejo y miró fijamente al rostro de Hyssos mientras la cara del agente se recomponía.

—No puedes detenerme —le dijo al reflejo—. Ninguno de vosotros puede hacerlo. Ninguno de vosotros.

Los rebeldes, en un gesto de agradecimiento por su ayuda, les habían asignado a todos y cada uno de los miembros de la fuerza de ejecución una de las pequeñas cámaras que se abrían a lo largo del corredor principal. Cada estancia era un poco mayor que una celda de detención, pero estaban secas y permitían algo de privacidad, lo que era más de lo que podían ofrecer la mayoría de las zonas comunales de descanso.

Soalm no llamó a la puerta y esperó fuera a que le dieran permiso para entrar en el compartimento de su hermano. En vez de eso, abrio de un empujón la puerta de metal oxidado y entró en tromba en la estancia.

Kell levantó la mirada de la mesa improvisada que tenía ante él, donde se encontraban los componentes desmontados de su rifle largo, colocados de un modo semejante a un diagrama técnico desplegado. Vio los proyectiles dispuestos en filas como si fueran soldados diminutos en un desfile militar. El francotirador dejó a medias el movimiento de desenfundar la pistola Exitus y volvió a la tarea de limpiar el rifle.

—¿Dónde están tus modales, Jenniker? —le preguntó.

La venenum cerró la puerta y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Vamos a hacerlo entonces, ¿no? ¿De verdad vamos a sacrificar a toda esta gente tan sólo para cumplir la misión? —le espetó Soalm.

—¿Cuándo lo sospechaste por primera vez? —le replicó él—. ¿Fue cuando os conté a bordo de la *Ultio* que ése era el plan? ¿O fue antes incluso, cuando Valdor nos dejó bien claro quién era nuestro objetivo?

—Estás manipulando a Capra y utilizando a toda su gente —insistió ella.

—Eso es lo que siempre hacemos —le contestó su hermano—. No finjas ahora que nunca has hecho lo mismo con tal de acercarte a tu objetivo. ¿Nunca has mentido o has engañado?

—Jamás he puesto en peligro la vida de ningún inocente. La misión principal del Oficio Asesinorum es actuar de un modo invisible, sin dejar más rastro que el cadáver de nuestro objetivo… ¡pero lo que tú estás haciendo es abrirte un camino a base del derramamiento de sangre, y quieres que nosotros te sigamos!

—Querida hermana, esto ya no es la Gran Cruzada. —Kell dejó sobre la mesa los útiles de limpieza y la observó con detenimiento—. ¿De verdad eres tan ingenua que no eres capaz de verlo por ti misma? Ya no estamos eliminando a unos cuantos petimetres degenerados y disolutos de las filas de la nobleza de algún mundo colmena, o exterminando a un comandante alienígena problemático. Ahora mismo nos encontramos en la

línea del frente de una guerra civil, y las reglas de enfrentamiento son muy distintas en una situación semejante.

Soalm se quedó callada unos instantes. Habían pasado muchos años desde la última vez que había visto a Eristede, y la entristecía mucho comprobar lo mucho que había cambiado. Tras aquellos ojos oscuros ya sólo distinguía lo peor de su hermano.

—Con tus actos no sólo amenazas la vida de los guerrilleros. Lo que vamos a lograr al mantener activo este conflicto es condenar las vidas de incontables personas inocentes. Quizá incluso estamos amenazando el futuro de todo este planeta, o hasta del sector.

—¿Lo que me estás preguntando es si merece la pena pagar ese precio por la muerte de Horus Lupercal? Esa pregunta se la tendrías que hacer a Valdor, o al gran maestro de los asesinos. Yo me limito a seguir las órdenes que me dieron. Cumplir nuestro deber es lo único que importa.

Soalm notó una oleada de emoción que le embargó todo el pecho, pero la reprimió antes de que tuviera tiempo de transformarse en un bufido o en un sollozo.

—¿Cómo puedes ser tan insensible, Eristede? Se supone que debemos proteger a las gentes del Imperio, ¡no utilizarlas u ofrecerlas como carne de cañón! —Soalm hizo un gesto negativo con la cabeza—. Ya no sé quién eres…

Su hermano se puso en pie como si lo hubiese impulsado un resorte, con la cara contraída por la rabia.

—¿Qué ya no sabes quién soy? ¡No soy yo quien renunció a su nombre! ¡No fui yo quien le dio la espalda a la posibilidad de hacer justicia!

—¿Eso es lo que te dices a ti mismo para justificarte? —Jenniker apartó la mirada—. Los dos tuvimos la misma elección hace muchos años, Eristede: la huida o la venganza. Pero tú escogiste la venganza, y fuiste tú quien nos condenó a una vida en la que no somos más que asesinos.

El recuerdo la asaltó de un modo brusco y aturdidor. En aquella época, eran poco más que dos niños, los herederos de la familia. Eran los últimos descendientes de la dinastía Kell, que habían visto sus dominios destruidos

y a sus padres asesinados durante una de las múltiples luchas intestinas que libraban los aristócratas del ducado de Thaxted. Huérfanos y sin otra familia, los habían internado en las clases de la schola imperial, donde los agentes del Oficio Asesinorum eligieron a ambos en secreto.

Tanto el hermano como la hermana mostraban un gran potencial. Eristede era un tirador excelente para ser alguien tan joven, y era evidente el genio de Jenniker en sus estudios de botánica y de química. Supieron que los clados no tardarían en tomar una decisión al respecto, lo que supondría que, de un modo u otro, quedarían separados y quizá jamás volverían a verse. Planearon su huida juntos en las estancias de la schola, y de ese modo escapar de la senda del asesino y encontrar una nueva vida.

Sin embargo, antes de que tuvieran tiempo de hacerlo, el clado Vindicare le ofreció a Eristede Kell algo que el joven quería más que su propia libertad: la oportunidad de vengar a sus padres. Lo único que pedían a cambio era su lealtad, y él, consumido por el odio, aceptó gustoso el trato. Jenniker se quedó atrás, sola, sin ninguna otra opción que entregarse a los brazos abiertos del Clado Venenum.

Varios meses más tarde se enteró de que habían muerto varios inocentes en el ataque que le costó la vida al hombre que había asesinado a sus padres, y fue ese mismo día cuando se juró a sí misma que jamás volvería a ser conocida por el apellido Kell.

—Había mantenido la esperanza de que hubieras cambiado desde la última vez que nos vimos, y lo has hecho, pero para peor —le dijo a Eristede.

Su hermano parecía estar al borde de un ataque de ira, pero logró tranquilizarse a tiempo y apartó la mirada.

—Tienes razón. No me conoces. Y ahora, sal de aquí —le ordenó.

—Como quieras —le replicó Soalm con sequedad.



DOCE
UNA SOLA GOTA
MENSAJERO
FRONDA DE ESPEJOS

Los soldados que vigilaban la cámara que albergaba el tesoro del barón Eurotas habían bajado la guardia. Lanza los oyó conversar mientras permanecía de pie en las sombras que quedaban fuera de la línea de visión de los dos centinelas, unos cuantos metros más allá del pasillo abovedado. La noticia se había filtrado bajando por la jerarquía de la tripulación de la *Iubar* mediante fragmentos de los informes llegados desde el comunicatorio en los que se advertía de la presencia de una flota de los Adeptus Astartes que avanzaba hacia el sector. Nadie sabía bien si eran guerreros todavía leales al Emperador o si se trataba de traidores que seguían el estandarte del señor de la guerra. Algunos se atrevían incluso a sugerir que todas y cada una de las poderosas legiones de los Adeptus Astartes se habían rebelado contra su creador y que se habían embarcado en una yihad para apoderarse de todo aquello que habían ganado en nombre de Terra durante la Gran Cruzada.

Lanza tan sólo comprendía algunos pequeños detalles de la guerra que se estaba librando a lo largo y ancho de la galaxia, y la verdad era que le importaba muy poco ese asunto. El estrecho punto de vista que tenía sobre ese conflicto interestelar le resultaba más que suficiente. No le interesaban en absoluto los bandos o las doctrinas. Lo único que necesitaba Lanza era matar. Le bastaba con que su amo y señor Erebus le hubiera ofrecido la posibilidad de asesinar una y otra vez, e incluso de llegar a cometer el mayor asesinato de toda la historia de la humanidad.

Sin embargo, antes de que eso sucediera, todavía tenía que dar unos cuantos pasos. Todavía tenía que realizar una serie de preparativos.

Lanza permitió que la piel demoníaca recuperara una pequeña parte del control de su cuerpo, y la superficie de su carne sustituta se estremeció. Se quitó el mono de trabajo propio de una nave espacial que llevaba puesto y se adentró más todavía en las profundas sombras. Unos tentáculos finos como cabellos surgieron de su epidermis y captaron muestras del aire y de la tonalidad de la luz que lo rodeaba. Pocos segundos después, la superficie del cuerpo de Lanza quedó humedecida por una capa de pegajosos fluidos procesadores que cambiaron de color hasta quedar negros como la noche. El rostro le quedó cubierto por una máscara de costras, luego saltó hacia arriba sin hacer sonido alguno y se pegó al alto techo. Un aceite viscoso que secretó le permitió adherirse a su superficie, y avanzó serpenteando lentamente por su senda invertida. Pasó por encima de los preocupados guardias mientras éstos discutían llenos de inquietud pero en voz baja sobre unas amenazas que eran incapaces de comprender.

En la entrada de la cámara había una compuerta inteligente que tenía acoplados una gran variedad de aparatos sensores y sistemas mecánicos de razonamiento que habían sido diseñados para que se abriera sólo en presencia de Merriksun Eurotas o de un miembro de su familia más inmediata. Aquello no representó un verdadero obstáculo para Lanza. Le propinó un leve golpe a la piel demoníaca cuando ésta gimió en el interior de su mente y reclamó al asesino para colmar sus ansias de sangre. Una vez sometida de nuevo, la piel le obedeció y creó una nueva boca de labios gruesos en la palma de la mano. Lanza sostuvo la boca delante de sensor

biométrico de aliento al mismo tiempo que enviaba unos tentáculos finos como cabellos para que se infiltraran a través de los diminutos huecos del borde de la compuerta. Los tentáculos serpentearon hasta llegar a los cerrojos y los fueron abriendo uno por uno.

Le había resultado muy fácil conseguir una muestra del aliento del barón del Vacío. Lanza se había limitado a quedarse a su lado y dejar que la piel demoníaca que lo cubría absorbiera del aire las partículas de materia microscópica y las trazas de ADN procedentes de su respiración para luego almacenarlas en una vejiga. Llegado ese momento, la boca secundaria se abrio y exhaló el contenido de la vejiga sobre el sensor.

Se oyó el susurro de unos engranajes perfectamente lubricados y la compuerta se abrio. Lanza se apresuró a deslizarse al interior.

El sol de Dagonet ya estaba bajando sobre los picos de la cresta rocosa y no tardaría en anochecer del todo. Jenniker Soalm se encontraba en la ancha terraza rocosa que utilizaban como puesto de vigilancia, y miraba las rocas de color ocre sin verlas realmente. Sabía que ya se había iniciado la cuenta atrás para que comenzara de verdad la misión y, como mucho, faltaban unas pocas horas para que la fuerza de ejecución entrara en la fase final de la operación.

Se dio cuenta de que los demás también lo sentían. El Garantino había vuelto por fin de fuera la que fuese la misión letal que había sembrado la muerte entre las fuerzas de los clanes, y mantenía una actitud amenazante contra cualquiera que se le acercara demasiado. Tariel, Koyne y la paria culexus se estaban preparando, y su hermano…

Soalm sabía exactamente lo que su hermano estaba haciendo en esos instantes.

—¿Hola? —La voz hizo que se volviera sobresaltada. Lady Sinope salió con pasos lentos y cuidadosos de la boca de la cueva que había a su espalda y se le acercó—. Me dijeron que esta noche estarías aquí.

—Mi señora —la saludó Soalm con una leve reverencia.

Sinope le sonrio.

—Hija mía, no hace falta que hagas eso. Ahora soy noble sólo de nombre. Los demás me permiten conservar el título como muestra de respeto, pero lo cierto es que los clanes de este planeta nos han arrebatado cualquier honor que hubiéramos.

—Seguro que hay más que también han rechazado unirse a la causa de Horus.

La anciana asintió.

—Oh, sí, sí que ha habido unos pocos, pero me parecen que están todos muertos. O eso, o se han visto obligados por el terror a jurarle lealtad. —Dejó escapar un suspiro—. Quizá el Emperador los perdonará.

Soalm apartó la mirada.

—No creo que el Emperador sea de los que muestran misericordia. Después de todo, Él mismo se niega a aceptar que se lo adore como a una divinidad.

Sinope hizo otro gesto de asentimiento.

—Así es, pero lo cierto es que tan sólo los que son realmente una divinidad pueden hacer algo semejante y ser sinceros al decirlo. Aquellos que se creen dioses siempre son unos dementes o unos estúpidos. Para elevarse a semejante altura, uno debe llegar hasta allí a hombros de la fe. Uno debe guiar y, sin embargo, a la vez, ser guiado.

—A mí misma me gustaría alguien que me guiara —admitió la asesina—. No sé hacia dónde debo dirigirme.

—¿No? —La noble encontró una piedra de superficie plana y pulida por el viento y se sentó en ella—. Si no te parece una pregunta muy impertinente, ¿puedes decirme cómo encontraste el camino para llegar hasta la luz del Lectio Divinitatus?

Soalm suspiró.

—Después de que nuestros… de que mis padres murieran asesinados en un conflicto que se libró entre familias rivales, me encontré sola y aislada bajo la tutela del Imperio. No tenía a nadie que me protegiera.

—Salvo al Dios Emperador.

La venenum asintió.

—De eso fue de lo que llegué a darme cuenta. Él había sido la única constante en toda mi vida. El único que jamás me juzgó… O que me dejó. Ya había oído cosas sobre el Culto Imperial… y no tardé en encontrar gente que pensaba lo mismo que yo.

Sinope asintió varias veces con la cabeza con gesto ausente.

—Sí, así es como suele pasar. Los semejantes se atraen entre sí, y lo hacen por toda la galaxia. Aquí en Dagonet hay personas que no creen como nosotras, Capra y la mayoría de su gente, por ejemplo, pero a pesar de ello todos compartimos los mismos objetivos. Y lo cierto es que, al final, querida mía, sigue habiendo muchos, muchos de nosotros. Bajo nombres diferentes, bajo modos de vida distintos, allá donde encuentres seres humanos. Al igual que nos condujo a la grandeza y disipó la niebla de todos los dioses falsos y de la religiosidad equivocada, el Dios Emperador ha forjado el camino que lleva a la Verdad, a Su Verdad.

—Pero a pesar de todo, debemos seguir ocultando esa verdad.

La anciana volvió a suspirar.

—Así es, de momento. La fe puede ser muy poderosa a veces, y al mismo tiempo muy débil. Se trata de una flor delicada a la que se debe alimentar y proteger a la espera de que llegue el día apropiado, el día en que realmente podrá florecer. —Puso una mano sobre el brazo de Jenniker—. Y ese día ya está cercano.

—Pero no lo bastante cercano.

Sinope apartó la mano y se quedó callada unos instantes.

—¿Qué es lo que querías decirme, querida?

Soalm se volvió para mirarla, y entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Esto es algo que llevo haciendo desde antes que tú nacieras —le contestó la anciana—. Créeme, sé muy bien cuando alguien oculta algo. A ti hay algo que te da miedo, y no es la revolución en la que estamos embarcados.

—Es verdad —sus palabras salieron por propia voluntad—. Tengo miedo. Tengo miedo de que por el simple hecho de haber venido a este

planeta, destruyamos todo este mundo —dijo, señalando con un gesto a su alrededor.

Sinope sonrio durante un breve momento.

—No, querida. ¿Es que no te das cuenta? Has traído la esperanza a Dagonet. Eso es algo muy, muy valioso. Incluso es más frágil que la fe.

—No, yo no he hecho nada. Yo sólo soy… una mensajera.

Soalm quiso decirle la verdad en ese mismo instante. Quiso explicarle todos los planes de la fuerza de ejecución, revelarle el verdadero motivo por el que habían ayudado a los guerrilleros de Capra. Quiso gritarle cuál era su mayor temor, su miedo más profundo: que al aceptar su connivencia con aquellos planes, no era mejor que su amargado e insensible hermano.

Pero esas palabras no llegaron a salir. Lo único que llegó a oír en su mente fueron las palabras desafiantes de Eristede, el frío cálculo que le había mostrado para que ella decidiera: ¿valían las vidas de todas aquellas personas más que la muerte del señor de la guerra, la personificación de la mayor amenaza que había sufrido el Imperio de la Humanidad hasta ese momento?

Sinope se le acercó y la miró fijamente. La expresión de la anciana se tornó más sombría.

—Déjame que te diga a qué le tengo yo miedo —empezó a decirle—. De ese modo entenderás por qué es tan importante esta lucha. Hay muchas fuerzas siniestras y sueltas por el universo, hija mía.

—El señor de la guerra…

—Horus Lupercal no es más que un agente de esa anarquía incontrolada, querida. En cada uno de los planetas que caen bajo la sombra de la ambición del señor de la guerra se producen manifestaciones de seres que cobran existencia. Ahí fuera, en la negrura que se extiende entre las estrellas, un odio frío no para de aumentar.

Soalm descubrio que la voz serena pero intensa de la anciana era absorbente, y la escuchó en silencio, cautivada por sus palabras. Sinope siguió hablando.

—Tú y yo, la propia humanidad, incluso el Dios Emperador… A todos nos están poniendo a prueba una serie de poderes siniestros. Si nuestro

señor es realmente una deidad, entonces es evidente que tendrá su opuesto, algo que se encuentra más allá de nuestra capacidad para comprender el mal… Lo que me aterra es pensar en lo que podría llegar a ocurrir si dejamos que ese odio venza a nuestro glorioso Imperio. Habrá desorden y destrucción. Fuego y…

—Caos —terminó Jenniker por ella.

Si hubiera tenido elección, el asesino habría preferido esperar hasta que la *Iubar* y las naves que la acompañaban llegaran hasta el Sistema Solar antes de intentar aquella infiltración, pero las oportunidades de Lanza eran muy limitadas, y disminuían con cada hora que pasaba. Aquello no era más que la opción más expeditiva de aprovechar ese momento. Una vez se encontraran más allá de los límites exteriores del Segmentum Solar, la seguridad relacionada con la flotilla del barón Eurotas se multiplicaría por diez, y el agente Hyssos tendría muchos asuntos en los que ocupar su tiempo y su atención.

También debía tener en cuenta otra posibilidad: la de que su objetivo, una vez conseguido, fuese lo suficientemente poderoso como para que la habilidad de la Lanza se volviera contra él desde una distancia interplanetaria. Esperaba que no fuera así. Lanza disfrutaba enormemente del momento en el que miraba a su presa a los ojos y captaba la mirada de comprensión que llegaba en el instante final. Que se le negara aquel momento culminante… sería simplemente algo injusto.

El asesino siguió las filas de baldosas que brillaban con luz verde fosforescente que veía a través de las lentes gelatinosas que la piel demoníaca había hecho crecer sobre sus ojos. La visión humana normal no habría notado ninguna diferencia entre las distintas baldosas del suelo de aquella cámara, por lo que un intruso desafortunado habría acabado en una de las zonas de antigravedad incorporadas a la estancia, donde quedaría atrapado flotando en el aire y esperando a que los guardias armados entraran con el dedo en el gatillo y más que dispuestos a disparar.

Hizo caso omiso de todas las obras de arte y los objetos de valor incalculable que estaban colocados a lo largo de aquella galería. Cada uno de ellos disponía de su propia hornacina en la pared. Los restos de todos los barones del clan Eurotas, desde el primero hasta el antecesor de Merriksun Eurotas, reposaban en aquel lugar. Las cenizas de cada uno de ellos se encontraban en el interior de su urna correspondiente, todas del tamaño de un niño. Aquellos artefactos estaban fabricados con diamante hilado y con tantalio y decorados con conchas de quintalio de Xexet y otros materiales, cada uno de ellos más escaso y valioso que el anterior. Todas las superficies de las paredes estaban repletas de retratos de los señores y señoras de la historia del clan. Todos ellos miraban a Lanza sin ver mientras éste seguía adentrándose en la cámara esquivando las esferas de percepción provistas de rayos sensores y los detectores de anomalías magnéticas. Las frondas que habían brotado de la piel demoníaca ondulaban con suavidad con cada movimiento que hacía para captar de forma continuada el aire y la temperatura de aquella atmósfera interior, y de ese modo ser capaz de mantener el exterior del intruso en esas mismas condiciones. Los monitores termales que cubrían cada centímetro cuadrado de las paredes de la estancia buscaban el calor desprendido por el cuerpo humano, pero no detectaron nada. Todas aquellas máquinas inteligentes y concienzudas siguieron convencidas de que la estancia estaba vacía.

La licencia de comercio se encontraba en el otro extremo de la galería, dentro de una caja de cristal con un campo de estasis incorporado, y todo el conjunto reposaba sobre un pedestal de platino y de mármol blanco tallado.

Lanza avanzó con mayor lentitud a medida que se fue acercando, y se lamió los labios por detrás de la cobertura que formaba la máscara de costra y pústulas. El movimiento hizo que la piel olivácea se le retrajera sobre las mejillas, lo que dejó al descubierto los dientes en un gesto que pretendía ser una sonrisa.

El libro estaba confeccionado con papel de verdad, obtenido de unos de los últimos bosques naturales de Venus. La tinta se había refinado a partir

de los fluidos sacados de las bolsas de camuflaje de las rayas aéreas de Júpiter. Los artesanos procedentes de Mérica habían impreso y cosido las páginas del libro y lo habían encuadernado con cuero de grox de la mejor calidad. En la tapa habían incrustado hileras de gemas preciosas procedentes de todos los mundos colonizados del Sistema Solar que centelleaban bajo la luz de las electrovelas de la galería. Aquel libro era la manifestación física del derecho del clan Eurotas a viajar por las estrellas. No eran sus flotas de naves, ni sus ejércitos de empleados y de tripulantes, ni el poder fiscal que poseían sobre incontables mundos y firmas industriales a todo lo largo y ancho de las Estrellas Taebianas; más que cualquiera de esas cosas, era la licencia de comercio lo que le otorgaba a Merriksun Eurotas y a su familia el permiso del Emperador para comerciar, explorar y expandir la influencia del Imperio mediante el poder económico.

El asesino casi se echó a reír al pensar en aquello. Como si cualquier mortal pudiera fraccionar secciones del universo para entregárselas a sus seguidores como si fueran parcelas de terreno o porciones de comida. Qué engreimiento. Qué arrogancia tan monumental suponer que tenían derecho a hacer aquello. Ese poder no se podía conceder, tan sólo se podía tomar a la fuerza, mediante el derramamiento de sangre, el dolor y la aplicación inmisericorde de la propia voluntad.

La cubierta de cristal llevaba incorporado un complejo mecanismo de soportes gravitatorios y suspensores en su interior, y bastaba deslizar una mano sobre el sensor rubí de la montura para que las páginas del libro se fueran pasando sin necesidad de tocarlo. Lanza pasó una de sus zarpas sobre el sensor y la licencia se abrio con un crujido, y una hoja tras otra llenas de una apretada caligrafía se movieron con rapidez.

Se detuvo con un aleteo en una página iluminada con numerosos motivos ornamentales pintados con tinta dorada y púrpura y rematados con hojas de plata. Las palabras en gótico alto rodeaban una imagen laboriosamente detallada que era una repetición de la que aparecía en el friso de jade de la sala de audiencias: el Emperador le concedía la licencia al primer Eurotas. Sin embargo, la mirada ansiosa de Lanza hizo caso

omiso de la obra de arte y en vez de eso se fijó en una mancha húmeda de color carmesí oscuro que se encontraba en la última página de la licencia, que tenía el resto completamente en blanco.

Una única gota de sangre.

Colocó una mano sobre el borde de la cubierta y dejó que la piel demoníaca que le rodeaba la punta de los dedos se licuara para infiltrarse en la soldadura que mantenía unida toda la cubierta. El cristal blindado de alta resistencia crujió y se rajó a lo largo de la juntura. La carne maleable siguió empujando y por fin lo desencajó. De inmediato, uno de los paneles cedió por completo con un chasquido que el asesino ahogó con las palmas aceitosas de las manos. El cristal se desprendió de su marco y cayó sobre su mano. Introdujo la otra mano, de dedos temblorosos, con gesto ansioso.

Lanza pensaba arrancar la página del libro y sacarla de aquel campo de estasis que la había mantenido inalterada durante cientos de años. Quería llevarse el papel a los labios y consumir con delicadeza la sangre, tomarla como si fuera el beso de un amante. Lo que haría sería…

La mano llegó hasta las páginas de la licencia de comercio y pasó limpiamente a través de ellas, como si el libro estuviera hecho de humo. El tomo que se encontraba en el interior de la urna de cristal pareció titilar y volverse difuso, y durante un momento cegador no fue más que una imagen fantasmal perfecta proyectada desde un grupo de emisores hololíticos que se encontraban escondidos en la propia estructura de la cubierta.

Aquella urna no protegía nada, estaba vacía, y lo mismo sintió Lanza en su interior. Le dio la impresión de que se le abría un tremendo hueco en el pecho al darse cuenta de repente y en un momento terrible de que su botín no estaba allí.

Un instante después se sintió lleno de nuevo, pero de una rabia asesina, y tuvo que utilizar hasta la más mínima fracción de su capacidad de autocontrol para impedir que el asesino aullara toda la furia que lo embargaba y destruyera absolutamente todo lo que lo rodeaba.

Soalm se quedó de nuevo a solas después de que lady Sinope se marchara. Permaneció un rato más sobre el risco y esperó a que la oscuridad la envolviera por completo. El cielo nocturno, que en tantas ocasiones había sido un paisaje que le había proporcionado un momento de paz mientras lo contemplaba, parecía en ese momento ocultar todas las amenazas de las que le había hablado la anciana. Se estremeció involuntariamente y notó una presión fría y familiar en el límite de sus sentidos.

—Iota. —Se dio la vuelta y descubrio que la culexus estaba de pie cerca de la entrada de la cueva y que la estaba mirando. Los ojos de la chica de piel oscura centellearon—. ¿Me estabas observando?

—Sí —le respondió Iota—. No deberías quedarte mucho más aquí fuera. Hay naves en órbita y sistemas de satélites bajo el control de los clanes. Dentro de nada explorarán esta zona con sus detectores de largo alcance.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí espiándome?

—«No creo que el Emperador sea de los que muestran misericordia» —repitió la culexus mientras se pasaba un dedo por el collar anulador que llevaba al cuello.

Soalm frunció el entrecejo.

—¡No tienes derecho a entrometerte en una conversación ajena!

Si con eso pretendía hacer sentir culpable a Iota, la culexus no dio muestras de nada parecido. Daba la impresión de que la paria era incapaz de comprender las sutilezas de nociones como la privacidad, el tacto u otras habilidades sociales.

—¿Qué quería decir Sinope cuando habló de que hay muchas fuerzas siniestras sueltas por el universo? —Iota negó con la cabeza—. No me dio la impresión de que estuviera hablando de unas amenazas de tipo militar.

—Es algo complicado. Para serte sincera, ni yo misma estoy segura de a qué se refería —admitió Soalm.

—Pero tú valoras mucho sus palabras, y las palabras que hay en el libro.

Soalm sintió que se le helaba la sangre.

—¿De qué libro hablas?

—Del que se encuentra en una de las cámaras de los niveles inferiores. Donde los demás se reúnen con Sinope para hablar del Emperador como si fuera un dios. Tú ya has estado allí.

—¿Es que me has seguido? —le preguntó Soalm al mismo tiempo que daba un paso amenazante hacia la culexus.

—Sí. Más tarde regresé, cuando ya no había nadie allí. Leí una parte del libro. —Iota apartó la mirada sin dejar de juguetear con el collar—. Me pareció confuso.

Soalm la estudió con detenimiento mientras pensaba a toda velocidad. Si Iota revelaba la existencia de la capilla oculta en el interior de la base rebelde, no tenía forma alguna de estar segura de lo que podría llegar a ocurrir. Muchos de los guerrilleros del movimiento de resistencia de Capra eran seguidores del edicto imperial fervientemente ateo que declaraba ilegal cualquier tipo de religión. No quiso ni imaginarse lo que Eristede haría si se enteraba de que estaba involucrada en algo como el *Lectio Divinitatus*.

—A Kell no le gustará nada —dijo la culexus, como si fuera capaz de leerle el pensamiento.

—No dirás nada al respecto —insistió Soalm—. ¡No le contarás nada de nada!

Iota inclinó la cabeza hacia un lado.

—Es pariente de sangre tuyo. El animus speculum leyó el color de vuestras auras. Vislumbré el parecido que existía entre ambos la primera vez que os vi a través de los visores de mi casco. Y eso también lo has mantenido en secreto.

Soalm intentó evitar que en su rostro apareciera un gesto de asombro, pero no lo logró.

—¿Y qué otros secretos conoces, paria?

Iota le devolvió la mirada con expresión tranquila.

—Sé que te estás planteando que deberías asegurarte de mi silencio matándome. Si lo intentas, existe una posibilidad de que lo logres, pero te

sientes moralmente preocupada simplemente por pensar en hacer algo así. Es algo que tu… hermano… no dudaría en hacer si estuviera en tu lugar.

—Yo no soy Eristede —replicó Soalm.

—No, no lo eres. —La expresión del rostro de Iota se suavizó—. ¿Cómo es?

—¿Cómo es qué?

—Eso de tener parientes. Hermanos. No poseo ningún concepto ni ninguna experiencia al respecto. Maduré en el interior de un ambiente cerrado. En unas instalaciones dedicadas a la investigación. Tu experiencia me fascina. ¿Cómo es?

Curiosamente, Soalm sintió una momentánea punzada de lástima por la culexus.

—Es algo difícil —le contestó al cabo de unos momentos—. Iota, escúchame con atención por favor: te ruego que no les digas nada sobre la capilla a los demás.

—Si te digo que lo haré, ¿intentarás matarme?

—¿Me obligarás a ello?

La culexus hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No.

¿Dónde? ¿Dónde estaba la licencia?

Esa pregunta retumbaba sin cesar en el interior de la cabeza de Lanza y no lo dejaba tranquilo. No podría descansar ni encontrar un momento de paz hasta que hubiese logrado localizar ese documento. Todo el intrincado plan que su amo había diseñado de un modo tan escrupuloso se basaba en que Lanza se apoderara de ese objeto. Sin ese objeto, el asesinato del Emperador de la Humanidad era imposible. Lanza no sería más que un trasto inútil, una pistola sin munición, la hoja de una espada sin filo. Su existencia no tenía sentido alguno sin esa muerte. Cada uno de los asesinatos que había cometido, todos, empezando por el estrangulamiento de sus padres hasta la incineración del portador de la palabra que se disponía a rebanarle la garganta, siguiendo con las muertes de todos los

idiotas de Iesta Veracrux, de la bruja psíquica, de los investigadores y del individuo cuyo rostro lucía en esos momentos, no eran más que pasos en un camino que lo llevaba hasta su objetivo final.

Y Merriksun Eurotas le había negado la posibilidad de cumplir ese objetivo. La furia sanguinaria que Lanza sentía hacia el barón del Vacío era tan devoradora que el asesino temía que simplemente con tenerlo ante sus ojos la rabia haría saltar en pedazos su cobertura y lo haría entrar en un estado de frenesí asesino.

Lanza poseía prácticamente todos los recuerdos que había absorbido de Hyssos, excepto los más triviales, y el agente nunca había llegado a saber que la licencia de comercio que el barón tenía a la vista en la cámara de sus tesoros era una reproducción holográfica. Había menos de una docena de individuos que superaran en rango a Hyssos en todo el Consorcio Eurotas en lo relativo a cuestiones de seguridad… Lanza se preguntó si alguno de ellos sabría dónde se encontraba el verdadero libro. Pero ¿cómo estar seguro de quién podría ser? Podría matarlos a todos, y a pesar de eso no llegaría a saber si poseían esa información tan valiosa hasta que absorbiera el conocimiento de sus cerebros moribundos. Sin embargo, no podía ponerlo todo en peligro con un comportamiento tan arriesgado.

El propio Eurotas era seguro que lo sabía, pero asesinar al barón del Vacío en aquel momento y lugar, hacer desaparecer su cuerpo, pasar por otra encarnación tan poco tiempo después de apoderarse de la identidad de Hyssos tras arrancársela de su cadáver… Era un plan repleto de peligros y demasiado arriesgado como para que tuviera éxito.

No. Necesitaba encontrar otro modo de averiguarlo, y debía hacerlo de prisa.

—¿Hyssos? —La voz del noble era aguda y tensa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Lanza levantó la mirada cuando Eurotas entró en la antesala de sus aposentos privados, donde estaba esperándolo.

—Mi señor —empezó a decir mientras controlaba sus pensamientos inquietos—. Disculpad mi intrusión, pero debo hablar de inmediato con vos.

Eurotas miró hacia atrás por encima del hombro al mismo tiempo que terminaba de anudarse el cinto de terciopelo de la bata de día que llevaba puesta. A través de la puerta entreabierta se veía una alcoba al otro lado. Una mujer desnuda yacía dormitando en mitad de un tremendo revuelo de sábanas.

—Estoy ocupado —le dijo el barón con una mueca. Parecía estar distraído—. Ven a la sala de audiencias después de que hayamos entrado en la disformidad y…

—No, mi señor. —Lanza hizo que la voz de Hyssos sonara con cierta dureza—. Esto no puede esperar hasta que partamos hacia el punto de encuentro. Si estoy en lo cierto, es posible que tengamos que poner rumbo de regreso a Iesta Veracrux.

Aquello llamó por fin la atención del barón. Eurotas entrecerró los ojos, pero no lo suficiente como para ocultar la mirada de miedo que albergaban.

—¿Y a qué se debería eso?

—He estado repasando toda mi investigación, incluidas las notas y los recuerdos que tengo de los asesinatos en Iesta. —Miró fijamente al barón y comenzó a representar la ficción que había creado a lo largo de las horas anteriores. Esperaba que con esa ficción obligaría al noble a revelar la información que necesitaba de un modo tan desesperado—. Esos dos individuos… Yosef Sabrat y Daig Segan, los que cometieron esos actos tan horribles. Hubo algo que dijeron que no me encajó. Fue en los momentos finales de su vida, cuando estaba convencido de que sería a mí a quien matarían.

—Sigue —le ordenó Eurotas al mismo tiempo que se acercaba a un servidor para que le diera un vaso de agua.

—Señor, me hablaron de una licencia. —El barón se tensó un poco al oír la palabra, y Lanza sonrio en su fuero interno antes de proseguir—. En ese momento creí que se referían a que yo no tenía licencia ni autorización para efectuar arrestos… Pero ahora se me ha ocurrido que quizá se referían a algo completamente distinto.

Tras decir aquello, señaló con un gesto del mentón la pintura que se veía en una de las paredes, una obra impresionante en la que el propio Merriksun Eurotas estaba representado en actitud de leer la licencia de comercio como si fuera un volumen erudito de conocimientos arcanos.

—¿Por qué iban a estar interesados en la licencia? —se extrañó Eurotas.

—La verdad es que no lo sé. Lo que sí sé es que no eran asesinos normales y corrientes, mi señor. Todavía no hemos sido capaces de determinar con exactitud qué medios utilizaron para acabar con la pobre Perrig… Y todo aquello que hicieron en los lugares de los crímenes en nombre de ese culto de la Teogonía…

—¡No formaban parte de la Teogonía! —lo interrumpió el barón de forma repentina. Movió la cabeza en un gesto negativo y se apartó unos cuantos pasos—. Siempre supe que… —continuó el noble tras unos instantes de silencio—. Siempre supe que Erno Sigg era inocente. Por eso te envié a ti, Hyssos. Porque confiaba en ti para que descubrieras la verdad.

Lanza le hizo una reverencia y permitió que en su cara robada apareciera una expresión de tristeza.

—Espero no haberlo decepcionado. Además, teníais razón, mi señor. Sigg no era más que una maniobra de engaño.

—Esos cerdos asesinos no formaban parte de la Teogonía —insistió Eurotas al mismo tiempo que se volvía para acercarse de nuevo a Hyssos. Su rostro había perdido parte del color con el que había salido de la alcoba, y tenía la mirada un poco perdida.

—La estatúder Telemach parece tener otra opinión al respecto —lo presionó Lanza—. Si no os importa que os lo pregunte, ¿por qué no estáis de acuerdo con ella?

El asesino vio pasar una expresión fugaz por el rostro del barón. Era la sombra de una verdad escondida. Aquella comprensión procedía de la personalidad robada de Hyssos, del conocimiento intuitivo que el agente poseía sobre la frágil naturaleza humana, de su capacidad para captar la falsedad en las palabras de un mentiroso. Lanza lo dejó seguir. Sabía que

Eurotas acabaría incriminándose él solo si lograba animarlo a que lo hiciera. El barón del Vacío sabía mucho más sobre todo aquel asunto desde el principio, y Lanza lo estaba descubriendo en ese preciso instante.

—Te… te diré lo que… creo que ocurrio. —El barón se acercó a la puerta de la estancia para cerrarla—. Esos desequilibrados de Iesta Veracrux no eran simplemente asesinos enloquecidos que torturaban y mataban para satisfacer sus propias ansias dementes. Ahora estoy seguro de que eran agentes del señor de la guerra Horus Lupercal, así arda en el infierno. Formaban parte de un plan para sumir en las tinieblas al sector Taebiano; ¡quizá incluso a toda la galaxia! —Eurotas se estremeció—. Todos hemos oído los rumores sobre… sobre las cosas que ocurren en los planetas que caen bajo su dominio. —Su tono de voz se volvió más vehemente—. Desacreditar a la Teogonía y manchar el nombre de nuestro clan no es más que una parte de esa conspiración maligna.

Lanza no le contestó, sino que se dedicó a analizar mentalmente las palabras del barón. En ese momento le resultó claro y evidente el motivo por el que Eurotas se había apresurado a dar por cerrado el caso y a abandonar Iesta Veracrux con toda la rapidez que permitía el decoro. El hecho de que Erno Sigg estuviera involucrado en todo aquel caso ya era bastante malo de por sí, pero seguro que Eurotas tenía la certeza de que, más tarde o más temprano, el nombre del clan saldría a relucir y se vería relacionado con todo el asunto de un modo mucho más condenatorio. Tenía miedo de que…

Lanza obedeció a un impulso súbito y se abalanzó directamente desde la posición de firmes que mantenía para agarrar por la bata con un movimiento veloz al barón, quien perdió el equilibrio.

—¡Por Terra! Pero ¿qué haces? —le gritó Eurotas, tremendamente ofendido por aquel ataque repentino.

Sin embargo, su estallido de rabia se desvaneció al momento siguiente, cuando Lanza le subió la amplia manga de la bata y dejó al descubierto la cadenilla dorada que llevaba en la muñeca, de la que colgaba una figura con la forma del aquila imperial. El asesino no pudo reprimir esta vez que una pequeña sonrisa apareciera en los labios de Hyssos.

—Sois uno de ellos.

Eurotas se libró de un tirón y retrocedió con una expresión de culpabilidad en la cara.

—¿De qué estás hablando? Sal de aquí. Retírate.

—Creo que no, mi señor. —Lanza lo miró con dureza—. Creo que todo este asunto hace necesaria una explicación.

Durante unos segundos, le pareció que el barón estaba a punto de ponerse a gritar antes de llamar a su guardia personal, que estaba justo en el pasillo, pero la capacidad infalible de Hyssos para captar las emociones ocultas le indicó a Lanza que no llegaría a hacerlo. El instinto del muerto demostró estar en lo cierto. El noble hundió los hombros al cabo de unos momentos y se dejó caer en una silla ornamentada, donde se quedó sentado con la mirada perdida en la lejanía.

Lanza se limitó a esperar la confesión que sabía no tardaría en llegar. Los individuos como el barón carecían de la voluntad o de la fuerza necesaria para habitar en una mentira. Al final, siempre recibían con alivio la oportunidad de liberarse de esa presión.

—No soy… —Se calló unos momentos mientras se esforzaba por buscar las palabras adecuadas—. La gente que se hace llamar la Teogonía llegó después, ¿lo entiendes? Nosotros fuimos los primeros en llegar. Fuimos nosotros los que transmitimos el mensaje de Terra de un modo seguro a bordo de nuestras naves por todo el sector. Todos y cada uno de los hijos e hijas del clan Eurotas han formado parte de las reuniones del *Lectio Divinitatus* desde el mismo día en que nos concedieron la licencia de comercio. Llevamos la divinidad del Emperador con nosotros.

Dijo todo aquello con una precisión aburrida, sin ninguna clase de énfasis o de verdadera convicción en las palabras.

Lanza recordó lo que Daig Segan había dicho justo antes de que lo destripara.

—El Emperador protege…

Eurotas asintió con gesto solemne, pero era más que evidente que la luz de la verdadera creencia, la fe ciega que Daig había mostrado en el último instante de su vida, no se veían reflejadas en la actitud del barón

del Vacío. Si el noble era un creyente del culto al Dios Emperador, se trataba de una adoración vacía, sin verdadero sentimiento, que simplemente lo hacía porque era lo que se esperaba que hiciera. Lanza frunció los labios en una mueca de disgusto. La repugnancia que le provocaba aquel individuo aumentaba a cada instante. Ni siquiera tenía el coraje de defender una creencia.

—Ha sido nuestra tarea secreta —siguió explicando Eurotas—. Hemos extendido la palabra de Su divinidad de un modo sutil y disimulado. Nuestro clan se ha aliado con grupos como la Teogonía en decenas de mundos y a lo largo de los siglos. —Apartó la mirada—. Pero jamás me esperé de verdad… Quiero decir que no…

Lanza se quedó observándolo sin decir nada. Tal y como esperaba. Eurotas se sintió obligado a romper el silencio.

—Horus lo está destruyendo todo. Ha ido rompiendo cada una de las ramas de poder y de influencia que poseemos, y ahora no se limita a atacar nuestras posesiones materiales, sino al entramado de fe que mis antepasados crearon para transmitir la palabra del *Lectio Divinitatus*.

—Un entramado de autoridad clandestina que el clan Eurotas ha utilizado para controlar el sector Taebiano durante centenares de años.

Lanza movió la cabeza de Hyssos en un gesto negativo. La arrogancia humana era insuperable. El barón estaba totalmente convencido de que un ser de una importancia tan inmensa como el señor de la guerra no se rebajaría a una tarea tan insignificante como anular las ambiciones de un simple comerciante independiente venal y mezquino. La realidad era que el colapso del dominio económico del clan Eurotas no era más que un efecto secundario del avance de las fuerzas de Horus por el Segmentum Ultima.

A pesar de ello, a Lanza le interesaba que siguiera creyendo que era el centro de una vasta conspiración interestelar, cuando en realidad él y todo su infecto clan no eran más que un medio para conseguir un fin.

—Desde que terminó la Gran Cruzada, cada vez ha sido más y más difícil conservar las cosas… —Eurotas dejó escapar un suspiro—. Nuestra fortuna se desvanece, amigo mío. Me he esforzado en intentar ocultarlo,

pero la situación es peor a cada día que pasa. Pensé que quizá cuando regresáramos a Terra podría solicitar una audiencia con el Sigilita, y entonces…

—¿Dónde está la licencia de comercio de vuestra familia? —lo interrumpió Lanza, que había empezado a cansarse de la retahíla del barón del Vacío, por lo que decidió soltar la pregunta sin más.

Eurotas reaccionó como si lo hubiera abofeteado.

—En… la sala del tesoro, por supuesto —le respondió, pero la mentira fue muy poco convincente, por no decir que no lo había sido en absoluto.

—Soy el agente de seguridad de mayor rango, mi señor —le replicó Lanza—. Por favor, no subestiméis mi inteligencia. ¿Dónde se encuentra la verdadera licencia?

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó Eurotas, alzando la voz al mismo tiempo que se levantaba de un salto, lo que hizo que el vaso de agua cayera al suelo, donde se hizo pedazos. Un artefacto mecánico se apresuró a cruzar la estancia para limpiar el destrozo, pero el barón no le prestó la más mínima atención—. Sólo hay tres personas que… —Se calló de repente y recuperó la compostura—. ¿Cuándo… cuándo lo supiste?

Lanza lo miró fijamente.

—Eso no tiene ninguna importancia. —Tras la infructuosa infiltración en la sala de tesoros, el asesino había tenido mucho cuidado a la hora de borrar cualquier rastro de su presencia allí—. Lo que realmente importa es que me digáis dónde se encuentra la licencia de comercio ahora mismo. Si estáis en lo cierto en lo que se refiere a esos agentes al servicio del señor de la guerra, debemos asegurarnos por todos los medios posibles de que la licencia se encuentra a salvo.

—Estaban buscándola… —musitó el barón, asombrado ante la idea.

Lanza supo que tenía a Eurotas a su merced cuando éste alzó la vista con un temor helado reflejado en los ojos.

—He jurado servir con mi vida al clan Eurotas y a sus empresas. Eso incluye vuestro… entramado. Sin embargo, no puedo cumplir con mi deber si perdemos la licencia de comercio.

—Eso no debe ocurrir jamás. —El barón del Vacío tragó saliva con dificultad—. No… no está en la flota. Tienes que entender que no tuve elección. Había una serie de pagos que no podía efectuar, ciertos favores que fueron necesarios para que el clan siguiera operando…

—¿Dónde? —le espetó Lanza, y la voz bronca de Hyssos restalló como el chasquido de un látigo.

Eurotas apartó la mirada avergonzado.

—El libro que contiene la licencia de comercio fue tocado por la mano del propio Dios Emperador en persona, y eso, a los ojos de algunos miembros del *Lectio Divinitatus*, lo convierte en un objeto sagrado. A cambio de la anulación de una serie de deudas muy importantes, acepté permitir que una asamblea de nobles pertenecientes a la Teogonía tomara posesión de la licencia durante… un periodo de peregrinación.

—¿Qué nobles? ¿Dónde están? —exigió saber Lanza.

—Ninguno de ellos ha contestado a mis mensajes. Me temo que todos están muertos o escondidos. Cuando las fuerzas de Horus los encuentren, acabarán con los que queden y la licencia de comercio será destruida… —Empezaron a temblarle los labios—. Eso si no lo ha sido ya. —Eurotas alzó la mirada—. La licencia se encuentra en el planeta Dagonet.

Por fin. La respuesta. Lanza pensó durante unos momentos en surgir del restrictivo cuerpo de Hyssos y volver a adoptar su forma asesina para demostrarle a Eurotas la clase de estúpido que era un segundo antes de despedazarlo por completo. En vez de eso, ahogó la rabia que lo invadía e hizo un gesto hosco de asentimiento.

—Entonces voy a necesitar una nave. La más veloz de la que dispongamos.

—¡No puedes ir a Dagonet! —insistió Eurotas—. ¡El gobierno local ya se ha declarado a favor del señor de la guerra! Me han llegado rumores de que los Hijos de Horus se dirigen hacia el planeta en estos mismos momentos… ¡Es un suicidio! No lo permitiré.

Lanza curvó la carne de su falso rostro para que mostrara una sonrisa pesarosa, y le hizo una leve reverencia.

—Os juro que recuperaré la licencia de comercio, mi señor. Desde este mismo momento, mi vida ya no tiene otro propósito.

El noble asintió al cabo de unos instantes.

—Muy bien. Que el Emperador te proteja.

—Esa esperanza nos queda —le contestó Lanza.



TRECE
FE O DEBER
JURAMENTADOS
LA LICENCIA

La llamada la efectuó el vindicare, por lo que Iota se unió a Kell y al resto de la fuerza de ejecución en uno de los numerosos almacenes que se encontraban en la profundidad de aquel entramado de cuevas, suficientemente alejadas de las secciones más densamente pobladas de la guarida de la resistencia. La estancia apestaba a promethium. Había bidones del combustible líquido apilados hasta el techo en las esquinas y el sistema de circulación del aire funcionaba de mala manera y a trompicones.

Kell había tenido mucho cuidado al escoger la hora de la reunión para que coincidiera con el momento en que los vuelos regulares de las aeronaves de patrulla de los clanes sobrevolaban la zona. Cada vez que eso ocurría, los rebeldes se quedaban en silencio y se ocultaban, esperando a que los aviadores dieran la vuelta por encima del Tajo antes de dirigirse de vuelta a la ciudad. Eso significaba que Capra, Beye, Grohl y los otros

estaban demasiado ocupados, lo que permitiría a los asesinos reunirse sin que nadie se percatara de ello, al menos durante un buen rato.

El vindicare inspeccionó la habitación y luego los miró a todos de uno en uno. Iota se dio cuenta de que a la última a quien miró fue a Soalm, y le pareció que se detenía un momento en ella. Se preguntó si su hermana habría comprendido el significado de aquel pequeño instante. Iota consideraba su comprensión de la interacción social humana como un experimento constante, pero sus limitados conocimientos también le proporcionaban una claridad de la que los demás carecían; a pesar de la distancia que separaba al hermano y a la hermana, a la culexus le parecía obvio que Kell amaba a Soalm más de lo que la mujer sabía… o quería saber.

—Vamos a entrar en la fase final de la operación —dijo Kell sin más preámbulo—. Los contactos de Beye en la ciudad nos han comunicado que ha habido avistamientos en el perímetro del sistema de Dagonet. Se han producido alteraciones de la disformidad. El preludio a la apertura de un portal de acceso.

—¿Cuánto tardaremos en saberlo con seguridad? —quiso saber Koyne. La callidus parecía una muñeca de juguete pero del tamaño de un hombre, con sus facciones dibujadas e incompletas y la piel clara.

—No podemos quedarnos quietos mientras esperamos la confirmación —le indicó Tariel sin levantar la vista del teclado del cogitador de su guantelete—. Cuando las naves de guerra entren en órbita, será demasiado tarde.

El Garantino emitió un ruido resonante desde lo más profundo de su garganta, en lo que parecía ser una afirmación.

—Vamos a ponernos en marcha ahora mismo —les informó Kell—. El Venablo ya está escondido, ¿verdad? —preguntó, mirando a Tariel, quien asintió.

—Sí —le confirmó el infocito—. Grohl se encargó del transporte desde el espaciopuerto y yo mismo supervisé el montaje de las piezas. Está preparado.

—Pero no hay ninguna forma de probarlo, ¿verdad? —Koyne se inclinó hacia adelante—. Si esto no funciona…

—Funcionará —le aseguró Kell—. Todo lo que hemos hecho ha sido para llegar hasta aquí, y no vamos a empezar a dudar ahora.

—Sólo estaba haciendo una observación —dijo la sombra—. Como seré yo quien esté más cerca del objetivo, creo que es justo decir que estoy más preocupada en que esta eliminación se produzca con las mínimas complicaciones posibles.

—No te apures —la tranquilizó el eversor—. No te ensuciarás demasiado.

—Tenemos preparadas otras opciones de reserva —dijo Kell sin hacer caso del comentario y señalando a Iota y a Soalm con la cabeza—. Pero, por ahora, nos concentraremos en el primer plan. —Hizo una pausa y le lanzó una mirada a Tariel.

El agente vanus consultó la ventana de un temporizador que se encontraba entre los paneles de los hololitos que tenía flotando delante de él y después levantó la vista.

—Las aeronaves de patrulla de los clanes deberían empezar a dirigirse hacia la capital en cualquier momento.

—Y nosotros las seguiremos. —Kell tomó en la mano la máscara espía que colgaba del cinturón de su atuendo—. Todos tenéis vuestros propios preparativos que hacer. Sugiero que los terminéis rápidamente y que os pongáis en camino. Cada uno de nosotros regresará a la capital de forma individual y siguiendo rutas diferentes, y después nos encontraremos en el espaciopuerto. Os estaré esperando a bordo de la *Ultio* después de la caída del sol.

El único miembro del grupo que no se movió después de que Kell los despidiera fue Soalm. Ella miró al vindicare apretando los labios.

—¿Se ha informado a Capra?

—¡No seas estúpida! —le respondió el eversor con un bufido antes de que el francotirador tuviera tiempo de contestar—. Puede que hayamos matado a uno de los traidores de esta pequeña panda de rebeldes de pacotilla, pero es muy probable que haya más espiando y esperando que

aparezca algo jugoso que comunicar antes de revelar dónde está este lugar. —El Garantino mostró las garras—. Esta gente no son más que aficionados. ¡No se puede confiar en ellos!

Soalm no había apartado la mirada de Kell.

—¿Qué se supone que van a hacer cuando hayamos terminado?

Iota vio cómo subía el color de las mejillas del vindicare, pero el francotirador mantuvo la calma.

—Capra es un hombre de muchos recursos. Él sabrá qué hacer.

—Si tiene algo de sentido común, se irá corriendo —susurró Koyne. Soalm dio media vuelta y fue la primera en salir de la cámara.

Jenniker llegó al compartimento que Beye le había asignado y entró rápidamente. El poco equipo que tenía estaba allí, ingeniosamente camuflado como si se tratara del maletín de viaje de una dama. Daba la sensación de estar un poco fuera de lugar en un alojamiento tan deslucido, sobre el petate de los excedentes del Ejército Imperial y junto a un morral lleno de paquetes de raciones. Se paró un momento y se quedó mirándolo.

Dentro del maletín, escondidos en el interior de unos ingeniosos módulos y secciones secretas, había viales de polvo, unas botellas planas con un líquido incoloro, unas finas tiras de compuestos químicos metalizados, inyectores, cápsulas y lengüetas dérmicas. Eran medios más que suficientes para terminar con todas las vidas humanas de una ciudad entera en caso de necesidad.

Durante un rato estuvo pensando en lo simple que sería introducir un filtro de metasarina de liberación paulatina en el sistema de agua del escondite rebelde. Aderezado con la mezcla adecuada, podría hacer que les resultara indoloro. Simplemente se dormirían para no volver a despertar jamás. Se ahorrarían las muertes brutales a las que todos ellos estaban abocados: el precio que iban a pagar independientemente de si la fuerza de ejecución tenía éxito o fracasaba. Pensó en lady Sinope, en la confiada Beye y en el siempre suspicaz Grohl.

Algunos quizá hubieran dicho que se trataba de un acto de clemencia. Todos sabían que el señor de la guerra no era un conquistador magnánimo.

Soalm sacudió la cabeza violentamente para alejar aquellos pensamientos y se odió a sí misma en aquel instante.

—Yo no soy Eristede —susurró al aire.

La sobresaltó un golpe seco en la oxidada puerta de metal.

—¡Hola! —Reconoció la voz. Era uno de los guerrilleros que había visto en la capilla improvisada—. ¿Estás ahí?

—¿Qué ocurre? —le preguntó tras abrirle la puerta.

El hombre tenía la cara encendida de preocupación.

—Ya vienen —le soltó, y a Soalm no le fue necesario preguntar a quiénes se refería. Si los contactos de Beye en la ciudad habían hablado con Capra, era lógico suponer que más gente del campamento rebelde también sabía lo que se les presentaba en el horizonte.

—Lo sé.

Él le puso algo en la palma de la mano.

—Sinope me dio esto para ti. —Era un deslustrado relicario de voz, una especie de dispositivo de grabación portátil que los amantes o los miembros de la familia se regalaban a modo de recuerdo. El dispositivo contenía un minúsculo cilindro de memoria de corta duración y un generador de hologramas—. Estaré fuera. —Tiró de la puerta para cerrarla y Soalm volvió a quedarse sola en la habitación.

Le dio vueltas al relicario entre las manos hasta que encontró el botón de puesta en marcha, y lo apretó conteniendo la respiración.

Un hololito granulado con la cara de lady Sinope, menor que la palma de Jenniker, parpadeó hasta encenderse.

—«Querida niña —comenzó diciendo, pero con una urgencia en sus palabras que Soalm nunca había oído antes—. Perdóname por no pedirte esto en persona, pero las circunstancias me han obligado a marcharme de las cuevas. El hombre que te ha dado esto es un amigo de confianza y él te traerá hasta mí. —La noble hizo una breve pausa durante la que pareció envejecer una década—. Necesitamos tu ayuda. Al principio pensé que podría estar equivocada, pero cada día que pasa se me ha ido haciendo más

evidente que hay una razón para que estés aquí. Él te envió, Jenniker. Tú misma dijiste que no eres más que una “mensajera”… Y ahora entiendo cuál es el mensaje que debes llevar. —La imagen parpadeó cuando Sinope miró por encima de su hombro, distraída por algo que quedaba fuera del alcance de la minúscula cámara térmica del relicario. Volvió a darse la vuelta y sus ojos tenían ahora una mirada intensa—. No he sido sincera contigo. El lugar que viste, nuestra capilla… Hay mucho más aparte de eso. Tenemos un… supongo que se podría llamar santuario. Está en las tierras baldías, lejos de los ojos de los curiosos. Ya estaré allí cuando recibas esto. Quiero que vengas aquí, hija. Te necesitamos. Él te necesita. Sea cual sea la misión que te haya podido traer a Dagonet, lo que yo te pido tiene mucho mayor alcance. —Sintió que la mirada de la mujer la taladraba—. No nos abandones, Jenniker. Sé que crees con todo tu corazón, y aunque me resulte doloroso hacerlo, debo pedirte que elijas tu fe por encima de tu deber. —Sinope desvió la mirada—. Si te niegas… las lluvias de sangre caerán hasta llegar a la sagrada Terra».

El holograma se difuminó y Soalm se dio cuenta de que le temblaban las manos. No podía apartar la mirada del relicario, y lo apretaba entre sus dedos como si pudiera sacarla de aquel lugar por arte de magia.

Las palabras de la anciana Sinope, aquellas simples palabras, se le habían clavado en el corazón. Las emociones se le habían hecho un nudo en el pecho. Era una agente al servicio del Oficio Asesinorum, una seclusa del clado Venenum con rango de dan épsilon, y tenía unas órdenes muy estrictas que cumplir. Pero también era Jenniker Soalm, Jenniker Kell, una hija del Imperio y sierva leal del poderoso Dios Emperador de la Humanidad.

¿Con cuál de aquellas elecciones le serviría mejor a Él? ¿Cuál de ellas serviría mejor a sus súbditos?

Por mucho que lo intentara, no podía minimizar el poder que había tras el mensaje de Sinope. La callada fuerza que la noble había propagado por la habitación y que ahora la rodeaba. Soalm sabía que lo que le estaban pidiendo que hiciera era lo correcto, mucho más que la misión empapada

de sangre del asesinato que sólo llevaría la muerte a una escala mucho mayor.

La iglesia del *Lectio Divinitatus* de Dagonet la necesitaba. Cuando ella necesitó ayuda tras perder a su padre y a su madre, y después a Eristede, fue la palabra del Dios Emperador la que le dio las fuerzas que necesitaba para seguir adelante. Había llegado el momento de saldar aquella deuda.

Al final se dio cuenta de que no había ninguna duda sobre qué era lo siguiente que debía hacer.

La puerta se abrio con estrépito y el soldado rebelde se sobresaltó y se dio la vuelta para ver a la pálida mujer asesina de pie en el umbral. Llevaba un maletín de madera elaboradamente grabado colgándole del hombro con una correa, y todavía estaba colocándose una pistola bacteriológica en una funda del cinturón. La asesina levantó los ojos. La capucha le cubría la cabeza.

—Sinope me ha dicho que tú me llevarías hasta ella.

Él asintió agradecido.

—Sí, por supuesto. Por aquí. Sígueme. —El rebelde dio un par de pasos y después se detuvo frunciendo el ceño.

—Los otros… ¿Tus camaradas?

—No hay necesidad de que lo sepan —le aseguró Soalm al mismo tiempo que le hacía un gesto para que continuara. Los dos desaparecieron tras una curva del pasillo dirigiéndose hacia la superficie.

Desde las sombras, Iota los vio marcharse.

Lanza detestaba la disformidad.

Cuando viajaba a través de los ululantes corredores del immaterium, se esforzaba por asegurarse de que lo hacía en estasis con el cuerpo medicado para permanecer en hibernación; si no era posible y se veía forzado a permanecer despierto por haber asumido la identidad de otro, entonces se preparaba con largas horas de rituales mentales.

En ambos casos se trataba de aplacar a la piel demoníaca. Dentro de los confines del espacio normal, en un planeta o en cualquier otro lugar, la capa de tejido vivo, fina como una molécula y unida a su carne real, se encontraba bajo su control absoluto. Había veces en que era problemática, cuando intentaba desafiarlo de pequeñas formas, pero al final Lanza era el que mandaba. Mientras la alimentara y la saciara con muertes y sangre, le obedecía.

Pero en las profundidades del espacio de la disformidad las cosas eran diferentes. En ese lugar, con sólo unos metros de acero y la vaporosa red de energía del campo Geller separándolo del estruendo y la locura del etéreo, la piel demoníaca se volvía muy inquieta. Lanza se preguntaba si sería porque percibía la proximidad de sus semejantes allí fuera, en la forma de la vida depredadora y casi sensitiva que, sin ser vista, formaba un enjambre tras las naves espaciales que pasaban.

Eurotas le había concedido el uso de una nave llamada *Yelene*, una lanzadera rápida de la flota de correos del Consorcio diseñada para transportar mercancías de baja masa y de gran valor por rutas rápidas de sistema a sistema. La tripulación de la *Yelene* la formaban algunos de los mejores oficiales y tripulantes que el clan podía ofrecer, pero Lanza prácticamente no se fijó en ellos. Sólo le dio dos órdenes al capitán: la primera fue la de dirigirse a Dagonet a toda velocidad, y la segunda, la de que no lo molestaran durante el viaje a no ser que la nave se estuviera haciendo pedazos a su alrededor.

Todos los miembros de la tripulación sabían quién era Hyssos. Entre algunos de los niveles de la jerarquía del clan Eurotas se lo consideraba el perro de ataque del barón del Vacío, y aquella reputación le venía muy bien a Lanza en ese momento, que miró de manera fulminante a todos los que veía a través de la cara de otro hombre antes de encerrarse en la opulenta cabina de pasajeros que habían asignado para su uso. La cabina estaba decorada con terciopelo de un intenso color rojo que hacía que el asesino sintiera que se estaba ahogando en sangre. Eso lo reconfortó, aunque sólo durante un rato.

Cuando la *Yelene* se encontraba en mitad de la disformidad, la piel demoníaca se despertó y chilló en el interior de su mente con los gañidos de un animal herido. Quería ser libre, y serlo durante un buen rato. Lanza deseó lo mismo.

Alejó aquel pensamiento de su mente igual que si tirara de una cortina, pero se le enganchó en alguna parte. Lanza sintió un tirón en las profundidades de su psique, algo que se agarraba a la cola de aquella emoción desleal.

Sabrat.

NO NO NO NO

Furioso, Lanza se lanzó contra la librería que recubría una de las paredes y empotró su cabeza contra ella, golpeándose la cara maleable hasta hacerla sangrar. El impacto y el dolor forzaron de nuevo a marcharse al resto de la imagen del bailío muerto, pero la piel demoníaca aún estaba inquieta y se retorcía, y le tiraba de la túnica haciendo brotar zarcillos en cada centímetro cuadrado de piel desnuda.

Se negaba a obedecerlo. Aquel momento de indefensión, aquel instante en el que un fragmento de la mente del muerto había entrado en acción, había permitido a la piel demoníaca ganar un minúsculo punto de apoyo de autocontrol.

—Eso no te servirá en absoluto —siseó en voz alta, y se dirigió hacia el mueble bar generosamente surtido.

Lanza encontró una botella del excepcional brandy Umbran, y en vez de sacar el tapón le rompió el cuello violentamente. Se mojó la piel desnuda de los brazos con el rico y turboso líquido y los zarcillos se estremecieron. Después, arrancó la tapa de un humidificador que se encontraba sobre un escritorio cercano y sacó el encendedor de su interior. Al tocarlo con el dedo gordo, se encendió y él se lo clavó en la piel. Una capa de llama azulada le envolvió las manos, y él las juntó, dejando que el dolor se fuese filtrando hacia su interior.

El fuego y el dolor.

Fuera de la nave no hay nada más que fuego. En el interior, sólo dolor.

Se encuentra de pie, y está sujeto a la cubierta por una cadena de hierro más gruesa que el antebrazo de un hombre, con unos pesados eslabones dobles que llegan hasta el grillete que le rodea la pierna derecha. Está tan apretado que tendría que cortarse la extremidad por la rodilla para recuperar la libertad.

Sin embargo, no tiene la atención centrada en eso. Una de las paredes de la cámara en la que los guerreros del señor lo metieron no está. En su lugar tan sólo hay fuego. Una locura ardiente. Es consciente de que una delgada membrana de energía lo separa de aquel infierno. No sabe cómo es posible algo así. Ese tipo de ciencia, o brujería escapa a su entendimiento.

Sólo sabe que está mirando hacia el interior de la disformidad y que ésta, a su vez, le devuelve la mirada.

Aúlla y tira de la cadena. Las runas y los glifos que tiene dibujados por todo su cuerpo desnudo le escuecen y están inflamados, calientes pero fríos, y lo están torturando. La disformidad está tirando de las monstruosas y desconocidas palabras que tiene grabadas encima. Aúlla de nuevo, y esta vez el señor le responde.

Ten miedo —le indica Erebus—. *El miedo facilitará la unión. Le dará algo en lo que hincar los dientes*.

No sabe de dónde procede la voz. Como tantas otras veces anteriormente, desde que abrieron la jaula, Erebus parece estar dentro de sus pensamientos cada vez que así lo desea. A veces, el señor entra allí y deja cosas: conocimiento, capacidad, sed; y a veces, en vez de eso, se lleva otras cosas. Recuerdos, quizá. No es fácil estar seguro.

Tiene preguntas, pero se le mueren en la garganta cuando ve aquella cosa acercarse desde las profundidades de la disformidad. Se mueve como el mercurio, temblorosa y venenosa. Lo ve.

Erebus se anticipa a sus palabras.

Un phylum *menor de una criatura de la disformidad* —le explica su señor—. *Un depredador. Peligroso pero menos que inteligente. Aunque astuto a su manera*.

Se acerca más. El vaporoso velo de energía tiembla. Pronto se arrugará y se abrirá un pequeñísimo instante. Lo suficiente para dejarlo entrar.

Se puede domesticar —le dice el portador de la palabra—. *Si se tiene la voluntad de controlarlo. ¿Tienes tú esa voluntad, Lanza?*

—Sí, mi señ…

No termina de pronunciar la frase. El demonio depredador encuentra el hueco y fluye a través de él, hasta llegar al abierto muelle de carga de la nave espacial. Lo cubre, chillando y gritando estridentemente de placer por haber encontrado una presa generosa y fácil.

Éste es el momento en el que Erebus se permite hacer un sonido divertido; éste es el momento en el que el demonio, a su manera limitada, se da cuenta de que dondequiera que ha tocado la carne de Lanza, por encima de las runas y de las imágenes mágicas, no puede liberarse. No puede consumir.

Y se desploma sobre la cubierta retorciéndose de agonía mientras intenta liberarse, y no puede, lucha, y por último, se funde.

Cuando la escotilla cierra el compartimento al infierno rojo del exterior, Lanza oye como la voz de su señor se aleja.

Te costará días de dolor agónico dominarlo, y si fallas, los dos moriréis. Las ataduras mágicas que tienes grabadas no se pueden romper. Ambos estáis ahora unidos. Es tu piel. Tú la dominarás igual que yo te he dominado a ti.

Las palabras resuenan en su cabeza y se desvanecen, y después sólo quedan sus gritos y los gritos del demonio.

Y el fuego y el dolor.

Una llovizna fina y fría había llegado con el velo oscuro de la noche y las gotas de lluvia siseaban por todo el espaciopuerto, tanto en las pistas como en las plataformas de aterrizaje agrietadas y dañadas por la guerra. Por codos lados se oía aquel constante sonido. El agua chorreaba desde las puntas de las alas del módulo delantero de la *Ultio*, y seguía bajando a través del tejado roto del hangar, salpicando sobre el trozo seco de

ferrocemento que quedaba debajo de la nave, prácticamente pegada al suelo. Parecía un ave rapaz lista para alzar el vuelo; pero en ese momento, los sistemas de la nave estaban funcionando en modo sigilo y no había nada que pudiera delatar su estado operativo a las poco frecuentes patrullas que pasaban por allí.

El espaciopuerto había permanecido prácticamente abandonado desde el comienzo de la insurrección. Todavía se encontraba muy abajo en la larga lista de reparaciones importantes de infraestructuras del gobierno de los clanes. Los golpes de los rebeldes contra las centrales de energía y las torres de comunicaciones se habían asegurado de ello, aunque Capra también había tenido mucho cuidado en que se mantuvieran abiertas las líneas de suministro para que la población nativa no se muriera de hambre. Se estaba ganando los corazones y las mentes, aunque a la larga no le sirviera para nada.

Kell estaba al pie de la rampa de embarque de la *Ultio* y miraba la lluvia a través de la banda ocular de su máscara espía, dejando que los sensores que llevaba incorporados hicieran su trabajo. Pensó en los guerrilleros, en aquellos luchadores por la libertad, una vez más. ¿Cómo reaccionarían cuando se encontraran con que los miembros del equipo de Kell se habían marchado? ¿Pensarían que habían sido traicionados? Quizá lo hicieran. Después de todo, los habían traicionado de alguna manera. Y cuando la misión llegara al punto final, Capra sabría con total certeza quién había estado detrás de ella.

—¿Alguna señal? —La voz de Tariel se filtró desde encima del francotirador—. El cerebro piloto informa que los sensores pasivos han detectado una señal hace un momento, pero nada más desde entonces.

Kell no levantó la vista para mirarlo.

—¿Situación?

Tariel dejó escapar un suspiro.

—El Garantino ha afilado tanto sus cuchillos que podría cortar en dos las gotas de lluvia. Yo estoy controlando las redes públicas y militares de intercomunicadores, y he preparado y cargado todos mis fagocitadores de datos. Koyne está imitando la forma del comandante de tropa que

capturamos. Supongo que la culexus y la venenum todavía tienen que llegar, ¿no?

—Tus poderes de percepción siguen tan agudos como siempre.

—¿Cuánto tiempo podemos permitirnos seguir esperando? —le replicó Tariel—. Estamos muy cerca ya de la hora.

—Pronto estarán aquí —dijo Kell justo en el momento en que algo brilló bajo la lluvia más allá de las puertas abiertas del hangar.

—Yo ya lo estoy —le dijo Iota, saliendo de la lluvia gris. Su voz tenía un extraño timbre resonante dentro del casco con forma de cráneo. Se lo quitó al quedar a cubierto de la lluvia y agitó la cabeza para que se le soltaran los finos mechones de pelo trenzado—. Me han retrasado.

—¿Qué te ha retrasado? —quiso saber Tariel—. No hay nadie ahí fuera.

—Ahora no hay nadie ahí fuera —lo corrigió Iota con voz suave.

—¿Dónde está la venenum? —le preguntó Kell con la mandíbula agarrotada por la tensión.

Iota le lanzó una mirada.

—Tu hermana no va a venir.

Los ojos de Kell lanzaron un destello de sorpresa y enojo.

—¿Cómo que…?

Tariel levantó las manos en un gesto de autoprotección.

—¡A mí no me mires! ¡Yo no he dicho nada!

El vindicare hizo una mueca.

—Da igual. Eso no es importante. Explícate, ¿qué quieres decir con eso de que no va a venir?

—Jenniker se ha hecho cargo de una misión de mayor importancia personal que ésta —le informó la culexus.

—¡Le di una orden! —ladró al tiempo que su ira iba aumentando por segundos.

—Sí, sí que lo hiciste. Y ella la ha desobedecido.

Kell agarró a la otra asesina por el cuello del mono de combate y la miró con ferocidad. Sintió la sombra negra del aura de la paria, capaz de

marchitar almas, alzarse sobre ella como una ola, pero estaba demasiado furioso como para que le importara.

—Viste cómo se marchaba, ¿verdad? ¡La viste marcharse y no hiciste nada para impedírselo!

Un destello de emoción cruzó la cara de Iota, pero resultaba difícil saber qué era. Sus ojos oscuros se convirtieron en órbitas sólidas de vacío.

—No vuelvas a tocarme.

A Kell se le estremeció la piel y la mano se le puso fría como el hielo, igual que si la hubiera sumergido en agua congelada. En un acto reflejo, soltó a la culexus y los dedos se le contrajeron de dolor.

—¿En qué estabas pensando, muchacha? —le preguntó furioso.

—Tú no eres su dueño —le dijo Iota en voz baja—. Tú renunciaste a formar parte de su vida.

El comentario salió de la nada y Kell se quedó realmente sorprendido al oírlo.

—Yo… Esto tiene que ver con la misión —continuó diciendo, recuperándose con rapidez—. No con ella.

—Eso es lo que te dices a ti mismo y lo que quieres creer. —Iota se irguió y pasó a su lado para dejarlo atrás.

Él se volvió; en la parte superior de la rampa, el Garantino se había unido a Tariel. El eversor se balanceaba hacia adelante y hacia atrás con sus enormes manos abriéndose y cerrándose con una energía que a duras penas contenía. Un hombre de mediana edad vestido con el chubasquero del uniforme de la Fuerza de Defensa Planetaria estaba cerca de ellos jugueteando con un cuchillo envenenado. La expresión de la cara que Koyne había cogido prestada era errónea, y no cuadraba en algún aspecto que Kell era incapaz de precisar.

—¿Cuánto tiempo más? —gruñó el eversor—. Quiero matar a un astartes. Quiero saber qué se siente.

Los dedos del Garantino no dejaban de jugar nerviosamente con las tiras de su máscara con forma de cráneo, y las pupilas de sus ojos inyectados en sangre eran como negras cabezas de alfileres.

Kell tomó una decisión y se fue detrás de la culexus.

—Iota, ¿sabes adónde fue?

—Tengo una vaga idea —fue la respuesta.

—Encuentra a Soalm y tráela de vuelta.

—¿Ahora? —dijo Tariel con cara de preocupación—. ¿En este momento precisamente?

—¡Hazlo! —insistió Kell—. Si ella se ha puesto en una situación comprometida, entonces puede que toda nuestra misión esté en peligro.

—Ésa no es la verdadera razón —le replicó Iota—, pero podemos decirle a ella que lo es, si lo prefieres así.

El vindicare volvió a señalar la lluvia que caía en el exterior.

—Tú vete ya de una vez —le ordenó.

Luego Kell desvió la mirada. Tenía algo en el pecho, algo que él creía que se había desvanecido hacía mucho tiempo. Un vacío. Un remordimiento. Lo contuvo antes de que pudiera apoderarse de él, y lo convirtió en ira. La maldijo por haber vuelto a sacar aquellos sentimientos a la superficie. Ella era parte de un pasado que él había dejado atrás, y así era como quería que continuara. Y a pesar de ello…

Iota inclinó la cabeza ante él y se puso de nuevo el casco. Sin mirar atrás, echó a correr y el diluvio se la tragó rápidamente.

El Garantino bajó la rampa furioso dando unos fuertes pisotones.

—Pero ¿qué es lo que estás haciendo, francotirador? —le dijo, escupiendo las palabras—. ¿Esa envenenadora cobarde huye del campo y tú empeoras las cosas enviando fuera a la bruja también? ¿Estás loco?

—¿Es que el famoso Garantino está admitiendo, de hecho, que necesita la ayuda de mujeres? —lo provocó Koyne con la voz del comandante de tropa—. Esto sí que es increíble.

El eversor se irguió amenazante sobre el vindicare.

—Tú no eres apto para liderar esta unidad y nunca lo fuiste. ¡Eres débil! ¡Y ahora, tu falta de liderazgo nos está poniendo a todos en una situación comprometida!

—Tú no entiendes nada —le replicó Kell con un gruñido. Un dedo de acero en forma de garra le presionó el pecho.

—¿Sabes lo que le pasa a tu Clado, Kell? Tenéis miedo de os caiga la sangre encima. Le tenéis miedo a su hedor, queréis que las cosas sean siempre limpias y rápidas y que se puedan manejar sin acercaros —el Garantino apuntó a Koyne con el pulgar—. ¡Hasta ese monstruo sin sexo es mejor que tú!

—¡Qué encantador! —murmuró la callidus.

El eversor continuó, enseñando los dientes y acompañando cada palabra con pequeños estallidos de saliva.

—¡Valdor debía estar de broma cuando te puso al frente de esta misión! ¿Crees que estamos todos ciegos a la forma en que miras a esa zorra venenum?

En menos de un instante, Kell tenía la pistola Exitus en la mano, y medio instante después tenía el cañón del arma hundido en la carne desnuda del cuello del Garantino, presionándole los músculos tensos y las venas palpitantes.

—¡Kell! —le gritó Tariel a modo de advertencia—. ¡No lo hagas!

El eversor se rio.

—Venga, francotirador, hazlo. Así de cerca, que sea algo muy personal por primera vez en tu vida —sus manos de garras subieron y apretaron la pistola contra la gruesa piel de debajo de su mandíbula—. ¡Demuestra que tienes agallas! ¡Hazlo!

Durante un segundo, Kell curvó el dedo sobre el gatillo, pero recordó que matar a un eversor a quemarropa sería un suicidio. Las modificaciones genéticas de las profundidades de la carne del Garantino contenían un sistema de seguridad que, si se diera el caso de que el corazón del asesino se parara alguna vez, crearía una biofusión combustiva lo suficientemente potente como para destruir todo lo que hubiera cerca.

En lugar de eso, Kell puso todo su esfuerzo en dar un empujón brutal al Garantino que lo alejó de él.

—Si no te necesitara, te agujerearía la espina dorsal de un tiro y te dejaría lisiado para que te desangraras —le contestó con un gruñido. El eversor soltó una risita.

—Lo que acabas de hacer es darme la razón.

—Esto no tiene sentido —los interrumpió Koyne, bajando la rampa a grandes zancadas—. Los planes de las misiones nunca salen tal y como deberían. Todos nosotros lo sabemos. Podemos cumplir con nuestro encargo sin ellas dos. El blanco principal todavía está a nuestro alcance.

—La callidus tiene razón —añadió Tariel mientras manejaba su cogitador—. Estoy reconfigurando los protocolos en este momento. Hay vectores de ataque superpuestos. Todavía somos operativos a pesar de las dos pérdidas.

—Siempre y cuando no se vaya ninguno más —replicó el Garantino—. Y siempre y cuando no se cambie nada más.

Kell torció el gesto e hizo una mueca.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo mientras se alejaba—. Dejad asegurada la *Ultio* y marchaos a vuestros puntos de ataque.

El hombre se llamaba Tros y no era muy hablador. Condujo a Soalm hasta el exterior de las cavernas a través de un pasillo abovedado de piedra que antes había contenido los conductos de combustible para los convertidores de la atmósfera de Dagonet, que tanto tiempo llevaban ya apagados, y desde allí, a un aerodeslizador pesado que los estaba esperando.

Una vez que se pusieron en camino hacia las tierras inexploradas, el ruido de los motores del aerodeslizador hizo que conversar resultara problemático en el mejor de los casos. La asesina decidió sentarse reclinada detrás del rebelde y dejar que él condujera.

El aerodeslizador era veloz. Serpentearon entre los cañones del Tajo a una velocidad vertiginosa, y después, de repente, la pared de roca descendió abruptamente a su alrededor cayendo hasta el desierto ocre. Como se les acercaban nubes de tormenta que se elevaban sobre ellos por el oeste, se fueron internando cada vez más en las tierras vírgenes. Soalm veía de vez en cuando lo que podrían haber sido los restos de asentamientos abandonados que databan de las primeras décadas de la colonización, cuando aquel desierto era una tierra fértil y cultivable. Eso había sido durante la fase verde de Dagonet, antes de que la atmósfera

alterada por el hombre hubiese cambiado de nuevo, haciendo que el buen clima se desplazara hacia el norte. La población se había mudado siguiéndolo, dejando atrás sólo las estructuras vacías de los que habían sido sus hogares, y dispersas como lápidas funerarias rotas.

Finalmente el sonido del motor del aerodeslizador anunció una disminución de la potencia y empezaron a perder velocidad. Tros señaló algo que se encontraba ya cercano, y Soalm vislumbró las formas de las tiendas aleteando al viento, las pérgolas bajas y las yurtas dispuestas alrededor de los restos de otro municipio abandonado. Cuando el aerodeslizador dio un rodeo para acercarse y se posó sobre la arena provocando una nube de polvo, lo que primero le llamó la atención fue el mural de una aquila imperial dibujado sobre una larga y pálida pared. Parecía viejo y estaba deteriorado, pero al mismo tiempo brillaba a la luz crepuscular como si décadas de exposición a los remolinos de arena lo hubieran abrillantado hasta darle un fino lustre.

Sólo había un puñado de personas en la capilla improvisada que estaba escondida en la base rebelde, y Soalm se había sentido ligeramente desilusionada al ver los pocos seguidores con los que contaba el Dios Emperador entre los luchadores por la libertad. Pero ahora se daba cuenta de que aquel pequeño grupo no era más que una parte del número real.

Los seguidores del *Lectio Divinitatus* estaban allí.

Bajó del aerodeslizador y caminó despacio hacia el grupo de viviendas improvisadas y los restos de los edificios que habían aprovechado. Incluso a primera vista, Soalm fue capaz de determinar que había cientos de personas. Eran adultos y niños, jóvenes y viejos, hombres y mujeres de todas las profesiones y de todas las clases sociales de Dagonet. La mayoría de ellos vestían improvisadas capas con capucha para protegerse del polvo ocre y evitar que se les metiera en la boca y en la nariz. Vio que algunos portaban armas, pero lo hacían sin el nerviosismo y la inquietud de los rebeldes de Capra. Un hombre que llevaba una pistola láser la miró al pasar por su lado, y Soalm vio que llevaba puestos los restos de un uniforme de las Fuerzas de Defensa Planetaria, rajado y hecho jirones en

los sitios de los que habían arrancado las insignias, todas menos el aquila, que lucía con orgullo.

Aquellas gentes, los refugiados, estaban reuniéndose para pasar la noche ya cercana, atando cuerdas y asegurando lonas. Allí fuera, el viento se movía con velocidad por el espacio abierto del desierto, y las partículas de polvo oscuro se metían por todas partes. Los primeros remolinos de viento tiraron de los bajos de su túnica mientras caminaba.

Tros avanzaba a su lado a su mismo ritmo, y le señaló un edificio de proporciones extrañas que tenía una pared inclinada y un bosque de antenas esqueléticas que sobresalían del lugar donde debía haber estado el tejado.

—Es allí.

—¿Son éstos los seguidores de lady Sinope? —preguntó ella. El hombre dio un resoplido divertido.

—No le digas eso a la cara; le parecería irrespetuoso. —Tros movió la cabeza en un gesto negativo—. No la seguimos a ella. Lo seguimos a Él. Lady Sinope tan sólo nos ayuda a seguir el camino.

—¿La conocías de antes de la insurrección?

—La conocía de oídas —le aclaró—. Mi padre la había visto una vez cuando ella era joven. La oyó hablar en una reunión secreta en Punta Dusker. Pero nunca pensé que yo pudiera llegar a tener esa oportunidad. Lady Sinope ha hecho mucho por nosotros a lo largo de los años.

—Entonces, ¿tu familia siempre ha formado parte del Culto Imperial?

Tros asintió.

—Pero ése no es el nombre que usamos aquí. Nos autodenominamos la Teogonía.

Se aproximaron al edificio y en seguida Soalm se dio cuenta de que no se trataba de nada de eso. La construcción era en realidad un pequeño barco con buena parte de la quilla enterrada en la tierra rojiza y agrietada. Un poco más allá vio los armazones herrumbrosos de los muelles y los embarcaderos, que colgaban en el aire. Este lugar había sido un ancho canal fluvial en otros tiempos.

Había tiendas dispuestas a lo largo del costado del viejo navío, y en el interior de todas ellas brillaban las luces de las lámparas.

—¿Toda la gente que está aquí es de Dagonet?

—Y de otros mundos del eje —la informó el hombre—. Algunos de ellos estaban aquí haciendo un peregrinaje secreto y se quedaron atrapados cuando los nobles del clan se levantaron.

—¿Un peregrinaje? —repitió—. ¿Por qué razón?

Tros volvió a negar con la cabeza.

—Ya lo verás —le dijo al mismo tiempo que abría una pesada escotilla de acero.

Soalm entró.

El viejo barco había sido un carguero o quizá un transporte civil que había pertenecido a alguna rama del Administratum colonial; ahora todo lo que quedaba en pie no era más que un armazón ruinoso, un casco castigado por la arena y los esqueletos de las cubiertas de metal corroído. En el interior, el navío había sido rehabilitado con paredes nuevas hechas con piedras amontonadas o con acero procedente de los contenedores. La puerta se cerró tras Soalm con un golpe sólido y dejó atrás la mayor parte del viento. Tan sólo se colaba un leve chorro de aire frío que daba zarpazos a los pequeños montones de arena de la entrada.

—Hija. —Sinope se le acercó con lágrimas en los ojos—. Hija, has venido. Que el Trono te bendiga.

—Yo… te lo debía —le contestó la venenum—. Tenía que hacerlo.

Sinope esbozó una breve sonrisa.

—En ningún momento dudé de que lo harías. Y sé que te he pedido mucho al rogarte que lo hicieras. Te he puesto en peligro.

—Tenía una misión en la que no creía —le respondió Soalm—. Y tú me pediste que me encargara de otra por algo en lo que sí creo. En realidad, no había nada entre lo que elegir.

La noble la tomó de la mano.

—Tus camaradas no lo verán de la misma forma y puede que renieguen de ti.

—Es probable —admitió Soalm—. Pero perdí a los que consideraba mi familia hace mucho tiempo, y desde entonces únicamente me he sentido vinculada a otras personas que conocen al Dios Emperador como nosotros lo conocemos.

—Ahora nosotros somos tu familia —le confirmó Sinope—. Todos nosotros.

Soalm asintió ante la verdad de las palabras de la anciana y se sintió animada.

—Sí que lo sois. —Pero el momento de alegría se desvaneció cuando sus pensamientos regresaron al contenido del mensaje del relicario de voz. Cogió el dispositivo y volvió a ponerlo en las manos delgadas y arrugadas de Sinope—. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Ven. —Le hizo señas para que se adentrara aún más en las sombras de aquel barco encallado—. Aquí dentro verás las cosas más claras.

El barco varado, al igual que el campamento que se extendía más allá, estaba lleno de gente, y Soalm observó la misma expresión en todos ellos: una peculiar mezcolanza de miedo y esperanza. Empezó a comprender con cierta alarma que esa expresión estaba dirigida a ella.

—Tros me dijo que tenéis aquí refugiados de todo Dagonet y también de otros mundos.

Sinope asintió mientras caminaba.

—Espero… Rezo porque haya otros grupos escondidos en las tierras vírgenes. Sería muy triste tener que admitir que somos todo lo que queda.

—Pero sólo aquí debe de haber cientos de personas.

Otro gesto de asentimiento.

—En el último recuento, cuatrocientos dieciséis. La mayor parte son de Dagonet, y el resto, un puñado de visitantes de otros mundos de las Estrellas Taebianas. —Suspiró—. Vinieron hasta tan lejos y sacrificaron tanto… Y ahora nunca podrán volver a casa.

—La ayuda está en camino. —Soalm había dicho aquella mentira tantas veces durante las últimas semanas que se había convertido en algo

automático.

La noble se detuvo y le echó una mirada que fulminó completamente aquella falsedad.

—Las dos sabemos que eso no es verdad. El Dios Emperador está en guerra, y la continuación de Su existencia es muchísimo más importante que la de cualquiera de nosotros. —Hizo un gesto, señalando a su alrededor—. Si debemos perecer para que Él pueda salvar la galaxia, pagaremos ese precio con gran alegría. Nos volveremos a encontrar a Su diestra.

El entusiasmo sereno de Sinope la invadió. Soalm tardó un segundo en recuperar de nuevo la voz.

—¿Cuánto tiempo llevan los… de la Teogonía aquí?

—Desde antes de que yo naciera, desde hace generaciones —afirmó la anciana—. Desde antes incluso de la Gran Cruzada. Se dice que cuando el Dios Emperador caminaba por la turbulenta Tierra, ya había gente que lo adoraba en secreto. Cuando llegó a las estrellas, aquella creencia vino con Él. Y después vino el *Lectio Divinitatus*, el libro que dio forma a aquellas creencias. La palabra sagrada.

—¿Es cierto que lo escribió uno de los hijos del Dios Emperador?

—No lo sé, hija. De lo único de lo que podemos estar seguras es de que se trata de la Verdad Imperial. —Sinope volvió a sonreír—. Crecí con esa certeza. Durante mucho tiempo, nosotros y otros como nosotros llevamos vidas aisladas, en las que nos ignoraban en los mejores casos y en las que se nos menospreciaba en los peores. Pensaban que los que creíamos no éramos más que unos tontos ilusos.

Soalm miró a su alrededor.

—No me parece que estas gentes sean tontas.

—Desde luego que no. Nuestros miembros están empezando a aumentar, y no sólo aquí. Los grupos de creyentes de toda la galaxia se están uniendo. Nuestra fe no conoce fronteras, desde el más humilde niño nacido en una colmena hasta los hombres que caminan por los palacios de la mismísima Terra. —Hizo una pausa y se quedó pensando—. La oscuridad sembrada por el señor de la guerra ha traído a muchos a nuestro

redil. Tras su insurrección se han sucedido tanto los horrores como los milagros. Éste es el momento de nuestra prueba; no me cabe duda de eso. Nuestro credo está en auge, querida niña. Llegará el día en el que todas las estrellas doblen su rodilla ante la sagrada Terra y la gloria del Dios Emperador.

—Pero todavía no —dijo Soalm con cierto deje de amargura en la voz —. Hoy no.

Sinope le tocó el brazo.

—Ten fe. Somos parte de algo mucho más grande que nosotras mismas. Mientras sobrevivan nuestras creencias, también lo haremos nosotras.

—La gente de los otros mundos —insistió Soalm— estaba aquí haciendo un peregrinaje, según me dijo Tros. No lo entiendo.

Sinope no contestó y le indicó que siguieran bajando por una parcheada escalera de metal hasta los niveles inferiores del viejo barco. Tuvieron que caminar con mucho cuidado para evitar las vigas rotas y los puntales caídos. Allí abajo el hedor del óxido y de la tierra seca era intenso y empalagoso. Tras unos cuantos metros, llegaron a un compartimento de gruesas paredes blindado con capas de acero y de ceramita. Cuatro hombres, todos ellos equipados con armas de gran calibre, se interponían ante la única escotilla que conducía a su interior. Tenían los ojos duros y el cuerpo sólido y pesado propio de los humanos de los mundos con mucha gravedad. La asesina supo inmediatamente que del primero al último eran soldados profesionales con una larga y letal experiencia.

Cada uno de ellos hizo una respetuosa reverencia cuando Sinope fue iluminada por la luz que proyectaban los lúmenes del techo. Soalm la vio dirigirse a ellos, uno por uno, como si fuesen viejos amigos. Se la veía minúscula y frágil al lado de los soldados, y aun así estaba claro que ellos escuchaban atentamente cada una de sus palabras y no se perdían ni un gesto, como si fuesen un grupo de hijos devotos. Las sonrisas de la anciana se convirtieron en sus propias sonrisas.

Sinope hizo un gesto hacia ella señalándola.

—Caballeros, ésta es Jenniker.

—¿Es ella? —preguntó el más alto de los cuatro, que llevaba una ametralladora de grueso calibre en las manos.

Sinope hizo un gesto de asentimiento.

—Todos habéis servido a la Teogonía de manera totalmente desinteresada —les dijo—, y vuestro deber ya casi ha terminado. Jenniker liberará de esta pesada carga.

El hombre alto hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y después chasqueó los dedos a otro de los cuatro guardias. El segundo soldado hizo girar con esfuerzo la gruesa rueda del centro de la escotilla, y con un chirrido de metal oxidado, abrio la puerta del compartimento de carga.

Sinope avanzó hacia el interior y Soalm la siguió cautelosamente. Era lúgubre y cálido, y había una peculiar calma en el aire que hizo que le hormigueara la piel. La escotilla se cerró con un crujido.

—Dagonet va a caer —dijo la noble con suavidad y con pesar—. La muerte está muy cerca. El amor del Dios Emperador conservará nuestras almas, pero el final de nuestra carne ya está escrito, y Él no puede salvarnos.

Soalm quiso decir algo, negarlo de alguna manera, pero no le salieron las palabras.

—Él lo sabe. Por eso, en su infinita sabiduría, el Señor de la Humanidad hizo que te trajeran hasta nosotros en su lugar, Jenniker Soalm.

—No —consiguió decir por fin con el corazón acelerado—. ¡Yo estoy aquí sirviendo a una mentira! ¡Para perecer por una causa sin sentido! ¡Ni siquiera se me ha concedido la gracia de tener una verdad por la que morir!

Sinope se acercó a ella y la abrazó.

—Ay, mi niña. Estás equivocada. Te envió hasta nosotros porque eres la única que puede hacer lo que nosotros no podemos. El Dios Emperador cambió tu destino para que te cruzaras en mi camino. Estás aquí para proteger algo extremadamente valioso.

—¿A qué te refieres?

La noble se alejó y se dirigió hacia un pequeño cofre de metal. Pulsó varias teclas de una pantalla de control que había sobre la tapa, que era una combinación de cerrojos activados por sangre unidos a varios sensores biológicos y otras medidas de seguridad. Soalm se acercó para ver mejor. El diseño le resultaba familiar; el cofre era un artefacto marciano de manufactura muy avanzada, una cápsula de transporte extremadamente segura equipada con sus propios campos de apoyo internos, capaz de sobrevivir durante mucho tiempo en el vacío sideral e incluso en una reentrada a la atmósfera. Aquí estaba completamente fuera de lugar.

El cofre se abrio emitiendo un chorro de gas, y en su interior Soalm vio el brillo de una envoltura de estasis. Dentro de la efímera esfera de tiempo ralentizado había un libro de un diseño muy ornamentado y fantástico, y que parecía irradiar el mismísimo poder de la historia de sus páginas abiertas.

—¿Lo ves? —le dijo Sinope, haciendo una profunda reverencia ante el tomo—. Mira, hija, y comprobarás el tacto de Su mano.

A Soalm se le nubló la vista cuando las lágrimas le inundaron los ojos. Ante ella, el oro, la plata y el púrpura iluminaban una austera página de papel de vitela. Encima estaba el retrato del poder angelical del Dios Emperador en pie sobre un hombre arrodillado ataviado con las galas de un comerciante independiente. En las manos del comerciante estaba ese mismo libro, y cayendo de la palma de la mano de su señor, la brillante gota de fluido vital carmesí que descansaba sobre la primera página. El líquido escarlata brillaba como un rubí perfecto, congelado en un pasado muy lejano, tan brillante y tan nuevo como si hubiera caído hacía tan sólo un segundo.

—La sangre del Emperador —dijo con un susurro.

Jenniker Soalm cayó de rodillas en su asombro desbordante, inclinando la cabeza ante la licencia de comercio del clan Eurotas.



CATORCE

LA LLEGADA

DÉJAME VERTE

DISPAROS A MATAR

Se aproximaba el alba cuando el transbordador de la clase Dove cayó del frío y negro cielo sobre sus alas aerodinámicas extendidas. La nave hizo un alargado giro en forma de «S» y se acercó sobrevolando las tierras baldías para realizar el aterrizaje deslizándose por la única pista que permanecía intacta. Las ruedas del tren de aterrizaje levantaron grandes nubes de piedra pulverizada e hicieron saltar chispas mientras la nave auxiliar de la *Yelene* disminuía de velocidad con las alas inclinadas para ofrecer mayor superficie al aire y así perder empuje, hasta que se detuvo poco a poco con una sacudida.

El transbordador era la única fuente de iluminación entre las sombras que se extendían por todo el espaciopuerto de Dagonet. Las luces, al desplazarse, proyectaban charcos blancos sobre el ferrocemento rajado y cubierto de ceniza. Las zonas de los alrededores brillaban al reflejarse la luz en el agua de las lluvias que habían dejado de caer sólo unas horas antes.

Nadie salió de los oscuros edificios sin iluminar para ver a los que acababan de llegar. Si aún quedaba alguien allí, permanecía en silencio con la esperanza de que el mundo no le prestara atención.

En la cabina, el piloto y el copiloto se miraron. Siguiendo las instrucciones del agente, no habían hecho ningún intento de comunicarse con el control del espaciopuerto de Dagonet mientras descendían, pero ambos hombres habían supuesto que las Fuerzas de Defensa Planetaria del lugar se pondrían en contacto con ellos al menos una vez por entrar en su espacio aéreo sin anunciarse.

No había ocurrido nada de nada. Cuando la *Yelene* entró en órbita, no les llegó ningún mensaje ni comunicación. Los cielos que cubrían Dagonet se ahogaban con los restos y los vestigios de un conflicto reciente que habían puesto a prueba las habilidades de la tripulación del puente de la lanzadera para evitar chocar contra algunos de los fragmentos de mayor tamaño, contra las estructuras de las estaciones espaciales destrozadas o contra los cascos de los cruceros de defensa que aún ardían a causa de los fuegos provocados por las explosiones de plasma. El agente les había ordenado que eludieran cualquier nave intacta que detectaran.

La *Yelene* se había acercado a Dagonet hasta donde se había atrevido y después había soltado el transbordador. Mientras descendían, la tripulación vio la devastación reinante. En los lugares en los que los archivos de mapas indicaban que debía haber ciudades, no había más que cráteres coronados de humo que brillaban por los efectos posteriores de las detonaciones nucleares; otros asentamientos simplemente habían sido abandonados. Incluso allí, justo por encima de los riscos que dominaban la propia capital, el planeta se hallaba en silencio, como si estuviera conteniendo la respiración.

—Ya has visto el nivel de destrucción —apuntó el piloto mientras observaba como su compañero hacía una búsqueda por los canales del intercomunicador—. Todo ese polvo y esa ceniza que flotan en la atmósfera podrían debilitar el tráfico de señales. O eso o es que han cerrado las emisiones de comunicación a todo lo largo y ancho del planeta.

El otro hombre asintió con aire ausente.

—Las comunicaciones por cable son más seguras. Podrían estar utilizando señales telegráficas.

Antes de que el piloto pudiera responder, se abrio la escotilla que había detrás de ellos y el hombre llamado Hyssos ocupó todo el marco.

—Apagad las luces —les ordenó—. No llaméis la atención más de lo que sea imprescindible.

—Sí, señor. —El copiloto se apresuró a hacer lo que se le ordenaba y la iluminación exterior se extinguió.

El piloto estudió al agente. Había oído los rumores y relatos que se contaban sobre Hyssos. Decían que era un hombre duro; duro pero justo, y no un ordenancista, como algunos de los comandantes a cuyas órdenes había trabajado el piloto. Aun así, le resultaba difícil cuadrar aquella descripción con su pasajero. Durante toda la travesía desde la flotilla Eurotas hasta el planeta, Hyssos se había mostrado reservado y frío, seco e implacable cuando se llegó a tomar la molestia de hablar con alguien.

—Bajad el compartimento de carga —fue lo único que le respondió.

Una vez más, el copiloto lo obedeció de inmediato asintiendo con la cabeza. La escotilla montacargas que se encontraba en la panza del transbordador descendió hasta llegar a la superficie de la pista. En el interior descansaba una rápida motocicleta a reacción cargada de combustible y preparada para volar.

—Una pregunta —dijo Hyssos al tiempo que se volvía de un lado para otro estudiando el interior de la cabina del transbordador—. Esta nave lleva un núcleo cogitador a bordo. ¿Podrá ponernos en órbita por sí solo?

—Así es —le contestó el piloto, no muy seguro de adónde quería llegar con aquella pregunta—. No es lo recomendable, pero se puede hacer en caso de emergencia.

—¿Qué tipo de emergencia?

—Bueno —comenzó a decir el copiloto, levantando la vista—, si la tripulación se encuentra incapacitada o…

—¿Muerta?

Hyssos levantó las manos repentinamente y unió los dedos para formar unas puntas que clavó en la blanda carne de los cuellos de ambos hombres.

Ninguno de ellos tuvo ocasión siquiera de gritar; sólo, boquearon con un extraño gorgoteo cuando los dedos les atravesaron el cuello.

De sus heridas brotaron unos espesos chorros de sangre, e Hyssos hizo una mueca y les giró las cabezas para que el fluido no le manchara la vestimenta. Ambos hombres murieron viendo cómo sus propios fluidos vitales salían a chorros y empapaban los paneles de control y la parte interior de las ventanas de la cabina.

Lanza se quedó de pie un rato con las manos dentro de la carne de los cuellos de los hombres, sintiendo el hormigueo que le producían las bocas diminutas que la piel demoníaca había formado en las puntas de sus dedos para beber la rica recompensa de aquella sangre. La carne falsa absorbió el líquido y el resto goteó hacia el exterior por la parrilla de las planchas de cubierta que se encontraban bajo los asientos de la tripulación.

Después, una vez quedó convencido de que la piel demoníaca estaba satisfecha y aplacada de nuevo, Lanza se desplazó hasta un cubículo de aseo para limpiarse antes de bajar hacia la bodega abierta. Decidió no molestarse en ponerse ni una máscara de respiración ni unas gafas de vuelo y se acomodó sobre el sillín de la motocicleta a reacción. El pequeño aparato volador era un bloque pesado y rechoncho de acero moldeado del que sobresalían unas pequeñas alas y estabilizadores en todos los ángulos. Respondió ante su peso activando la turbina de propulsión, que se puso en marcha esperando que acelerara.

Lanza se inclinó hacia adelante y bajó la mirada hasta el cristal del visualizador, protegido por un visor, que mostraba un mapa de la zona. Una hilera de indicadores en forma de puntos llevaba desde el espacio-puerto hacia las tierras baldías, siguiendo la línea de lo que antes era un canal de navegación, pero que en esos momentos no era más que un curso seco de tierra polvorienta. El destino secreto que el barón del Vacío le había dado parpadeaba en color azul al final de la línea; un viejo muelle de escala abandonado tras el último ciclo de cambios climáticos. La licencia de comercio se encontraba custodiada allí.

El asesino rio al sentir como se le aceleraba el pulso en los miembros ya de antemano, y se agarró a la palanca del acelerador, lo que hizo rugir el motor.

Tenía que reconocerle el mérito al infocito; el lugar que Tariel le había elegido como escondite era bueno. Estaba bastante alto y se encontraba en el interior de un depósito de agua vacío sobre el tejado de un bloque de pisos a kilómetro y medio de distancia de la plaza. Por esa precisa razón, Kell lo rechazó y buscó otro nuevo. No porque no se fiara del vanus, sino porque el hecho de que dos hombres conocieran el lugar desde el que iba a disparar era un riesgo exponencialmente mayor que si sólo uno lo conocía. Si Tariel era capturado e interrogado, no podría revelar lo que nunca le habían contado.

Y después estaba el tema del orgullo profesional. El depósito de agua resultaba una localización demasiado obvia como para convertirla en escondite. Era demasiado… fácil. Y si Kell pensaba eso, cualquier oficial de las Fuerzas de Defensa Planetaria que se encontrara en la plaza podría pensar lo mismo y colocar contrafrancotiradores.

Cuando el vindicare eligió por fin un lugar, se aproximaba el amanecer. Era otro bloque de pisos, pero éste se encontraba a la mitad de la distancia que el anterior de la calle peatonal de mármol que se iniciaba al pie de los aposentos del gobernador. Por lo que Kell pudo apreciar, parecía que el edificio había sido alcanzado a dos tercios de su altura por un caza aéreo que se había estrellado tras caer en picado. Los pisos superiores del estrecho edificio estaban ennegrecidos por el fuego provocado tras el impacto, y al subir, Kell tuvo que esquivar los obstáculos que constituían los trozos de mampostería mezclados con las partes de alas y los pedazos de fuselaje destrozado. Se encontró con la cola de una nave empotrada en el hueco de un ascensor, como si se tratara de las plumas de un dardo gigante que hubiera quedado enterrado en su diana.

Faltaba un trozo de pared y del suelo en el lugar en el que había impactado, como si algo le hubiese dado un bocado al edificio. Kell

bordeó el hueco de fauces abiertas que se abría a una altura de cincuenta pisos o más y continuó su ascenso. Las plantas que estaban dañadas por el fuego hedían a plástico abrasado y a carne quemada, pero la ceniza gris y pegajosa que cubría todas y cada una de las superficies era mate y no reflectante, lo que constituía un fondo ideal para minimizar todavía más la huella sensora de Kell. Consideró que la habitación que alguna vez había servido como lavandería comunitaria era el mejor lugar, y extendió su capa de camaleonina entre dos sillas cuyas estructuras habían sido deformadas por el calor; aquello, junto con las cualidades de su mono de sigilo de piel sintética, hizo que el francotirador fuera prácticamente invisible.

Golpeó con el pulgar una almohadilla que portaba en la palma del guante. Un transmisor encriptado de un solo uso que llevaba en el chaleco de su atuendo emitió una serial que duró menos de un picosegundo. Al cabo de un momento recibió un mensaje similar como respuesta que encendió la primera de una serie de iconos que tenía en el visor. Era Tariel, que lo informaba de que se encontraba de pie en su punto de disparo en alguno de los edificios del distrito comercial de la zona oeste. A ésta siguió una señal de «listo» de Koyne y después otra del Garantino.

Los dos iconos restantes seguían apagados. Iota no había regresado y se las tenían que arreglar sin la cobertura telepática; si los Hijos de Horus decidían utilizar a un psíquico, ellos no recibirían ningún aviso, pero lo cierto era que la legión del señor de la guerra nunca había confiado antes en cosas así, y los informadores del Asesinorum no tenían noticia de que fueran a hacerlo precisamente ese día. Era un riesgo que Kell estaba dispuesto a correr.

Y Soalm… Jenniker. La finalidad de una envenenadora del Clado Venenum era la de formar parte de la estrategia de salida original de la fuerza de ejecución. La detonación de varias cargas de hipertoxinas de corta duración sembraría la confusión entre la población humana de la ciudad y taponaría las autopistas con civiles aterrorizados, restringiendo así los movimientos de los astartes. Pero tendrían que arreglárselas sin eso, y Kell tenía sentimientos encontrados al respecto. Casi se alegraba de

que ella no estuviera allí formando parte de aquello y de que no corriera ningún riesgo si algo salía mal.

El eco de ese pensamiento le resonó con fuerza en el pecho, y la presión de una emoción repentina lo sorprendió. Recordó la expresión de su mirada cuando entró en la estancia de la mansión perteneciente al clado Venenum: la frialdad y la aversión. Era una expresión idéntica a la que tenía muchos años atrás, la del día en que él le había dicho que iba a aceptar la misión de encontrar al asesino de su padre y de su madre. La única diferencia era que en aquel momento también vio lástima en sus ojos. Quizá, con el tiempo, hubiera perdido la capacidad de sentir compasión.

Ahora se daba cuenta de que había esperado tontamente que ella llegara a comprender por qué él había hecho aquella elección. El asesinato de sus padres había sido una marca candente y dolorosa en sus pensamientos, así como la necesidad de una venganza salvaje, aunque en aquel momento no había encontrado palabras para describirlo. Un hecho que no podía deshacerse y que tampoco podía quedar sin respuesta.

Y cuando la matanza hubo terminado, después de todas las muertes que hicieron falta para acabarla, su padre y su madre seguían muertos, pero él los había vengado, y el precio sólo había sido el del amor de la única persona que aún lo amaba. Kell siempre creyó que si tuviera la oportunidad de cambiar aquel momento, de volver a hacer aquella elección, no habría hecho nada de forma diferente. Pero tras mirar a su hermana a los ojos, se dio cuenta de que aquella certeza se le derrumbaba.

Al principio, le había sido muy fácil estar enfadado con ella, negarla y odiarla por darle la espalda ocultando el nombre de su familia. Pero a medida que fue pasando el tiempo, se le calmó la rabia y se convirtió en otra cosa. Sólo ahora empezaba a comprender que había cristalizado en arrepentimiento.

Una suave brisa lo sacó de su ensimismamiento, y Kell frunció el entrecejo sorprendido por sus propios pensamientos. Se libró de ellos lo mejor que pudo. Volvió a su misión: preparó su escondite, reunió todas sus cosas y colocó lo que iba a necesitar durante el tiempo que estuviera allí

de modo que pudiera alcanzarlo con facilidad. Volviendo sobre sus pasos, colocó parejas de minas de contacto en las escaleras y en los pasillos que conducían a la lavandería para cubrirse la retaguardia antes de colocar la pistola donde pudiera alcanzarla en cualquier momento.

Entonces y sólo entonces, preparó el rifle largo Exitus. Uno de los directores tertius del clado le había hablado de los nihon, una nación de fieros guerreros de la antigua Terra de los que se decía que no podían devolver las espadas a sus vainas después de empuñarlas a menos que sus armas tuvieran sabor a sangre. Había algo en ese ideal que le gustaba a Kell; no estaría bien guardar un arma tan magnífica como ésta sin haber quitado primero una vida con ella.

Se colocó boca abajo para realizar sus meditaciones rutinarias y así relajarse y preparar su cuerpo, pero le resultó difícil. Había asuntos que no tenían que ver con la misión, o mejor dicho, asuntos que se enredaban en ella, que lo tenían preocupado. Frunció el ceño y se puso a trabajar con el rifle, ajustando la cámara de la mira telescópica y comprobando los distintos modos de observación. Kell se había acoplado con el arma durante su estancia con los guerrilleros de Capra, y en ese momento era como si se tratara de una extensión de sí mismo y la usaba con movimientos rutinarios y suaves.

Unas microscópicas placas sensoras que se encontraban en la boca del cañón del rifle pasaban información directamente a su máscara espía, proporcionándole los cambios de tolerancia y detallándole las mediciones de los posibles efectos del viento sobre el proyectil. Colocó el bípode en el suelo con un movimiento rápido y montó el arma. Kell dejó que su entrenamiento calculara el alcance, compensando la caída del proyectil a causa de la distancia, el efecto Coriolis, la atenuación por la humedad que quedaba aún en el aire por las lluvias recientes y otra decena más de variables. Con cuidado, activó un nexo entre su transmisor de un solo uso y el Venablo; un segundo después, apareció un nuevo icono: el Venablo estaba preparado.

Se inclinó para ver a través de la mira telescópica, y el visualizador se hizo más claro y se solidificó. Su línea de tiro cruzaba desde la torre de

habitáculos, pasaba por encima de los restos de un monumento, atravesaba el pasillo de una destrozada oficina del Administratum, y seguía bajando y bajando hasta la plaza abierta que los lugareños llamaban la plaza de la Liberación. Allí era donde Horus Lupercal había matado al encorvado rey sacerdote que había gobernado Dagonet durante sus años más oscuros en los primeros tiempos de la Gran Cruzada. El señor de la guerra había efectuado un solo disparo, pero había causado tal miedo entre los guerreros del tirano que todos bajaron las armas y se rindieron simplemente con verlo.

Una figura apareció ante su vista, ligeramente borrosa por el movimiento del aire a lo largo de los kilómetros de distancia que los separaban. Era un hombre de mediana edad vestido con el uniforme de comandante de las Fuerzas de Defensa Planetaria. Cuando miró en dirección a Kell, movió la boca y, automáticamente, una subrutina de lectura de labios incorporada en el auspex integrado en la mira telescópica convirtió las palabras en texto.

«Ya viene, Kell. No tardará mucho», leyó en el visor.

El vindicare hizo una levísima inclinación de cabeza y utilizó el torso de Koyne para calcular sus últimos ajustes de alcance. Después, la callidus disfrazada desapareció de su vista y Kell se encontró mirando a un trozo de mármol blanco como la leche.

La tormenta de arena la escondía mejor que cualquier camuflaje. Iota avanzó atravesándola, disfrutando de los tirones y empujones del viento sobre su cuerpo, y de los silbidos y el repiqueteo de los granos de arena que rozaban contra el casco de metal en forma de cráneo tirando de las ranuras del animus speculum.

La culexus observaba el mundo a través del ojo de zafiro del arma psiónica, y sentía su pulso y su latido en la periferia de sus pensamientos como si se tratara de frialdad en su cerebro. Los humanos se movían a través del arco de fuego y ella les seguía el rastro. Todos y cada uno de ellos captaban su atención sin llegar a saberlo, pero se estremecían

involuntariamente y se arrebujaban aún más en sus capas de arena para luego apretar el paso y así llegar cuanto antes a un lugar cálido, seguro e iluminado. La sentían sin sentirla y también la omnipresente y siniestra sombra de vacío que proyectaba sobre ellos. Los niños se ponían a llorar sin saber por qué cuando enfocaba su mirada brillante en su dirección. Cuando pasaba cerca de las tiendas llenas de siluetas dormidas, los oía gemir y murmurar en voz baja; sobrevolaba sus sueños como una nube de tormenta arrastrada por el viento que oscurecía los cielos de sus subconscientes durante un momento antes de desaparecer por el horizonte.

El alma de paria de Iota, o su falta de alma, hacía que la gente se alejara de ella, que apartaran la mirada de los oscuros rincones por los que ella se movía. Era de gran ayuda para su capacidad de sigilo, y gracias a ello entró en el campamento del santuario sin causar ninguna alarma. Subió con cierto esfuerzo por el castillete de una grúa en desuso para luego cruzar la cabina vacía y deslizarse por el brazo herrumbroso. Los viejos cables gimieron en un coro atonal cuando el viento los empujó.

Desde allí tenía una buena vista de la embarcación varada que se encontraba en el centro del asentamiento. Todos los caminos existentes salían de allí, y ella ya había visto el aerodeslizador aparcado que asomaba por detrás de una lona amarrada con cuerdas; la última vez que había visto aquel vehículo fue en el escondite de Capra. Se acomodó y se dispuso a esperar.

Finalmente se abrio una escotilla que derramó una luz amarilla en el aire polvoriento, e Iota se desplazó a lo largo del brazo de la grúa para observar mejor.

De allí salió un cuarteto de hombres armados, y entre dos de ellos llevaban un pequeño cofre de metal. Tras ellos caminaban la venenum y la anciana noble que había hablado de aquella forma tan extraña sobre el Emperador. Los sensores auspex del casco de Iota aislaron su conversación de modo que pudiera escucharla.

Soalm estiró una mano para pasarla por la superficie del cofre, y aunque llevaba puesta la capucha, Iota creía poder ver el brillo de la emoción en sus ojos.

—Tenemos una nave pequeña —estaba diciendo—. Puedo subir la licencia a bordo, pero después de eso…

Volvió la cabeza y un golpe de viento se llevó el final de la frase. Sinope, la anciana, asintió.

—El Emperador protege. Debes encontrar al barón Eurotas y devolvérselo —suspiró—. Ya sabemos que no es el más fiable, pero tiene los medios y la capacidad para escapar del sector Taebiano. Otros llegarán a tiempo para hacerse cargo de la reliquia.

—Yo la protegeré hasta ese día. —Soalm volvió a mirar el cofre e Iota se preguntó de qué estarían hablando.

El contenido del cofre tenía un valor que el aspecto desgastado y estropeado de su exterior no dejaba traslucir. Las palabras de Soalm eran casi reverentes. Sinope le tocó la mano a la otra mujer.

—¿Y tus camaradas?

—Su misión ya no es la mía.

Iota frunció el entrecejo tras el cráneo sonriente de plata de su casco al oír aquellas palabras. La culexus era la primera en admitir que su capacidad de comprensión de las costumbres del comportamiento humano estaba poco desarrollada, pero reconocía el sonido de la deslealtad cuando lo oía. Con una flexión de las piernas, se bajó de un brinco de la herrumbrosa grúa, y el brazo dio un fuerte crujido cuando describió una voltereta hacia atrás que la colocó directamente enfrente de los cuatro soldados. Empezaron a levantar sus armas, pero Iota ya tenía su lanzaagujas a la altura de la cabeza de Sinope: había acertado al deducir que la anciana era la persona más valiosa del grupo.

Soalm ordenó a los otros que no dispararan y dio un paso adelante.

—Me has seguido.

—Otra vez —admitió Iota, asintiendo con la cabeza—. Estás a punto de comprometer nuestra misión en Dagonet de forma irreversible, y eso es algo que no podemos permitir. —Con el rabillo del ojo, la culexus vio que Sinope palidecía cuando se atrevió a prestar toda su atención a la protífaga.

—Vuelve con Eristede —le replicó la envenenadora—. Dile que he desaparecido. O que estoy muerta. No me importa.

Iota inclinó la cabeza hacia un lado.

—Es tu hermano. —Hizo caso omiso de la expresión de sorpresa en los ojos de Soalm—. Le importa a él.

—Voy a llevarme la *Ultio* —insistió la otra mujer—. Tú puedes quedarte aquí y formar parte de este suicidio organizado si eso es lo que quieres, pero yo tengo cosas mejores que hacer —respondió, y dirigió los ojos al cofre para después apartar la mirada de forma apresurada.

—Viene Horus —insistió Iota, despertando exclamaciones en algunos de los soldados—, y se nos necesita. Puede que nunca volvamos a disponer de la posibilidad de tener al alcance de nuestras armas al señor de la guerra. ¿Qué puedes llevar tú en una caja de hierro que tenga más valor que eso?

—No espero que lo entiendas —le contestó Soalm—. Eres una paria, naciste sin alma y no hay en ti ninguna fe.

—¿Que no tiene alma…? —dijo Sinope repitiendo las palabras y acercándose—. ¿Es eso posible?

—Este cofre contiene una parte de la divinidad del Emperador, una parte tangible —continuó diciendo Soalm con los ojos brillándole de fervor—. ¡Y voy a protegerlo con mi vida de los monstruosos poderes que se esfuerzan en destruirlo! ¡Creo en esto con mi corazón y con mi espíritu, Iota! ¡Lo juro en nombre del Dios Emperador de la Humanidad!

—Tus creencias no tienen ningún sentido —le replicó a su vez Iota, fastidiada por la irracionalidad de la mujer—. Sólo importa aquello que es real. Tus palabras y tus reliquias son efímeras.

—¿Eso crees? —Sinope dirigió sus pasos sin miedo hacia la culexus mientras extendía una mano—. ¿Es que nunca te has encontrado con algo que fuera Más grande que tú misma? ¿Nunca te has preguntado por el sentido de tu existencia? —Se atrevió a tocar la cara de metal con forma de cráneo—. Mírame a los ojos y dímelo. Déjame verte, niña, te lo pido.

Iota creyó oír el murmullo de un motor a reacción a lo lejos, pero no le hizo caso. En lugar de eso, y sin saber muy bien de dónde venía aquel

impulso, levantó una mano y presionó el botón que permitía que el casco con forma de cráneo se abriera y se escondiera después por encima de sus hombros. Con la cara desnuda frente al viento y la arena, dirigió su mirada hacia la anciana y la mantuvo allí.

—Aquí estoy. —Sintió que se le formaba una pregunta en el interior—. ¿Tiene Soalm razón? ¿Eres capaz de adivinarlo? ¿No tengo alma?

La mano de Sinope se le fue a los labios.

—No… no lo sé. Pero tengo fe en que el Dios Emperador en su sabiduría conocerá la respuesta.

Iota entrecerró los ojos.

—No hay fe suficiente para evitar que mueras.

La nave salió del vacío amortajada por el silencio y el peligro.

Se elevó por el extremo más alejado de la luna de mayor tamaño de Dagonet como un dragón que alzara el vuelo. La nave de combate de los astartes se acercó con la proa cortando el vacío y dirigiéndose hacia el cielo cubierto de restos de los combates. Los pedazos de las naves y los cadáveres desecados por el inmisericorde contacto con el espacio exterior rebotaban contra la nave a babor y a estribor mientras las apretadas filas de baterías colocadas en sus monturas apuntaban al mundo que giraba bajo ellos. Se abrieron varias compuertas, unos grandes arcos de grueso bronce y acero endurecidos para el contacto con el espacio que bostezaron para aprestar los muelles de lanzamiento en los que anidaban las naves Stormbird de desembarco de tropas y los interceptadores Rayen en sus rampas de lanzamiento. Las escotillas de proa que escondían las bocas de los cañones de los misiles se abrieron.

Las pocas naves que había cerca del planeta no se atrevieron a compartir la misma órbita y huyeron con toda la velocidad que sus motores les permitieron. Según se retiraban, transmitían serviles mensajes de respeto cuyo tono era casi de súplica, insistiendo en su lealtad y rogando al comandante de la nave invasora que les perdonara la vida. Sólo una nave no mostró el nivel adecuado de miedo servil: una rápida

lanzadera con los colores de algún comerciante independiente, cuya tripulación se dirigió al espacio exterior enloquecida por el miedo. Igual que un hombre podría estirar uno de sus miembros para prepararlo antes de un día de ejercicio, la nave de combate soltó una desganada andanada de rayos de energía desde una de sus baterías secundarias destruyendo la lanzadera. Y lo hicieron como si se les hubiera ocurrido en el último momento.

La enorme nave pasó por delante del sol, provocando una oclusión parcial de sombra negra sobre el paisaje que sobrevolaban a tanta distancia. Entró, majestuosa e intimidante, en una órbita geoestacionaria, manteniéndose estática por encima de la capital cuando el amanecer hizo que todos los ojos se dirigieran al cielo.

Todas las armas del arsenal de la nave de combate estaban preparadas y orientadas hacia la superficie: formaciones de torpedos con cabezas de combate que podrían pulverizar continentes enteros de un solo golpe, cañones de energía capaces de vaporizar océanos, proyectiles asesinos cinéticos que podrían descabezar montañas con la simple fuerza bruta de su impacto. Y eso era sólo la fuerza de la nave en sí, porque después estaba también la flota menor de naves auxiliares que iban a bordo, cazas y bombarderos que podrían llegar aullando a la atmósfera de Dagonet sobre chorros de fuego blanco. Eran veloces portadores de muerte con poder para arrasar ciudades y quemar naciones.

Y por último, estaba el ejército. Brigadas concentradas de hermanos guerreros mejorados genéticamente, cientos de marines espaciales del Adeptus Astartes equipados con servoarmaduras de ceramita y armados con bólters y espadas sierra, espadas de energía y lanzallamas, lanzamisiles portátiles y cañones automáticos. Las huestes de estos guerreros se congregaban en las cubiertas de reunión, preparadas para embarcar y colocarse en sus puestos dentro de las naves de desembarco de tropas en cuanto los llamaran, mientras que otros, en menor número, pero no por eso menos peligrosos, se reunían tras su comandante general en el teleportarium de la nave de combate.

La nave llevaba consigo una fuerza militar de tal capacidad mortífera y de una letalidad tan tremenda, que el planeta y sus gentes jamás habían conocido nada parecido a lo largo de toda su historia. Y ésa sólo era la primera. Otras naves la seguían a muy corta distancia.

Ésta era la presentación que los Hijos de Horus le concedían a Dagonet, la punta de la hoja de una espada forjada con la conmoción y el pavor.

Muy por debajo, cubriendo todo el espacio de mármol blanco de la plaza de la Liberación, un silencio respetuoso cayó sobre la multitud de personas que se habían ido reuniendo allí desde el atardecer del día anterior y que se habían atrevido, al fin, a aventurarse a salir a las calles. El silencio se irradiaba de aquel lugar como si fuese una ola y se extendía más allá de los límites de la enorme plaza de la ciudad, llegando hasta las autopistas atestadas de vehículos terrestres detenidos y de figuras de pie junto a ellos. Fluía a través de los visores de las pantallas conectadas en cada cruce de calles, y de las que transmitían los aerodirigibles con cámaras aéreas por encima de la residencia del gobernador. El silencio incluso caía desde el murmullo chisporroteante de los altavoces de los intercomunicadores que estaban conectados a las cadenas de noticias planetarias.

El silencio cayó pesadamente sobre el planeta al mismo tiempo que éste miraba hacia el cielo y esperaba la llegada de su redentor, el amo de su nueva lealtad, su dios de la guerra.

A Soalm le temblaban las manos, pero no estaba segura de qué clase de emoción era la que la afectaba. La pasión fervorosa que había surgido al posar sus ojos sobre la licencia de comercio se enrollaba y se revolvía a su alrededor como si otra cosa además de los vientos arenosos la estuviera zarandeando; pero había algo más. Las duras palabras de Iota sobre Eristede habían surgido de la nada y tiraban de sus pensamientos en una dirección en la que ella no deseaba que fueran. Sacudió la cabeza; no era

éste precisamente el momento adecuado para perder su camino. Los lazos que habían existido en el pasado entre Jenniker y su hermano se habían roto por completo mucho tiempo atrás, y seguir dándole vueltas a aquello no serviría para nada. Deslizó las manos hacia los bolsillos escondidos en la sobrepelliz que llevaba bajo la túnica de viaje, buscando los viales tóxicos que tenía escondidos allí. Se preguntó si la culexus lucharía contra ella si se negaba a llevar a cabo las órdenes del Asesinorum. Soalm sabía que el Dios Emperador la perdonaría, pero que su hermano nunca lo haría.

La tensión del momento se rompió cuando se aproximaron dos figuras que salieron de la bruma de la tormenta de arena procedentes del curso seco del canal. Reconoció a Tros por su paso seguro y fuerte. A su lado caminaba un hombre de piel oscura a quien el viento le había echado hacia atrás las hebras de pelo gris que bailaban sobre su cabeza como serpientes errantes. Los recién llegados no llevaban ni máscaras para el polvo ni protección sobre los ojos, y el hombre de piel oscura no dio muestras de que la aspereza de las arenas lo molestara.

Sinope avanzó hacia él, y Soalm vio con el rabillo del ojo que los hombres de la noble se pusieron tensos. No estaban seguros de hacia dónde debían apuntar sus armas.

Iota hizo un ruido extraño que surgió del interior de su garganta y se llevó la mano a la cara, y Soalm creyó ver en ella un fogonazo de dolor.

—¿Quién es? —preguntó Sinope.

—Apareció en mitad de la tormenta —contestó Tros en voz alta para que todos pudieran oírlo. Allí cerca había gente que había acudido atraída por el sonido de las voces y que estaban de pie observando junto a las ventanas de tablillas o en las puertas—. Os presento a Hyssos. Lo ha enviado el barón del Vacío.

El hombre de piel oscura hizo una profunda reverencia.

—Vos debéis de ser lady Astrid Sinope —dijo con una voz firme y resonante—. Mi señor se alegrará de saber que todavía estáis con vida. Cuando nos enteramos de las noticias de Dagonet, nos temimos lo peor.

—¿Eurotas te ha enviado? —preguntó Sinope, quien pareció sorprendida.

—A buscar la licencia de comercio —le confirmó Hyssos. Abrio la mano y mostró el grueso anillo de oro y esmeraldas que tenía en la palma. Era un sello—. Me dio esto para que supierais que soy portador de su autoridad.

Tros cogió el anillo y se lo pasó a Sinope, que lo acercó a una alianza de oro parecida que llevaba en el dedo. Soalm vio un destello de luz cuando los dispositivos de los sensores que llevaban incorporados se comunicaron brevemente.

—Es válido —dijo la noble, como si le costara trabajo creerlo.

Iota se alejó y tropezó con un escalón, y Soalm la siguió con la mirada. La paria jadeó e hizo un sonido parecido a las arcadas. La venenum sintió un extraño y grasiento estremecimiento en el aire, parecido a la estática, sólo que éste era más frío todavía.

Hyssos extendió una mano.

—Si me hacéis el favor. Tengo un transporte esperando aquí cerca y el tiempo es primordial.

—¿Qué tipo de transporte? —quiso saber Tros—. Tenemos niños aquí. Podrías llevártelos…

—Tros —le dijo Sinope en tono de advertencia—. No podemos…

—Por supuesto —la interrumpió Hyssos con suavidad—. Pero que sea de prisa. La licencia es más importante que ninguno de nosotros.

Algo iba mal.

—¿Y viene usted ahora? —Soalm hizo la pregunta casi al mismo tiempo que se le ocurría—. ¿Por qué no vino un día antes o hace una semana? Ha aparecido en un momento muy oportuno, señor.

Hyssos sonrio, pero la sonrisa no llegó hasta sus ojos.

—¿Quién puede desentrañar la forma de actuar del Dios Emperador? Estoy aquí ahora porque así lo desea Él. —Su mirada se endureció—. ¿Y quién eres tú? —La expresión de Hyssos se volvió pétrea cuando miró más allá de Soalm, hacia donde se encontraba Iota con todo el cuerpo temblándole—. ¿Quién eres tú? —repitió, y esta vez no era una pregunta sino una exigencia.

Iota se volvió y soltó un alarido tan primitivo y monstruoso que hizo que a Soalm la sangre se le transformara en hielo. La joven culexus tenía chorreones de líquido en la cara y le caían líneas de color carmesí de los rabillos de los ojos. Llorando sangre, levantó el arma lanzaagujas que llevaba fijada al antebrazo y apuntó a Hyssos. Se llevó la otra mano al cuello y arrancó el dispositivo del collar que regulaba su aura psiónica.

Frente al cercano calor arenoso previo al amanecer apareció una ola de frío polar cuyo epicentro era la psíquica. Todos sintieron su impacto y se tambalearon y perdieron el equilibrio; todos menos Hyssos.

—Tú, puta paria. —La expresión del hombre se retorció mostrando una maldad cargada de odio—. Entonces, lo haremos por las malas.

Soalm vio cómo se le abría la cara como si se tratara de un mecanismo hecho de carne y sangre, y al mismo tiempo cómo sobre la arena que tenía bajo los pies se formaba hielo. En su interior sólo se veían dos cegadores ojos negros y un bosque de colmillos como la boca de una lamprea.

La furia estalló como una supernova y Lanza dejó que lo invadiera. La rabia y la frustración lo consumían. No había nada en esta maldita misión que hubiera salido según los planes. Parecía como si lo estuvieran poniendo a prueba a cada paso que daba, o algo todavía peor, como si el universo indiferente que lo rodeaba se estuviera burlando de él lanzando un obstáculo tras otro en su camino.

Primero la interrupción de la purga y la incapacidad de librarse de los últimos vestigios de la nauseabunda moralidad de Sabrat; después, el descubrimiento de la falsa licencia de comercio y el ridículo secretito de la vergonzosa idolatría de Eurotas; y en ese momento, tras un interminable viaje para encontrarlo, más idiotas piadosos le bloqueaban el camino hasta su premio. Sabía que estaba allí, sentía la presencia de la auténtica licencia escondida en el interior de aquella anodina caja acorazada, y aún seguían intentando evitar que la cogiera.

Lanza hubiera querido hacer aquello de forma rápida y limpia. Entrar, tomar lo que necesitaba y marcharse de nuevo derramando la menor

cantidad de sangre e invirtiendo el menor tiempo posible. Pero parecía que el destino tenía otras ideas, y la piel demoníaca estaba aburrida y gemía y rogaba. Los asesinatos de la nave de transporte habían sido poca cosa. Quería jugar.

En cualquier caso, se había visto obligado, y si debía ser sincero consigo mismo, tampoco le molestaba tanto aquel cambio en los acontecimientos. Lanza había estado tan centrado en recuperar la licencia y lo que contenía que casi no había sido consciente de la tétrica presencia arrinconada en sus pensamientos hasta que le dedicó toda su atención. ¿Quién iba a imaginar que podría encontrarse con algo tan poco frecuente y tan asqueroso como una paria psíquica allí, en Dagonet? ¿Estaba su presencia relacionada con algún tipo de defensa para el libro? Daba igual. Él la mataría.

Invisible para los mortales que los rodeaban, el aura de helada negación de la perra psíquica había cortado el puro y enloquecido estado cambiante de la piel demoníaca y el lazo etéreo que la conectaba, y a Lanza, como su compañero de fusión, al desorden psiónico de la disformidad durante un breve segundo.

Entonces supo que este encuentro no era algo fortuito. La chica era una creación de ingeniería, algo criado en una cuba de maduración y modificado para ser un agujero en el espacio-tiempo, un vacío telepático al que habían dado forma humana. Una paria. Una asesina.

La antiaura de la chica lo bañó y a la piel demoníaca no le gustó su tacto. Se ondulaba y lo pinchaba por dentro, haciendo que su anfitrion compartiera la fría agonía de la caricia mental de la paria. Se negaba a mantener la forma de Hyssos, reaccionando, temblando y gritando pidiendo que la dejara libre. La encarnación casi perfecta que Lanza había realizado del agente de Eurotas se fracturó y se rompió, y finalmente, cuando sintió que la furia aumentaba de forma incontrolable, decidió que iba a permitir que ocurriera.

Aquella materia en forma de piel que se había estado haciendo pasar por carne humana se arrugó y se transformó en grupos de músculo de un rojo crudo y bulboso y en temblorosa carne cubierta de mucosidades. La

chaqueta del uniforme que le cubría los hombros y la espalda se rasgó cuando se vio forzada más allá de lo que el paño podía soportar. Le salieron hileras de espinas curvas de los hombros, mientras que a lo largo de los antebrazos surgieron espadas de hueso finas como cimitarras. De las suelas de las botas emergieron unas garras que se hundieron en los montones de arena, y unas fauces húmedas se distendieron en un bostezo.

Oyó los gritos y los llantos de todos los que lo rodeaban, y el sonido de las armas y de los cuchillos que salían de las fundas y de las vainas. Él ya conocía muy bien esa música.

Lanza dejó que la pátina de la identidad de Hyssos se desintegrara y coordinó el deseo de las armas vivientes de la piel demoníaca; la carne de la disformidad lo adoró por ello.

Al primero que mató aquí fue a un soldado, un hombre que llevaba una ametralladora, al que las espadas de hueso que le habían salido a Lanza lo cortaron en dos por el estómago, partiéndole la espina dorsal en un revoltijo de sangre y de malolientes sustancias intestinales.

Una niebla roja le cubrio la visión. La paria estaba en alguna parte chillando en un coro estridente con las otras mujeres, pero a él le daba igual. Se encargaría de ella dentro de un momento.

El sol salió por su derecha y Kell observó el brillo matutino que proyectaba sobre la plaza. Cambió el campo de visión de la mira telescópica a un aumento menor y observó como la línea de las sombras iba retrocediendo sobre las losas de mármol.

La luz de la mañana tenía una cualidad peculiarmente cristalina por efecto de las partículas que se encontraban en el aire y que llegaban flotando desde las lejanas tierras baldías fugitivas de una distante tormenta de arena. Los niveles de humedad en el ambiente empezaron a bajar y el mecanismo regulador del rifle Exitus los compensó automáticamente, calentando la cámara de disparo con fracciones de grado para asegurar que la única bala que estaba cargada en la recámara se mantenía en un estado óptimo hasta el momento del disparo.

Le llegaron los sonidos de la multitud a pesar de lo elevado del lugar que había elegido. El ruido era bajo y constante, y le recordaba a los tranquilos mares de Thaxted cuando rompían en las playas de barro negro y oscura roca. Hizo una mueca tras su máscara espía y empujó el recuerdo al fondo de su mente; aquél no era momento para distraerse con nimiedades de su pasado.

Con delicadeza, para que su acción no alterara el posicionamiento del arma ni siquiera un milímetro, pulsó el selector de acción cambiándolo de la posición segura a la de preparado. Las runas indicadoras que recorrían verticalmente el visualizador de la mira telescópica le informaron de que el arma estaba preparada para matar. Lo único que Kell necesitaba ahora era su blanco.

Se resistió al impulso de levantar la vista hacia el cielo. Su presa iba a llegar muy pronto.

Un kilómetro hacia el oeste, Tariel se pasó la lengua por los labios resecos mientras deslizaba la mano contra la almohadilla curva que llevaba en el antebrazo, desagradablemente consciente de lo sudorosas que tenía las palmas. Su respiración era irregular y tuvo que hacer un esfuerzo para calmarse hasta que por fin logró dejar de respingar de forma nerviosa a causa de la adrenalina acumulada.

Respiró profunda y lentamente, y notó en la boca el sabor a ozono y a polvo. En los pasillos del bloque de oficinas había montones de papeles que se habían salido de las carpetas abandonadas a causa del pánico, entre hileras e hileras de cubículos de trabajo abandonados después de que se oyeron los primeros disparos de la rebelión. Nadie había vuelto a subir hasta allí desde que los nobles forzaron al gobernador a renunciar al gobierno de Terra; los hombres y las mujeres que habían trabajado en ese lugar se habían escondido, o habían abrazado el nuevo orden, o habían sido ejecutados. Al principio parecía que en los pasillos vacíos y carentes de vida resonaban todavía sus pasos, pero al final Tariel había aceptado que el edificio no era más que un recipiente vacío, igual que tantas otras

instalaciones imperiales en Dagonet. Destripados y abandonados con las prisas de renunciar al Emperador para abrazar a su traicionero hijo.

El vanus se agachó junto al Venablo y puso un dedo en el lateral de su cubierta cilíndrica. El artefacto era casi tan largo como la planta del edificio y le había resultado difícil volver a montarlo en secreto. Pero finalmente las piezas llegadas de las bodegas de la *Ultio* habían funcionado tal y como prometieron los diseñadores del Adeptus Mechanicum. Ya estaba preparado, y a través de la cubierta Tariel sentía la suave vibración del núcleo de energía mientras éste giraba hasta encontrarse en la secuencia de disparo. Satisfecho de que el artefacto se encontrara en perfecto estado, Tariel se agachó y se dirigió a las ventanas del otro extremo que daban al valle de la capital y a la plaza de la Liberación. El infocito se cuidó de asegurarse de que ni los drones de patrulla ni los observadores de tierra de las Fuerzas de Defensa Planetaria pudieran verlo.

Se tomó un momento para comprobar la tolerancia y la posición de los espejos hiperdensos de cristal acorazado de sentainium por décima vez en los últimos diez minutos. Le resultaba difícil dejar en paz el mecanismo, porque ahora que había colocado un nido de focos de alarma y de avisadores sónicos en las plantas inferiores para controlar a los posibles intrusos, le quedaba poco que hacer aparte de estar atento al Venablo y de asegurarse de que funcionaba como debía. En caso de emergencia, podría tomar el control directo, pero esperaba que eso no fuera necesario; era una responsabilidad que no estaba seguro de querer asumir.

Cada vez que comprobaba los espejos, tenía el convencimiento de que en la acción de comprobarlos los había desajustado, de modo que los verificaba de nuevo, se alejaba, y después volvía a empezar el ciclo de la duda. Tariel cerró las manos, apretó los puños, y se mordió el labio inferior; su comportamiento empezaba a acercarse bastante al de una persona obsesivo-compulsiva.

Tuvo que obligarse a darle la espalda a la punta del Venablo y a retirarse hasta las polvorientas sombras del edificio para buscar el lugar que había elegido como refugio para cuando llegara el momento. Se sentó,

cogió su guantelete cogitador y se quedó mirando el visualizador hololítico, que informó a Tariel de que el artefacto estaba listo para llevar a cabo sus funciones. Todo iba bien.

Un minuto más tarde había vuelto de nuevo a los espejos maldiciéndose mientras hacía todas las comprobaciones una vez más.

Koyne caminó por los bordes de la plaza de mármol acercándose a las barreras de metal que contenían a la multitud hasta donde le pareció seguro. La sombra escudriñó las caras de los habitantes de Dagonet que se encontraban al otro lado, las de los adultos y las de los niños, las de los jóvenes y las de los viejos; todos ellos miraban más allá de la figura vestida con el uniforme de las Fuerzas de Defensa Planetaria y fijaban sus ojos en el mismo sitio: el centro de la plaza de la Liberación, donde el mosaico que representaba un ojo abierto despedía rayos de color hacia todos los puntos cardinales. El diseño era una reproducción del sello personal del señor de la guerra, y la callidus se preguntó si lo que quería dar a entender era que él siempre estaba vigilante.

Esa clase de ideas se acercaban peligrosamente a la idolatría e iban más allá del nivel de veneración que debiera esperar un primarca del Adeptus Astartes. Sólo había que contar las estatuas y las obras de arte que representaban al señor de la guerra y que aparecían por toda la ciudad. El emperador tenía más, eso era seguro, pero no muchas más. Y ahora todas las altísimas esculturas del Señor de la Humanidad habían sido derribadas. Koyne había oído decir a uno de los oficiales de las Fuerzas de Defensa Planetaria que había habido pelotones de tropas de los clanes entrenadas en demoliciones limpiando la ciudad durante la noche, con órdenes de asegurarse de que no quedara ileso nada que exaltara el nombre del Emperador.

La asesina torció la boca en una mueca; había algo casi herético en ese comportamiento.

Allí mismo, en un extremo de la plaza, había un montón de escombros grises que habían sido en su momento una estatua del señor de Koyne, y

que ahora habían sido arrinconados sin ninguna cortesía por la oruga motoniveladora de un equipo de zapadores. Koyne había ido a echar un vistazo: en lo alto de los escombros, parte de la cara de la estatua permanecía aún intacta, y miraba al cielo sin verlo. ¿Qué sería lo que podía llegar a ver en un día como aquél?

La callidus se alejó midiendo con la mirada las líneas de nerviosos soldados de las Fuerzas de Defensa Planetaria y a los nobles vestidos con túnicas que esperaban de pie en los brillantes escalones, iluminados por el sol, de la gran residencia. El gobernador Nicran se encontraba entre ellos, esperando junto con los demás ciudadanos de Dagonet la tormenta que estaba a punto de desencadenarse. Entre ellos y las barreras se podía distinguir a simple vista el débil brillo de un campo de fuerza. La pantalla de energía se elevaba a gran altura para formar un perímetro que rodeaba el punto de llegada. Nicran había ordenado colocar generadores de campo que rodearan la entrada a la residencia, por si los luchadores de la resistencia intentaban quitarle la vida a él o a alguno de los nobles renegados.

Koyne sonrio burlonamente. Pensar que esos idiotas se creyeran blancos de gran valor era algo ridículo. Dentro de la escala de la insurrección galáctica, sólo alcanzaban a ser, como mucho, una molestia menor. No eran más que una pandilla de tontos y unos idiotas de miras estrechas que daban por voluntad propia un punto de apoyo a unos peligrosos rebeldes. La callidus siguió avanzando y encontró el lugar que Tariel había elegido al abrigo de alta columna ornamental. Desde allí no había obstáculos que impidieran la vista de la plaza. Cuando tuviera lugar el asesinato, Koyne lo confirmaría de primera mano.

De repente estalló la fanfarria de las trompetas de la banda militar y el gobernador Nicran se adelantó. Cuando habló, el intercomunicador que llevaba en la garganta amplificó su voz.

—¡Gloria al Libertador! —gritó a pleno pulmón—. ¡Gloria al señor de la guerra! ¡Gloria a Horus!

La multitud que se encontraba allí reunida unió sus voces creando un eco atronador.

El Garantino arrancó la escotilla de seguridad del tejado del minarete cuando empezó el griterío y ese sonido enmascaró el chirrido de las bisagras al romperse. Se dejó caer en la galería abierta en la que oficiales uniformados estaban inclinados sobre las pantallas de los sensores y miraban sin cesar por las ventanas ahumadas que daban a la plaza. Sus aparatos de auspex cubrían toda la ciudad y actuaban en conjunto conectados a los aparatos de la patrulla aérea, de las tropas de tierra, de unidades de seguridad del planeta e incluso de los monitores de tráfico. Buscaban amenazas, intentaban localizar individuos con bombas o francotiradores o a cualquiera que pudiera estropear los planes del gobernador para ese día. Si alguien disparaba tan sólo un tiro dentro de los límites de la ciudad, ellos lo sabrían.

Lo que no esperaban era tener a un asesino tan cerca. Primero, el Garantino abrio fuego con combipistola Executor, cuidándose de utilizar sólo el lanzaagujas, porque el fuego de bólter provocaría la alarma demasiado pronto. Sin embargo, con eso fue suficiente. Dos tercios de los hombres estaban muertos o moribundos antes de que el primero de ellos hubiera podido desenfundar su arma. Simplemente no podían competir con los reflejos amplificados y aumentados por las drogas del enfurecido asesino eversor. Todos se movían a cámara lenta comparados con él, y ninguno de ellos podía ni siquiera esperar compararsele. El eversor mató con puñetazos que partieron cuellos y con brutales acuchillamientos, rápidos como balas. Arrancó gargantas convirtiéndolas en masas de carne triturada, rompió costillas y machacó espinas dorsales; y al único oficial de las Fuerzas de Defensa Planetaria que se atrevió a disparar una ráfaga en su dirección, le reservó el regalo final. A ese hombre lo asesinó metiéndole los dedos de su puño neuronal por los ojos y reventándole el cráneo.

Con una carcajada brutal, el Garantino dejó de matar y se pasó la lengua por los labios. La habitación estaba en silencio, pero en el exterior el gentío clamaba por los Hijos de Horus.

Y entonces llegaron.

Un nudo de energía chispeante de color blanco azulado surgió del aire y creció en un instante hasta convertirse en una brillante esfera de rayos. Las torturadas moléculas del aire chirriaron cuando el efecto teletransportador retorció brevemente las leyes de la física hasta un punto de quiebra; un segundo después, la resplandeciente luz y el ruido se evaporaron y en su lugar quedaron cinco ángeles de la muerte.

Adeptus Astartes. La mayoría de la gente que estaba en la plaza nunca había visto a uno de ellos anteriormente, y sólo los conocían por las estatuas que habían visto en los pictogramas de los libros de historia y en los museos. Los reales eran muchísimo más impresionantes de lo que las leyendas les hubieran podido contar.

Los gritos de adulación quedaron silenciados por las exclamaciones ahogadas que salieron de un millar de gargantas. Cuando Horus llegó para liberar Dagonet hacía tantos años, lo había hecho acompañado por los Lobos Lunares, la Decimosexta Legión de los Adeptus Astartes, que aparecieron resplandecientes en sus inmaculadas armaduras blancas como la luna, ribeteadas de marfil, y ésa era la imagen que había quedado impresa en la memoria colectiva del pueblo de Dagonet.

Pero los astartes que se encontraban allí ahora vestían de un amenazante gris acero desde el casco hasta las botas y llevaban la armadura ribeteada de brillante plata. Eran unas sombras gigantescas que resultaban amenazantes para todos los que los observaban. La pesada armadura, desde las placas de las hombreras y de los petos hasta los llameantes visores de ojos rojos de los cascos, resultaba tan impresionante como aterradora. Y allí, tan claro como el sol en el cielo, se encontraba el símbolo del gran ojo abierto, la marca de Horus Lupercal.

El más alto de los guerreros, cuya armadura de combate estaba adornada con más galas que las otras, dio un paso al frente. Estaba cubierto de cadenas de honores y de laureles de combate, y llevaba una capa alrededor de los hombros fabricada con los metales de las minas de

las profundidades de Cthon: el manto del señor de la guerra, forjado por los capitanes de Horus como símbolo de su poder y de su inquebrantable voluntad.

Sacó un bólter adornado con grabados de oro y lo alzó por encima de su cabeza. Después, hizo un solo disparo al aire y el estallido del proyectil resonó como un trueno. El mismo sonido que recorrio Dagonet el día que fueron liberados. Antes de que el casquillo vacío cayera contra el mármol que tenía a sus pies, la multitud empezó a gritar proclamando su lealtad.

—¡Gloria a Horus!

El altísimo guerrero metió el bólter en su pistolera, abrio el casco y se lo sacó para que el mundo pudiera verle la cara.

No podía haber vacilación alguna. Ningún margen de error. Nunca se volvería a presentar una ocasión así.

Los retículos de Kell se encontraban situados sobre el centro de la rejilla del casco del astartes. La resplandeciente interferencia de la distancia pareció derretirse, y ahora sólo estaban el arma y su blanco. Él era parte del arma, el que apretaba el gatillo. La última pieza del mecanismo.

El tiempo se ralentizó. A través de la mira telescópica, Kell vio unas manos acorazadas que agarraban los lados del casco para soltarlo del collarín. Dentro de un momento, la carne quedaría expuesta y el cuello aparecería desnudo. Un blanco claro.

Y si él hacía esto, ¿qué pasaría después? ¿Qué reacciones se sucederían a causa del asesinato de Horus Lupercal? ¿Cómo influiría este momento en los cambios que sucederían en el futuro? ¿Qué vidas se salvarían? ¿Qué vidas se perderían? Kell casi podía oír el sonido de los engranajes de la historia girando a su alrededor.

Disparó.

Cae el percutor. El único proyectil que hay en la recámara es una bala del calibre setenta y cinco fabricada en el mundo forja de Shenlong con las exigencias estrictas de comportamiento balístico del clado Vindicare. Impacta contra la tapa de percusión y el propelente interno entra en combustión. Los gases se canalizan hacia el centro de presión del cartucho, empujándolo hacia adelante por el cañón a una velocidad supersónica. El sonido de la descarga se lo tragan los sistemas de supresión que reducen la huella sónica del arma hasta dejarla en el sonido de una tos seca.

Cuando el proyectil sale del cañón del arma, el rifle largo Exitus envía una señal al Venablo; las dos armas están en perfecta sincronización. El Venablo reúne toda su energía para utilizarla por primera y única vez: se quemará después de un solo disparo.

El disparo recorre la distancia en un solo segundo, trazando con exactitud el arco que se esperaba y dirigiéndose hacia la figura de la plaza. El efecto del viento sobre el proyectil es simbólico y no altera su trayectoria. Después, con un destello, la bala impacta contra el muro de energía. Cualquier disparo realizado con una bala convencional se habría desintegrado en este momento, pero el Exitus ha disparado un proyectil rompe escudos.

Los fragmentos cargados de energía y empapados de partículas cuánticas de giro contrario a la carga habitual rompen la estructura del muro de energía y lo derriban; pero la barrera se encuentra en un circuito cíclico y volverá a reactivarse en menos de dos décimas de segundo.

No es suficiente. La energía del Venablo entra detrás del proyectil rompe-escudos cuando cae el muro de energía; el Venablo es un láser de rayos X de un solo uso, sincronizado con el rifle de Kell, que dispara donde él dispara. El chorro de radiación converge exactamente en el mismo punto sin que nada pueda detenerlo. El disparo impacta en el cuello del blanco, reduciendo su carne a átomos, recalentando sus fluidos hasta convertirlos en vapor, cociéndole la piel y vaporizándole los huesos.

Lo único que se oye es el ruido que hace el cadáver sin cabeza al golpear contra el suelo soltando chorros de sangre sobre el mármol blanco a través del brillante manto del señor de la guerra.



QUINCE
ÉXTASIS
RÉPLICA
JUSTO CASTIGO

Había algo estimulante en matar de este modo.

Los numerosos asesinatos obra de Lanza solían ser un asunto silencioso e íntimo, exclusivamente entre la víctima y el asesino, juntos en una danza que los conectaba de una manera mucho más real y mucho más sincera que cualquier otro tipo de relación. Nadie se encontraba realmente desnudo hasta el momento de su muerte.

Pero aquello… Lanza nunca había matado a más de tres personas al mismo tiempo porque nunca había surgido esa necesidad. Ahora se encontraba mareado por la velocidad con la que le corría la sangre en las venas y se preguntaba por qué no habría hecho esto antes. El placer que le proporcionaba ese frenesí era absorbente y glorioso.

Quitarse de encima toda pretensión de sigilo y todo subterfugio era en sí muy liberador. Estaba siendo auténtico y se estaba desnudando a la vista de todos, y todos salían corriendo cuando lo veían.

Los gritos de los refugiados atravesaban el grave rugido de la tormenta de arena mientras se dispersaban, y él salió corriendo tras ellos lanzando risotadas.

No había estado nunca tan al descubierto. Ya desde niño se ocultaba, asustado de sí mismo. Y después, cuando las mujeres vestidas de oro y plata vinieron a buscarlo a bordo de su nave negra, se ocultó aún más en las profundidades. Ni siquiera los hombres que tenían los ojos de metal y cristal y que hendieron las profundidades de su mente anómala y pervertida habían conseguido ver esta faceta suya.

Lanza era un torrente de garras y garfios y de dientes y cuernos que se movían en remolinos emborronando su piel demoníaca cuando ésta se transformaba para terminar con la vida de cada nueva víctima de una manera diferente y brutal. Por toda la superficie de su cuerpo se abrían unas bocas jadeantes por las que los fluidos vitales salpicaban la carne que quedaba al descubierto y la absorbía.

El último de los soldados le estaba disparando, y sentía estallidos de un dolor abrasador cada vez que uno de los proyectiles de gran calibre impactaba en su espalda o en sus piernas. La piel demoníaca chirriaba al repeler la mayor parte de la fuerza de los impactos, evitando así que los disparos penetraran en la carne de Lanza. Giró sobre uno de sus talones, pivotando como un bailarín y dando una voltereta en el aire. Los otros soldados yacían en los charcos de sus propios fluidos, cuyas últimas gotas eran absorbidas por la arena allí donde les había arrancado las cabezas y les había machacado los corazones. Lanza saltó por encima de los camaradas del soldado e hizo caso omiso de la quemazón de un disparo que le rozó la cara. Se acercó y se ladeó sobre una pierna, levantando el otro pie en un velocísimo arco negro. Sacó las garras, y el punto de impacto fue la cavidad nasal del hombre. Los huesos se hicieron astillas con un crujido húmedo y los fragmentos dentados le penetraron en el cerebro como si fuesen dagas.

¿Qué número hacía este nuevo muerto? En el fragor de la batalla, el asesino había perdido la cuenta.

Después vio que la bruja escondía la cara tras un cráneo de acero y eso dejó ya de importarle. Aquella mujer delgada y enjuta le disparó un abanico de agujas que él consiguió esquivar en su mayoría, aunque un puñado de ellas lograron morder su carne demoníaca antes de que la piel se frunciera y las vomitara de nuevo hacia el polvo, pero aquello no era más que una táctica dilatoria. Sintió el estremecimiento que se movía a través de la disformidad, mientras el monstruo alienígena que cubría su cuerpo temblaba y reaccionaba con desagrado ante la proximidad de aquella mujer.

Una luz enfermiza apareció alrededor del aura del asesino, aspirada hacia el vacío de su interior a través del tejido de su mono de combate. El viento parecía morir alrededor de aquella figura esquelética, como si ella generara una esfera de vacío en la que ni siquiera el sonido era capaz de entrar. Aquella armazón de lentes y púas que sobresalía del lateral del casco con forma de cráneo y de sonrisa sarcástica chisporroteó a causa de su carga de energía, y el aire, perturbado, se dobló como si se tratara de ondas en el agua.

Una corriente negra de energía negativa salió disparada en cascada desde el arma y abrasó a Lanza cuando levantó las manos para bloquearla. El impacto fue terrible y gritó al sentir un dolor que no se parecía a ningún otro que hubiera experimentado antes. La piel demoníaca le ardía en algunos puntos vertiendo arroyuelos de pus amarillento allí donde se había formado una ampolla.

Toda su sensación de diversión murio en aquel momento; aquello no era ya un juego. La psíquica era aún más mortífera de lo que él había creído. Más que una simple paria, ella era… Ella era como él, pero en una versión más pequeña. Pero mientras que las habilidades de Lanza eran inherentes a la estructura retorcida y cambiada por la disformidad de su alma, la chica no era más que una mala copia, una copia a medias tintas. Necesitaba las mejoras biónicas de su casco sólo para aproximarse a su perfección.

Lanza se sintió ofendido por la idea de que algo pudiera aproximarse al poder de su don para matar a través de medios mecánicos. Le daban ganas

de liquidar a la chica sólo por pretender algo semejante.

La piel demoníaca quería que él se replegara, que se retirara y se tomara unos momentos vitales para curarse, pero no prestó atención alguna a sus gemidos e hizo todo lo contrario. Lanza se abalanzó contra la psíquica a pesar de aquel nimbo de frío que la rodeaba por todas partes y que le encogía el alma. Inmediatamente sintió como su propio poder era extraído de su cuerpo con un dolor tan lacerante que era como si ella le estuviera arrancando las arterias de la carne.

Durante un breve instante, Lanza se dio cuenta de que, hasta cierto punto, estaba experimentando lo que sentía una psíquica cuando moría a sus manos. Aquello debía de ser lo que Perrig había sentido cuando se transformó en cenizas.

Arremetió contra ella antes de que la resaca pudiera tragárselo. Unas garras como cuchillas hendieron el aire formando un arco brillante y cortaron el tejido acorazado y la carne del cuello de la chica esquelética. No fue suficiente para matarla de manera inmediata, pero sí para abrirle una vena.

Se llevó una mano a la herida para restañarla, pero no lo hizo con la suficiente rapidez y no pudo detener el chorro de líquido rojo que salió disparado hacia el aire en forma de arco. Lanza abrio la boca y lo recibió en la cara, riéndose de nuevo cuando se ella se tambaleó, ahogándose.

En el interior del casco de Iota la sangre se le encharcaba alrededor de la boca y del cuello, saliéndole a chorros por las orejas y la nariz. Su visión nadaba en rojo a medida que los minúsculos capilares se le iban abriendo dentro de los ojos, y lloró también en rojo.

El animus speculum se puso a funcionar para recargarse y crear una segunda ráfaga de energía. Iota había cometido un error disparando la primera descarga demasiado pronto sin haber dejado que llegase a su máximo de capacidad letal. Su error había consistido en subestimar la potencialidad de esa… cosa.

No tenía ningún marco de referencia para aquello a lo que se estaba enfrentando. Al principio, sin embargo, se había imaginado que se trataba de otro asesino que habían enviado contra ella dentro de algún juego de poder para entorpecer el trabajo de la fuerza de ejecución. No veía la lógica en semejante acción, pero también los dados a menudo habían llevado a cabo extrañas vendettas entre ellos para satisfacer ofensas e insultos triviales; estas cosas ocurrían siempre y cuando no quedara ni rastro de ellas y, lo que era aún más importante, siempre y cuando no supusieran ningún perjuicio para la misión más importante del Oficio Asesinorum.

Pero este asesino era algo que iba más allá de su experiencia. Eso estaba claro. Como mínimo, el golpe de refilón del rayo del animus tendría que haberlo mutilado. Iota dirigió las lecturas de su sensor de aura hacia él y lo que vio allí le resultó chocante.

Increíblemente, su forma psiónica estaba cambiando, transformándose. El sinuoso nimbo de colores fantasmales se vertía en la peculiar carne que envolvía su cuerpo, y ella, comprendiéndolo repentinamente, se dio cuenta de que estaba viendo la mismísima disformidad a través de un espejo empañado; este ser no tenía una vida, sino dos, y entre ellas, una telaraña de hilos de energía telepática las cosía a ambas entre sí dando lugar al poder informe del immaterium. Ella comprendió de repente cómo había podido resistir la ráfaga del animus. Aquella energía, tan letal en el mundo real, no era más que una gota de agua en un inmenso océano dentro de los límites del espacio de la disformidad. Este asesino estaba conectado con lo etéreo de una forma que ella nunca podría estarlo, y había desviado el impacto de la ráfaga del interior de la disformidad, donde se disiparía sin causar daño alguno.

Aquel aura cambiante se oscureció hasta volverse negra como el tizón. Iota lo había visto anteriormente; era la forma que tomaba su propia impronta psíquica. Él estaba reflejando su imagen, y mientras lo observaba, Iota sintió el arrastre gravitacional de su propio poder, que era atraído inexorablemente hacia aquel asesino cambiante y variable.

Era como ella, pero también diferente al mismo tiempo. Mientras que los mecanismos inteligentes del animus speculum aspiraban la potencialidad psiónica y la devolvían en forma de descarga letal, esta cosa, esta aberración monstruosa, podía hacer lo mismo él solo, sin ayuda mecánica alguna.

Era la sangre lo que le permitía hacerlo: la sangre de Iota, ingerida, subsumida, absorbida.

Iota gritó. Por primera vez en su vida gritó realmente de verdad, llegando a conocer las más oscuras profundidades del terror. Los fuegos de su mente se revolvieron y ella los liberó. Él se rio cuando cayeron rodando fuera de él y reverberaron a través del espacio-tiempo.

A Iota se le llenó la boca de ceniza y sus gritos quedaron silenciados.

El momento pareció prolongarse hasta el infinito. No había ni un ruido en la plaza de la Liberación, no se oía siquiera respirar a nadie. Era como si un vacío repentino hubiera sacado toda la energía y toda la emoción del espacio. Fue la falta total de disposición para creer lo que acababa de ocurrir lo que hizo que todo Dagonet se detuviera.

Un segundo después, aquel instante quebradizo se rompió en pedazos como el cristal y la confusión reinó entre las gentes, al tiempo que se abrían las compuertas gemelas del dolor y de la furia. El caos estalló cuando la gente que estaba al frente de las barreras de contención avanzó como una oleada e hizo que los paneles de metal se desplomaran, moviéndose como una lenta ola hacia la línea irregular que formaban los sorprendidos soldados de los clanes. Parte de las tropas habían sacado las armas, mientras que otros se dejaron engullir por el oleaje que se acercaba, embotados por el trauma de lo que acababan de presenciar.

En un impulso que la callidus no pudo calificar, Koyne saltó desde la base de la columna y corrio tras la línea de los crepitantes emisores del muro de energía. Nadie le bloqueó el paso. El asombro allí era algo palpable, casi físico, y se sentía en el aire como si se tratara de humo.

Los enormes astartes habían formado un círculo de combate rodeando el cadáver de su comandante, barriendo con sus armas a derecha e izquierda en busca de un blanco. Su disciplina era admirable, pensó Koyne. Otros seres inferiores, los hombres normales, se habrían rendido ante la furia que debían de estar sintiendo, aunque la callidus no dudó de que eso no tardaría en llegar.

Uno de ellos quitó de en medio a uno de sus soldados de un empujón, arrancándole el casco con un giro de la mano. Durante una fracción de segundo, Koyne vio emoción real en el aspecto pétreo del guerrero; un dolor y una angustia tan profundos que sólo podían provenir de un hermano, de un pariente. El astartes tenía cicatrices en la cara, y desde tan cerca, el asesino vio que llevaba la insignia de rango de hermano sargento de la Decimotercera Compañía.

Le pareció raro. Según la información que tenían sobre los Hijos de Horus, el primarca siempre viajaba con una guardia de honor formada por oficiales, un grupo conocido como el Mournival.

—Muerto —dijo uno de los astartes con la voz tensa y distante—. Asesinado por unos cobardes…

Koyne se acercó todo lo que se atrevió, quedándose de pie cerca de un par de oficiales de las Fuerzas de Defensa Planetaria a los que les costaba decidir si debían acudir junto a Nicran y los otros nobles, o si debían esperar a que los astartes les diesen órdenes.

El sargento se inclinó sobre el cadáver e hizo algo que Koyne no llegó a ver. Cuando se puso en pie de nuevo, sostenía un guantelete en la mano; pero no se trataba de un guantelete. Era un implante fabricado por maestros artesanos; un repuesto mecánico para sustituir un antebrazo perdido en batalla. Se lo había quitado al cadáver, reclamándolo a modo de reliquia. «Pero Horus no…».

—Mi capitán —tronó el sargento, levantando el bólter y negando con la cabeza con gesto apenado—. Mi capitán…

A Koyne el corazón se le volvió de fría piedra dentro del pecho y sus ojos percibieran movimiento cuando el gobernador Nicran se apartó del resto de los nobles y empezó a bajar la escalera hacia los astartes. El

sonido de la multitud se hizo más fuerte, y la callidus tuvo que esforzarse para oír lo que decía el sargento al micrófono del comunicador que llevaba acoplado en la gorguera de la placa pectoral.

—Aquí Korda —gruñó con su ira en aumento—. La posición no es segura. Repito, no es segura. Nos han disparado. El hermano capitán Sedirae… ha sido asesinado.

Sedirae. La callidus conocía ese nombre; era el comandante de la Decimotercera Compañía. Pero eso era imposible. El guerrero al que Kell había disparado llevaba el manto, aquella prenda única que pertenecía al propio primarca…

—¿Horus? —iba diciendo Nicran mientras le rodaban las lágrimas por las mejillas y se acercaba—. ¡No, por las estrellas, no! ¡Que no sea el señor de la guerra, por favor!

—¿Órdenes? —preguntó Korda, haciendo caso omiso del lloriqueo del noble. Koyne no pudo oír la respuesta que transmitieron al microrreceptor del oído del sargento, pero el cambio de postura de la mandíbula del marine espacial daba a entender a las claras lo que le acababan de decir. Sintiendo un latigazo de miedo, la callidus se dio la vuelta y se marchó bajando la escalera a toda velocidad en dirección hacia el gentío.

Koyne oyó el sonido de la voz de Nicran por encima del murmullo de la multitud y se volvió en mitad de la carrera. El gobernador agitaba las manos sacudido por los sollozos delante de los astartes de armadura gris. Sus palabras se perdieron, pero sin duda le estaba rogando o suplicando a Korda, intentado justificarse en vano.

Con un pequeño movimiento, el guerrero levantó el cañón de su bólter y disparó al gobernador a quemarropa reventándole el cuerpo. Como si de un solo hombre se tratara, los astartes de Korda siguieron su ejemplo, dirigiendo sus armas hacia los nobles y ejecutándolos.

Por encima del estruendo de los disparos de los bólters, el astartes gritó una orden que atravesó el alboroto como si fuese un cuchillo.

—¡Quemad esta ciudad! —gritó.

Soalm atravesó aquella carnicería tambaleándose, con la pistola bacterológica en la mano y arrastrando el cofre tras ella. Sinope estaba a su lado e intentaba sostener el otro extremo lo mejor que podía. Todos los soldados de aquella noble habían desaparecido.

El aire polvoriento se sentía pesado, cargado de dolor y del sonido de los disparos de las armas de fuego, y no parecía haber ningún lugar al que pudieran dirigirse para alejarse de él.

Soalm tropezó contra una choza en el momento en que se abatió una oleada de terror efímero cuya estela la alcanzó. El aire se volvió denso y grasiento, impregnado por el rastro de la descarga psiónica, y después oyó el eco de los gritos de Iota amplificados por el comunicador del casco de la culexus.

—Terra bendita… —susurró la anciana.

Sólo podía tratarse del grito de muerte de Iota; ningún otro sonido podría llevar una carga tan terrible de emoción.

Soalm se dio la vuelta en su dirección y vio cómo le llegaba su final. Del cuerpo de Iota surgieron unas repugnantes partículas de energía mientras se retorcía en medio de un murmullo de luz y ruido, y después, su mono de combate se desplomó y el casco de acero plateado cayó al suelo. Unas ráfagas de ceniza gris salieron del uniforme negro cuando cayó al suelo formando un montón arrugado después de que el cuerpo que lo había ocupado se hubiera desintegrado en un abrir y cerrar de ojos. El casco con forma de calavera dejó de rodar y se detuvo derramando más ceniza oscura que el viento se encargó de esparcir.

—¡Jenniker! —la llamó Sinope cuando una forma borrosa se acercó a ellas.

La venenum sintió el tremendo impacto de algo que chocaba contra ella de manera brutal y la lanzó hacia un lado haciéndola soltar el cofre. Pudo disparar dos ráfagas rápidas con su pistola bacterológica mientras caía, y recibió la recompensa del sonido del impacto y el siseo que producían los ácidos cuando alcanzaban la carne.

El asesino de Iota apareció amenazante en las arenas, iluminado desde atrás por la áspera luz del amanecer. Soalm intentaba coger nueva munición tóxica cuando él la golpeó salvajemente, desarmándola con la fuerza del impacto. Su pistola bacteriológica cayó a cierta distancia fuera de su alcance, y Soalm sintió un punzante latigazo de dolor en el pecho cuando se le partieron las costillas. Cayó al suelo entre arcadas, y se encontró sobre un trozo de tierra húmedo; era el barro que se había formado con la arena y la sangre que se había derramado de sus arterias. Apareció un pie con garras que la golpeó otra vez y le rompió un hueso. Soalm miró hacia arriba al oír el sonido de la risa de su atacante.

Aquella sombra que se retorcía se erguía amenazante sobre ella. Entonces apareció una tubería de hierro de la nada que golpeó con fuerza la espina dorsal del asesino, haciéndole soltar un explosivo rugido de furia. Soalm se movió mientras la agonía le recorría todo el cuerpo, intentando apartarse desesperadamente.

La anciana Sinope, con la cara encendida por una furia justiciera, echó hacia atrás aquel arma improvisada y volvió a golpearlo, haciendo acopio de todas sus fuerzas para descargar el golpe.

—¡Por el Dios Emperador! —gritó.

Pero el asesino no le dio ocasión para que lo golpeara por tercera vez. Detuvo la caída de la tubería de hierro, mientras estiraba la otra mano para agarrar el cuello de Sinope, delgado como el de un pajarillo, levantándola del suelo. Con un impulso brutal, agarró la tubería aún más fuerte y la utilizó para atravesar a la noble. Después la soltó y se alejó dando grandes zancadas.

Lanza llegó hasta donde había caído el cofre y Soalm soltó un débil grito cuando la carne negra y líquida del asesino chorreó sobre el mecanismo de la cerradura y la hizo abrirse desde el interior. El libro antiguo cayó sobre la arena y Soalm vio como la cubierta de estasis que lo rodeaba chisporroteaba y desaparecía.

—¡No! —graznó la venenum—. No puedes… No puedes llevártelo.

El asesino se acuclilló y cogió la licencia del suelo, pasando las páginas de prisa y sin el menor cuidado, rompiendo el papel al hacerlo.

—¿Que no? —le contestó él sin mirarla—. ¿Quién va a impedírmelo?

Llegó hasta la última página y soltó una risotada resonante y odiosa. Soalm sintió un latigazo de dolor cuando él arrancó la hoja del lomo de aquella reliquia del clan Eurotas de valor incalculable y sostuvo aquel amarillento papel vitela sobre una mano ahuecada. Durante un instante, a ella le pareció ver el brillo propio del líquido en la página absorbiendo los rayos del sol.

Después, como si se tratara de un manjar exquisito que estuviera degustando en un banquete, el asesino echó la cabeza hacia atrás y abrio la boca, y sus mandíbulas bifurcadas se abrieron como si de una flor obscena se tratara. Una decena más de pequeñas fauces se le abrieron en las mejillas y en el cuello cuando alzó el papel y se tragó la sangre del Dios Emperador.

Empezó a gritar y a aullar, y aquel amasijo de malformaciones se convirtió en una tormenta, de formas tentaculares y de bocas rechinantes que se retorcían. Su cuerpo perdió el control sobre sí mismo y su carne, de un negro rojizo, se deformó y distendió creando formas que resultaban nauseabundas y repugnantes.

Llorando a causa del dolor y del fracaso, Soalm se arrastró hacia el aerodeslizador de Tros, desesperada por huir antes de que concluyera el éxtasis del asesino.

Kell ya estaba en pie cuando el eco de su disparo murio a su alrededor. Se subió la capa de camaleonina para colocársela alrededor de los hombros y se echó el rifle largo Exitus sobre un brazo. Programó los temporizadores de los explosivos que ya estaban colocados para que se pusieran en marcha una vez que él se hubiera marchado. El vindicare se detuvo un momento para añadir una carga extra de explosivo perforante a uno de los pilares del centro de la lavandería. Cuando detonara, el techo se hundiría, y con un poco de suerte borraría lo que quedara intacto en las destrozadas plantas superiores de las torres de habitáculos. No había dejado ni una sola pista tras de sí, pero merecía la pena ser meticuloso.

Kell oyó los sonidos que se elevaban desde las calles cuando se dejó caer hasta el piso inferior en dirección al punto de salida. El desorden se extendería como un incendio descontrolado después del asesinato. La fuerza de ejecución tendría que salir del perímetro de la ciudad antes de que el descontrol general los alcanzara.

Se fue hasta un extremo del suelo hecho añicos y miró al exterior. Veía a la gente que estaba debajo de él como minúsculos puntitos que corrían por las avenidas. Kell le dio un puntapié a un trozo de mampostería que había en el suelo y recuperó sus aparejos de descenso.

El intercomunicador que llevaba en su máscara espía crepitó cuando alguien activó el botón del canal general que tan raras veces se usaba.

Kell se quedó helado. Sólo los miembros del equipo conocían la frecuencia, y todos sabían que aquel canal era un mecanismo sólo de último recurso. A pesar de que estaba concienzudamente encriptado, carecía de la capacidad de ocultar todo rastro como los transmisores monocanal, lo que los convertía en imposibles de localizar; el hecho de que uno de los miembros del equipo lo estuviese utilizando ahora significaba que algo había salido muy, muy mal.

El siguiente sonido que oyó fue la voz de la callidus. Cada una de las palabras que decía se estaba transmitiendo a Tariel y al Garantino al mismo tiempo.

—Misión fallida —dijo Koyne entre jadeos a causa del esfuerzo de la carrera. Se oían disparos de bólter y gritos de fondo—. Repito: misión fallida.

Kell movió la cabeza de un lado a otro. Eso no podía ser cierto; lo último que había visto a través de la mira telescópica del Exitus fue el destello de la radiación cuando el Venablo acabó con la vida del objetivo. Horus Lupercal había muerto…

—Espejo roto —añadió Koyne—. Repito, espejo roto.

La frase en clave impactó a Kell como si hubiera recibido un golpe físico, y se encorvó contra la pared desmoronada. Esas palabras sólo podían significar una cosa: algún sustituto, un suplente sacrificable había ocupado el lugar de su objetivo.

Una tormenta de preguntas recorrio su mente. ¿Cómo podía haberse enterado Horus de que los estarían esperando? ¿Había estado la misión en peligro desde el principio? ¿Los habían traicionado?

¡El guerrero que Kell había colocado entre sus retículos sólo podía haber sido el señor de la guerra! Sólo Horus, el liberador de Dagonet, vestido con su capa, podría haber hecho el gesto imponente del disparo único hacia el cielo. ¡No podía ser verdad! No podía ser…

El momento de duda e incertidumbre brilló con fuerza, pero después se extinguió. No era el momento de ponerse a darle vueltas al giro que habían tomado los acontecimientos. La primera directriz, y la más importante, era la de salir de la zona de ataque y reagruparse para volver a evaluar la situación. Kell asintió para sí mismo. Eso era lo que iba a hacer, decidió. Sacaría a su equipo de este desastre y después determinaría una nueva línea de acción. Mientras quedara un solo agente del Oficio Asesinorum vivo, aún podrían concluir su misión.

Y si mientras tanto salía a la luz algún traidor… Descartó la idea. Lo primero era lo primero. El vindicare pulsó el canal general.

—Recibido —dijo—. A partir de este momento, los lugares de extracción deben considerarse comprometidos. Dirigíos hacia el perímetro de la ciudad y esperad a que contacte con vosotros.

Kell sujetó bien el rifle largo y se ajustó el equipo de descenso a la espalda.

—Ocultaos —les ordenó, y dio por terminada la comunicación con un golpecito al interruptor que desactivaba su intercomunicador.

Una explosión le hizo levantar la cabeza repentinamente, y los sensores ópticos de su máscara espía localizaron la detonación térmica en un ángulo de su visión, rodeándolo de iconos e indicadores. Aparentemente, un vehículo había volado por los aires durante un intercambio de disparos. Se preguntaba quién podría haber sido lo suficientemente tonto como para devolverle los disparos a un astartes justo en el momento en que el rugido de un motor le pasó por encima de la cabeza. Kell se encogió poniéndose a cubierto en un muro semiderruido cuando una nave de color negro pizarra rodeó atronadoramente la torre de

habitáculos sobre las brillantes columnas de fuego que escupían los propulsores. Era un Stormbird con los colores de los Hijos de Horus.

Por un instante temió que los astartes hubieran detectado su escondite, pero el Stormbird pasó por su lado sin haberlo detectado y se dirigió a la ciudad. Kell levantó la vista para mirar el cielo de primeras horas de la mañana y vio más siluetas en forma de aves rapaces bajando desde las nubes altas y dejando tras de sí las estelas de humo provocadas por su entrada en la atmósfera. Fuera quien fuese a quien el disparo mortal de Kell había ejecutado, estaba claro que los astartes del señor de la guerra venían en bloque para vengarlo.

Cuando estuvo seguro de que el Stormbird se había marchado, Kell retrocedió y después echó a correr hacia el agujero que había en el muro. Se lanzó al vacío y sintió la velocidad del aire cuando la gravedad tiró de su cuerpo. Durante unos segundos que le resultaron tremendamente angustiosos, las calles se elevaron hacia él; después sintió un fuerte tirón en los hombros cuando los sensores del equipo de descenso hicieron saltar el disparador del ligero paracaídas de celdillas que llevaba a la espalda. La curva tornasolada de tejido balístico se hinchó y su caída perdió velocidad.

Kell cayó entre gemidos de terror y gritos de violencia buscando una vía de escape.

Todas las cubiertas del *Espíritu Vengativo* temblaban con una violencia prácticamente irrefrenable cuando nave tras nave de desembarco de tropas salieron disparadas de las cubiertas de lanzamiento. Fluían desde la nave de combate formando una larga cadena ininterrumpida de letales aves carroñeras que revoloteaban y giraban en dirección a la superficie de Dagonet llevando con ellas la muerte.

Cerca de ellas había naves al servicio de la división espacial de las Fuerzas de Defensa Planetaria que, o bien daban la vuelta para huir de las naves de la flota del señor de la guerra, o bien se hundían hacia la gravedad de su mundo mientras las llamas las envolvían. El personal de artillería del *Espíritu Vengativo* había sido parco en el uso de sus baterías

megaláser y habían disparado a las naves con la potencia suficiente como para inutilizarlas, pero no como para borrarlas del mapa. Ahora los cruceros de las Fuerzas de Defensa Planetaria se quemarían en la atmósfera y los incendios podrían verse por todo el planeta. Era una manera muy efectiva de dar comienzo a un castigo.

El *Espíritu Vengativo* y el resto de su flotilla traspasaron lentamente el espacio orbital de Dagonet, acercándose hacia el punto donde la nave de Luc Sedirae, la *Thanato*, los estaba esperando. La mayoría de las naves de desembarco de tropas de la *Thanato* ya se habían desplegado y los hombres de la Decimotercera Compañía habían caído sobre la capital en una oleada de furia desatada. El despiadado y atractivo señor de la Decimotercera era adorado por sus guerreros, y ellos iban a vengarlo con ríos de sangre.

Las altas ventanas de observación de la nave de Lupercal miraban hacia la proa del *Espíritu Vengativo*, hacia la curva de Dagonet y hacia la solitaria *Thanato*, que se mostraban ante ellas. Maloghurst dejó al señor de la guerra de pie junto a las ventanas donde se encontraba y cruzó el strategium en dirección al pasillo. A medida que caminaba, iba hablándole en voz baja al grupo de siervos del capítulo que lo seguía dondequiera que fuera. El palafrenero pasaba las órdenes de Horus a sus subordinados, y ellos, a su vez, se movilizaban para trasladar esas órdenes a toda la flota.

Una sombra que aguardaba más allá del umbral lo llamó:

—Palafrenero.

—Primer capellán —le contestó Maloghurst.

Su rostro desfigurado dirigió aquel ceño perpetuamente fruncido hacia el portador de la palabra y despidió al resto de los siervos con un movimiento rápido de su mano con forma de garra.

—¿Deseas hablar conmigo, Erebus? Me habían dicho que estabas ocupado con tus… meditaciones.

Erebus no pareció notar el tono de sorna que Maloghurst le había dado a su pregunta.

—Estaba preocupado.

—¿Por qué?

La cara del portador de la palabra se abrio en una delgada sonrisa.

—Por una voz en la oscuridad.

Antes de que Maloghurst pudiera pedirle una respuesta menos obtusa, Erebus hizo un gesto con la cabeza señalando el extremo de la cámara donde Horus permanecía de pie observando los movimientos de su flota.

El señor de la legión resultaba imponente ataviado con su equipo completo de batalla, con la armadura de rayas de brillante oro y bronce oscuro y las pieles de bestias enormes que le reposaban sobre el hombro a modo de media capa. Su cara estaba oculta en la oscuridad, y sus contornos resultaban escasamente visibles con el frío brillo de las consolas de datos que se encontraban ante él.

—Querría hacerle una pregunta al señor de la guerra —dijo el otro astartes.

—Puedes hacérmela a mí —le replicó Maloghurst sin moverse.

—Como desees. —Erebus hizo una ligera mueca con el labio—. De repente nos encontramos en estado de alerta de batalla. Creía haber entendido que veníamos a este mundo sólo a prestar algo de apoyo y poco más.

—¿Es que no te has enterado? —fingió sorprenderse Maloghurst, divertido por la idea de que, para variar, él supiera algo que el portador de la palabra desconocía—. Al hermano capitán Sedirae se le concedió el honor de actuar como representante del señor de la guerra en Dagonet, pero se ha producido un… incidente. Una trampa, creo. Han asesinado a Sedirae.

La expresión habitualmente despreocupada de Erebus se oscureció durante un momento.

—¿Cómo ocurrio?

—Eso se determinará a su debido tiempo. De momento, está claro que las afirmaciones que aseguraban que la ciudad de Dagonet era un lugar seguro eran falsas. Por culpa de los subterfugios o de la incompetencia de los cuadros militares al mando de Dagonet, un hijo de Horus ha perdido la vida allí abajo. —Maloghurst señaló con un gesto de la cabeza hacia el señor de la guerra—. Horus ha exigido reciprocidad.

—Entonces, ¿los nobles morirán?

El palafrenero asintió.

—Eso para empezar.

Erebus permaneció en silencio durante unos segundos.

—¿Por qué se envió a Sedirae?

—¿Es que estás cuestionando las órdenes del señor de la guerra?

—Sólo pretendo entender…

Las palabras de Erebus murieron en su garganta cuando Maloghurst dio un paso hacia el portador de la palabra.

—Capellán, haríais bien en recordar que un hermano de batalla de gran honor acaba de ser asesinado a sangre fría. Un astartes condecorado al que se tenía en alta estima y cuya pérdida se sentirá profundamente no sólo en la Decimotercera Compañía, sino en la legión entera.

Erebus entrecerró los ojos mostrando así sus dudas ante la mención de la «alta estima» de Sedirae. Aun siendo cierto que el hombre era un gran guerrero, muchos lo consideraban un fanfarrón y un bocazas, y entre ellos, el propio portador de la palabra. Pero como siempre, el capellán se guardó su opinión para sí mismo.

Maloghurst continuó hablando.

—Sería mejor que el señor de la guerra se hiciera cargo de este asunto sin la intervención de nadie que no pertenezca a la legión. —Hizo un gesto con la cabeza a un servidor que se encontraba tras las puertas y éste comenzó a deslizar los altos paneles para cerrarlos—. Estoy seguro de que lo comprendes.

Hubo un momento en que el portador de la palabra pareció estar a punto de protestar, pero después asintió con la cabeza.

—Por supuesto —respondió Erebus—. Me inclino ante tu sabiduría, palafrenero. ¿Quién podría conocer el ánimo del señor de la guerra mejor que tú?

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se sumergió de nuevo en las sombras del pasillo.

Estaban matando todo aquello que se movía.

Los Hijos de Horus empezaron disparando sobre las multitudes que se encontraban en la plaza de la Liberación, aplastando a los civiles y convirtiendo el gentío en una oleada de cuerpos que gritaban y que se pisoteaban unos a otros en un intento desesperado por huir calle abajo y por alejarse de los enormes espacios abiertos.

Koyne, en medio de aquella masa, pudo contemplar aquella matanza mientras avanzaba. Los ecos de la orden de emergencia de Kell seguían oyéndose a través del intercomunicador oculto en la oreja de la callidus.

Los astartes caminaron por la plaza lentamente y con firmeza con los bólters apoyados en las caderas, disparando un tiro tras otro contra aquella gente. Era imposible que los proyectiles de los bólters, parecidos a los misiles, no encontraran ningún blanco, y por cada persona a la que alcanzaron y mataron al instante, otras cayeron muertas o severamente heridas por la fuerza del mismo impacto. Las explosiones se propagaban como ondas atravesando la carne y los huesos de aquellas multitudes apretadas. Y aunque Koyne nunca llegó a verlos, la asesina oyó el silbido y el chisporroteo que producían los lanzallamas. El olor a carne quemada le resultaba familiar.

El pánico era un arma tan poderosa como las propias armas de los astartes. La gente corría y se empujaba, ahogándose en un miedo animal; se pisoteaban unos a otros ciegamente mientras intentaban escapar por las calles radiales que salían de la plaza. Algunos transformaron su miedo en violencia, enarbolando sus propias armas en vanos intentos por abrirse paso en mitad de aquella locura.

Koyne se vio arrastrada por la masa aterrorizada igual que si flotara sobre un mar turbulento, sin oponerse, dejando que las enloquecidas corrientes de flujo y reflujo escupieran un cuerpo de vez en cuando. Cuando las avenidas se convirtieron en bulevares más anchos, la aglomeración se hizo menos densa y la gente echó a correr a toda prisa; a

algunos los esperaban las ráfagas de ametralladora del primero de los Stormbirds, que descendió súbitamente entre los edificios.

La callidus fue arrastrada hasta el extremo de la calle y encontró paso a través de un escaparate que había resultado dañado en los primeros días de la insurrección. Separada por un momento de la gente que gritaba en el exterior, Koyne se atrevió a consultar un pequeño holomapa de la ciudad. Cualquiera de las avenidas podría llevar a la asesina directamente al exterior de la metrópolis y hasta el perímetro de la ciudad, pero los astartes avanzaban en pequeños grupos por todas y cada una de aquellas calles, matando al mismo ritmo y sin hacer distinción a los que corrían y a los que se rendían.

Tras un momento, Koyne se asomó por encima del alfeizar de una ventana destrozada y vio que la mayor parte del gentío ya había pasado. Todavía quedaban algunos rezagados que se dirigían corriendo hacia el sur, y tras ellos, caminando como si no se tratara más que de un paseo matutino, la callidus vio a un solo astartes vestido de ceramita gris con su bólter apoyado en el hombro; iba apuntando el arma según caminaba, escogiendo los blancos al azar y acabando con ellos.

Esto no era un ejercicio militar, era un castigo sumarísimo.

—¡Esto es culpa vuestra! —le dijo una voz cargada de terror y de furia.

Koyne se volvió y se encontró a un hombre con la ropa destrozada y un corte recién hecho que le manchaba la frente de sangre. Estaba de pie al otro lado del suelo lleno de escombros de la tienda, mirando ferozmente a la callidus y señalándola con un dedo tembloroso.

Era el uniforme lo que señalaba. La chaqueta de color pardo de las Fuerzas de Defensa Planetaria de Dagonet, aunque desastrada, seguía siendo parte de la identidad falsa bajo la que Koyne estaba actuando.

El hombre arrastró los pies a través de los cristales, dándoles puntapiés para echarlos hacia los lados y sin preocuparse lo más mínimo por el ruido que estaba haciendo.

—¡Vosotros los trajisteis hasta aquí! —Señaló la calle con un movimiento brusco del dedo—. ¡Ése no es Horus! ¡No sé qué son esas

cosas! ¿Por qué los dejasteis que vinieran a matarnos?

Koyne se dio cuenta de que el hombre no tenía ni idea de lo que había ocurrido; quizá no hubiera visto el proyectil rompe escudos ni el rayo del Venablo. Lo único que veía era una monstruosa máquina de matar vestida con una armadura del color de las tormentas.

—¡Calla de una vez! —le dijo Koyne mientras se abría la chaqueta de las Fuerzas de Defensa Planetaria de un tirón y tanteaba en busca de una pistolera que tenía en un bolsillo interno de su propio cuerpo. Respirando con dificultad, la callidus tiró de la costura de piel. Koyne tenía el arma allí, pero los músculos de la asesina estaban rígidos a causa de la tensión y le estaba resultando difícil relajarse para que el tejido de su piel se abriera —. Mantente en silencio.

Fuera se produjo un movimiento. Alguien que se encontraba en un piso superior del edificio al otro lado de la calle, probablemente algún miembro osado de la rebelión de Capra, o simplemente algún ciudadano de Dagonet harto de ser una víctima, lanzó una bomba incendiaria casera que fue a romperse contra el casco y el hombro derechos del guerrero soltando un chorro de líquido ardiente. El Hijo de Horus se detuvo dando manotazos a las llamas que lamían la ceramita, apagándolas con la parte plana de su guantelete. Mientras Koyne lo observaba todo, el astartes, que todavía tenía pequeños puntitos de llamas de color naranja, pivotó sobre el talón y apuntó su arma hacia arriba.

Se oyó un disparo que resonó como un trueno y el bólter arrancó un trozo de ladrillo de la tercera planta. Un cuerpo que iba dejando tras de sí un rastro de hilos de sangre cayó en espiral junto con el cascote. El individuo había muerto al instante por la proximidad del impacto.

—¡Ellos, ellos te buscan a ti! —gruñó el hombre de la tienda, ajeno a lo que estaba ocurriendo en el exterior—. ¡Quizá fuera bueno que te pillaran!

—¡No! —exclamó Koyne al tiempo que sus dedos tocaban al fin la culata de la pistola que descansaba en el interior del bolsillo de carne falsa que la callidus tenía sobre el estómago—. Te dije que…

Las piedras se convirtieron el polvo y de repente apareció el guerrero en la entrada de aquella tienda destrozada; su cuerpo era tan grande que no cabía por el marco de madera del umbral. Los ojos sin emoción del aterrador casco los escudriñaron a los dos, y después aquella figura avanzó dejando caer el bólter sobre su soporte. Koyne retrocedió tambaleándose mientras el hijo de Horus atravesaba la madera que quedaba en el umbral de la puerta convirtiéndola en astillas y luego desenvainaba el cuchillo de combate a medida que se acercaba. El cuchillo era del tamaño de una espada corta, y la hoja en forma de fractal despedía un brillo apagado.

Antes de que la callidus pudiera reaccionar, el astartes golpeó a la asesina en el pecho con el pomo. Koyne sintió como se le quebraban los huesos y salió despedida dando vueltas hasta que se detuvo con un tremendo golpe contra el suelo. La asesina se sintió satisfecha de una manera perversa; estaba claro que su tapadera se mantenía intacta. Si el astartes hubiera sabido a lo que se enfrentaba, la habría matado inmediatamente.

El hombre la señalaba sin dejar de gritar. El hijo de Horus, que había decidido conservar su munición, avanzó hacia el superviviente arrancando las luces que quedaban en la decoración del techo con la parte superior del casco. Con un movimiento de barrido del cuchillo silenció al hombre separándole la cabeza de los hombros; el cuerpo hizo un baile muy peculiar cuando los nervios lo abandonaron y cayó desmadejado al suelo.

Koyne tenía el arma, pero los movimientos nerviosos de sus músculos y el bolsillo de carne no le permitían sacarla, y el dolor de las heridas causadas por el impacto le arrebataron a la callidus su concentración habitual y el control que necesitaba en un momento como éste.

El hijo de Horus cambió la forma en que sujetaba el cuchillo, sosteniéndolo por la hoja, preparado para lanzarlo. Al segundo siguiente se oyeron los ecos de los estallidos de disparos de bólter y apareció una línea de flores plateadas sobre el peto y la hombrera izquierda del astartes.

A pesar de su visión borrosa, Koyne percibió una forma de hombre que se movía más rápido de lo que ningún humano podría hacerlo; y una cara,

una máscara, un cráneo con colmillos hecho de un descolorido bronce de cañón.

Retrocedió torpemente y la asesina observó al Garantino trazar un arco alrededor del astartes, girando por encima de los mostradores derribados y saltando desde las columnas hasta la pared. Al tiempo que se movía, su pistola Executor rugía, escupiendo proyectiles que resonaban contra la armadura del enorme guerrero y lanzaban chispas al salir rebotados.

El astartes dejó caer el cuchillo de combate y empuñó su bólter, cuyo calibre era bastante mayor que el de la Executor. Un solo disparo directo en un lugar tan reducido como aquel en el que los combatientes se veían obligados a permanecer, significaría la muerte para el eversor; pero, para matarlo, el astartes primero tendría que ser capaz de darle.

Koyne gimió de dolor cuando consiguió sacar lentamente la pistola de su bolsillo de carne, rígido por la tensión, mientras observaba cómo los dos combatientes intentaban acabar uno con el otro. En el reducido espacio de la tienda destrozada, el estrépito de los proyectiles era ensordecedor y el aire se llenó del repugnante olor de la cordita y del polvo pesado y asfixiante del aglomerado pulverizado. Uno de los pilares explotó provocando una lluvia de yeso y madera que cayó desde el piso superior. La callidus oyó el jadeo animal del eversor mientras éste se movía como el rayo de un lado a otro por delante de la línea de visión del marine espacial, incitando al astartes a que le disparara. Las glándulas estimulantes funcionaron a todo ritmo, y los inyectores silbaron cuando las sustancias bioquímicas y el cóctel de drogas que lo hacían ir incluso más allá de la velocidad de los reflejos aumentados del astartes entraron a raudales en la corriente sanguínea del Garantino.

El arma de Koyne, resbaladiza a causa de la mucosidad y los fluidos, por fin salió como un vómito del estómago de la asesina y cayó al suelo. La callidus la empuñó y lanzó un disparo en dirección a la mole de armadura gris. El desestabilizador neural lanzó una descarga de energía repulsiva en forma de columna que se fue extendiendo alrededor del hijo de Horus. El guerrero se tambaleó a causa del impacto y levantó una mano para sujetarse el casco.

Koyne se encontraba apoyada en una pared, y el Garantino pasó por encima de ella con un rugido y a toda velocidad.

—Lo mato yo —gritaba repitiendo las palabras tan de prisa que se convirtieron en un discurso sin pausa—. Lomatoyo, lomatoyolomatoyolomatoyo.

No era más que un borrón formado por garras y por una pistola; demasiado veloz para que el ojo pudiera procesar las imágenes. Saltaron chispas cuando el asesino eversor chocó físicamente con el astartes y lo derribó. El Garantino disparó su Executor a quemarropa hacia el interior de los agujeros de los impactos que el guerrero tenía en el pecho, y le enganchó salvajemente el casco con la garra de su puño neuronal. Koyne oyó cómo gruñía el astartes luchando a su vez furiosamente, pero el eversor era como el mercurio y se le escapaba entre sus torpes dedos acorazados.

Después, cuando la armadura se quebró, una oscura sangre arterial salió a chorros, y el Garantino escarbó en la carne que había debajo. El astartes, ya sin munición para su bólter, golpeaba y aporreaba al eversor, pero si algún impulso de dolor llegaba hasta la mente del Garantino, los mejoradores de la furia y los inhibidores de los sentidos que le corrían por la sangre los amortiguaban hasta dejarlos en nada.

El astartes cayó hacia atrás y se desplomó con un vibrante graznido húmedo. El Garantino, temblando con una risa horrible, recogió el cuchillo de combate del suelo y lo empujó con todo el peso de su cuerpo. El arma se hundió entre los chisporroteantes cables de energía y los músculos de miómero hasta que se clavó en la carne y cortó los huesos.

Tras un minuto, el eversor cayó al suelo, temblando todavía, estremeciéndose con los coletazos de su frenesí químico. Empezó a hablar, esforzándose por hacerlo con claridad y obligándose a ir más despacio mientras tragaba saliva y jadeaba.

—Esto es lo que se siente cuando se mata a uno de ellos. —Sonrio ampliamente tras su máscara de colmillos—. Me gusta.

La callidus se puso en pie.

—Tenemos que ponernos en marcha antes de que venga algún otro de su calaña.

—¿No vas… no vas a darme las gracias por salvarte la vida, cambiaformas?

Sin previo aviso, el astartes se tambaleó hacia adelante separando los guanteletes con un instinto salvaje que alimentaba aquel impulso final de furia asesina. Koyne todavía tenía en la mano su desestabilizador neural, y la asesina disparó a toda potencia contra el cráneo del hijo de Horus. El impacto le desintegró el tejido en una oleada instantánea de muerte cerebral.

El guerrero se tambaleó y volvió a caer. Koyne miró de soslayo al Garantino.

—Gracias —le dijo.



DIECISÉIS
COLISIÓN
LA ELECCIÓN
EL PERDÓN

Había empezado un bombardeo y la gente de la capital de Dagonet temió que se tratara del fin del mundo.

Sin embargo, sabían muy poco sobre la realidad de las cosas. Muy por encima de ellos, en órbita, la única nave de guerra que estaba disparando sobre la ciudad era la *Thanato*, y además, no lo estaba haciendo con sus cañones más potentes. La gente no sabía que toda una flota de naves, vigilantes y expectantes, se hallaba preparada en silencio junto a su nave hermana. Si todas las naves de la flotilla del señor de la guerra hubieran desatado sus mortíferos poderes, entonces sí que sus temores se habrían convertido en realidad: la corteza del planeta se habría agrietado y los continentes se habrían desgajado. Quizá esas cosas terminaran ocurriendo muy pronto, pero por ahora era suficiente con que la *Thanato* lanzara los proyectiles cinéticos sin cabeza de combate, que al pasar a través de la atmósfera emitían chillidos que rasgaban el cielo y cuyo clímax se alcanzaba con los truenos provocados por el impacto de aquellos

proyectiles al destruir las centrales de energía, los complejos militares y las enormes mansiones de los nobles. Desde el suelo parecía una destrucción innecesaria y aleatoria, pero desde la órbita era un diseño de ataque inteligente y quirúrgico.

Koyne y el Garantino se mantuvieron alejados de las principales avenidas y bulevares, evitando las carreteras por las que huían los despavoridos ciudadanos en riadas que se dirigían a los límites de la ciudad. Ya hacía horas de la matanza de la plaza y la gente había perdido las ganas de correr, paralizados por su propio terror. Ahora iban dando tumbos, la mayoría en silencio, algunos empujando carros en los que amontonaban todo lo que habían podido coger o saquear y otros enganchándose a los sobrecargados vehículos terrestres. Cuando las gentes hablaban, lo hacían en susurros, como si temieran que los Adeptus Astartes fueran capaces de oír el sonido de una voz desde el otro lado de la ciudad.

Escuchando desde las sombras de un callejón al otro lado de una destrozada parada de monorraíl, la callidus oyó a la gente hablar sobre los Hijos de Horus. Algunos decían que habían levantado un punto de desembarco en la plaza de la Liberación, que había hordas de Stormbirds estacionados allí vomitando más y más astartes. Otros mencionaron haber visto vehículos acorazados en las calles, incluso titanes de batalla y monstruosas criaturas de guerra.

La única verdad que Koyne pudo deducir con la certeza de todos los datos que había recopilado era que los Hijos de Horus estaban dispuestos a cumplir las órdenes de Devram Korda hasta el final: la ciudad de Dagonet sería poco más que las brasas de una pira funeraria antes de que cayera la noche.

El asesino levantó la vista hacia donde una enorme pantalla pictográfica callejera colgaba en un ángulo inclinado de la parte delantera del edificio de la estación. El visualizador estaba rajado y chisporroteaba por la poco uniforme estática; el texto que comunicaba que la red metropolitana de ferrocarril estaba temporalmente suspendida aún era visible gracias a los píxeles que se habían quedado congelados en el sitio.

Koyne echó un vistazo al dispositivo cautelosamente. Todas las pantallas públicas tenían una serie de pictógrafos a su alrededor conectados con la red de supervisión municipal. La callidus tenía la misma aversión saludable que sentía cualquier espía profesional ante la posibilidad de que lo captaran con una cámara.

Como si hubiera presentido los pensamientos de la sombra, Koyne vio con claridad que uno de los pictógrafos giraba en su cardán de manera titubeante para situarse frente a la línea de refugiados. La asesina volvió a ocultarse en las sombras, sin estar segura de si el monitor la había captado.

Unos cuantos metros más allá en el callejón, el Garantino estaba sentado sobre un contenedor de basura temblando a causa de la bajada de los estimulantes de reflejos. Estaba utilizando un botiquín de campaña para cerrar las heridas que el hijo de Horus le había infligido durante la anterior pelea. Koyne hizo una mueca ante el sonido de una grapadora dérmica al morderle la piel para unir ambos bordes de la herida.

El Garantino levantó la vista; se había quitado la máscara y uno de sus ojos, rajado y en mal estado, lloraba con unos fluidos transparentes. Sonrio mostrando unos dientes manchados de sangre.

—Estaré contigo dentro de un momento, monstruo.

Koyne hizo caso omiso del insulto y se desprendió de lo que quedaba de la andrajosa chaqueta de comandante de la Fuerza de Defensa Planetaria, cambiándola por una chaqueta de brocado que le había robado al maniquí de un escaparate roto.

—Puede que no tengas tanto tiempo.

La callidus se encogió hacia la pared y dejó que la cara del corpulento oficial de las Fuerzas de Defensa Planetaria se disolviera. Le resultaba doloroso realizar un cambio así sin haber meditado lo suficiente y sin haberse tomado su tiempo, pero las circunstancias se lo exigían. El aspecto de Koyne fluyó para mostrar a un hombre joven con cara de niño bajo la misma mata de pelo rebelde y fino.

—¿Recuerdas el aspecto que solías tener? —preguntó el eversor con una fuerte nota de asco en el tono.

Koyne echó al otro asesino una mirada de soslayo, observando con intención aquella topografía de escarificaciones y los innumerables implantes que llevaba tanto debajo como encima de su epidermis.

—¿Lo recuerdas tú?

El Garantino se rio.

—Los dos somos muy guapos, cada uno a su manera —respondió, y volvió a sus heridas—. ¿Hay algún rastro de más astartes?

La callidus hizo un sonido de negación.

—Pero vendrán —dijo después—. Ya he visto este tipo de cosas antes. Recorren la ciudad entera y le pegan fuego a todo lo que encuentran en su camino, desafiando a cualquiera que se atreva a detenerlos.

—Que vengan —gruñó el eversor al mismo tiempo que colocaba el último vendaje alrededor de su ancho muslo.

—La próxima vez habrá más de uno.

—No lo dudes. —Al eversor aún le temblaban las manos—. La envenenadora tenía razón. Todos vamos a morir aquí.

Aquella respuesta provocó una mirada dura de la callidus.

—No tengo ninguna intención de terminar mis días en este mundo atrasado.

Él se rio.

—Tú actúa como si pudieras elegir. —El Garantino hizo un movimiento de metrónomo con los dedos—. Esto huele mal. Tenemos todas las circunstancias en nuestra contra. Alguien debe de haber hablado.

Eso hizo que la callidus se quedara en silencio. Koyne no había querido contemplar esa posibilidad, pero el Garantino tenía razón al sospechar que su misión estaba en peligro. Parecía una deducción lógica dado lo que había ocurrido en la plaza.

El chillido agudo de un animal distrajo la atención de Koyne de aquellos pensamientos tan preocupantes, y el asesino levantó la vista y vio a un ave rapaz sobrevolar el final del callejón, pivotando sobre un ala para planear en dirección a ellos.

La mano del eversor se convirtió en un borrón, y una fracción de segundo después ya tenía su pistola Executor apuntando hacia arriba. Los

sensores de vigilancia incorporados a su atuendo también apuntaron hacia el ave. La pistola lanzaagujas de la combiarma soltó un chasquido y el pájaro murio a mitad del giro, cayendo al suelo como una piedra.

Koyne fue hasta el cuerpo del animal; tenía algo raro, le había parecido ver un destello de luz reflejándose sobre metal…

—Tienes hambre, ¿eh? —le dijo el Garantino mientras la seguía tambaleándose y cojeando ligeramente.

—Idiota.

Koyne sostuvo en alto el cuerpo del pájaro al que un solo dardo de aguja le había dividido el torso en dos partes sangrantes. El ave rapaz tenía numerosos implantes biónicos en el cráneo y en las alas.

—Es un águila psibernética que pertenece al infocito. Nos está buscando. —Koyne volvió a mirar la pantalla pública y las cámaras térmicas que había debajo.

—Quizá fue él el que nos delató —susurró el eversor—. O quizá fuiste tú.

La imagen de la pantalla pública parpadeó y cambió. Ahora se veía una imagen aérea de la calle, después vistas del callejón y luego una confusa caída de las imágenes. Koyne comprendió de repente que el visualizador estaba mostrando de nuevo las imágenes recogidas por los sentidos automáticos del águila.

Algunos de los fugitivos rezagados observaron lo mismo y se detuvieron para ver de nuevo la secuencia de imágenes. Koyne tiró el pájaro muerto a un lado y salió a la calle. Inmediatamente zumbaron todas las cámaras térmicas que se alineaban en la parte baja de la pantalla pública, moviéndose para capturar una imagen de la callidus.

Durante un instante no pasó nada. Si Koyne estaba en lo cierto y era Tariel quien estaba observando a través de aquellas lentes, el vanus se sentiría confuso. Koyne tenía una cara diferente a la última que el infocito había visto. Pero entonces el Garantino salió arrastrando los pies y desaparecieron todas las dudas.

Los refugiados vieron al gigante asesino y retrocedieron a causa del miedo, como si se hubieran dado cuenta de repente de que había un animal

salvaje entre ellos. Koyne pensó que en eso casi estaban en lo cierto. El Garantino los miró de manera burlona mostrando los dientes.

En la parada del monorraíl sonó una sirena y el pesado portón de metal que cerraba la estación separándola de la calle empezó a abrirse trabajosamente sobre unos mecanismos automáticos. La pantalla volvió a parpadear de nuevo, y esta vez el texto anunciaba que el sistema de raíles ya estaba en funcionamiento.

Koyne sonrio ligeramente.

—Creo que ya tenemos transporte.

La callidus dio un paso, pero una mano con garras cogió a la asesina por el brazo.

—Podría ser una trampa —siseó el Garantino.

A lo lejos, otra andanada orbital llegó chillando hasta el planeta, provocando un temblor en el suelo que pisaban.

—Sólo hay una forma de averiguarlo.

En el andén elevado por encima del nivel de la calle sólo había un tren en funcionamiento. La red de líneas de monorraíl había estado inactiva desde el comienzo de la insurrección contra Terra, cerrada primero por las tropas de los clanes nobles como manera de imponer el orden restringiendo el movimiento de los plebeyos por la ciudad, y obligada después a mantenerse sin funcionamiento a causa de la evasión en masa ocurrida en la estación central. Pero algunas líneas aún permanecían conectadas con lo que quedaba del entramado de energía de la capital, y los sistemas de control autónomos que regían el funcionamiento de los trenes, de las líneas y de las estaciones eran unos dispositivos muy simples de controlar; no podían ponerse a la altura de las habilidades de un vanus.

Otra águila psibernética estaba posada sobre la proa del tren y soltó un graznido estridente cuando Koyne y el Garantino subieron corriendo al andén. La callidus echó una ojeada por el hueco de la ancha escalera: algunos de los refugiados más atrevidos se estaban aventurando tras ellos hasta el interior de la estación.

—Rápido —dijo Koyne cuando encontró un vagón con la puerta abierta, y se subió de un salto.

El tren era un transporte de mercancías con el interior separado en diferentes corrales para el transporte de ganado. El aire del interior era denso y estaba cargado del hedor del sudor y las heces de los animales.

Cuando el Garantino subió, el águila alzó el vuelo y el tren dio un tirón hacia adelante con un triquitraque rechinante, lanzando chispas al aire desde las ruedas delanteras que se agarraban al raíl. El ozono chisporroteó y los vagones se alejaron de la estación ganando velocidad.

El tren avanzó traqueteando y resonó un golpe seco contra el metal cuando chocó contra un trozo de mampostería que había caído sobre los raíles. Koyne sacó la pistola neural y se desplazó hacia los vagones de atrás, abriendo la escotilla que daba al siguiente vagón de una patada, y después las otras dos que se encontraban detrás. En el vagón de cola, la sombra encontró cadáveres de groxes; los bovinos estaban tirados en el mismo sitio en el que habían caído sobre el suelo de rejilla metálica. Aún estaban atados a las argollas de las paredes; estaba claro que los habían dejado olvidados en aquella apestosa caja de metal después de que la lucha empezara y que habían muerto de hambre y de sed.

Una vez convencida de que se encontraban solos, la callidus desanduvo todo el tren para reunirse con el Garantino, que observaba el chasqueante conductor cogitador en el achaparrado vagón de la máquina impulsora. A través del cristal roto de la cubierta exterior del compartimento del motor se veía el raíl elevado que tenían delante y que iba bajando hacia el nivel de una de las avenidas principales, que corría paralela al trazado de la autopista radial.

—Si tenemos suerte, podremos ir montados en este cacharro hasta las afueras de la ciudad —dijo Koyne, examinando con aire ausente el glifo de carga del arma neural.

El eversor había vuelto a ponerse su máscara de colmillos y gruñía levemente cada vez que respiraba, con la mirada puesta en la distancia como un depredador que olfatea el viento.

—No tenemos suerte —le replicó—. ¿No lo ves?

El Garantino señaló más allá del tren con un dedo rematado por una garra de metal.

Koyne tomó en las manos unos magnoculares compactos que llevaba enganchados al cinturón y miró a través de ellos. La imagen borrosa se fue enfocando, y las manchas grises se convirtieron en las formas inconfundibles de los Adeptus Astartes con la armadura Maximus, moviéndose para bloquear el camino del monorraíl. Mientras la callidus observaba, ellos tiraban de los restos de vehículos calcinados para cruzarlos en la vía, montando así una barricada improvisada.

—Ya te dije que esto era una trampa —gruñó el Garantino—. ¡El vanus nos está entregando a los astartes!

Koyne hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Si de verdad fuera así, ¿por qué no estamos disminuyendo la velocidad?

Sin embargo, y más bien al contrario, la velocidad del tren parecía ir en aumento y los indicadores de alarma estaban empezando a parpadear en el panel del cogitador a medida que los vagones excedían los límites de seguridad.

Las ruedas chirriaron cuando el tren bajó la pendiente a toda velocidad desde los raíles elevados hasta el cruce del nivel a ras de suelo, y el metal centelleó contra el metal cuando los Hijos de Horus empezaron a abrir fuego sobre el primer vagón, disparando proyectiles de bólter contra el casco desde la protección que les ofrecía su barricada.

El Garantino disparó una ráfaga de fuego automático cubriéndose tras la ventana rota y después siguió a Koyne corriendo hacia los vagones de atrás. Los disparos atravesaban las paredes de los vagones de carga y la luz del sol entraba en los compartimentos con olor a cerrado formando barras luminosas a través de los agujeros producidos por los impactos. Los tablones se estremecían bajo sus pies y cada vez les resultaba más difícil mantener el equilibrio a medida que la velocidad del tren seguía aumentando.

Consiguieron llegar hasta el vagón de cola al mismo tiempo que la máquina se estrellaba contra la barricada y la atravesaba. Los restos de un

vehículo de tierra y de un camión aerodeslizador de caja plana salieron despedidos por la avenida, lanzando a dos astartes hacia los lados con la fuerza del impacto. El metal, al rojo vivo y forzado más allá de sus límites, se rompió, y las ruedas delanteras se separaron del eje. El tren, liberado al instante del monorraíl, empezó a dar bandazos y cayó de lado. Los vagones se estamparon contra el asfalto y lo fueron arañando a todo lo largo de la calle, escupiendo cascadas de asfalto y gravilla.

En el último coche, los asesinos se estamparon contra los cadáveres de los groxes, y la fétida carne de los animales muertos absorbió el impacto. Chirriando y vomitando nubes de brillantes chispas de color naranja, el descarrilado tren de mercancías por fin perdió velocidad y se paró con una sacudida.

Koyne perdió el conocimiento durante lo que le parecieron unos largos minutos. Después la callidus tuvo conciencia de que estaban tirando de ella hacia arriba y luego de que la sacaban por una brecha de lo que antes había sido el techo del vagón. La sombra dio varios pasos temblorosos hacia la calzada, oliendo el alquitrán caliente y el olor acre del metal quemado. La luz del sol hizo parpadear a Koyne mientras buscaba a tientas su desestabilizador neural. Afortunadamente, el arma seguía en su sitio.

El Garantino pasó tambaleándose al mismo tiempo que volvía a cargar su Executor.

—Creo que hemos conseguido que se enfaden —dijo a gritos a la vez que señalaba por encima del hombro de Koyne.

Cuando se volvió, la asesina vio a los gigantes acorazados correr carretera abajo en su dirección y disparando con las armas apoyadas la altura de las caderas. Los proyectiles de los bólters se incrustaban contra el suelo, resquebrajándolo, y contra el tren destrozado haciendo un enorme estruendo al impactar. Koyne sacó el desestabilizador neural y dudó: el arma tenía un alcance limitado y era más apropiada para matar desde cerca. En lugar de eso, la callidus se replegó tras el vagón de carga. Quizá con un buen tiro pudiera derribar a uno de los Hijos de Horus, o incluso hacer cojear a dos de ellos… Pero aquello era un pelotón táctico que se les echaba encima.

—No tenemos suerte —murmuró la asesina, pensando en la posibilidad de que aquel lugar atrasado reclamara la vida de Koyne del clado Callidus.

Una bala rebotó desde la calzada y el Garantino volvió a ponerse a cubierto dando tumbos. Koyne olió el espeso y resinoso olor de los biofluídos; el eversor tenía una herida profunda de color morado negruzco en la espalda.

—Estás herido.

—¿Ah, sí? Vaya.

El otro asesino parecía distraído sacando un cartucho encasquillado de la recámara de su arma. Un bote de metal repiqueteó por el vagón hasta caer cerca de sus pies. Sin dudarlo un instante, el Garantino recogió la granada de explosivo perforante y la volvió a lanzar por la dirección en la que había venido. Koyne se dio cuenta de que cada uno de sus movimientos le suponía un esfuerzo, mientras que de la herida seguía saliendo cada vez más sangre espesa aderezada con productos químicos.

El eversor soltó un grito ahogado pero ululante cuando se descargaron los inyectores anulando su dolor. Miró a Koyne y tenía las pupilas como cabezas de alfiler.

—Se acerca algo. ¿Lo oyes?

Koyne estaba a punto de hablar, pero el repentino rugir de la estela de un motor a reacción ahogó cualquier otro sonido. Entre los edificios que se alineaban en una de las calles laterales se acercaba una aeronave de proa roma; el fuselaje cuadrado colgaba entre dos juegos de alas que terminaban en las cápsulas verticales de los propulsores. Estaba pintado a rayas brillantes blancas y verdes, los colores de la brigada de incendios de la ciudad. Había un hombre ataviado con un mono de sigilo negro en una de las escotillas, y empuñaba un rifle largo. Salió un proyectil de la boca del arma y un coche que estaba calle abajo, explotó.

Koyne tiró del brazo del Garantino cuando la aeronave descendió hacia la calle.

—Es hora de irse —le gritó la callidus.

El eversor tenía los músculos apretados con fuerza, como si fueran fardos de cable de acero, y vibraba con una energía salvaje.

—Dijo que había matado a uno de ellos antes. —El Garantino miraba furiosamente al astartes que se acercaba—. Pues ahora van a ser dos, si es que se le puede creer.

La aeronave daba vueltas por encima intentando encontrar un sitio para posarse mientras los Hijos de Horus dividían su fuego entre los asesinos y la nave.

—Garantino —le insistió Koyne—. Tenemos que irnos.

El asesino enfurecido dio un tirón y se quedó paralizado.

—No me gustas —le dijo, arrastrando las palabras—. ¿Eres consciente de eso?

—¡El sentimiento es mutuo!

Koyne tuvo que gritar para hacerse oír por encima del ruido de los propulsores. La aeronave se mantenía en el aire a menos de un metro de la calzada. Tariel estaba en la cubierta exterior haciéndoles señas frenéticamente para que se acercaran.

—Bien, porque no quiero que te confundas sobre cuáles son mis motivos para hacer esto.

Nada más decir aquello, el eversor comenzó a correr a grandes zancadas, tan rápido que las piernas se le veían borrosas en cuanto se precipitó al exterior tras abandonar el lugar donde estaba a cubierto. Se lanzó directamente hacia las líneas de los astartes. Los casquillos vacíos caían tras él en cascada formando un río de metal que surgía del expulsor de su combiarma.

La callidus soltó un juramento y corrio en dirección contraria hacia la aeronave. Kell se cubría a medias con la escotilla abierta, y el rifle Exitus lo sacudía cada vez que disparaba una de las balas turbopenetradoras contra el pelotón enemigo. Koyne dio un salto y se subió con dificultad al compartimento de tripulación de la nave.

Tariel estaba encogido de miedo, pálido y sudoroso, tras un panel. Parecía estar dirigiendo al piloto servidor de la nave a través del interfaz de su guantelete cogitador. El infocito levantó la vista.

—¿Dónde está el Garantino? —le preguntó a gritos.

—Ha tomado otra decisión —dijo Koyne, desplomándose en la cubierta.

El eversor corrio aullando hacia el centro del grupo de astartes rebeldes, reventando al primero que se encontró y lanzándolo al suelo con una salva chirriante de disparos del Executor. Chocó contra el siguiente y ambos cayeron al suelo, entrechocando el metal y la ceramita. El Garantino sintió el revoltijo ardiente de energía que le corría por las venas y el latir de su corazón mejorado mecánicamente que bombeaba con una velocidad tan increíble que el sonido que le llegaba internamente a los oídos era un rugir continuo. Las glándulas que albergaba en varias cavidades de su abdomen rompieron los ajustes de los reguladores y lo inundaron con dosis de psicodrogas y estimulantes que fueron bombeados directamente hasta sus órganos, mientras que las rejillas atomizadoras de su máscara con colmillos le insuflaron inductores de furia y neuro descargadores puros y sin diluir por la nariz.

Se dejó llevar por una ola de delirio, de un odio negro y loco que lo hacía reír con una risa descontrolada, y cada carcajada era un gruñido asfixiante que resonaba como un disparo. Así era tremendamente rápido, tremendamente letal, y se sentía tremendamente satisfecho.

El Garantino llevaba despierto el periodo más largo de toda su vida, desde antes de que lo encontraran en la colonia con los huesos roídos de sus vecinos en sus manos de niño pequeño, a los que había afilado las puntas para poder matar con ellos. Echaba de menos la felicidad soñadora y sin conciencia de las capuchas de estasis. Se sentía perdido sin las voces susurrantes de los hipnogogos. Este tipo de vida, esta existencia hora a hora y día a día, que el resto de ellos encontraba tan fácil, era un infierno de letargo sofocante para el Garantino. Odiaba la idea de estos interminables «ayer» y «hoy» y «mañana». Él deseaba el «ahora».

Cada segundo que pasaba despierto sentía como si la ira pura que lo alimentaba estuviese siendo desviada, volviéndolo débil y blando.

Necesitaba dormir. Lo necesitaba como el aire.

Pero todavía necesitaba más matar. Mejor que el efecto más fuerte de un filtro de combate, más potente que las borracheras de análogos del placer que segregaban los circuitos lobulares que tenía implantados en la materia gris: matar era la mejor droga de todas.

Estaba machacando el casco del marine espacial, incrustándole las lentes del ojo y golpeando hasta tener las garras llenas de sangre. Usaba el Executor como si fuera una cachiporra con la que triturar a sus adversarios.

Fue consciente de los impactos, de las explosiones de calor infernal que lo apartaron de su víctima, lanzándolo con fuerza a la carretera. Sus pesados fluidos vitales intoxicados por las drogas le salían en espumarajos por la boca y burbujeando por las fauces de la máscara de colmillos. No sintió ningún dolor. Sólo tenía una bola blanca de calor en el estómago que iba creciendo. Se extendió hasta llenar al Garantino como un torrente haciéndole sentir algo que nunca antes había experimentado. Sus implantes titubearon y murieron, hechos añicos por los impactos de refilón de los proyectiles de los bólters y por las heridas de los cuchillos. No le quedaban más que colgajos de piel y carne por debajo de la rodilla derecha.

Todos los músculos de su cuerpo se estremecieron cuando la señal de la muerte activó una glándula artificial en reposo que tenía por debajo del esternón. El órgano hinchado y con forma de globo soltó su carga de veneno y reventó cuando se acercó el final. La glándula Terminus liberó un compuesto en el Garantino que hizo que le hirviera la sangre en las venas, convirtiéndola en ácido. Todas las drogas y los productos químicos se mezclaron de forma incontrolable, convirtiéndose en un potente y tóxico explosivo.

Los tejidos blandos de los ojos del eversor se cocieron en sus órbitas, y se quedó ciego ante el último fogonazo de aquella descarga exotérmica, cuando su cuerpo se convirtió en un infierno de combustión espontánea.

Se arrimaron a los contornos de las calles de la ciudad, moviéndose con tanta velocidad y a tan baja altura como se atrevían a volar, pero en los límites de la capital, los Hijos de Horus tenían poca presencia. En vez de eso, los astartes rebeldes habían permitido a su contingente orbital machacar las haciendas amuralladas y las zonas verdes propiedad de los clanes nobles. La ciudad estaba ahora rodeada por un anillo de enormes cráteres abiertos por los impactos. Los pozos ennegrecidos de tierra quemada se mezclaban en algunos lugares con charcos vidriosos, donde la fuerza de los impactos cinéticos había fundido la tierra, convirtiéndola en placas dilatadas de fulgurita.

Las filas de refugiados cruzaron los cráteres que ellos sobrevolaban. Eran ríos de gente que se movían como hormigas por encima de la huella de un gigante poco compasivo. El aire denso y cargado de humo que cubría la destrucción ocultaba el paso de la aeronave. Tariel les dijo que tenían suerte de que los Adeptus Astartes no hubiesen desplegado la cobertura aérea, porque en aquella bamboleante y lamentable nave civil no habrían podido escapar de los interceptores Rayen.

Siguiendo las órdenes de Kell, el infocito dirigió la aeronave hacia las tierras baldías que se extendían más allá de los muros de la ciudad y hacia el polvo arremolinando de los desiertos. Con cada segundo que pasaba, iban poniendo más y más distancia entre ellos y el hangar del espaciopuerto donde habían escondido la *Ultio*.

Nada los seguía. En un punto determinado, los sensores registraron algo pequeño y rápido que quizá fuera una motocicleta a reacción, pero se encontraba bastante alejado de su vector y no pareció haberse percatado de su presencia.

Finalmente, Koyne rompió el silencio.

—En nombre de Hades, ¿adónde nos dirigimos?

—A buscar a los otros —le respondió el vindicare.

—¿A las mujeres? —Koyne aún permanecía escondida tras la cara de un hombre joven, y la expresión que la callidus puso en ella era demasiado

vieja y demasiado cruel para un rostro tan juvenil—. ¿Qué te hace pensar que puedan estar menos muertas que el eversor?

Kell sostuvo en alto una placa de datos.

—No pensarás en serio que yo perdería de vista a la culexus sin saber exactamente dónde está, ¿verdad?

—¿Un dispositivo de rastreo?

Koyne le echó inmediatamente una mirada furiosa a Tariel, quien se escondió tras el holograma del control del autopiloto de la aeronave.

—¿Uno de tus juguetitos?

El infocito asintió enérgicamente.

—No es más que un inofensivo marcador de frecuencia de radiación. Traje suficientes para cada uno de nosotros.

Koyne volvió su mirada furiosa hacia Kell.

—¿También me implantaste uno a mí? —Los ojos del chico se entrecerraron—. ¿Dónde está?

Kell sonrio con frialdad.

—Las raciones que comiste a bordo de la *Ultio* eran sabrosas, ¿verdad? —Antes de que la callidus pudiera reaccionar, él continuó hablando—: No te pongas difícil, Koyne. Si no hubiera incluido el factor de la contingencia, nunca te habríamos encontrado. Seguirías en la ciudad esperando a que te mataran los guerreros de Horus.

—Pensaste en todo —dijo la sombra—. ¡Menos en la posibilidad de que nuestro objetivo supiera que íbamos a ir!

Tariel comenzó a hablar.

—El objetivo de la plaza…

—¡No era el señor de la guerra! —bufó Koyne—. Soy un asesino palatino con más muertes a mis espaldas de las que quiera molestarme ahora en mencionar, y he sobrevivido a todas las misiones y he conseguido cada una de esas muertes porque no tenía secretos, ni nadie en quien confiar. No había ninguna posibilidad de que se produjera una brecha en la estanqueidad de las operaciones. Y mira dónde estamos, con un grandioso plan para asesinar a un primarca que se hace pedazos a nuestro alrededor. ¿Y para qué? ¿Quién ha hablado, Kell? —La callidus cruzó la pequeña

cabina de la aeronave y le dio un empujón en el pecho al tirador—. ¿Quién tiene la culpa?

—No tengo ninguna respuesta para ti —le confesó Kell en un momento de franqueza—. Pero si alguno de nosotros fuese un traidor al Emperador, habría tenido multitud de oportunidades para detener este intento antes incluso de que saliéramos del Sistema Solar.

—Entonces, ¿cómo pudo prever Horus el ataque? —quiso saber Koyne —. Dejó que muriera uno de sus comandantes en su lugar. ¡Tiene que haberlo sabido! ¿O tenemos que creer que es algún tipo de brujo?

La placa de datos de Kell emitió un pitido y dejó la pregunta sin contestar.

—Un resultado a dos kilómetros hacia el oeste.

Tariel abrio otro panel de fantasmales imágenes hololíticas y asintió con la cabeza.

—Lo tengo. Una posición estática. El auspex de la aeronave está detectando una masa metálica… Las lecturas termales son contradictorias.

—Bájanos.

Debajo, las nubes de polvo se arremolinaban, reduciendo la visibilidad hasta dejarla casi en nada.

—La tormenta de arena y los contaminantes del bombardeo orbital… —El vanus miró hacia arriba y el argumento se le murio en los labios cuando vio la expresión rígida de Kell—. Como desees —suspiró.

Dos de los rataespías de Tariel la encontraron desplomada sobre el manillar de un aerodeslizador que estaba medio enterrado bajo una duna que el viento había formado. Por lo que pudo deducir el infocito, había resultado herida antes de subirse al vehículo, y en algún momento, mientras trataba de escapar hacia el interior del desierto, las heridas la habían vencido y se le habían escapado de las manos los controles del aerodeslizador.

Kell, con una expresión pétrea de furia en la cara, apartó a Tariel de su camino con un empujón y levantó a Soalm de donde yacía. La cara había

perdido su color habitual a causa de los moretones y, para sorpresa del infocito, aún vivía.

Koyne cogió algo del asiento trasero del aerodeslizador: un casco de plata esculpido en forma de calavera, coronado con lentes y antenas de diseño arcano. Cuando la callidus lo levantó hasta la altura de los ojos, del interior cayeron unas cenizas negras que el viento se llevó entre gemidos.

—Iota…

—Muerta. —Soalm se estremeció ante la mención del nombre de la psíquica—. Eso la mató.

Tenía la voz débil y cargada de dolor.

—¿Eso? —repitió Tariel.

Pero Kell ya llevaba a la venenum en brazos hacia la aeronave.

Koyne fue la última en entrar y la callidus cerró la escotilla dando un portazo. La sombra había traído el casco de Iota y lo puso sobre la cubierta de la cabina. Los miró a todos fijamente, muda y acusadora. En el exterior, el viento lanzaba veloces torbellinos de arena sobre la cubierta exterior de la cabina y tiraba de las alas de la nave.

Al otro lado del compartimento, Kell rajó un kit médico y vació el contenido en el suelo de metal. Se puso a trabajar para cargar un inyector con un antiinfeccioso de espectro total.

—Pregúntale qué pasó —le dijo Koyne.

—Cállate —le replicó Kell—. ¡Voy a salvarle la vida, no a interrogarla!

—Si la apartaron de nosotros a propósito —continuó la callidus—. Si fue algo deliberado que Soalm fuese atacada y que mataran a Iota…

—¿Qué pudo haberla matado? —soltó Tariel—. ¡Yo fui testigo en los callejones rojos de lo que era capaz de hacer!

Koyne cruzó la cabina y se acercó al francotirador.

—¡Por amor del Trono, hombre, pregúntale! ¡Sea lo que sea ella para ti, tenemos que saberlo!

Kell dudó, y después, con prudencia y cuidado, reemplazó el agente antiinfeccioso por un estimulante.

—Tienes razón.

—Eso podría matarla —le advirtió Tariel—. Está muy débil.

—No —respondió Kell mientras le colocaba el inyector en el cuello pálido—. No lo está.

Presionó el botón y liberó la dosis de droga.

Soalm reaccionó con un jadeo hueco. Luego se le arqueó la espalda y abrio los ojos como platos a causa de la descarga. Un instante después, cayó sobre la cubierta resollando.

—Tú… —consiguió decir al descubrir con la mirada a Kell, que estaba de pie detrás de ella.

—Escúchame bien —dijo el vindicare con esa curiosa expresión inescrutable en la cara de nuevo—. El Garantino ha muerto. La misión fue un fracaso. Horus envió a otro en su lugar. Ahora sus astartes están arrasando la ciudad por lo que nosotros hemos hecho.

Los ojos de Soalm se desenfocaron durante un momento mientras ella lo asimilaba.

—Un asesino… —susurró—. Un asesino escondido tras la identidad de un agente de un comerciante independiente. —Soalm levantó la mirada—. Vi lo que le hizo a Iota. A los otros simplemente los asesinó, pero a ella… Y después la sangre… —La muchacha empezó a llorar—. Oh, Dios Emperador, la sangre…

—¿Qué acaba de decir? —exclamó Koyne de repente—. ¡La idolatría está prohibida! De todos los…

—¡Cállate! —la cortó Tariel. El infocito se inclinó hacia adelante—. Soalm, ¿hay otro asesino aquí? Y mató a Iota, ¿no?

Ella asintió temblorosa con la cabeza.

—Intentó acabar conmigo… Asesinó a Sinope y a los otros en el santuario. Y después el libro… —explicó entre sollozos.

Kell extendió una mano y se la puso sobre el hombro mientras ella lloraba.

—Puedo mostrároslo —dijo Tariel. Koyne se volvió para ver al vanus cogiendo el casco de Iota entre sus manos—. Me refiero a lo que ocurrio. Hay un cilindro de memoria incorporado al mecanismo del animus speculum. Un grabador de misiones.

—Hazlo —le ordenó Kell sin levantar la vista.

Tariel se apresuró a utilizar sus mecadendritos para abrir, haciendo palanca, los paneles de la parte trasera de la calavera de metal, y conectó varios cables de latón y cobre entre los puertos escondidos en el dispositivo y el proyector de hololitos que llevaba incorporado a su cogitador.

Las imágenes parpadearon y saltaron. Varios fragmentos borrosos de conversación chisporrotearon en el aire cuando el infocito empezó a sondear las profundidades de la unidad de memoria atravesando capas de encriptación. Y después empezó…

Soalm desvió la mirada; no quería volver a ser testigo de aquello por segunda vez.

Tariel vio morir a Iota a través de los propios ojos de la culexus.

Vio al hombre con el uniforme de Eurotas transformarse en la cosa que él mismo llamaba «Lanza»; vio las sorprendentes lecturas de los escáneres de aura que no se parecían a nada de lo que la psíquica se hubiera encontrado antes; y vio el acto terrorífico de la toma de su sangre.

—La probó —susurró Soalm—. ¿Lo veis? Justo en el momento antes de matarla.

—¿Por qué? —quiso saber Koyne, que se sentía asqueada.

—Se trata de un cierre genético —dijo Tariel—. Los rituales psiónicos más poderosos requieren el uso de un componente orgánico para que actúe como iniciador.

—¿Un rito de sangre? —preguntó Koyne, lanzándole una mirada—. Eso no es más que una superstición primitiva.

—Eso es lo que podría parecerle a algunos.

Iota murio de nuevo y la reproducción de audio captó el crudo terror de su grito de muerte. Tariel apartó la mirada lleno de asco. La peculiar psíquica paria no merecía haber muerto de aquella manera tan monstruosa.

Nadie habló durante bastante rato después de que terminara la reproducción. Se quedaron sentados en silencio con las imágenes de la

abominación demoníaca clavadas en sus pensamientos, y con el espectáculo nauseabundo del asesinato de la chica haciéndose eco en el viento que aullaba en el exterior.

—Brujería —dijo Kell al fin con una voz fría y dura—. Los rumores sobre los siniestros planes de Horus son ciertos. Está confabulado con aliados inaceptables.

—Los poderes siniestros… —murmuró Soalm.

—No se trata de magia —insistió Tariel—. Llamadlo lo que es: se trata de ciencia, pero de la ciencia más oscura. Igual que Iota, una creación de intelectos que no se detienen ante ninguna frontera ni ninguna moral.

—¿Qué estás diciendo, que ese tal Lanza, ese engendro de brujería, es algo parecido a lo que era ella? —le preguntó Koyne, entrecerrando los ojos—. La chica nació en un laboratorio, tocada deliberadamente por la disformidad.

—Yo sé lo que… lo que él es —dijo Tariel, sacando de un tirón los cables del guantelete y apagando las imágenes de muerte del holograma—. He oído el nombre de esa criatura.

—Explícate —le exigió Kell.

—Esto nunca debe repetirse en ningún lado. —El infocito suspiró—. El clado Vanus lo vigila todo. Nuestros archivos están llenos de información sobre todos los clados. Es así como mantenemos nuestra posición.

—Haciéndole chantaje a todo el mundo —apuntó Koyne, asintiendo.

—Así es. Sabemos que los culexus pretenden mejorar sus habilidades psíquicas a través de la experimentación. Obtienen a sus candidatos del cuidado de la Hermanas del Silencio. A los que no reclutan para sus filas, los hacen desaparecer por… otras razones.

—¿Ese Lanza era uno de nosotros? —inquirio Koyne con voz llena de incredulidad.

—Es posible —continuó explicando Tariel—. Había un proyecto… que fue declarado inválido por el magíster Culexus en persona… Lo llamaban el paria negro. Un arma viviente capaz de apoderarse de la fuerza psiónica

de su objetivo sin la ayuda de un dispositivo de animus. El antipsíquico definitivo.

—¿Qué fue de ese proyecto? —le preguntó Kell.

—Esos datos no están disponibles. La nave espacial que los culexus utilizaron como su base de operaciones había de ser conducida hasta un sol. Eso era lo que decían las órdenes. Lo sé porque mi mentor tuvo que encargarse de recoger esa información.

—Y este tal Lanza es el paria negro —dijo Kell, frunciendo el ceño—. Y no está muerto, sino al servicio del señor de la guerra. —Negó con la cabeza—. ¿En qué nos han metido?

—¿Y por qué está aquí, en Dagonet? —insistió Koyne—. ¿Para destruir a Iota? ¿Para desbaratar nuestro plan contra Horus?

Soalm respiró con un escalofrío.

—Iota simplemente se interpuso en su camino, igual que todos los peregrinos y los refugiados. Daños colaterales. Lanza quería el libro. La sangre.

—¿De qué estás hablando? —Kell la cogió por el brazo y la obligó a darse la vuelta—. ¿Qué quieres decir, Jenniker?

Ella se lo contó, y cuando lo comprendió, Tariel se sintió flaquear y se desplomó contra el lateral del casco, negando con la cabeza. Su boca dibujó un silencioso «no, no, no» una y otra vez.

—¿La sangre del Emperador? —resopló Koyne—. ¡Eso no puede ser! Esto es una locura… ¿El asesino al servicio de Horus le arranca una página a un libro viejo y con eso puede atacar al ser humano más poderoso que haya existido jamás? ¡La simple idea ya es ridícula!

—Ahora ya tiene lo que quería —insistió Soalm—. Una sincronía con los marcadores genéticos del Dios Emperador. Lanza es como una bomba perfecta, lista para explotar. —La venenum parpadeó para evitar las lágrimas—. ¡Tenemos que detenerlo antes de que abandone el planeta!

—Ya habéis visto lo que Lanza le hizo a Iota —y al decir aquello, Kell miró a la callidus—. Si esa cosa es un espejo para la fuerza psíquica,

¿podéis imaginar lo que ocurriría si lograse llegar a Terra? ¿Si lograra acercarse lo suficiente como para dirigir ese poder sobre el Emperador?

—Un cataclismo… —musitó Tariel—. Lo mismo que le pasó a Iota, pero multiplicado por un millón de veces más. Una colisión de las más letales fuerzas psíquicas que se puedan imaginar. —El infocito tragó con dificultad—. Por el amor del Trono… Podría incluso… matarlo.

Koyne soltó otro resoplido sarcástico.

—¿El Emperador de la Humanidad herido por algo tan extraño y tan efímero? No creo que eso sea posible. Lanza terminará aplastado como si fuera un insecto. ¡No podemos fiarnos de los razonamientos de esta mujer! ¡Los de su clase están gobernados por un arcaico fanatismo espiritual, no por los hechos!

—Sólo me guía el Dios Emperador… —insistió Soalm.

La callidus señaló a la envenenadora con un dedo.

—¿Lo veis? ¡Lo admite! ¡Forma parte de un culto prohibido por el Consejo de Terra! —Antes de que nadie más pudiera responder, la sombra continuó—: ¡Tenemos una misión aquí! ¡Un objetivo! Puede que Horus mandara a este capitán Sedirae para que muriera por designio suyo, o puede que nosotros metiéramos la pata al movernos demasiado pronto, ¡pero eso no importa! El resultado final sigue siendo el mismo. Nuestra misión todavía no ha terminado.

—Vendrá a Dagonet seguro —dijo Tariel—. El señor de la guerra ahora ya no tiene elección. Todos deben ver que el castigo de este mundo pero viene de sus manos.

—Exactamente —insistió Koyne—. Tenemos otra oportunidad para matarlo. La única oportunidad. No se nos volverá a presentar jamás un momento como éste.

Soalm se obligó a sí misma a ponerse en pie a pesar del dolor.

—¡Tú no sabes nada de mí ni de aquello en lo que yo creo, cambiaformas! —gruñó—. Su divinidad es absoluta y te engañas a ti misma intentando negarla. Sólo Él puede salvar a la humanidad de la oscuridad que nos rodea. ¡No podemos fallarle! —Se tambaleó y cayó

contra Kell, quien la cogió antes de que se desplomara sobre la cubierta—. Yo no puedo fallarle… Otra vez no.

—Si Soalm tiene razón —apuntó Tariel—, si éste es el paria negro y ha ingerido una parte de la sangre del Emperador… Lanza intentará huir de este mundo para dirigirse a Terra lo más rápido posible. Y si tiene una nave que pueda llevarlo hasta la disformidad, o peor, si la flota de Horus está esperando a que el asesino llegue hasta ellos, no habrá manera de detenerlo. Hay que matar a Lanza antes de que abandone Dagonet.

—O podemos confiar en el Emperador y seguir sus órdenes —lo contradijo Koyne—. ¿Tú crees que él es divino, Soalm? Puede que yo no esté de acuerdo, pero sí creo que es lo suficientemente fuerte como para no darle importancia a ningún ataque. Creo que él verá acercarse a Lanza y lo atacará desde el cielo. —La cara de niño de la callidus se retorció—. Pero ¿y Horus? El señor de la guerra es una serpiente que sale de su escondite sólo durante un momento. Lo matamos aquí, en este mundo, y terminamos con esta amenaza para siempre.

—¿Y va a ser así de simple? —le replicó Soalm—. Una ciudad llena de gente que está siendo asesinada porque nosotros matamos a un solo astartes. ¿Crees que si muere el señor de la guerra, todos los rebeldes caerán de rodillas incapacitados por el dolor? ¡Será la anarquía, la destrucción y el caos!

—Yo soy el comandante de la misión —las interrumpió Kell, cortando el aire con su voz—. Y soy el que tiene la autoridad aquí. —Echó una mirada furiosa a Soalm—. Nadie volverá a desobedecerme. La decisión únicamente es mía.

—No podemos matarlos a los dos —dijo Tariel.

—Haz despegar la nave —dijo el vindicare al mismo tiempo que alargaba la mano para empuñar su rifle.

Había un grupo de hombres andrajosos en el muro perimetral del espaciopuerto. Algunos de ellos eran soldados y otros no, pero todos llevaban armas provenientes de los saqueos y los rodeaba un aura de

miedo latente. Vieron la motocicleta a reacción precipitarse al interior desde el desierto y le dispararon sin dudarlo. Habían estado intentando matarlos desde que rompió el alba, y no se detuvieron a averiguar si aquel vehículo era amigo o enemigo. La locura y el terror gobernaban Dagonet ahora, y los hombres atacaban a los otros hombres a causa del pánico.

La achaparrada motocicleta a reacción sólo tenía un cañón láser de voltaje medio montado sobre la línea del fuselaje, y Lanza apuntó el arma haciendo virar el vehículo con los mandos de dirección y acribilló las almenas de la muralla con lanzas de fuego amarillo. Los cuerpos explotaron en surtidores de vapor de sangre recalentada cuando los disparos capaces de derribar aeronaves volatilizaban a un individuo con cada impacto. Los que no murieron con la primera descarga fueron asesinados mientras corrían cuando Lanza regresó trazando un rizo cerrado para ametrallarlos siguiendo la línea de la muralla.

Hilachos de músculos y nudos de tejido transformado ondeaban tras la cabeza del asesino formando un gran abanico. Las frondas de la piel demoníaca palpitaban, absorbiendo el vapor de la sangre que había en el aire cuando la moto pasó por encima de la muralla y rozó la pista de aterrizaje en dirección al transbordador.

La nave del clan Eurotas estaba intacta, aunque Lanza vio que había dos cadáveres cerca de la proa. Las armas automáticas de la góndola de proa del transbordador habían disparado a aquella pareja de oportunistas que claramente habían pensado que podían coger la nave para escapar. La pequeña torreta giró para localizar a la motocicleta a reacción cuando Lanza se acercó, pero no disparó; los sensores no detectaron nada, sino que sólo se encontraron con un batiburrillo de lecturas contradictorias que el primitivo cerebro mecánico fue incapaz de descifrar.

Abandonó la motocicleta y corrio hacia el transbordador. Lanza estaba electrizado: todas y cada una de sus neuronas cantaban en virtud de aquel burbujeante poder y de una sensación de anticipación vertiginosa. La minúscula gota de sangre que había consumido era como el más dulce de los néctares. Burbujeaba a través de su conciencia como un vino potente y turbulento. Tuvo un destello de la memoria de Yosef Sabrat, la sensación

de haber bebido un vino añejo con Daig Segan y de haber saboreado su perfección. Esta experiencia era muchísimo más potente. Se había atrevido a probar un sorbo de la copa de un ser más poderoso que ningún otro, y sólo haberlo probado ligeramente le hacía sentirse como el rey de toda la creación. Si aquello no era más que una muestra, pensó, qué clase de gloria sentiría el Emperador por el simple hecho de existir.

Lanza soltó una risotada profunda y resonante hacia el cielo lleno de nubes. Ahora, él era un arma cargada. Infinitamente letal. Preparado para cometer el mayor asesinato de la historia.

Sólo necesitaba acercarse…

Bajo el ala de estribor alcanzó a ver un pequeño vehículo con forma de tambor sobre unos gruesos neumáticos; era un depósito de combustible mecanizado, manejado por un simple autómata. El dispositivo era uno de los muchos sistemas parecidos que había en el espaciopuerto; máquinas que podían hacer los trabajos de los hombres, cargando, descargando o dando servicio a las naves que pasaban por las instalaciones. Pero, como tantas otras cosas de Dagonet, en el desorden que se había instalado en el planeta, a nadie se le había ocurrido desactivar los robots, de modo que seguían con sus tareas programadas, ignorando el hecho de que los edificios se habían desplomado a su alrededor y sin darse cuenta de que lo más probable era que sus dueños humanos estuvieran muertos entre los escombros.

El autómata había realizado su labor obedientemente y había llenado los depósitos del transbordador de promethium. Lanza tuvo dudas ya en la escalerilla de subida a la cabina, y su humor entusiasta vaciló.

Por encima de su cabeza, las luces rojas y los truenos llegaban de forma incesante desde la ciudad en llamas, y la boca de Lanza se retorció con algo parecido a una mueca. En realidad no había esperado que los Hijos de Horus lo siguieran tan de cerca hasta Dagonet. Esperaba haber tenido un día, o quizá dos, pero las mareas de la disformidad eran caprichosas. Se preguntó si habrían estado trabajando con algún tipo de información para traer a todos estos jugadores al mismo sitio y al mismo tiempo. Pero ¿con qué fin?

Lanza apartó ese pensamiento. Estaba tan concentrado en abandonar este lugar que no se había parado a pensar en que los medios para escapar quizá ya no estuvieran en su mano. Lo más probable era que si la flota del señor de la guerra estaba allí, la lanzadera Yelene estuviera en su poder o bien hecha pedazos.

—Debo llegar a Terra…

Dijo esas palabras en voz alta, con la necesidad quemándole por dentro; y después sintió una mancha distante en su percepción. Una presencia poderosa y siniestra. Espontáneamente, Lanza volvió a levantar la vista hacia la tormenta.

Sí. Su señor estaba allí arriba, bajando la vista hacia Dagonet, buscándolo. El asesino veía la mirada oscura y penetrante de Erebus en el diseño de las nubes. Su señor lo estaba esperando, vigilándolo para ver qué iba a hacer a continuación, como un profesor paciente con un estudiante apreciado.

Lanza soltó la escalerilla y se dirigió hacia la parte delantera del transbordador. Todo empezaba a encajar. Después de coger la sangre, sólo tenía que llegar hasta su objetivo y llevar a cabo el asesinato. Erebus estaba allí para ayudarlo; su señor le daría la nave que necesitara. Sería su último acto como mentor.

El asesino cogió uno de los cuerpos de la pista de aterrizaje y lo arrastró al socaire del ala, a cubierto de las gruesas gotas de lluvia negra que seguían cayendo. Lanza recordó los rituales de comunicación que Erebus le había grabado en la memoria. Sólo tardaría un momento en prepararlos. Hundió los dedos en la profunda herida que el hombre tenía en el torso y recogió en el cuenco de la mano un puñado de sangre medio coagulada; después, con rapidez, Lanza la utilizó para dibujar una serie de glifos sobre la agrietada superficie de ferrocemento. Hizo los círculos y las cruces, construyendo línea a línea el diseño de una estrella de ocho puntas. Una vez que la hubiera terminado, a Erebus le resultaría tan visible como una llamarada en una noche sin luna. Su señor la vería y lo sabría. Él lo entendería.

El viento cambió de dirección durante un instante, llevando el olor del cadáver y el olor acre del promethium hasta las fosas sensitivas que tenía Lanza en las fauces llenas de colmillos; y además, le trajo el son y el zumbido de unas turbinas.

Levantó la cabeza bruscamente y alcanzó a ver una forma blanca y verde que bajaba a través de la niebla. Algo brilló en la escotilla abierta, y Lanza se apartó de un salto del lugar donde se encontraba en respuesta a un acto reflejo.

Una bala arañó la superficie de su piel demoníaca como si se tratara de una cuchilla de afeitar, abriendo un surco que escupió un abanico de fluido del color del ébano; su sangre contaminada se desparramó por encima de los glifos a medio dibujar, estropeando el ritual. Lanza se tambaleó. Una fracción de segundo más tarde, y la bala lo habría alcanzado entre los insondables pozos negros de sus ojos.

Tensando los músculos de los brazos, Lanza levantó las palmas de las manos con un giro brusco de la muñeca, y en la carne demoníaca aparecieron nuevos orificios. Largos huesos afilados entrechocaron ruidosamente en el aire con una descarga de neblina rosada.

—¡Ten cuidado! —le advirtió Tariel, quien movió con fuerza los mandos para hacer virar la aeronave hacia un lado, lo que dejó al descubierto la panza del transporte.

Kell se tambaleó, perdiendo el equilibrio durante un segundo mientras agarraba el rifle con fuerza. Koyne, sorprendentemente fuerte para el cuerpo casi insustancial que utilizaba, lo agarró y evitó que cayera. Cerca de ellos, Soalm se agarraba como si se le fuera la vida en ello, temblando a causa de la corriente de aire frío que entraba por la escotilla abierta.

Los fragmentos de hueso acribillaron el casco de la aeronave y atravesaron el fuselaje de metal. Kell se estremeció cuando varios de ellos le impactaron en el pecho y se alojaron en su armadura. Koyne gritó cuando la nave se enderezó, la callidus cayó de espaldas y un círculo de

brillante carmesí floreció a través de la tela que cubría el muslo de la sombra.

Kell se pasó una mano por el pecho y lanzó los fragmentos lejos de él. Cuando cayeron a la cubierta, perdieron su naturaleza, convirtiéndose en algo blando y flexible. Ante el asco del vindicare, los fragmentos empezaron a retorcerse como si fueran gusanos ciegos. Los pisoteó hasta convertirlos en manchas de pus blanco y se llevó el Exitus al hombro.

—¡Tariel! ¡Da la vuelta!

La aeronave había llegado en la dirección en la que soplaba el viento, y las nubes y los truenos provenientes del bombardeo de la capital habían enmascarado su acercamiento. Ahora volaban en círculo sobre el transbordador aparcado, que lucía claramente los colores del Consorcio Eurotas en el casco. Lo que Kell vio a través de la mira telescópica era inquietante: se había enfrentado a humanos de todas las calañas, a criaturas mutantes, e incluso a alienígenas. Pero Lanza no se parecía a ninguno de ellos. Incluso desde aquella distancia, exudaba una amenaza contaminada que lo ponía enfermo sólo con mirarlo.

—¡Se dirige a la cabina! —le gritó Tariel—. ¡Kell!

El tirador vio la mancha borrosa de la criatura asesina mientras corría; la cosa llenaba el aire de bruma a su alrededor, como si se tratara de olas de calor que se levantaran de un ardiente desierto, lo que hacía muy difícil apuntarle. Tensó el dedo sobre el gatillo. Había una bala de fragmentación de alta velocidad en la recámara, que al impactar contra un objetivo orgánico se fracturaría en millones de pequeñísimos fragmentos del grosor de un pelo, y cada uno de ellos era un haz de cables monomoleculares. Los cables se expandirían formando una esfera que cortaría la carne y los huesos como un tornado de espadas.

Lo haría si él lograba acertar en el blanco. Pero Kell había fallado el primer tiro. Incluso desde una plataforma en movimiento, a través de la lluvia y contra un blanco parcialmente oculto, él debería haber acertado.

El vindicare tomó una decisión repentina. Empujó la corredera del rifle hacia atrás, sacó la bala de fragmentación que no había usado, y con un

movimiento rápido metió en la recámara abierta una bala con la punta roja que había sacado de un bolsillo del brazo.

—¿A qué estás esperando? —le preguntó Koyne—. ¡Mátalo!

La recámara del Exitus se cerró sobre la bala ígnea y Kell giró el rifle largo alejándolo del blanco. Hizo caso omiso a los gritos de Koyne y su mira telescópica se llenó con la forma del depósito de combustible.

El compuesto incendiario de su siguiente disparo dio contra el depósito principal de promethium y lo hizo estallar. Un puño de fuego naranja dio la vuelta al transbordador y las llamas se lo tragaron. Una onda expansiva de aire húmedo golpeó a la aeronave y la obligó a descender con tal brusquedad que el impacto de la toma de tierra arrancó de cuajo el tren de aterrizaje.

Kell se levantó mientras pequeños trozos de metal del casco caían del cielo en desorden y rebotaban en la pista de aterrizaje. Durante un momento, lo único que vio fueron las formas danzantes y retorcidas de las llamas; pero después, algo rojo y humeante salió de los restos de la nave y empezó a correr hacia el edificio de la terminal del espaciopuerto.

El vindicare gruñó y levantó el rifle, pero el peso del arma le dijo que la recámara estaba vacía. Soltó una maldición mientras introducía un nuevo cargador, sabiendo como sabía que sería demasiado tarde. Cuando volvió a mirar a través de la mira telescópica, Lanza se había desvanecido.

—Se ha puesto a cubierto —dijo al mismo tiempo que se daba la vuelta—. Necesitamos…

—¿Eristede?

La voz de su hermana lo dejó inmóvil en el sitio. Estaba tumbada sobre la cubierta y tenía la piel cerúlea. Tenía también sangre en los labios, y cuando movió las manos vio que le sobresalía del pecho un pedazo de hueso dentado.

Dejó caer el rifle y corrio hacia ella, poniéndose en cuclillas a su lado. Las viejas y fuertes emociones, enterradas desde hacía mucho tiempo, estallaron dentro de él.

—Jenniker, no…

—¿Lo has matado?

Sintió que la sangre abandonaba su rostro.

—Todavía no.

—Tienes que hacerlo. Pero no impulsado por la furia, ¿entiendes?

La vieja y familiar ira que siempre lo había alimentado brotó en los pensamientos de Kell. Era el mismo poder ardiente y helado que lo había espoleado desde aquel día en la schola, desde el momento en que la mujer vestida con ropa de vindicare le dijo el nombre del hombre que había matado a sus padres. Era su combustible imperecedero, el pozo sin fondo de oscura emoción que lo convertía en un asesino tan superlativo.

Su hermana le tocó la mejilla con la punta de los dedos.

—No —le dijo ella con los ojos llenos de lágrimas—. Por favor, no me muestres esa cara otra vez. No la de la venganza. Eso no tiene fin, Eristede. Sigue y sigue y sigue, y terminará por consumirte. No quedará nada.

Kell se sintió hueco por dentro, como una vasija vacía.

—Ya no queda nada —replicó él—. Te lo llevaste tú todo cuando te separaste de mí. La última conexión que me quedaba. —Bajó la vista hacia sus manos—. Esto es todo lo que me queda.

Jenniker negó con la cabeza.

—Estás equivocado. Y yo también lo estaba. Te dejé marchar aquella noche. Tendría que haberte obligado a quedarte. Podríamos haber vivido otra vida. Pero en lugar de eso, nos condenamos.

Vio como la vida de su hermana se iba desvaneciendo. Una oleada de pánico absoluto lo invadió. Su hermana se iba a morir y no había nada que él pudiera hacer para impedirlo.

—Escúchame —lo tranquilizó ella—. Él está mirando. El Dios Emperador me espera.

—Yo no…

—Calla. —Ella le puso un dedo sobre los labios, temblando en su agonía—. Algún día… —Jenniker le dejó algo en la palma de la mano y le cerró los dedos—. Sálvale la vida, Eristede. Él me conducirá hasta su diestra, para que esté con nuestro padre y nuestra madre. Yo te esperaré allí. Nosotros te esperaremos.

—Jenniker…

El francotirador intentó encontrar las palabras adecuadas que decirle. Pedirle que lo perdonara, que lo comprendiera, pero sus ojos eran toda la respuesta que necesitaba. Tal certeza vio allí, tal ausencia de duda.

Con dificultad, Jenniker sacó un pequeño envase de munición tóxica del bolsillo.

—Hazlo, hermano mío —le dijo mientras el dolor la atenazaba—. Pero no por venganza, sino por el Dios Emperador.

Antes de que él pudiera detenerla, colocó la punta del arma que se asemejaba a una aguja en la palma de la mano y se la hundió en la carne. Kell gritó mientras sus ojos parpadearon hasta cerrarse y quedó inerte en sus manos.

La lluvia tamborileaba sobre la cubierta exterior de la cabina y las llamas siseaban. Entonces fue consciente de la presencia que tenía a su lado. Koyne estaba allí de pie, sosteniendo el rifle largo.

—Vindicare —le dijo la sombra—. ¿Cuáles son tus órdenes?

Kell abrio los dedos y vio un aquila de oro manchada con puntitos rojos.

—En nombre del Emperador —dijo él, poniéndose de pie y tomando el arma de las manos de la callidus—, sígueme.



DIECISIETE
ENFRENTAMIENTO
DUELO
EXTERMINACIÓN

Kell alzó la vista cuando Koyne salió del hangar donde la *Ultio* estaba escondida, y la expresión de su cara se volvió tensa. El rostro juvenil, toda similitud con un rostro humano, habían desaparecido. En vez de eso, la callidus se había quedado con los rasgos básicos de lo que existía en el núcleo de la sombra. Se había convertido en una figura andrógina que llevaba puesto un mono de sigilo de color negro mate semejante a los que vestían Kell y Tariel, aunque el de la callidus incluía una capucha que se pegaba al contorno de su rostro. La única expresión que mostraba, si algo semejante se podía decir de una criatura como aquélla, eran los óvalos esmeraldas de sus ojos. En ellos ardía una concentración helada, pero poco más. A Kell le recordó el maniquí de madera que algunos artistas solían utilizar, algo sin emoción y sin sentimiento que lo motivara. Koyne inclinó la cabeza hacia un lado.

—Todavía estamos a tiempo de pensarlo mejor.

La voz, al igual que el resto de la figura, era neutra y sin ninguna clase de matices. Sin el rostro imitado de alguien desde el que hablar, la callidus parecía perder todas sus cualidades. Kell hizo caso omiso del comentario y comprobó los cargadores nuevos que había sacado de la nave, tanto para la pistola como para el rifle de francotirador.

—Recordad el plan —les indicó el vindicare—. Todos hemos visto lo que esa cosa es capaz de hacer. Ahora sólo quedamos tres.

—Tú mismo lo viste —le contestó Tariel con voz apagada—. Todos lo vimos. En el cilindro de memoria, en la pista de aterrizaje… No es algo humano.

Koyne asintió con gesto reticente.

—Y tampoco es alienígena. No es un xenos en ese sentido.

—Es un objetivo, y eso es lo único que importa —les replicó el francotirador.

La callidus soltó un bufido.

—Cuando hayas estado donde yo he estado y hayas visto lo que yo he visto, te darás cuenta de que existen criaturas vivas en el universo que están más allá de cualquier intento de categorizarlas de un modo tan simple. Son cosas que desafían a la razón…, incluso a la cordura. ¿Has mirado alguna vez a la disformidad, vindicare? Los seres que viven ahí…

—¡Esto no es la disformidad! —la interrumpió Kell, alzando la voz—. ¡Estamos en el mundo material, y todo lo que vive aquí, puede morir con una bala!

—Pero ¿qué ocurrirá si no podemos matar a ese demonio? —le preguntó Tariel.

Se había puesto un abrigo largo antibalas sobre el mono, y Kell vio que a la sombra de sus piernas se congregaban unas formas semejantes a roedores que se esforzaban por protegerse de la lluvia.

—Lo he herido, así que seguro que podemos matarlo —le replicó el vindicare.

Tariel asintió con lentitud. Un rugido crepitante resonó en el cielo cuando algo que ardía con llamas de color carmesí intenso pasó por encima de ellos medio oculto entre las nubes bajas y sucias. Unos

segundos más tarde, un impacto tremendo hizo que el suelo de la pista de aterrizaje se estremeciera alrededor de ellos, y el viento les llevó el largo y pesado estruendo de unos edificios al caer derrumbados. La ciudad había entrado en una fase de muerte agónica, aunque Kell dudaba mucho de que la furia de los Hijos de Horus quedara saciada simplemente con la destrucción completa de la urbe. Tariel alzó la vista.

—La posibilidad de comunicarnos será esporádica, si es que llegan a funcionar los canales —les informó—. Las sustancias radioactivas y la ionización que saturan la atmósfera están ahogando toda esta zona.

Kell asintió mientras se alejaba.

—Si uno de nosotros encuentra al objetivo, los demás lo sabremos con rapidez.

El dolor que sufría en la espalda era semejante a un bosque de agujas. Lanza siguió corriendo y serpenteando entre los anillos de ferrocemento destrozado que antes formaban las secciones de la torre de control y que habían caído a lo largo de las zonas de mantenimiento y de las pistas de aterrizaje. Sentía como la piel demoníaca se esforzaba por expulsar la multitud de fragmentos de metal que se le habían clavado en el cuerpo debido a la explosión de la lanzadera. Uno a uno, aquellos trozos de metralla fueron desprendiéndose de su torso cada vez que la carne viviente que lo rodeaba se abría para hacer que salieran despedidos envueltos en chorros de sangre negra.

La quemadura producida por la explosión le producía un dolor lacerante, y con cada paso que daba le subían oleadas punzantes de agonía desde las extremidades transformadas hasta el pecho, donde amenazaban con asfixiarlo. Cuando el depósito de combustible estalló, la onda expansiva fue lo primero que lo alcanzó lanzándolo por los aires, lo que lo había alejado de la bola de fuego. La lanzadera absorbió la mayor parte de la fuerza de la explosión, pero a cambio, la había perdido. Tendría que encontrar otro modo de salir de Dagonet, otro modo de hacerle una señal a su amo.

Bajó el ritmo de la carrera y trepó por una pila de escombros que eran todo lo que quedaba de la parte delantera del edificio de la terminal. Subió por unas barras retorcidas que en realidad eran vigas de soporte. Toda la pila estaba cubierta por montones de fragmentos de los cristales azules destrozados.

Se atrevió a detenerse en lo más alto de la pila para echar un vistazo atrás a través de la lluvia cargada de polvo y de ceniza. Los restos de la lanzadera todavía estaban ardiendo. Las llamaradas de color naranja intenso titilaban en los puntos de la pista de aterrizaje mojada, donde se reflejaban como si fueran unos espejos oscuros. Las mandíbulas segmentadas de Lanza se abrieron cuando emitió un gruñido gutural. Se había dejado llevar por la emoción y se había distraído. Estaba tan absorto con el éxito que había tenido al apoderarse de la licencia de comercio que no se había detenido a pensar qué significado podría tener que la chica bruja estuviese en compañía de los seguidores de la Teogonía.

Su aparición en aquel momento y lugar no se debía a la casualidad. Al principio había creído que tan sólo se trataba de una defensora más, de un miembro de la guardia del palacio que la cohorte de fanáticos de Eurotas había desplegado allí como última línea de defensa. Sin embargo, lo ocurrido le había dejado bien claro de qué se trataba: se enfrentaba a asesinos, a gente de su misma clase, aunque cada uno de ellos tenía sus propias herramientas para matar.

Meditó acerca de lo que implicaría la presencia de aquellos asesinos, pero luego dejó a un lado esa preocupación. Si su enemigo hubiese sabido cuál era el motivo de su presencia en Dagonet, si las fuerzas de ese arrogante Emperador hubieran conocido y comprendido lo que Lanza representaba para su señor, aquel planeta habría acabado convertido en una roca radioactiva de vidrio fundido un momento después de que Lanza hubiera puesto un pie en su superficie.

Soltó una pequeña risa. Quizá esperaban que sintiera miedo ante aquella persecución, pero no lo tenía. En todo caso, se sentía más seguro todavía de su victoria. Lo único que podría haberle hecho frente con cierto número de posibilidades de sobrevivir era la chica bruja, y él ya la había

derretido en el horno de sus propios poderes. Después de eso, temía muy poco a cualquier arma de fuego o de filo.

El asesino se dejó caer a través del hueco dejado por una ventana rota y aterrizó sobre las cuatro extremidades en el suelo embaldosado de la terminal. El polvo y la muerte flotaban en el aire. Paseó la mirada a su alrededor y vio los restos de una gigantesca pantalla informativa que había salido despedida de su soporte debido a la onda expansiva de un impacto que se había producido a varios kilómetros de allí. En el suelo cubierto de escombros había un puñado de cadáveres dispersos que mostraban un aspecto desgarrado en los puntos donde los pájaros carroñeros se habían alimentado de ellos. Las aves se quedaron mirando desde las esquinas sumidas en la penumbra de la estancia y olfatearon el aire posadas en sus perchas. Captaron el olor de su sangre y sintieron miedo de su hedor.

La piel demoníaca se onduló por todo su cuerpo y a Lanza se le escapó un jadeo de asombro. Sentía la llegada de los otros, sentía la cercanía del derramamiento de sangre, de nuevos asesinatos.

Corrio hacia las sombras para prepararse. Esta vez no se negaría a satisfacer las necesidades de su carne.

Tariel había esperado sentir un terror paralizante cuando los demás se desvanecieron entre las sombras del edificio, pero no fue así. Si debía ser sincero consigo mismo, nunca estaba realmente solo. El infocito encontró un buen escondite en una oficina reventada del Administratum situada en el entresuelo de la terminal principal. Era una estancia de procesamiento donde se llevaba a los recién llegados a Dagonet para ser entrevistados por los agentes planetarios antes de que se les permitiera la entrada oficial. Las ratojos se dedicaron a corretear por doquier para olisquear las esquinas y para controlar los puntos donde había agujeros en las paredes o en los huecos donde faltaban las puertas. Las dos águilas psibernéticas que le quedaban estaban vigilando los espacios principales del atrio y chillaban de vez en cuando para advertir a los pájaros carroñeros locales de que se estaban volviendo demasiado curiosos.

Tariel encontró un rincón entre dos paredes semicaídas y se sentó en la posición del loto antes de utilizar el guantelete cogitador para visualizar un plano del edificio. Era una pieza de información más de entre los millones de cilindros de datos que había copiado de los archivos del librarium gubernamental de Dagonet a lo largo de las semanas anteriores. Datos que había almacenado en sus archivos mnemónicos personales. En él era habitual hacer algo así. Si veía información sin utilizar, se apoderaba de ella. No se trataba de un robo, ya que no dejaba vacíos los archivos. Sin embargo, hasta cierto punto, Tariel consideraba que cualquier clase de datos que hubieran quedado sin protección, o al menos los datos que no se habían protegido bien, básicamente le pertenecían. Si estaban ahí, tenía que poseerlos. Y esos datos siempre podían ser útiles, como se demostraba en ese momento.

Actuó con rapidez y descargó los nuevos escaneos procedentes de las ratas y de las águilas para actualizar los mapas. Anuló las zonas donde la guerra civil, los ataques rebeldes y los bombardeos inmisericordes de los Adeptus Astartes habían destrozado el edificio, sin embargo los datos tardaban demasiados picosegundos en actualizarse. Las interferencias de las comunicaciones eran lo suficientemente fuertes como para causarle también problemas con las descargas de datos. Si la situación empeoraba, era posible que incluso se viera obligado a utilizar conexiones físicas en forma de cables.

Y ésas no eran todas las malas noticias. El enjambre de moscómatas de red que había soltado al entrar en el edificio tan sólo se ponía en contacto con él de forma esporádica. La infraestructura del espaciopuerto había sufrido daños de tanta gravedad que todos los sistemas internos de vigilancia y los videopictógrafos estaban inertes. Tariel se vería obligado a confiar en los sensores secundarios.

Contuvo el aliento y se quedó escuchando el susurro de la lluvia contaminada al repiquetear contra las claraboyas de cristal rotas y el repiqueteo de los chorros de agua al caer contra los escombros. De repente, y con claridad, captó el sonido de un trozo de roca al caer tras ser desplazada por un pie descuidado.

Un instante después, el flujo de información de uno de los ratojos que patrullaban por el pasillo se interrumpió de forma súbita y los demás roedores corrieron para ponerse a cubierto. Las lecturas de adrenalina de sus cuerpos se habían disparado.

El infocito se puso en pie de un salto sin poder controlarse. La última posición de la rata perdida se encontraba a pocos cientos de metros de donde él se encontraba.

«No estoy dispuesto a dejar que nada ni nadie se acerque lo suficiente como para intentar matarme». Tariel sintió que la piel se le volvía pegajosa por el sudor cuando recordó las palabras que le había dicho a Kell, unas palabras que condenaban al vanus por su estúpida arrogancia. Se movió con toda la rapidez que se atrevió y abandonó su escondite improvisado agachándose para cruzar una grieta en la pared caída. Oyó como las psiberáguilas alzaban el vuelo en cuanto él se puso en marcha.

Tariel se estremeció al pasar bajo un chorro de agua que olía a estancada y que caía goteante desde el techo. Saltó de un reborde a otro hasta que se encontró en el atrio. Miró a su alrededor con rapidez. La estancia la habían construido siguiendo el diseño de un patio. Tenía galerías y balconadas, algunas puramente ornamentales y otras realmente funcionales. A través de los ojos de uno de los pájaros vio un punto que disponía de unas paredes sólidas a la espalda y de al menos tres líneas claras de aproximación y de huida. Se ciñó un poco más el abrigo y se dirigió hacia allí entre las sombras y con rapidez, tal como le habían enseñado.

Mientras corría pulsó la secuencia de inicio del generador de impulsos, que envió una docena de señales de prueba al comunicador que llevaba implantado. Tan sólo le respondió el crepitar de la estática. Por primera vez se sintió solo de verdad aunque las imágenes de los micropictógrafos implantados en los cráneos de sus animales le seguían en su carrera. Las imágenes diminutas se agrupaban alrededor de su antebrazo flotando en mitad de la irradiación de los hololitos.

Casi había cruzado el patio cuando Lanza cayó completamente en silencio de la oscuridad que se extendía por encima de él y aterrizó en

cuclillas sobre un banco de piedra volcado. El rostro de carne roja, colmillos plateados y ojos oscuros alzó la vista y lo miró.

Tariel se quedó tan sorprendido que dio un salto hacia atrás. Todos y cada uno de los músculos de su cuerpo empezaron a temblar por la sorpresa y el temor.

—¿Qué es esto? —murmuró el monstruo asesino.

Aquellos ojos negros sin vista se le clavaron inmisericordes. La voz tenía un tono casi intrigado, como si aquella bestia monstruosa no supiese qué hacer o qué pensar de aquel individuo delgado y tembloroso que tenía delante.

En ese momento llegó el miedo, pesado y cargado, que amenazó con hacer caer a Tariel, y con ese sentimiento llegó también la comprensión que atravesó al infocito como si fuera una bala. Se había expuesto a sí mismo de un modo fatídico, pero no por culpa del engaño de un oponente superior, sino porque había cometido un error de principiante. La piedra que se había caído, la señal que había perdido… no habían sido nada. Simple casualidad. Coincidencia. Sin embargo, a pesar de ello, el infocito había echado a correr. Había cometido un pecado mortal del que un vanus no podía ser perdonado jamás: había malinterpretado los datos.

¿Por qué? Porque había llegado a creer que podía hacerlo. Los días que había pasado en compañía del vindicare, de la callidus y la culexus, del eversor y de la venenum lo habían convencido de que podía ser un agente de campo tan bueno como eficaz resultaba ser en las instalaciones secretas de su propio clado. Sin embargo, lo único que había hecho Fon Tariel era engañarse a sí mismo. Era el individuo de mayor inteligencia de toda la fuerza de ejecución, así que, ¿por qué había sido tan increíblemente estúpido? La mente de Tariel se rebelaba contra sí mismo. ¿Qué era lo que le había hecho creer que estaba preparado para una misión como aquélla? ¿Cómo era posible que sus mentores y sus directores lo hubieran abandonado a su suerte, que hubieran desperdiciado de un modo tan inútil sus valiosos dones?

Se había puesto al descubierto. Había mostrado sus puntos débiles antes siquiera de que la batalla hubiera comenzado. Lanza dejó escapar un

sonido desde el fondo de la garganta, un gruñido quizá, y dio un paso adelante.

Los ratojos saltaron desde los escombros que los rodeaban y se abalanzaron contra la monstruosidad de carne rojiza, a la que atacaron con sus diminutas garras y colmillos al mismo tiempo que arriba se oyó el revoloteo de unas alas con rebordes metálicos. Un instante después, las psiberáguilas se lanzaron en picado contra el asesino con las garras por delante. Los animales cibernéticos habían captado las señales emitidas por el miedo que salían a raudales por los mecadendritos de Tariel, y habían reaccionado en consonancia.

Lanza levantó los brazos para alejar a golpes a las aves de presa al mismo tiempo que aplastaba a uno de los roedores con un pie rematado por garras. Las otras ratas subieron por el torso repugnante del asesino. Una de ellas fue devorada por una boca que se abrio de repente en el estómago de Lanza y que la partió en dos de un mordisco. El asesino mató a la última aplastándola dentro de la mano.

Las psiberáguilas duraron un poco más. Volaron por encima del cráneo rematado por cuernos del asesino y lo atacaron con las garras y con los picos reforzados con titanio. Lograron abrirle varias heridas sangrantes, pero fueron incapaces de escapar de las frondas de materia tendinosa que surgieron de las palmas de las manos de Lanza para atraparlas y estrangularlas.

La curiosidad dio paso a la rabia mientras el asesino arrojaba los cuerpos de los pájaros al suelo. Sin embargo, Tariel había aprovechado bien aquella distracción.

El infocito había metido la mano en un bolsillo interior y le arrojó a Lanza el pequeño cilindro que había sacado de allí al mismo tiempo que saltaba en dirección contraria. El infocito cayó con torpeza encima de una mesa derribada. El asesino monstruoso, veloz como un rayo, agarró el objeto. Era una granada. Cuando pasaron por la *Ultio* para rearmarse, Tariel había sacado de nuevo la caja de municiones que le había mostrado a Iota durante su viaje hacia Dagonet.

Lanza olisqueó el objeto y apartó la cara con un bufido de asco. Aquello apestaba con el hedor de las estrellas muertas. La arrojó con desagrado, pero no lo hizo con la rapidez suficiente.

El artefacto estalló con una explosión sorda, y la onda expansiva de repente llenó el patio con una neblina plateada y titilante de nieve metálica.

El asesino se desplomó de rodillas y comenzó a gritar.

Su psique estaba siendo cortada tajo a tajo. Le estaban sajando las capas de su mente consciente una por una con un cuchillo afilado hasta lo imposible, y le estaban sangrando los pensamientos puros, sin refinar. La agonía era semejante al dolor que había padecido cuando su amo infligía un castigo cada vez que se atrevía a desobedecerlo, a cuestionar sus órdenes o a fallar.

Eran esas partículas en el aire. Le hacían daño de formas que el asesino hubiera pensado que eran imposibles. De cada uno de aquellos malditos fragmentos de polvo centelleante surgían oleadas de frecuencias de radiación psiónica que lo cubrían de cuchillas afiladas. Todas las bocas del cuerpo de Lanza se abrieron de par en par, y el sonido que surgió de su pecho fue un grito gorgoteante de dolor. Todas sus extremidades nerviosas se quemaban bajo unas llamas fantasmales que un ojo normal era incapaz de ver. La onda expansiva, que se extendió por el dominio invisible del immaterium, cortó la miríada de conexiones que unían al asesino con su sombra etérea. La piel demoníaca se estaba destrozando a sí misma a la vez que intentaba desgarrar la carne inmaterial de su cuerpo sometido en su esfuerzo por separarse y huir al vacío.

Lanza se desplomó temblando de un extremo a otro de su cuerpo, y por fin el efecto de la granada comenzó a disminuir de potencia, aunque con lentitud, con demasiada lentitud. Vio aparecer al humano, aquel desgraciado paliducho que había llegado trastabillando a su zona de caza. La figura enclenque se asomó por detrás de su posición a cubierto.

Lanza quiso comérselo crudo. El asesino se sentía lleno del ansia de responder al ataque de quien lo había herido. Quería desgarrarlo y desgarrarlo y desgarrarlo hasta que no quedaran de aquel estúpido más que unos jirones ensangrentados…

NO

La palabra sonó como el tañido de una campana lejana y llegó flotando sobre la superficie bullente de los pensamientos cargados de dolor de Lanza. Al principio fue un sonido bajo, pero a cada momento que pasaba, se acercaba más y más y sonaba con más fuerza, con más insistencia que antes.

NO, NO, NO, NO, NO NO NO

—¡Sal de mi cabeza!

Lanza gritó con toda la fuerza que pudo mientras la amalgama de su carne, antaño humana, forcejeaba con la envoltura simbionte de piel demoníaca que lo cubría. La piel se tensó contra la piel, desgarrándose y partiéndose. Unos chorros de fluido negro surgieron borboteantes de unas heridas nuevas y autoinfligidas y mancharon el agrietado suelo de piedra. Lanza agachó la cabeza y la hizo chocar contra los escombros. Oyó como el hueso se partía con un chasquido húmedo. Aquel dolor físico y agónico le pareció un tónico reconfortante comparado con el dolor imposible y envolvente del arma neblinosa. Aquello sacudió de nuevo a las voces fantasmales.

NO NO NO

—¡Nnnnnoooo! —aulló Lanza, tan destrozado por aquel sufrimiento que no podía hacer otra cosa que soportarlo hasta su amargo final.

El individuo de piel pálida se le acercó. Llevaba lo que podía ser un arma.

Tariel abrio la mano y el cono emisor del generador de impulso se extendió desde la palma del guantelete. Una lluvia de diminutas chispas azules se acumuló alrededor de la punta del artefacto. Tariel estaba temblando, y tuvo que agarrarse la muñeca con la otra mano para

mantenerla firme mientras intentaba apuntar el arma contra la masa horrible y burbujeante que yacía en el suelo de piedra sangrando y aullando.

Las granadas antipsíquicas no habían sido más que un experimento hasta ese instante.

Tariel no había esperado de verdad en ningún momento que funcionaran. El infocito pensaba que, como mucho, lograría huir bajo la protección del estallido, que quizá cegaría al monstruo asesino de Horus el tiempo suficiente como para que pudiera escapar.

En vez de eso, la criatura aullaba como un alma a la que estuvieran arrastrando hacia el abismo. Se estaba desgarrando a sí misma por la angustia de la agonía y se arrancaba pedazos de su propia carne. Tariel titubeó, fascinado de un modo grotesco por aquello. Fue incapaz de apartar la mirada de aquel espectáculo repugnante.

En el torso y en el abdomen de la criatura aparecieron una serie de caras. La temblorosa piel rojiza se combó hacia fuera y se convirtió en el rostro definido de un hombre, que se repitió una y otra vez. Intentaba decirle algo moviendo en silencio los labios, pero los movimientos que formaban las palabras se veían borrosos y confusos. Sin embargo, lo que resultaba evidente era la expresión de todos y cada uno de aquellos rostros: le estaban suplicando, implorando.

El sonido sibilante de la estática procedente de su comunicador se interrumpió durante un momento y Tariel oyó la voz monótona y sin emoción alguna de Koyne.

—No te enfrentes a él, vanus —le dijo la voz, algo cargada de estática —. Nos dirigimos hacia tu posición…

La señal se interrumpió de repente debido a las interferencias provocadas por el impacto en algún punto de la lejana ciudad de otra andanada de cabezas de combate.

Los espasmos de dolor del monstruo asesino se fueron calmando, y Tariel se acercó todo lo que se atrevió. Dudó unos instantes mientras la pregunta le daba vueltas en la cabeza y el generador zumbaba listo para disparar: ¿atacaba o huía? ¿Huía o atacaba?

Los rostros se desvanecieron al fundirse de nuevo con la carne de color carmesí, y de repente, aquellos ojos negros y abisales lo miraron con una expresión clara como el cielo nocturno.

Tariel activó el arma para disparar la descarga electromagnética de campo concentrado, pero ya era demasiado tarde. Lanza se movió a la velocidad del odio y se lanzó a por él con las manos por delante del cuerpo convertidas en un abanico de garras desplegadas, que atravesaron el torso del vanus perforando la flexoarmadura dérmica y los músculos hasta llegar a los huesos y a los órganos internos. Luego separó las manos y abrio por completo la caja torácica de Tariel para vaciarlo por entero sobre las piedras húmedas.

El hedor a matadero provocado por la muerte sangrienta de Fon Tariel le llegó a Koyne cuando la sombra salió de una pasarela rota que cruzaba el atrio de la terminal principal. La callidus se detuvo en seco y escupió un salivazo de disgusto al ver como los restos del infocito caían de las garras del asesino y se amontonaban a los pies de la criatura de carne roja.

Koyne vio las decenas de bocas que surgieron por toda la superficie de aquella monstruosidad y que empezaron a lamer y a sorber los restos humeantes del vanus. La mente de la asesina se vio sacudida por una oleada de rabia. Tariel no había sido una buena elección para aquella misión desde el principio. Si Koyne hubiera estado al mando de la operación, lo que habría sido la decisión más sensata, la callidus se habría asegurado de que el vanus jamás hubiera salido de la *Ultio*. Los agentes como Tariel sencillamente carecían de los instintos necesarios para realizar tareas de campo. Ésa era la razón por la que el Oficio Asesinorum los mantenía en sus puestos de vigilancia, y aquella muerte inútil demostraba la sabiduría de esa decisión. Todo aquello era culpa del vindicare. La misión se estaba descomponiendo por momentos, derrumbándose a su alrededor.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para abortarla. El asesino, la criatura llamada Lanza, ya había levantado la mirada al sentir la presencia

de la callidus, y todas las opciones que Koyne había tenido hasta ese momento quedaron reducidas a una.

Flexionó la muñeca derecha y la empuñadura de una espada de memoria le cayó en la mano. La callidus bajó de un salto de la pasarela elevada empuñando en la mano izquierda el desestabilizador neural, y la asesina apretó el gatillo para lanzar una oleada expansiva de energía exótica contra el monstruo.

La criatura de carne roja esquivó el halo luminoso del disparo neural y se lanzó hacia atrás realizando una serie de piruetas gimnásticas que le hicieron atravesar zonas de sombras oscuras y de rayos de luz gris pálido.

Koyne pivotó para aterrizar sobre sus piernas alteradas, en las que había cambiado la masa muscular para absorber mejor el impacto del aterrizaje. Recordó con facilidad los *koans* de los maestros del cambio que aprendió en los *dojos* del clado, y la callidus utilizó la fuerza de voluntad para alterar las secreciones de metamorfina procedentes de una serie de glándulas implantadas. Aquella sustancia química permitía que la carne y los huesos se hicieran moldeables como la cera, y Koyne era una maestra en manipularla con rapidez. La asesina permitió que la sustancia engrosara sus músculos y aumentara la densidad de los huesos, y un instante después, atacó.

Lanza hizo crecer unos grandes machetes de hueso que parecía esmaltado y que surgieron de unos orificios abiertos en el extremo de los antebrazos. Aquellas hojas afiladas silbaron al cortar el aire en dirección a la cabeza de Koyne. Un tajo vertical de la espada de memoria abrio un surco en el hombro de Lanza, pero se autocicatrizó casi de inmediato. Luego falló otro disparo del desestabilizador neural. Koyne estaba demasiado cerca de su objetivo como para utilizar de un modo adecuado aquella arma, por lo que hizo una finta y retrocedió. Se resistió a la tentación de trabarse en combate cuerpo a cuerpo con el asesino enemigo.

Lanza abrio las fauces y expelió una nube de cartílago negro al aire. Varios de los fragmentos impactaron contra la capucha de ojos verdes de Koyne, y se disolvieron para transformarse en unas diminutas arañas que empezaron a devorar el tejido antibalístico con sus mandíbulas afiladas.

La callidus soltó un bufido de frustración y se quitó la capucha antes de que atravesaran las lentes de color esmeralda y llegaran al tejido blando de sus ojos, para luego arrojarla a un lado.

La asesina tuvo un breve atisbo de una imagen familiar, de un rostro que no era un rostro, en un panel de cristal caído. El rostro de Koyne se estremeció y se transformó por voluntad propia. La rabia de la callidus se hizo más profunda, y la cara captó aquel cambio, por lo que se volvió más definida. Los rasgos crearon un semblante ligeramente parecido al rostro cubierto de cicatrices del Garantino.

A Koyne no le gustó nada aquella idea y quiso cambiarlo justo cuando Lanza la atacaba de nuevo. Las espadas de hueso habían seguido creciendo. Se habían alargado y habían adquirido una tonalidad marrón grisácea a lo largo de los bordes. Antes de que el monstruo asesino tuviera tiempo de echársele encima, Koyne apuntó el desestabilizador neural contra él y apretó el gatillo. La energía surgió palpitante del cristal de enfoque formando un cono cada vez más ancho que envolvió a Lanza y lo arrojó de espaldas.

La callidus había matado a muchas víctimas con aquella arma. Era un arma horrible a su manera. No le bastaba con quitar la vida. En vez de eso, la pistola actuaba como un intelívoro que desintegraba las conexiones entre las neuronas de un cerebro orgánico, por lo que sólo mataba la memoria y la mente racional con la brutalidad de un huracán que azotara un bosque.

Aquello podría haber funcionado contra cualquier otro objetivo. Sin embargo, Lanza era una amalgama formada por una mutación humana descontrolada mezclada con un ente depredador procedente de una dimensión compuesta por la locura. Lo que podía llamarse mentalidad, en su caso era un entramado de instintos y de obediencia supeditado a algo que se encontraba más allá del alcance de cualquier cosa que existiera en el plano material.

Lanza hizo caso omiso de la descarga de energía, aunque las capas de piel y las frondas de materia semejante a carne se quemaron y se separaron el cráneo como el revestimiento roto de una armadura ablativa. La

sonriente boca llena de colmillos que había debajo goteaba diversos fluidos y pus. Las hojas afiladas del monstruo cortaron el aire y partieron con limpieza el cañón del desestabilizador neural.

La pistola chirrio y escupió unos cuantos chorros intermitentes de fluidos claros de color naranja, y lo hizo con tanta fuerza que se le escapó de la mano a Koyne y cayó entre las sombras que se encontraban bajo las paredes derribadas de madera contrachapada. La callidus volvió a retroceder mientras empuñaba la pareja de la espada de memoria, que mantenía apuntada hacia su oponente.

La asesina y el monstruo iniciaron un combate de esgrima, y una lluvia de gruesas chispas amarillas surgió cada vez que los filos monomoleculares de las espadas de Koyne chocaron contra las espadas de hueso cortándoles fragmentos afilados y quebradizos. Las armas de Lanza perdían filo, pero no se embotaban, como Koyne comprobó a su pesar. Esos bordes húmedos seguían siendo capaces de cortar profundamente y de atravesar el mono de sigilo. Allá donde llegaban hasta la carne, la sangre tardaba en coagular. La materia ósea de las espadas exudaba una especie de veneno oleoso que impedía que las heridas se cerraran.

Lanza cambió el equilibrio del combate y unos poderosos músculos se abombaron bajo la piel roja. Obligó a Koyne a retroceder una y otra vez hacia las paredes derruidas del patio.

Los rasgos móviles del rostro de la callidus cambiaban con cada golpe que recibía o que desviaba. Los brazos de Koyne formaron un torbellino de bloqueos, pero Lanza siguió ganando terreno y obligó cada vez más a la callidus a ponerse a la defensiva. El rostro mutable de Koyne cambió en un carrusel de caras nuevas y antiguas, pero todas ellas mostraban un gesto de furia y de frustración.

Lanza se echó a reír, y por la ranura que formaban las dos mitades de sus fauces en forma de pala surgieron varios chorros de baba. En ese preciso instante, Koyne consiguió lanzar un tajo vertical hacia abajo simultáneamente con las dos espadas. Lanza apenas consiguió detener aquel ataque debido a lo inesperado y a lo tremendamente agresivo que había sido, y la punta de las espadas de memoria de la asesina trazaron una

cruz sobre el cuero cabelludo del monstruo que penetró hasta el hueso ennegrecido. Del tajo surgió un puñado de gusanos finos como alambre que dejaron a la vista un ojo lechoso del que salieron lágrimas de icor. La risa de Lanza se convirtió en un aullido de agonía.

Había algo básicamente erróneo en aquella criatura. Aquel monstruo asesino no mostraba la marca de la bruja que poseían Iota y los de su especie, pero a pesar de esa falta, Koyne sintió en la médula de sus huesos que Lanza no debería existir en este universo. La criatura, sin importar la amalgama amorfa de ser humano y engendro de la disformidad que fuera, desafiaba a la razón simplemente con su existencia. Era una astilla en la piel del universo.

Koyne utilizó de nuevo los *koans* y modificó los músculos y la densidad de los huesos para poder efectuar un salto en el aire que desafiara la capacidad de cualquier ser humano normal. La callidus se impulsó hacia arriba y giró en mitad del salto para quedar fuera de la vista de Lanza detrás de una pared derrumbada.

El monstruo apareció a la carrera sobre la cima del montículo de escombros y siguió a su oponente hasta el propio atrio. La estancia ancha y alta ocupaba casi toda la longitud de la terminal, y la capa que formaban los muertos y los restos derruidos del edificio que flotaban en el agua de lluvia llegaba hasta los tobillos.

Koyne ya se estaba poniendo en pie de nuevo para adoptar una postura de combate, aunque lo hizo con mayor lentitud de lo que le hubiera gustado. Sin embargo, era normal que la tensión de reformar los músculos en plena lucha se hubiera cobrado su coste. Ninguno de los mantras de concentración de las páginas del *Liber Subditus*, el libro del clado, servía para nada ante una espada empuñada por un enemigo como aquél.

Cuando Lanza le habló, Koyne supo que el momento estaba cerca. La furia que albergaba la voz sibilante del monstruo era el sonido de una serpiente al desenroscarse para atacar.

—Asesino una y otra vez, y seguís apareciendo. No suponéis ningún desafío para mí, tan sólo sois pasos en el camino, indicadores en mi senda.

—¿Qué clase de monstruosidad te creó? —le preguntó Koyne, aunque en realidad lo que hizo fue pensarla en voz alta mientras el rostro le cambiaba de nuevo—. No eres más que el resultado de una posibilidad increíblemente remota. Un animal. Un arma.

—¿Como tú? —Las hojas cubiertas de mucosidad que empuñaba Lanza se movieron de un lado a otro reluciendo con un brillo apagado—. ¿Como el infeliz que he matado hace un momento?, ¿o la chica de piel oscura que maté con el poder de mi mente? ¿Y qué es lo que has hecho tú que merezca la pena, sin rostro? —Lanzó un tajo aburrido y sin elegancia alguna que Koyne esquivó retrocediendo hacia las sombras entre chapoteos—. Nada que tú hayas matado tiene importancia alguna, pero lo que yo voy a destruir cambiará el equilibrio de poder de la galaxia.

—¡Te lo impedirán!

Koyne gritó aquellas palabras con una energía repentina y feroz que surgió de un lugar donde albergaba odio puro.

—No llegarás a saberlo nunca.

Lanza realizó un rápido movimiento con la mano y disparó una ráfaga de fragmentos de hueso contra la asesina. En vez de esquivarla, Koyne se lanzó hacia adelante, en la trayectoria de los fragmentos, y los detuvo con una telaraña de acero mnemónico. La callidus continuó el ataque y apuntó hacia el único punto vulnerable de la guardia del monstruo.

Lanza había dejado ese hueco para engañar y atraer a la sombra, y aprovechó la ocasión con un placer feroz. De la superficie de su piel surgieron dos nuevas hojas de hueso afilado que detuvieron el ataque de las hojas gemelas de Koyne en mitad de la caída.

La expresión del rostro cambiante de Koyne se ensombreció por el miedo y luego por el dolor. Lanza cruzó los dos brazos espada como si fueran una guillotina y las dos manos delgadas y delicadas de la callidus quedaron amputadas a la altura de las muñecas.

Dos chorros de sangre mancharon el torso de Lanza mientras Koyne retrocedía tambaleándose bajo la fuerza del dolor de ambas heridas, pero el monstruo agarró a su víctima antes de que se desplomara en las aguas turbias.

—Nos parecemos mucho —le dijo Lanza—. Bajo la piel, los dos somos lo mismo.

Koyne estaba a punto de morir, así que Lanza alargó una mano y clavó las uñas agudas como agujas en la piel temblorosa de la cara de la asesina. Después, con un único y horrible tirón, le arrancó el rostro y dejó al descubierto la carne roja que había debajo. El cuerpo de Koyne se estremeció con un tremendo espasmo ante la increíble violencia de aquel acto, y Lanza le propinó un empujón brutal.

La callidus salió despedida por el aire y se estrelló contra una columna de mampostería derribada, y un estilete de mármol atravesó el tejido del mono de sigilo. El cuerpo quedó atrapado e inmovilizado y se fue desangrando lentamente mientras se retorcía sin poder morir con rapidez.

—¿Lo ves? —le preguntó Lanza al jirón de piel ensangrentada que tenía en la mano—. Somos iguales, a nuestro modo.

El monstruo echó la cabeza hacia atrás y devoró aquel bocado. Una vez acabado aquel asunto y eliminados todos los inútiles guerreros que el Emperador había enviado contra él, Lanza se dispuso a retomar el asunto de señalar su presencia. Miró a su alrededor en busca de una superficie plana y ancha sobre la que pudiera empezar de nuevo a dibujar las runas.

NO

—Cállate —dijo con un siseo.

La piel demoníaca murmuró algo. Algo estaba tocando su superficie. Un leve atisbo de energía, un pinchazo de luz ultravioleta. Lanza se volvió y alteró sus sentidos para seguir el…

La bala entró en la cabeza del monstruo a través del pozo negro y hueco de su ojo derecho. El impacto le transmitió tal fuerza cinética que Lanza salió despedido hacia atrás para caer rodando entre los escombros y el agua encharcada. El disparo se dividió en miles de fragmentos diminutos y letales que se expandieron para rebotar en el interior de las paredes de su cráneo y convirtieron en gelatina su materia gris.

La sin rostro había sacrificado su propia vida para atraerlo hasta el atrio, un lugar perfecto para el rifle de un francotirador.

La comprensión le llegó durante las fracciones de segundo que tardó la negrura en apoderarse de él. Había otro asesino. En su arrogancia se le había pasado por alto la posibilidad de que existiera un tercer enemigo, o quizá había sido la victoria final de Sabrat: entorpecerle el pensamiento en el momento crucial.

El asesino había sido asesinado.

Kell bajó el rifle largo y dejó que la capa de camaleonina se abriera. El eco del estampido del disparo, poco más que un jadeo, todavía resonaba entre las vigas del atrio. Los pájaros carroñeros que estaban posados en las cercanías alzaron el vuelo con sus alas negras para dar vueltas en el aire mientras se graznaban entre ellos con sus roncos graznidos.

El vindicare se echó al hombro el rifle y sintió un temblor en las manos. Bajó la mirada hacia sus dedos enguantados. Le parecieron extraños, como si pertenecieran a otra persona. Estaban empapados en sangre. Habían muerto tantos por su culpa… La leve y débil presión de su índice en el gatillo, una fuerza tan escasa y a la vez tan incrementada hasta convenirse en un enorme poder destructivo…

Se esforzó por mantenerse lejos de aquel lugar secreto que albergaba en su corazón, del pozo estigio lleno de remordimientos e ira que se había apoderado de él el día que había matado al asesino de sus padres. Se esforzó, pero no lo logró. En vez de eso, Kell sucumbió.

Había sido su primera víctima operativa.

El hombre viajaba en aerodirigible por los valles de Thaxted Dosas. La aeronave flotaba en el aire por debajo de las cimas, ciñéndose a las laderas de los picos más bajos. Eristede Kell se había escondido entre la espesa hierba ocho días atrás. Esa hierba espesa, la misma entre la que jugaban Jenniker y él a buscar y encontrar, o a caza a la grulla. Esperó bajo los soles y bajo las lunas, los primeros representación de la gloria de su padre, las segundas, de la sonrisa de su madre.

Y cuando el dirigible rodeó la colina, efectuó el disparo, pero no mató al objetivo. La ventana de la cabina estaba refractada, lo que le estropeó la puntería. Debería haberlo sabido. Ajustó la mira telescópica. Lección aprendida.

Sólo que en vez de una determinación férrea y helada, permitió que su ira se desencadenara. Kell disparó todo el cargador contra la cabina de pasajeros y mató a todos los seres vivos que albergaba. Ejecutó a todos los que habían sido testigos de aquel momento de equivocación, al objetivo y a los colaterales. A todos: hombres, mujeres y niños.

Y tuvo su venganza.

Volvió una vez más a aquel lugar. Había quitado una vida para equilibrar la vida que le habían quitado a él, a su familia, y una vez más, no encontró consuelo en aquel acto. Tan sólo amargura, un sabor a ceniza en la boca y una rabia que no se aplacaba.

Sacó el extremo del cable que llevaba enganchado al cinturón y lo utilizó para bajar con rapidez desde su escondite hasta el suelo cubierto de agua que lo esperaba allí abajo. La capa ondeó a su espalda, como si fueran las alas de una de las aves de presa que sobrevolaban el atrio en ese momento, mientras caminaba con paso firme hacia el cuerpo del monstruo. Se llevó una mano a la funda de la pistola. Apenas reparó un momento en el cuerpo destrozado de Koyne. A pesar de todos y cada uno de los momentos desafiantes que había mostrado contra la autoridad de Kell, la callidus había obedecido y había muerto cumpliendo su deber. Se aseguraría de que los clados de todos ellos, Iota, Tariel y los demás, supieran el gran valor de su sacrificio. Habría que tallar nuevas lágrimas en el rostro de la Reina Llorosa dentro de la Celda de los Caídos.

El asesino monstruoso yacía con los brazos abiertos en cruz y flotando sobre el agua de lluvia encharcada. Las olas de sangre de color óxido rodeaban su cuerpo y formaban un halo rojo entre los tonos apagados de los escombros y los demás restos.

Kell miró el cadáver de un modo clínico, aunque apenas era capaz de contenerse y de no desenvainar el cuchillo para clavarlo una y otra vez en aquella carne roja poseído por una furia enloquecida. El cráneo, que ya de por sí estaba deformado y era inhumano en sus proporciones, había reventado desde el interior debido a la letal onda expansiva provocada por la bala de fragmentación. La piel cuarteada y los huesos rotos eran visibles en el entramado de líneas que le recorrían la cara. Se parecía a una máscara grotesca de terracota que alguien hubiera partido y luego arreglado de forma inexperta.

Dejó a un lado el rifle largo y desenfundó la pistola Exitus. Pasó la mano por encima del símbolo del cráneo que había sobre la recámara y cargó la pesada arma. No pensaba dejar rastro alguno de aquella criatura.

La bota de Kell rompió la superficie ensangrentada del agua, y el movimiento le llamó la atención. La mancha rojiza ya no se estaba extendiendo, sino que, al contrario, disminuía de tamaño.

Las heridas que cubrían el cuerpo del monstruo la estaban absorbiendo. Se volvió con el dedo en el gatillo.

La pierna de Lanza dejó escapar un crujido antinatural y se dobló en un ángulo equivocado para propinarle una patada a Kell en mitad del pecho con la fuerza de un martillo pilón. El vindicare retrocedió trastabillando mientras la criatura de carne rojiza se levantaba del agua y se lanzaba a por él. El monstruo ya no se movía con la agilidad y el sigilo casi sobrenatural que había visto a través de la mira telescópica del rifle, pero la falta de esas características la compensaba con velocidad y agresividad. Lanza chocó contra él y el impacto hizo que a Kell se le escapara la pistola, y luego comenzó a propinarle un puñetazo tras otro, y cada uno de los golpes le rompió algún hueso.

La piel de la criatura se movía de un modo que provocó una oleada de asco en el vindicare. Daba la impresión de que la carne de Lanza estuviera arrastrando los huesos y los órganos internos que albergaba, que les diera vida con una energía salvaje y enloquecida. De la herida abierta por la bala en la cuenca del ojo salían pequeños chorros de materia cerebral y fluidos espesos, mientras que la enorme boca abierta y las fosas nasales

expulsaban glóbulos de tejidos necróticos. El francotirador recibió otro golpe cuando intentó bloquear un nuevo ataque, y Kell sintió que el hombro se le dislocaba, lo que hizo que lanzara un tremendo aullido de dolor.

El vindicare se desplomó tambaleándose contra la columna en la que había acabado empalada Koyne. Lanza avanzó, y con cada paso que dio, su cuerpo se hinchó un poco más a medida que absorbía más y más fluidos cargados de la sangre que empapaba el suelo.

Kell vio que le salía un rostro en la piel burbujeante del torso. Luego apareció otra, y después otra más. Todas mordían e intentaban romper la delgada membrana que los asfixiaba en un intento desesperado por liberarse. Lanza se estremeció y se detuvo. Luego empezó a golpearse con los dedos rematados por garras y atacó aquellas protuberancias que le habían salido en la carne, y de los desgarros surgió un icor muy fluido.

Las caras le gritaron en silencio a Kell. *Detenlo*, aullaron.

La piel demoníaca le había salvado la vida a Lanza, si a eso se le podía llamar vida. Estaba tan arraigado en la materia de su ser que ni siquiera la destrucción de su cerebro había sido suficiente para acabar con él. La carne fingida de su parásito de la disformidad contuvo la fuerza del estallido del proyectil todo lo que pudo, y había obligado a los trozos rotos de Lanza a recomponerse para que recuperara hasta cierto punto su antigua forma.

Sin embargo, la piel demoníaca era una criatura primitiva, sin sofisticación alguna. Le faltaban pequeños detalles como control e intelecto, y se aferraba a su instinto y a su furia animal. El monstruo era lo bastante autoconsciente como para saber que lo habían matado y que había vuelto de la muerte, pero su mente había quedado dañada más allá de todo posible arreglo, y las barreras de autocontrol que había poseído hasta ese momento habían desaparecido hechas trizas.

Sin ellas, las jaulas que albergaban memorias capturadas quedaron abiertas de par en par.

La fuerza sin forma de una impronta personal fragmentada se lanzó contra la psique herida de Lanza y chocó contra ella con un impacto semejante al de un cometa al caer, y la mente del asesino quedó perturbada por la fuerza del golpe.

De repente, los pensamientos del monstruo se vieron invadidos por una sobrecarga de sensaciones, por un bombardeo de trozos de emociones, por fragmentos de conciencias.

«Ivak y los demás chicos con la pelota y los aros…».

«… el olor a vino añejo y madurado estaba por todos lados. Ese aroma cálido y reconfortante que parece empalagoso y es demasiado fuerte…».

«… Renia le contesta que sí a su proposición de un contrato matrimonial, y él disfruta de su sonrisa…».

«… trozos brillantes de carne y de órganos que reflejan la luz, y otros pedazos de color blanco pastoso y cubiertos de fluidos…».

«… ¡te odio…!».

«… el disparo que acaba con el violador de las Torres Azules sale de su arma, por fin…».

«… he oído rumores. Cosas que cuenta la gente que conoce a otra gente en otros planetas, en otros sistemas…».

«… No…».

«… una punzada de culpabilidad…».

«… últimamente he estado fuera mucho tiempo…».

Aquello era lo único que quedaba de la psique de Yosef Sabrat, el rompecabezas de una conciencia al que le faltaban piezas, movido por un único impulso que marcaba todo lo que había sido aquel individuo, y todo lo que Lanza había destruido.

Se había mantenido a la espera. El paciente y listo de Yosef. Enterrado en las profundidades de los calabozos del alma siniestra de Lanza, esforzándose por no desaparecer. Esperando un momento como aquél, la oportunidad de atacar a su asesino.

El rastro fantasmal del bailío muerto quería hacer justicia. Quería la venganza por todas y cada una de las víctimas muertas a manos del asesino.

El alma de cada uno a los que Lanza había matado y saqueado, cada fantasma al que había despojado para asumirlo, para corromperlo y adoptar su apariencia. El miedo de cada uno de ellos había tenido un sabor especial. Era el miedo a la pérdida de la propia conciencia del ser, que era peor que la muerte.

Ese miedo estaba en su interior en esos momentos, mientras Lanza se aferraba al borde escabroso de su propia mente colgando sobre un abismo psíquico.

Y cuando habló, lo que oyó fue la voz de Yosef Sabrat.

—¡Detenlo!

Aquel rostro ya no era el de la criatura de colmillos, cuernos y vacíos oscuros. Pertenecía a un hombre, a un simple hombre cargado de dolor y de pena que lo miraba como si estuviera encerrado tras los barrotes de la prisión más profunda de todo el universo.

Kell sintió que se quedaba sin respiración al ver la angustia que contenían aquellos ojos tan humanos. Había visto esa misma expresión en muchas ocasiones, aunque desde lejos, en el mismo momento en que la muerte llegaba para llevarse una vida. La comprensión final y repentina en los ojos del objetivo. El dolor y la verdad.

Echó a correr sin hacer caso de las espirales de dolor agónico al rojo vivo que le producían las costillas rotas al mismo tiempo que lanzaba contra el torso del monstruo varios cuchillos arrojadizos que llevaba acoplados a la muñeca.

La criatura aulló mientras él pasaba a su lado. El francotirador resbaló sobre las baldosas mojadas y cayó al suelo. Kell rodó sobre sí mismo en dirección a la pistola y alargó la mano para empuñarla.

El monstruo ya se había lanzado de nuevo a por él. De todas y cada una de las superficies posibles de su cuerpo encorvado surgían abanicos de garras y zarpas, y el rostro humano desapareció para ser sustituido por una masa de colmillos y espinas. La criatura cruzó en tromba el suelo cubierto de escombros y lanzó rociones de agua por todas partes.

Kell alzó la pistola y abrio fuego. El arma saltó al mismo tiempo que se oía el chillido del aire desgarrado y la bala Ignis de gran calibre cruzaba la corta distancia que los separaba.

El proyectil impactó contra los músculos del hombro de la criatura y entró en erupción con una llamarada de cegador fuego blanco. La punta hueca de la bala estaba llena con una mezcla compuesta por sustancias fósforo-térmicas. Al impactar, se inflamaba y provocaba una llamarada calorífica de un millón de grados que ardería incluso aunque no hubiera oxígeno.

Lanza empezó a aullar, y su cuerpo se estremeció como si estuviera intentando desgarrarse a sí mismo. Kell apuntó de nuevo y disparó una vez más, y luego otra, hasta cuatro veces. El impacto de los proyectiles hizo retroceder a Lanza, y la combustión del aire provocó que el agua que tenía a los pies comenzara a evaporarse. Las llamaradas blancas cubrieron por completo el cuerpo del monstruo y empezaron a devorar la superficie de su carne inhumana.

Kell no dejó de disparar. Vació el cargador de la pistola Exitus contra el objetivo, y siguió apretando el gatillo hasta que la corredera del arma saltó y se quedó bloqueada. Contempló cómo su enemigo pasó de ser una antorcha aullante a convertirse en masa burbujeante de materia abrasada. Lanza se tambaleó mientras los gritos que surgían de sus fauces derretidas se iban haciendo más agudos, y un instante después se produjo la onda expansiva de un sonido antinatural que surgió retumbante de lo más profundo de la criatura. Kell vio la sombra fantasmal de algo de un color rojo sangre y apariencia etérea que se separó con un desgarrón de la carne moribunda del asesino, y le llegó el eco de un aullido monstruoso y lleno de rabia. Se desvaneció prácticamente en el mismo instante en que lo percibió, y entonces los restos humeantes se desplomaron sobre el suelo. Una vaharada repentina de aire cargado de apestoso olor a sulfuro lo envolvió, y el francotirador sufrio una serie de arcadas antes de vomitar un poco de sangre y de bilis. La imagen fantasmal ya había desaparecido para entonces.

Kell contempló con el cuerpo dolorido como el esqueleto ennegrecido de Lanza siseaba y chasqueaba igual que la grasa en una parrilla.

Observó sorprendido que había algo flotando en la superficie sucia del agua estancada. Eran unas pequeñas manchas de colores muy vivos, semejantes a hojas de pan de oro. Surgieron del cadáver del monstruo liberadas por la muerte de Lanza. Cuando alargó la mano para tocarlas, se desvanecieron. Titilaron un momento en la débil luz de la penumbra antes de desaparecer por completo.

—No por venganza. Por el Emperador —dijo en voz alta.

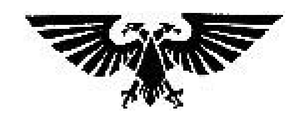
El vindicare se quedó allí sentado durante un largo rato escuchando el tamborileo de la lluvia y el sonido de los lejanos estallidos que le llegaban desde la capital. Las explosiones y los temblores ya se producían casi al unísono, todo ello unido a los chorros de luz cegadora que bajaban desde el cielo. La ciudad y todo lo que albergaba estaba siendo arrasada por la rabia iracunda de los Hijos de Horus. No tardarían en apuntar con sus armas contra el espaciopuerto, contra las tierras baldías, contra todos los lugares de Dagonet que fueran capaces de albergar vida humana y que pudieran servir de refugio a los supervivientes.

Los rebeldes y los traidores de las fuerzas del señor de la guerra no se detendrían en aquel planeta, ni en el siguiente ni en el siguiente. Se abrirían paso a sangre y fuego por el espacio, y sólo pararían al llegar a Terra.

Eso no debía ocurrir. La guerra de Kell, su misión, no se había acabado.

El francotirador recogió todo lo que necesitaba y utilizó el rifle Exitus como muleta para salir de las ruinas de la terminal. Luego comenzó a cruzar con lentitud las pistas de aterrizaje agrietadas. El cielo bajo el que caminaba se oscurecía más y más con cada paso que daba.

Vio que las luces de despegue de la *Ultio* se encendían cuando la nave captó que se acercaba.



DIECIOCHO
YO SOY EL ARMA
HACIA LA LUZ
NÉMESIS

La lanzadera artillada ascendió a través de las capas de nubes y atravesó las bolsas de turbulencias de la atmósfera provocadas por la aparición de tormentas nacidas de las explosiones del bombardeo orbital.

A su espalda, en la superficie de Dagonet, el planeta estaba sufriendo la disección causada por los disparos de energía que acribillaban el terreno de un lado a otro. El diluvio mortífero de láseres y de enormes proyectiles explosivos había salido ya de los límites de la ciudad y se había comenzado a extender por la superficie temblorosa. Los disparos reventaban la tierra con la misma facilidad que un cuchillo de despellejar atravesaría un trozo de carne blanda.

La nave con proa en forma de flecha cruzó el cielo en llamas girando y virando para serpentear entre las cascadas de plasma. Ningún piloto humano hubiera conseguido una hazaña semejante, pero el timonel de la *Ultio* ya no era un ser humano propiamente dicho, sino la propia nave. Hizo que el aparato atravesara las oleadas de aire abrasador igual que un

pájaro aprovecharía las corrientes termales de la atmósfera. Sus manos eran los estabilizadores situados a lo largo de la proa, sus piernas las toberas rugientes de los cohetes impulsores, y la sangre, el combustible que alimentaba el retumbante corazón motor de la nave.

El único pasajero de la *Ultio* estaba sujeto con arneses a un asiento de aceleración en el estrecho puente de mando de la nave. Desde allí, en el interior de la cúpula blindada de observación, contempló las oleadas llameantes que chocaban contra la cubierta invisible que formaban los escudos de vacío.

Kell murmuró una serie de frases en el parche de comunicación que llevaba colocado sobre el hueso mastoideo, detrás de la mandíbula, y luego subvocalizó las palabras hacia el grabador colocado en el brazo del sillón. Una vez terminó, jadeó con fuerza y comenzó a ocuparse de sus heridas. El piloto cibernético había reconfigurado el campo gravitatorio de la cabina para contrarrestar el incremento de la fuerza de gravedad a lo largo del accidentado trayecto de despegue, pero a pesar de ello Kell notó la tremenda presión. Sin embargo, se sintió agradecido por la decisión. Si no hubiese estado tan protegido, la aceleración del propio despegue le habría provocado un desmayo a causa de la presión, o incluso le habría provocado la perforación de un pulmón con una de las costillas que tenía rotas.

Hablar le había supuesto un esfuerzo tremendo, pero lo hizo porque sabía que era su deber presentar un informe de todo lo que había ocurrido. En esos mismos instantes, los cerebros mecánicos inteligentes subordinados a la *Ultio* estaban descargando y codificando el contenido de los cilindros de memoria procedentes del casco con forma de cráneo de Iota y las páginas de la serie de archivos, exhaustivamente analíticos, que Tariel había guardado en su guantelete cogitador. Una vez acabaran, aquella densa compilación de datos almacenados sería enviada mediante una descarga única hasta la unidad de impulsión interestelar de la *Ultio*, que seguía oculta en órbita, en el interior de una estación espacial abandonada.

Kell decidió que añadiría un mensaje a esos datos. Él era quien había estado al mando de aquella misión y, al fin y al cabo, las decisiones que se habían tomado eran responsabilidad suya, y no pensaba rehuir esa carga.

Finalmente se quedó sin palabras e inclinó la cabeza. Pulsó una serie de botones del grabador y luego apretó el control de reproducción para asegurarse de que el mensaje había quedado guardado.

—«Me llamo Eristede Kell —dijo su propia voz—. Soy un asesino especialista del Clado Vindicare, con grado de dan épsilon, y he incumplido las órdenes que se me dieron».

Asintió antes de quitarse el parche del hueso mastoideo y apagar la grabación. A Kell, su propia voz le había sonado extraña y lejana. No era tanto un resumen del informe como una confesión.

Una confesión. Las connotaciones implícitas en esa palabra le hicieron bajar la mirada hacia una de sus manos. Había sujetado alrededor de la muñeca la pulsera con el aquila dorada de Jenniker. Buscó en su interior esforzándose por encontrar un significado, una definición para el sentimiento que le estaba ofuscando los pensamientos. Sin embargo, no encontró en su fuero interno nada a lo que aferrarse.

Kell apretó otro mando y envió la grabación de voz para que se acoplara al archivo de datos ya codificado. El color del cielo llameante del exterior de la nave había pasado del azul al púrpura hasta volverse finalmente negro. Dejó de oírse el rugido del aire. La *Ultio* había salido completamente de la atmósfera del planeta, pero siguió ascendiendo.

Cada vez que respiraba notaba un sabor corrupto y metálico. Sintió una masa de fluidos espesos en el fondo de la garganta, y se los tragó con una mueca de asco. El olor que le invadía la nariz era el de su propia sangre, y aunque los analgésicos que se había inyectado en el cuello habían conseguido mantenerlo en pie durante un tiempo, ya estaban perdiendo eficacia.

Una runa del panel de mando se encendió con una luz verde: la *Ultio* había recibido una señal que indicaba que la unidad impulsora había detectado su presencia y la tenía en sus monitores. Más allá de las órbitas abarrotadas de restos de naves, el módulo de impulsión se había activado y

ya estaba canalizando energía hacia el impulsor de disformidad y los motores sublumínicos. El astrópata y el navegante que se encontraban a bordo de la nave no tardarían en ser despertados de su sueño profundo inducido. El módulo de descenso de la *Ultio* tan sólo tenía que cruzar la franja de espacio que lo separaba de la otra parte de la nave y acoplarse a ella. Una vez reunidas ambas partes, la nave podría acelerar hacia el espacio profundo y escapar a través del immaterium.

Kell se inclinó hacia adelante para mirar al otro lado de la cabina. El único defecto que tenía ese plan, perfecto por lo demás, era la flota de naves de combate que se interponían entre la lanzadera y el módulo impulsor.

Aquella armada le impedía el paso. Vio naves estelares del tamaño de ciudades rematadas por unas grandes proas con forma de cuchillo, con bloques de metal cubiertos de armas terroríficas, como si fueran martillos de los dioses, cada uno con incrustaciones de acero pulido y oro. Todas y cada una de aquellas baterías mostraba un símbolo: un ojo abierto de expresión maligna que transmitía una sensación de odio en la oscuridad.

En el centro de la flota se encontraba una nave de proporciones monstruosas. Kell reconoció la silueta de aquella mortífera nave de combate, única en su clase. Se trataba de una barcaza de batalla de un tamaño gigantesco rodeada de nubes de cazas de escolta: la *Espíritu Vengativo*, la nave insignia del señor de la guerra Horus Lupercal.

—Piloto —dijo Kell con voz apagada por el dolor—. Dirige la *Ultio* en rumbo de interceptación hacia la nave almirante. Desvía toda la potencia disponible a la capa de ocultamiento de aura.

El piloto cibernético emitió una serie de chasquidos y de zumbidos.

—El incremento de la capa de ocultamiento de aura dará como resultado la pérdida del uso de los escudos de vacío.

El francotirador se quedó mirando las partes visibles del rostro casi humano del piloto, que le devolvió la mirada desde la tribuna de mando.

—Si no pueden vernos, no pueden acertarnos.

—Nos acertarán —le replicó el piloto con voz átona—. El vector de intercepción colocará a la *Ultio* en un cuadrante de amenaza elevada.

Dentro del campo de tiro de numerosas armas enemigas.

—¡Haz lo que te digo! —le ordenó Kell, quien torció la boca en un gesto provocado por el dolor que le causó ese esfuerzo—. Y abre un canal de comunicación con el navegante.

—A la orden.

Al vindicare le pareció captar un matiz ofendido en la respuesta. Un momento después, la lanzadera artillada viraba y ponía rumbo al *Espíritu Vengativo*. Los sensores comenzaron a mostrar los primeros rastreos inquisitivos por parte de las naves de escolta de la flota de Horus. Se dedicaban a barrer toda la zona en busca de un rastro, ya que no estaban seguros de si sus sensores de alarma habían captado una serial de amenaza, o no. Sin embargo, los generadores de capa de ocultamiento de aura de la *Ultio* eran demasiado avanzados para la tecnología que utilizaban las naves de la Armada. Ya se encontrarían en el perímetro interior de la flota antes de que ninguna de las naves de escolta pudiera interpretar de un modo correcto lo que habían captado sus sensores.

Otra runa de la consola comenzó a destellar: el piloto ya había abierto un canal de comunicación entre el módulo de descenso y la sección impulsora.

Kell habló con rapidez, temeroso de que la transmisión estropease el sigilo que habían logrado con la capa de ocultación si la mantenía durante un segundo más de lo necesario.

—Aquí Kell. Preparados para recibir una transmisión codificada de un solo impulso. Se reenviará sólo bajo una autorización Omnis Octal. —Inspiró de forma temblorosa—. Las nuevas órdenes anulan todas las anteriores. Protocolo Perditus. Expeditus inmediato. Repito, actúen según el protocolo Perditus.

Los largos segundos que transcurrieron hasta que le llegó la respuesta le parecieron eternos. La voz susurrante y frágil del navegante le llegó por el altavoz.

—Será difícil, pero lo intentaremos. —Kell alargó una mano para cortar la comunicación, pero antes el navegante habló de nuevo—: Buena suerte, asesino.

La runa se apagó y Kell dejó caer la mano.

Al otro lado del cristal de la cabina, los disparos de los cañones láser cruzaban el espacio alrededor de la nave, y la barcaza de batalla aumentó de tamaño hasta ocupar toda la oscuridad.

Los cañones láser de corto alcance montados en el casco del módulo impulsor volaron la delgada pared que ocultaba la parte posterior del conjunto de la nave, y la sección impulsora de la *Ultio* salió disparada de la estación espacial con la fuerza de una detonación. Los motores de fusión desencadenaron la fuerza de los soles en miniatura que albergaban en sus núcleos e impulsaron a la nave en una aceleración reluciente de pantallas de vacío y energía. Tras unos pocos segundos, la nave ya había alcanzado un cuarto de la velocidad de la luz.

Los escuadrones de naves de escolta situadas en el otro extremo de la flota del señor de la guerra lo formaban principalmente fragatas y destructores que en el pasado pertenecieron a la flota imperial, y que sólo estaban tripulados por oficiales humanos. Las naves traidoras captaron su señal y comenzaron a disparar contra esa parte de la *Ultio*. La mayoría de las naves pertenecientes a los habitantes de Dagonet ya habían sido destruidas a lo largo de las horas anteriores, y las últimas en salir se habían visto obligadas a volver a la superficie del planeta o habían acabado partidas por la mitad por los rayos de energía disparados por los traidores.

Sin embargo, las soluciones de disparo contra la extraña nave que había aparecido de repente en sus holoscopios se comportaban de un modo inesperado. Los sistemas de puntería no lograban centrarse de forma precisa sobre ella. Los sensores ofrecían informaciones contradictorias. La nave mostraba una potencia impulsora monstruosa, desproporcionada para un navío de ese tamaño. A veces parecía carecer de tripulación, y al siguiente, lo contrario. Lo más extraño de todo era el brillo de una señal de disformidad que aumentaba en los costados del fuselaje cuanto más se alejaba de la sombra gravitatoria del planeta en dirección al punto de salto.

Varias naves de combate se separaron de la formación y aceleraron en pos de aquella nave desconocida para seguirla por el plano de la eclíptica del sistema Dagonet, pero no lograrían atraparla.

Solos en la bestia descabezada en la que había quedado convertida la nave, el navegante y el astrópata de la *Ultio* se comunicaron del modo menos habitual para los individuos de sus respectivas clases: con palabras.

Lo que compartieron fue un entendimiento de un propósito común: protocolo Perditus. Una serie de órdenes codificadas que ambos conocían y para la que tan sólo existía una respuesta posible. Debían abandonar de inmediato la zona de operaciones un instante después de recibir la orden, y debían seguir una serie preestablecida de traslaciones en el espacio disforme. Deberían seguir hasta que llegaran al Sistema Solar. La misión había acabado, había sido abandonada.

El fuego de los disparos enemigos acribilló el espacio alrededor del módulo impulsor mientras avanzaba a toda velocidad hacia el comienzo del momento crítico. Las primeras trazas de una puerta de disformidad comenzaron a formarse en el vacío delante de la nave.

La sangre seguía saliéndole por la nariz a Erebus mientras se abría paso a empujones en el ascensor y a través de la multitud de ilotas que esperaban en el puente de mando. El fluido carmesí le empapaba y apelmazaba la barba, y torció el gesto al mismo tiempo que se pasaba una mano callosa por la cara. Por suerte, el efecto de la conmoción psíquica ya se estaba desvaneciendo, pero durante un breve instante le había dado la sensación de que lo iba a partir por la mitad.

Había intentado encontrar una respuesta a la situación en los aposentos que tenía asignados a bordo de la nave insignia. Había utilizado la espodomancia y los ritos adivinatorios mambila, pero los senderos óctuples estaban llenos de confusión, y fue incapaz de distinguir sus extremos. Erebus había tenido la certeza de que algo iba mal desde el mismo momento en que llegaron al sistema Dagonet.

Todos sus planes, preparados con un cuidado extremo, todos los proyectos que había concebido bajo la guía de los Grandes Dioses, y que normalmente tenía tan claros en la mente, se habían visto oscurecidos por una sombra de la que no conocía su procedencia. Aquello lo inquietaba hasta un punto que no merecía semejante emoción. Después de todo, aquello no era más que una pequeña perturbación en su plan general a largo plazo. Aquel planeta, aquella acción concreta, no era más que una diversión menor respecto a todas las obras ya preestablecidas dentro del gran teatro de operaciones.

Y sin embargo, Horus Lupercal estaba llevando a cabo aquel tipo de actos cada vez con mayor frecuencia. Sin duda, se dirigía hacia donde le indicaba Erebus, pero lo hacía con menos rapidez que al principio. El señor de la guerra miraba hacia otros sitios, y lo hacía con toda la intención. El portador de la palabra se preguntaba a veces si el señor de la guerra estaba prestando atención a otros consejos que no fueran los suyos.

Lo cierto era que tampoco le preocupaba. Aquello era algo de esperar. Horus era un primarca. Nadie podía pretender tenerlo sometido y darle órdenes, lo mismo que un ser humano normal no podía dominar un ánima etérea. El primer capellán se recordó aquello a sí mismo.

«Hay que permitirle a Horus que sea Horus —se había dicho también a sí mismo—. Cuando le llegue el momento de actuar… estará preparado».

A pesar de todo eso, el viaje a Dagonet y el oscurecimiento de las líneas… no habían perdido importancia. En todo caso, habían empeorado. Erebus había registrado durante sus meditaciones la egosfera del planeta que giraba bajo sus pies, pero todo aquel miedo y los gritos ahogaban cualquier clase de indicio sutil. Sólo hubo una cosa que fue capaz de rastrear: el rastro de lo familiar.

La cosa paria. Su Lanza. Quizá no se encontraba ya en aquel planeta, quizás tan sólo se trataba del rastro dejado por su paso, pero sin duda, era algo. Se quedó satisfecho con aquello durante un breve espacio de tiempo, pero luego, con el paso de las horas, Erebus fue incapaz de dejar a un lado aquel asunto. Lo removió, insistió en aquella marca psíquica como si fuera una cicatriz reciente.

¿A qué se debía la presencia de Lanza en Dagonet? ¿Qué motivo habría tenido el asesino para salir del camino que le había trazado Erebus? Y lo que era más importante, ¿a qué se debía que Horus hubiese decidido hacer proselitismo en persona en aquel planeta? El portador de la palabra era de los que pensaban que las coincidencias tan sólo existían en las mentes de aquellos con cerebros demasiado débiles como para discernir el auténtico entramado de la cruel realidad del universo.

Lo que le irritaba era que la respuesta se encontraba allí abajo, en el planeta. Si lograra alcanzarla…

Ése fue el motivo por el que lo que ocurrio a continuación lo pilló completamente por sorpresa: la aparición de un aullido negro provocado por una repentina implosión psiónica. Se encontraba en sus aposentos, captando los límites de la situación, con el pensamiento centrado en los rincones más profundos de su fuero interno, donde permitía que el vacío le hablara.

Ése fue su error. La energía provocada por su asesino camaleónico salió disparada de la superficie del planeta, y la bestia demoníaca que escapó le pasó rozando en su huida enloquecida hacia la seguridad que le ofrecía el immaterium. Todo aquello lo golpeó con fuerza, y no estaba en absoluto preparado para ello.

Sintió cómo moría Lanza, y con él murio el poder de un arma. La pistola fantasmal colocada contra la sien de un Emperador desprevenido que había quedado destrozada incluso antes de que tuviera la oportunidad de ser utilizada.

La furia de Erebus lo hizo salir disparado de sus aposentos y cruzar los pasillos de la nave. Su plan, aquel fragmento de la senda que había diseñado, había fracasado, y por Hades que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para saber el motivo. Bajaría hasta Dagonet y estudiaría sus cenizas con sus propios dedos. Sabría el motivo.

El portador de la palabra recuperó la compostura y entró en el salón de Lupercal sin esperar a que le dieran permiso para hacerlo, y cuando Maloghurst se dispuso a interponerse en su camino, el señor de la guerra se apartó un momento de la gran ventana junto a la que se encontraba y le

indicó con un gesto que se acercara. Erebus fue consciente en esos momentos de que las sirenas de alarma habían comenzado a sonar, y vio detrás del cristal blindado, al que habían dado la forma ovalada de un ojo abierto, las descargas de disparos láser que acribillaban el vacío por delante de la proa de la nave insignia.

Horus le hizo un gesto de asentimiento a modo de saludo. La luz infernal provocada por las andanadas de disparos iluminaba el rostro de rasgos duros del señor de la guerra como si fuera una roca mellada. Estaba, como siempre, espléndido con su armadura de combate. En contraste, Erebus había acudido llevando todavía puesta su túnica oscura, y el portador de la palabra sintió durante un momento su inferioridad respecto al señor de la guerra, que le sacaba más de una cabeza.

Sin embargo, su rostro no mostró nada de lo anterior. Guardó todo aquello en su interior y mantuvo imperturbable la expresión de la cara. Erebus era un príncipe de las mentiras, y tenía mucha práctica en aquel juego.

—Mi señor, si me lo permitís, quisiera haceros una petición. Tengo que resolver un asunto…

—¿En la superficie del planeta? —lo interrumpió Horus, y luego volvió a mirar hacia el exterior—. No tardaremos mucho en visitar Dagonet, te lo prometo, amigo mío. Queda mucho trabajo por hacer.

Erebus consiguió mantener la apariencia de tranquilidad, pero tuvo que esforzarse por contener la tensión interior que lo atenazó.

—Por supuesto, pero si me concedierais permiso para descender antes de que iniciemos los ritos propiamente dichos, quizá podría… allanar el camino, por así decirlo.

—No tardaremos mucho —repitió el señor de la guerra con voz amistosa, pero el capellán se dio cuenta de que ya no había más que hablar al respecto.

Maloghurst se acercó cojeando con una placa de datos en la mano, lanzó una dura mirada al portador de la palabra mientras pasaba por delante de él.

—Un mensaje procedente de las naves de escolta. El otro objetivo es demasiado veloz. Han logrado acertarle con algunos impactos, pero conseguirá saltar a la disformidad antes de que puedan alcanzarlo.

El señor de la guerra apretó los labios.

—Que lo dejen marcharse. ¿Qué hay del otro, de nuestro fantasma? —inquirio al mismo tiempo que señalaba el infierno llameante que se veía en el exterior.

—Sigue sin estar determinado —respondió el palafrenero con un bufido—. Las dotaciones de las naves del perímetro informan de que captan señales fantasmas y numerosos ecos múltiples. Están acribillando un cielo vacío y no encuentran nada. —Erebus vio que el ceño perpetuo que Maloghurst mostraba en el rostro cubierto de cicatrices se acentuaba más todavía—. He retirado las escuadrillas de cazas, tal como me ordenasteis, mi señor.

Horus asintió.

—Si se atreve a acercarse tanto a mí, quiero mirarlo a los ojos.

El portador de la palabra siguió la mirada del señor de la guerra hacia el exterior de la ventana.

La placa que Maloghurst sostenía en sus dedos retorcidos emitió un leve repique melódico, un sonido que contrastaba enormemente con la urgencia del nuevo mensaje.

—Los sensores captan… algo —le comunicó el palafrenero—. Se acerca a gran velocidad. ¡Y en rumbo de colisión! Pero las armas no son capaces de rastrearlo…

—Una capa de ocultamiento de aura —comentó Erebus mientras observaba con atención la oscuridad cruzada por los disparos—. Pero un artefacto semejante se encuentra más allá de la capacidad tecnológica de Dagonet.

—Así es —le confirmó Horus con una sonrisa despreocupada—. ¿Lo ves?

El señor de la guerra se acercó al cristal y apoyó las dos manos en su superficie grisácea.

El capellán paseó la mirada por el torbellino de energía mientras las lanzas de fuego se cruzaban una y otra vez acribillando el vacío en busca del atacante fantasma. De repente, durante un momento, Erebus vio algo parecido a una mancha de aceite al moverse sobre el agua. Fue poco más que el contorno borroso de un objeto semejante a un ave rapaz que distorsionaba la luz de las estrellas que se encontraban a su espalda.

—¡Allí! —gritó al mismo tiempo que señalaba con un dedo.

Maloghurst impartió de inmediato una orden por el comunicador.

—Objetivo localizado. ¡Fijar y destruir!

Las dotaciones de las armas hicieron convergir los disparos. La nave estaba cerca, mucho más cerca de lo que la falsa imagen fantasmal había sugerido. Erebus se apartó un paso de forma involuntaria de la gran ventana.

La sonrisa de Horus se hizo más amplia, y el portador de la palabra le oyó susurrar algo, un leve sonido sordo que resonó profundamente:

—Mátame si te atreves —dijo el señor de la guerra.

La *Ultio* ardía a su alrededor.

El piloto ya había muerto, al menos en cierto sentido. Las funciones cerebrales superiores de la criatura medio humana medio máquina se habían visto abrasadas por el cortocircuito provocado por un impacto en el ala de estribor. Sin embargo, el núcleo de su cerebro seguía intacto, y gracias a él la nave seguía virando y esquivando como si el propio espacio girara a su alrededor.

La nave iba dejando a su paso trozos de fuselaje en lo que parecía una cola de corneta formada por restos y plasma ardiente. La cubierta retemblaba, y el puente de mando estaba lleno de humo. Allá donde Kell mirara tan sólo se veía un paisaje de runas rojas de alarma. Los sistemas autónomos habían iniciado los protocolos de salvamento y habían abierto una compuerta de iris en el suelo que daba a una pequeña cápsula de emergencia que se encontraba acoplada bajo la cabina. El vindicare sintió durante un momento la llamada de la luz azul que surgía de la compuerta.

Todavía tenía la pistola Exitus en la funda de la cadera, y seguía vivo. Tan sólo tenía que dar un paso…

Pero ¿hacia dónde? Incluso si conseguía sobrevivir a lo largo de los diez segundos siguientes, ¿hacia dónde podría escapar? ¿Qué razones tenía para seguir con vida? Su misión… La misión era lo que le quedaba a Eristede Kell en una existencia vacía.

La torre de mando del *Espíritu Vengativo* apareció alzándose poco a poco delante de la cabina de proa. Eran hectáreas y hectáreas de hierro negro y de acero antiguo iluminadas con el resplandor de las andanadas de disparos de energía y los destellos rojos de los rayos láser. La torre estaba rematada por un ojo siempre abierto de cristal gris y ámbar rodeado por un marco dorado reluciente.

Dentro de ese ojo vio una figura. Kell tuvo la certeza de que no se lo imaginaba, de que se trataba de la enorme silueta de un semidiós que lo retaba a que se acercara más. Tanteó con la mano hasta encontrar la palanca de mando manual y la empujó hasta llegar a la línea roja mientras los fuegos mortíferos del enemigo centraban poco a poco la puntería.

Alzó la mirada de nuevo y lo asaltó el primer mantra de puntería que le habían enseñado. Eran tan sólo cuatro palabras, un *koan* sencillo cuya verdad nunca había sido más cierta que en ese preciso momento.

Kell lo dijo en voz alta mientras caía hacia su objetivo.

—Yo soy el arma…

El sol ya se alzaba poco a poco más allá de las torres montañosas del Palacio Imperial hacia el cielo oscuro, pero su luz todavía tardaría un poco en alcanzar las salas y los recintos de la gran ciudad fortaleza. Muchos de sus distritos seguían dormidos, con sus habitantes a punto de despertarse para empezar un nuevo día. Otros todavía no se habían podido ir a dormir a causa de asuntos que nunca descansaban.

En aquellos corredores llenos de poder todo estaba envuelto en el silencio y en la solemnidad, pero en la Mortaja, toda educación fingida había desaparecido por completo.

El magíster eversor dio un tremendo puñetazo en la mesa de madera, y el impacto hizo que todas las copas de agua de cristal tallado se tambalearan. No contenía en absoluto su furia, y los ojos le brillaban enloquecidos detrás de la máscara de hueso.

—¡Un fracaso! —exclamó, y las palabras iban cargadas de veneno—. ¡Os advertí a todos de la estupidez que era este plan, ya os advertí que no funcionaría!

—Y ahora hemos desperdiciado la única ocasión que vamos a tener de matar al señor de la guerra —murmuró el magíster vanus con la voz alterada por un sintetizador para que sonara monótona y sin entonación alguna, como la de una máquina.

El magíster del clado Eversor, incapaz de quedarse sentado en la silla, se puso en pie de golpe y rodeó la mesa octogonal. Los demás magísteres y magistral del Oficio Asesinorum vieron cómo se dirigía hacia la poderosa figura encapuchada que se encontraba apartada a un lado, bajo la luz de un globo lumen.

—No debimos haberte hecho caso jamás —le gruñó—. ¡Con tu idea lo único que hemos conseguido es perder más agentes, custodio!

El señor de los asesinos, que se encontraba en la cabecera de la mesa, alzó la mirada con brusquedad y su máscara plateada reflejó la luz. Detrás de él no había más que oscuridad, por lo que el individuo parecía encontrarse inmerso y sostenido por un vacío negro y sin fondo.

—Sí —le soltó el magíster eversor—. Sé quién es. ¡No puede ser otro que Constantin Valdor!

Al oír aquello, el hombre encapuchado se quitó la túnica y el capitán general quedó a la vista de todos.

—Como quieras. No tengo nada que temer del hecho de que veáis mi rostro.

—Lo sospechaba —apuntó la magistra venenum. Su rostro, una máscara de porcelana verde y dorada, se inclinó hacia un lado en un gesto de interés—. Tan sólo un guardia custodio se sentiría tan obligado a asegurarse la muerte de otros en vez de la suya propia.

Valdor la miró fijamente y luego le sonrio sin alegría.

—Si eso es cierto, entonces nos parecemos en cierto modo, mi señora.

—Eversor. Toma asiento y muestra un poco de contención, si eso te resulta posible de algún modo —le dijo el señor de los asesinos con voz tranquila.

La máscara plateada reflejó una imagen distorsionada del rostro óseo poseído por la rabia.

—¿Contención? —le replicó el magíster vindicare con el rostro oculto por la máscara espía propia de un francotirador—. Con todo el respeto debido, mi señor, creo que todos estamos de acuerdo en que la furia del eversor está más que justificada.

—Horus envió a uno de sus propios guerreros para que muriera en su lugar. —El magíster eversor se sentó de nuevo y habló con un tono de voz lleno de amargura—. Alguien tuvo que haberlo avisado. Eso, o tiene la suerte de un demonio.

—Eso, u otra cosa… —añadió la magistra venenum con voz siniestra.

—La misión ha fracasado —los interrumpió la máscara sedosa de la magistra callidus—. Siempre ha habido esa posibilidad. Sabíamos desde el principio que iba a ser un objetivo como no lo había sido ningún otro.

El vigilante cráneo de acero que ocultaba el rostro del magíster se inclinó hacia delante.

—¿Y eso te parece respuesta suficiente? —Su voz susurrante llegó a todos los rincones de la estancia—. Seis de nuestros mejores agentes han desaparecido y probablemente estén muertos, ¿y para qué? ¿Para qué nos quedemos aquí sentados y nos aseguremos de aprender alguna pequeña lección sin importancia gracias a sus muertes? —La expresión del rostro metálico no cambió, pero dio la impresión de que las sombras que lo rodeaban se alargaban—. La agente Iota era importante para mi Clado. Era una rareza, y una inversión sustancial de tiempo y de energía. No pasaremos por alto su pérdida.

—Siempre hay alguna clase de coste —comentó Valdor.

—Pero no para vos. —La réplica de la venenum iba cargada de furia —. Hemos desperdiciado nuestros mejores agentes y armas, y a pesar de ello, Horus Lupercal sigue con vida.

—Quizá no se le puede matar —le espetó el magíster eversor.

Antes de que el comandante de los Custodios tuviera tiempo de contestarle, el señor de los asesinos alzó una mano para interrumpir la conversación.

—Magíster vanus, ¿podríamos dejar a un lado los rumores y en vez de eso centrarnos en discutir lo que sabemos con certeza sobre los resultados de esta misión?

Vanus asintió, y su máscara vítrea y titilante cambió de color y de tono.

—Por supuesto.

El magíster vanus apretó una sección de la mesa de madera de color rojo claro y en la superficie apareció silenciosamente un panel lleno de botones de bronce. Pulsó unas pocas de aquellas teclas y el proyector hololítico se activó y trazó una serie de ventanas de luz azul parpadeante sobre sus cabezas. En ellas aparecieron mapas estelares tácticos, fragmentos de informes de exploración y transmisiones enviadas desde observatorios de reconocimiento a larga distancia.

—Las noticias de que disponemos respecto al sector Taebiano no son, ni en el mejor de los casos, concluyentes. Sin embargo, por lo que parece, la mayoría, si no todos, de los planetas principales del eje que forman las Estrellas Taebianas se encuentran más allá de la influencia del gobierno imperial.

En las pantallas de los mapas se veía cómo racimos globulares de planetas pasaban del color azul al rojo con rapidez, consumidos por la revuelta.

—Toda la zona ha caído en la anarquía —siguió explicando el magíster vanus—. Ya tenemos confirmación de que los planetas Thallat, Bowman, Dagonet, Taebia Prime e Iesta Veracrux han roto sus lazos de obediencia con el liderazgo legítimo de Terra y le han declarado lealtad al señor de la guerra y a sus traidores.

El magíster culexus dejó escapar un suave sonido sibilante.

—Han sido derrotados tanto por sus miedos como por las armas.

—El señor de la guerra se ha apoderado de sus mundos y les exige que se arrodillen ante él —le explicó Valdor—. Pocas personas tendrían el valor suficiente para negarse a obedecerlo.

—Sólo hay dos factores de los que podemos estar seguros —añadió el magíster vanus—. El primero es que el capitán Luc Sedirae, de la Decimotercera Compañía de los Hijos de Horus, un general de gran importancia en las filas de las fuerzas del traidor, ha sido eliminado. Al parecer, murio por el ataque de un francotirador. —Miró al magíster vindicare, pero éste no dijo nada—. El segundo es que Horus Lupercal sigue vivo.

—La muerte de Sedirae es un éxito importante, pero no supone de ningún modo una compensación por la eliminación del señor de la guerra —declaró el señor de los asesinos.

—Mi clado ya está trabajando con la información procedente del sector Taebiano —le informó el magíster vanus—. Mis infocitos están efectuando los ajustes de procesamiento necesarios en los canales de comunicación, tanto en los abiertos como en los confidenciales, para reflejar del mejor modo la posición del Imperio al respecto.

—Quieres decir que vas a cubrir las grietas con unas cuantas mentiras rápidas, ¿no? —le espetó la magistra callidus.

Los colores de la máscara centelleante del vanus pasaron por varios tonos de azul.

—Debemos salvar lo que podamos, mi señora. Estoy seguro de que…

—¿Seguro? —lo cortó ella, y la máscara de seda se tensó—. ¿De qué estás seguro? ¡No tenemos nada concreto, ninguna solución! ¡Lo único que hemos hecho es dejar las cartas al descubierto ante los traidores!

El ambiente de la estancia cambió de repente, y una vez más la rabia y la frustración que bullían bajo la superficie amenazaron con desbordarse sin ninguna clase de control. El gran maestro de los asesinos alzó una mano de nuevo, pero antes de que pudiera hablar, una sirena de alarma sonó por toda la estancia.

—¿Qué es lo que ocurre? —exigió saber el magíster vindicare—. ¿Qué quiere decir esa alarma?

—La Mortaja… —El señor de los asesinos se puso en pie—. Han penetrado en la zona.

De repente, su rostro plateado se volvió hacia una de las paredes forradas con paneles de caoba, como si fuese capaz de ver a través de ella. La madera antigua y el metal cedieron bajo una tremenda presión con un chasquido semejante al de un disparo, y una puerta oculta se abrio de golpe. Al otro lado, en el sempiterno rompecabezas de los pasillos siempre cambiantes, tres figuras ocupaban todo el espacio. Dos llevaban puestas armaduras de color dorado ámbar con rebordes negros y blancos, y sus rostros mostraban unas expresiones ceñudas y hostiles. Eran marines espaciales veteranos de la Legión Astartes VII, con sus armaduras de combate. Sin embargo, su impresionante presencia se veía eclipsada por un guerrero que parecía tallado en piedra y con una mirada fría y penetrante que les sacaba una cabeza a ambos.

Rogal Dorn entró en la Mortaja, y su equipo de combate relució bajo el brillo de los globos lumen. Miró a su alrededor con una expresión que se podría calificar de disgusto. Se detuvo un momento en Valdor, luego en el señor de los asesinos y, finalmente, en las profundas sombras que envolvían el extremo más lejano de la estancia.

Fue la magistra venenum quien se atrevió a romper el silencio que siguió a la intrusión de Dom.

—Lord astartes —empezó a decir mientras se esforzaba de un modo desesperado por mantener controlado el miedo que la invadía—. Estáis en un santuario de…

El puño imperial ni siquiera le dirigió la mirada. Se acercó a la mesa de madera y cruzó sus enormes brazos sobre el pecho.

—Aquí estás —dijo, dirigiéndose a Valdor—. Ya te dije que nuestra conversación no se había acabado, custodio.

—No deberíais estar aquí, lord Dom.

—Vosotros tampoco —le replicó el primarca con una voz que parecía capaz de partir piedras—. Pero has sido tú quien nos has traído a los dos hasta aquí. A este… lugar de subterfugios. —Pronunció la última palabra como si le diera asco.

—Este lugar no se encuentra bajo tu autoridad, astartes.

La voz del gran maestro de los asesinos estaba alterada y cambiada, pero el tono de autoridad seguía siendo evidente para todos.

—En este momento sí… —Dorn centró su mirada de expresión helada en el rostro abierto de espejo que lo miraba a él—, mi señor Malcador.

Un estremecimiento de sorpresa cruzó serpenteando toda la estancia, y todos los magistras y magísteres primus de los clados se volvieron para mirar al señor de los asesinos.

—Lo sabía… —dijo el magíster culexus con voz sibilante—. ¡Siempre, supe que eras el Sigilita!

—Desde luego, hoy es un día de revelaciones —murmuró el magíster vanus.

—No ha hecho más que empezar —le advirtió Dorn con voz retumbante.

Malcador dejó escapar un suspiro y se quitó la máscara plateada para dejarla sobre la mesa. Frunció el entrecejo y una oleada de irritación telepática atravesó el aire.

—Bien hecho, amigo mío. Has desvelado un enigma.

—La verdad es que no —le replicó Dorn—. Sólo fue una suposición afortunada. Vos la confirmasteis.

El ceño fruncido del Sigilita se transformó durante un momento en una mueca.

—Vaya, entonces ha sido una victoria para los Puños Imperiales. A pesar de ello, todavía poseo muchos otros secretos.

El comandante guerrero se dio la vuelta.

—Pero hoy no habrá más. —Miró fijamente a los demás miembros del Oficio Asesinorum—. Fuera las máscaras —les exigió—. ¡Todos vosotros! No hablaré con aquellos que tengan tan poca entereza como para tener que ocultar sus rostros. Lo que vuestras voces digan no tiene la más mínima importancia a menos que tengáis el valor de unir vuestros nombres a ellas. Mostrad vuestros rostros.

No fue necesario que la amenaza que yacía bajo sus palabras saliera a la superficie. Se produjo un largo momento de silencio, y luego una serie

de movimientos. El magíster vindicare fue el primero, y se quitó la máscara espía como si se alegrara de ello. Luego fue el magíster eversor, que arrojó con rabia su máscara ósea de colmillos sobre la mesa. La magistra callidus tiró con delicadeza de la seda que cubría sus rasgos elegantes, y el vanus y la venenum fueron los siguientes. El magíster culexus fue el último, y abrio su reluciente máscara con forma de cráneo como si fuera una flor metálica muy elaborada.

Los asesinos se miraron las caras descubiertas por primera vez, y tuvo lugar una poderosa combinación de emociones: rabia, reconocimiento, diversión.

—Mucho mejor —dijo Dom.

—Ahora ya nos habéis desposeído de nuestra mejor arma, astartes —le replicó la magistra callidus. Un mechón de color rojo óxido le caía libre sobre la cara pálida—. ¿Ya estáis satisfecho?

El primarca lanzó una mirada por encima del hombro.

—Hermano capitán Efried…

Uno de los dos puños imperiales que se habían quedado al lado de la puerta dio un par de pasos y le entregó un aparato a su comandante. Dorn a su vez lo dejó sobre la mesa y lo empujó hacia el magíster vanus.

—Es una placa de datos —dijo el magíster de asesinos.

—Mis guerreros interceptaron una nave estelar un poco antes del borde de la Nube de Oort. Intentaba trazar una ruta hacia el Sistema Solar —les explicó Dorn—. Se identificó como una simple nave de transporte, la *Hallis Faye*. Me imagino que algunos de los presentes reconocerá ese nombre.

—¿La tripulación…? —empezó a preguntar el magíster eversor.

—Nadie que nos interese —le respondió el capitán Efried.

Dorn señaló la placa de datos.

—Este artefacto contiene una cápsula de datos que recuperamos del núcleo mnemónico de la nave. Son los archivos de la misión. Hay grabaciones de voz y pictografías. —Miró a Malcador y a Valdor—. Lo que se dice en ellos es inquietante.

El Sigilita le hizo un gesto de asentimiento al magíster vanus.

—Muéstranos lo que hay.

El interpelado utilizó un cable fino como un cabello para conectar la placa con el panel abierto que tenía ante él. De inmediato, las imágenes del hololito principal parpadearon y cambiaron para mostrar una nueva configuración de paneles de datos.

Lo primero era una grabación de voz, y cuando se activó, comenzó a oírse una voz masculina cargada de dolor que llenó el aire.

—«Me llamo Eristede Kell —dijo aquella voz—. Soy un asesino especialista del Clado Vindicare, con grado de dan épsilon, y he incumplido las órdenes que se me dieron».

Valdor escuchó en silencio junto al resto de los presentes. Primero, las palabras de Kell y, luego, los fragmentos de los informes personales del infocito Tariel. Cuando el magíster vanus abrio el núcleo de datos que contenía las grabaciones pictográficas de los últimos momentos en la vida de Iota, contempló mudo y asqueado la abominación que representaba el paria negro. El magíster culexus se echó hacia adelante y lloró de un modo quedo mientras aquel horror dramático se desarrollaba ante ellos.

Lo escucharon todo: el descubrimiento de la situación militar en Dagonet y el plan para reavivar las ascuas moribundas de la guerra civil en el planeta; el rechazo por parte de Jenniker Soalm del cumplimiento de la misión para poder cumplir una tarea personal; el asesinato de Sedirae en lugar de Horus y la represalia brutal que provocó; y por último, la existencia de la criatura llamada Lanza y el potencial mortífero que albergaba, así como la decisión que se habían visto obligados a tomar los miembros supervivientes de la fuerza de ejecución.

Cuando hubieron oído todo lo que había que oír, el Sigilita le gritó al magíster vanus que interrumpiera la reproducción de la grabación. Valdor estudió los rostros de los magísteres de asesinos. Cada uno de ellos se esforzaba a su modo por digerir lo que los puños imperiales les habían llevado.

El magíster eversor, con el rostro embargado por la confusión, se volvió hacia el culexus.

—Esa monstruosidad aberrante… ¿la creasteis vosotros? Primo, por el amor de Terra, ¡dime que no es verdad!

—¡Yo mismo en persona di la orden de que se destruyera! ¡Fue destruido! —insistió el culexus.

—Pues por lo que parece, no lo fue —le replicó Dorn, apretando las mandíbulas.

—Pero ahora ya está muerto, ¿verdad? Tiene que estarlo… —quiso saber el magíster vanus.

En la mirada de Dorn apareció un destello de rabia.

—Estrechez de miras. Eso es lo único que poseen los de vuestra clase. ¿Es que no entendéis lo que habéis hecho? ¡Vuestros supuestos intentos quirúrgicos de acabar con Horus no lo han sido en absoluto! —Alzó la voz, que resonó como el oleaje feroz que una tormenta lanza contra la costa—. ¡La muerte de Sedirae le ha costado la vida a toda la población del planeta! ¡Los Hijos de Horus se han vengado de todo un mundo por lo que vuestros asesinos hicieron allí! —Negó con la cabeza—. Si hubieran permitido que la contra rebelión se hubiera apagado por sí sola, si esa guerra civil no se hubiese exacerbado de ese modo tan deliberado y cruel, Horus habría pasado de largo sin poner su atención en el planeta. Después de que mis hermanos y yo derrotáramos su traición, el Imperio habría acabado recuperando el control de Dagonet. ¡Pero ahora, la devastación que está sufriendo ha llevado al colapso de los planetas clave a lo largo y ancho de todo el sector! ¡Ahora los traidores poseen una base fuerte en ese sistema, y serán mis hermanos de batalla y los que son como ellos quienes tendrán que dar su sangre para expulsarlos de allí! —Los fue señalando uno por uno—. Esto es lo que habéis dejado a vuestro paso. Esto es lo que los de vuestra clase siempre dejáis atrás.

Valdor no pudo seguir callado y dio un paso adelante.

—El sufrimiento que padecen los habitantes de Dagonet es una tragedia. Eso nadie puede negarlo, y sí, Horus ha logrado escapar una vez más a nuestro castigo. Sin embargo, lord Dorn, se ha conseguido un logro

mayor. Kell y su fuerza eligieron salvaguardar a vuestro padre a cambio de dejar que vuestro hermano traidor escapara. Esa criatura asesina, Lanza, ha muerto, y se ha neutralizado una amenaza directa contra la vida del Emperador. Yo consideraría eso una victoria.

—¿Eso harías? —La furia de Dorn era algo prácticamente palpable y hacía crepitar el aire a su alrededor—. ¡Estoy seguro de que mi padre es más que capaz de defenderse a sí mismo! Y dime, capitán general, ¿qué clase de victoria existe en una guerra como la que quieres que libremos? —Señaló con un gesto la estancia en la que se encontraban—. ¿Una guerra que se libra desde lugares ocultos bajo la tapadera de la falsedad? ¿En la que se pierden vidas inocentes en nombre de unas tácticas más que dudosas? ¿En unos conflictos clandestinos, furtivos, sin honra alguna, llenos de secretos y mentiras?

Valdor tuvo durante un momento la sensación de que el puño imperial estaba a punto de partir en dos la mesa que se encontraba entre ellos para así poder golpear directamente al custodio. Sin embargo, un instante después, igual que la ola de un maremoto que se retirara de nuevo al mar, la furia de Dorn pareció aplacarse, pero Valdor sabía la verdad: el primarca era capaz de controlar su propia furia y de dirigirla hacia su interior, de convertirla en una fuerza de voluntad indestructible e imparable.

—Esta guerra —siguió diciendo Dorn con la mirada fija en Valdor—, no es un enfrentamiento simplemente para obtener beneficios materiales, por poseer mundos o los corazones de los ciudadanos. Nos encontramos luchando por unos ideales. Lo que está en juego son los mejores principios morales del Imperio, los valores del orgullo, la nobleza, el honor y la lealtad. ¿Cómo puede un asesino enmascarado comprender esas palabras?

Valdor sintió que Malcador lo miraba fijamente, y la tensión que sentía pareció disiparse por completo. De inmediato, notó que sus pensamientos se veían embargados por una tremenda convicción, y le devolvió la mirada al puño imperial sin amilanarse lo más mínimo en respuesta a su expresión desafiante.

—Nadie de esta sala conoce la guerra mejor que vos, mi señor —empezó diciendo Valdor—, por lo que seguramente comprendéis mejor que nadie que esta guerra no puede ser limpia ni honorable. Libramos una lucha como nunca jamás se había librado antes en la historia de la humanidad. ¡Luchamos por el futuro! ¿Podéis llegar a imaginaros lo que habría podido ocurrir si Kell y el resto de la fuerza de ejecución no hubieran estado en Dagonet? ¿Si esa criatura, Lanza, se hubiera reunido con las fuerzas traidoras?

—Habría intentado cumplir su misión —intervino el magíster culexus—. Habría venido a Terra, se habría infiltrado en la esfera de poder del Emperador y hubiera utilizado su… don mortífero.

—¡Jamás habría conseguido llegar tan lejos! —le replicó el magíster vanus—. Seguro que lo habrían descubierto y, lo más probable, lo habrían matado. ¡El Sigilita o el propio Emperador habrían notado la presencia de una abominación semejante y la hubieran aplastado!

—¿Estáis seguros de eso? —insistió Valdor—. Horus dispone de muchos aliados, y algunos de ellos están más cerca de nosotros de lo que nos gustaría admitir. Si ese tal Lanza hubiese conseguido llegar hasta Terra, si hubiese llevado a cabo su ataque… Incluso si no hubiera logrado matarlo, si tan sólo lo hubiera herido… —se quedó callado unos instantes, sobrecogido ante la posibilidad funesta de todo lo que estaba diciendo—, un ataque psíquico de semejante magnitud habría causado una destrucción increíble.

Dorn no dijo nada. Durante un momento pareció que el primarca estaba compartiendo la misma pesadilla macabra que invadía los pensamientos del custodio: su señor y padre herido de muerte por un enemigo letal, aferrándose a la vida que se le escapaba por momentos mientras el Palacio Imperial era un infierno llameante a su alrededor.

Valdor consiguió recuperar el habla.

—Vuestro hermano nos vencerá, lord Dom. Ganará esta guerra a menos que le devolvamos golpe por golpe. ¡No podemos, no debemos tener miedo de tomar las decisiones más duras, de realizar las elecciones más difíciles! Horus Lupercal no dudará en…

—¡Yo no soy Horus! —lo interrumpió Dorn con un rugido. Las palabras golpearon al custodio como si fueran un ataque físico—. Y lo que haré será…

—Ya basta.

Aquellas dos simples palabras fueron un rayo atrapado en un cristal que lo rompió todo a su alrededor y los silenció a todos con una fuerza de voluntad imparable e inconmensurable.

Rogal Dorn se volvió hacia aquella voz mientras todos y cada uno de los hombres, mujeres y astartes que se encontraban en la estancia se dejaban caer de rodillas, ya que todos sabían quien había pronunciado aquellas palabras. El Sigilita fue el último en hacerlo, aunque lanzó una última mirada indescifrable al primarca de los Puños Imperiales antes de mostrar él también aquel gesto de obediencia.

—¿Padre? —dijo Dorn, quien no pudo evitar que se le escapara la pregunta.

La oscuridad, la gran cortina de sombras que había llenado la esquina más lejana de la estancia, empezó a disiparse. El suelo y las paredes se hicieron cada vez más visibles a medida que aquella penumbra antinatural comenzaba a desvanecerse. Dorn parpadeó. Le pareció extraño haber mirado directamente hacia ese lugar y haberlo visto, sin que en realidad lo hubiera visto realmente. Había estado a la vista de todos los que se encontraban presentes en la estancia, incluso para él mismo, pero ninguno de ellos se había fijado en lo extraño que resultaba.

De la negrura surgió una luz. Allí, de pie, había una figura que dominaba sin esforzarse todo el espacio que lo rodeaba. Su rostro de rasgos patricios se veía afectado por una mezcla de emociones turbulentas que hicieron que incluso el puño imperial se fijara en ello con preocupación. El Emperador de la Humanidad no llevaba puesta armadura alguna, ni uniforme de gala ni detalles elegantes. Se había vestido tan sólo con una sobrepelliz de paño gris que llevaba entretejidas unas cuantas

hebras de seda de colores púrpura y dorado. A pesar de ello, su aspecto era impresionante.

Quizá llevaba escuchándolos desde el principio, y sin embargo, parecía todo un desafío a las leyes de la naturaleza que un ser tan majestuoso, tan lleno de poder, pudiera encontrarse en la misma estancia que unos seres humanos, varios astartes y el psíquico mortal de mayor poder que jamás hubiera existido, y que para ellos fuera tan insustancial como un fantasma.

Pero era el Emperador, y eso era suficiente respuesta para cualquier pregunta que se hiciera.

Su padre se acercó hasta él, y Rogal Dorn hizo una profunda reverencia, y de ese modo, se unió a los demás, que ya habían doblado la rodilla ante el Señor del Imperio.

El Emperador no habló. En vez de eso, cruzó la Mortaja y se dirigió hacia los grandes ventanales, donde las cortinas de paño colgaban como cataratas heladas de sombras. El padre de Dorn las tomó en sus grandes manos y, con un simple giro, agarró el paño y tiró de ellas. La barra y las cortinas salieron arrancadas y cayeron al suelo. Recorrio todo el perímetro de la estancia y arrancó todas y cada una de las cortinas y cubiertas, hasta que todo el lugar quedó iluminado por la brillante luminosidad de color dorado del amanecer himalayo.

Dorn se atrevió a levantar la mirada y vio que aquel brillo dorado chocaba contra su padre. La luz se le pegó como si lo estuviera abrazando. Durante un momento, le pareció que la luz del sol era una armadura dorada que lo envolvía. Un instante después, el primarca parpadeó, y el momento pasó.

—Se acabaron las sombras —declaró el Emperador. Habló con voz suave, lo que hizo que todos lo miraran. Posó una mano en el hombro de Dorn al pasar a su lado, y luego repitió el gesto con Valdor—. Se acabaron los velos.

Les indicó con un gesto que se pusieran en pie, y todos lo obedecieron al unísono, pero en su presencia, también tuvieron la sensación de que seguían a sus pies. Su aura se alzaba por encima de ellos y llenó la estancia de emociones.

Hizo un gesto de asentimiento a Dorn, y otro a Valdor.

—Mi noble hijo. Mi fiel guardián. He escuchado las palabras que habéis pronunciado ambos, y sé que ambos lleváis parte de razón. No podemos perder de vista lo que somos y lo que aspiramos a ser, pero tampoco podemos olvidar que nos enfrentamos a nuestro mayor enemigo y al desafío más siniestro.

Dorn vio en lo más profundo de la mirada de su padre algo que nadie más podría haber percibido, algo tan fugaz y transitorio que apenas estuvo allí. Vio pena, una pena profunda e insondable, y su corazón se encogió por un sentimiento de empatía que sólo un hijo era capaz de tener.

El Emperador alargó un brazo y señaló con la mano al amanecer mientras la luz se alzaba para llenar toda la estancia.

—Ha llegado el momento de llevaros hasta la luz. El Oficio Asesinorum ha sido mi arma silenciosa durante demasiado tiempo, un secreto a voces del que nadie se atrevía a hablar. Pero eso se acabó. Un arma semejante no puede existir para siempre entre las sombras, sin tener que responder ante nadie. Debe hacerse evidente que tiene una dirección, un gobierno. No debe existir duda alguna sobre la integridad de cada misión, de cada golpe dado, de cada decisión tomada… porque si no es así, no contamos para nada. —Centró la mirada en Dorn, y le hizo a su hijo un lento gesto de asentimiento—. Porque de lo que estoy seguro es de que, en la guerra que se avecina, habrá que llamar a la lucha a todas y cada una de las armas del arsenal del Imperio.

—En vuestro nombre, padre. —El primarca le devolvió el gesto de asentimiento—. En vuestro nombre.

Dagonet estaba muerto. Su superficie era un mosaico de ciudades en llamas, de océanos desecados y de tierras baldías vitrificadas. A pesar de todos los daños, también era una muestra de la capacidad de contención de los Hijos de Horus, ya que, si lo hubieran deseado, aquel planeta podría haber sufrido el mismo destino que otros muchos que habían desafiado el poder del señor de la guerra: quedar reventado mediante andanadas de

torpedos ciclónicos disparadas contra los puntos clave de las placas tectónicas para luego quedar convertido en una esfera de tierra fundida.

En vez de eso, estaban preparando a Dagonet. Eso sólo podía significar que tendría una utilidad para el señor de la guerra y su marcha hacia la victoria.

Erebus se encontraba de pie en el borde del risco. Bajó la mirada hacia el cráter, que era lo único que quedaba de la capital del planeta. Era imposible ver el otro extremo de aquel enorme cuenco de vidrio y de roca fundida debido a las neblinas de vapores venenosos, pero se veía lo suficiente como para calcular su tamaño. Hasta el lugar llegaban los transportes procedentes de todos los puntos del planeta donde todavía quedaban supervivientes. Contempló cómo un Stormbird pasaba sobrevolando el cráter a baja altura y abría sus compuertas ventrales de carga para dejar caer a los civiles como si no fueran más que basura sobre las masas que ya habían sido conducidas hasta ese paisaje desolado. La gente estaba colocada en unas largas líneas que se entrecruzaban entre sí. Había astartes en puntos equidistantes alrededor del perímetro de varios kilómetros del cráter. Su presencia era más que suficiente para impedir que alguno de los supervivientes intentara trepar para huir. Aquellos que lo habían intentado al principio fueron acribillados y cayeron de nuevo, pero partidos por la mitad, sobre los montones de personas del fondo. El mismo destino les esperaba a aquellos que se salieran de las ocho líneas que se habían trazado en el polvo.

Los suplicantes, porque no merecían que se les llamara prisioneros, gemían y susurraban llenos de temor, y aquellos sonidos pasaban una y otra vez sobre el capellán de los Portadores de la Palabra como unas suaves olas. Le resultaba tentador quedarse allí mismo, donde se encontraba, y perderse en la dulce sensación que producían las emociones funestas que rebosaban en aquel gran hueco. Sin embargo, tenía otros asuntos que atender.

Oyó el sonido de unos pasos que ascendían por la ladera del cráter cubierta de restos, y se volvió hacia el astartes que se le acercaba. Por todo

el paisaje que los rodeaba se alzaban leves columnas de vapor debido al calor del bombardeo que todavía escapaba de la tierra cuarteada.

—Primer capellán. —Devram Korda lo saludó con un gesto lleno de cautela—. Me pedisteis que os informara respecto a vuestro… ¿agente? Hemos localizado los restos que estabais buscando.

—¿Es Lanza? —preguntó con el entrecejo fruncido.

Korda asintió y lanzó algo hacia el capellán. Erebus lo atrapó en el aire. A primera vista parecía un cráneo ennegrecido y distorsionado por el calor. Sin embargo, si se examinaba con un poco más de cuidado, era evidente que aquel paladar, al igual que la mandíbula alargada, era producto de otras fuerzas que no eran el calor y las llamas letales. La sostuvo en alto y contempló el interior de los pozos negros de las cuencas oculares. El eco fantasmal de su energía se mantenía allí, y Erebus tuvo la impresión repentina de que el viento se llevaba unos diminutos puntos dorados que se desvanecieron en seguida.

—Recuperamos el resto del cadáver junto a eso —le indicó Korda—. También encontré otros cadáveres en la misma zona, entre las ruinas de la terminal del espaciopuerto. Por lo que parece, se trata de agentes del Imperio.

A Erebus no le preocupaban los daños colaterales. Su irritación creció y desdeñó las explicaciones de Korda con un gesto displicente de la mano.

—Deja que todo se pudra. Los fracasos no me sirven de nada —dijo al mismo tiempo que dejaba caer el cráneo en el polvo.

—¿Qué es lo que era, portador de la palabra? —Korda se le acercó y su tono de voz se volvió más insistente—. Esa cosa. ¿Es que has soltado algo en este planeta atrasado y por eso han matado a mi comandante?

—Yo no tengo la culpa de eso —le replicó Erebus—. Busca en otro lugar la razón de su muerte. —Apenas dijo aquellas palabras, el capellán sintió una opresión en el pecho cuando una pregunta enterrada pugnó por salir. La hundió de nuevo antes de que pudiera formarse del todo, y entrecerró los ojos para mirar a Korda—. Lanza era un arma, un gambito que jugué y que perdí. Nada más.

—Pues apesta a brujería —le contestó Korda.

Erebus sonrio levemente.

—No te preocupes con esa clase de asuntos, hermano sargento. Ésta no era más que otra de las flechas de las que dispongo en mi carcaj.

—Me estoy cansando de tus juegos y de tus acertijos —le contestó Korda. Señaló con un barrido de la mano lo que les rodeaba—. ¿Qué finalidad tiene todo esto?

La pregunta del guerrero tocó una fibra sensible del portador de la palabra, pero no hizo caso.

—Es el juego, Korda. El mayor juego de todos. Damos pasos, aumentamos nuestro poder, ganamos fuerzas para el viaje hasta Terra. Pronto… —alzó la mirada—, las estrellas estarán en su sitio.

—Perdónalo, hermano sargento —dijo una nueva voz, y una silueta con armadura salió de la neblina que se extendía bajo ellos—. Al astartes de mi hermano Lorgar le gusta su propia verborrea más de lo que debería.

Korda hizo una reverencia y Erebus lo imitó mientras Horus cruzaba la tierra quemada. Sus pesadas botas de ceramita aplastaron los fragmentos de piedra rota. Erebus vio más allá, a la espalda del primarca, a dos de los miembros del Mournival del señor de la guerra. Estaban hablando en voz baja, con la mirada apartada de su señor.

—Puedes irte, hermano sargento —le dijo Horus a su guerrero—. Debo discutir cierto asunto con el primer capellán.

Korda saludó de nuevo, pero esta vez con rapidez y de corazón, y la placa pectoral resonó cuando el puño golpeó en ella. A Erebus le pareció ver una leve chispa de aprensión en la mirada del guerrero, un sentimiento que iba más allá del respeto habitual que todos sentían hacia el primarca. El miedo, quizá, a las consecuencias de que Horus pensara que lo desobedecía, aunque fuera en el detalle más nimio.

Erebus sintió la mirada firme y penetrante de Horus mientras contemplaba como se alejaba Korda.

—¿Qué deseáis de mí? —le preguntó con una voz en la que no había inflexión alguna.

Horus bajó sus ojos entornados hacia el cráneo ennegrecido que había en el suelo polvoriento.

—No volverás a utilizar tácticas semejantes en la resolución de este conflicto.

El primer impulso que sintió el portador de la palabra fue fingir ignorancia. Sin embargo, se contuvo antes de abrir la boca. De repente se acordó de Luc Sedirae. El sincero de Sedirae, cuyas objeciones a las órdenes del señor de la guerra, aunque triviales, habían acabado volviéndose constantes a lo largo el avance desde Isstvan. Algunos decían que era un candidato serio para cubrir la vacante que había en el Mournival, que su comportamiento desafiante era necesario para alguien tan poderoso como Horus. Después de todo, ¿qué otra razón podía haber para que el señor de la guerra le concediera a Sedirae el honor de llevar puesto su manto?

Un curioso escalofrío le recorrio todo el cuerpo, y Erebus asintió.

—Como ordenéis, mi señor.

¿Sería posible aquello? El portador de la palabra pensó a toda velocidad. Quizá Horus Lupercal había sabido desde el principio que los asesinos secretos del Emperador se acercaban a Dagonet para matarlo. Pero para eso necesitaría ojos y oídos en Terra… Erebus no dudaba de que el señor de la guerra tenía aliados en el corazón de los dominios de su padre, pero ¿en el propio Palacio Imperial? Era una pregunta que le encantaría que le contestara.

Horus se dio la vuelta y comenzó a alejarse bajando por el risco. Erebus inspiró profundamente y habló de nuevo.

—¿Puedo preguntaros el motivo de esa orden?

El señor de la guerra se detuvo y miró por encima del hombro en su dirección. Su respuesta fue firme y tranquila, y no admitía réplica alguna.

—Erebus, los asesinos son las herramientas de los débiles. De los pusilánimes. No son un medio para acabar conflictos, sino para alargarlos. —Se calló un momento y se quedó pensativo—. Esta guerra sólo acabará cuando mire a mi padre a los ojos. Cuando vea la verdad que le voy a exponer sin posibilidad de discusión, sabrá que tengo razón. Se unirá a mí en esa comprensión.

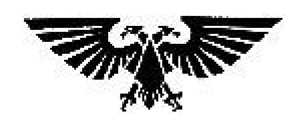
Erebus sintió un estremecimiento de poder oscuro.

—¿Y si el Emperador no lo hace?

La expresión de los ojos de Horus se volvió helada.

—Entonces yo, y sólo yo, lo mataré.

El primarca siguió caminando e hizo un gesto de asentimiento a sus oficiales. A su orden, todas las filas de bombas de fusión que se encontraban enterradas bajo los cientos de miles de supervivientes estallaron al mismo tiempo, y Erebus escuchó con satisfacción el coro de gritos mientras perecían en aquella ceremonia de sacrificio y ofrenda.



Agradecimientos

Una vez más, darle las gracias a Dan Abnett y a Graham McNeill por sus recomendaciones cuando el concepto principal de Némesis surgió de nuestro flujo creativo común. También quiero agradecerles a Nick Kyme y a Lindsey Priestley sus magníficas pautas editoriales, y una vez más, darle las gracias al gran Neil Roberts por crear una cubierta asombrosamente fabulosa.